

SERGIO GUERRA VILABOY

Historias asombrosas de nuestra América



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

Historias asombrosas de nuestra América

Sergio Guerra Vilaboy

**Historias asombrosas
de nuestra América**



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

1.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2022

Historias asombrosas de nuestra América

© Sergio Guerra Vilaboy

Diseño de portada

Arturo Mariño

Corrección de textos

Francis Machado

Diseño y Diagramación

David Arneaud

© Monte Ávila Editores Latinoamericana, C. A., 2022

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urb. El Silencio
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58 212) 485 0444

Hecho el Depósito de Ley

Depósito Legal: DC2022001589

ISBN: 978-980-01-2343-0

NOTA DE PRESENTACIÓN

ESTE LIBRO NO ES UNA historia de América Latina. Solo recoge algunos episodios históricos, asombrosos y singulares, que han quedado en el olvido, son poco conocidos o no aparecen en los relatos tradicionales. En las páginas que siguen a continuación hemos reunido también diferentes acontecimientos insólitos o extraordinarios del devenir de nuestra América. Todos son relatos cortos, de una extensión inferior a cuatro cuartillas, que rescatan hechos muy mal contados o excluidos de la historia latinoamericana. Muchos de ellos los publicamos entre 2019 y 2021 en la desaparecida revista digital *Informe fracto*, editada en Mérida, Yucatán (México), por mi entrañable amigo Carlos Bojórquez.

Están agrupados en ocho capítulos, siguiendo un orden cronológico. Cada uno tiene por título un verso de Pablo Neruda extraído de su *Canto General*, que en este original poemario ofrece un sugerente recorrido por la atribulada historia de nuestra América. Cada epígrafe se refiere a un episodio específico y puede leerse sin conexión con el que le antecede o sucede, pues fueron concebidos sin conexión entre ellos. No hemos incluido una bibliografía, solo las imprescindibles referencias a las frases citadas. Además, incorporamos los títulos de algunas otras obras que orientan al lector sobre las fuentes utilizadas y puedan ampliar sobre los diferentes temas.

SERGIO GUERRA VILABOY

PARA CONSTRUIR LA TRINCHERA DE IDEAS

Este nuevo libro de Sergio Guerra Vilaboy evidencia varias cosas. La primera, es que es un trabajador infatigable: no ha terminado de publicar un libro, cuando ya tiene otro en ciernes a las puertas de la editorial, o gestándose entre las cuatro paredes de su estudio atiborrado de libros del suelo al techo en la ciudad de La Habana. Es un estudio pequeño, en la penumbra que atempera el calor, que da hacia un jardín que no se ve, porque siempre hay una persiana cerrada que evita el resplandor. Desde antes que amanezca sobre la ciudad marítima, Sergio se sienta a trabajar en la tranquilidad de su casa en el municipio de Playa, antes de que su vecino ponga la música sincopada que gusta a los clientes que visitan su gimnasio. Al frente, al otro lado de la calle hay Flamboyanes y circulan pocos carros.

Siempre me he preguntado cómo hace Sergio para tener tanta información a la mano. Sus trabajos hurgan en las fuentes y descubren siempre dimensiones inesperadas. Pareciera tener un ejército de asistentes explorando en bibliotecas, hemerotecas y hasta colecciones privadas que guardan reliquias que sorprenden. O, tal vez, sus asistentes somos nosotros, sus colegas y amigos en todos los puntos cardinales, que recibimos de vez en cuando encargos que nos dan pistas de sus preocupaciones y sus trabajos. Yo mismo he peregrinado por bibliotecas buscando un libro publicado, tal vez, hace sesenta o setenta años que, al mismo tiempo que cumple su encargo, me permite a mí mismo dimensionar su importancia.

Este nuevo libro de Sergio muestra también su versatilidad. No es un historiador encerrado solamente en el círculo de los eruditos, aunque también lo sea, y seguramente es esa una de las razones por las que lidera, como su director, desde hace más de treinta años, el Departamento de Historia de la Universidad de La Habana. Pero, como podrá darse cuenta el lector que recorra estas páginas, no se queda ahí: lanza en ristre no tiene empacho en abordar el oficio de divulgador con lenguaje claro, sencillo y hasta florido con veleidades literarias. Y se ve que lo disfruta. Si no fuera así, no nos transmitiría esa sensación de narración sabrosa y entretenida que nos hace, a veces, volver a recorrer sendas ya transitadas y, en otras, desbrozándonos caminos inéditos.

Pienso que asumir tareas como las que se propuso en estos escritos que acá se recopilan implican tener un espíritu especial. Sergio es un autor premiado, no una sino varias veces, con algunos de los galardones más importantes de su universidad, la de La Habana; su país, Cuba, y América Latina. Podría, regodeándose en ellos, considerar que lo que escriba y publique debería estar a «ese nivel», ver en dónde publica, cuidar las ediciones y el prestigio; pero no, no se atrinchera en la «falsa erudición», sino que responde al llamado de nuestro mutuo amigo, Carlos Bojórquez, otro historiador emprendedor de quijotadas, pero en Yucatán, y se apunta al trabajo de publicar semanalmente en una revista digital nueva, que aún no ha construido su público lector, reflexiones y apuntes históricos que, sin faltar al rigor, se leen de un tirón y con gusto.

Con esos materiales, no hace falta ser editor muy avezado, aunque no digo que quien esto edita no lo sea, para darse cuenta que se tiene un material que promete ser un éxito de ventas que se expandirá transversalmente entre públicos diversos que se codearán en el espacio en el que conviven las ansias de la lectura sabrosa y el ánimo de aprender.

¿Y sobre qué nos alimenta el espíritu Sergio en este libro? Sobre lo que sabe y maneja al dedillo; sobre lo que dicta cátedra en las aulas universitarias colindantes con el umbroso patio arbolado de la Universidad de La Habana; sobre lo que le hace disertar con propiedad y soltura en conferencias magistrales en eventos internacionales: la historia de América Latina, de una América que en su voz y visión se torna en «nuestra», porque es vista desde la perspectiva crítica que nos permite apropiarnos de nuestro pasado como historia y como memoria, espacio siempre en disputa en el que bajo los estandartes de la ciencia «apolítica» hemos sido vistos y catalogados desde miradas neocoloniales.

Y con esto que se dice arriba entramos en otro de los aportes de Sergio con estas miradas rápidas pero profundas de la historia de nuestra América que aquí nos ofrece: el posicionamiento ideológico político del que parte, en el que se sitúa y nos ofrece, sin aspavientos y con naturalidad, pero con firmeza, una visión situada, ubicada en el lugar desde el que miramos los que nos identificamos con las tareas de la liberación de nuestros pueblos, tareas que vienen de lejos, que han conocido hitos, personajes y procesos que no empezaron ayer, que tienen un largo andar en nuestras tierras, pero que muchas veces nos son escamoteados por las omisiones, los silencios, las deformaciones y, por qué no decirlo, las falsedades y las mentiras de quienes saben que la historia y la memoria pueden fortalecer las convicciones de quienes, a veces a trompicones, con armas rudimentarias, avanzan y retroceden, celebran y se lamentan, triunfan y son derrotados en estos tiempos de cambio que vivimos en América Latina.

Como se puede apreciar, Sergio es un historiador cubano producto de la formación de un proceso revolucionario como el que ha vivido su país durante más de sesenta años. Es decir, que es él, pero es más que él, y creo que así hay que verlo y así lo entiende él mismo, formado en el alejamiento de los reflectores que relevan solo el esfuerzo y

las virtudes individuales sin vincularlas con el contexto en el que vive y se ha formado. Acostumbrados nosotros, los que estamos en otros sitios que no sea su ínsula sitiada, a atribuir las virtudes de las personas a la individualidad autárquica, muchas veces no somos capaces de ver cómo ser producto no solo del esfuerzo personal, sino también del colectivo, puede ser signo de orgullo. Sergio es expresión particular de la colectividad a la pertenece, a la colectividad cubana que resiste el acogotamiento del imperio con todas las inmensas dificultades que eso entraña, pero que también ha sabido construir, a pesar de las dificultades, una institucionalidad educativa sólida basada en principios, valores y conocimientos propios de una sociedad que quiere encontrar el perfil de un ser humano nuevo. Es pues, un historiador que, desde su condición de científico social, acomete la batalla de ideas a la que nos llama los tiempos de confusión e incertidumbre en el que vivimos, en el que es necesario levantar las trincheras ideáticas a las que nos conminaba Martí.

Nadie busque aquí, entonces, al historiador que pretende erigirse en monumento de imparcialidad y pureza, sino al involucrado en las batallas por la historia que procura alimentar el caudal de saberes, conocimientos, tradiciones, ideas y convicciones de los que, al decir de Gramsci, no tienen más que el «aglomerado indigesto» de su memoria popular. Como intelectual orgánico de esa causa, se avoca a su indispensable sistematización para llevar a nuevos planos nuestro bagaje, acción central en tiempos en los que la cultura ha pasado a ser campo privilegiado en el que se libran las batallas por la hegemonía.

¡Saludos, pues, al maestro y amigo! Que esta nueva obra encuentre el camino de la divulgación masiva que se merece para beneficio de todos nosotros.

RAFAEL CUEVAS MOLINA
Cahuita, Costa Rica, 10 de septiembre de 2022

CAPÍTULO I

Se llevaron el oro y nos dejaron las palabras

Los primeros habitantes

El tema del origen de los primeros habitantes de este continente llamó la atención desde el mismo inicio de la invasión europea al Nuevo Mundo, lo que ha provocado todo tipo de especulaciones y teorías. Basándose en la simple observación, el padre Joseph de Acosta, fue el pionero en advertir en 1590 «que pasaron acá los hombres de allá de Europa o de Asia o de África, pero el cómo y por qué camino vinieron todavía lo inquirimos y deseamos saber».¹ Otras de las primeras explicaciones fueron disparatadas y algunas atribuían la procedencia humana al arca de Noé o a la mítica Atlántida. Incluso el paleontólogo argentino Florentino Ameghino, a fines del siglo XIX, llegó a afirmar que tanto el hombre como los mamíferos se habían originado en el sudeste de América, lo que fue descartado por posteriores investigaciones científicas.

Un equipo de Nuevo México en Estados Unidos, según divulgara *BBC News*, ha encontrado decenas de huellas humanas, de niños y adolescentes, en el lodo de un lago en el Parque Nacional White Sands, de veinte y tres mil años antes del tiempo presente (AP), según la datación con radiocarbono realizadas a semillas encontradas ligadas al sitio.

Aunque el debate sobre el origen del hombre americano sigue abierto, pues con frecuencia aparecen nuevas evidencias como las que ahora publica la *BBC*, el consenso científico actual se inclina a considerar su procedencia asiática, mediante varias oleadas remotas de *homo sapiens sapiens* iniciadas hace al menos treinta mil años antes del

¹ P. Joseph de Acosta: *Historia Natural y Moral de las Indias, en que se tratan de las cosas notables del cielo, elementos, metales, plantas y animales dellas, y los ritos, y ceremonias, leyes y gobierno de los indios*, México, Fondo de Cultura Económica, 1962, p. 45.

tiempo presente (AP). Se trata de un poblamiento muy tardío en comparación con la expansión del hombre moderno por otras partes del planeta, pues sus restos de mayor antigüedad encontrados hasta ahora, en el suroeste de Etiopía (1967), tienen 195 mil años (AP). Los yacimientos humanos más antiguos descubiertos en América son relativamente recientes —Punín (Ecuador), Fontezuela y Arrecifes (Argentina), Lapa Vermelha (Brasil) y Tepexpan (México)— y han sido fechados entre ocho y quince mil años antes del presente, aunque se han encontrado utensilios y objetos anteriores, aunque no todos concuerdan en que fueron fabricados por hombres.

Muchos estudiosos consideran que las primeras migraciones comenzaron en tiempos de la glaciación Wisconsin por el estrecho de Bering, de apenas ochenta kilómetros de extensión, probablemente gracias a un paso natural surgido con el descenso del nivel del mar. Se cree que eso pudo ocurrir hace sesenta mil años y en su lento avance por el continente llegaron al extremo sur alrededor de quince mil años AP. Entre los elementos que avalan esta teoría está el análisis del ADN mitocondrial de indígenas actuales de Estados Unidos, que indican una distancia temporal de unos treinta mil años con los primitivos pobladores, así como la mancha mongólica que aparece en los primeros años de vida de los niños de Asia y compartida por infantes indígenas.

A favor de esta tesis también están los hallazgos de los objetos más antiguos del hemisferio atribuidos a su factura por seres humanos o restos de estos mismos: American Fall en Estados Unidos, fechados en 43 000 años AP, Lewisville (Texas) de 37 000 años, los de la isla de Santa Rosa (California) con 29 000, los de Meadowcroft (Pennsylvania) 20 000, los de Tlapacoya (México) de unos 24 000, los de Paccaicasa (Perú) con 20 mil; los de

El Abra (Colombia) 12 000; los de El Jobo (Venezuela) de 14 000; los de Inga y Punín (Ecuador) 10 000; los de la caverna de Pedra Pintada (Brasil) 11 000, 14 000 los de Monte Verde en Chile y unos 10 000 años los de la cueva de Fell en el estrecho de Magallanes. Estos yacimientos pudieran indicar una posible cronología de ocupación continental de norte a sur.

Al margen del poblamiento por el extremo septentrional de América de humanos de origen mongoloide, linaje dominante en todo el continente, parece comprobado también el ingreso por mar, unos quince mil años antes del presente, de australianos, malayos, polinesios y melanesios del Pacífico, favorecidos por un clima más suave, niveles más bajos de las aguas polares y su dominio de la navegación en canoas. Para probarlo están los análisis de tipos sanguíneos, las similitudes lingüísticas, las apariencias físicas y el análisis del ADN que no muestran parentescos con los restantes grupos aborígenes americanos de origen mongoloide y sí con ciertas etnias de la Polinesia y el sureste asiático. No en balde Ernesto Guevara, tras recorrer antiguas zonas mayas, escribió a su madre en abril de 1954: «Aquí ya quedé convencido de lo que mi americanismo no quería convencerme: nuestros *papís* son asiáticos».²

Poblamiento antillano

Un equipo internacional dirigido por David Reich de la Facultad de Medicina de la Universidad de Harvard, con la colaboración del Centro Nacional de Genética Médica de Cuba y la Universidad de La Habana, reveló hace poco

² Citado por Ernesto Guevara Lynch: *Aquí va un soldado de América*, Buenos Aires, Editorial Planeta, 1987, p. 49

el resultado de sus investigaciones sobre los primeros habitantes de las islas del Caribe. Basado en el análisis de los genomas de trescientas veinte y tres personas, considerado el estudio más numeroso de ADN humano antiguo que se ha realizado en el continente, concluyeron que hubo dos grandes oleadas de poblamiento en las Antillas, separadas por tres mil años, y muy diferentes una de otra.

Para el arqueólogo William Keegan, del Museo de Historia Natural de La Florida, estos resultados indican que los primeros caribeños llegaron a Cuba hace unos seis mil años. En su opinión, acorde a la vieja tesis de Irving Rouse, eran originarios de América Central o del Sur, pues hay similitudes entre utensilios rudimentarios hallados en Belice y Cuba; aunque no se descarta que procedieran de Mississippi o La Florida, tras cruzar por las Bahamas. Desde la Mayor de las Antillas siguieron a Santo Domingo y las siguientes islas. A la llegada de los españoles, estos primitivos habitantes prácticamente habían desaparecido y solo subsistían unos pocos, a los que Bartolomé de Las Casas llamó guanahatabeyes, arrinconados en cavernas en las zonas occidentales de Cuba, donde vivían de la simple recolección y la pesca.

La misma investigación de Reich estima que hace unos dos mil quinientos o tres mil años comenzó la otra oleada migratoria del Caribe, conformada por pueblos aruacos o arauacos, que ya dominaban la agricultura y la alfarería, procedentes del noreste de la América del Sur. Estos nuevos pobladores, que avanzaron de isla en isla en dirección opuesta a sus predecesores hasta llegar a Cuba, no se mezclaron con los pobladores ya establecidos, que se fueron extinguiendo. A estos nuevos inmigrantes Las Casas los denominó ciboneyes y tainos, aunque hoy tienen otros nombres, acorde a los avances de las investigaciones arqueológicas. Dominaban la alfarería, cultivaban tabaco,

maíz, malanga, boniato y yuca o mandioca, residían en aldeas de pequeño tamaño, ubicadas por lo general en zonas costeras o a orillas de los ríos.

Según Harold Ringbauer, miembro del equipo científico de Harvard mencionado, valiéndose de una novedosa técnica para calcular la población en el pasado con segmentos compartidos del ADN, los pueblos aborígenes diseminados por las Antillas eran a fines del siglo XV mucho menos numerosos de lo que se creía, pues no pasaban de varias decenas de miles. Por ejemplo, la investigación arrojó entre diez mil y cincuenta mil habitantes para La Española y Puerto Rico.

Fue el representante de Paraguay en Cuba, Augusto Ocampos Caballero, quien hace unos años advirtió que los indocubanos hablaban una lengua conectada con la guaraní. Durante sus recorridos por la isla, el diplomático paraguayo se sorprendió al encontrar en la toponimia cubana y en el castellano de la Mayor de las Antillas términos parecidos al idioma nacional de su país. En consulta con el lingüista cubano Sergio Valdés Bernal, quien lo apoyó en sus investigaciones, elaboró su enjundioso libro: *Paraguay-Cuba. La historia común de guaraní, caribes y aruacos*, editado en La Habana en 2006.

Para confeccionar este texto, que despertó el interés del destacado escritor paraguayo Augusto Roa Bastos y del propio comandante Fidel Castro, el embajador Augusto Ocampos debió examinar archivos y bibliotecas de los dos países, incluyendo la obra precursora del historiador cubano Julián Vivanco, realizada a mediados del siglo pasado, *El lenguaje de los indios en Cuba* (1946). Como resultado de su tesonera labor, logró identificar más de trescientas palabras usadas habitualmente en Cuba de origen guaraní, entre ellas guamá, guayaba, yaguajay, mayarí, manatí, baracoa, guáimaro, guanabacoa, jutía, mambí, yarey, bibijagua

y maní, legadas por los indocubanos desaparecidos en el holocausto de la conquista española y que confirman las historias entrecruzadas de los pueblos originarios de nuestra América.

El único imperio indígena

En la América prehispánica solo existió un imperio: el Tahuntinsuyo. El otro gran polo de desarrollo autóctono indígena, Mesoamérica, donde florecieron grandes civilizaciones y diversas ciudades-estado, no llegó en rigor a vertebrarse un imperio, esto es, un estado monárquico encabezado por un emperador, aunque existieron poderosas confederaciones como la liga de Mayapán, al norte de la península de Yucatán o la Triple Alianza en el lago Texcoco.

La civilización incaica fue la más trascendente de todas las desarrolladas en el área andina y que le precedieron, entre ellas Tiahuanaco, Chavín, Paracas, Mochica y Huari. Al igual que las de Mesoamérica, estas culturas ubicadas en las cumbres y vertientes de la cordillera de los Andes y su extensa costa, estaban emparentadas entre sí y se traspasaron sus conocimientos, adelantos y costumbres. Por eso compartieron construcciones, puentes, caminos, sistemas de canales, la agricultura en terrazas artificiales con fertilizantes, el cultivo de la papa y el maíz, así como la cría de animales para obtener lana, cueros, carne y grasa. Sus conocimientos metalúrgicos fueron muy avanzados, pues no solo trabajaron con maestría el oro, la plata y el cobre, sino la aleación de este último con el estaño para hacer puntas de sus herramientas, así como cuchillos y agujas.

El apogeo de los incas apenas duró cien años, desde mediados del siglo XV hasta la cuarta década del siglo XVI, cuando fue destruida por los conquistadores españoles. Se-

gún la leyenda, sus orígenes se remontaban al establecimiento de tribus procedentes de la cuenca del Títicaca y dirigidas por el mítico Manco Cápac, en el fértil valle del Urubamba, donde fundaron la ciudad del Cuzco a 3 467 metros de altura sobre el nivel del mar, en medio de pueblos de habla quechua. La tradición indígena, recogida por los cronistas europeos, habla de dos dinastías, la Hurin y la Hanan, esta última en el poder desde el sexto soberano. Después del octavo gobernante, Viracocha, los incas se liberaron de la dominación colla y pasaron a realizar sus primeras conquistas. A partir de entonces la historia se hace más verosímil, contada por los *quipucamayos* con ayuda de sus *quipus*, un simple recurso nemotécnico para recordar datos y nombres.

Fue Pachacútec, noveno Sapa Inca, en el poder de 1438 y 1471, quien comenzó a vertebrar el imperio tras dominar a los pueblos chancas e implantar la *mitima*. Esta política consistía en el trasplante de población quechua a los nuevos territorios conquistados y viceversa, con el propósito de facilitar la homogenización del imperio, lo que explica que a principios del siglo XVI se hablara el quechua desde el paralelo 3 de latitud norte hasta el paralelo 36 de latitud sur. El hijo de Pachacútec, Tupac Inca Yupanqui, que gobernó hasta 1493, conquistó el Chimú y todos los señoríos costeros hasta Pachacamac, cerca de la actual Lima, mientras por el sur llegaría más tarde hasta el río Maule, hoy territorio de Chile. Además, organizó el Estado mediante un sistema centralizado piramidal, rígidamente jerarquizado para impedir la modificación del *status* de sus miembros.³

El sistema implantado por Yupanqui se complementaba con una poderosa burocracia, cuyos puestos más encumbrados (*curacas*) era para la familia del Inca y los antiguos jefes

³ Véase Catherine Tulien: «El Tawantinsuyo», en *Historia de América Andina*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, 1999, t. I, p. 490 y ss.

de los pueblos conquistados que administraban las cuatro partes del Tahuantinsuyo. La expansión incaica fue coronada por el siguiente gobernante, Huayna Cápac, con la ocupación del Golfo de Guayaquil, la isla Puná y Quito, extendiendo incluso la frontera septentrional al río Ancasmayo en la actual Colombia, con lo que el imperio comprendió un área de un millón de kilómetros cuadrados. El dominio incaico sobre estos territorios (Chinchasuyo) se consolidó con la nueva familia formada por Huayna Cápac con Paccha, la hija del último jefe de los scyris de Quito, Hualcopo Duchicela.

A la muerte de Huayna Cápac en su ciudad favorita de Tomebamba, hacia 1527, se abrió una guerra civil de cinco años entre los dos principales herederos dejados por el Inca y que representaban los intereses enfrentados de Quito (Atahualpa) y del Cuzco (Huáscar). En los combates de Huamachuco y Quipa-Hipa los seguidores de Atahualpa se impusieron y su medio hermano Huáscar fue apresado. El descontento creado por esta victoria en el Cuzco, y otras zonas de acentuada raigambre quechua, minaban las bases del gran imperio incaico en un momento muy peligroso. Desde hacía un cuarto de siglo los europeos habían iniciado la invasión del continente y solo cinco años separaban el triunfo de Atahualpa de la destrucción de Tenochtitlan por Hernán Cortés y sus huestes, acercando la hora fatal en que los conquistadores españoles llegaron a las fronteras del Tahuantinsuyo.

Memoria de los vencidos

De la historia de los pueblos indígenas americanos, contada por ellos mismos antes de la invasión europea, solo disponemos en Mesoamérica de algunos textos tallados en piedra o escritos en largos papeles de amate. Estos

últimos son los códices, elaborados por los *tlacuilos* en forma de acordeón, la mayor parte destruidos durante la barbarie de la conquista.

También se conocen algunos testimonios orales aborígenes recogidos por los primeros cronistas y misioneros, en el propio siglo XVI, aunque los más exactos eran los vertidos por los *quipucamayos* del Tahuantinsuyo, que se valían de los quipus, un complejo recurso nemotécnico de cuerdas anudadas. Sobre estos testimonios escribió Bartolomé de Las Casas: «Tenían en ello tal orden para que no se olvidasen [...] que se instruían en las antigüedades cuatro o cinco, y quizá más, por lo que oficio de historiadores usaban, refiriéndoles todos los géneros de cosas que pertenecían a la historia, y aquéllas tomabanlas en la memoria y hacínaselas recitar, y si el uno de alguna cosa no se acordaba, los otros se la enmendaban y acordaban».⁴

El relato de *tlacuilos* y *quipucamayos* respondía a los intereses de los grupos dominantes en las sociedades andinas y mesoamericanas, las más desarrolladas del continente. Sus historias eran esencialmente dinásticas, para legitimar el poder de la teocracia y encumbrados jefes militares, vinculándolos a mitos y deidades, en los que se mezclaban elementos fantásticos y hechos verídicos. En el imperio incaico, los *quipucamayos* borraron de su memoria a los pueblos sometidos, con el propósito de que solo trascendiera una imagen de la antigüedad andina hecha al gusto de los victoriosos gobernantes quechuas.

Lo mismo hicieron los *tlacuilos*, por ejemplo, con el relato de los jefes aztecas Itzcóatl y Tlacaélel, después de expandir su territorio tras la victoria de 1428 sobre Azcapotzalco, según se desprende del siguiente texto de *Códice Matritense* de

⁴ En Sergio Guerra Vilaboy: *Cinco siglos de historiografía latinoamericana*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2009, p. 57.

los informantes de Bernardino de Sahagún: «Se guardaba su historia. Pero, entonces fue quemada: cuando reinó Itzcóatl, en México. Se tomó una resolución, los señores mexicas dijeron: no conviene que toda la gente conozca las pinturas. Los que están sujetos, se echarán a perder y andará torcida la tierra, porque allí se guarda mucha mentira, y muchos en ellas han sido tenidos por dioses».⁵

La historia autóctona de los pueblos originarios, que el mexicano Miguel León Portilla reuniera, con textos anónimos salvados de la hoguera, era muy diferente a la ofrecida por los invasores ibéricos, obsesionados por el triunfo de la Corona española y la evangelización de los territorios americanos. A pesar de la contaminación introducida por estos últimos al transcribir algunos testimonios indígenas en sus obras,⁶ esos relatos primigenios constituyen la imagen más fidedigna llegadas a nosotros —al margen de posteriores descubrimientos arqueológicos y antropológicos— de las concepciones de la historia y el devenir de los propios pueblos originarios, continuada en los siglos XVI y XVII por cronistas aborígenes y mestizos como Tezozómoc, Ixtlilxóchitl, Chimalpahin, Pachacuti, Guamán Poma o el Inca Garcilaso.

Todos estos autores descendían de la derrotada clase dirigente del Tahuantinsuyo y Mesoamérica, que había pactado con los conquistadores. Valiéndose de viejos relatos y las propias vivencias familiares, ofrecieron una visión de la historia antigua acomodada a sus pretensiones. Sus genealogías y narraciones históricas, impregnados de las concepciones y estilos europeos, se proponían reivindicar

⁵ Citado por Miguel León-Portilla: *Visión de los vencidos*, La Habana, Casa de las Américas, 1972, p. 242.

⁶ No obstante, un libro reciente de Pedro Salmerón Sanginés: *La batalla por Tenochtitlan*, México, FONDE Cultura Económica, 2021, pone en duda esta afirmación.

el abolengo de sus antecesores y engrandecer el pasado de los pueblos originarios, para conseguir ciertos privilegios. Escritos por lo general en castellano, eran textos de pobre calidad literaria y difícil lectura, que defendían el punto de vista de los conquistadores, a los cuales ya estaban ligados sus intereses económicos. La gran excepción fueron los *Comentarios Reales* (1609) del Inca Garcilaso, quien no solo fue capaz de identificarse con la historia y sentimientos de sus antepasados, en una obra de elevada calidad literaria, sino también de crear un singular modo de expresión, que ha permitido valorarlo como el primer escritor propiamente hispanoamericano.

Los más antiguos Santiagos de América

Las primeras villas bautizadas en América con el nombre de Santiago Apóstol, en homenaje al santo guerrero patrón de España, se fundaron en las Antillas Mayores a fines del siglo XV y principios del XVI, al inicio de la conquista europea del continente. En 1495 Cristóbal Colón levantó en la isla que denominó La Hispaniola el fuerte Santi-Ago, como se escribía en la época, nombre que por cierto también dio entonces a la isla de Jamaica. En los alrededores de la rústica fortaleza, situada en una colina en la parte septentrional del río Yaque del Norte, surgió de manera espontánea el primer poblado español en América. Una década después, el gobernador Nicolás de Ovando ordenó su traslado a las riberas del río Jacagua, tierras más fértiles.

El segundo asentamiento centraba su actividad económica en lavaderos para buscar oro, donde eran forzados a trabajar los aborígenes. Por su parte, Santiago de Cuba surgió el 25 de julio de 1515, por las fiestas en honor de

ese mismo santo, y fue la última de las siete villas creadas en la Mayor de las Antillas por los conquistadores españoles, encabezados por Diego Velázquez, quien en Carta de Relación al monarca escribió: «Que por devoción a V. A. pusieron nombre a aquel Puerto de Santiago, y porque en ella ha de hacer la casa de contratación, creen que será el pueblo principal, y que por esto hay necesidad que allí se haga una fortaleza [...]».⁷

La primera de estas dos ciudades americanas con el nombre de Santiago, ubicada en Jacagua, fue destruida por un terremoto en 1562, que obligó a llevarla de nuevo a la ribera del río Yaque. De ese desaparecido asentamiento solo se conservan las ruinas de algunas columnas y de muros a ras de tierras, así como varios pozos del acueducto original. Fue en su tercera ubicación, en el valle del Cibao, donde está en la actualidad, cuando comenzó a llamarse Santiago de los Caballeros, pues esta denominación no aparece en ninguna documentación anterior.

Este título fue otorgado a la villa dominicana por Felipe II junto a las de Santiago en Guatemala (hoy Antigua Guatemala), Mérida en Venezuela y Colima en México, calificativo que más tarde se abandonó en todas ellas, quedando solo como apelativo de la ciudad dominicana. Santiago de los Caballeros, es una ciudad mediterránea, la segunda mayor de la República Dominicana, tanto en importancia como extensión, capital de la provincia de Santiago y está ubicada en la región norcentral del país, conocida como el valle del Cibao, en terrenos colindantes al río Yaque del Norte y su desarrollo como urbe estuvo asociado al cultivo del tabaco.

⁷ Citado por Leocésar Miranda Saborit: «Santiago de Cuba su fundación», en Revista *Catálogo*, No. 1, enero-marzo de 1993, p. 11.

La primogénita villa cubana con el nombre de Santiago —a fines del siglo XVII se fundaría otro poblado cerca de La Habana denominado Santiago de las Vegas— fue creada por instrucciones de Diego Colón, Virrey de Santo Domingo desde 1509. Según escribió Diego Velázquez, encargado de conquistar a la grande isla vecina, en carta de relación al monarca fechada el 1 de agosto de 1515, la villa de Santiago se fundó en la costa sur, en una espaciosa bahía visitada diez años antes por Colón. En la misiva, Velázquez relata que el lugar estaba muy bien situado para la navegación, en particular con Santo Domingo, y sería la capital cubana hasta mediados del siglo XVI. Hoy es, como su ciudad tocaya, la segunda de Cuba, tanto en tamaño como en población.

La villa, de donde saldría Hernán Cortés a la conquista de México en 1518, nació en una zona alta y seca, donde sigue estando su centro. En sus proximidades existía un asentamiento taíno, en la desembocadura del río Parada, cuyas habitantes fueron obligados, como en Santiago de los Caballeros, a trabajar para los conquistadores en lavaderos de oro. Aunque los españoles denominaron Fernandina a la mayor isla de las Antillas, en honor al monarca, el nombre no pegó y siguió usándose el utilizado por los pueblos originarios (Cuba), como aparece desde los documentos más antiguos que se conservan como apellido de la ciudad, que lleva desde entonces.

A lo largo de su historia, tanto en Santiago de los Caballeros como en Santiago de Cuba han ocurrido importantes acontecimientos históricos. Ambas ciudades resistieron ataques piratas, sufrieron terremotos, incendios y huracanes, vivieron enfrentamientos armados y fueron, en determinados momentos, capitales de sus respectivos países: Santiago de los Caballeros en 1863 y Santiago de Cuba dos veces, durante la toma de La Habana por los ingleses (1762), y por pocas horas

al triunfo de la Revolución Cubana, en la que tuvo un papel tan destacado que le valió el título de *Ciudad Heroica*.

Fundación de La Habana

La villa de San Cristóbal de La Habana, que en 2019 arribó a su quinto centenario, al parecer fue bautizada con ese nombre en alusión al patrono de viajeros y navegantes.

El poblado fue el sexto asentamiento creado en 1514 por los conquistadores españoles en su avance por la costa sur hacia el occidente de Cuba, pero no quedó en su actual posición hasta cinco años después, según demostrara el enjundioso historiador canario Jenaro Artiles. Su primer asentamiento estuvo en la costa sur, en la desembocadura del río Mayabeque, en el golfo de Batabanó, seguido de un segundo poblado, que el propio Artiles ubicó en las márgenes del río Casiguaguas (Almendares), en La Chorrera (Puentes Grandes), a los que se alude en las antiguas actas del cabildo de manera imprecisa como *pueblo viejo*.

El proceso de desplazamiento de La Habana a la parte septentrional de la isla fue espontáneo y lento, sin una fecha exacta de fundación. Por eso, a fines de los años cuarenta del siglo pasado el propio Artiles estableció con claridad que:

No consta en ninguna parte, ni se puede asegurar seriamente que este llamado traslado hubiese tenido lugar en un día determinado, menos aún el 16 de noviembre de 1519. Y mucho menos puede ser cierto que en la fecha indicada se celebrara en la actual Plaza de Armas de La Habana una misa solemne para consagrar la *fundación*, ni que la oficiara el padre Las Casas; ni que se reunió el primer cabildo, todo bajo una ceiba que allí existía. Una tradición muy posterior, y no anterior a la mitad del siglo XVIII en que fue

recogida y perpetuada oficialmente, nos trasmitió noticias imprecisas y desde luego poco o nada fundadas, de tales acontecimientos, que no abonan ninguna razón histórica».⁸

En definitiva, La Habana, cuya denominación se asocia a Habaguanex, nombre del cacique indígena que gobernaba la región, fue creciendo en forma desordenada en el litoral septentrional de la isla, en la orilla izquierda de una bahía de bolsa que desde 1508 los españoles denominaban puerto Carena, pues allí los primeros navegantes carenaron sus barcos. Su nuevo emplazamiento atrajo nuevos pobladores, pues tenía muchas ventajas, entre otras su cercanía a México, cuya conquista comenzaba entonces por Hernán Cortés, sus mayores facilidades para la navegación y la acogedora rada, a lo que había que sumar su proximidad a las tierras donde según viejos documentos «tenían todos los más vecinos de La Habana sus estancias».⁹

Hacia la cuarta década del siglo XVI, después de la conquista de México y Perú, de explorado el canal de la Florida y conocidas mejor las corrientes marinas y los ritmos cíclicos de los vientos del Atlántico, se establecieron rutas más ventajosas para la navegación entre Europa y el Nuevo Mundo. La Habana, además de su estratégica ubicación ofrecía a los navíos una segura y espaciosa bahía, lo que explica que Santo Domingo dejara de ser la escala más frecuentada en los viajes al continente. La preeminencia habanera se confirmó definitivamente en 1561 al instaurarse el sistema de flotas. La ciudad cubana, sería considerada por Real Cédula de 1634 como *La llave del Nuevo Mundo* o *Antemural de las Indias Occidentales*.

⁸ Jenaro Artiles: *La Habana de Velázquez*, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 2017, p. 61.

⁹ *Ibid.*, p. 59.

Viraje de la conquista

El 6 de marzo de 1521 Fernando de Magallanes llegó al archipiélago de las Filipinas, casi al mismo tiempo que Hernán Cortés iniciaba el sitio de Tenochtitlan. Ambos acontecimientos, aparentemente desligados entre sí, significaron el fin de la primera etapa de la invasión de América por los europeos y el inicio de la destrucción de las más avanzadas civilizaciones autóctonas por los conquistadores.

Desde el primer viaje de Cristóbal Colón en 1492, todos los navegantes europeos buscaban al oeste la anhelada ruta a las fabulosas Indias, que el propio Almirante de la Mar Océano prometiera a los Reyes Católicos. Todavía diez años después, en su último intento, Colón recorrió el litoral centroamericano convencido que estaba en la costa sureste de Asia, como escribió en su diario: «allí supe de las minas de oro de la provincia de Ciamba, que yo buscaba».¹⁰ Detrás de todas las expediciones de esos años estaba el desesperado interés europeo por encontrar una nueva ruta al Oriente y acceder a sus codiciados productos, entre ellos las especias (pimienta, clavo, canela, nuez moscada, azúcar), fármacos (ruibarbo, bálsamo, goma arábiga, áloe, cubeba y alcanfor), materias tintóreas (índigo, palo braza, alumbre), piedras preciosas y otros artículos (vidrio, porcelana, telas, etcétera).

La avidez por los metales preciosos y el afán de llegar a las Indias, condujo en pocos años a bordear gran parte del litoral Atlántico de la América Central y del Sur, aunque la mayoría de estos navegantes solo pudieron regresar a Europa con una carga insignificante de valor co-

¹⁰ En Carlos Meléndez: *Historia de Costa Rica*, San José, Editorial Universidad Estatal a Distancia, 1985, p. 40

mercial: palo brasil, indios esclavizados, perlas y algo de oro. No obstante, las expediciones mercantiles estimularon la fundación de bases en La Hispaniola (1496), Puerto Rico (1508), Jamaica (1509) y Cuba (1510-1512), así como en Darién y Panamá (1510-1514). En ninguna de estas primeras colonias americanas, los españoles encontraron lo que esperaban, pues solo consiguieron oro de aluvión, mientras continuaba la incesante búsqueda de un nuevo camino a las Indias, como lo intentara Juan Díaz de Solís por el Río de la Plata en 1516.

Sin embargo, el autor de esta proeza fue un navegante portugués, Fernando de Magallanes, cuyo viaje estaba auspiciado por la Corona española. Este intrépido marino partió de Sanlúcar de Barrameda, el 29 de septiembre de 1519, y catorce meses después encontró el estrecho que lleva su nombre. Tras atravesar el inmenso océano, que llamó Pacífico, desembarcó en Guam, y el 6 de marzo de 1521 arribó a la minúscula isla de Massawa, en el archipiélago filipino, con tres de sus cinco embarcaciones originales.

Según la *Relación del primer viaje alrededor del mundo* (1536) del noble veneciano Antonio Pigaffeta, que lo acompañaba, uno de sus tripulantes fue el primer hombre en la historia humana que dio la vuelta al planeta. Se trataba de un esclavo filipino nombrado Enrique de Malaca, que servía de intérprete a Magallanes, y que terminó su vida después luchando en su tierra natal contra los españoles. Había sido apresado en 1511 en Sumatra y llevado a la fuerza hasta la península ibérica, a través de la India y África, primer tramo de lo que sería su insólito recorrido alrededor del mundo.

Muerto Magallanes en combate con los nativos filipinos en Mactán (1522), tomó el mando su segundo, el sefardita español Juan Sebastián Elcano. Fue este capitán quien, bordeando el cabo de Buena Esperanza, hizo su

aparición en Sevilla con un solo barco, y solo dos decenas de hombres, pero cargado de auténticas especias orientales. La llegada de esta nao a Europa, el 6 de septiembre de 1522, cumplía, con treinta años de retraso, las expectativas despertadas por Colón.

Aunque se había demostrado la redondez del planeta y encontrado el camino al oriente navegando en una nueva dirección, siempre por mares castellanos, para no vulnerar el Tratado de Tordesillas entre España y Portugal (1494), el hallazgo había perdido toda relevancia comercial. La toma casi simultánea por Hernán Cortés de Tenochtitlan y el sometimiento de las deslumbrantes culturas mesoamericanas, ricas en metales preciosos y con una numerosa y avanzada población, que podía ser explotada sin limitaciones, restó importancia a la ruta de Magallanes. Desde entonces se hizo más atractiva la conquista del Nuevo Mundo, despertando la codicia de muchos aventureros deseosos de imitar al afamado y enriquecido conquistador de México.

El español que luchó junto a los mayas

La vida de los dos primeros europeos que vivieron entre los mayas, Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero, no pudo ser más diferente, pues el primero estuvo con Hernán Cortés en la toma de Tenochtitlán, mientras el segundo enfrentó a los conquistadores españoles de Yucatán y Centroamérica. Nacidos en las cercanías de Sevilla y Huelva respectivamente, llegaron al llamado Nuevo Mundo a principios del siglo XVI, incorporándose a la hueste de Vasco Núñez de Balboa, a quien acompañaron, en septiembre de 1510, en la fundación de Santa María de la Antigua del Darién.

Casi un año después naufragaron en las proximidades de Jamaica cuando viajaban en un bergantín capitaneado por Juan de Valdivia, que conducía a Santo Domingo las riquezas extraídas de esa colonia española en Tierra Firme. Aguilar y Guerrero fueron los únicos sobrevivientes de los pocos tripulantes que lograron subir a un batel, que los arrastró hasta las costas meridionales de la península de Yucatán. En la tierra de los mayas cayeron prisioneros de los Tutul Xiú, de la ciudad-estado de Maní, que dominaba buena parte de ese territorio.

Aguilar, que había sido diácono en Andalucía, quedó al servicio de un sacerdote maya de Tulum, mientras Guerrero, antiguo soldado en la reconquista de Granada, devenía en instructor militar de los cheles de Ichpaatún, a quienes enseñó técnicas de combate europeas. Integrado a este pueblo maya de Chactemal, al norte de la bahía de Chetumal, llegó a formar una familia con Za'asil-Há, hija de un jefe de esta comunidad.

Las expediciones españolas que merodearon las costas de la península de Yucatán en 1517 y 1518, encabezadas por Francisco Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva respectivamente, enviados por el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, con el propósito de capturar esclavos y buscar oro, llevaron noticias a la isla de los dos supervivientes de la embarcación de Valdivia. Por eso, el tercero de los capitanes elegidos por Velázquez para recorrer la desconocida región mesoamericana, Hernán Cortés, que partió el 10 de febrero de 1519, llevaba entre sus encomiendas rescatar a los dos conquistadores extraviados. Al arribar a la isla de Cozumel, Cortés tuvo noticias de dos hombres barbados que estaban con los mayas, a quienes envió misivas y regalos con mensajeros indígenas e incluso una embarcación para rescatarlos.

Jerónimo de Aguilar consiguió autorización de los mayas de Tulum para unirse a Cortés, a quien sería de mucha utilidad. Su dominio del maya, unido al conocimiento por la indígena Malintizin de esa lengua y del náhuatl, le permitiría al conquistador español entenderse con los mexicas. Gracias a su relevante papel en la toma de Tenochtitlan y de otros territorios de lo que llamaron la Nueva España, Aguilar recibió tierras y encomiendas de indios, que disfrutó hasta su muerte en 1531, cerca del río Pánuco.

La vida de Gonzalo Guerrero fue totalmente opuesta a la de Aguilar. Según cuenta Bernal Díaz del Castillo en el capítulo XXIX de su *Historia verdadera de la conquista de Nueva España* (1632), al conocer del mensaje de Cortés por su compañero de aventuras contestó: «Hermano Aguilar, yo soy casado y tengo tres hijos. Tienenme por cacique y capitán, cuando hay guerras, la cara tengo labrada, y horadadas las orejas, ¿qué dirán de mí esos españoles, si me ven ir de este modo? Idos vos con Dios [...]».¹¹

Guerrero sobresalió en la lucha contra los conquistadores españoles de Yucatán, a los que obligó a replegarse de Chactemal y de una buena porción de la península, adentrándose después en auxilio de los mayas de Ticamaya, en la actual San Pedro Sula (Honduras). El 13 de agosto de 1536, cuando combatía a los invasores europeos cerca del río Ulúa, murió de un disparo de arcabuz. Aunque un artículo del 2020 del periódico español *ABC* todavía lo tilda de «traidor», en nuestra América Gonzalo Guerrero es reivindicado como un singular héroe anticolonialista. En su memoria se levanta una estatua en la ciudad de Mérida en Yucatán, precisamente al final de la prolongación de la avenida que

¹¹ Citado por Dhyana A. Rodríguez Vargas: «Gonzalo Guerrero, el español conquistado por los mayas», en *Relatos e Historias en México*, número 60, en <https://relatosehistorias.mx/nuestras-historias/gonzalo-guerrero-el-espanol-conquistado-por-los-mayas>.

lleva el nombre del conquistador español al que combatió: Paseo de Montejo. Incluso una estrofa del himno del Estado de Quintana Roo lo recuerda: «Esta tierra que mira al oeste/ cuna fue del primer mestizaje/ que nació del amor sin ultraje/ de Gonzalo Guerrero y Za'asib».¹²

Cuauhtémoc y la resistencia de Tenochtitlan

Cinco siglos se cumplieron de la prolongada resistencia de Tenochtitlan al asalto de las huestes de Hernán Cortés, que en abril de 1521 pusieron sitio a la ciudad con el apoyo de miles de guerreros tlaxcaltecas aliados de los españoles. La destrucción de los canales de agua que abastecían la capital azteca y la falta de alimentos sellaron la suerte de los defensores, vencidos por la sed, el hambre y las epidemias —algunas de ellas, como la viruela y la sífilis, desconocidas en América y traídas por los conquistadores. La heroica lucha de sus habitantes, dirigidos por Cuitláhuac —Moctezuma había muerto tratando de calmar la sublevación de su pueblo—, y después por el legendario Cuauhtémoc, se prolongó hasta el 13 de agosto de 1521.

El primer testimonio de la caída de Tenochtitlan procede de las extensas *Cartas de Relación* del propio Hernán Cortés, dirigidas a la Corona. Son cinco, escritas desde 1519, aunque la inicial nunca se encontró y solo se conoce por el resumen incluido en la obra *Segunda parte de la crónica general de las Indias que trata de la conquista de México* (1552) de Francisco López de Gómara. Se trata de la misiva que envió Cortés a Carlos V, junto con regalos entregados por Moctezuma, cuando marchaba hacia el altiplano central de México, en la que prometía un nuevo reino «con título y

¹² https://es.wikipedia.org/wiki/Gonzalo_Guerrero.

no menos mérito que el de Alemania, que por la gracia de Dios vuestra sacra majestad posee». ¹³

Las cuatro cartas se conservan en la Biblioteca Imperial de Viena. Tres se publicaron por primera vez en Sevilla (1522-1523) y Toledo (1525) y fueron muy difundidas, mientras la última estuvo inédita hasta 1842. En la segunda de ellas, fechada el 30 de octubre de 1520, Cortés relata el sometimiento del cacique de Zempoala y su alianza con los tlaxcaltecas, el avance hacia el territorio azteca y el encuentro con Moctezuma, incluyendo la tremenda impresión de los europeos al llegar a la espectacular Tenochtitlan, que denomina Temixtitan. El conquistador la describe con amplias calles que por un lado dan al agua, por donde andan canoas, y que es [...] tan grande y de tanta admiración, que [...] es casi increíble, porque es muy mayor que Granada y muy más fuerte, y de tan buenos edificios y de muy mucha más gente que Granada tenía al tiempo que se ganó, y muy mejor abastecida de las cosas de la tierra, que es de pan y de aves y caza y pescados de los ríos, y de otros legumbres y cosas que ellos comen muy buenas. Hay en esta ciudad un mercado en que cotidianamente, todos los días, hay en él de treinta mil ánimas arriba vendiendo y comprando, sin otros muchos mercadillos que hay por la ciudad en partes». ¹⁴

Es en la tercera de las *Cartas de Relación*, fechada el 15 de mayo de 1522, donde Cortés narra, en un lenguaje más agresivo y crudo que en la anterior misiva, los acontecimientos de la rebelión azteca, que obligó a los conquistadores a huir de Tenochtitlan el 30 de junio de 1520, que llamaron «Noche Triste», hasta la ocupación de la urbe y la captura, el 13 de agosto del año siguiente, de Cuauhtémoc:

¹³ Citado por J.H. Elliot: *El Viejo y el Nuevo Mundo (1492-1650)*, Madrid, Alianza Editorial, 1972, p. 107

¹⁴ Hernán Cortés: *Cartas de Relación*, Madrid, Castalia, 1993, p. 234

Y los bergantines entraron de golpe por aquel lago y rompieron por medio de la flota de canoas, y la gente de guerra que en ellas estaba ya no osaba pelear [...] un capitán de un bergantín, [...] llegó en pos de una canoa en la cual le pareció que iba gente de manera; y como llevaba dos o tres ballesteros en la proa del bergantín e iban encarrando en los de la canoa, hiciéronle señal que estaba allí el señor, que no tirasen, y saltaron de presto, y prendiéronle a él y a aquel Guatimucín [...] señor de la ciudad y a los otros principales presos; el cual, como le hice sentar, no mostrándole riguridad ninguna, llegóse a mí y díjome en su lengua que ya él había hecho todo lo que de su parte era obligado para defenderse a sí y a los suyos hasta venir a aquel estado, que ahora hiciese de él lo que yo quisiese; y puso la mano en un puñal que yo tenía, diciéndome que le diese de puñaladas y le matase.¹⁵

Cortés mantuvo en cautiverio a Cuauhtémoc durante cuatro años, para asegurar la colaboración de los mexicas, aunque lo sometió a crueles torturas, quemándole los pies y las manos. En 1525, como relata el propio conquistador español en su quinta *Carta de Relación* a Carlos V, lo llevó, junto a cientos de indígenas, en su expedición a las Hibueras (Honduras). Durante la travesía ordenó su ejecución, acontecimiento que se conmemora como duelo oficial en México el 28 de febrero. En el lugar de la capital mexicana donde Cuauhtémoc fue apresado por los invasores europeos, en las inmediaciones del actual mercado de Tepito, hay una placa en un muro de la iglesia de la Concepción con este texto: «Tequipeuhcan. Aquí fue hecho prisionero el Emperador Cuauhtemotzin la tarde del 13 de agosto de 1521».¹⁶

¹⁵ Ibid.

¹⁶ <https://www.24-horas.mx/2021/08/13/en-tepito-aprisionaron-a-cuauhtemoc>

Malinche y Pocahontas

Durante la conquista de América muchas mujeres sobresalieron en la lucha contra los invasores europeos, como la heroína mapuche Fresia, pero hubo dos que les sirvieron: Pocahontas y Malinche. Aunque la imagen idealizada de Pocahontas, difundida por los dibujos de los estudios Disney, es elogiosa, no sucede lo mismo con Malinche, considerada una traidora a su pueblo.

Conocida también como Malinalli o Malintzin, la Malinche era una indígena nacida a fines del siglo XV cerca de Coatzacoalcos (Veracruz), región fronteriza entre poblaciones náhuatl y maya, lo que explica su dominio de ambas lenguas —más tarde aprendió también el castellano—, que facilitó su labor de traductora de los conquistadores españoles. En 1519, estuvo entre las veinte mujeres entregada como regalo por el cacique de Tabasco a Hernán Cortés. Su papel fue decisivo en la toma de Tenochtitlan en 1521, estableciéndose después con el conquistador de México en Coyoacán, donde nació su hijo Martín. Tras la llegada de la esposa de Cortés, la Malinche, beneficiada con varias encomiendas de indios, y convertida al catolicismo como Doña Marina, se casó con otro encumbrado conquistador, Juan Jaramillo, con quien tuvo una hija, aunque a partir de ahí su vida se desdibuja y desconocemos su fecha de muerte.¹⁷

Los cronistas del Virreinato de Nueva España hicieron la apología de la indígena que ayudó a la conquista como traductora y consejera de Cortés. Sin embargo, durante la independencia de México, que como en toda Hispanoamérica significó una reconstrucción del imaginario

¹⁷ Más detalles de su vida en Fernando Benítez: *La ruta de Hernán Cortés*, La Habana, Instituto del Libro, 1979, p. 122-133.

prehispánico, la visión de la Malinche cambió a partir de la novela histórica anónima *Xicoténcatl* (1826). Por primera vez se le consideró un personaje negativo, interpretación dominante desde entonces, aunque ahora algunos han comenzado a presentarla como víctima de la conquista y forjadora de una nación mestiza, como hace el documental de Fernando González Sitges *Malintzin, la historia de un enigma*, estrenado en 2021.

Surgida de diferente dinámica colonizadora, Pocahontas o Matoaka, como también se le conoce, fue una indígena algonquina nacida un siglo después de Malinche, en la bahía de Chesapeake, actual Virginia, donde más tarde se fundó, en la desembocadura de un río, la primera colonia inglesa estable del continente. Era hija del cacique Powhatan, quien en 1607 capturó a uno de los pioneros británicos, el capitán John Smith, al que según su propio relato en la *The Generall Historie of Virginia* (1624), la niña Pocahontas salvó de ser ejecutado. Luego la convivencia mejoró y algunos ingleses pudieron sobrevivir —la mayoría murieron de hambre y enfermedades— con la ayuda de los algonquinos, hasta que las hostilidades se reanudaron. Según fuentes europeas, Pocahontas tomó partido por los invasores, advirtiéndoles de una encerrona preparada por su padre. Aunque la versión edulcorada de Hollywood tejió un romance entre ellos, lo cierto es que Smith regresó a Inglaterra y Pocahontas se casó en 1612 con Kocoum, un guerrero algonquino.

Desde ahí su vida se hace más difusa. Con menos de veinte años, Pocahontas fue secuestrada por el oficial inglés Samuel Argall cuando llevaba alimentos a los famélicos colonos de Jamestown. Sometida a un largo cautiverio, en el que fue maltratada, consiguió su libertad al casarse con el exitoso plantador de tabaco John Rolfe, tras aceptar la religión anglicana con el nombre de Rebecca. Este fue la

primera boda con autorización real de un europeo con indígena registrado en las colonias inglesas y abrió una tregua de varios años con los algonquinos. En 1616, Lady Rebecca, como se llamaba ahora, viajó a Inglaterra con su esposo y su hijo Thomas, junto con una docena de indígenas, para mejorar la imagen de Norteamérica y promover la emigración a Virginia. Presentada por Smith como una exótica princesa del Nuevo Mundo y recibida en la corte, su visita conmovió a la sociedad inglesa, aunque murió al año siguiente.

Desde entonces la imagen de Pocahontas, presentada como una noble indígena que favoreció la colonización europea, fue utilizada no solo como emblema de las cajas de tabaco de Virginia, sino también como un mito fundacional de los propios Estados Unidos, escamoteando la verdadera historia del exterminio de los pueblos originarios. En cambio, la figura de la Malinche, pese a todos los intentos de reivindicación, sigue siendo la de una Quisling americana, postrada ante el invasor foráneo.

Alemanes en la conquista de América

La presencia alemana en la conquista de América es muy poco conocida y se remonta a 1520, cuando Carlos I, nieto de los Reyes Católicos, obtuvo el título de Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Para conseguirlo, tuvo que hacer erogaciones a los príncipes electores, endeudándose con los banqueros Welser y Fugger, a quienes ofreció concesiones en sus nuevos dominios americanos. A diferencia de los Fugger, que nunca se interesaron por la Nueva Toledo (Chile), los Welser se dejaron tentar por el lejano territorio asignado, llamado Venezuela por los primeros navegantes europeos, sorprendidos por los

palafitos aborígenes del litoral que compararon con los canales de Venecia.

En Alemania se le conocería como Welserland, o sea, la tierra de los Welser, pues los derechos de estos banqueros de Augsburgo sobre esa región sudamericana habían sido plasmados en la capitulación de 1528, negociada por el suizo Heinrich Ehinger y Hieronymus Sailer, y firmada por el propio Carlos V. La colonización alemana tuvo su centro en el golfo de Coro, donde existía desde 1527 un fortín levantado por el capitán español Juan de Ampíes. El primer contingente enviado por los Welser, que salió de Sevilla el 7 de octubre de 1528 con más de doscientas personas, encabezado por Ambrosio Talfinger, llegó a Coro, tras escala en Santo Domingo, el 24 de febrero de 1529. A Talfinger, que después fundó Maracaibo y se dedicó a expoliar cruelmente a los indígenas, le sucedieron como gobernadores Juan Seissenhofer, Nicolás de Federmann, Georg von Speyer y Philipp von Hutten.

Bajo la dirección de colonos como von Hutten o Horge Hohermut, los primeros habitantes de Nueva Augsburgo (Coro) intentaron fomentar una de las primeras economías de plantación del continente americano, con el trabajo forzado de cientos de hombres sacados por la fuerza de África para al cultivo de la caña de azúcar; aunque los alemanes se sentían más atraídos por las riquezas y productos que arrebataban a los pueblos originarios. Las enfermedades tropicales y la obstinada resistencia de los indígenas, con los que chocaban en sus constantes incursiones en busca de oro por Maracaibo, Cumaná y los llanos del Apure y Casanare, hicieron estragos entre los ávidos conquistadores al servicio de los Welser.

De esas voraces exploraciones por el interior de Venezuela conocemos el pormenorizado relato de la efectuada a fines de 1530 y principios de 1531 por Nicolás Federmann.

En 1555, trece años después de su muerte, el texto fue publicado por su cuñado Hans Kiefhaber como *Historia Indiana. Una preciosa y amena historia del primer viaje de Nicolás Federman, el joven natural de Ulm, emprendido desde España y Andalucía a las Indias del mar Océano, y de lo que allí le sucedió hasta su retorno a España. Escrito brevemente y de amena lectura*. De gran valor etnográfico, la obra describe los diferentes pueblos indígenas que conoció en el interior de Venezuela.

Federmann también estuvo al frente de la más increíble de todas las expediciones alemanas, de la que no dejó testimonio. Nos referimos a la que condujo por los Andes, entre 1536 y 1539, en busca del mítico *El Dorado* y que culminó en el territorio de los muiscas o chibchas. La leyenda de un cacique que se espolvoreaba oro en una laguna y ofrecía piedras preciosas a sus dioses, despertó también la codicia de dos partidas de españoles procedentes de Quito y Santa Marta, dirigidas respectivamente por Sebastián de Benalcázar y Gonzalo Jiménez de Quesada. En los alrededores de la actual ciudad de Bogotá, fundada el 6 de agosto de 1538, tuvo lugar el triple encuentro fortuito, que obligó a un compromiso entre las tres expediciones, cada una con más de cien personas, para repartirse el botín.

Las riquezas arrebatadas a los chibchas por Federmann y sus hombres no pudo salvar de la crisis a la única colonia alemana en América, fracasada en su intento de imitar a las exitosas factorías portuguesas. En 1546, Carlos V le asestó el golpe final al cancelar la concesión a los banqueros de Augsburgo. El último gobernador de Welslerland, von Hutten, seguido por Bartholomeus Welser y unos cuantos sobrevivientes, se refugiaron entonces en un valle al sur de Quibor, en el actual estado Lara, donde surgiría en 1554 el poblado de Cuara. Todavía hoy algunos de sus habitantes llevan apellidos alemanes y conservan características fenotípicas y costumbres de sus ambiciosos ancestros.

La desconocida provincia gigante de las Indias

El inicio de la conquista española del Río de la Plata se produjo con la trágica expedición de Juan Díaz de Solís, masacrada por los charrúas en 1516. Uno de sus sobrevivientes, el portugués Alejo García, fue el primer europeo que pisó al actual territorio de Paraguay cuando iba rumbo a los Andes desde la isla Santa Catalina, ubicada en las actuales costas brasileñas. García fue también un pionero al invadir el imperio incaico desde el sur —por Santa Cruz (1524)—, llevándose telas y objetos de oro y plata, mucho antes que Francisco Pizarro lo hiciera por el extremo opuesto. Atraídos por las noticias de esas riquezas, Sebastián Gaboto en 1527 y Diego García de Moguer dos años después, navegaron por los ríos Paraná y Paraguay tratando de llegar al Tahuantinsuyo.

No fue hasta 1535 que la Corona organizó una gran expedición colonizadora a la región austral, amenazada por la expansión portuguesa, que estuvo al mando de Pedro de Mendoza. Acompañado de más de mil personas, Mendoza levantó al año siguiente en la desembocadura del Río de la Plata una villa fortificada nombrada Santa María del Buen Aire, virtual capital del imaginado Reino de Nueva Andalucía. Abandonada pronto por la hostilidad de los pueblos originarios y lo inhóspito del lugar, muchos de sus pobladores se refugiaron en el más acogedor territorio paraguayo, donde Juan de Salazar fundó al año siguiente Nuestra Señora de la Asunción, que fue en verdad el primer gobierno municipal del Río de la Plata.

Los recién llegados, encabezados por Juan de Ayo-las y Domingo Martínez de Irala, siguieron saqueando el imperio incaico, hasta que Pizarro se los impidió, dejándolos confinados en Paraguay, con la agricultura como úni-

ca alternativa. Tras vencer la tenaz resistencia de los jefes aborígenes Nande Ru, Guazú Ruvichá, Taberé y Lambaré, los españoles lograron someter a los guaraníes, uno de los pueblos más avanzados de América del Sur.

A afianzar la presencia hispana en suelo paraguayo contribuyó que los conquistadores asimilaron la costumbre poligámica de los guaraníes, amancebándose con varias mujeres, a las que obligaban a trabajar la tierra. La ausencia de minerales preciosos hizo disminuir el arribo de europeos a Paraguay, lo que impulsó el mestizaje como en ninguna otra parte del continente.

En esas circunstancias, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, quien tras un naufragio había cobrado fama por el relato de sus andanzas por América del Norte, publicado originalmente en 1542,¹⁸ fue nombrado gobernador de esta remota posesión hispana. Para llegar a Asunción, desembarcó en ese mismo año por la costa atlántica y atravesó selvas hasta tropezar casualmente con las asombrosas cataratas de Iguazú, desconocidas por los europeos. Pero Cabeza de Vaca, rechazado por los conquistadores españoles asentados en suelo guaraní por su propósito de frenar la poligamia y limitar las encomiendas de indios, fue obligado a regresar a España (1544).

Tres décadas más tarde, los descendientes mestizos de los primeros conquistadores del Paraguay, comandados por Juan de Garay, iniciaron la colonización hasta la desembocadura del Plata, con el objetivo de facilitar la comunicación al exterior de la ya floreciente colonia agrícola, que durante un tiempo sería la más extensa de América, con costas tanto en el Atlántico como en el Pacífico. En su expansión, los nueve españoles y setenta y cinco «mancebos de la tierra» o

¹⁸ Véase Alvar Núñez Cabeza de Vaca: *Naufragios. Crónica de viaje*, La Habana, Instituto del Libro, 1970.

paraguayos, como ya comenzaba a ser conocidos los criollos, fundaron Villa Rica (1570), Santa Fe (1573), Bermejo (1585), Corrientes (1588) y por segunda vez Buenos Aires (1580), acontecimiento que para algunos historiadores señala el fin de la conquista española de América.

A esa altura, la gran provincia de Paraguay había comenzado a achicarse como una piel de zapa, pues en 1552 perdió su salida al Pacífico y ocho años después el antiguo territorio incaico de Santa Cruz. La condición de provincia más grande de las Indias desapareció de manera definitiva en 1671 al crearse las gobernaciones de Guairá (o Paraguay) y la del Río de la Plata. Fue un mestizo paraguayo, Ruy Díaz de Guzmán, quien en 1612 narró toda esa epopeya, mostrando una muy temprana conciencia «protonacional», en una obra clásica escrita para dejar constancia para la posteridad «por aquella obligación que cada uno debe a su misma patria».¹⁹

Leyenda negra de la conquista española

A la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552) de Bartolomé de Las Casas se atribuye el origen de la leyenda negra de la conquista española de América. En esta obra, que es una parte de su alegato en la controversia doctrinal que sostuvo en Valladolid con Juan Ginés de Sepúlveda a mediados del siglo XVI, el fraile dominico rebatió los argumentos de su contrincante dirigidos a justificar los brutales métodos de dominación de España en el continente americano.

Sepúlveda, que nunca estuvo en el llamado Nuevo Mundo, legitimaba el sometimiento de los pueblos

¹⁹ Ruy Díaz de Guzmán: *La Argentina*, Buenos Aires, Angel Estrada y Cia. S.A. Editores, 1943, p. XVII

originarios siguiendo una vieja tesis aristotélica. La discusión giró también sobre la legitimidad de hacer la guerra a los aborígenes antes de evangelizarlos. Para el oponente de Las Casas, los nativos de América eran esclavos de naturaleza, incapaces de gobernarse y el castigo eran lícito, por sus idolatrías, barbaridades y pecados.

En la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Las Casas denuncia por primera vez los abusos y crímenes cometidos por los invasores españoles, aunque su visión idílica del mundo indígena contiene algunas incongruencias y exageraciones, sobre todo en las cifras. Tampoco revela los nombres de los culpables del holocausto, lo que haría después en su *Historia de las Indias* (1875), inédita hasta que el cubano José Antonio Saco encontró el olvidado manuscrito en el monasterio de San Gregorio en España.

La Junta de Valladolid, constituida por decisión de Carlos V para dirigir el proceso, falló en forma tácita a favor de Las Casas. El fraile dominico contaba con el respaldo del monarca, pues sus argumentos le venían como anillo al dedo para meter en cintura a los soberbios e indisciplinados conquistadores y encomenderos, que desafiaban el poder de la Corona. Pero la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* no tardó en convertirse en un boomerang y una orden real prohibió más tarde su circulación en los territorios hispanoamericanos. De ahí que Francisco de Miranda la reeditara en Londres como parte de su campaña a favor de la independencia.

Las Casas, que había llegado a América en 1502, fue testigo de las matanzas y arbitrariedades cometidas por los conquistadores, lo que provocó que sufriera en Cuba una crisis de conciencia y decidiera consagrarse a la defensa de los pueblos originarios. En 1547, con 73 años de edad, regresó a España y se encerró en un monasterio dominico hasta su muerte, dos décadas después. Allí elaboró sus

obras históricas más sobresalientes, entre ellas la mencionada *Historia de las Indias*.

En esta última etapa de su larga vida el fraile dominico se radicalizó, llegando a calificar a la conquista como una interminable relación de robo, asesinatos y extorsiones, tal como escribió en *Tesoros del Perú* (1561). En este último texto, llegó a cuestionar la donación papal de 1493, abogando por la devolución de sus bienes a los pueblos originarios y su derecho a defender sus comunidades. Con razón, Julio Le Riverend sentenciaría: «es natural que la figura de Bartolome de Las Casas se agrande, pues su lucha por la liberación del indio y por la restitución de lo que se le ha quitado se prolonga en el tiempo».²⁰

Publicada sin permiso oficial, la *Brevísima relación de las Indias* fue traducida y divulgada en Europa con la finalidad de contraponer la violenta y salvaje conquista hispana a las supuestamente altruista y pacífica efectuada por las potencias rivales de España. A la creación de esa leyenda negra contribuyeron escritores franceses e ingleses del siglo XVIII, entre ellos Michel de Montaigne, Sebastián Mercier, el abate Raynal y William Robertson, que presentaron la invasión española de América como un baño de sangre fruto de la desmedida codicia de sus protagonistas.

Aunque fueron escritores españoles de principios del siglo XX, entre ellos Emilia Pardo Bazán, Vicente Blasco Ibáñez y Marcelino Menéndez Pelayo, los primeros en hablar de una leyenda negra de España en América, echada a rodar por Bartolomé de Las Casas, en realidad el calificativo provino de la obra de Julián de Juderías *La leyenda negra y la verdad histórica* (1914). Uno de los que salió en defensa del sacerdote dominico fue el sabio cubano Fernando Ortiz

²⁰ Julio Le Riverend: «Los problemas históricos de la conquista de América», *Islas*, Revista de la Universidad Central de Las Villas, La Habana, enero-junio de 1963, n. 2 p. 89

en su ensayo *La leyenda negra contra fray Bartolomé* (1952), donde reconoció la valentía de Las Casas al denunciar los crímenes y el exterminio de los pueblos originarios, acciones que no fueron exclusivas de España, sino también cometidas, con igual o peor crueldad, por las otras potencias colonialistas europeas en América.

Rebelión de los encomenderos

La conquista de América propició el surgimiento de una privilegiada casta de encomenderos, enriquecidos con el sometimiento de los pueblos originarios. Ante la política de la monarquía española de limitar sus insaciables ambiciones y creciente poderío, muchos de ellos se rebelaron e incluso algunos llegaron a acariciar la idea de fundar reinos independientes, como intentaron en México los hijos de Hernán Cortés.

El origen de este episodio está en la implantación de la autoridad de Carlos V en todas sus posesiones americanas, después de someter a los comuneros y a los señoríos feudales en la propia metrópoli, para impedir la desobediencia de los conquistadores y sus descendientes. La propia Corona concedía con mucho cuidado los títulos nobiliarios y las tierras, que se entregaban desvinculadas de las encomiendas.

Para limitar las prerrogativas de los encomenderos, el monarca aprovechó las protestas de algunos sacerdotes, entre ellos el dominico Bartolomé de Las Casas, que denunciaban la terrible situación de los indígenas y los excesos de la conquista. En 1542 Carlos V promulgó las llamadas Leyes Nuevas, un conjunto de cuarenta normas que, prohibían la esclavitud y los trabajos forzados de los aborígenes y limitaban las encomiendas, suprimiendo su

herencia. Las comunidades indígenas quedaban protegidas en resguardos, con la obligación de pagar tributos.

La imposición de esta legislación por los funcionarios reales produjo levantamientos armados de los encomenderos. Gonzalo Pizarro, hermano del conquistador del Perú, se sublevó contra el virrey Blasco Núñez de Vela. Los dos ejércitos se enfrentaron en una llanura al norte de Quito, donde el representante real fue vencido y ejecutado (1546). Su sucesor, el clérigo Pedro de la Gasca, hizo concesiones a los rebeldes hasta acumular importantes efectivos, con los que derrotó a los pizarristas en Jaquijaguana, cerca del Cuzco, a inicios de 1548. Los principales implicados fueron ajusticiados, entre ellos Gonzalo Pizarro.

En el propio territorio peruano hubo otro levantamiento en 1553 liderado por Francisco Hernández Girón que también terminó con la ejecución del caudillo. El enviado de la Corona, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, llegado a Paraguay en 1544 como ya contamos, fue expulsado por los conquistadores españoles al intentar frenar las encomiendas y poner fin a la poligamia. Algo parecido sucedió en Nicaragua, donde los hermanos Hernando y Pedro Contreras, nietos del famoso conquistador Pedrarias Dávila, se alzaron en 1550, alentados por su madre y encomenderos rebeldes que huían de Perú. Tras ejecutar al obispo, los sublevados se trasladaron a Panamá, donde fueron finalmente derrotados, empresa que costó la vida a los propios Contreras.

También en el Virreinato de Nueva España las Leyes Nuevas provocaron una conspiración liderada por el marqués del Valle, Martín Cortés Zúñiga, hijo del conquistador de Tenochtitlan, nombrado capitán general tras su regreso de España, pues el segundo virrey de México, Luís de Velasco, había muerto. Enfrentado a los oidores de la capital, cobró fuerza la idea de coronarlo como rey

de Nueva España, movimiento reprimido en ciernes por el visitador Alonso Muñoz. Martín Cortes fue detenido en 1566 —su medio hermano mestizo, hijo de su padre con la Malintzin, incluso fue torturado— y decapitados Alonso y Gil González de Ávila. La llegada del nuevo virrey, Gastón de Peralta, tranquilizó la situación y evitó se les aplicara la pena de muerte. Al año siguiente, el marqués del Valle fue enviado a España, sancionado al destierro en Orán y confiscados sus bienes.

Las extendidas protestas de los conquistadores y sus descendientes obligaron a la Corona a una aplicación parcial de las Leyes Nuevas, aunque no impidió que las encomiendas de «servicios» fueran desapareciendo ante las de tributos. De este modo, la explotación de los indígenas mediante el sistema de encomiendas fue perdiendo su importancia en la sociedad colonial, a pesar de que muchos beneficiarios pudieron conservarlas por más de una generación.

Últimos gobernantes incas

Después de la injustificada ejecución de Atahualpa por el desalmado conquistador del Perú Francisco Pizarro, el Imperio Incaico fue gobernado por otros Incas, algunos de los cuales son poco conocidos. El 15 de noviembre de 1533 Pizarro entró en Cuzco, capital incaica, como «libertador», pues justificó sus acciones criminales con el supuesto propósito de entregar el poder a Manco Cápac, medio hermano de Atahualpa. Desde la muerte del Inca Huayna Cápac en 1527, el mando supremo del Tahuantinsuyo era disputado por dos ramas de sus descendientes, unos asentados en el actual Ecuador y otros en Cuzco.

Cansado de los abusos de los invasores, el nuevo gobernante indígena Manco Cápac abandonó la histórica capital incaica y se refugió en una apartada fortaleza situada en la intrincada región montañosa de Vilcabamba, en la vertiente oriental de los Andes. Desde esas inaccesibles cúspides andinas, cuyas mayores alturas casi igualan al Himalaya, el Inca dirigió entre 1536 y 1537 la resistencia de su pueblo contra los hispanos, llegando incluso a poner sitio a Cuzco y Lima, hasta que fue obligado a replegarse.

La victoria de los conquistadores europeos trajo aparejada la agudización de las disputas entre los seguidores de Pizarro y los de Diego de Almagro por el reparto del botín, que los cronistas españoles denominaron las «guerras civiles» del Perú y que terminaron con la decapitación de este último en septiembre de 1542. Los sobrevivientes almagristas huyeron a los Andes, donde fueron acogidos en Vilcabamba por Manco Cápac. Tres años después, y en medio de extrañas circunstancias, un grupo de esos mismos refugiados apuñaleó al Inca que les había protegido. En reacción, todos los europeos escondidos en esa fortaleza incaica fueron ejecutados por los airados indígenas, tal como ha contado el Inca Garcilaso de la Vega en su *Historia General del Perú* (1617).

En el bastión andino de Vilcabamba, tres incas sucedieron a Manco Cápac al frente del Tahuantinsuyo, Sayri Túpac, Titu Cusi Yupanqui y Túpac Amaru, donde mantuvieron su independencia. El segundo de ellos, Cusi Yupanqui, se rindió en 1568 y aceptó su bautizo cristiano con el nombre de Diego de Castro. En su cautiverio, dio a conocer en 1570 un alegato dirigido a Felipe II para resaltar el apoyo de su familia a Pizarro en su lucha contra Atahualpa titulado *Relación de cómo los españoles entraron en el Perú y el suceso que tuvo Manco Inga en el tiempo que entre ellos vivió*, publicado en Lima, por primera vez, en 1916. Aunque

tiene inexactitudes, su principal mérito radica en ofrecer la visión de los vencidos sobre la conquista española, la rebelión de su padre Manco Cápac y del sitio a Cuzco. En una de sus partes, el Inca relata la enorme impresión que causó a los indígenas la lectura de los libros europeos al ver a los españoles «a solas hablar en paños blancos» y sobre todo que podían «nombrar a algunos de nosotros por nuestros nombres sin decírselos nadie».²¹

El último de los incas de Vilcabamba fue Túpac Amaru, quien mantuvo la resistencia de los pueblos originarios hasta 1572, cuando fue capturado y ejecutado en la plaza central de Cuzco por orden del virrey Francisco de Toledo. Con su muerte termina la sucesión de gobernantes incas de Vilcabamba, aunque algunos de sus inexpugnables sitios, como Machu Picchu, oculto en las altas cumbres andinas, permanecerían fuera del alcance de los españoles durante toda la época colonial. El suplicio a que fue sometido Túpac Amaru lo narra con crudeza el propio Garcilaso:

Al pobre príncipe lo sacaron en una mula, con una sogá al cuello y las manos atadas y un pregonero delante, que iba pregonando su muerte y la causa de ella, que era tirano, traidor contra la corona de la Majestad Católica. Los indios, viendo su Inca tan cercano a la muerte, de lástima y dolor que sintieron levantaron otro murmullo, vocería, gritos y alaridos, de manera que no se podían oír. Los sacerdotes que hablaban con el príncipe le pidieron que mandara a callar aquellos indios. El Inca alzó el brazo derecho con la mana abierta, y la puso en derecho del oído, y de allí la bajó poco a poco, hasta ponerla sobre el muslo derecho. Con lo cual, sintiendo los indios que les mandaba callar, cesaron de su grita y vocería, y quedaron con tanto

²¹ Citado por Martin Lienhard: *La voz y su huella: Escritura y conflicto étnico-social en América Latina (1492-1988)*, La Habana, Casa de las Américas, 1989, p. 34.

silencio, que parecía no haber ánima nacida en aquella ciudad [...] Luego cortaron la cabeza al Inca, el cual recibió aquella pena y tormento con el valor y grandeza de ánimo que los Incas y todos los indios nobles suele recibir cualquier inhumanidad y crueldad que les hagan [...].²²

Dos siglos después, José Gabriel Condorcanqui levantó de nuevo a los pueblos originarios contra la dominación española, adoptando el simbólico nombre de Túpac Amaru, y al igual que el último Inca, terminaría su vida ejecutado en la misma plaza del Cuzco, descoyuntado por cuatro caballos que tiraban de su cuerpo en distintas direcciones.

Primer historiador indígena de Perú

Felipe Guamán Poma de Ayala (1534-1615) es considerado uno de los primeros historiadores indígenas peruanos y, junto al Inca Garcilaso, figura entre los mejores exponentes de esa historiografía en toda Hispanoamérica. Además de las abundantes informaciones contenidas en su *Nueva Crónica y Buen Gobierno*, terminada entre 1613 y 1615, también son muy valiosas, ante las escasas pictografías incaicas, las casi cuatrocientas ilustraciones de la obra, dibujadas a plumilla y sin color, a página completa.

El manuscrito de la *Nueva Corónica y Buen Gobierno*, título del ejemplar original, enviado al monarca español, se extravió y solo fue encontrado en la Biblioteca Real de Dinamarca (1660), aunque no se publicó completo hasta 1936. Su autor había nacido en el actual departamento de Ayacucho en una familia *curaca* de Huánuco, en Chinchasuyo, y

²² Inca Garcilaso de la Vega: *Historia General del Perú (Segunda Parte de los Comentarios Reales de los Incas)*, Buenos Aires, Emecé Editores S.A., 1944, t. III, p. 250

su madre era hija del Inca Túpac Yupanqui. Con la ayuda de un hermano menor mestizo, el sacerdote católico Martín de Ayala, Guaman pudo aprender el castellano y obtener cierta educación, que le permitieron encontrar empleo en diferentes partes del Virreinato, entre ellas, Cuzco, Huamanga y Lima.

Durante más de veinte años escribió en castellano, con algunas palabras y frases sueltas en quechua, las más de mil páginas de su *Nueva Crónica y Buen Gobierno*, con la principal finalidad de acreditar su linaje y reclamar bienes. La obra comienza con una carta del padre del autor, fechada el 15 de mayo de 1587, dirigida al Rey de España. Al igual que hicieron en México sus contemporáneos Tezozómoc y Ixtlilxóchitl, también pertenecientes al reducido grupo de indígenas principales, descendientes de la antigua clase dirigente prehispánica, que recuperaron la memoria histórica para reclamar privilegios y propiedades, Guaman apela a su genealogía para atribuirse un origen encumbrado y resaltar el apoyo de sus ancestros a la conquista española.

A continuación, todo el abigarrado texto se convierte en un alegato sobre sus derechos a una posición prominente, aunque la argumentación, carente de hilo conductor y de elegancia literaria, se pierde en digresiones históricas o pintorescas, relacionados con los dibujos más próximos. En la narración, Guamán violenta la cronología y exagera los méritos de sus antepasados para resaltar el contraste entre la grandeza anterior y su presente penuria, que lo obligó a recorrer la provincia de Huamanga en busca de trabajo hasta ser intérprete en la Real Audiencia de Lima. Muy originales son sus descripciones de fiestas, costumbres y canciones del Perú, así como su idea de que los pueblos preincaicos ya habían comenzado la evangelización en tiempos del segundo Inca.

La parte titulada *Buen Gobierno* está dirigida a informar a Felipe II de la pésima situación de los aborígenes bajo la dominación española, darle recomendaciones para mejorar su administración, acompañadas de la más dura crítica indígena hecha a España durante toda la época colonial. Describe con crudeza los abusos contra los pueblos originarios, a los que considera dueños de las Indias, «porque Dios nos lo ha dado a nosotros»,²³ cometidos tanto por conquistadores, funcionarios y encomenderos españoles como por los propios jefes indígenas.

Enemigo de todas las injusticias, Guamán ofrece en este texto una nueva visión de la historia incaica, en particular con sus singulares viñetas enciclopédicas ilustradas. Al revalorizar la historia prequechua, *Nueva Crónica y Buen Gobierno* se ubica en la corriente historiográfica *toledana*, en alusión a su promotor Francisco de Toledo, virrey del Perú entre 1569 y 1582, quien siguiendo al cronista español Pedro Sarmiento de Gamboa, consideraba ilegítimo el gobierno incaico y opresor de otros pueblos andinos.

La diferente perspectiva analítica de esta obra, muy alejada a los edulcorados *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso, apegada a la versión cortesana de la historia construida por la clase dominante incaica, llevaron al historiador marxista peruano Gustavo Valcárcel a sentenciar:

Guamán Poma de Ayala revolucionó la historia del Perú incaico. Sus punciones llegan hasta la vivisección de la Conquista. La protesta flamígera y la crítica mordaz azotan por igual a Incas y españoles, a curas católicos y a hechiceros indios, a hispanos desalmados y a curacas aborígenes. Sus pecados veniales jamás desmerecerán la grandeza de una obra nacida de la simiente viva del pueblo y del dolor

²³ Felipe Guaman Poma de Ayala: *Nueva Cronica y Buen Gobierno*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980, # 75, p. 9.

de las razas expoliadas que amanecían en la formación de la gran patria del Perú.²⁴

Los indoblegables mapuches

Entre las noticias que llegan habitualmente de Chile sobresalen las airadas protestas mapuches contra las injusticias cometidas a este legendario pueblo originario de nuestra América. La heroica resistencia de los también llamados araucanos comenzó a resonar en los albores de la conquista de América, cuando las huestes de Diego de Almagro, seguidas después por las de Pedro de Valdivia, invadieron la tierra austral.

En el valle del Mapocho, Valdivia fundó el 12 de febrero de 1541 la villa de Santiago de Chile, capital de la llamada Nueva Extremadura, de la que se proclamó Gobernador. Sin embargo, la nueva colonia no nació en un lecho de rosas, pues los mapuches esparcidos en la región entre el valle de Aconcagua y la isla de Chiloé se enfrentaron sin tregua a los ávidos conquistadores españoles.

A fines de ese mismo año se desató la primera gran ofensiva araucana encabezada por Michimalonco, que logró destruir Santiago. La precaria situación de los conquistadores obligó a los primeros colonos a trabajar la tierra para sobrevivir. Pero el arribo de refuerzos permitió a los españoles avanzar hacia el sur y fundar la villa de Concepción (1550), junto a la desembocadura del Bío-bío. La penetración europea intensificó la resistencia de los pueblos originarios, amenazados con ser expulsados de sus propias tierras, aniquilados o esclavizados.

²⁴ Gustavo Valcárcel: *Perú: mural de un pueblo. Apuntes marxistas sobre el Perú incaico. El modo de producción andino*, Lima, Editora Perú Nuevo, 1988, p. 309

En un movimiento defensivo, varias tribus se unieron a un valeroso guerrero llamado Caupolicán o Kalfulikán, en mapudungún, la lengua mapuche. A este se sumó Lautaro, que había vivido entre los españoles y conocía sus tácticas militares. En enero de 1554, Lautaro infligió una sensible derrota a la hueste conquistadora en Tucapel, batalla que perdió al propio Valdivia, su jefe máximo, muerto empalado.

La tenaz lucha de los pueblos originarios continuó, aunque la traición hizo caer, en abril de 1557, a Lautaro, y en febrero de 1558, a Caupolicán, cuyas heroicidades sirvieron de tema al famoso poema épico *La Araucana* (1569-1592). Compuesto en el propio escenario de la guerra por el conquistador español Alonso de Ercilla, su propósito original era exaltar «el valor, los hechos, las proezas de aquellos españoles»,²⁵ pero terminó siendo un canto de admiración a los mapuches, cuyas hazañas y elogios a Caupolicán, Lautaro, Galvarino, Rengo, Tucapel, los convirtieron en los verdaderos protagonistas de la historia.

Ercilla denominó aquella contienda Guerra del Arauco y a sus héroes los araucanos, palabra procedente del quechua, donde significa rebelde (*auka*), pues los incas ya habían sido contenidos por los mapuches en el río Maule. En esa misma arteria también fueron detenidos durante largo tiempo los invasores europeos por los araucanos, que ya utilizaban caballos y manejaban arcabuces. A fines del siglo XVI una sublevación generalizada amenazó la presencia hispana en Chile —fueron destruidas todas las villas españolas al sur del Bio-bío-, en la que perdió la vida el propio gobernador Martín García Oñez de Loyola en la batalla de Curalaba (1598).

²⁵ Alonso de Ercilla: *La Araucana*, Buenos Aires, Editorial Kapelusz, 1974, p. 21

En 1665 la Corona española se vio obligada a dejar en paz a los mapuches, firmando con ellos varios acuerdos o *parlamentos*, ampliados en 1773 al reconocerse la autonomía de la Araucanía, con el río Bío-bío de frontera con la Capitánía General de Chile. Fue precisamente en los siglos XVII y XVIII que tribus araucanas cruzaron los Andes y se mezclaron con los pueblos originarios de las Pampas y la Patagonia, entre ellos los tehuelches, pampas y ranqueles. Con el mapusugún como lengua común, a los dos lados del extremo sur de la cordillera andina, se fue conformando una especie de nación mapuche independiente llamada Wallmapu.

En la década de 1820, cuando esa integración de los pueblos originarios iba tomando cuerpo, los patriotas criollos, para conseguir que los mapuches dejaran de apoyar a los realistas, les reconocieron sus derechos ancestrales sobre el extremo meridional y la autonomía, lo que fue clave para la derrota de España. Formadas las repúblicas de Chile y Argentina, sus respectivas élites pronto reanudarían la hostilidad a los mapuches hasta llegar a cometer un verdadero genocidio, maquillado con los eufemismos de «pacificación» de la Araucanía y la «conquista del desierto».

Piet Hein y la captura de la Flota de La Plata

La vida del marino holandés Piet Pietersen Hein estuvo dedicada a luchar por la independencia de su patria, durante la llamada Guerra de Flandes o de los ochenta años (1588-1648) contra España. Desde muy joven, pues había nacido en Delft en 1577, entró en la armada de su país como simple grumete y ya en 1623 era vicealmirante de la recién creada flota de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales.

Esta empresa mercantil, fundada dos años antes por comerciantes holandeses de Amsterdam, al estilo de la ya existente para las Indias Orientales, debía esquivar el cierre de los puertos de Portugal y sus colonias a los buques de los Países Bajos decretado por Felipe IV en 1594. El monarca español se había valido de sus prerrogativas como soberano de todos los territorios lusitanos, pues desde 1580 —y hasta 1640— ocupaba también el trono portugués. La Compañía de Indias Occidentales imprimió nuevos bríos a las actividades comerciales y al corso, en especial después de reanudada la guerra entre los reinos de la península ibérica y los Países Bajos (1621-1640).

En junio de 1624, como segundo al mando de la flota holandesa del almirante Jacob Willekens, Piet Hein participó en la toma de San Salvador de Bahía, entonces capital de Brasil, recuperada al año siguiente por las fuerzas de España y Portugal. Poco después, y ya al mando de su propia escuadra, Hein intentó tomar Luanda, en Angola, y en 1627 volvió a atacar Bahía. Aunque no pudo ocupar de nuevo esta ciudad, se apoderó de varias naves en su puerto, lo que le valió su ascenso a Almirante

Sin duda el mayor éxito de la breve carrera de Piet Hein fue capturar a la hasta entonces invicta Flota de Indias, creada por España en 1561 para proteger a los navíos que extraían las riquezas de América. El corsario holandés emboscó a La Flota de la Plata, como se conocía a la procedente del Virreinato de Nueva España, que había salido en agosto de 1628 del puerto de Veracruz con un valioso cargamento de mineral argentífero estimado en más de cien mil libras y otras mercancías valoradas en unos cinco millones de ducados oro. Eran cuatro galeones y once mercantes con más de doscientos cañones, al mando del almirante sevillano Juan de Benavides y Bazán, Marqués de

Jabalquinto, quien al parecer no tomó las debidas precauciones en su travesía hacia su escala en La Habana.

Cuando los barcos españoles se encontraban frente al extremo occidental de Cuba, a la altura de Bahía Honda, la impresionante flota de Piet Hein, integrada por treinta y seis buques con seiscientos veinte cañones y más de tres mil hombres, le sorprendió, impidiéndole aproximarse al puerto de La Habana. Sin muchas alternativas, el almirante Benavides ordenó seguir a toda vela a la cercana bahía de Matanzas. La desesperada maniobra salió mal, pues varios de sus barcos encallaron, azotados por la artillería holandesa. Perdido, Benavides buscó refugio en un ingenio de azúcar matancero, tras ordenar la destrucción de la flota, pero los marinos de Hein actuaron tan rápido que pudieron abordar la mayoría de las embarcaciones españolas, entregadas casi sin resistencia por sus tripulantes.

La batalla naval de la bahía de Matanzas resultó un golpe demoledor para el sistema de flotas de España y la propia Corona la consideró el mayor desastre militar desde 1492. Responsabilizado por el descalabro, el almirante Juan de Benavides fue encarcelado y sometido a juicio. Condenado a muerte, su ejecución se efectuó en la plaza pública de San Francisco en Sevilla, el 18 de mayo de 1643, mientras se escuchaba este pregón del verdugo: «Esta es la justicia que el Rey nuestro señor y sus Reales Consejos mandan hacer a este hombre por el descuido que tuvo en la pérdida de la flota de la Nueva España, que tomó el enemigo el año pasado de 1628. ¡Quien tal hizo que tal pague!».²⁶

Piet Hein aportó a su país ocho galeones españoles y un botín estimado en once millones y medio de florines. Recibido como héroe nacional, fue puesto al frente de la

²⁶ En https://armada.defensa.gob.es/html/historiaarmada/tomo4/tomo_04_07.pdf

Marina de Guerra en enero de 1629, pocos meses antes de su muerte en un nuevo combate naval cerca de Flandes. En su honor se interpretaron canciones sobre su histórica hazaña, que hoy forman parte del imaginario popular de los Países Bajos y su nombre aparece en calles, hoteles y otros sitios. En 1998 el artista plástico holandés Willen Bermon donó a Cuba una escultura de Piet Hein, que desde entonces vigila las aguas de la hermosa bahía de Matanzas, como protegiendo los tesoros de la Flota de La Plata que, según una leyenda, todavía buena parte yacen en el fondo del mar esperando por su rescate.

Ocupación holandesa de Pernambuco

La historia de la dominación holandesa en Pernambuco (1630-1654) comenzó con el desplazamiento de los portugueses de muchas de sus posesiones en Asia y África, a raíz de la unión de las coronas de España y Portugal (1580-1640). El cierre de los puertos ibéricos, decretada por Felipe II en 1594 contra los Países Bajos, impulsó sus ataques a las colonias lusitanas, sobre todo después de recrudescida la guerra desde 1621. Las primeras incursiones holandesas en América, entre 1624 y 1629, fueron contra Bahía, Paraíba, Ceará y Pará.

Otro fue el desenlace en Pernambuco, entonces el enclave azucarero más rico del mundo. En 1630, una gran armada de los Países Bajos se apoderó de las villas costeras de Olinda y Recife, a pesar de la enconada resistencia encabezada por el gobernador Matías de Albuquerque. Imposibilitados de prolongar indefinidamente la lucha, muchos *senhores de engenho* se desanimaron y negociaron con los invasores. Debilitado el frente opositor, los holandeses pudieron ocupar siete de las doce capitánías portuguesas

originarias: Río Grande do Norte. Paraíba, Itamaracá, Pernambuco, Ceará y Sergipe.²⁷

Después del revés sufrido en julio de 1635 en el campamento del Bom Jesús, el exgobernador Albuquerque y cientos de sus seguidores, entre los que se encontraban algunos plantadores con sus dotaciones, colonos y aborígenes, se retiraron al sur de Pernambuco, hasta las márgenes del río Sao Francisco. Aquí continuaron la desigual resistencia, que pronto adquirió un marcado carácter popular liderada por el negro Henrique Días, el cacique indígena Poti y el propio Albuquerque.

El primer gobernante oficial de los Países Bajos en Brasil fue el príncipe de la Casa de Orange Johan Maurits, conde de Nassau-Siegen, quien llegó a Pernambuco en 1637. Durante su mandato, la villa de Recife, capital de toda la colonia holandesa, creció mucho a costa de la semi destruida Olinda. Para redondear la reactivación del negocio azucareño, los Países Bajos conquistaron las posesiones portuguesas de Guinea (1638) y Angola (1641), de donde sacaban los esclavos que necesitan en sus plantaciones brasileñas, apoyándose en la isla caribeña de Curaçao, ocupada desde 1634.

La separación de los tronos de España y Portugal en 1640, y el ascenso a la Corona lusitana del duque de Bragança, proclamado como Joao IV, fue el preludio del fin de la dominación holandesa en Brasil. A ello también contribuyó la salida del príncipe de Orange de Pernambuco, cuatro años después, quien había desarrollado una política conciliadora con los grandes propietarios portugueses y criollos, lo que volvió a avivar las contradicciones con los Países Bajos.

En junio de 1648 estalló la rebelión encabezada por Joao Fernández Vieira, apodado *Gobernador de la Libertad*,

²⁷ Véase Francisco Alencar, Lucia Carpi Ramalho y Marcus Venicio Toledo Ribeiro: *Historia da sociedade brasileira*, Río de Janeiro, Ao Livro Técnico, 1985, pp.30-36.

quién consiguió arrinconar a los holandeses en sus fortificaciones del litoral de Recife, Río Grande do Norte, Paraíba e Itamaracá. Aunque los sublevados ganaron las dos batallas de los Guararapes, en abril de 1648 y febrero de 1649, para sellar la victoria definitiva debieron esperar el arribo en 1653 de una poderosa flota lusitana. El ataque conjunto de ambas fuerzas, iniciado el 15 de enero del año siguiente, arrolló las defensas holandesas, que capitularon.

Este resultado reveló, el poderío de los *senhores de engenho* capaces de vertebrar un vasto movimiento popular contra los ocupantes extranjeros, sin necesidad del auxilio de las autoridades portuguesas. En esa lucha ocuparon sitio todas las clases y grupos sociales de la colonia, en particular los explotados trabajadores negros y pueblos originarios. De esa forma, la guerra contra los holandeses contribuyó a ir forjando cierta comunidad de intereses entre todos los habitantes del noreste, antecedente de la sociedad criolla en formación, y del creciente deslinde entre portugueses y los naturales de Brasil. Pero el despertar de la conciencia nacional estaba lejano todavía, pues los criollos mezclaban su fidelidad a la Corona con el apego al suelo patrio.

Bandeirantes y misiones jesuitas

Desde 1580, tras la unión de los tronos de España y Portugal, los límites fijados por el Tratado de Tordesillas (1494) entre Hispanoamérica y Brasil comenzaron a ser ignorados por los *bandeirantes*. Este era el nombre de bandas armadas, salidas del litoral brasileño, que penetraban al interior del continente enarbolando sus propias banderas o *bandeiras* en portugués. Al avanzar por los vedados territorios hispanoamericanos, prácticamente desconocidos para

los europeos, los *bandeirantes* buscaban oro, plata, piedras preciosas o incluso indígenas, a los que vendían como esclavos en las plantaciones azucareras de Pernambuco.

Salidas de Sao Paulo, aunque algunas lo hacían de Bahía, estas bandas de aventureros criollos y portugueses, recorrían durante meses las tupidas selvas sudamericanas, aprovechando las redes hidrográficas del Paraná, el Sao Francisco y el Amazonas, hasta encontrar algo de valor que llevar a la costa de Brasil.²⁸ Ese proceso expansionista coincidió con la aparición en la región de los jesuitas que, autorizados por la Corona española, reunían a los guaraníes en reducciones. En 1610 se fundó la primera misión (Loreto) en el Guairá, en el actual estado brasileño de Paraná. Otros jesuitas les siguieron y ya hacia 1630 la orden fundada por Ignacio de Loyola poseía en la cuenca del Plata cuatro amplias comarcas con miles de aborígenes agrupados en más de veinte misiones, ente ellas las del Guairá, Paraná medio (Paraguay), Entre Ríos y la del margen izquierdo del Uruguay (Siete Misiones).

Las reducciones del Guairá, por ser las más próximas a Sao Paulo, fueron las primeras amenazadas por los *bandeirantes*, que preferían apoderarse de los indígenas de las misiones, más valiosos y disciplinados que los que vivían dispersos en total libertad. Los jesuitas no solo evangelizaban a los pueblos originarios y los concentraban en lugares de más fácil acceso, sino también los enseñaban a escribir en guaraní —para lo cual elaboraron incluso una gramática—, así como técnicas y costumbres europeas para la agricultura y la vida cotidiana. En 1628 cientos de *bandeirantes*, encabezados por Manuel Preto y Antonio Raposo, atacaron y destruyeron varias reducciones jesuitas en la orilla izquierda del Paraná y se llevaron miles de indí-

²⁸ Vease Alencar [et.al.], op. cit. pp. 44 y ss.

genas para los mercados de esclavos de Sao Paulo y las plantaciones costeras.

Imposibilitados de detener las constantes depredaciones de los *bandeirantes*, los jesuitas alejaron las misiones lo más posible de Brasil. No satisfechos con la conquista del alto Paraná, los paulistas los persiguieron con saña hasta sus reducciones del Paraguay, Entre Ríos y la Banda Oriental, haciendo caso omiso a las disposiciones oficiales que trataban de impedir sus *razzias*. Durante la primera mitad del siglo XVII no dieron tregua a los jesuitas ni dejaron de realizar sus incursiones en busca de esclavos, como bien recrea el conocido filme norteamericano *La Misión* (1986), protagonizado por Robert de Niro. Incluso los jesuitas, que llegaron a armar y entrenar a los pueblos originarios para su auto defensa, enfrentaron al propio ejército portugués que pretendía desalojarlos de las Siete Misiones en las mal llamadas guerras guaraníes (1753-1756).

Desde 1640 la separación de España y Portugal hizo más difícil la penetración de los paulistas en el territorio hispanoamericano, por lo que tuvieron que dejar sus ataques a las reducciones jesuitas y conformarse con llevar sus campañas al norte y al oeste, donde su suerte pronto cambió. A fines del siglo XVIII los *bandeirantes* encontraron los anhelados minerales preciosos en las márgenes de un tributario del río Sao Francisco —das Velhas— y en el río Doce, que desagua en el Océano Atlántico, al noroeste del Río de Janeiro. En las fuentes de ambas arterias, se fundó en 1690 la villa de Ouro Preto, convertida pronto en el centro de la explotación minera en la región que se llamó Minas Geraes. Desde entonces, las actividades de los *bandeirantes* quedaron en el pasado, dejando como herencia la desaparición de buena parte de los pueblos originarios y un Brasil mucho más extenso que el delineado en el tratado de Tordesillas.

Vínculos primigenios de Nueva Granada y Cuba

Existen muchas historias compartidas entre estos dos territorios de nuestra América debido a una larga interrelación, favorecida por su cercanía geográfica y las facilidades brindadas por el mar Caribe. Las más remotas corresponden a los pueblos de origen arauco que habitaban Cuba antes de la llegada de los europeos procedentes del norte de la América del Sur.

Desde el mismo inicio de la conquista española los contactos florecieron, después que Cuba devino base de los primeros viajes de exploración y luego en trampolín para la dominación de Tierra Firme, vínculos que continuaron de algún modo tras la creación del sistema de flotas. Tanto San Cristóbal de La Habana, «llave del nuevo mundo, ante mural de las Indias occidentales» como se llamó, y Cartagena de Indias, conocida a su vez como «llave de las indias meridionales», eran puertos de escala de las embarcaciones españoles y objeto de interés de piratas y corsarios, lo que llevó a la construcciones de majestuosas fortificaciones diseñadas por España como partes de un mismo esquema defensivo.²⁹

Al margen de las flotas, desde muy temprano hubo un fluido comercio marítimo entre ambos territorios hispanoamericanos, sobre todo entre los puertos sureños cubanos y los de la costa caribeña neogranadina. Por ejemplo, la rica villa de Trinidad, exportaba tabaco a Nueva Granada y recibía a cambio diversos productos. Lo mismo vale para Santiago de Cuba. Ese intercambio mercantil creció durante los siglos coloniales, al extremo de que el cabildo de esta

²⁹ Francisco Pérez Guzmán: «Cartagena de Indias y La Habana, piezas clave del imperio español», *Cuba-Colombia, una historia común*, Bogotá, Editorial Universidad Nacional, 1995 p. 15 y ss.

villa oriental cubana solicitó en 1723 «el monopolio del comercio del azúcar en Cartagena de Indias, Portobelo» y otros puertos, según documentara Julio Le Riverend.³⁰

Desde esa etapa, se establecieron entre las dos colonias de España apreciables nexos económicos, sociales, políticos y culturales. Muestra de ello fue el destacado papel desempeñado en la fundación del primer periódico de Nueva Granada (1771) por el mulato cubano Manuel del Socorro Rodríguez, nacido en Bayamo en 1758, quien además desarrolló una brillante labor al frente de la Biblioteca Pública de Santa Fe de Bogotá. Tras rendir exitoso examen en el Seminario de San Carlos en La Habana, gracias al respaldo del gobernador de la isla José de Ezpeleta, fue nombrado por el monarca bibliotecario en la capital neogranadina a donde viajó al año siguiente. Según Calcagno:

Allí promovió el movimiento intelectual de toda la provincia: y enlazando su nombre á todas las empresas literarias ó científicas que podían ser útiles al país, selló la importancia de su iniciativa sembrando y difundiendo la fructífera semilla del periodismo, pues á promoción suya, fundó el virrey D. José de Ezpeleta, el primer periódico, *El semanario*, cuya dirección le confió en 1 de Enero de 1781; de allí el Papel Periódico, de Sta. Fé de Bogotá, (su primer número en 9 Feb, 1791), que duró hasta Feb de 1797.³¹

El ilustre cubano también contribuyó a la fundación de un Observatorio Astronómico y Meteorológico en la

³⁰ Citado por Julio Le Riverend: «Raíces y símbolos de una historia común», *ibid.*, p.4.

³¹ Francisco Calcagno: *Diccionario Biográfico Cubano (Comprende hasta 1878)*, New York, Imprenta y Librería de N. Ponce de León, 1878, p. 548.

capital virreinal. Antes de finalizar el siglo XVIII dirigió otro periódico en esa villa, *Correo Curioso* y en 1806 fundó el pequeño *Redactor americano de Bogotá* y después *El Alternativo del Redactor*. Iniciado el proceso emancipador, Manuel del Socorro Rodríguez elaboró el folleto titulado *La Constitución feliz*, cuando según cuenta José Antonio Portuondo: «Su casa morada era la reunión de todo o que había de más notable en ciencias y literatura en Nueva Granada», y, según el propio Calcagno, se unió como toda su patria adoptiva al movimiento Republicano que fermentaba en toda la América española; más no vio el éxito, pues en dicha ciudad falleció en Marzo de 1818.³²

Desde fines del siglo XVIII, cuando se disparó el crecimiento de la economía de plantación en la parte occidental de Cuba, las diferencias entre Nueva Granada y la Mayor de las Antillas se acentuaron. Este auge llevó al comerciante ilustrado neogranadino José Ignacio de Pombo a valorar comparativamente ambos territorios en un informe sobre contrabando de 1807: «Mientras [...] Cuba con 400 000 [habitantes (SGV)] exportaba 7 millones [de pesos anuales (SGV)]; la Nueva Granada con un territorio mucho más grande [...] y con más del doble de la población tenía un comercio exterior legal que a duras penas sobrepasaba los tres millones de pesos».³³

Ese marcado contraste, que llamó la atención del comerciante neogranadino, de algún modo explica la diferente postura asumida por las élites criollas en ambos territorios ante la crisis del colonialismo español iniciada

³² José Antonio Portuondo Valdor: «Manuel del Socorro Rodríguez: iniciador del periodismo colombiano», en *Cuba-Colombia, una historia común*, op. cit., p. 35 y Calcagno, op. cit.

³³ Citado por Alfonso Múnera: *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1821)*, Bogotá, Banco de la República/El Áncora Editores, 1998, p. 49.

en 1808. Fue precisamente durante los años de la lucha por la independencia de Hispanoamérica, cuando los lazos y vínculos existentes entre la costa colombiana y Cuba se intensificaron como nunca antes, bien para combatir la emancipación o para apoyarla.

La plantación esclavista

La política mercantilista de Holanda, Francia e Inglaterra, impuso desde los primeros tiempos de su ocupación de islas del Caribe, en el siglo XVII, una economía agrícola de exportación con productos de gran demanda como el azúcar, índigo, cacao y café. La masiva utilización de esclavos en esas pequeñas colonias permitió un crecimiento más acelerado de las plantaciones del que tenía lugar entonces en Hispanoamérica.

La primera potencia europea que fomentó en América una exitosa economía de plantación basada en la esclavitud de africanos —e indígenas— fue Portugal, que tuvo su centro en la costa del nordeste del Brasil (Pernambuco) desde fines del siglo XVI. La riqueza azucarera de este territorio atrajo pronto el interés de las demás metrópolis del Viejo Continente y particularmente de Holanda, que se apoderó, como acabamos de contar, de esta valiosa porción de territorio brasileño en 1630, aprovechando la favorable coyuntura creada con la fusión de las casas gobernantes de España y Portugal entre 1580 y 1654.

El proceso de expansión de la economía de plantación por el Caribe fue favorecido por sus condiciones climáticas y geográficas, dado que la distancia entre las Antillas y los puertos del Viejo Continente era tres veces menor que el de las posesiones europeas en Asia. Además, se ubicaban en el paso obligado de las principales rutas mercantiles, del

comercio triangular y muy cerca de las fuentes africanas de esclavos. Eso explica qué en los comienzos de la revolución industrial, las islas caribeñas se consideraran las tierras más valiosas del planeta, pues sus producciones se pagaban a precio de oro —en particular el azúcar— y los costos eran muy bajos gracias a la explotación intensiva de esclavos.

Las plantaciones se distinguían por la producción agrícola especializada, a gran escala, para el mercado externo, el predominio del monocultivo, una mayor capitalización que en las viejas haciendas tradicionales, su dependencia de los circuitos mercantiles y la utilización preferente de trabajadores forzados africanos. Importados de lugares tan distantes unos de otros, como Angola y Senegal, la costa oeste y el área contigua a las montañas intermedias de África, esos infelices pertenecían a diversas culturas y hablaban disímiles lenguas: mandingo, ibo, congo y otras. La trata de esclavos fue tan brutal que solo al atravesar el Atlántico, durante unas seis semanas, moría al menos uno de cada siete cautivos. Una vez en América, los africanos eran tratados como bestias y obligados a vivir en barracones sin distinción de lengua, origen o creencia. Muchos esclavos se sublevaban contra sus explotadores o huían de las plantaciones como cimarrones, perseguidos con saña por capataces y *rancheadores*.

De todas las economías de plantación la más importante del siglo XVIII fue la de Saint Domingue, que tenía su vértice en la parte noroccidental de la isla La Española. Por aquí había comenzado en el siglo anterior la colonización francesa, que adquirió un ritmo vertiginoso gracias a la economía de plantación. Ya en 1754 la Parte Norte tenía unos 70 mil esclavos, y 325 molinos de azúcar, de los cuales 204 elaboraban el 80 % del dulce refinado en toda la colonia, embarcado cada año en Cap François, en más de 500 barcos, con destino a Europa y Norteamérica.

Por su extraordinaria opulencia, la compacta villa de Cap François, capital de la Parte Norte, era conocida como el París de las Antillas, con sólidas viviendas, algunas de dos y tres pisos, iglesias, cuarteles y hospitales. Fue la primera en toda la isla con imprenta, periódico, teatro, librería, clubes y logias masónicas, así como la única sociedad científica. Su primacía era indiscutible cuando, el 20 de abril de 1788, 743 plantadores de esa rica región septentrional de Saint Domingo enviaron una misiva con sus demandas, en 16 folios, dirigida al monarca francés Luis XVI. Redactada por el marqués de Rouvray, la *Carta al Rey*, encontrada hace poco tiempo y publicada en Santo Domingo por el expresidente Leonel Fernández,³⁴ ³⁴refleja las agudas contradicciones existentes en el actual territorio haitiano en vísperas de la Revolución Francesa, que puso en crisis el régimen de plantación al desencadenar el mayor levantamiento de esclavos de toda la historia de la humanidad.

³⁴ *Carta al Rey de los habitantes de la Parte Norte de Saint-Domingue el 20 de abril de 1788. Seguida de 743 firmas recopiladas por vecindades*, Santo Domingo, Editorial FUNGLODE, 2016.

CAPÍTULO II
La sorda voz de los tambores

Rebelión de los comuneros en Paraguay

Uno de los más trascendentes movimientos precursores de la independencia de nuestra América en el siglo XVIII fue la revuelta de los comuneros de Paraguay. Iniciada tímidamente en 1721 contra el predominio de las misiones jesuitas, que controlaban buena parte de los pueblos guaraníes de esa región, se transformó una década más tarde en una rebelión masiva de pequeños campesinos o *chacrer*os contra las autoridades coloniales.

Los antecedentes del movimiento comunero paraguayo se remontan a los años de 1644-1650 cuando, bajo la dirección del obispo franciscano Bernardino de Cárdenas, los pobladores iniciaron la resistencia al poderío jesuita. Incitada por los grandes estancieros y encomenderos, la rebeldía de los comuneros comenzó casi un siglo después con las primeras peticiones de autonomía municipal elaboradas por José de Antequera, que desembocaron en su nombramiento como nuevo gobernador de la provincia por el cabildo de Asunción, tras la destitución y encarcelamiento del anterior en septiembre de 1721, quien escapó a Buenos Aires.

Tras un tiempo, el funcionario colonial depuesto regresó a Paraguay acompañado de un numeroso ejército, integrado en gran parte por guaraníes de las misiones, con el propósito de recuperar sus fueros, aunque en agosto de 1724 las milicias criollas lo derrotaron a orillas del Tebicuary. Un año más tarde, los comuneros fueron doblegados por las numerosas tropas despachadas por el virrey del Perú, a cuya jurisdicción estaba entonces adscripto Paraguay. Como castigo por su rebeldía, Antequera fue encarcelado, y ejecutado en Lima (1731). Decapitado, su cabeza fue exhibida para escarmiento de la población, mientras su

compañero Juan de Mena moría en garrote vil y los restantes comuneros detenidos eran condenados al destierro perpetuo de su tierra natal.

Una segunda etapa de la insurrección comunera paraguaya se abrió entonces bajo la dirección de Fernando de Mompo, quien había escapado de la misma prisión donde se encontraba Antequera en Perú. Si al comienzo los levantamientos habían sido orientados por los ricos propietarios, ahora la dirección pasó al *común*, los representantes de villas y pueblos, esto es, pequeños y medianos propietarios rurales y las capas más pobres del campo. Además, la lucha ya no era solo contra los jesuitas, sino también contra los abusos del virrey y la propia Corona.

Conducidos por elementos más radicales se llegó a crear una junta gubernativa en Asunción, que proclamó que «el poder del Común es superior al del mismo Rey».³⁵ No fue hasta 1735, después de varios años de virtual independencia, que el virrey de Perú pudo someter a la provincia rebelde, tras derrotar a los comuneros en la batalla de Tabapy, una antigua estancia dominica. Esta vez las represalias fueron masivas, mientras los líderes principales, Tomás de Lovera, Miguel Giménez y Mateo Arce, eran conducidos a Asunción y tras juicio sumarísimo descuartizados en público. Además, fue suprimido el derecho de Paraguay a elegir autoridades locales, prohibida las reuniones y destruida toda la documentación del movimiento para imponer silencio perpetuo sobre la rebeldía comunera.

Aunque las sublevaciones criollas fracasaron, en 1767 la orden de los jesuitas fue expulsada por Carlos III, dejando un vacío que el gobierno colonial pretendió llenar administrando las misiones o entregándolas a otras órdenes, lo que

³⁵ Tomado de *Enciclopedia del Paraguay*, Barcelona, Grupo Editorial Océano, [s.f], tomo I, p. 164.

precipitó su decadencia. Ese resultado, junto con la creación del Virreinato de Río de la Plata (1776), elevó a primer plano el tema de las relaciones con Buenos Aires.

La relativa apertura del comercio de la provincia interior abrió nuevas posibilidades a los comerciantes y productores paraguayos de yerba de mate y tabaco, a pesar de que era la colonia menos favorecida por la nueva política mercantil de los Borbones. Las restricciones y tributos impuestos por las autoridades coloniales en el Paraná y Buenos Aires afectaban las exportaciones paraguayas y de las provincias vecinas del litoral de esa arteria (Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe), emponzoñando las relaciones con los porteños y la Corona. La crisis metropolitana creada a principios del siglo XIX por la ocupación napoleónica de la península ibérica, encontró al Paraguay y otros territorios del Virreinato del Río de la Plata atrapados en esta madeja de contradicciones que saldrían a flote durante la lucha por la independencia de España e incidirían en su derrotero.

Levantamiento del Socorro

En el Virreinato de Nueva Granada estalló a fines del siglo XVIII otra de las revoluciones populares de la época colonial. Nos referimos a la sublevación de los comuneros de la villa del Socorro, motivada por reivindicaciones económicas despertadas por la instrucción de la monarquía borbónica del 12 de octubre de 1780, transmitida por el regente visitador Juan Francisco Gutiérrez de Piñeres. La disposición, comunicada a la población del Socorro mediante un edicto real en marzo de 1781, elevaba impuestos y tributos que afectaban a todos los productores y comerciantes locales sin diferenciar condición social o étnica.

El día 16 de ese mes, algunos vecinos se concentraron en la plaza central del Socorro, en un concurrido día de mercado, para protestar por los nuevos gravámenes y monopolios de la Corona establecidos con el pretexto de sufragar sus guerras coloniales. Una de las más enardecidas fue una vendedora de frutas nombrada Manuela Beltrán. El movimiento de desacato pronto devino en abierta rebelión al grito de «¡Viva el Rey, pero no queremos pagar la armada de Barlovento!».³⁶ Las airadas protestas obligaron al cabildo a suspender el cobro de los nuevos tributos, lo que no impidió que el movimiento contestatario se extendiera a las localidades cercanas de Simacota, Barichara, Charalá, Mogotes y San Gil, mientras en el propio Socorro la casa del estanco era atacada y destruidos los almacenes reales de aguardientes y tabaco.

El 17 de abril, una masiva concentración de los habitantes del Socorro escogió como jefes del movimiento comunero a ricos hacendados y comerciantes criollos, entre ellos Juan Francisco Berbeo y Salvador Plata. Enterado del levantamiento, el virrey regente Gutiérrez de Piñeres huyó de la capital hacia Honda, perseguido por un grupo armado a las órdenes del campesino mestizo, nombrado capitán, José Antonio Galán. A continuación, los comuneros de Socorro, Tunja, Pamplona y Casanare vertebraron en forma espontánea un verdadero ejército puesto a las órdenes del propio Berbeo, el cual venció a las fuerzas coloniales en Puente Real de Vélez (8 de mayo).

Las noticias de este triunfo militar, que abría la posibilidad de ocupar la capital virreinal, entusiasmó a los comuneros y provocó levantamientos indígenas en Paya, Támara, Pita y otros poblados atendidos por misioneros

³⁶ En Mario Arango Jaramillo: *El proceso del capitalismo en Colombia*, Medellín, Ediciones Hombre Nuevo, 1977, p. 98.

jesuitas antes de su expulsión catorce años antes. En Cundinamarca, los pueblos originarios rebeldes proclamaron a Ambrosio Pisco, indígena adinerado y lejano descendiente del *zipa*, como cacique y se unieron a los comuneros. A mediados de mayo, el ejército guiado por Berbeo ocupó Zipaquirá, donde fue redactado un pliego de reivindicaciones, que las autoridades virreinales se vieron obligadas a aceptar para aplacar a los alzados. Entre las demandas, recogidas en más de treinta cláusulas, se incluía la abolición de impuestos y estancos, disminución de tributos y preferencia laboral a los criollos.

A las capitulaciones de Zipaquirá, firmadas con premura el 8 de junio de 1781 por el arzobispo de Bogotá, Antonio Caballero y Góngora, en ausencia del virrey, se opuso infructuosamente un ala radical del movimiento comunero, nutrida de indígenas, peones y exesclavos y liderada por Galán. Diez días después, el caudillo popular declaró abolida la esclavitud en los territorios neogranadinos por donde pasaban sus fuerzas (Facatativá, Villeta, Guaduas y el valle del Magdalena), mientras en Ambalema repartía tierras entre los desposeídos, así como mercancías y otros bienes de la Corona. A la par, continuaron los levantamientos de indígenas y esclavos en Tolima, Cauca y Antioquia. Lograda la pacificación, el virrey tomó represalias. Galán respondió continuando la lucha mediante guerrillas de indígenas y exesclavos negros; pero las divisiones en el bando criollo dieron al traste con sus planes. Capturado cuando se dirigía con algunos de sus hombres a los Llanos Orientales, el 1 de septiembre de 1781, fue remitido encadenado a la capital virreinal.

Tras un amañado proceso, Galán fue ejecutado y descuartizado, junto con tres de sus lugartenientes, el 2 de febrero de 1782. Otros quince de sus seguidores fueron desterrados a África. Unas pocas semanas después, el 18

de marzo, la Real Audiencia y el regente anunciaron a pregon batiente, la anulación de las capitulaciones firmadas con los comuneros. Aunque la sublevación del Socorro no se proponía la independencia de España, era una expresión del creciente descontento de la población americana contra el orden colonial y el preludio de las luchas emancipadoras de principios del siglo XIX.

Revoluciones indígenas en los Andes

A fines del siglo XVIII, con el agravamiento de la crisis colonial en Hispanoamérica, cobró fuerza la aspiración de restaurar el antiguo Tahuantinsuyo, estimulada por un sector de quechuas y aymaras dispuestos a resistir los abusos e imposiciones de corregidores, curas, caciques y funcionarios de la Corona española. En 1780 se abrió un ciclo de revoluciones indígenas que estremecieron los Andes, iniciado por los hermanos Katari y cerrado con la ejecución de Mateo Pumacahua en 1815.

La primera tuvo por centro la provincia de Chayanta, al norte de Potosí (Alto Perú), provocada por los agobiantes impuestos, los constantes abusos de los funcionarios coloniales y el injusto encarcelamiento del *curaca* Tomás Katari, liberado en 1779 por las airadas protestas indígenas. Nuevas persecuciones en su contra condujeron el 26 de agosto de 1780 al levantamiento de Chayanta y al asesinato por fuerzas represivas de Tomas Katari el 15 de enero del año siguiente, lo que dio más bríos a la rebelión. Después del exitoso cerco a la ciudad de La Plata, los jefes rebeldes fueron capturados (abril-mayo) y ejecutados, entre ellos los hermanos Dámaso y Nicolás Katari.

Fue entonces que la rebeldía indígena cobró un segundo impulso con la incorporación de José Gabriel

Condorcanqui, *curaca* de Tungasuca, el 4 de noviembre de 1780, quién adoptó el nombre del último Inca Túpac Amaru, ejecutado por los españoles en 1572, para indicar la continuidad de la lucha de los pueblos originarios. Tras vencer en la batalla de Sangarara dos semanas después, Túpac Amaru II llegó a sitiar el Cuzco. Pero sus improvisadas tropas estaban mal armadas y desorganizadas, mientras que los virreyes de Perú y Buenos Aires concentraban en su contra todas las fuerzas militares disponibles. Además, ni los criollos ni mestizos acudieron al llamado de Túpac Amaru y, por el contrario, lo combatieron, incluido algunos poderosos *curacas* indígenas como Mateo García Pumacahua Chihuantito.

Derrotadas las fuerzas rebeldes indígenas el 6 de abril de 1781, Túpac Amaru fue apresado en Langui. Interrogado por un funcionario español para que delatara a sus colaboradores, el Inca contestó: «Aquí no hay más cómplices que tú y yo: tú por oprimir al pueblo y yo por querer liberarlo».³⁷ El 18 de mayo el valiente rebelde fue descuartizado en la plaza pública por cuatro caballos que tiraban de sus miembros en direcciones contrarias. Su familia, incluida su esposa Micaela Bastidas —una de las dirigentes de la rebelión—, tampoco escapó al suplicio y la muerte. El terrible final de Túpac Amaru no provocó la extinción de la insurrección indígena, verdadera guerra campesina.

A mediados de enero de 1781, en el altiplano central de Charcas, cobró fuerza otro sector rebelde, que reconoció a Túpac Amaru II como su Inca. Su líder era el aymara Julián Apaza, quien hizo resurgir la sublevación de los pueblos originarios en Chayanta, que por su magnitud fue la mayor de todas. A diferencia de Túpac Amaru y Tomás Katari, Apaza no era *curaca* sino un indígena de origen

³⁷ Citado en *Historia de América Andina*, op.cit., tomo III, p. 343.

humilde, que simbólicamente se hizo llamar Túpac Katari. Al frente de más de cuarenta mil alzados, entre ellos su compañera Bartolina Sisa, rodeó La Paz, la que mantuvo bajo asedio durante largos meses.

Víctima de una traición, Túpac Katari fue capturado en noviembre de 1781 y ejecutado con un suplicio similar al de Condorcanqui. Según la tradición oral aymara, este jefe rebelde, antes de morir descoyuntado en la plaza de Penas el 13 de ese mismo mes, exclamó: «Volveré hecho millones».³⁸ La rebelión solo concluyó, el 15 de febrero de 1783, cuando fue capturado en Tinta, Diego Cristóbal Túpac Amaru, descuartizado cinco meses después.

La última oleada de revoluciones indígenas en los Andes estalló el 3 de agosto de 1814 y, a diferencia de las anteriores, contó con la participación de criollos y mestizos, que inicialmente solo pretendían poner en vigor la constitución española de 1812. A ese movimiento se sumó el anciano *curaca* de Chincheros (Urubamba) Mateo García Pumacahua, también general del ejército real y presidente de la Audiencia de Charcas.

Desvertebrados los rebeldes en tres contingentes militares, uno de ellos ocupó La Paz, escenario de la venganza de indígenas y *cholos* contra la élite blanca y funcionarios de la Corona, mientras el dirigido personalmente por Pumacahua se apoderaba de Arequipa y Huamanga.

Derrotado en la batalla de Umachiri, el 1 de marzo de 1815, el septuagenario Mateo Pumacahua fue apresado por los realistas. Quince días después, acusado de rebelión y de vestirse de Inca, fue sentenciado a muerte en juicio sumario celebrado en Sicuani. El fallo establecía que se le cortara un brazo, que sería exhibido en Arequipa, y que fuera «ahorcado, cortada su cabeza que deberá conducirse a la capital del

³⁸ Ibid., t. III, p. 348.

Cuzco para que se exponga en una pica a la vista del público y que su cuerpo se quemé hasta reducirse a ceniza»,³⁹ para escarmiento de los insumisos pueblos originarios

Ruptura de Miranda con España

La vida de Francisco de Miranda dio un vuelco decisivo en Cuba, donde, de manera intermitente, vivió tres años, de 1780 a 1783. El que sería llamado *Precursor* de la independencia hispanoamericana llegó a La Habana en agosto de 1780, como oficial del regimiento de Aragón del *Ejército de operaciones de América*. Esta fuerza militar española debía combatir contra Gran Bretaña, en alianza con Francia, en la guerra de independencia de las trece colonias inglesas de Norteamérica.

A los ocho meses, Miranda partió de la capital cubana con las tropas comandadas por su amigo, el teniente general Juan Manuel de Cajigal, a reforzar las fuerzas hispanas en La Florida, donde se destacó en la toma de la fortaleza inglesa de Pensacola. A su regreso a La Habana, en julio de 1781, fue ascendido a teniente coronel y designado edecán del mariscal Cajigal, nombrado nuevo capitán general de Cuba.

Por su dominio del inglés, el venezolano fue enviado después a la vecina posesión británica de Jamaica, para gestionar la liberación de más de setecientos prisioneros españoles, lo que consiguió. Para poder trasladar un primer grupo a Cuba, tuvo que negociar con el comerciante británico Philip Allwood, quien le facilitó tres embarcaciones, a cambio de un permiso para introducir mercancías

³⁹ Tomado de <http://walh16.blogspot.com/2015/03/mateo-garcia-pumacahua.html>.

sin impuestos en la Mayor de las Antillas. Pero las carretas que trasladaban el cargamento de Batabanó a La Habana fueron incautadas por el intendente español Juan Ignacio de Urriza, quien a regañadientes debió devolverlas, pues estaban autorizadas por el propio capitán general.

El incidente sirvió para nutrir el listado de cargos que se iba levantando a Miranda por sus enemigos, entre ellos el poderoso ministro de Indias José de Gálvez. Otro fue el de colaboración con el adversario, basado en su supuesta visita al recién terminado Castillo del Príncipe con el general inglés John Campbell, recluso en La Habana tras su derrota en Pensacola. La Inquisición ya le tenía abierta una causa desde 1776 para encarcelarlo y confiscar sus libros prohibidos. A pesar de la orden de detención, Cajigal lo envió en la expedición militar que se apoderó de las islas Bahamas, en la primavera de 1782, encargándose de negociar y redactar el acta de capitulación de los ingleses en Nassau.

Terminada esta exitosa misión, viajó a Cap Français (Saint Domingue), donde tuvo problemas con el general Bernardo de Gálvez, jefe de las fuerzas hispanas en el Caribe y sobrino del ministro de Indias, por no haber mencionado su nombre en los acuerdos de Bahamas, ni en su reseña de esa campaña militar en un periódico local. Arrestado por orden de este jefe militar, fue remitido a La Habana en septiembre de 1792, donde Cajigal lo liberó enseguida y reasumió sus funciones de edecán, contraviniendo la terminante orden real.

Pero esa situación ya no duraría mucho tiempo. A principios de 1783, terminada la guerra con Inglaterra, el capitán general fue sustituido en su cargo y sometido al habitual juicio de residencia, lo que dejó desprotegido a Miranda, que pronto debería regresar a España con su regimiento. Avisado de una nueva orden de arresto, llegada a La Habana

el 13 de abril de ese año, el venezolano decidió desertar y esconderse en la villa portuaria de Matanzas, comunicándole a Cajigal su decisión de marchar a Europa, vía Estados Unidos, en espera de un salvoconducto para defenderse en Madrid con imparcialidad.

En la mañana del 1 de junio de 1783, en la balandra norteamericana *Prudent*, Miranda dejó a Cuba para siempre, cerrando un capítulo decisivo en su vida, como cuenta el historiador Wilfredo Padrón en *Cuba en la vida y obra de Francisco de Miranda* (2011). Bajo la presión de las autoridades metropolitanas y la Inquisición, que no habían dejado de perseguirlo, e influido por la independencia de Estados Unidos y las ideas de la ilustración, Miranda daría entonces un giro trascendental en su vida para consagrarla a la lucha por la emancipación de Colombia, como denominaría a Hispanoamérica.

La olvidada sublevación de Ogé

La revolución haitiana no comenzó con el levantamiento de esclavos en agosto de 1791, sino con la rebelión del mulato Vincent Ogé, ocurrida un año antes. Desatada bajo los primeros compases de la revolución francesa, que estremecieron la colonia de Saint Domingue desde 1789, la revuelta fracasó y su jefe fue ejecutado, mediante el terrible suplicio de la rueda, en la plaza central de Cap Français, el 7 de febrero de 1791.

Bajo los efectos de la revolución francesa, que abrió una verdadera caja de Pandora en esta envidiada posesión de Francia en el Caribe, se formaron tres asambleas coloniales, dominadas por los ricos comerciantes y plantadores blancos de cada localidad, conocidos como *grands blancs*,

que pretendían hacerse del control del gobierno local y preservar la trata, la esclavitud y todos sus privilegios. De estos foros quedó excluida la *gente de color*, como llamaban a los mulatos y negros libres, dueños de un tercio de todas las riquezas de Saint Domingue.

Uno de ellos era Vincent Ogé, hijo de un acaudalado plantador francés de café y una mulata criolla. Nacido en Le Dondon, en la Parte Norte de Saint Domingue y educado en Burdeos (Francia), Ogé se hizo cargo de las actividades comerciales familiares en Cap Français, la ciudad más importante de toda la colonia. Por cuestiones de negocios, se encontraba en Francia cuando estalló la revolución en 1789. Junto con Julien Raimond, otro joven plantador mulato, y Etienne Dejoly, abogado francés, se incorporó a las actividades de la Sociedad de Amigos de los Negros, constituida en París en 1788, contraria a la discriminación racial. Gracias a su proselitismo, la Asamblea Nacional de Francia dispuso, el 8 de marzo de 1790, que todos los propietarios, independientemente del color de su piel, debían ser reconocidos como *ciudadanos activos*.

Armado con este decreto revolucionario, que les otorgaba derechos similares a los que disfrutaban los treinta mil blancos de la colonia —igualdad civil y derecho de sufragio, sin tocar la esclavitud—, Ogé regresó a Saint Domingue el 23 de octubre de ese mismo año, decidido a defender su participación en las asambleas coloniales recién constituidas en la isla. Ante la negativa de las autoridades, encabezadas por el nuevo gobernador francés M. de Blanchelande, Ogé escribió a los diputados reunidos en Cap Français:

Un prejuicio, mantenido durante demasiado tiempo, está a punto de caer. Les pido que promulguen en toda la colonia las instrucciones de la Asamblea Nacional del 8 de marzo, que otorga sin distinción, a todos los ciudadanos

libres, el derecho de admisión a todos los cargos y funciones. No llamaré a las plantaciones para que se levanten; ese medio sería indigno de mí [...] no incluí en mis reclamos la condición de los negros que viven en servidumbre [...]. ¡No, no, señores! solo hemos presentado un reclamo en nombre de una clase de hombres libres que, durante dos siglos, han estado bajo el yugo de la opresión.⁴⁰

Perseguido por órdenes de la propia asamblea, a Ogé no le quedó otra alternativa que levantarse en armas en octubre de 1790, en los alrededores de Cap François, con unos doscientos hombres de su misma condición, entre ellos Jean Baptiste Chavannes, quien había combatido en la guerra de independencia de las trece colonias inglesas de Norteamérica. La negativa a incorporar esclavos a sus fuerzas los condujo al fracaso, obligándolos a refugiarse en la parte española de la isla, cuyas autoridades los capturaron en Hinche y entregaron a los franceses. Ejecutado el 7 de febrero de 1791, muchos de sus seguidores recibieron también crueles castigos, aunque a principios del año siguiente otros levantamientos mulatos sacudieron los departamentos del Oeste y el Sur, encabezados respectivamente por Pierre Pinchinat y Louis Jacques Bauvais.

Ahora los mulatos exigían la aplicación del decreto del 15 de mayo de 1791 de la convención francesa que, en reacción a la ejecución de Ogé, había establecido claramente la igualdad política de los mulatos y negros hijos de padres libres. El nuevo levantamiento armado de la *gente de color*, que contó con la colaboración del mulato André Rigaud y el liberto negro Henri Christophe, no tardó en hacer causa común con los representantes de la revolución francesa en la isla, enfrentados a los *grands blancs*,

⁴⁰ Citado por José Luciano Franco: *Historia de la Revolución de Haití*, La Habana, Instituto de Historia, 1966, p. 199.

defensores del antiguo régimen. Todos estos movimientos protagonizados por la *gente de color*, como la propia rebelión de Ogé, eran solo el preludio de la gran sublevación de esclavos que en agosto de ese año cambiaría para siempre el destino de Saint Domingue.

Revolución de los esclavos en Saint Domingue

El 14 de agosto de 1791, estalló la gran sublevación de los explotados trabajadores negros en el Norte de Saint Domingue, donde se concentraba más de la mitad de la población esclava en la isla. La masiva insurrección comenzó al llamado de un sacerdote *vodú* de origen jamaicano, el esclavo Boukman, quien murió en los combates. La violencia fue de tal magnitud que en sus primeras semanas más de mil propietarios blancos murieron, cientos de cafetales fueron destruidos y la mayor parte de los ingenios azucareros incendiados. En represalia, los ricos plantadores sembraron los caminos de picas con las cabezas de miles de esclavos ejecutados.

El auge económico de Saint Domingue tenía su vértice precisamente en la región septentrional, con capital en Cap François, integrada además por los distritos de Fort Dauphin y de Port-de-Paix, donde había comenzado la colonización francesa de la isla. De los más de setecientos ingenios activos a fines del siglo XVIII, casi la mitad operaban en la Parte Norte, proporcionando el 62 % del dulce y el 80 % del azúcar refinado, lo que atraía cada año a más de medio millar de barcos al puerto de Cap François.

En ningún otro sitio la plantación azucarera alcanzó las dimensiones que tuvo en el Norte. Aquí la polarización social y racial era más extrema que en el Sur y el Oeste, con la mayor densidad de población esclava del continente. Una

reducida élite blanca, calculada en unas quince mil personas (1789), poseía casi la mitad de los esclavos de toda esta rica posesión francesa, cerca de medio millón de personas, que trabajaban en cañaverales e ingenios en condiciones de extrema dureza.

El brutal régimen de explotación al que estaban sometidos estos cientos de miles hombres en las plantaciones de Saint Domingue, donde eran tratados como animales, fue descrito por el historiador cubano José Luciano Franco, en su enjundiosa *Historia de la Revolución de Haití*: «Las plantaciones azucareras, más aún que las cafetaleras o algodonerías, exigían un trabajo agotador e incesante. El cuidado de las cañas bajo un sol tropical que abrasaba la piel de los trabajadores, exigía una constante vigilancia. El corte y la elaboración del producto les hacían trabajar diez y seis horas diarias».⁴¹

La enorme concentración de los expoliados trabajadores negros traídos de África condujo a uno de los ricos plantadores blancos, el marqués de Rouvray, a redactar una larga carta al Rey Francia en 1788. En la misiva, a nombre de más de setecientos propietarios de «la Parte Norte de Santo Domingo», le comunicaba su preocupación por «esa multitud de esclavos que nos rodea y que son tan superiores en número».⁴²

Al principio, la rebelión se presentó como un movimiento en defensa del Rey: los esclavos creían que los blancos tenían prisionero a Luis XVI por querer liberar a sus súbditos negros. No por casualidad, los primeros jefes de la rebelión de Saint Domingue, Jean Francois, George Biassou y Touissant Louverture, se hacían llamar respectivamente *Gran Almirante de Francia*, *Virrey de las regiones conquistadas* y *Médico de los ejércitos del Rey*, al proclamar en un

⁴¹ Ibid., p. 144.

⁴² *Carta al Rey de los habitantes de la Parte Norte de Saint-Domingue el 20 de abril de 1788*, op. cit., p. 48.

Manifiesto: «Que habían tomado las armas en defensa del rey que los blancos mantenían prisionero en París porque quiso dar la libertad a los negros, sus súbditos». ⁴³

El alzamiento esclavo se extendió como río desbordado por todas las llanuras del Norte plagadas de cañaverales, aunque su influencia fue menor en las plantaciones del Sur y el Oeste, protegidas del contagio revolucionario por un verdadero dique de puestos fortificados construidos apresuradamente por los ricos propietarios. Mientras el Norte quedaba devastado y bajo control de los esclavos sublevados, a excepción de la atrincherada y medio destruida ciudad del Cap François, en el Sur y el Oeste el régimen de trabajo de las plantaciones siguió funcionando durante un tiempo. Pero el contagio revolucionario no tardaría en alcanzarlas, abriendo un complicado proceso histórico que culminaría con la proclamación de la República de Haití en 1804, la única en el mundo formada por exesclavos.

Dispersión de las *Tropas Auxiliares Negras* de España

Uno de los episodios menos conocidos de la Revolución Haitiana es el papel jugado por las *Tropas Auxiliares Negras* al servicio de la Corona española. Su historia comenzó con la gran sublevación de esclavos que estalló en la posesión francesa de Saint Domingue en 1791. A los primeros éxitos de los esclavos siguieron varias derrotas después que las tropas francesas se reagruparon y los obligaron a replegarse a la zona fronteriza con la colonia española de Santo Domingo.

⁴³ Tomado de Emilio Cordero Michel: *La Revolución Haitiana y Santo Domingo*, Santo Domingo, Ediciones, Taller, 1974, pp. 42-43.

La situación militar se mantuvo con altibajos hasta que Francia entró en guerra con las potencias realistas después del derrocamiento de la monarquía en París y la ejecución de Luis XVI el 21 de enero de 1793. En esa situación, las autoridades hispanas entraron en contacto con los principales jefes negros, prometiéndoles tierras, grados militares y el reconocimiento de su libertad. Los esfuerzos desplegados por los comandantes españoles en la frontera y el sacerdote José Vázquez, párroco de Dajabón, tuvieron éxito y el gobernador de Santo Domingo Genaro García pudo informar a Madrid que los antiguos esclavos a las órdenes de Toussaint Louverture, Georges Biassou, Jean-Francois y otros jefes estaban ahora bajo su mando.

A partir de entonces, las *Tropas Auxiliares Negras*, como se denominó a los efectivos de exesclavos al servicio de España, se destacaron en la ofensiva militar y permitieron a los españoles apoderarse de numerosas ciudades y poblaciones de Saint Domingue. En particular, la victoria de Port Margot, a principios de 1793, les trajo a los principales jefes de las *Tropas Auxiliares Negras* valiosos reconocimientos y ascensos militares, superados los violentos choques entre los seguidores de Jean Francois y Biassou.

No obstante, en el primer semestre de 1794, el prestigio e importancia de estas fuerzas aliadas de España se afectó por la injustificada masacre cometida tras la rendición de la fortaleza de Dauphin (Bayajá). También por el sorpresivo respaldo a la Revolución Francesa por las fuerzas de Toussaint Louverture y de sus oficiales, entre ellos Jean Jacques Dessalines y Henri Christophe, tras la abolición de la esclavitud por Francia en todas sus colonias. A partir de ese momento, solo permanecieron fieles a España las *Tropas Auxiliares Negras* comandadas por los generales Juan Francisco Patacu, Jorge Viason y el brigadier Gil Narciso (antes Gilé), con sus nombres españolizados.

El 18 de octubre de 1795 se conoció en Santo Domingo la noticia del Tratado de Basilea, por el que España tenía que a ceder a Francia su colonia primada de América y estipulaba un año para su evacuación. Pero las autoridades de Cuba, encabezadas por su gobernador Luis de las Casas, se negaron a aceptar a las *Tropas Auxiliares Negras*, que consideraban «víboras venenosas»,⁴⁴ por temor al ejemplo sobre la población esclava de la isla.

El primero en llegar a La Habana en tres navíos hispanos, el 9 de enero de 1796, fue Juan Francisco con once oficiales y más de un centenar de acompañantes, que enseguida fueron obligados a continuar para Cádiz, donde no eran esperados. Una semana después arribaron los demás barcos reales, menos uno que fue a parar a Virginia por una tormenta. Transportaban al resto de las tropas auxiliares y familiares, cerca de setecientas personas, que como los de Juan Francisco fueron aislados en sus embarcaciones, ancladas en la orilla opuesta a la amurallada villa de La Habana. hasta su salida a un nuevo paradero.⁴⁵

El mayor contingente, más de trescientas personas, fue enviado a la Costa de los Mosquitos y el más pequeño a La Florida, destino de Jorge Viason y su reducido séquito de una veintena integrantes. Tras el restablecimiento de la soberanía española en Santo Domingo (1811), una parte de los asentados en Centroamérica, dirigidos por el brigadier Gil Narciso, retornó a La Española con escala en La Habana, donde tampoco pudo desembarcar. No

⁴⁴ En Ada Ferrer: «Cuba en la sombra de Haití. Noticias, sociedad y esclavitud, en Ma. D. González-Ripoll [et. al.]: *El rumor de Haití en Cuba: temor, raza y rebeldía 1789-1844*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2004, p. 194.

⁴⁵ Véase María del Carmen Barcia: *Acciones populares en tiempos de la independencia americana*, Matanzas, Ediciones Matanzas, 2011, p. 55 y ss.

obstante, al parecer estableció contacto con el artesano mulato José Antonio Aponte, veterano de las milicias de pardos y morenos de La Habana, quien al año siguiente fue arrestado y ejecutado por encabezar una conspiración igualitarista.⁴⁶

Los restantes miembros de las tropas negras, divididos en tres grupos de más de cien personas cada uno, fueron remitidos a la isla de Trinidad, entonces parte de la Capitanía General de Venezuela —que los devolvió de inmediato a Santo Domingo—, a Portobelo en Panamá, así como a Campeche en el Virreinato de Nueva España. Los mas de un centenar de excombatientes negros que arribaron al oriente de la península de Yucatán fueron ubicados en Aké, un sitio apartado y despoblado donde recibieron tierras. Aquí levantaron el pueblecito de San Fernando.

Mejor suerte tuvo el general Jorge Biassou. Impedido también de desembarcar en La Habana debió seguir viaje a San Agustín en La Florida, acompañado de su esposa y más de veinte personas entre familiares y oficiales. Convertido en la figura de más alto rango y jerarquía en esta relegada colonia española, solo detrás del propio gobernador, disfrutó de una vida holgada, aunque continuó haciendo reclamaciones financieras a la Corona. Al morir en San Agustín, el 2 de julio de 1802, como Brigadier General de los Reales ejércitos de España, fue enterrado con honores militares en el cementerio local.

Una historia más triste fue la de Juan Francisco. Llevado a Saint Domingue por la trata de esclavos, escapó de la plantación de Patacu, nombre que adoptaría como apellido. Vivió como cimarrón hasta unirse a la sublevación de los explotados trabajadores negros en la que pronto

⁴⁶ Más detalles en José Luciano Franco: *La conspiración de Aponte*, La Habana, Consejo Nacional de Cultura, 1963.

sobresalió como jefe militar. Imitando a los oficiales europeos, usó uniformes ornamentados con cintas, galones y condecoraciones. Evacuado por España de Santo Domingo e impedido también de desembarcar en La Habana, Juan Francisco y su numerosa comitiva arribó a Cádiz en marzo de 1796. Pero a ninguno le fue reconocido su rango militar, ni recibieron compensaciones económicas, sufriendo muchas penurias. En 1813, el Consejo de Regencia acordó reenviarlos a la Costa de los Mosquitos, pero el general Jean François, unos de los líderes de la gran revolución de los esclavos de Saint Domingue, fallecido el 16 de septiembre de 1805, ya estaba enterrado en el cementerio de Puerta de Tierra como *Don Juan Piticu*.

La desconocida historia de los caribes negros

El despertar de las luchas de los *caribes negros* o garífunas por su independencia está asociado a la ocupación inglesa de la diminuta isla caribeña de San Vicente, poblada entonces por este singular pueblo mestizo. Surgidos de la fusión de los pobladores originarios, araucos y caribes, con esclavos africanos llegados en 1635, tras el naufragio de dos barcos españoles dedicados a la trata, dominaron todo el pequeño territorio. Pero desde fines del siglo XVIII los ingleses comenzaron a ocupar la isla apoderándose de las mejores tierras y relegando a sus habitantes libres a las zonas montañosas e intrincadas, valiéndose de lo estipulado en el Tratado de París (1763), que despojaba a España y otorgaba a la Corona británica soberanía sobre San Vicente y Dominica.

Para frenar el atropello y los abusos de los ocupantes británicos, los garífunas se sublevaron en 1772, encabezados por Joseph Chantoyer, en lo que se conoce

como *la primera guerra caribe*. Ante la imposibilidad de doblegarlos, los ingleses firmaron un tratado de paz el 17 de febrero de 1773 que puso fin a las hostilidades a cambio de que los garífunas aceptaran la condición de súbditos de George III.

Con posterioridad, el estallido de la guerra de independencia de las trece colonias inglesas de Norteamérica permitió a los caribes negros recuperar su tácita soberanía sobre la isla gracias al enfrentamiento entre Inglaterra y Francia entre 1779 y 1783, que obligó a Londres a retirar sus fuerzas de ocupación. Terminada la contienda y ratificada la soberanía inglesa sobre San Vicente por el Tratado de Versalles (1783), las tropas británicas reaparecieron en la tierra de los garífunas.

De nuevo resurgió la lucha de sus pobladores contra los invasores europeos, aunque ahora bajo el impacto de la Revolución Haitiana que sacudía al Caribe desde 1791 y que había conducido a la Francia revolucionaria a abolir la esclavitud, mientras Inglaterra se convertía en la punta de lanza de la contrarrevolución. En esa coyuntura, James Seton, nuevo gobernador inglés de San Vicente, convocó a los líderes de los caribes negros a una reunión en abril de 1795, con el objetivo de obtener su lealtad a la Corona Británica. Su propósito era impedir la repetición de los acontecimientos que sacudían a la vecina isla de Granada, donde el mulato Julien Fedon, enarbolando las consignas y decretos de la Revolución Francesa, había sublevado a los indígenas, esclavos, mulatos y negros libres contra los invasores ingleses que pretendían arrebatarse esa posesión de Francia.

La respuesta de Chantoyer fue levantar de nuevo a los garífunas contra los británicos, que pretendían derrotar a la Revolución Francesa, restablecer la esclavitud y lograr su dominio del Caribe. Hay que agregar que Chantoyer estaba en contacto secreto con Víctor Hugues, comisario de la

Revolución Francesa, establecido desde 1794 en la isla de Guadalupe, y encargado de defender las posesiones de Francia en el Caribe, quien envió fuerzas para apoyar a los garífunas.

Así estalló la denominada *segunda guerra de los caribes*, que los ingleses llamaron de los bandidos (*The war of the Brigands*). Para atacar a los soldados británicos en Kingstown, Chantoyer dividió operaciones con su medio hermano, el cacique garífuna Du Valle, y el jefe francés Chateaubelair, avanzando con sus hombres por la costa hacia la colina de Dorsetshire. El 14 de marzo de 1795, un batallón inglés a las órdenes del general Ralph Abercromby, salió a enfrentarlo en esa elevación, aunque en esa noche fatídica, Chantoyer fue asesinado en extrañas circunstancias por el mayor inglés Alexander Leith. Sin su líder principal, la rebelión solo continuó hasta junio de 1796, pues cundió el desaliento entre los revolucionarios franceses procedentes de Guadalupe y Martinica, facilitando la derrota final de los garífunas de San Vicente.

Los caribes negros sobrevivientes fueron trasladados por la fuerza a la inhóspita isla Belliceaux, donde los diezmó una epidemia de fiebre amarilla. Por último, el 15 de julio de 1796, más de cinco mil garífunas, expulsados de su tierra natal, fueron confinados a la isla Roatán, frente a la actual costa de Honduras, donde todavía hoy viven sus descendientes.⁴⁷ En memoria de Joseph Chatoyer, después de la independencia de San Vicente y las Granadinas se erigió un monumento en Dorsetshire Hill, lugar donde cayó asesinado. Una obra de teatro, titulada *El drama del rey Shotaway*, recrea su larga resistencia contra el colonialismo inglés. El 14 de marzo del 2002 fue declarado oficialmente

⁴⁷ Nancie L. González: «Nuevas evidencias sobre el origen de los caribes negros, con consideraciones sobre el significado de la tradición», file:///C:/Users/Sergio %20PC/Downloads/Dialnet-NuevaEvidenciaSobreElOrigenDeLosCaribesNegros-ConCo-4008988.pdf

Primer Héroe Nacional de esta pequeña república del Caribe anglófono.

Revolución esclava en la isla de Granada

En el epígrafe anterior nos referimos a la lucha de los caribes negros y al extraordinario papel del comisario francés Victor Hugues, que operaba desde su cuartel general en la isla de Guadalupe desde el 6 de mayo de 1794, personaje histórico recreado magistralmente por Alejo Carpentier en su novela *El siglo de las Luces*. Al igual que hizo en 1793 Etienne Sonthonax, su homólogo en la colonia francesa de Saint Domingue (Haití), Hugues dio la libertad a los esclavos de Martinica y Guadalupe para defender las posesiones de la Francia revolucionaria amenazada por las potencias monárquicas de España e Inglaterra.⁴⁸

A principios de 1795, bajo el impacto de las revoluciones de 1789 en Francia y 1791 en Haití, cuyas medidas sociales Víctor Hugues esparcía por el Caribe, se vertebró en Granada una rebelión popular de carácter igualitarista dirigida contra los ocupantes ingleses, que se habían apoderado de esta isla en virtud del Tratado de Versalles (1783). Al frente del movimiento, muy parecido a la Revolución Haitiana, figuraba el mulato Julián Fédon, natural de Martinica, de padre francés y madre esclava. Aunque se conoce poco de su biografía, sabemos que había llegado con su familia, a mediados del siglo XVIII, a la entonces colonia francesa de Granada (Grenada en inglés). Aquí Fédon devino en dueño de una pequeña plantación en Belvedere, en la parte montañosa al oeste de la isla.

⁴⁸ Véase Juan Bosch: *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, La Habana, Casa de las Américas, 1981, p. 205 y ss.

La sublevación encabezada por Fédon estalló la noche del 3 de marzo de 1795. Con el apoyo de armamento y hombres enviados por Hugues, junto al respaldo de algunos franceses pobres y pequeños propietarios mulatos, así como de negros libres y esclavos, los revolucionarios se levantaron en armas, se apoderaron de casi toda Granada —excepto la capital de Saint John Parish— y de los islotes adyacentes, capturando a varias decenas de británicos, entre ellos el vicegobernador Ninian Hombé. Fedon proclamó entonces la abolición de la esclavitud, la eliminación de la soberanía inglesa y su adhesión a la Revolución Francesa.

En los meses siguientes la guerra se recrudeció, pues los ingleses recibieron abundantes refuerzos, sobre todo de la cercana isla de Trinidad. Ello obligó a Fedon y sus seguidores, entre ellos más de la mitad de los veinte y cinco mil esclavos de las plantaciones, a refugiarse en las zonas montañosas de Belverede. Ese virtual bastión de los sublevados fue asaltado sin éxito por las tropas inglesas, aunque en los cruentos enfrentamientos cayeron en combate cientos de seguidores de Fédon, incluido su propio hermano.

Poco después, las tropas inglesas, continuamente reforzadas desde el exterior, pasaron de nuevo a la ofensiva, capturando varias posiciones estratégicas de los rebeldes y cortando los suministros en armas y alimentos que recibían de las islas caribeñas controladas por Hugues. El 10 de junio, las fuerzas militares de Francia en Granada capitularon, lo que extendió el control de Inglaterra a la mayor parte de la isla.

En los acuerdos de paz firmados con los representantes de Francia, Inglaterra rechazó la inclusión de los mulatos y negros de las fuerzas de Fédon, que resistieron en su baluarte de Belverede la embestida final. El 19 de junio de 1796 los ingleses ocuparon a sangre y fuego el

último reducto rebelde. Treinta y cinco de los principales jefes revolucionarios fueron ejecutados a lo largo del mes de julio en la plaza pública de Saint George, mientras a miles de sus partidarios le eran confiscados todos sus bienes y deportados con sus familias a la colonia inglesa de Belice.

Debido a que el cadáver de Fédon nunca fue encontrado, la leyenda popular creó el mito de que el acorralado líder rebelde escapó de sus perseguidores lanzándose por un acantilado al mar, donde lo esperaba una embarcación en la que huyó. Por sus características, la rebelión antiesclavista granadina es una especie de pequeña Revolución Haitiana, aunque fracasada. Fédon es recordado como un héroe nacional y su cuartel general en Belverede es sitio de peregrinación.⁴⁹ En la propia Granada, dos siglos después, también se frustraría otra revolución popular: la de Maurice Bishop.

Subelevación esclava en Venezuela

Como ya comentamos, la Revolución Haitiana de 1791 causó un efecto telúrico en el Caribe, provocando por todas partes sublevaciones de esclavos, como fue el caso de la Capitanía General de Venezuela, donde tuvo como epicentro las serranías de Coro y como líderes a José Caridad González y José Leonardo Chirino.

El primero de estos dos dirigentes, José Caridad González, era un negro libre procedente del reino del Congo, que gozaba de gran prestigio porque había ganado un litigio de tierras, tenía cierta cultura y dominaba, junto con su lengua africana, el castellano y el francés. Además, era el líder natural de los loangos, antiguos esclavos de esta etnia congoleña, llegados a través de Curazao,

⁴⁹ https://www.ecured.cu/Juli-%C3%A9n_F%C3%A9don

y que habían conseguido su libertad. El segundo, José Leonardo Chirino, era en la jerga de la época un *zambo*, esto es, hijo de una indígena con un esclavo al servicio de la familia Chirino. Por su condición de *zambo* nació libre, pudo contratarse como jornalero y luego, al servicio de un comerciante de Coro, navegar por el Caribe y visitar Saint Domingue, donde conoció la Revolución Haitiana desde sus comienzos.

Impactado por las leyes igualitaristas de Francia de 1790, que beneficiaban a los mulatos y negros libres y, sobre todo, por el gigantesco levantamiento esclavo en Saint Domingue al año siguiente, que obligó a Francia a abolir en 1794 ese abominable régimen de explotación en todas sus colonias, Chirino se propuso replicar estas conquistas sociales en Venezuela. Con esa finalidad, decidió organizar un levantamiento de esclavos, mulatos y negros libres semejante al de Saint Domingue, contando con el importante apoyo de José Caridad González.

Convertidos ambos en líderes principales del incipiente movimiento revolucionario igualitarista venezolano, hicieron del trapiche de la hacienda Macanillas, cerca de Curimagua, el centro de la conspiración. Fue precisamente en este sitio donde estalló la sublevación el 10 de mayo de 1795, encabezada por González y Juan Cristóbal Acosta, que les permitió apoderarse de la cercana hacienda El Socorro, en las serranías de Coro, con el objetivo de imponer lo que llamaban ley de los franceses.

Aunque los insurrectos planeaban apoderarse de todas las plantaciones de la región y ocupar la villa de Coro, el saqueo de las primeras haciendas y la alegría por la libertad recién conseguida los llevó a festejar sus primeros triunfos, sin extender y consolidar el movimiento revolucionario. La inacción de los sublevados favoreció a las autoridades coloniales que movilizaron de inmediato tropas

bien equipadas con dos cañones. En el desigual enfrentamiento armado murieron unos veinte cinco esclavos, entre ellos sus líderes, y varias decenas quedaron heridos. Los que no lograron escapar de la matanza, fueron apresados y recibieron diversos castigos, incluida la muerte.

José Leonardo Chirino no pudo llegar a tiempo para participar en el combate decisivo. Enterado de lo ocurrido, se internó en la serranía con la intención de reorganizar a sus partidarios y atraerse a la población indígena. Con esa finalidad, estableció contacto con el cacique y los indios de Pecaya, prometiéndoles la eliminación de la *demora*, esto es, un tributo especial que agobiaba a los aborígenes y que ahora se les exigía en dinero efectivo. Tres meses después, debido a la traición de un antiguo conocido, fue capturado por las autoridades españolas y trasladado a Caracas para ser juzgado por la Real Audiencia.

El 10 de diciembre de 1796 este tribunal lo condenó a la horca, sentencia que se ejecutó en la Plaza Mayor de la capital venezolana. Para desalentar futuras rebeliones, y como escarmiento, la cabeza de Chirino fue exhibida en macabro espectáculo dentro de una jaula de hierro, colocada en el camino hacia los Valles de Aragua y Coro. Como parte de las crueles represalias, sus familiares fueron vendidos como esclavos y dispersados por distintos sitios de la colonia. En 1995, al conmemorarse el bicentenario de estos acontecimientos, el gobierno y el pueblo de Venezuela, rindieron merecido tributo a José Leonardo Chirino,⁵⁰ ocasión en que fue develada una placa en el Panteón Nacional, a la memoria de este luchador social, uno de los grandes próceres de nuestra América.

⁵⁰ https://www.venezuelatuya.com/biografias/chirinos_jose_leonardo.htm

Dessalines, Libertador de Haití

El 1 de enero de 1804, ante una imponente multitud reunida en Gonaives, el general Jean Jacques Dessalines, un exesclavo sublevado desde 1791 en la colonia francesa de Saint Domingue, proclamó la República de Haití, nombre dado por los arauacos a la isla.

Dessalines había luchado por su libertad junto a Toussaint Louverture, del que luego fue lugarteniente, y a quien acompañó en las *Tropas Auxiliares* al servicio de España y, desde 1794, como general de la república francesa, tras la abolición de la esclavitud por París. Con ese rango, sobresalió en la expulsión de los ocupantes españoles e ingleses de la isla. En enero de 1802, cuando Saint Domingue fue invadido por el ejército del general Victor E. Leclerc, enviado por Napoleón para restablecer la esclavitud y el viejo orden colonial, Dessalines combatió con dureza a los invasores. Como resultado del entendimiento entre Leclerc y Louverture, en mayo de ese año, Dessalines abandonó la lucha contra los franceses y después del forzado destierro de su jefe, devino en el principal líder de los antiguos esclavos.

A fines de octubre de 1802, Dessalines levantó sus tropas y organizó lo que se llamó la *Armée Indigène*, denominación que enlazaba la guerra contra los franceses con la resistencia aborígen a la conquista. Aliado a los jefes mulatos que habían sido sus enemigos, también sublevados contra las huestes de Napoleón, que aplicaban una represión indiscriminada, logró organizar un amplio movimiento de liberación. En el Congreso de Archaie, reunido a mediados de mayo de 1803, la jefatura de Dessalines fue confirmada y se adoptó como bandera haitiana la tricolor de la revolución francesa, despojada del color blanco, y con el lema *Libertad o Muerte*.

La ofensiva dirigida por Dessalines acorraló a las tropas europeas, ya diezmadas por las derrotas y la fiebre amarilla, en Cap François y Mole Saint Nicolas, que se rindieron tras la batalla de Vertieres, el 18 de noviembre de ese año. Como consecuencia, los restos del ejército napoleónico se retiraron a la antigua parte española de la isla, bajo soberanía francesa desde el Tratado de Basilea (1795), mientras se vertebraba la primera nación independiente de América Latina y la única del planeta sin esclavitud.

El 6 de octubre de 1804, al conocer la coronación de Napoleón en París, Dessalines, para equipararse a su principal enemigo, asumió en la ciudad del Cap el título de Emperador, con el nombre de Jacques I. Al frente de Haití, el gobernante haitiano impulsó transformaciones revolucionarias que impidieran el restablecimiento de la esclavitud, expropiado plantaciones y repartiendo tierras. Además, por la constitución sancionada el 20 de mayo de 1805 se estableció que: «Ningún blanco, cualquiera que sea su nacionalidad, pondrá pie en este territorio con el título de amo o propietario, y en el futuro no podrá adquirir ninguna propiedad».⁵¹

Ante la amenaza de una nueva invasión francesa, Dessalines fortificó las ciudades costeras, trasladó su capital a Marchand y ordenó al general Henri Christophe la expulsión de las tropas napoleónicas concentradas en la parte oriental de la isla, ahora encabezados por el general Jean Louis Ferrand. La exitosa ofensiva del ejército haitiano acorraló a las fuerzas enemigas en la ciudad de Santo Domingo, pero el sitio tuvo que ser levantado ante el próximo arribo de una escuadra francesa.

Para defender a la nueva nación y alcanzar una precaria igualdad social, en medio de la ruina dejada por las

⁵¹ Citado por Tadeusz Lepkowski: *Haití*, La Habana, Casa de las Américas, 1968, t. I, p. 97.

incesantes contiendas armadas y el abandono de las plantaciones, Dessalines implantó un fuerte autoritarismo militar revestido de monarquía. Algunas de sus disposiciones, en particular las dirigidas a restablecer la economía mediante la obligación del trabajo agrícola, unido a las rencillas entre las élites mulatas —a la que amenazaba con inspecciones en el verano de 1806— y la emergente de los generales negros, avivaron el descontento. En ese enrarecido ambiente prosperó una conspiración militar en Port-au-Prince, incitada por agiotistas y traficantes, que el 17 de octubre de 1806 condujo al asesinato en Pont Rouge, mediante una descarga de fusilería, del Libertador de Haití.

Tribulaciones del general Rigaud

En Los Cayos, al suroeste de la colonia francesa de Saint Domínguez, nació otro de los grandes líderes de la Revolución Haitiana: Joseph Andre Rigaud. El general Rigaud sobresalió en la guerra contra los realistas e invasores extranjeros de Saint Domingue y después disputó la presidencia de la nueva república independiente al general Alexander Petion.

Era hijo de un rico plantador blanco con Rose Bossy Depa, una esclava, lo que le permitió llevar el apellido de su progenitor, tener un buen nivel de vida y estudiar en Burdeos. Muy joven se enroló en el ejército francés y participó en la guerra de independencia de las trece colonias inglesas de Norteamérica. De regreso a su tierra natal fue uno de los mulatos que exigía la aplicación de las leyes revolucionarias igualitaristas de la Revolución Francesa que beneficiaban a la llamada *gente de color*, o sea pardos y negros libres. Después de la ejecución del jefe de esta rebelión armada, Vicent Ogé, ocurrida el 25 de febrero de 1791,

Rigaud se unió al levantamiento revolucionario por esas reivindicaciones.

El nuevo alzamiento de los mulatos y negros libres, iniciado en la primavera de ese mismo año por Louis Jacques Bauvais, no tardó en hacer causa común con los representantes de la Revolución Francesa enfrentados a los grandes plantadores blancos que optaban por el viejo régimen, sobre todo después del estallido de la masiva sublevación de esclavos en la parte norte de Saint Domingue. Pronto Rigaud logró organizar su propio destacamento militar que operó en amplias zonas del oeste y el sur, donde era más abundante la población mulata. En 1792 le fue conferida autoridad sobre ese territorio por el comisario francés Étienne Polvérel, necesitado de su apoyo para vencer a los invasores españoles y a los ricos colonos blancos devenidos realistas.

Por sus méritos en esa contienda, la Convención francesa le reconoció, tras la paz de Basilea (1795), el grado de general de brigada junto a los mulatos Bauvais, Jean Louis Villate y el esclavo negro Toussaint Louverture. A continuación, el general Rigaud siguió combatiendo en las regiones meridionales contra los invasores británicos subordinado a Toussaint Louverture, nombrado comandante en jefe de todas las fuerzas galas en Saint Domingue, hasta que los ingleses fueron vencidos en agosto de 1798.

Terminada la contienda contra los británicos, los planes de Rigaud para restablecer la economía en su zona de operaciones se vieron interrumpidos por el estallido, el 15 de junio de 1799, del enfrentamiento armado con el ejército de los antiguos esclavos en la llamada Guerra des Couteaux (de los Cuchillos). Al verse perdido, Rigaud llegó incluso a solicitar ayuda a las autoridades españolas en Santiago de Cuba. Derrotado por los efectivos de Louverture, en julio de 1800, debió exiliarse en Francia junto con

Alexander Petion, mientras el otro líder mulato, el general Bauvais, moría en un naufragio al intentar escapar de la isla.

Rigaud regresó a Saint Domingue, acompañado de Petion, Jean Pierre Boyer y otros altos jefes mulatos ex-patriados, a principios de 1802 en las filas del ejército francés de Víctor E. Leclerc, enviado por Napoleón Bonaparte para recuperar el control directo de la colonia. La noticia de la llegada de los principales dirigentes de la *gente de color* puso a su favor todo el sur de Saint Domingue, vuelto en contra de Louverture.

Sin embargo, las represalias adoptadas por Leclerc en forma indiscriminada contra los oficiales negros y mulatos, junto al descarnado proyecto napoleónico de restablecer la esclavitud, propiciaron la reconciliación de los dos bandos haitianos y su alianza para enfrentar a los franceses y alcanzar la independencia (1804). El propio Rigaud sufrió personalmente los vejámenes de los franceses y recibió un trato parecido al de Louverture, pues en abril de 1802 fue desterrado a Francia, donde fue confinado en la prisión de Fort de Joux.

Liberado de su encierro en 1810 por el propio Napoleón, Rigaud regresó a su tierra natal. En Los Cayos, Petion le organizó a su antiguo jefe un recibimiento apoteósico y le encargó la gobernación de la Grand-Anse. Pero muy pronto Rigaud le disputó la presidencia de Haití, de la que el norte se había separado por los generales negros de Henri Christophe, nombrado emperador. Ante la imposibilidad de vencer a Petion, Rigaud organizó su propio Estado del Sur en su tradicional bastión meridional, que solo se reintegró a la república haitiana tras su muerte, ocurrida el 18 de septiembre de 1811.

Miranda, iniciador de la independencia hispanoamericana

El primer criollo que intentó vertebrar un movimiento revolucionario para la independencia de Hispanoamérica fue el venezolano Francisco de Miranda. Después de llegar a Estados Unidos, como desertor del ejército español en Cuba (1783), como ya contamos, Miranda comenzó a hablar, según el testimonio de John Adams, de «hacer la revolución en las provincias españolas de la América del Sur».⁵² Con posterioridad, elaboró un ambicioso proyecto para la liberación e integración de las colonias hispanoamericanas, desde el Misisipí hasta la Patagonia, que presentó al gobierno de Inglaterra, tradicional enemigo de España, el 27 de marzo de 1790.

Después de recorrer Europa y sobresalir como general en la Revolución Francesa, entregó al premier británico Henry Addington, el 27 de abril de 1801, su *Proclama a los Pueblos del Continente Colombiano (alias Hispano-América)*, para formar un gobierno propio en la América Meridional, a la que por primera vez llama en forma oficial Colombia, como bien explica Carmen Bohórquez en su indispensable libro *Francisco de Miranda. Precursor de las independencias de América Latina* (2002). Tras enarbolar en Haití la bandera del continente colombiano, desembarcó en Venezuela el 3 de agosto de 1806 con la primera expedición independentista de la historia hispanoamericana.

A pesar de los denodados esfuerzos de Miranda, la situación todavía no estaba madura para acciones de esa naturaleza. Prueba era el reciente fracaso del complot

⁵² Citado por Carmen L. Bohórquez Morán: *Francisco de Miranda. Precursor de las independencias de la América Latina*, Caracas, UCAB-LUZ, 2002, p. 99.

separatista de los criollos Manuel Gual y José María España en la propia Venezuela (1797). Como resultado de ello, Gual huyó a las Antillas, mientras España terminó ejecutado y descuartizado en Caracas. Al ser descubierta por las autoridades españolas la conspiración de Gual y España, los *mantuanos*, o sea, la élite de los plantadores esclavistas venezolanos, reaccionaron expresando su colaboración «sin reservas» al régimen colonial. A pesar de la falta de condiciones, Miranda también vertebró una singular logia secreta para hacer proselitismo en Hispanoamérica, en la que se involucraron el cubano José Antonio Caro, el peruano José María de Antepara, el chileno Bernardo O'Higgins y el neogranadino Antonio Nariño.

La labor de Miranda daría un inesperado giro a raíz de la ocupación napoleónica de la península ibérica en 1808, que le hizo acariciar la posibilidad de alcanzar la emancipación. Hay constancia, desde abril de 1809, de que el *Precursor*, como le ha llamado la historiografía, se comunicó con los principales cabildos hispanoamericanos, entre ellos los de México, Buenos Aires, Lima, La Habana y Caracas, para que aprovecharan la inesperada coyuntura y tomaran el poder.

En sus insistentes misivas, Miranda aconsejaba rechazar la soberanía francesa en esos territorios y la ruptura con la desprestigiada monarquía borbónica. Incluso, el representante español en Londres, Juan Ruíz de Apodaca, recogió testimonios, en un documento fechado el 17 de julio de 1809, de que el venezolano «esperaba que para Enero o Febrero próximos estaría España conquistada por los franceses, y para cuya época se reunirían en Panamá los diputados de todas las provincias de América donde elegirían el gobierno que les acomodase».⁵³

⁵³ Ibid., p. 321.

Con el mismo propósito, Miranda comenzó a editar en Londres, desde el 15 de marzo de 1810, su periódico *El Colombiano*, que circuló por toda Hispanoamérica. La incendiaria publicación dejó de salir el 15 de mayo de ese año, por presiones del gobierno realista español sobre Inglaterra, ahora aliados contra Napoleón. Unos meses después, el *Precursor* partió hacia Venezuela, tras conocer en Londres, por boca de Simón Bolívar y Andrés Bello, la explosiva situación en la América del Sur.

En su tierra natal, Francisco de Miranda, ya sexagenario, tuvo un destacado papel en la radicalización de la Junta de Gobierno, auto titulada «Conservadora de los Derechos de Fernando VII», con la proclamación de la independencia de Venezuela, el 5 de julio de 1811, la primera de toda la América española, así como en la formación y defensa de la república venezolana (1811-1812). Apresado por los realistas en el puerto de La Guaira, en un controvertido episodio con Bolívar, cuando se disponía abandonar Venezuela tras las capitulaciones de San Mateo con los realistas, fue encerrado en la fortaleza de La Carraca, en Cádiz, donde el *Precursor e Iniciador* de la independencia de la América española murió el 16 de julio de 1816.

Los primeros gobiernos autónomos de Hispanoamérica

La crisis creada en España por la ocupación napoleónica en 1808 tuvo entre sus primeros efectos el intento de formar en Hispanoamérica juntas locales, a semejanza de las españolas. La formación de estos gobiernos autóctonos significaba, en la práctica, la autonomía colonial y el establecimiento del libre comercio, ante la imposibilidad

de mantener el habitual flujo mercantil, controlado hasta entonces por los círculos monopolistas de Cádiz. Las confusas noticias llegadas de España, alarmaron a los habitantes de los territorios hispanoamericanos aun antes de conocer el levantamiento popular en la península.

Los intentos pioneros por crear juntas en las Indias para impedir la extensión a América de la soberanía francesa se efectuaron en el propio 1808 y tuvieron por escenario a La Habana (julio), Nueva España (agosto) y Caracas (noviembre), pues las informaciones de la ausencia de un legítimo poder central en España corrieron como pólvora por el Caribe español. En La Habana y Caracas, el movimiento abortó muy en ciernes, ante la resistencia de las autoridades tradicionales —confirmadas en forma oportuna por la recién creada Junta Central metropolitana— y el elemento peninsular.

En la capital de Cuba, un grupo de acaudalados criollos, entre los cuales descollaba el síndico del consulado habanero Francisco de Arango y Parreño y el regidor alguacil mayor Pedro Pablo O'Reilly, segundo conde de O'Reilly, intentó el 17 de julio de 1808 convencer al capitán general, Salvador José del Muro y Salazar, marqués de Someruelos, de la conveniencia de convocar una junta general. Cinco días después, la máxima autoridad de la isla reconoció en forma pública al ayuntamiento capitalino «el independiente derecho que tienen las distintas provincias de gobernarse por sí mismas».⁵⁴

El proyecto, que implicaba aumentar la influencia de la aristocracia habanera sobre el gobierno colonial, fue abandonado por la manifiesta hostilidad de la Intendencia de la Real Hacienda, la Superintendencia de Tabacos, y la

⁵⁴ Tomado de Sigfrido Vázquez Cienfuegos: *Tan difíciles tiempos para Cuba. El gobierno del Marqués de Someruelos (1799-1812)*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2008, p. 238.

Comandancia de la Marina, con el apoyo de los comerciantes y altos funcionarios españoles. Así fracasó lo que pudo haber sido la primera junta hispanoamericana.

Un proceso parecido se gestó en Venezuela, a fines de julio de 1808. En acuerdo con el capitán general, Juan de Casas, se elaboró un prospecto de reglamento para crear un poder autónomo «a imitación de la suprema junta de gobierno de Sevilla»,⁵⁵ movimiento frustrado por la llegada a Caracas de un emisario metropolitano.

Solo en México, esta incipiente oleada juntista pudo llegar algo más lejos. La convocatoria de una amplia reunión en Nueva España contó con el respaldo del propio virrey José de Iturrigaray. En la amplia junta, de casi un centenar de personas, iniciada en la capital novohispana el 9 de agosto de 1808, el cabildo, bajo el influjo del síndico criollo Francisco Primo de Verdad y al sacerdote peruano Melchor de Talamantes, afirmó que «el derecho de soberanía había recaído en el pueblo, á quien dicho cuerpo representaba y que habían que cesar todas las autoridades en su ejercicio hasta que hubieran recibido nueva investidura».⁵⁶

La noche del 15 al 16 de septiembre se produjo la violenta reacción peninsular, organizada por el consulado y la audiencia local. Amparados en las leyes de Indias, y con el concurso del cuerpo de voluntarios de Fernando VII, nutrido de empleados de almacenes, recién llegados de España, varios cientos de hombres armados, encabezados por el acaudalado vizcaíno Gabriel del Yermo, desterraron al virrey y apresaron a las más sobresalientes figuras del ayuntamiento capitalino, entre ellos al padre mercedario

⁵⁵ Citado por Lionel Muñoz: «La conjura de 1808. ¿Preludio de la independencia?», en *Memorias. El pueblo es la historia*, Caracas, Centro Nacional de Historia, mayo-junio de 2008, num.3, p. 38.

⁵⁶ En Carlos Navarro y Rodrigo: *Iturbide*, Madrid, Imprenta y Librería Universal, 1869, p. 9.

Talamantes y al síndico, que morirán en prisión. A pesar de este trágico desenlace, ninguno de estos movimientos pretendía todavía romper los vínculos con la metrópoli y las referencias a una posible independencia era en reacción a la posible rendición total de España ante los franceses, que podría obligar a dar cobijo en el continente a la soberanía hispánica y quizás a la propia monarquía.

Desafío quiteño y altoperuano en 1809

Los gobiernos autónomos de los aislados territorios de Quito y el Alto Perú formaron parte de un segundo brote juntista en 1809, que tampoco buscaba en principio la separación de España, aunque fueron aplastadas sin contemplaciones por la airada represión de las autoridades tradicionales españolas. En las audiencias de Charcas y Quito, el descontento de la élite criolla estaba muy extendido porque eran las únicas colonias españolas no convidadas a enviar representantes a la metrópoli, pues solo estaban facultados para hacerlo los virreinos y capitánías.

Las juntas organizadas en la villa de Chuquisaca —llamada entonces La Plata—, capital de la audiencia de Charcas, y La Paz, el 25 de mayo y el 16 de julio de 1809 respectivamente, declararon su soberanía a nombre «del rey, de la patria y de la religión».⁵⁷ Las dos gobiernos formados en estas ciudades altoperuanas, surgieron en rechazo a la pretensión de Carlota Joaquina de Borbón, hermana de Fernando VII, quien se encontraba en Río de

⁵⁷ «Proclama de la ciudad de La Plata a los valerosos habitantes de la ciudad de La Paz», en José Luis Roca: *1809. La Revolución de la Audiencia de Charcas en Chuquisaca y en La Paz*, La Paz, Plural Editores, 1998, p. 95.

Janeiro como esposa del príncipe-regente lusitano Joao de Bragança, de ejercer jurisdicción sobre los territorios hispanoamericanos colindantes.

La represión realista se ensañó con el movimiento de La Paz por la inclinación radical de los dirigentes criollos, entre ellos el mestizo Pedro Domingo Murillo, presidente de la denominada *Junta Nacional Representativa de Tuición*, y el cura José Antonio Medina, verdadero ideólogo del movimiento altopereano. Los rebeldes paceños quemaron las listas de deudores al fisco real, eliminaron la alcabala indígena y elaboraron un audaz programa de gobierno cuyo primer punto expresaba: «No se remitirá a Buenos Aires por título alguno, numerario de estas cajas [...], quedando todas sus entradas a la disposición de este ilustre cuerpo».⁵⁸

Estas medidas revolucionarias, despertaron el respaldo de sectores populares de la ciudad de La Paz, pero no tuvieron eco en el resto del altiplano y obligaron, ante el rechazo de los virreyes de Lima y Buenos Aires, a disolver la *Junta Tuitiva* (30 de septiembre). Esto no fue óbice para que el virrey del Perú, José Fernando de Abascal, que había proclamado su incondicionalidad a Fernando VII y declarado la guerra a los franceses, aplastara sin contemplaciones la resistencia de los paceños en los altos de Chacaltaya y en los bosques y montañas de Yungas, así como también la rebelión indígena de Mojos, liderada por el cacique Muiba. De pasada, Abascal consiguió adscribir de nuevo el rico territorio de Charcas al Virreinato del Perú, del que había sido segregado en 1776.

Los sangrientos enfrentamientos armados de octubre de 1809 en el Alto Perú, resultaron los primeros entre criollos y realistas ocurridos en toda Hispanoamérica y fueron seguidos de crueles ejecuciones de sus principales dirigen-

⁵⁸ Ibid., p. 79.

tes. Entre los sancionados a la máxima pena estaba Murillo, quien antes de morir en el patíbulo, en enero de 1810, vaticinó que no se extinguiría la antorcha que había encendido.

En cambio, la más moderada junta de Quito, encabezada por los marqueses de Selva Alegre, de Solanda, de Miraflores y de Villa Orellana, surgida el 10 de agosto de 1809, fue disuelta en forma incruenta por el *Real de Lima*, poco más de dos meses después, ante la apatía de la población criolla, mestiza e indígena. De nada valieron sus explícitas declaraciones de fidelidad a la corona española:

Juramos al Sr. D. Fernando VII como a nuestro Rey y Señor Natural y juramos adherir a los principios de la Junta Central de no reconocer jamás la dominación de Bonaparte ni a la de Rey alguno intruso, juramos conservar en su unidad y pureza la Religión Católica, Apostólica, Romana, en que por la misericordia de Dios tuvimos la felicidad de nacer, y juramos fielmente hacer todo el bien posible a la Nación y Patria, perdiendo, si necesario fuere por esos sagrados objetos, la última gota de nuestra sangre [...].⁵⁹

Las juntas de 1810

Una tercera oleada juntista brotó en distintas ciudades hispanoamericanas en 1810, al conocer las noticias referidas a la caída de Sevilla en manos de los franceses y del refugio en Cádiz de la Junta Suprema, sustituida allí a fines

⁵⁹ Acta del cabildo abierto celebrado en Quito el 16 de agosto de 1809. Citado por Carlos Landázuri Camacho: «La independencia del Ecuador (1808-1822)», en *Nueva Historia del Ecuador*, Quito, Grijalbo, 1989, t. VI, p. 100.

de enero de 1810 por un Consejo de Regencia. El nuevo órgano de gobierno metropolitano, en nombre de Fernando VII, revocó anteriores medidas que beneficiaban los territorios americanos. Los puertos atlánticos, fueron los primeros en reaccionar a estos graves hechos, que parecían indicar el fin de toda resistencia en España.

La sensación de inseguridad, ante lo que se consideraba inminente vacío de poder, condujo a la formación en 1810 de juntas en varias ciudades hispanoamericanas: Caracas (19 de abril), Cartagena (22 de mayo), Buenos Aires (25 de mayo), Santa Fe de Bogotá (20 de julio), Santiago de Chile (18 de septiembre) y Quito (19 de septiembre). La conspiración que abortó en La Habana en octubre de 1810, dirigida por el rico criollo Román de la Luz, era un movimiento en la misma dirección, que pretendía ofrecer la presidencia de la junta al propio marqués de Someruelos, para desconocer al sucesor nombrado. Al año siguiente, también se estableció un gobierno autónomo en Asunción de Paraguay (14 de mayo) y se produjeron intentos infructuosos en la villa centroamericana de San Salvador (5 de noviembre).

El surgimiento por casi todas partes de gobiernos autónomos, dominados por los criollos, no implicaba todavía un movimiento separatista, como lo demostró la de Caracas al denominarse *Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII*, pues se limitaban a rechazar la soberanía francesa y la Regencia de Cádiz, acompañadas de ciertas reivindicaciones comerciales y al establecimiento de la igualdad con los españoles. No por gusto las nuevas autoridades venezolanas, instaladas el 19 de abril de 1810, fundamentaron su decisión en que [...] según las últimas o penúltimas noticias derivadas de Cádiz, parece haberse sustituido otra forma de Regencia, sea lo que fuese de la certeza ó incertidumbre de este hecho, o de la nulidad

de su formación, no puede ejercer ningún mano ni jurisdicción sobre estos países, porque no ha sido construido por el voto de estos fieles habitantes, cuando han sido ya declarados, no colonos sino partes integrantes de la corona de España [...].⁶⁰

Para los actores criollos del movimiento juntista, tanto la Regencia, como la Junta de Sevilla, tituladas de España e Indias, como la Junta Central que le había precedido, carecían de legitimidad, pues fueron formadas sin «el voto general de la nación, ni menos aún el de estos habitantes, que tienen el derecho legítimo de velar por su conservación y seguridad, como partes integrantes que son de la Monarquía española».⁶¹

El peso de la exigencia hispanoamericana, de tener representación en los emergentes poderes metropolitanos, puede ilustrarse con las expresiones despectivas del influyente conde de O'Reilly, miembro prominente de la élite de Cuba, quien consideraba al gobierno de Sevilla una «junta de zapateros» que no debía reconocerse «si no se hallaban diputados de la Ysla, que ésta no era un trapo sucio, sino por el contrario una parte muy considerable del Reyno de España».⁶² El propio acaudalado esclavista escribió a la Junta Suprema de Sevilla: «La Ysla de Cuba desea tener en el Cuerpo Nacional aquella Representación que por su importancia y población se merece. Todos somos

⁶⁰ «Acta de Ayuntamiento de Caracas», en Reinaldo Rojas: *El 19 de abril de 1810*, Barquisimeto, Fondo Editorial Buría, 1997, p. 53.

⁶¹ En Francois-Xavier Guerra: *Modernidad e independencia. Ensayo sobre las revoluciones hispánicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, pp. 339-340.

⁶² Citado por Olga Portuondo Zúñiga: *Olga: Cuba, constitución y liberalismo (1808-1841)*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2008, t. I, p. 34.

españoles y hemos sido gobernados por las mismas leyes, y los mismos magistrados, parece pues que en el día debe nuestra constitución ser igual a la de la Península».⁶³

Ese era el clima imperante entonces en las colonias hispanoamericanas. La crisis metropolitana había conducido al establecimiento de un rosario de gobiernos autónomos, dominados por la élite criolla de cada localidad, temerosa de la abierta ruptura con España, que exigía una representación igualitaria en los nuevos poderes metropolitanos. Todavía a fines de 1810, el criollo José Miguel Pey, vicepresidente de la junta de Santa Fe de Bogotá, escribía al obispo de esa ciudad:

Ni Santafé ha proclamado su independencia, ni se apartara nunca del reconocimiento de su legítimo soberano, mientras le quede la esperanza de que lo puede poseer libre del yugo y la dominación francesa y sujeto solo a las leyes de una sabia constitución que asegure los derechos de los pueblos, y lo libere a él mismo y a sus sucesores de la perfidia de favoritos y ministros corrompidos, azotes hoy de la monarquía, y de los infelices vasallos, principalmente americanos.⁶⁴

Revolución popular de Hidalgo en México

Una situación diferente al resto de Hispanoamérica se conformó en el Virreinato de Nueva España donde estalló el 16 de septiembre de 1810 una verdadera e inespera-

⁶² Ibid., p. 35.

⁶⁴ En Gustavo Vargas Martínez: *Bolívar y el poder. Orígenes de la Revolución en las Repúblicas entecas de América*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991, p. 47.

da revolución social, que inrrumpió con extrema violencia en las áreas rurales del centro norte. Las demandas populares, recogidas por el cura Miguel Hidalgo, al frente de este movimiento, incluían la devolución de tierras comunales, supresión de gravámenes y estancos, eliminación del tributo indígena, abolición de la trata y la esclavitud.

La promesa formulada por Hidalgo de abolir el tributo y devolver las tierras de comunidad a sus legítimos dueños le atrajo el ferviente apoyo de los expoliados peones e indígenas, convertidos en la fuerza motriz de la primera revolución mexicana. Junto a los *gañanes*, trabajadores de las minas y campesinos pobres que seguían el estandarte de la virgen de Guadalupe, enarbolado por Hidalgo, se sumaron artesanos, intelectuales, miembros del bajo clero e incluso algunos hacendados.

A pesar de la marcada diferencia, en cuanto a programas y composición social se refiere, entre el airado movimiento popular del Virreinato de Nueva España, nutrido de peones mestizos e indígenas, y los gobiernos autónomos establecidos por la aristocracia criolla en el resto de Hispanoamérica en 1810, tampoco en México la rebelión tuvo en sus primeros momentos una declarada intención independentista. El propio Hidalgo había arengado a sus huestes, tras el conocido Grito de Dolores, con las consignas de:

¡Viva la religión católica! ¡Viva Fernando VII! ¡Viva la Patria! y ¡Viva y reine por siempre en este Continente Americano nuestra sagrada patrona, la Santísima Virgen de Guadalupe! ¡Muera el mal gobierno! Esto es lo que oiréis decir de nuestra boca y lo que vosotros deberéis repetir.⁶⁵

⁶⁵ «Proclama de don Miguel Hidalgo», octubre de 1810. En *La Independencia de México, textos de su historia*, México, Secretaría de Educación Pública, 1985, t. I, p. 95.

Esa impronta fidelista también puede advertirse en otros documentos de los primeros momentos de la insurrección novohispana, pues el propio Hidalgo se manifestó defensor de la «santa libertad», frente a la «libertad francesa, enemiga de la religión». ⁶⁶ Tal como declaró Juan Aldama, en el juicio abierto en su contra tras la derrota insurgente en 1811 —y cuya cabeza terminaría colgada junto a la del cura de Dolores en una de las esquinas de la Alhóndiga de Granaditas—, solo se proponían organizar «una Junta compuesta de un individuo de cada provincia de este reino —nombrados estos por los cabildos o ciudades— para que esta Junta gobernase el reino, aunque el mismo virrey fuese el Presidente de ella, y de este modo, conservar este reino para nuestro católico monarca». ⁶⁷

La decisión insurgente de no atacar la populosa capital del Virreinato de México, la mayor de América, tras obtener la sangrienta victoria del monte de las Cruces (30 de octubre de 1810), puso al descubierto las contradicciones intestinas que terminarían por liquidar al movimiento revolucionario novohispano. Los antiguos oficiales realistas incorporados a la sublevación, encabezados por Ignacio Allende, estaban preocupados por la radicalización del movimiento insurgente y querían terminar pronto la guerra y evitar los continuos saqueos de haciendas y propiedades por las incontroladas huestes indígenas. En cambio, Hidalgo y la izquierda radical no temían la profundización social de la revolución mexicana.

⁶⁶ En Brian R. Hamnett: *Revolución y contrarrevolución en México y el Perú. Liberalismo, realeza y separatismo, (1800-1824)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, p. 245.

⁶⁷ Citado por José Herrera Peña: *Hidalgo a la luz de sus escritos. Estudio preliminar, cuerpo documental y bibliografía*, Morelia, Michoacán. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2003, p. 31.

La agudización del conflicto clasista, no solo minó la unidad en el campo patriota, sino también determinó la alianza de la poderosa aristocracia novohispana con la burocracia peninsular, el alto clero y los propietarios españoles, para evitar las imprevisibles consecuencias de una revolución «desde abajo», solo comparable a la haitiana. A partir de entonces, el principal sostén del régimen colonial en Nueva España radicó en las propias élites criollas, que suministraron sus mejores cuadros a la oficialidad realista y brindaron generoso financiamiento, recursos a los que se sumaban los aportados por el consulado de la capital virreinal.

Primera reforma agraria en nuestra América

Alejandro Pétion es uno de los fundadores de Haití y artífice de la primera reforma agraria del continente. Hijo de un plantador francés y de una negra criolla, que le dio su apellido, pudo hacer algunos estudios y convertirse en herrero y orfebre. Tras el estallido de la Revolución Francesa, Pétion defendió sus leyes igualitaristas que favorecían a los negros y mulatos libres.

La gran sublevación de los esclavos ocurrida en Saint Domingue en agosto de 1791, llevó a Pétion a sumarse al levantamiento. Participó en el combate de Pernier contra las tropas francesas y se destacó como oficial bajo las órdenes del exesclavo Toussaint Louverture primero y del mulato André Rigaud después, quien lo ascendió a teniente general. La derrota de los invasores ingleses y españoles, que habían ocupado partes de Saint Domingue para apoyar a los plantadores blancos, desató el enfrentamiento armado entre el ejército de los antiguos esclavos y las fuerzas militares de los mulatos. Derrotados estos últimos por las tropas de Louverture, Pétion debió abandonar su tierra

natal en 1800 y viajar a Francia junto con los partidarios de Rigaud. Dos años después regresó a Saint Domingue, acompañado de los demás oficiales mulatos exiliados, en las filas del ejército de Leclerc, enviado por Napoleón para recuperar su principal colonia americana.

Pero, como ya explicamos, las indiscriminadas represalias adoptadas por Leclerc contra negros y mulatos, junto a su descarnado proyecto de restablecer la esclavitud, propiciaron la reconciliación de los dos bandos criollos en pugna y su alianza para enfrentar a los franceses. Uno de los primeros en levantarse contra las tropas napoleónicas fue Pétion, al que siguieron los generales negros Dessalines, Christophe y otros.

En el congreso de la Arcahaie, apoyó la creación de la bandera nacional en 1803 y el 1 de enero del año siguiente la proclamación de la independencia. Tras el asesinato de Dessalines, en octubre de 1806, Haití se dividió en dos estados, uno monárquico al norte, encabezado por Christophe, y otro Republicano al sur presidido por Pétion, quien fue reelecto en 1811 y 1818. Durante su mandato como presidente de la República de Haití debió enfrentar la sedición de su antiguo jefe Rigaud, extendida hasta 1811, conspiraciones militares y las amenazas del reino norteño.

Pétion realizó la primera reforma agraria de América Latina, iniciada en 1809 con el reparto de tierras estatales y las de los antiguos plantadores expropiados, pues la constitución de 1805 prohibía a los blancos tener bienes en Haití, para impedir que reaparecieran «en este territorio con el título de amo o propietario».⁶⁸ Durante su gobierno entregó decenas de miles hectáreas, junto

⁶⁸ En Luis Fernando Granados: *En el espejo haitiano. Los indios del Bajío y el colapso del orden colonial en América Latina*, México, Ediciones, Era, 2016 p. 101

con molinos de azúcar, cafetales y cañaverales, a sus oficiales, soldados y campesinos sin tierra, pues soñaba con una república de pequeños propietarios. El 26 de abril de 1814, ante el senado de la república, valoró esta política como una necesidad de «los estados nacientes: aumentar el número de propietarios rurales es darle a la patria una existencia real y sólida».⁶⁹

También impulsó medidas igualitaristas, recogidas en nuevas disposiciones, y consolidó la abolición de la esclavitud, ofreciendo por ley la libertad, con la ciudadanía haitiana incluida, a los esclavos que llegaran al país. Además, dio su apoyo a la liberación de las colonias españolas, otorgó asilo a los patriotas hispanoamericanos y respaldó la organización de expediciones armadas en su territorio, entre ellas las de Luis Aury, José Francisco Bermúdez, Pedro Labatut, Gregor Mac Gregor, Francisco Javier Mina y Simón Bolívar, a quien Pétion recibió por primera vez el 2 de enero de 1816.

El *Libertador*, que consideró a Haití «la República más democrática del mundo»⁷⁰ y se consideró obligado a compartir sus principios, «al conocer la muerte del solidario presidente Alexandre Pétion, ocurrida el 14 de agosto de 1818, sentenció en mensaje a su sucesor Jean Pierre Boyer desde Angostura: «Su patriotismo, su generosidad y las demás virtudes que lo caracterizaban han excitado mi veneración y la de todos mis compatriotas: esa veneración será tan inmortal como el nombre de Pétion».⁷¹

⁶⁹ Ibid., p. 103 nota 83.

⁷⁰ En Simón Bolívar: *Obras Completas*, Caracas, Editorial Piñango, [s. f.], t. I, pp. 270-273.

⁷¹ <https://aldeaeducativamagazine.com/testimonios-para-la-historia-palabras-de-bolivar-sobre-petion/>

Un pueblo que oprime a otro no puede ser libre

La frase que titula este epígrafe no es de Carlos Marx, quien la uso en sus artículos y cartas sobre la cuestión nacional irlandesa y fue repetida después por Federico Engels y Vladimir I. Lenin. En realidad, es de Dionisio Uchu Inca Yupanqui, quien la pronunció en 1810 al cerrar su discurso en las Cortes de Cádiz como diputado suplente por el Virreinato del Perú. Fue el único indígena en ese foro, donde se proclamó representante del «imperio de los quechuas, al que la naturaleza me ligó con altas relaciones».⁷²

Nacido en Lima en 1760, descendía en forma directa de la clase dominante del Tahuantinsuyo. Con nueve años se trasladó con su familia a España, donde Inca Yupanqui, gracias a ese encumbrado origen, pudo estudiar en el Real Seminario de Nobles de Madrid y hacer una carrera militar. Combatió a los ingleses en Gibraltar y La Habana y luego, como teniente coronel de un regimiento de dragones del ejército real, a los invasores franceses de la península ibérica.

Inauguradas las Cortes en la isla de León (Cádiz), el 24 de septiembre de 1810, fue uno de los americanos habilitados como diputados suplentes, en espera de la llegada de los elegidos en las colonias. En su vibrante discurso en las Cortes de Cádiz, el 16 de diciembre de ese año, Dionisio Yupanqui se consideró «inca, indio y americano», afirmando que [...] no he venido a ser uno de los individuos que componen este cuerpo moral de V. M. [...] para lisonjearle; para consumir la ruina de la gloriosa y atribu-

⁷² En José M. Portillo Valdés: *Crisis Atlántica. Autonomía e independencia en la crisis de la monarquía hispánica*, Madrid, Fundación Carolina. Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos/Marcial Pons Historia, 2006, p. 249.

lada España, ni para sancionar la esclavitud de la virtuosa América. He venido, sí, a decir a V. M. con el respeto que debo y el decoro que profeso, verdades amarguísimas y terribles [...]. Señor la justicia divina protege a los humildes, y me atrevo a asegurar a V. M., [...] que no acertará en dar un paso seguro en la libertad de la patria, mientras no se ocupe con todo esmero y diligencia en llenar sus obligaciones con las Américas.⁷³

En su aplaudida intervención lamentó el desconocimiento existente sobre la verdadera situación del continente americano y muy en especial de su población originaria, denunciando la explotación colonial y las injusticias que afectaban a sus habitantes, reclamando el cese del mal trato, la discriminación y la desigualdad y considerando a la ocupación napoleónica un castigo divino a España por los abusos cometidos. Al criticar a los propios congresistas y a los gobernantes españoles, solo preocupados por el saqueo de sus colonias, afirmó:

La mayor parte de sus diputados y de la Nación apenas tienen noticias de este dilatado continente. Los gobiernos anteriores le han considerado poco, y solo han procurado asegurar las remesas de este precioso metal, origen de tanta inhumanidad, del que no han sabido aprovecharse. Apenas queda tiempo ya para despertar del letargo, y para abandonar los errores y preocupaciones hijas del orgullo y vanidad. Sacuda V. M. apresuradamente las envejecidas y odiosas rutinas, y bien penetrado de que nuestras presentes calamidades son el resultado de tan larga época de delitos y prostituciones, no arroje de su seno la antorcha luminosa de la sabiduría ni se prive del ejercicio de las

⁷³ *Diario de Sesiones de las Cortes Extraordinarias*, Madrid, Imprenta de J.A. García, 1870, t. I, pp. 172-173.

virtudes. *Un pueblo que oprime a otro no puede ser libre.*, V. M., toca con la mano esta terrible verdad.⁷⁴

El 1 de febrero de 1811, en otro discurso más extenso, Dionisio Yupanqui abogó por la inclusión de la igualdad entre blancos e indígenas en el futuro texto constitucional. Sin duda, ambas intervenciones influyeron en los decretos de las Cortes aprobados en noviembre de 1812, que eliminaron la mita, el tributo y la servidumbre de los aborígenes. Pero su propuesta de protección a los pueblos originarios fue rechazada con el argumento de que para eso ya existían las Leyes de Indias.

Como preveía el descendiente de los incas, los intereses metropolitanos terminaron por prevalecer en el foro sobre el espíritu revolucionario. Tras largos y acalorados debates, los representantes en las Cortes —una veintena de diputados por América y un centenar por España— aprobaron, en marzo de 1812, la constitución liberal. La flamante carta magna no decía una palabra más sobre las demás reivindicaciones americanas, entre ellas la plena igualdad de derechos con los españoles, lo que dejaba al descubierto todas las limitaciones del liberalismo peninsular que lo llevarían al fracaso, implícitas en el histórico aforismo del Inca Yupanqui de que un pueblo que oprime a otro no puede ser libre.

La constitución gaditana en Cuba

El 13 de julio de 1812 atracó en la bahía de La Habana la goleta *Concordia* procedente de España. Cuando se preguntó que traía a bordo contestó: ¡Constitución! Unas

⁷⁴ Ibid. Las cursivas son mías (SGV)

semanas después, el 8 de agosto, el recién nombrado capitán general de Cuba, Juan Ruíz de Apodaca —que una década después sería el último virrey de México— y las demás autoridades de la colonia juraban la carta magna gaditana. La vigencia de la constitución de 1812 se prolongó en la isla, en esta primera oportunidad, hasta el 25 de julio de 1814, cuando Fernando VII restableció el antiguo régimen absolutista.

El primer periodo liberal coincidió con la expansión, en el occidente de Cuba, de la plantación azucarera, estimulada por la apertura del mercado de Estados Unidos y la casi simultánea ruina de Saint Domingue por la revolución haitiana (1790-1804). La salida de la rica colonia francesa de los mercados internacionales elevó los precios y alentó la economía cubana, convertida en poco tiempo en el tercer productor mundial del dulce. Este auge se fundamentó en el extraordinario aumento de la fuerza de trabajo esclava, que pasó de 84 mil personas en 1792 a 225 000 en 1817.

La puesta en vigor de la constitución de 1812, junto con los propios debates y leyes de las Cortes, inquietaron a los ricos plantadores de La Habana y Matanzas, pues dejaban insatisfechas las demandas autonómicas y restringían muchas de sus tradicionales prerrogativas. Además, las Cortes, donde consideraban no estaban representados de manera apropiada, había permitido el debate de la legislación antiesclavista del sacerdote y diputado novohispano José Miguel Guridi y Alcocer, presentada el 26 de marzo de 1811, respaldada por varios delegados españoles. La sola discusión de esta propuesta en Cádiz, alarmó a los grandes hacendados y traficantes de esclavos de la Mayor de las Antillas, que llegaron incluso a valorar, por primera vez, la anexión a Estados Unidos.

En respuesta al proyecto abolicionista del representante mexicano en Cádiz, la élite habanera envió el docu-

mento titulado *Representación de la Ciudad de La Habana a las Cortes Españolas*, preparado por el criollo Francisco Arango y Parreño, en defensa de «nuestras vidas, de toda nuestra fortuna y de la de nuestros descendientes». Fechado el 20 de julio de 1811 y firmado por el ayuntamiento de la capital cubana, el texto también abogaba por una mayor autonomía para la isla, la que ya se había solicitado el año anterior en una *Exposición a Cortes*, donde se condenaba la legislación española emanada de «hediondos heces de la Revolución Francesa». ⁷⁵ Además, el propio cabildo habanero, en sesión extraordinaria, ya había comunicado al anterior capitán general Salvador José del Muro, marqués de Someruelos, su oposición a «la intempestiva moción que se hizo en las Cortes para abolir el tráfico de negros, publicada allí con todos los horrores de la esclavitud y trascendidas aquí de un modo inexacto y placentero que puede excitar en algunos de nuestros esclavos, comúnmente bien tratados, falsas ideas de su libertad». ⁷⁶

Por otro lado, la libertad de imprenta, establecida al amparo de la propia constitución de Cádiz, permitía que la aristocracia habanera fuera objeto de frecuentes ataques en varios de los nuevos periódicos que ahora circulaban libremente por la capital cubana. Las críticas eran promovidas por los comerciantes monopolistas y grandes propietarios españoles, resentidos por las concesiones hechas por España a los ricos plantadores cubanos del occidente de la isla para favorecer las exportaciones de azúcar que nutrían al agobiado fisco colonial.

Eso explica que la élite criolla de La Habana y Matanzas se sintiera aliviada con la restauración del absolutismo en 1814, que puso fin a los denuestos que recibía de la

⁷⁵ En Hortensia Pichardo: *Documentos para la Historia de Cuba*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1969, t. I, pp. 210 y ss.

⁷⁶ Citado por Sigfrido Vázquez, op.cit., p.440.

prensa liberal española de la isla y a las agresivas manifestaciones públicas en su contra. Por eso el desaparecido historiador Julio Le Riverend anotó: «La criollez propietaria y aristocrática comenzó a ver el proceso constitucionalista como un peligro múltiple, porque el radicalismo de los demagogos y de los soldados, así como la frecuencia de los disturbios, ponían en peligro la organización esclavista».⁷⁷

¿Un cubano en la independencia de Cartagena?

En los albores del proceso emancipador neogranadino se destacó en Cartagena de Indias el artesano mulato Pedro Romero Porras, a quien se atribuye origen cubano. A este hombre correspondió un papel protagónico para que Nueva Granada fuera el primer territorio de ese Virreinato en proclamar su separación de España, el 11 de noviembre de 1811, y el segundo de toda Hispanoamérica, después de Venezuela.

Para algunos historiadores, Pedro Romero era natural de la ciudad portuaria cubana de Matanzas y, según esa versión, fue uno de los artesanos que el ingeniero Antonio Arévalo llevó desde Cuba para los trabajos de fortificación de Cartagena. Otros, en cambio, cuestionan su nacimiento en la Mayor de las Antillas, pues no se ha encontrado su inscripción, ni otra información suya en la isla. La documentación solo confirma que Pedro Romero era desde 1778 dueño de su propia herrería en el barrio de Santa Catalina en Cartagena, que mudó más tarde al de Getsemaní, para acercarse al Arsenal del Apostadero de la Marina, donde estaban la mayoría de los talleres de metales duros.

⁷⁷ Julio Le Riverend: *La Habana (Biografía de una provincia)*, La Habana, Academia de la Historia, 196, p. 368.

Desde 1786 obtuvo un contrato de asentista de herrería, cerrajería, armería y fundición, que hizo de su taller uno de los más grandes de Cartagena antes de la invasión napoleónica a España.

El movimiento juntista en el Virreinato de Nueva Granada se inició por el puerto de Cartagena, el 22 de mayo de 1810, cuando fue depuesto el gobernador real Francisco Montes. Casi a la par, surgieron nuevos gobiernos en otras villas neogranadinas, Cali, Pamplona y Socorro, hasta alcanzar a Bogotá, donde después de un día agitado por reyertas entre criollos y españoles, se formó el 20 de julio una junta que depuso al Virrey Amar y Borbón, aunque mantuvo el reconocimiento a Fernando VII como soberano.

De ahí en adelante la vida de Pedro Romero cambió radicalmente, pues devino uno de los principales líderes de las milicias de pardos y morenos libres del barrio de Getsemaní, que le imprimieron al proceso revolucionario en Cartagena un carácter igualitarista, anti español y anti aristocrático. La actuación de sus hombres fue decisiva para aplastar, el 4 de febrero de 1811, el intento sedicioso de los comerciantes españoles aliados al regimiento *Fijo* acantonado en ese puerto.

Nueve meses después, las tropas de mulatos y negros libres impusieron a la moderada junta aristocrática criolla, presidida por el abogado José María García de Toledo, el *Acta de Independencia*, que declaraba «solemnemente a la faz de todo el mundo que la provincia de Cartagena de Indias es desde hoy y por derecho Estado Libre, Soberano, e Independiente».⁷⁸ El 15 de junio del año siguiente, se aprobó la constitución igualitarista del *Estado de Cartagena*

⁷⁸ Tomado de Javier Ocampo López: «El proceso político, militar y social de la independencia», en *Manual de Historia de Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1982, t. II, p. 39.

de Indias, por la primera asamblea legislativa de esa provincia, de la que Pedro Romero era diputado.

Hasta el propio Antonio Nariño mencionó a este patriota, costeño o cubano, en su periódico *La Bagatela* de Bogotá, al reseñar las últimas noticias recibidas en la capital sobre lo sucedido en Cartagena. Allí el conocido revolucionario neogranadino anotó:

[...] resulta que el cuerpo de patriotas Lanceros de Getsemaní fue el que dio impulso y sostuvo la revolución para que se desconociera definitivamente la Regencia de Cádiz, proclamando una absoluta independencia [...] entre los patriotas que más se han distinguido se notan a los dos hermanos Piñeres, y *al célebre matancero*, jefe de los pardos, siempre amantes de la libertad.⁷⁹

Con posterioridad, Romero, ascendido a teniente coronel, fue encargado de la defensa en la puerta de la media luna en la amurallada Cartagena, donde resistió seis meses al sitio impuesto por las fuerzas de Pablo Morillo en 1815. La rendición de la plaza, el 6 de diciembre de ese año, lo obligó a escapar en el balandro *La Estrella*, que sesenta días después arribó al puerto haitiano de Los Cayos, refugió de patriotas neogranadinos y venezolanos.

Según algunos autores, murió a comienzos de 1816 por las penalidades de la travesía, aunque para Francisco Pividal, el antiguo artesano acompañó a Bolívar en la expedición que salió de Haití a liberar Venezuela el 31 de marzo de 1816. Acorde al desaparecido historiador cubano: «En la relación de 272 expedicionarios, figura don Pedro Romero con el grado de teniente y de nacionalidad neo-

⁷⁹ En Alfonso Múnera: *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1821)*, Bogotá, Banco de la República/El Áncora Editores, 1998. p.197.

granadina (colombiana)»,⁸⁰ lo que reafirma el misterio que envuelve el nacimiento y la muerte de este poco conocido prócer de la independencia de nuestra América

Fernández de Madrid, patriota de Colombia y Cuba

En 1830 murió en Londres el patriota neogranadino José Fernández de Madrid, comprometido con la independencia de Colombia y Cuba. Nacido en Cartagena de Indias, entonces Virreinato de Nueva Granada, estudió Humanidades y Medicina y desde muy joven ingresó en la masonería. Estuvo entre los promotores de la Junta de Gobierno que depuso al Virrey, el 20 de julio de 1810, y fue designado síndico en Cartagena, donde participó en la proclamación de la independencia (1811) y en la redacción de su constitución. Aquí escribió a favor de la emancipación y dio a conocer algunas de sus más célebres poesías: «A los Libertadores de Venezuela en 1812», «A la muerte del coronel Atanasio Girardot», «Canción Nacional», «Himno a Bolívar» y «Mi bandera».

Desde 1812 representó a Cartagena en el congreso de las Provincias Unidas del Nuevo Reino de Granada, donde trató de conciliar a federalistas y centralistas. Integró el Triunvirato de gobierno en 1814 y dos años después sustituyó a Camilo Torres en la presidencia de Nueva Granada. Enfrentó la arrolladora ofensiva del general español Pablo Morillo, que lo obligó a dejar Bogotá. Derrotado en Cuchilla del Tambo, Fernández Madrid en unión de otros patriotas, pretendió cruzar la cordillera Oriental. Intercep-

⁸⁰ Francisco Pividal «Las luchas independentistas: un ejemplo de solidaridad entre Cuba y Colombia», en *Cuba-Colombia, una historia común*, loc. cit., p.44.

tado cuando se dirigía al territorio de los pueblos andaqués, cayó prisionero de los realistas.

Condenado a prisión fue deportado a España, pero en la escala del puerto de La Habana se declaró enfermo y pudo permanecer en la isla, gracias a la protección de destacadas figuras de Cuba, donde ejerció la medicina y el periodismo. Durante casi una década vivió en la Mayor de las Antillas, dedicado a la atención de los pobres y los esclavos africanos, experiencia que volcó en sus artículos científicos: «Memoria sobre la disentería en general y en particular sobre la disentería de los barracones» (1817), «La fiebre amarilla o el vómito preto» (1821) y «Memoria sobre el influjo de los climas cálidos y principalmente del de La Habana, en la estación del calor» (1824), que fueron el aval para su ingreso como socio de mérito en la Real Sociedad Económica de Amigos del País. También aquí continuó su labor como poeta y dramaturgo, con sobresalientes obras consideradas expresiones tempranas del romanticismo.

Además de su relevante labor científica y literaria, en Cuba conspiró contra el colonialismo español con atrevidas campañas de prensa en dos de los periódicos más importantes que circularon en La Habana, durante el trienio liberal (1820-1823). En uno de ellos propuso una confederación patriótica entre España e hispanoamericana bajo principios Repúblicanos. Desengañado del liberalismo español, promovió el separatismo en las primeras sociedades secretas habaneras, cuyas reuniones se efectuaban en su propia residencia, y al parecer se involucró en la conspiración independentista de los Soles y Rayos de Bolívar. Después del fracaso de la conspiración separatista en 1823, Fernández Madrid pudo permanecer en la isla hasta junio de 1825, cuando regresó a Colombia.

Establecido en Cartagena con su esposa y los tres hijos nacidos en Cuba, Simón Bolívar lo nombró en 1826 su representante en Francia y luego en Inglaterra. Aquejado

por graves problemas de salud y abatido por la inesperada muerte de sus dos pequeñas hijas, Fernández Madrid falleció en Londres, el 28 de junio de 1830, a los 41 años de edad, poco después de reunirse con su amigo el filósofo y educador cubano José de la Luz y Caballero. En su natal Cartagena una estatua suya se levanta en una concurrida plaza que lleva su nombre y en La Habana el Archivo Nacional editó en su memoria el libro *José Fernández de Madrid y su obra en Cuba* (1962).

La olvidada expedición a Panamá de 1814

En noviembre de 2021 se conmemoró el bicentenario de la independencia de Panamá y su incorporación a la Colombia de Simón Bolívar. La expedición libertadora enviada a principios de 1814 por la república de Cartagena de Indias constituye el preludio de su emancipación de España. Olvidada por la historiografía tradicional, este episodio es el eje de la documentada investigación del joven historiador chileno Daniel Báez Trujillo para su magíster por la Universidad de Los Lagos.

Esta desdeñada invasión patriota fue organizada en Cartagena, principal puerto y bastión militar de Nueva Granada, que desde el 11 de noviembre de 1811 era independiente, tanto de España como de Bogotá, gracias al accionar de las milicias de pardos y morenos, a lo que ya nos referimos. El 15 de junio de 1812 el congreso de Cartagena había aprobado una constitución igualitarista, cónclave descrito por el irritado arzobispo neogranadino Custodio Díaz, desde su refugio en La Habana, donde «todos se hallan mezclados los blancos con los pardos, para alucinar con esta medida de igualdad, una parte del pueblo».⁸¹ Al

⁸¹ Citado por Múnera, op. cit., p. 184.

año siguiente, el propio foro dispuso la confiscación y reparto de todos «los bienes que correspondieran a los enemigos de la libertad americana».⁸²

Fue precisamente en el Estado Libre de Cartagena de Indias donde encontraron refugio muchos patriotas hispanoamericanos y un enjambre de piratas de Haití, Francia, Inglaterra, Estados Unidos y otros países, que obtuvieron patentes de corso de esta república neogranadina, que también proporcionó a Bolívar recursos y hombres para emprender en 1813 su exitosa «campana admirable» sobre Venezuela. Esa atrevida postura atrajo a cientos de aventureros y revolucionarios de diferentes latitudes, en especial muchos franceses, impregnados del espíritu de la revolución de 1789.

Algunos eran experimentados oficiales napoleónicos llamados por Francisco de Miranda para apoyar la I República de Venezuela (1811-1812), a quienes inculcó su ideario independentista y de unidad hispanoamericana, o colombiana al decir del propio *Precursor*, lo que fue una de las motivaciones del audaz plan para atacar Portobelo. Uno de esos franceses era el oficial de infantería Joseph Du Cayla, que en un almuerzo con Miranda había afirmado: «Daremos nuestra sangre por la libertad de Colombia y haremos por Miranda, lo que hicieron La Fayette y Rochambeau por George Washington», que cita Báez Trujillo para fundamentar su tesis, titulada *Expedición secreta a Panamá. ¿Un intento de ejecución del proyecto mirandino de emancipación de Hispanoamérica? Encabezado por el Comandante Benoit Chassériau en enero de 1814.*

Este otro oficial era veterano de las campañas napoleónicas en Egipto y Haití, donde abandonó al ejército, pasando después de Jamaica a Venezuela. Tras la capitula-

⁸² En José Manuel Restrepo: *Historia de la Revolución de la República de Colombia en la América Meridional*, Bogotá, Banco de la República, 1942, t. II, p. 69.

ción de Miranda en San Mateo, en julio de 1812, Chassériau encontró refugio en Cartagena. Bajo el mando de su compatriota Pierre Labatut, combatió a la vecina provincia realista de Santa Marta, sostenida con suministros desde Santiago de Cuba y Portobelo. Para cortar la amenaza potencial del cercano puerto panameño, Chassériau concibió una expedición militar con el concurso del ministro de guerra de Cartagena, el francés Pierre Antoine Leleux, antiguo secretario personal de Miranda, con la autorización del presidente Manuel Rodríguez Torices.

La expedición comandada por Chassériau la integraron más de cuatrocientos hombres de diferentes orígenes, muchos de ellos haitianos y franceses, junto con unos pocos hispanoamericanos. Embarcados en seis goletas y un bergantín, en su mayoría proporcionados con su tripulación por los hermanos Laffite desde la Barataria, especie de base pirata cerca de Nueva Orleans, salieron de Cartagena el 2 de enero de 1814. Al frente de la flotilla corsaria figuraba Renato Beluche, exoficial de Napoleón, quien una década después sería designado por Bolívar para dirigir la escuadra colombiana encargada de liberar a Cuba y Puerto Rico.

Sólo una parte de la flota con bandera de Cartagena pudo desembarcar el 14 de enero en la ensenada de Buenaventura, cerca de la bahía de Portobelo, donde los realistas, alertados por sus espías en la costa neogranadina, los esperaban parapetados en la fortaleza de San Gerónimo. Perdido el factor sorpresa, y disminuidos sensiblemente sus efectivos, el ataque fracasó y debieron reembarcarse el día 17. Tal como le había sucedido a Miranda en Coro, apenas ocho años antes, la invasión no logró su propósito de despertar la rebelión de los panameños contra España, que solo se produciría en 1821, aunque sin ninguna relación con la olvidada expedición del Estado Libre de Cartagena de Indias.

Inesperada aparición de Mina en Nueva España.

El 15 de abril de 1817, se produjo la llegada al Virreinato de Nueva España de la expedición independentista dirigida por el español Francisco Javier Mina, que pretendía dar reimpulsar el movimiento insurgente luego de los duros reveses sufridos por los patriotas mexicanos en los años anteriores.

A pesar del amplio apoyo popular, los patriotas habían sido batidos, a principios de 1811, por el disciplinado ejército realista que supo aprovechar no solo la desorganización enemiga, sino también las ventajas de su superior armamento, ya que las huestes de Miguel Hidalgo solo disponían de los instrumentos de trabajo, hondas y unos pocos fusiles. Algo parecido sucedió después cuando la guerra continuó bajo la dirección de su antiguo alumno, y también cura, José María Morelos, hasta que fue capturado y fusilado el 22 de diciembre de 1815. Al *Siervo de la Nación*, como se proclamó, correspondió declarar en el congreso de Chilpancingo la independencia de la *América mexicana* el 6 de noviembre de 1813 y, en Apatzingan, aprobar su primera constitución (22 de octubre de 1814).

La derrota de Hidalgo y Morelos dejó a México en una severa crisis ocasionada por la caída de la producción, las reformas fiscales de las Cortes y el enorme costo del mantenimiento de un engrosado ejército colonial, el más voluminoso de toda Hispanoamérica. Aunque la guerra había sido ganada a los insurgentes, los cuarenta mil soldados movilizados por los realistas debían soportar la estoica resistencia de las guerrillas que combatían en el sur guiadas por el sucesor de Morelos: Vicente Guerrero.

Esa era la situación cuando el 15 de abril de 1817 se presentó en la desembocadura del río Santander (Tamaulipas) el grupo de combatientes comandado por Francisco

Javier Mina, un liberal español de 29 años apodado *El Mozo*, destacado en la guerra contra los franceses y devenido después enemigo mortal del régimen absolutista de Fernando

VII. Exiliado en Francia e Inglaterra, y con cuatro años de prisión en su haber (1810-1814), Mina fue ganado para la independencia americana por otro sacerdote rebelde, fray Servando Teresa de Mier, desterrado a su vez desde 1794 por una encendida arenga iconoclasta.

Como parte de los preparativos, Mina salió de Inglaterra con sus seguidores, el 15 de mayo de 1816, en la fragata *Caledonia* rumbo a Baltimore (Estados Unidos), desde donde prosiguió a la República de Haití. Gracias al respaldo del presidente haitiano Petión, pudo reparar el *Caledonia* y partir el 24 de octubre a la isla de Galveston y Nueva Orleans, donde reclutó centenares de expedicionarios de diversos orígenes. Entre los nuevos acompañantes estaba el cubano Joaquín Infante. También obtuvo el respaldo de la flotilla del francés Luis Aury, al servicio de los insurgentes mexicanos, y dio a conocer un Manifiesto poco antes de marchar a México, en el que señalaba:

La causa de los americanos es justa, es la causa de los hombres libres, es la de los españoles no degenerados... ¡Mexicanos! Permitidme participar de vuestras gloriosas tareas, aceptad los servicios que os ofrezco a favor de vuestra sublime empresa y contadme entre vuestros compatriotas. Si sacrifico mi propia existencia, decid a vuestros hijos en recompensa: esta tierra feliz fue por dos veces inundada en sangre por españoles serviles, esclavos abyectos de un rey, pero hubo también españoles amigos de la libertad, que sacrificaron su reposo y su vida por vuestro bien.⁸³

⁸³ Tomado de Lillian Briseño Laura Solares y Laura Suárez: *Gnada-lupe Victoria. Primer presidente de México (1786-1843)*, México, Secretaría de Educación Pública, 1986, p. 36.

El virrey español Apodaca respondió en una proclama del 12 de julio que el sacrílego malvado enemigo de la religión, traidor a su patria y a su rey, solo llegaba a México, con la ayuda de extranjeros herejes, a intranquilizar una colonia casi pacificada. Tras el desembarco, Mina dejó una reducida guarnición en Soto la Marina y avanzó con sus fuerzas hacia el interior, poniendo fuera de combate a los efectivos realistas en Valle del Maíz, Peotillos y los Arrastres. Aliado a las guerrillas de Pedro Moreno, que elevaron sus fuerzas a más de mil hombres, los insurgentes se apoderaron del fuerte del Sombrero, hasta que fueron desalojados de allí el 19 de agosto.

Fracasado el asalto a Guanajuato, el luchador español tuvo que replegarse al Rancho del Venadito, donde fue sorprendido. Hecho prisionero en la madrugada del 27 de octubre de 1817, fue fusilado por la espalda al ser considerado traidor a España. Siete años después, en reconocimiento a su extraordinaria acción, el congreso constituyente de los Estados Unidos Mexicanos declaró a Mina *Benemérito de la Patria en Grado Heroico*.

La asombrosa vida del cubano Joaquín Infante

Entre los capturados junto con Mina estaba el cubano Joaquín Infante, una figura olvidada de nuestra historia. Nacido en Bayamo en 1775 y doctorado en Derecho en la Universidad de La Habana, se encontraba en España al estallar la revuelta española contra los ocupantes franceses, retornando a su patria desde Cádiz en 1810. En la capital cubana se involucró en la conspiración, dirigida por Román de la Luz y Juan Francisco Bassave, que agrupó algunos hacendados y miembros de las milicias de pardos y morenos. Al parecer, su propósito era formar una jun-

ta de gobierno defensora de los derechos de Fernando VII, semejante a las que se constituirían ese año por toda Hispanoamérica.⁸⁴ Abortado en octubre de 1810 el incipiente movimiento juntista, Infante escapó a Estados Unidos y luego a Venezuela.

En Caracas revalidó su título de abogado y apoyó a la I República. Influido por el ambiente patriótico existente aquí, publicó en la capital venezolana, a principios de 1812, su *Proyecto de Constitución para la Isla de Cuba*. De marcado acento americanista, la primera propuesta de carta magna para su tierra natal preservaba la esclavitud y la religión católica e incluía la abolición de diezmos, estancos, alcabalas, capellanías y mayorazgos, así como el reparto de tierras incultas. Entre mayo y junio de ese año, Infante fue auditor de Guerra y Marina en Puerto Cabello, por recomendación del propio Francisco de Miranda, y estuvo a las órdenes del entonces coronel Simón Bolívar. Por su implacable persecución a los realistas, a los que encarcelaba en la mayor fortaleza venezolana, fue llamado «Segundo Robespierre».⁸⁵

Perdida la plaza por una traición, tuvo que huir en un bote junto a Bolívar, aunque tras la caída de la I República en julio de 1812 fue hecho prisionero y deportado a La Habana. Arribó a Cuba en agosto de 1813, donde fue juzgado como enemigo de la Corona y partidario, según las acusaciones en su contra, de ideas «sediciosas a las que llamaba Derechos del Hombre».⁸⁶ Pese a estar encarcelado, pudo escribir en la prensa habanera sobre sus experiencias en Venezuela. No se sabe cuándo escapó a Cartagena, donde entre 1814 y 1815 ejerció su profesión y restableció sus contactos con Bolívar.

⁸⁴ Véase Sigfrido Vázquez, op. cit.

⁸⁵ Citado por Barcia, op. cit., p.80.

⁸⁶ Ibid., p. 79

Tras la reconquista de Morillo, se refugió con patriotas neogranadinos y venezolanos en varias islas del Caribe. En 1816 se encontraba en Estados Unidos, donde se enroló como auditor de Guerra en la expedición de Mina que comentamos. En abril de 1817, tras breve escala en Haití, desembarcó en México, como muestra la película de Antonio Eceiza *Mina, viento de libertad* (1977), donde Infante es representado por el desaparecido actor cubano Sergio Corrieri. Aquí se encargó de editar el *Boletín de la División Auxiliar de la República* y compuso su *Canción Patriótica*. Capturado en junio por los realistas en el fuerte de Soto La Marina, junto con el sacerdote mexicano Servando Teresa de Mier —que desde la fortaleza de La Cabaña en Cuba escapó a Estados Unidos—, sufrió prisión en San Juan de Ulúa junto a sus compañeros José Sarda, Francisco Millares y Rafael Castillo. A continuación estuvo en cárceles de La Habana, Cádiz y, por último, en Ceuta.

A partir de entonces la información sobre su extraordinaria actividad revolucionaria se hace más confusa. Liberado por la revolución de Riego (1820), publicó en Cádiz *Solución a la cuestión de derecho sobre la emancipación de América*, alegato a favor del reconocimiento de España a la independencia, reeditado en 1821 en Caracas. Durante el trienio liberal (1820-1823), Joaquín Infante intentó volver a Cuba, pero las autoridades españolas se lo impidieron, hasta que en 1825 lo hizo en forma clandestina. Algunos historiadores lo sitúan ese mismo año en Nueva Orleans y en diciembre de 1825 en Cartagena, desde donde envió una carta a Bolívar, que el *Libertador* contestó en marzo de 1826. De la etapa final desu asombrosa vida no se sabe casi nada, ni siquiera la fecha y el lugar donde murió este singular patriota de nuestra América, que mantuvo en vilo a los realistas temerosos de la presencia «de hombres como Infante en los dominios de Vuestra Majestad».⁸⁷

⁸⁷ Ibid., p. 93.

Servando Teresa de Mier, el sacerdote iconoclasta

Otro de los enrolados en la expedición de Mina fue el irreverente sacerdote dominico Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra. Fue el responsable de ganar en Londres al liberal español Mina para la causa de la independencia hispanoamericana. Cayó prisionero de los realistas en Soto la Marina el 17 de junio de 1817 y en la cárcel redactó su *Carta de despedida a los mexicanos escrita desde el Castillo de San Juan de Ulúa* (1820), en donde hizo una apasionada defensa del uso de la letra X en vez de la J, en contra de la decisión de la Real Academia de la Lengua Española. Para Mier, el nombre de su patria debía escribirse con X, pues reflejaba mejor la pronunciación nahuatl. Trasladado a la fortaleza de La Cabaña en La Habana, se fugó en forma espectacular a Estados Unidos.

Este revolucionario mexicano fue también uno de los más destacados historiadores-actores de la emancipación de España. Nacido en Monterrey en 1763, se consideraba descendiente de Cuahtémoc, y desde muy joven se hizo sacerdote. Su fama comenzó en diciembre de 1794 al pronunciar un sermón iconoclasta ante el virrey y otras autoridades civiles y eclesiásticas de Nueva España, en el que afirmó que el culto a la Virgen de Guadalupe antecedió a la conquista europea ya que existía un cristianismo autóctono entre los pueblos originarios, por lo que fue sancionado.

Obligado a radicarse en Europa estuvo primero en España y Francia y desde 1802 en Roma, aunque luego se estableció en Portugal durante cinco años. Luchó contra la ocupación napoleónica de la península ibérica, hasta que tuvo que refugiarse en Inglaterra, donde permaneció de 1811 a 1816. En Londres redactó y publicó con el seudónimo de José Guerra su *Historia de la Revolución de Nueva*

España, para dar a conocer la insurgencia mexicana al público inglés.

Al describir la sublevación del cura Hidalgo comparó la represión realista con la realizada por los conquistadores españoles contra los pueblos originarios, que había sido denunciada en el siglo XVI por otro sacerdote dominico, Bartolomé de Las Casas, en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, la que reeditó con prólogo suyo. A pesar de sus objeciones a la violencia desatada por los propios insurgentes en Nueva España, Mier anotó en uno de los primeros relatos publicados sobre esa gesta:

Hidalgo, en vez de palabras ganaba al pueblo con obras. Ninguna cosa les era mas odioso á los indios, que en Nueva España ascienden a mas de dos millones y medio, que el tributo impuesto desde su conquista, el cual [...] ha sido gravosísimo por el modo y los abusos horribles con que se ha cobrado [...]. Hidalgo publicó la libertad de tributos, y los indios corrieron de todas partes á alistarse bajo de sus banderas azules y blancas, que eran los colores distintivos de los antiguos Emperadores del Anáhuac. No puede Napoleón, sin embargo, de los aguerridos ejércitos que conduce, gloriarse de hacer mas rápidas conquistas. En menos de dos meses Hidalgo, que había comenzado con un puñado de gentes. se enseñoreó del grande y poblado reyno de los Tarascos llamado Michuacan [...].⁸⁸

Durante su estancia en Londres, el padre Mier también escribió sus *Cartas del Americano al Español* (1810-1811), donde abogó por la completa ruptura con España.

⁸⁸ Fray Servando Teresa de Mier: *Historia de la revolución de Nueva España, antiguamente llamada Anáhuac, o verdadero origen y causas de ella con la relación de sus progresos hasta el presente año de 1813*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, t. 1, pp. 299-300 y 303.

Decidido partidario del sistema Republicano, elaboró dos textos contra la adopción de la monarquía en México: su *Manifiesto apologético*, dirigido a su amigo el historiador español Juan Bautista Muñoz, y su *Memoria político-instructiva enviada desde Filadelfia en agosto de 1821 a los jefes independientes del Anáhuac, llamado por los españoles Nueva España* (1821). No regreso a su tierra natal hasta la caída del imperio de Agustín de Iturbide, tras ser elegido diputado al congreso de 1823 que estableció la república. Contrario a la adopción del sistema federal, argumentó que las trece colonias inglesas de Norteamérica «se federaron para unirse contra la opresión de Inglaterra: federarnos nosotros estando unidos es dividirnos y atraernos los males que ellos procuraron remediar con esa federación».⁸⁹

En los últimos años de su vida residió en el Palacio Nacional como huésped del primer presidente de México Guadalupe Victoria. En forma premonitoria, según cuenta uno de sus biógrafos, repartió personalmente en 1827 invitaciones a sus amigos para que asistieran a su su entierro, que ocurrió cuando contaba 64 años de edad.⁹⁰

⁸⁹ Citado por David A. Brading: *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Sep-Setentas, 1973, p. 144.

⁹⁰ Alfonso Camín: *América y sus hombres*, México, Revista «Norte», 1957, pp. 45-62.

CAPÍTULO III
La insurrección de las espigas

La gran Colombia

La creación de la República de Colombia por Simón Bolívar fue la mejor concreción de los esfuerzos unionistas de los próceres de la independencia hispanoamericana, haciendo del *Libertador* el que más lejos llegó en los planes integracionistas de lo que llamó la América Meridional, para diferenciarla de la del Norte. La primera alusión integracionista que aparece en sus papeles, corresponde a un artículo del 5 de septiembre de 1810, en el *Morning Chronicle* de Londres, aunque volvió sobre el tema en su *Manifiesto de Cartagena* de 1812 y en la conocida *Carta de Jamaica* de 1815.

En las márgenes del Orinoco, el *Libertador* proclamó, a principios de 1819, en el congreso de Angostura, la restauración de la República de Venezuela. Desde esta sólida base llanera, Bolívar emprendió la liberación de Nueva Granada, campaña donde obtendría la resonante victoria de Boyacá el 7 de agosto de 1819. Con este triunfo a cuestas, regresó a Angostura y el 17 de diciembre, fundó la República de Colombia, piedra angular de sus aspiraciones de unión hispanoamericana.

Después de victoria bolivariana de Carabobo (24 de junio de 1821), los territorios de Santo Domingo, Panamá y Quito solicitaron su inclusión en la gran Colombia, como la han llamado los historiadores para distinguirla de la actual. La incorporación de la parte oriental de la isla caribeña de La Española no llegó a materializarse debido a la lentitud de las comunicaciones de la época y sobre todo por la ocupación de ese territorio por los ejércitos haitianos.

El propio *Libertador* llegó a considerar después de la trascendental victoria de Ayacucho (9 de diciembre de 1824) la posibilidad de la fusión con el Río de la Plata. Aunque la consideró inviable, la idea le fue formulada en Potosí, en oc-

tubre de 1825, por el general rioplatense Carlos M. de Alvear a nombre del gobierno de Buenos Aires, que entonces temía una guerra con el imperio de Brasil. Según relató el propio Bolívar a Francisco de Paula Santander, en carta del 11 de noviembre de 1825, los rioplatenses le propusieron la integración en una sola nación «llevando toda ella mi nombre».⁹¹

En realidad, el *Libertador* soñaba entonces con la creación de una federación de los Andes, concebida para agrupar todas las colonias españolas liberadas por sus tropas. Como escribiera Bolívar al general Antonio Gutiérrez de la Fuente, el 12 de mayo de 1826, la integración de estas regiones era imprescindible para no ver «perderse la obra de nuestros sacrificios y de nuestra gloria». La base de esta imaginada unión andina, sería la constitución elaborada por el propio *Libertador* para Bolivia, a la que consideraba «el arca que nos ha de salvar del naufragio»:

Después de haber pensado infinito —escribió Bolívar—, hemos convenido entre las personas de mejor juicio y yo, que el único remedio que podemos aplicar a tan tremendo mal es una federación general entre Bolivia, el Perú y Colombia, más estrecha que la de los Estados Unidos, mandada por un Presidente y vicepresidente y regida por la constitución boliviana, que podrá servir para los estados en particular y para la federación en general, haciéndose aquellas variaciones del caso. La intención de este pacto es la más perfecta unidad posible bajo de una forma federal. La capital será un punto céntrico. Colombia deberá dividirse en tres estados, Cundinamarca, Venezuela y Quito; la federación llevará el nombre que se quiera; habrá una bandera, un ejército y una sola nación.⁹²

⁹¹ op. cit.

⁹² Ibid., t. II, pp. 366-367

Dos piezas claves para la materialización de ese proyecto bolivariano de unidad hispanoamericana era la liberación de las Antillas españolas, al que el *Libertador* se consagró en alianza con el gobierno mexicano de Guadalupe Victoria, y que también se frustró por la abierta oposición de Estados Unidos. Así lo informó el propio Bolívar a una delegación cubana, encabezada por José Aniceto Iznaga, que lo visitó en Caracas en 1827 en busca de su apoyo para la emancipación de la isla.

Por eso el poeta cubano José María Heredia, desterrado en México, criticó la política estadounidense en su artículo del periódico *El Iris*, el 29 de abril de 1826, titulado «Mensaje del presidente Adams a la cámara de representantes de los Estados Unidos del Norte sobre el Congreso de Panamá»,⁹³ en referencia a la postura asumida por el gobierno de los Estados Unidos, presidido entonces por John Quincy Adams, en una comunicación ante el cónclave Anfictiónico para oponerse a los planes para la independencia de Cuba de Simón Bolívar. Con razón años después exclamaría José Martí en su encendido discurso de Hardman Hall en homenaje al poeta José María Heredia:

Por su patria había querido él, y por la patria mayor de nuestra América, que las repúblicas libres echaran los brazos al único pueblo de la familia emancipada que bebaba aún los pies del dueño enfurecido: '¡Vaya, decía, la América libre a rescatar la isla que la naturaleza le puso de pórtico y guarda!'. Píafaba aún, cubierto de espuma, el continente, flamígero el ojo y palpitantes los ijares, de la carrera en que habían paseado el estandarte del sol San Martín y Bolívar: ¡entre en la mar el caballo libertador, y

⁹³ *El Iris. Periódico crítico y literario (Edición Facsimilar)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1988, t. II, pp. 129-133.

eche de Cuba, de una pechada, al déspota mal seguro! Y ya ponía Bolívar el pie en el estribo, cuando un hombre que hablaba inglés, y que venía del Norte con papeles de gobierno, le asió el caballo de la brida, y le habló así: ¡Yo soy libre, tú eres libre, pero ese pueblo que ha de ser mío, porque lo quiero para mí, no puede ser libre!⁹⁴

Exilio y muerte de Artigas

El 5 de septiembre de 1820, el perseguido general rioplatense José Artigas se refugió en Paraguay en busca de ayuda para seguir luchando por una república federal en el Río de la Plata. Después del Grito de Asencio en la Banda Oriental del Uruguay, el 28 de febrero de 1811, Artigas se había unido al levantamiento contra la dominación española. Gracias al respaldo popular y a su experiencia personal como oficial de la Corona, pronto se convirtió en el principal insurrecto oriental con su victoria de Las Piedras (18 de mayo), que le permitió dominar las zonas rurales y acorralar a los realistas en Montevideo. La invasión portuguesa a la Banda Oriental, tolerada por las autoridades porteñas en mayo de 1812, forzó a los patriotas uruguayos a replegarse, seguidos por miles de personas con todas sus pertenencias, en el denominado éxodo del pueblo oriental.

Los principales partidarios de Artigas eran los gauchos, peones y *agregados* mestizos de las estancias ganaderas e incluso sacerdotes del bajo clero, así como indígenas charrúas, chanaes y guaraníes, junto a esclavos negros. Para facilitarles tierras y otros beneficios, promulgó en 1815

⁹⁴ José Martí: *Obras Completas*, La Habana, Editorial Lex, 1953, t. I, p. 773.

su *Reglamento Provisorio*, dirigido a «que los más infelices sean los más privilegiados».⁹⁵ Pero el desconocimiento de sus representantes a la asamblea de 1813 en Buenos Aires, portadores de la propuesta del *Jefe de los Orientales*, como era llamado Artigas, de proclamar la independencia y el federalismo en el Río de la Plata, lo llevaron a romper con el gobierno porteño para tejer una alianza con las provincias, perjudicadas por el monopolio, el centralismo, los impuestos discriminatorios y privilegios de la antigua capital virreinal.

Entre 1814 y 1815, Corrientes, Entre Ríos, Misiones, Santa Fe, Córdoba y la Banda Oriental, se integraron en la Liga Federal, que reconoció a Artigas como *Jefe de los habitantes de la Costa Oriental y Protector de los Pueblos Libres*. La ocupación de Montevideo el 18 de julio de 1815 dio mayores ventajas a la Liga Federal, pues Artigas pudo establecer una unión aduanera entre las provincias aliadas, que protegía la producción autóctona y daba acceso al exterior por los puertos orientales al margen de Buenos Aires. Para neutralizarlo, el gobierno porteño le ofreció la independencia de Uruguay, oferta rechazada por el *Protector de los Pueblos Libres*, convencido de que el Río de la Plata debía ser una sola nación.

Eso explica el silencio cómplice de Buenos Aires ante la nueva invasión portuguesa a la Banda Oriental, iniciada en junio de 1816, e incluso que Buenos Aires desencadenara su propia ofensiva contra la Liga Federal, para envolver a los artiguistas en una guerra de dos frentes. Los desesperados esfuerzos de Artigas por contener la avalancha militar de Brasil fueron inútiles, sufriendo una cadena de duros reveses (India Muerta, arroyo Catalán, Arapay, Aquapy) y la pérdida de Montevideo.

⁹⁵ En Ana Frega: *Pueblos y soberanía en la revolución artiguista*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2007, p. 285.

A pesar de las crueles represalias de los invasores, los orientales prosiguieron el hostigamiento a las tropas lusitanas e incluso obtuvieron la pequeña victoria de Guirapautá chico (1819), hasta que vencidos al año siguiente en Tacuarembó debieron replegarse al litoral del Paraná o rendirse a los portugueses. A pesar de estas derrotas, el *Jefe de los Orientales* se propuso resistir en las provincias litorales del Paraná, hasta que dos caudillos aliados que acababan de vencer al ejército porteño, Francisco Ramírez y Estanislao López, lo traicionaron. Reducida la soberanía de Buenos Aires al de una provincia más, la anarquía política se impuso en el desaparecido Virreinato del Río de la Plata.

Obligado a exiliarse en Paraguay, que había proclamado en 1813 su emancipación tanto de España como de Buenos Aires, Artigas solicitó apoyo al doctor José Gaspar Francia para restablecer el federalismo. Fiel a su política de no inmiscuirse en los asuntos internos rioplatenses, al que consideraba otro país, el doctor Francia se limitó a darle protección y una *chacra*, pero no respaldo para reanudar su lucha. Al fundarse la República Oriental del Uruguay en 1828, el legendario *Jefe de los Orientales* y *Protector de los Pueblos Libre*, convertido en un modesto chacarero paraguayo, se negó a regresar a su tierra natal, para convalidar la creación de la nueva nación, y murió en Paraguay el 23 de septiembre de 1850. Por esas paradojas de la historia, hoy es venerado como el padre de la independencia uruguayaya.

Carrera, controvertido prócer chileno

Los historiadores chilenos discrepan al evaluar la actuación del libertador José Miguel Carrera, fusilado por los propios patriotas el 4 de septiembre de 1821. Hijo de un encumbrado hacendado del centro de Chile, se destacó

como oficial en la lucha contra los invasores franceses en España, donde resultó herido, y desde julio de 1811 fue la principal figura de la emancipación en la tierra austral durante la llamada Patria Vieja (1810-1814).

El 4 de septiembre de 1811 Carrera y sus hermanos Juan José y Luis, con mando de tropas en Santiago, derrocaron a la junta moderada que había sustituido un año antes al anciano capitán general. El cambio en la correlación de fuerzas fue capitalizado por el cura Joaquín Larraín, cabeza de una poderosa familia criolla. Tras el ascenso al poder de José Miguel Carrera, el 15 de noviembre de ese año, alentado por el agente de Estados Unidos Joel R. Poinsett, se dispuso la sustitución del pabellón español por una bandera tricolor y proclamada la constitución de 1812 que organizaba un estado libre. Aunque se mantenía el reconocimiento formal a Fernando VII, el primer periódico nacional *Aurora de Chile*, editado por el sacerdote Camilo Henríquez, abogaba por la independencia absoluta.

La postura más moderada volvió a cobrar fuerza desde principios de 1814 al ocupar Bernardo O'Higgins la jefatura del ejército en sustitución de Carrera, que había sufrido severos reveses militares. Tras el restablecimiento del absolutismo en España, el nuevo gobierno chileno firmó el Tratado de Lircay con los representantes españoles, al que se opuso Carrera, decidido a enfrentar el pacto. El desconocimiento del acuerdo por el virrey de Lima llevó a las dos facciones criollas a dejar sus diferencias ante la ofensiva enemiga, aunque la derrota en la batalla de Rancagua (2 de octubre) mucho tuvo que ver la desconfianza entre Carrera y O'Higgins.

Refugiados por separado en el campamento de José de San Martín en Mendoza, O'Higgins pronto se entendió con el jefe del Ejército de los Andes, mientras Carrera terminaba expulsado. Tras una obligada estadía en Buenos Ai-

res, se trasladó a Estados Unidos en noviembre de 1815, donde se entrevistó con el presidente James Madison. En territorio norteamericano consiguió armas, hombres y cinco barcos para una expedición libertadora. Al arribar de nuevo a Buenos Aires en febrero de 1817, la flotilla de Carrera fue desarticulada por el gobierno de Pueyrredón, al negarse a subordinarse a San Martín, que ya combatía en Chile.

Encarcelado, Carrera escapó dos meses después, se unió a los federalistas del Río de la Plata en su contienda contra la hegemonía porteña y dio a conocer al año siguiente su *Manifiesto a los Pueblos de Chile* contra San Martín y O'Higgins. Casi al mismo tiempo eran apresados y ejecutados en Mendoza, el 8 de abril de 1818, sus hermanos Juan José y Luis, fracasados en su intento de pasar al territorio austral para combatir al gobierno criollo. Ese trágico final fue también el de otro conspicuo patriota, Manuel Rodríguez,⁹⁶ que con sus guerrillas había sido indispensable para el exitoso cruce de los Andes por San Martín.

Detenido en el Palacio Directorial en Santiago, al pretender ocupar el poder tras el revés patriota de Cancha Rayada (19 de marzo), Rodríguez fue enviado a la prisión de Quillota (Valparaíso), ruta en la que se le aplicó la ley de fuga (Tiltil, 26 de mayo de 1818). El propio Carrera, cuando tres años más tarde trataba de llegar a Chile para desalojar a O'Higgins, cayó prisionero en Mendoza. En la misma plaza donde habían ejecutado a sus hermanos fue pasado por las armas el 4 de septiembre de 1821, no sin antes exclamar: «¡Muerdo por la libertad de América!».⁹⁷

⁹⁶ Más información en Sergio Rodríguez Gelfenstein [compilador]: *Manuel Rodríguez en tres tiempos*, Santiago de Chile, Editorial América en Movimiento, 2020.

⁹⁷ https://es.wikipedia.org/wiki/Jos%C3%A9_Miguel_Carrera.

Detrás de todos estos hechos de sangre se encontraba la Logia Lautaro, que actuaba como mando político del ejército de San Martín y cuya filosofía era la de eliminar todo obstáculo a la emancipación. O'Higgins, enemigo jurado de los carreristas y responsable directo de estas ejecuciones, ya había escrito: nada extraño lo de los Carrera; siempre han sido lo mismo, y solo variarán con la muerte; mientras no la reciban fluctuará el país en incesantes convulsiones, porque siempre es mayor el número de los malos que el de los buenos. Un ejemplar castigo y pronto es el único remedio que puede cortar tan grande mal.

Desaparezcan de entre nosotros los tres inicuos Carrera, juzgueseles y mueran, pues lo merecen más que los mayores enemigos de la América.⁹⁸

Guerra gaucha de Güemes

El 17 de junio de 1821 ocurrió la muerte de Martín Miguel de Güemes, el único general argentino caído en combate durante la guerra de independencia. Al frente de guerrillas populares o montoneras, en Salta y Jujuy, con la llamada guerra gaucha, impidió la reconquista española del antiguo Virreinato del Río de la Plata.

Desde muy joven sirvió en el ejército real en la provincia de Salta, donde había nacido en 1785. En la lucha contra las invasiones inglesas a Buenos Aires (1806-1807) dirigió una impresionante carga de caballería que permitió apoderarse del barco enemigo *Justine*, encallado en la costa fluvial. Derrotados los británicos, regresó a Salta convertido

⁹⁸ Citado por Bartolomé Mitre: *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos J. L. Rosso, 1950, t. I, pp. 599-600.

en oficial del Cuerpo de Granaderos de Santiago Liniers, surgido durante la guerra contra los ingleses.

Tras la deposición del virrey en Buenos Aires en 1810, Güemes ingresó al Ejército del Norte, creado por la Junta de Mayo para incorporar el Alto Perú a su jurisdicción. Al mando de tropas, combatió a los realistas en la Quebrada de Humahuaca (Jujuy) y en los valles de Tarija y López, destacándose en la batalla de Suipacha el 7 de noviembre de ese año. Obligado el ejército patriota a replegarse del Alto Perú, tras la derrota de Huaqui el 19 de junio de 1811, Güemes hizo con sus gauchos la famosa guerra de recursos para dejar sin abastecimientos al enemigo, que le permitió recuperar Tarija a principios del año siguiente, hasta que fue trasladado a Buenos Aires.

Reincorporado al Ejército del Norte, comandado desde enero de 1814 por el general José de San Martín, estuvo a la vanguardia con la caballería. Al igual que su prestigioso jefe, Güemes era partidario de proclamar la independencia de España, pues el timorato gobierno de Buenos Aires seguía jurando fidelidad a Fernando VII. La base de su ascendente popularidad entre los gauchos provenía de la expropiación de ganado y de liberarlos del pago de arriendos a los ricos estancieros, cuando comenzaba a ser llamado protector de los pobres.

Con ellos pudo organizar sólidas guerrillas en el valle de Lerma, en su natal Salta, integrada con esos diestros jinetes mestizos, expertos en el duro trabajo del cuidado de ganado en las llanuras, verdaderos protagonistas de la conocida guerra gaucha, que hizo la vida imposible a los realistas. Las primeras hazañas de estos aguerridos hombres casi coincidieron con la decisión de San Martín de cambiar la jefatura del Ejército del Norte por la oscura gobernación de Cuyo, en octubre de 1814.

El *Libertador* había decidido variar su estrategia, convencido que el camino altoperuano para llegar a Lima y derrotar de manera definitiva a los españoles era inviable, porque lo que se propuso usar a Chile como trampolín, tal como confesara en forma confidencial a uno de sus allegados: «La patria no hará camino por este lado del norte que no sea una guerra defensiva, y nada más; para esto bastan los valientes gauchos de Salta [...]».⁹⁹ Con esa finalidad, nombraría a Güemes, en enero de 1820, general en jefe del Ejército de Observación sobre Perú.

Como preveía San Martín, la tercera ofensiva rioplatense al Norte, iniciada en febrero de 1815 bajo la dirección del general José Rondeau, fue derrotada por los realistas el 29 de noviembre de ese año en Sipe Sipe. La retirada del Alto Perú del maltrecho ejército, dejó solo a las montoneras gauchas de Güemes, respaldadas por la población más humilde de Salta, que ese mismo año lo había elegido gobernador de la provincia, único valladar ante los colonia-listas. Incluso algunos patriotas altoperuanos, como Juana de Azurduy, tuvieron en 1818 que buscar refugio en Salta.

Además de combatir la avalancha enemiga enviada por el virrey de Lima, Güemes, que proclamó la federación en Salta, tuvo que enfrentar la hostilidad del régimen centralista de Buenos Aires, acentuada desde 1819 ante el temor que se convirtiera en otro Artigas. Poco después de ser sustituido como gobernador en 1821, Güemes fue herido por los realistas, cuando resistía la novena y última ofensiva española sobre Salta. Reunido con sus oficiales y casi moribundo, le transfirió el mando al coronel francés Jorge Enrique Vidt para que liquidara a los invasores, antes de expirar el 17 de junio en la Cañada de la Horqueta. La

⁹⁹ Citado por Bartolomé Mitre: *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, op. cit., t. I, pp. 234.

guerra guacha fue decisiva no solo para consolidar la independencia del Río de la Plata, sino también para asegurar la retaguardia del ejército de San Martín, posibilitando la emancipación de Chile y el inicio de la liberación de Perú.

Muerte de Christophe

Henri Christophe, el valeroso líder negro que contribuyó de manera decisiva al fin de la esclavitud y a la independencia de Haití, se quitó la vida, con un disparo en el corazón, en el Palacio de Sans Souci el 8 de octubre de 1820. Junto con él se derrumbó el estado monárquico que había fundado y gobernado durante más de una década como magistralmente describe Alejo Carpentier en su conocida novela *El reino de este mundo* (1940).

Christophe había llegado como esclavo doméstico a Saint Domingue desde San Cristóbal, isleta caribeña donde nació en 1767. Conseguida su libertad, participó casi niño en la guerra de independencia de las trece colonias inglesas de Norteamérica en las tropas de pardos y morenos al servicio de Francia. En 1791 apoyó la rebelión en Saint Domingue de la *gente de color*, como se llamaba a los mulatos y negros libres, que exigían la igualdad proclamada por la Revolución Francesa, y llegó a combatir junto a trescientos negros cimarrones, apodados «los suizos» para burlarse de la guardia real de Luis XVI.

En agosto de ese año, Christophe se sumó a la sublevación de los esclavos en el norte de Saint Domingue y después se puso al servicio de Madrid contra los franceses, en las denominadas *Tropas Auxiliares Negras* del ejército español. Cuando Francia abolió la esclavitud (1794), Christophe, como Toussaint Louverture y Jean Jacques Dessalines, dejó la colaboración con España y respaldó a la república

francesa. Sobresalió como jefe militar en la lucha contra los ocupantes españoles e ingleses, que fueron expulsados de Saint Domingue, y luego en la posterior contienda intestina contra las tropas de los propietarios mulatos.

Al desembarcar en enero de 1802 el ejército del general Leclerc, encargado por Napoleón de recuperar la colonia y restablecer la esclavitud, el general Christophe defendió la ciudad de el Cap, la que incendió antes de abandonarla, aunque debió aceptar la tregua pactada por Louverture, que duró de mayo a octubre de ese año. Reiniciada la lucha, Christophe se unió con sus hombres a la sublevación generalizada por todo Saint Domingue que conduciría a la derrota del colonialismo francés y la proclamación de la independencia de Haití (1804).

Tras el asesinato de Dessalines en 1806, Christophe lo sustituyó, en medio de las luchas por el poder entre la vieja élite mulata y la emergente de los generales negros. Al año siguiente, la región meridional de Haití quedó bajo el dominio de los primeros, que eligieron a Petion como presidente, mientras el área septentrional, a la que se unió el nordeste y el Artibonite, se mantuvo bajo la conducción de Christophe. Siguiendo a Dessalines, que en desafío a Napoleón se había proclamado emperador, restableció la monarquía y se coronó como Henri I (1811).

Durante su gobierno, Christophe repartió a sus oficiales, acorde a su grado militar, los cañaverales, molinos de azúcar y cafetales del antiguo centro de la riqueza de Saint Domingue. Para impulsar la recuperación de las exportaciones implantó en 1812 un severo código que obligaba a trabajar en las plantaciones, bajo disciplina militar, a los antiguos esclavos. Con los recursos obtenidos con la reanimación de la economía, muy superiores a los que entonces conseguía el Sur, Henri I pudo terminar la monumental fortaleza de la Citadelle Laferrière, concebida para

enfrentar una nueva invasión francesa, y construyó para el gobierno el lujoso Palacio de Sans Souci. Al mismo tiempo, sus generales, ahora con títulos nobiliarios otorgados por el propio Henri I, levantaban mansiones como el palacete «de las 365 puertas» de Petit-Riviere en el Artibonite.

Pero el rígido sistema implantado por Christophe no pudo resistir el desplome de las exportaciones de azúcar y el creciente descontento de los explotados trabajadores rurales sometidos otra vez al brutal trabajo en los cañaverales, por lo que muchos huían a la república sureña, atraídos por la política igualitarista del presidente Petion. Para atajar el descabro, el monarca repartió tierras a los peones, lo que le enajenó el apoyo de la nobleza negra que había fomentado. Durante el caluroso verano de 1820 por todas partes estallaron sublevaciones y Henri I quedó parálítico de una repentina apoplejía, mientras su reino se desmoronaba como un castillo de naipes.

La espuria deuda haitiana

Solo dos países latinoamericanos nacieron a la vida independiente sin deudas: Paraguay y Haití. Curiosamente las dos únicas naciones del continente que la emancipación política estuvo acompañada de profundas transformaciones sociales y económicas. El Paraguay se hipotecó como resultado de la desastrosa Guerra de la Triple Alianza (1864-1870) que contamos más adelante, mientras la deuda de Haití, contraída en 1825 por el gobierno de Jean Pierre Boyer, fue también resultado de la imposición externa.

Este presidente haitiano, hijo de un rico colono francés y de una esclava africana traída del Congo, participó

junto a otros plantadores mulatos en la revolución que estremeció Saint Domingue a fines del siglo XVIII. Tras la victoria sobre Inglaterra y España, potencias enemigas de la República francesa, estalló en 1799, como ya se ha dicho, las luchas entre los antiguos esclavos y los mulatos, lo que obligó a los principales jefes derrotados, entre ellos los jefes pardos Rigaud, Petion y el propio Boyer, a exiliarse en Francia (1800).

Todos regresaron a Saint Domingue a principios de 1802 en las filas del ejército de Leclerc, enviado por Napoleón para recuperar el control de su importante posesión americana. La llegada de los principales líderes mulatos puso de su lado todo el Sur, opuesto a Toussaint Louverture, que era hasta entonces el gobernador de la isla. Sin embargo, la política recolonialista propició la reconciliación de los dos bandos criollos y su alianza para expulsar a los franceses y alcanzar la independencia en 1804. En octubre de 1806, tras el asesinato de Dessalines, primer gobernante haitiano, la nueva nación se dividió como se ha dicho en dos estados, uno monárquico al Norte, encabezado por el general negro Henri Christophe, y otro Republicano al Sur liderado por el mulato Petion.

Al morir este mandatario en 1818, Boyer fue elegido presidente y dos años después, tras el suicidio de Christophe, ocupó el territorio septentrional. En 1820, su fortalecido ejército ocupó manu militari la parte hispana para volver a hacer efectiva la unidad de la isla proclamada por Louverture en 1801, basada en el Tratado de Basilea (1795). Durante las siguientes dos décadas, hasta 1844, la República de Haití comprendió a toda La Española. El poeta e historiador cubano José María Heredia, en su *Historia Universal*, la primera de un autor hispanoamericano, escribió: «Esta república africana ofrece el singular espectáculo de

una paz profunda, entre las convulsiones que desgarran a los nuevos estados del continente americano». ¹⁰⁰

El gobierno de Boyer se distinguió por extender al Este las leyes haitianas, entre ellas la abolición de la esclavitud, el reparto de tierras entre los desposeídos y la expropiación de bienes de la Iglesia. También en su política revolucionaria adoptó disposiciones contra los privilegios de los ricos hateros y la ganadería extensiva. A esta época también corresponde el apoyo de Boyer a la independencia de Cuba en alianza con México: en 1829 recibió a un enviado oficial del presidente Vicente Guerrero, comprometido con los proyectos de la Gran Legión del Águila Negra.

Con la finalidad de quebrar el aislamiento de Haití por las grandes potencias esclavistas y permitir la recuperación económica, Boyer cayó en la trampa de aceptar una deuda por «daños y perjuicios» a Francia, que amenazaba con invadir la isla, de ciento cincuenta millones de francos. El fatal acuerdo, alcanzado el 17 de abril de 1825 con el monarca Carlos X, evitó una nueva intervención militar colonialista y permitió cierto reconocimiento internacional, pero sometió al país a una erogación insostenible. Apremiado por la necesidad de recursos para pagar la cuantiosa indemnización impuesta por Francia, Boyer estableció entonces un severo régimen de trabajo para recuperar las abandonadas plantaciones, así como penosas cargas tributarias a toda la población, que no pudo aliviar ni siquiera cuando en 1838 se logró la reducción de la deuda a sesenta millones de francos.

La brutal depresión nacional, junto al rígido centralismo impuesto por Boyer para combatirla, avivaron las luchas

¹⁰⁰ José María Heredia: *Lecciones de Historia Universal*, Toluca, Imprenta del Estado, 1832, t. 4, pp 167, en alusión a la anarquía prevaleciente en las naciones hispanoamericanas después de la independencia.

intestinas y las viejas rivalidades de las elites, lo que terminó por fomentar protestas y rebeliones. El 13 de marzo de 1843 finamente estalló una sublevación generalizada que expulsó al presidente Jean Pierre Boyer. Al año siguiente se constituyó la República Dominicana en la parte oriental, mientras la República de Haití quedó postrada ante una deuda impagable que ha marcado desde entonces el trágico destino de la primera nación independiente de nuestra América.

Repercusión de la revolución de Riego

El 1 de enero de 1820, en Cabezas de San Juan (Cádiz), España, el teniente coronel Rafael de Riego se sublevó con sus tropas y proclamó el restablecimiento de la constitución liberal de 1812. El levantamiento militar tuvo como centro a las fuerzas realistas que debían embarcarse a Hispanoamérica para intentar aplastar el renacido movimiento independentista. En ese momento ya Simón Bolívar había proclamado en Angostura la República de Colombia, tras apoderarse del centro y la capital de Nueva Granada con su espectacular victoria en la batalla de Boyacá (1819); mientras José de San Martín, tras vencer en Chacabuco (1817) y Maipú (1818), había emancipado Chile y culminaba los preparativos de su expedición para liberar al Perú, la que saldría de Valparaíso precisamente en 1820.

El triunfo de la revolución de Riego abrió en España el llamado trienio liberal (1820-1823), que obligó a Fernando VII a aceptar la constitución de 1812 y la reunión de las Cortes —reabiertas en Madrid desde el 9 de julio de 1820—, que comenzaron a aprobar leyes anticlericales y antifeudales. Ello creó una situación muy favorable para el avance de los independentistas en los territorios

hispanoamericanos al dividirse las fuerzas españolas, tanto en Europa como en América, en liberales y absolutistas.

Los singulares acontecimientos metropolitanos provocaron una profunda grieta en las coaliciones realistas de criollos y peninsulares existentes en los baluartes de los virreinos de Nueva España y Perú, lo que restringió aún más las capacidades hispanas para contrarrestar el movimiento emancipador en sus colonias. Incluso, el gobierno metropolitano se vio obligado a dar instrucciones a los virreyes para negociar la paz y cierta autonomía con los criollos, a cambio del reconocimiento de su soberanía en América. Ese fue el ambiente que rodeó, entre 1820 y 1821, las entrevistas del general Juan O'Donojú en México con Agustín de Iturbide y la del virrey del Perú, José de La Serna, con San Martín. Ante la manifiesta debilidad metropolitana, los virreinos de Perú y Nueva España alcanzaron sus respectivas independencias en el lapso de tres meses, en julio y septiembre de 1821.

En Perú, México y Centroamérica, la emancipación fue acelerada por las peligrosas perspectivas que se abrieron para las élites criollas conservadoras con los triunfos liberales de la península ibérica y las disposiciones anti feudales y anticlericales que siguieron al restablecimiento de la constitución de 1812. Con razón el historiador francés Francois-Xavier Guerra escribió: «Las regiones leales — Nueva España, América Central, Perú— evolucionan siguiendo los diversos episodios del liberalismo español».¹⁰¹

En México, por ejemplo, la reimplantación en la metrópoli de la constitución liberal de 1812 y las Cortes hicieron reaccionar en forma airada al alto clero novohispano y a los terratenientes señoriales criollos, curtidos en la represión a los insurgentes mexicanos. Puestos de acuerdo,

¹⁰¹ Francois-Xavier Guerra, *op.cit.*, p. 48.

fraguaron la ruptura con España para evitar la extensión a México de las leyes antifeudales y anticlericales y ofrecer refugio al propio Fernando VII. La puesta en vigor en Nueva España de la constitución gaditana, el 31 de mayo de 1820, y la publicación en México, en enero del siguiente año, de los decretos anti eclesiásticos de las Cortes españolas, fueron decisivos en la preparación de los planes contrarrevolucionarios de la alianza conservadora.

La difícil coyuntura por la que atravesaba España durante estos años convulsos del trienio liberal, explica también que disminuyera al mínimo desde 1820 la llegada de nuevas tropas a América. La última expedición española de cierta relevancia fue la despachada a Lima en mayo de 1819 y no hubo más posibilidad de reanudarlas hasta después de 1823, tras el restablecimiento del absolutismo de Fernando VII por los denominados *cien mil hijos de San Luís*, cuando ya era demasiado tarde para influir en forma decisiva en el curso de los acontecimientos americanos.

A esa altura, México y Centroamérica habían proclamado la independencia —incluso Iturbide ya había abdicado—, San Martín decretado en Lima la emancipación del Perú, mientras Bolívar, que liberado todo el arco norandino y consolidado la República de Colombia, impulsado por los triunfos patriotas de Carabobo (1821) y Pichincha (1822), marchaba hacia tierra peruana para culminar la liberación continental.

El año en que todo cambió

1821 fue un año preñado de acontecimientos que dieron un giro radical a la historia de América Latina, cuando ya Paraguay (1813), el Río de la Plata (1816) y Chile (1818) habían conseguido sus respectivas independencias. Como

acabamos de comentar, en Perú, baluarte del colonialismo español, 1821 comenzó con la deposición del virrey Jacobo de la Pezuela por la alta oficialidad de su ejército, que lo sustituyó el 29 de enero por el general José de la Serna. Cinco meses después el flamante virrey se entrevistó en Punchauca con el general José de San Martín, al frente del *Ejército Libertador del Perú*, que desde fines del año anterior ocupaba la costa septentrional, incluyendo la rica ciudad de Trujillo.

Tras el fracaso de esa reunión, donde se valoró el establecimiento de una monarquía independiente en Perú —el trono se ofrecía a los Borbones—, con el consentimiento de los españoles, las tropas realistas se retiraron de Lima el 6 de julio de ese año hacia la fortaleza Real Felipe de El Callao y el Cuzco. Ocupada la capital peruana por los patriotas, San Martín proclamó la independencia en ceremonia pública y solemne, ante la presencia del claustro de la Universidad de San Marcos de Lima, las corporaciones religiosas, jefes militares, los oidores y representantes de los pueblos originarios.

Unos días después, el 6 de agosto, el propio San Martín asumió el gobierno como *Protector de la Libertad del Perú* y luego envió una delegación a Europa en busca de un monarca para el extinto Virreinato de Nueva Castilla, que incluía «una regencia para el gobierno independiente de Perú hasta la llegada de un príncipe español».¹⁰² Con esa finalidad, escribió en 1822 a O'Higgins para sumarlo Chile a este proyectado gran reino sudamericano: «mis miras serán de la aprobación de usted, convencido de la imposibilidad de erigir estos países en repúblicas».¹⁰³

¹⁰² De la carta del virrey Pezuela al embajador español en Brasil citada por Indalecio Liévano Aguirre: *Bolívar*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2005, p. 240.

¹⁰³ Bartolomé Mitre: *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, op. cit., t. II, p. p. 218.

Casi al mismo tiempo, en Nueva España, luego de la proclamación del Plan de Iguala, Juan O'Donojú, recién llegado de España con poderes equivalentes a virrey, y Agustín de Iturbide firmaban el Tratado de Córdoba (24 de agosto), que establecía: «Esta América se reconocerá por nación soberana e independiente y se llamará en lo sucesivo *Imperio Mejicano*». ¹⁰⁴A continuación, las fuerzas realistas de la capital virreinal, encabezadas por el mariscal español Francisco Novella, que habían depuesto hacia dos meses al virrey Apodaca, se rindieron el 13 de septiembre al *Ejército Trigarante*.

Dos días después, el capitán general de Guatemala, Gabino Gáinza, ante las noticias de estos acontecimientos y bajo la presión de manifestantes callejeros, organizados por los criollos José Francisco Barrundía y Pedro Molina, promulgó también la separación de España, en una declaración redactada por el hondureño José Cecilio del Valle. El propio Gáinza quedaba por el momento encargado del poder ejecutivo como *Jefe Político Supremo de las Provincias del Centro de América*, esto es, Chiapas —que ya había proclamado su propia emancipación—, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, lo que casi coincidió con la proclamación por Iturbide del *Acta de independencia* del Imperio Mexicano (28 de septiembre).

El 28 de enero de ese turbulento año de 1821, los habitantes de Maracaibo se levantaron en armas para incorporarse a la República de Colombia, lo que de hecho puso fin al armisticio pactado con España a fines del año anterior. Reanudada la contienda, el ejército de Simón Bolívar derrotó el 24 de junio a los realistas guiados por el marqués de La Torre —sustituto del mariscal Morillo, de

¹⁰⁴ «Tratados de Córdoba», 24 de agosto de 1821, en *La independencia de México. Textos de su Historia*, loc. cit., t. II, p. 234

regreso a España— en la batalla de la sabana de Carabobo, que permitió al *Libertador* entrar triunfante en Caracas cuatro días después. El 19 de agosto su lugarteniente, el general Antonio José de Sucre, procedente de Guayaquil, venció a los realistas en Yaguachi, interpuestos en su camino para liberar Quito, territorio considerado por la constitución de Cúcuta, aprobada el día 30 de ese mismo mes, junto con Venezuela y Nueva Granada, parte de Colombia.

El 24 de noviembre de 1821, el ayuntamiento de la ciudad de Panamá, encabezado por el gobernador criollo coronel José Fábrega, proclamó también la independencia y solicitó su incorporación a Colombia, después de la partida hacia Quito del capitán general español Juan de la Cruz, acompañado de numerosas tropas realistas. Una petición similar formuló una semana después, para cerrar con broche de oro el decisivo 1821, un grupo de criollos dominicanos, liderados por el segundo gobernador de la colonia, José Núñez de Cáceres y el coronel de las milicias Pablo Ali, tras proclamar el *Estado Independiente de la Parte Española de Haití*.

Pablo Ali y la efímera independencia dominicana

Como ya comentamos, el 17 de diciembre de 1819, Simón Bolívar fundó en Angostura la *gran* República de Colombia, que agrupó a los territorios de Nueva Granada, Venezuela y Quito. Pocos conocen que los habitantes de Santo Domingo, impresionados por la victoria de Bolívar en Carabobo (21 de julio en 1821), pidieron su incorporación a la Colombia bolivariana y tampoco saben del papel decisivo que correspondió a un antiguo esclavo nacido en África: Pablo Ali.

Su nombre aparece por primera vez entre los esclavos sublevados en 1791 en la colonia francesa de Saint Domingo. Como muchos de sus compañeros de infortunio, seducido por las promesas de la Corona de Madrid de reconocerles la libertad, en el verano de 1793 Ali se pasó al bando hispano en la guerra franco-española, sirviendo en las llamadas *Tropas Auxiliares Negras* a las órdenes del general Georges Biassou. En 1794, cuando la república en París abolió la esclavitud en sus colonias y varios jefes de esas fuerzas, entre ellos Louverture, Dessalines y Christophe, dejaron su alianza con la Corona española para respaldar a la Revolución Francesa, las tropas de Biassou siguieron fieles a Madrid hasta que terminó la contienda por el Tratado de Basilea de 1795. España tuvo que ceder a Francia su colonia primada de América y en un año debió evacuar a sus funcionarios y fuerzas militares hacia Cuba u otras posesiones hispanas; aunque Pablo Ali fue uno de los pocos oficiales de bajo rango de las *Tropas Auxiliares Negras* que se quedó en Santo Domingo.

La permanencia de Ali en la antigua colonia española, desde 1801 bajo la dominación de Louverture y después del ejército napoleónico, le significó grandes penurias. Por ello solicitó a las autoridades le permitieran unirse a su antiguo jefe Biassou en La Florida, donde residía con sus oficiales más allegados desde 1796. Incluso, en 1798 escribió a Carlos IV para que se le siguiera pagando su salario de capitán de las fuerzas negras auxiliares. Al estallar en 1808 la guerra contra los ocupantes franceses de Santo Domingo, en el contexto de la rebelión del pueblo español contra la invasión napoleónica, Ali se distinguió entre los seguidores del criollo Juan Sánchez Ramírez. Cuando la contienda concluyó y los franceses debieron abandonar Santo Domingo, que volvió a la soberanía española desde el 9 de agosto de 1809, la Regencia le otorgó a Ali el grado

de teniente coronel y una medalla de oro con el rostro de Fernando VII.

Entonces Pablo Ali fue nombrado al frente de uno de los principales cuerpos militares de la restablecida colonia española, el denominado «batallón de morenos libres». Pero una década después recibió un mensaje del presidente de Haití Jean Pierre Boyer, en que le pedía su apoyo para ocupar la parte española. Pablo Ali rechazó la oferta de colaboración y se unió a los criollos de habla hispana, encabezados por José Núñez de Cáceres, para declarar la independencia de España y pedir su incorporación a la República de Colombia para evitar la anunciada invasión haitiana.

El 30 de noviembre de 1821, Núñez de Cáceres acompañado por el coronel Pablo Alí, al mando del Batallón de Pardos Libres, sorprendieron a la guardia del Gobernador español y tomaron la mayor fortaleza militar y toda la capital. Pero el *Estado Independiente de la Parte Española de Haití*, como se denominó, duró pocas semanas. El enviado a Venezuela con la solicitud de anexión, José María Pineda, no tuvo tiempo de ver a Bolívar que avanzaba sobre Quito, quien solo se enteró al año siguiente, cuando escribió a Santander el 9 de febrero de 1822: «Ayer he recibido las agradables comunicaciones sobre Santo Domingo y Veraguas, del 29 y 30 del pasado. Mi opinión es que no debemos abandonar a los que nos proclaman».¹⁰⁵ El día anterior a esta misiva, el poderoso ejército haitiano, encabezado por el propio Boyer, ocupó Santo Domingo. Hasta 1844, la parte oriental de La Española formó parte de la República de Haití.

Alí no ofreció resistencia a los veinte mil hombres del ejército haitiano y durante dos décadas permaneció al ser-

¹⁰⁵ En *Obras Completas*, loc. cit., t. I, p. 627. Más detalles en Emilio Rodríguez Demorizi: *Santo Domingo y la Gran Colombia. Bolívar y Núñez de Cáceres*, Santo Domingo, Editora del Caribe, 1971.

vicio de las nuevas autoridades. En 1843, cuando estalló en Haití la revuelta contra Boyer, el antiguo esclavo volvió a tener un papel protagónico. El derrocamiento del presidente haitiano se supo en Santo Domingo el 24 de marzo de ese año. De inmediato, Juan Pablo Duarte y los demás miembros de la sociedad patriótica *La Trinitaria*, que propugnaba la independencia de la parte oriental, lograron que Pablo Alí con sus tropas se sublevara, obligando a capitular al gobernador haitiano. La Junta que tomó el poder nombró a Ali comandante de armas del departamento de Santo Domingo. En ese cargo murió el 14 de febrero de 1844, trece días antes de la fundación oficial de la República Dominicana.

Abrazo de Acatempan

Hace poco más de dos siglos se produjo el histórico abrazo de Acatempan, entre el legendario jefe independentista mexicano Vicente Guerrero y el general realista novohispano Agustín de Iturbide, futuro emperador de México. En ese momento, la lucha emancipadora en el Virreinato de Nueva España, el más rico de Hispanoamérica, estaba estancada, después de las ejecuciones de Miguel Hidalgo y José María Morelos, así como del fracaso de la expedición libertadora del español Francisco Javier Mina (abril-noviembre de 1817).

La puesta en vigor en México, en mayo de 1820, de la constitución liberal de Cádiz, unido a la reapertura en Madrid de las Cortes en julio de ese mismo año, provocó la reacción airada del alto clero novohispano y los terratenientes señoriales criollos, comprometidos en la represión a los insurgentes. La publicación en el Virreinato, en enero de 1821, de decretos anticlericales y antif feudales de las propias Cortes, activaron planes contrarrevolucionarios para

evitar su aplicación y ofrecer refugio en Nueva España a Fernando VII, maniatado por los liberales metropolitanos. No en balde, el general español José Dávila, gobernador de Veracruz, advirtió a Madrid: «Señores, Vds. me han obligado a proclamar la Constitución; esperen ahora la independencia, que es lo que va a ser el resultado de todo esto».¹⁰⁶

La ruptura con la España liberal permitía, como efecto colateral, alejar la posibilidad de una intervención militar foránea en México, al estilo de la conducida por el general San Martín al Perú o la que había llevado al propio suelo novohispano al revolucionario español Mina. Uno de los artífices principales del proyecto conservador concebido en La Profesa, enfilado contra el régimen constitucional, en el que estaban confabulados el propio virrey y hasta el antiguo inquisidor de la iglesia en Nueva España, Matías Montea-gudo, fue el coronel Iturbide. Este alto oficial michoacano, había escalado posiciones en el ejército realista gracias a sus crueles métodos punitivos contra los insurgentes.

Nombrado en noviembre de 1820 al frente del ejército destinado al sur, constituido en forma predominante por criollos, sufrió varios reveses frente a los patriotas. En un golpe maestro, que lo distanció de los conspiradores de La Profesa, buscó la alianza con sus enemigos, lo que le daría la base popular de que carecía. Para conseguirlo, envió una carta conciliatoria a Guerrero y el 10 de febrero de 1821 se entrevistó en secreto en Acatempan con el principal jefe rebelde.

A facilitar el entendimiento entre fuerzas que hasta entonces se combatían a muerte, contribuyó el visible retroceso de la guerra independentista mexicana y el virtual abandono por los insurgentes del programa revolucionario

¹⁰⁶ Citado por Juan Marchena Fernández: «La expresión de la guerra: El poder colonial. El ejército y la crisis del régimen colonial», *Historia Andina*, op. cit., t. IV, p. 113.

de Hidalgo y Morelos. Sobre esas bases se proclamó el *Plan de Iguala* (24 de febrero de 1821) o de las tres garantías. En sus treinta y tres artículos, la plataforma conservadora de Iturbide, que elogiaba los tres siglos de dominación española en México, proponía el establecimiento en la *América Septentrional* de una monarquía independiente de España —el trono se ofrecía a Fernando VII o a un príncipe Borbón—, el respeto a los bienes y privilegios de la iglesia y la garantía de la unión e igualdad entre americanos y españoles.

Además, basándose en las viejas tradiciones hispanicas, se preveía la convocatoria de unas Cortes en Nueva España y la formación de una junta de gobierno provisional, que se pondría en principio en manos del virrey Juan Ruiz de Apodaca. Aunque el *Plan de Iguala* no ocultaba su carácter contrarrevolucionario, tenía dos aspectos positivos: la extinción del sistema de castas, bastante maltrecho por las luchas insurgentes y las leyes liberales metropolitanas, y la independencia. Con este paso audaz, la aristocracia criolla arrebató la hegemonía del proceso emancipador a los sectores populares y, al mismo tiempo, desplazó del poder a la burocracia colonial y a los grandes propietarios y comerciantes monopolistas peninsulares.

Sin el apoyo de la oficialidad criolla, el gobierno virreinal solo podía contar con una parte muy minoritaria del ejército, constituida por los pocos mandos españoles leales, divididos en liberales y absolutistas tras la deposición, el 5 de julio, del propio virrey Apodaca. En estas condiciones, la capitulación definitiva de España era solo cuestión de tiempo, pues Iturbide pronto controlaría casi todo el territorio novohispano, despejando el camino para establecer la monarquía y proclamarse emperador.

Acta de independencia de México

El 28 de septiembre de 1821 Agustín de Iturbide proclamó el *Acta de la independencia de México*, tras su entrada el día anterior en la capital virreinal al frente del Ejército Trigarante, aunque, como es ya tradición, en la madrugada del 16 de septiembre, el presidente rememora en acto solemne frente al Zócalo, el grito de Miguel Hidalgo en Dolores en 1810.

En rigor, el cura rebelde fue ejecutado por los realistas al año siguiente sin haber declarado la independencia de Nueva España. No obstante, diversas alusiones y actitudes mostraban su creciente inclinación a la ruptura con la metrópoli, como la orientación dada al periódico *Despertador Americano* y sus menciones a la «nación mexicana».¹⁰⁷

Fue su exalumno y también sacerdote José María Morelos, el responsable de dar ese paso. Para ello reunió en Chilpancingo, el 14 de septiembre de 1813, al Supremo Congreso Nacional de América, ante el que presentó un programa de 23 puntos conocido como *Sentimientos de la Nación*. En ese documento revolucionario, el líder insurgente llamaba a la ruptura con España, lo que el congreso secundó con el *Acta Solemne de la Declaración de Independencia de la América Septentrional* el 6 de noviembre de ese año.

La captura y ejecución del *Siervo de la Nación*, en noviembre y diciembre de 1815, marcó el retroceso del movimiento insurgente, ahora encabezado por Vicente Guerrero, y la posibilidad de la independencia de México no reapareció hasta la crisis de la monarquía española provocada por la revolución de Riego en Cádiz en 1820. Fue un

¹⁰⁷ Citado por M. S. Alperovich: *Historia de la independencia de México (1810-1824)*, México, Grijalbo, 1967, p. 139.

encumbrado militar realista, el criollo Agustín de Iturbide, que había combatido a sangre y fuego a los insurgentes, el que aprovechó la inesperada coyuntura para proclamar la separación del Virreinato de España.

En un golpe maestro, buscó la alianza con Guerrero y los insurgentes en enero de 1821, lo que dio a su movimiento la base de masas de que carecía, lo que ya contamos, a propósito del abrazo de Acatempan. A esta histórica entrevista siguió la proclamación el 24 de febrero de ese año del *Plan de Iguala*, la deposición del virrey Apodaca (5 de julio) y la firma del tratado de Córdoba (24 de agosto) con el nuevo representante de la metrópoli Juan O'Donojú, que de hecho significaba la capitulación española.

El colofón de ese proceso, que permitió a la aristocracia criolla arrebatarse la hegemonía a los sectores populares sin aplicar el programa social de Hidalgo y Morelos, fue la entrada simbólica de Iturbide al frente del Ejército Trigarante en la ciudad de México el 27 de septiembre de 1821, que puso fin al dominio de España iniciado precisamente trescientos años antes con la toma de Tenochtitlan. Al día siguiente, sus seguidores se reunieron como Suprema Junta Provisional Gubernativa, presidida por el obispo de Puebla, que eligió una Regencia de cinco personas, encabezada por el propio Iturbide y se elaboró el *Acta de la Independencia* del Imperio Mexicano, redactada por el secretario Juan José Espinosa de los Monteros. Es significativo que entre los firmantes no estuviera ninguno de los jefes insurgentes que habían aceptado el Plan de Iguala. Dos semanas después, por un bando, se hizo circular la corta declaración, que señalaba:

La Nación Mexicana que, por trescientos años, ni ha tenido voluntad propia, ni libre uso de la voz, sale hoy de la opresión en que ha vivido [...] declara solemnemente, por

medio de la Junta Suprema del Imperio, que es Nación Soberana, e independiente de la antigua España, con quien, en lo sucesivo, no mantendrá otra unión que la de una amistad estrecha, en los términos que prescribieren los tratados; [...] con arreglo a las bases que en el Plan de Iguala y Tratado de Córdoba, estableció, sabiamente, el Primer Jefe del Ejército Imperial de las Tres Garantías; y en fin que sostendrá, a todo trance, y con sacrificio de los haberes y vidas de sus individuos, (si fuere necesario) esta solemne declaración, hecha en la capital del Imperio a 28 de septiembre del año de 1821, primero de la Independencia Mexicana.¹⁰⁸

Emancipación centroamericana

El 15 de septiembre de 1821 se declaró la independencia de la América Central, entonces Capitanía General de Guatemala, arrastrada por los vertiginosos acontecimientos de México. En febrero de ese año se había proclamado el Plan de Iguala por Agustín de Iturbide, el 5 de julio depuesto él virrey y el 24 de agosto firmado el Tratado de Córdoba, preludio de la proclamación del Imperio Mexicano.

Durante los años de la crisis española iniciada con la invasión napoleónica a la península ibérica, la aristocracia de la Capitanía General de Guatemala, mantuvo su fidelidad a las autoridades tradicionales, temiendo un levantamiento popular como el que sacudía a México desde 1810. Pero los acontecimientos que ahora tenían lugar en el Virreinato de Nueva España provocaron manifestaciones callejeras en la capital centroamericana exigiendo la independencia, alentadas por el ala liberal criolla, liderada por

¹⁰⁸ *La independencia de México. Textos de su historia*, op. cit., t. II, p. 247-248.

el cura José Matías Delgado y el teniente de milicias José Francisco Barrundia. Bajo la presión pública, el cabildo de la ciudad de Guatemala se reunió y sin alternativas aprobó, el 15 de septiembre de 1821, la separación de España.

El acta de independencia, redactada por el intelectual hondureño José Cecilio del Valle, reconocía que, «oído el clamor a viva la Independencia que repetía de continuo el pueblo que se veía reunido en las calles, Plaza, Patio, corredores y Antesala de este Palacio», se optaba por la ruptura con la metrópoli «para prevenir», según indicaba el propio documento, «las consecuencias que serían temibles en el caso de que la proclamase de hecho el mismo pueblo». ¹⁰⁹ Para acorrallar a los Republicanos de El Salvador y Honduras, se propuso la incorporación al naciente Imperio Mexicano, pues la colonia carecía de fuerzas propias para defender el orden.

Por ese motivo, el 5 de enero de 1822, el capitán general español Gabino Gainza, en su nueva condición de *Jefe Político Supremo de las Provincias del Centro de América*, aceptó el Plan de Iguala y el Tratado de Córdoba, disolvió la junta constituida en la capital en septiembre y solicitó a Iturbide la ocupación militar del istmo. Los principales núcleos elitistas de la región respaldaron el plan anexionista: consideraban al sistema monárquico la mejor garantía a sus privilegios. En Nicaragua, el propio obispo Nicolás García Jerez se había adelantado al ordenar el 13 de octubre de 1821 jurar fidelidad a Fernando VII como «Emperador americano», lo mismo que hizo un mes después el ayuntamiento de Quezaltenango.

¹⁰⁹ Tomado de Roberto Díaz Castillo: «Proclamación de la independencia de Centroamérica: necesidad de un estudio sistemático sobre la contienda ideológica de los años 1821-1823», en *Política y Sociedad*, Universidad San Carlos de Guatemala, Guatemala, 29 de noviembre de 1969, p.44.

La anexión a México, de inspiración conservadora, coincidió con las propias ambiciones de Iturbide. El gobernante mexicano comunicó a Gainza que una división del *Ejército Trigarante* marchaba hacia Centroamérica «para proteger la causa de la religión, independencia y unión» y oponerse a la «manía de innovaciones Republicanas», pues «el interés actual de México y Guatemala es tan idéntico e indivisible que no pueden erigirse naciones separadas e independientes sin aventurar su existencia y seguridad».¹¹⁰ Con la incorporación de América Central, la jurisdicción del Imperio de Iturbide se extendió desde Texas hasta la frontera de Costa Rica con Panamá.

Los proyectos anexionistas de las élites criollas de México y Guatemala, aceptadas como mal menor por los círculos peninsulares, desataron airadas protestas en toda Centroamérica —incluso Costa Rica solicitó ayuda a Simón Bolívar—, aunque la mayor resistencia se vertebró en El Salvador. Encabezados por el cura Delgado, proclamaron la independencia, tanto de España como de México. El improvisado ejército formado por el salvadoreño Manuel José Arce con los peones e indios de las haciendas, fue derrotado por las experimentadas tropas mexicanas del general italiano Vicente Filísola el 9 de febrero de 1823, victoria pírrica pues unos días después caía el efímero imperio de Iturbide. Con su característica agudeza, José Martí anotó en sus *Notas sobre Centroamérica*.

Guatemala, la residencia del Capitán General, era la más poderosa y la más rica, —y por ello provocaba la envidia y el odio. En esa situación, se proclamó la independencia, sin esa vigorosa agitación tan necesaria en las nuevas

¹¹⁰ Citado por Josefa Vega: *Agustín de Iturbide*, Madrid, Quórum, 1987, p. 65.

épocas políticas para sacudir y lanzar lejos de ellas el polvo de las épocas muertas. La Independencia, proclamada con la ayuda de las autoridades españolas, no fue más que nominal, y no conmovió a las clases populares [...] solo la forma fue alterada.¹¹¹

Bolívar y Morillo

El 27 de noviembre de 1820, se produjo en Santa Ana de Trujillo, en Venezuela, el histórico encuentro entre el capitán general español Pablo Morillo, enviado por Fernando VII a la reconquista de América en 1815, y el general Simón Bolívar, presidente de la República de Colombia, después de que ambos firmaran los tratados de *Armisticio y Regularización de la Guerra*. El *Libertador*, vestido con levita azul y gorro de campaña, montado en una mula y con una reducida escolta, se presentó ante Morillo, que lo esperaba engalanado, luciendo todas sus condecoraciones y escoltado por un regimiento de húsares. Al verlo acercarse, Morillo salió a su encuentro y los dos jefes desmontaron y se abrazaron.

El militar español organizó una comida, en la que intercambiaron varios brindis. Según el testimonio del propio Bolívar: desde Morillo abajo se han disputado todos los españoles en los obsequios con que nos han distinguido y en las protestas de amistad hacia nosotros. Un aplauso a nuestra constancia y al valor que ha singularizado a los colombianos, los vítores que han repetido al ejército libertador. El general Morillo propuso que se levantase

¹¹¹ José Martí: «Notas sobre Centroamérica», *Obras Completas*, op.cit., t. II, pp. 547.

una pirámide en el lugar donde él me recibió y nos abrazamos, que fuese un monumento para recordar el primer día de la amistad de españoles y colombianos, la cual se respetase eternamente».¹¹²

Tan impresionado quedó el jefe realista con Bolívar, que en informe reservado a su gobierno anotó: «Él, es la revolución».¹¹³ La entrevista fue la culminación de las negociaciones entre los representantes de los dos contendientes, en las que brilló el general Antonio José de Sucre. Las sesiones se desarrollaron en Trujillo, el mismo pueblo donde Bolívar diera a conocer en 1813 su decreto de guerra a muerte durante la «Campana Admirable». Los tratados entre Colombia y España fueron firmados primero por los comisionados, el de *Armisticio* el 25 de noviembre de 1820, que establecía una tregua de seis meses, y el de *Regularización de la Guerra* al día siguiente, considerado el principal antecedente del derecho humanitario actual y, según el propio Libertador, «ha sido propuesto todo por nosotros».¹¹⁴

Los acuerdos delimitaban los territorios de ambos ejércitos, acordaban el respeto a los civiles, el canje de prisioneros y se comprometían a combatir como «naciones civilizadas», dejando atrás la sangrienta guerra a muerte iniciada por los realistas, según demostrara el historiador cubano Jorge Ibarra en su libro póstumo.¹¹⁵ Aunque los representantes españoles se negaron a aceptar la independencia, en la práctica los tratados significaban no solo el

¹¹² Carta a Santander del 29 de noviembre de 1820, en Bolívar: *Obras Completas*, loc. cit, t. 1 p. 515.

¹¹³ Citado por Indalecio Liévano Aguirre, op. cit., p. 217.

¹¹⁴ Misiva a Santander del 29 de noviembre de 1820, en Bolívar: *Obras Completas*, loc. cit, t. 1 p. 515.

¹¹⁵ Véase Jorge Ibarra Cuesta: *Simón Bolívar, entre Escila y Caribis*, Santa Marta, Universidad del Magdalena, 2018.

reconocimiento de la beligerancia de los patriotas, sino también de la emergente República de Colombia, fundada en diciembre de 1819.

El ambiente propicio para estas negociaciones se había creado con el triunfo de la revolución de Rafael de Riego en España, en enero de 1820, que obligó a Fernando VII a restablecer la constitución liberal de 1812 y las Cortes en Madrid. Pero más importante había sido el sensible cambio ocurrido desde 1817 en la correlación de fuerzas entre patriotas y realistas en la América del Sur, pues el ejército de José de San Martín ya había liberado Chile y tenía en jaque a las tropas españolas en el Virreinato del Perú, mientras Bolívar emancipaba buena parte de Nueva Granada y Venezuela.

A pesar del entendimiento, la tregua duró poco tiempo. El 28 de enero de 1821 los habitantes de Maracaibo se levantaron en armas y proclamaron su incorporación a Colombia, lo que significó la anticipada ruptura del armisticio y el reinicio de las hostilidades. Las protestas de Miguel de la Torre, sustituto de Morillo, que quince días después de la entrevista con Bolívar había regresado a España, de nada sirvieron y ambos bandos acordaron el reanudar la contienda bélica el 28 de abril. Tres meses después, ante la persistente negativa metropolitana a reconocer la independencia de Colombia, el general Mariano Montilla se adueñó manu militari de toda la costa atlántica y el 5 de octubre liberó Cartagena, la misma plaza que a sangre y fuego había ocupado Morillo en 1815 y que le había valido su primer título nobiliario. Era el principio de fin del colonialismo español en América.

Protesta de Rancagua

En 1820 fue firmada el *Acta de Rancagua* por el general José de San Martín y treinta y cinco oficiales del *Ejército de los Andes*, negados a obedecer al gobierno de Buenos Aires que los conminaba a regresar al Río de la Plata para combatir a los federalistas. En este trascendental documento, que recoge la histórica desobediencia de San Martín y sus hombres, fechado el 2 de abril de ese año en la localidad chilena de Rancagua, los firmantes se declaran convencidos «de que la defensa y seguridad de la causa de América es el objeto primario de esta fuerza»,¹¹⁶ creada para culminar la liberación continental.

El Director Supremo de las *Provincias Unidas en Sudamérica*, Juan Martín de Pueyrredón —elegido en 1816 por el Congreso de Tucumán—, encaprichado en imponer el centralismo porteño a las demás provincias del antiguo Virreinato del Río de la Plata, había aprovechado la invasión portuguesa a la Banda Oriental para desatar su propia ofensiva militar contra los federalistas liderados por José Artigas, atrapados en una guerra de dos frentes. Para aplastarlos, Pueyrredón ordenó el regreso de los ejércitos de San Martín y de Manuel Belgrano, desde Chile y la frontera Norte respectivamente, con la excusa de la próxima salida de Cádiz de una gran expedición española de reconquista. Al final, el empecinamiento porteño determinó el amotinamiento y disolución de las fuerzas de Belgrano en Arequito (7 de enero de 1820), seguido poco después de la desaparición del propio gobierno rioplatense y de la proclamación del *Acta de Rancagua*.

Hay que recordar que San Martín había renunciado en 1814 a la jefatura del Ejército del Norte, que ocupaba

¹¹⁶ Norberto Galasso: *Seamos libres y lo demás no importa nada. Vida de San Martín*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2010, p. 423.

desde el año anterior, a cambio de la gobernación de Cuyo, lo que le permitió levantar al pie de la cordillera de Los Andes un ejército integrado por unos tres mil hombres, en su mayoría campesinos pobres y exesclavos liberados por sus propietarios.

Después de la derrota patriota de Sipe Sipe (1815), San Martín se convenció de la imposibilidad de avanzar hacia el Virreinato del Perú, verdadero baluarte realista en la América del Sur y amenaza permanente a la independencia americana, por el agreste territorio altooperuano (hoy Bolivia). De ahí su plan secreto: «Un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza, pasar a Chile y acabar allí con los godos, apoyando un gobierno de amigos sólidos para concluir también con la anarquía que reina; aliando las fuerzas pasaremos por el mar a tomar a Lima; ese es el camino [...] y hasta que no estemos sobre Lima la guerra no se acabará».¹¹⁷

Con esa finalidad estratégica, tras atravesar laderas escarpadas y grandes alturas, con la artillería a lomo de mula, el *Ejército de los Andes* venció a los realistas en las serranías de Chacabuco (12 de febrero de 1817), lo que le permitió liberar todo el centro Norte de Chile. El triunfo de las fuerzas patriotas de rioplatenses y chilenos se consolidó con la victoria del 5 de abril de 1818 en las llanuras de Maipú. Fue entonces que San Martín pudo consagrarse a la reorganización de sus tropas, ahora con el apoyo del nuevo gobierno austral encabezado por Bernardo O'Higgins, mientras se contrataba una flota que los llevara al litoral peruano.

Unos días antes de partir al frente del *Ejército Libertador del Perú*, nuevo nombre del *Ejército de los Andes*, San Martín circuló el 22 de julio de 1820 un mensaje a sus compatriotas desde el puerto de Valparaíso:

¹¹⁷ En Mitre: *Historia de San Martín [...]*, op. cit., t. I, p.234.

Yo os dejo con el profundo sentimiento que causa la perspectiva de vuestras desgracias; vosotros me habéis acriminado, aun de no haber contribuido a aumentarlas, porque este habría sido el resultado si yo hubiera tomado una parte activa en la guerra contra los federalistas: mi ejército era el único que conservaba su moral, y lo exponía a perderla abriendo una campaña en que el ejemplo de la licencia armase mis tropas contra el orden. En tal caso, era preciso renunciar a la empresa de liberar al Perú, y suponiendo que la suerte de las armas me hubiera sido favorable en la guerra civil, yo habría tenido que llorar la victoria con los mismos vencidos. No, el general San Martín jamás derramará la sangre de sus compatriotas, y solo desenvainará la espada contra los enemigos de la independencia de Sudamérica.¹¹⁸

Expedición de San Martín al Perú

El Ejército Unido, organizado y dirigido por el general José de San Martín, salió de Chile hacia Perú el 20 de agosto de 1820 en una flota de bandera chilena, compuesta por más de veinte naves y unos cinco mil hombres, en su mayoría rioplatenses y chilenos, así como varios cientos de marinos británicos. El 7 de septiembre desembarcó en la bahía de Paracas, cerca de Pisco, villa ocupada al día siguiente y en donde San Martín lanzó una proclama, fechada el «primer día de la libertad de Perú», que señalaba: «El tiempo de la impostura y del engaño, de la opresión y de la fuerza está ya lejos de nosotros, y solo existe la historia

¹¹⁸ Citado por Bartolomé Mitre: *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, Buenos Aires, Editorial Universitaria, 1978, t. IV, pp. 230-231.

de las calamidades pasadas. Yo vengo a acabar de poner término a esa época de dolor y humillación».¹¹⁹

El Virreinato del Perú era un baluarte del colonialismo español y clave en la represión realista en Quito, Alto Perú, Chile y el Río de la Plata. Dominado por una rancia aristocracia criolla y una anquilosada burocracia hispana, íntimamente ligadas al régimen feudal-colonial, dependía para su liberación de fuerzas externas, tras la sangrienta derrota del levantamiento indígena de Pumacahua en 1815. Para San Martín, como ya explicamos, la independencia de Chile era el trampolín para la liberación de Perú, que consolidaría la de todo el Río de la Plata.

Para legitimar la expedición, el 5 de febrero de 1819 se había rubricado un tratado entre Buenos Aires y Santiago, hecho polvo por la desintegración al año siguiente de las Provincias Unidas de Sudamérica. Como explicamos en el epígrafe anterior, de ahí la firma por San Martín y sus oficiales del Acta de Rancagua. El 2 de abril de 1820, para romper toda atadura formal con el Río de la Plata, razón por la que fuera el primer mandatario chileno Bernardo O'Higgins quien lo nombrara general en jefe de la expedición a Perú. Hay que recordar que la anarquía que envolvió al Río de la Plata desde ese año no solo impidió a San Martín seguir recibiendo recursos de Buenos Aires, sino también acabó con la posibilidad de invasión al Virreinato peruano desde el Alto Perú con el ejército del Norte de Manuel Belgrano y por los gauchos de Martín Güemes.

Para la audaz empresa libertadora era imprescindible una flota que llevara al ejército de San Martín a Perú, pues por tierra se interponía el desierto de Atacama. Los prime-

¹¹⁹ Tomado de Galasso, op. cit., p. 439.

ros barcos, adquiridos en Inglaterra y Estados Unidos o capturados a la armada española, fueron puestos al mando del coronel Manuel Blanco Encalada y después del escocés Lord Thomas Cochrane, que aportó sus propias embarcaciones. La pequeña flotilla de Blanco Encalada obligó a los buques realistas a refugiarse en El Callao y la escuadra de Cochrane llegó en septiembre de 1819 hasta Guayaquil, para luego recuperar el puerto chileno de Valdivia. La tercera expedición de Cochrane fue la que transportó al ejército de San Martín al Perú.

Después que en 1818 abortara una conspiración separatista en El Callao, San Martín se carteo con personalidades peruanas, como el marqués José de la Riva Agüero y el médico José Hipólito Unanue, para conocer mejor la situación del Virreinato. Ya en suelo peruano, concedió la libertad a varios cientos de esclavos de la localidad con la condición de que se unieran a sus fuerzas y en los primeros días de octubre despachó parte del regimiento de húsares contra las tropas realistas. En las inmediaciones de Palpa, el día 7 de octubre, se produjo el bautismo de fuego del Ejército Unido en Perú.

Consciente de sus limitadas fuerzas militares, en comparación con las realistas, así como la imposibilidad de obtener refuerzos de Chile o el Río de la Plata, la estrategia de San Martín consistía en atraer a la numerosa oficialidad criolla al servicio de España. Por eso aprovechó la favorable coyuntura creada en 1820 con el triunfo de la revolución liberal de Riego en Cádiz y el prestigio de su nombre, tras la espectacular campaña de Chile, para proponer negociaciones a las autoridades virreinales con el argumento de que «La revolución de España es de la misma naturaleza que la nuestra: ambas tienen la liber-

tad por objeto y la opresión por causa».¹²⁰ El fracaso de las conversaciones con los representantes del virrey Joaquín de la Pezuela, efectuadas en Miraflores el 26 de septiembre, le dejaron solo la alternativa militar. Iniciada la contienda, escribió a O'Higgins: «Yo me voy con pie de plomo, sin querer comprometer una acción general, pues mi plan es bloquear a Pezuela. La insurrección corre por todas partes»¹²¹.

Independencia de Guayaquil

El 9 de octubre de 1820, Guayaquil proclamó su independencia de España, aprovechando la crisis de la metrópoli, provocada por la sublevación de Riego, y los éxitos obtenidos por el ejército del general José de San Martín en la liberación del Virreinato del Perú. A solo unas semanas de pisar la antigua tierra incaica, y fracasadas las negociaciones con representantes de la Corona el 1 de octubre de ese año, el jefe del Ejército Unido decidió avanzar en la ocupación del territorio de este Virreinato.

Tras despachar un contingente a la sierra andina, San Martín, con la mayor parte de sus hombres, prosiguió por mar en la flota de Lord Cochrane hacia la costa norte del Perú, sin ocupar por ahora El Callao ni Lima. Durante la travesía, el Ejército Unido efectuó desembarcos en Ancón y Huacho, que sorprendieron a los realistas. y luego se apoderó de Huaura, a 160 km de la capital virreinal, donde estableció su campamento y proclamaría, el 27 de noviembre de ese año, la independencia peruana.

¹²⁰ Ibid., p. 439.

¹²¹ Ibid., p. 442.

Como resultado de estos éxitos, la dominación española entró en crisis en toda la rica costa septentrional, desde Chancay a Guayaquil, un territorio cubierto de plantaciones azucareras, algodoneras y cacaoteras, basadas en el trabajo de esclavos negros e indios *concertados*. En esa región, entrelazada por regulares comunicaciones marítimas, el puerto de Guayaquil, adscrito al Virreinato de Nueva Granada, aunque atado al comercio con Perú, corría el riesgo de quedar aislado al aproximarse el invicto ejército de San Martín, que con su escuadra controlaba todo movimiento por el Pacífico.

La nueva correlación de fuerzas estimuló el inesperado levantamiento de tropas realistas en Guayaquil el 9 de octubre de 1820, encabezado por oficiales criollos como el peruano Gregorio Escobedo y los venezolanos León de Febres Cordero, Luis Urdaneta y Miguel de Letamendi, estos últimos en tránsito a Panamá y pertenecientes al batallón *Numancia*, integrado por venezolanos y neogranadinos. A los militares se sumaron criollos de la localidad, que ya conspiraban contra España, como José de Villamil, José María Antepara y el poeta José Joaquín de Olmedo.

Algo parecido ocurrió poco después en el litoral norte del Perú, cuando un numeroso grupo de ricos criollos se pasó al Ejército Unido, encabezados por el propio intendente de Trujillo, marqués de Torre Tagle, tras obtener garantías de San Martín, de «respetar prerrogativas, empleos y propiedades».¹²² La actitud favorable a la independencia manifestada por los grandes terratenientes y propietarios del litoral septentrional peruano, hasta entonces aliados incondicionales de España, significó la primera fisura sensible del bloque realista en este Virreinato.

¹²² Carta de San Martín al marqués de Torre Tagle del 20 de noviembre de 1820. Citada por John Lynch: *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*, Barcelona, Editorial Ariel, 1985, p. 200.

La élite criolla consideraba ahora menos peligroso el programa de San Martín, que prometía respetar el *statu quo* social y establecer una monarquía en Perú, que el poder erosionado de la Corona española. Eso explica que Agustín Gamarra, militar realista destacado en la represión de las «republicuetas» altoperuanas, Andrés de Santa Cruz, Domingo Tristán —quien cambió dos veces de bando— y más de trescientos soldados y oficiales criollos, así como todo el batallón *Numancia*, que servían en las filas españolas, se pasaran con su armamento al ejército de San Martín.

El 8 de noviembre de 1820 el doctor Olmedo era elegido presidente por una asamblea de la denominada Provincia Libre de Guayaquil, estado independiente que declaró su disposición de «unirse a la grande asociación que le convenga de las que se han de formar en la América del Sur».¹²³ A Guayaquil pronto llegarían auxilios militares de San Martín y, algo más tarde, de Simón Bolívar (mayo de 1821), pues en ese momento el *Libertador* desarrollaba negociaciones de paz con el jefe español Morillo.

El tema de la soberanía de Guayaquil fue la manzana de la discordia entre los gobiernos de Colombia y Perú e incluso estuvo en la agenda de la reunión de sus respectivos mandatarios en esa villa portuaria el 26 y 27 de julio de 1822. En la entrevista de Guayaquil, Bolívar y San Martín aceptaron el principio del *uti possidetis juris* de 1810, esto es, que las fronteras de los nuevos estados se conformaran respetando los límites del último año de la dominación colonial. El *Libertador*, decidido partidario de la unión hispanoamericana, que consideraba a toda la región de Quito parte de Colombia, ya había advertido en enero de ese mismo año a Olmedo, el presidente separatista de Guayaquil:

¹²³ Tomado de Jorge Núñez Sánchez: *El Ecuador en la Historia*, Santo Domingo, R.D., Archivo General de la Nación, 2011, p.128

«Ud. sabe, amigo, que una ciudad con un río no pueden formar una nación».¹²⁴

Encuentro de San Martín y el virrey de Perú

El 2 de junio de 1821 se produjo la histórica entrevista entre José de San Martín, jefe del Ejército Unido, y el nuevo virrey del Perú José de La Serna. Su antecesor, el general absolutista Joaquín de la Pezuela, había sido obligado a renunciar cinco meses antes por su oficialidad, encabezada por el propio de La Serna y los generales José Canterac y Gerónimo Valdés, en el llamado motín de Aznapuquio.

La sustitución de la máxima autoridad de la Corona en este Virreinato, baluarte del colonialismo español, estaba asociada a la revolución liberal en la metrópoli, ocurrida en enero de 1820, y a los avances del ejército de San Martín, que tras pisar tierra peruana, en agosto de ese mismo año, se había apoderado con facilidad del litoral septentrional y bloqueaba al estratégico puerto de El Callao. Esta complicada situación, junto a las instrucciones de Madrid para negociar con los patriotas, tal como ya había ocurrido en noviembre de 1820 en Venezuela entre Simón Bolívar y el jefe militar español Pablo Morillo, llevaron al flamante virrey a aceptar la reunión con San Martín. Por su parte, el alto mando criollo buscaba conseguir en ese encuentro una independencia pacífica, ante la dificultad de alcanzarla por la vía militar debido a la enorme superioridad del ejército enemigo, que quintuplicaba sus efectivos.

Tras contactos preliminares entre representantes de los dos bandos en pugna, la histórica entrevista se celebró

¹²⁴ Carta a José Joaquín de Olmedo del 2 de enero de 1822, en Simón Bolívar: *Obras Completas*, op. cit., t. I, p. 612.

en la hacienda Punchauca, a unos veinte y cinco kilómetros de Lima. Al virrey lo acompañaban, el general José de la Mar y los brigadieres José de Canterac y Juan Antonio Monet; mientras el jefe del Ejército Libertador era escoltado por el general Gregorio de las Heras, Mariano Necochea y Diego Paroissien. Según testigos, San Martín abrazó a La Serna, diciéndole cordialmente: «Venga acá, mi viejo; están cumplidos mis deseos, general, porque uno y otro podemos hacer la felicidad de este país».¹²⁵ A continuación, añadió que este era «uno de los días más felices de mi vida. He venido al Perú desde las márgenes del Plata, no a derramar sangre, sino a fundar la libertad y los derechos de que la misma metrópoli ha hecho alarde al proclamar la Constitución del año 12, que V.E. y sus generales defendieron. Los liberales del mundo son hermanos en todas partes».¹²⁶

En las conversaciones, San Martín propuso otra vez, pues ya lo había hecho a fines de septiembre de 1820 a los representantes del anterior virrey Pezuela, el reconocimiento de Madrid a la emancipación de las Provincias Unidas en Sudamérica, o sea el antiguo Virreinato del Río de la Plata, más Chile y Perú, que se convertirían en un reino borbónico independiente, según una fórmula muy parecida al Plan de Iguala de Iturbide. A La Serna se le ofrecía la realeza, «hasta la llegada de un príncipe de la familia real de España que se reconocería por monarca constitucional».¹²⁷ Detrás del posible acuerdo, estaba la garantía dada por San Martín en su *Proclama* «a los limeños y habitantes de todo el Perú», circulada antes de su desembarco en Pisco:

¹²⁵ Citado por Galasso, op. cit., p. 448.

¹²⁶ Tomado de Jorge Abelardo Ramos: *Historia de la Nación Latinoamericana*, Buenos Aires, A Peña Lillo Editor, 1975, t. I, p. 197.

¹²⁷ En Galasso, op.cit., p. 449.

Yo no voy a entrar en este para destruir, el objeto de la guerra es el de conservar y facilitar el aumento de la fortuna [...]. Respeto a las personas, a las propiedades y a la santa religión católica, son los sentimientos de estos gobiernos unidos; yo os lo aseguro del modo más solemne.¹²⁸

Aunque La Serna se inclinaba a aceptar, al final se impuso el criterio de sus dos generales más influyentes, Canterac y Valdés, que vieron en esta proposición una simple maniobra dilatoria, obligando al virrey a rechazarla alegando falta de instrucciones. A pesar de que las conferencias continuaron en Miraflores y en el barco *Cleopatra*, anclado en El Callao, solo pudo acordarse un corto armisticio de veinte días. Decepcionado, San Martín ripostó a los dos oficiales realistas que le comunicaron la decisión de La Serna, que «dentro de poco tiempo no tendrán los españoles más recurso que tirarse un pistoletazo».¹²⁹

Finalizadas las negociaciones el 30 de junio de 1821, el virrey evacuó de inmediato sus fuerzas de Lima hacia el Cuzco y la fortaleza Real Felipe de El Callao, pues en la capital ya no podían sostenerse ante el apretado cerco de San Martín. Despejado el camino a la Ciudad de los Reyes, las tropas patriotas entraron el 10 de julio sin combate alguno. Dos semanas después se proclamaría solemnemente la independencia del Perú.

Proclamación de la independencia en Lima

El 28 de julio de 1821 José de San Martín declaró la independencia de Perú. El general rioplatense había

¹²⁸ José de San Martín: *Proclamas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979. pp. 7-8.

¹²⁹ Tomado de Galasso, op.cit., p. 451.

conseguido en apenas once meses, tras su desembarco en Pisco (agosto de 1820), apoderarse con su ejército, casi sin combatir, del litoral norte y el centro del territorio peruano, baluarte del colonialismo español.

Como ya vimos, el virrey José de La Serna, tras abandonar Lima se refugió en la Sierra, donde las condiciones, desde Jauja hasta el Alto Perú, eran más favorables para una resistencia prolongada. La retirada realista, que incluyó mantener la fortaleza de El Callao, posibilitó la entrada en Lima de San Martín la noche del 12 de julio, a caballo y sin escolta, antes de que se completara el ingreso de su ejército iniciado tres días antes. Para tranquilidad de la aristocracia limeña, que temía el asalto de las montoneras indígenas y criollas, San Martín ordenó a los jefes de las guerrillas, entre ellos el salteño Isidoro Villar y el *curaca* Nanivilca, que «se abstengan de entrar en ella, y alterar el orden público».¹³⁰

En la barroca sede virreinal, San Martín reunió el 15 de julio al cabildo limeño para firmar el *Acta de Independencia*. Trece días después, la declaración fue proclamada en la plaza Mayor de Lima ante miembros del ayuntamiento, del claustro de la Universidad de San Marcos, las corporaciones religiosas, jefes militares, los oidores y representantes de la nobleza indígena. Ante miles de personas, mientras se escuchaban los repiques de las campanas y salvas de artillería, San Martín enarboló la flamante bandera peruana.

A propuesta de sus oficiales, el 3 de agosto el máximo jefe patriota aceptó el poder ejecutivo como *Protector de la Libertad del Perú*, convencido de «los males que ha ocasionado la convocatoria intempestiva de congresos, cuando aún subsistían los enemigos».¹³¹ Inclinado a establecer la monarquía en Perú, San Martín enviaría después una delegación al Viejo

¹³⁰ Citado por Gustavo Vergara Arias: *Montoneras y guerrillas. En la etapa de la emancipación del Perú*, Lima, Editorial Monterrico, 1980, p. 88.

¹³¹ Tomado de Galasso, op. cit., p. 460.

Continente para ofrecer el trono a un príncipe europeo. Con ello pretendía ganarse el apoyo de la rancia aristocracia peruana y evitar un enfrentamiento armado con los realistas, que quintuplicaban sus efectivos militares.

El proyecto monárquico de San Martín para Perú no solo estaba en concordancia con las tendencias prevalentes en el Río de la Plata, sino también con los consejos de su ministro Bernardo Monteagudo, que había fundado la Sociedad Patriótica de Lima al considerar inviable un gobierno democrático-Repúblicano en una sociedad de tan abismales diferenciales clasistas y étnicas. También el *Protector* validó los títulos nobiliarios de más de cuarenta marqueses y treinta condes, porque «la nobleza peruana tiene sus timbres, y justo es que los conserve»,¹³² aprobó la creación de la Orden del Sol, para completar una posible corte real con altos oficiales suyos, imbuidos de prerrogativas vitalicias y hereditarias.

A pesar de estas concesiones a la clase dominante, en agosto de 1821 el *Protector* dispuso la supresión de la *mita*, el tributo y cualquier tipo de trabajo forzado de los pueblos originarios, junto con la libertad de los hijos de los más de cuarenta mil esclavos negros que laboraban en las plantaciones esparcidas por la costa. La fundamentación de este último decreto es la mejor prueba de los intentos del general San Martín por conciliar sus anhelos de reformas sociales con los intereses de la élite peruana, que terminarían llevándolo a un callejón sin salida:

Una porción numerosa de nuestra especie ha sido hasta hoy mirada como un efecto permutable, y sujeto a los cálculos de un tráfico criminal; los hombres han comprado a los hombres, y no se han avergonzado de degradar

¹³² En Mitre, *Historia de San Martín* [...], op. cit., p. 402.

la familia a que pertenecen, vendiéndose a otros. Yo no trato, sin embargo, de atacar de un golpe este antiguo abuso; es preciso que el tiempo mismo que lo ha sancionado lo destruya; pero yo sería responsable a mi conciencia pública y a mis sentimientos privados, si no preparase para lo sucesivo esta piadosa reforma, *conciliando por ahora el interés de los propietarios con el voto de la razón y de la naturaleza.*¹³³

Traición de Cochrane

El 6 de octubre de 1821 el almirante inglés Lord Thomas Alexander Cochrane, jefe de la flota que había traslado el año anterior al Virreinato del Perú al Ejército Expedicionario del general José de San Martín, sublevó la escuadra, que tenía bandera de Chile, argumentando el atraso en el pago de sus servicios, y se la llevó rumbo Norte. La traición de Cochrane fue un severo golpe a la causa de la independencia y debilitó al gobierno de San Martín como *Protector de la Libertad del Perú*.

Después de merodear con su flota por las costas de México y otros territorios hispanoamericanos del Pacífico, atacando barcos y guarniciones españolas, Cochrane volvió a Chile en junio de 1822, donde trató de indisponer a su gobierno con San Martín. Fracasado en sus propósitos, se puso a las órdenes de Pedro I de Brasil, que contrataba oficiales y soldados desmovilizados de las guerras napoleónicas. Además de dirigir la escuadra imperial brasileña en operaciones contra los portugueses, el almirante británico también reprimió a los Republicanos de la Confederación

¹³³ *Antología de la independencia del Perú*, Lima, Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, 1972.op. cit., p. 402

del Ecuador, formada en Pernambuco en 1824, sublevados contra el absolutismo de los Bragança, por lo que fue gratificado con el título de marqués de Maranhao. Luego estuvo en Grecia entre 1827 y 1828, con los independentistas que luchaban contra el imperio otomano, para después dejar sus aventuras, al servicio del mejor postor, para regresar a su tierra natal.

Nacido en Escocia en 1775 en una familia arruinada de la nobleza, a los doce años se había enrolado como tripulante en la marina de guerra británica, donde tuvo una carrera meteórica y ganó cierta notoriedad. Se distinguió en las guerras napoleónicas y llegó a capitán de la armada real y a tener un escaño en la cámara de los lores. Acusado de un mega fraude en la bolsa de valores de Londres, fue expulsado en 1817 de la marina y el parlamento, despojado de condecoraciones, títulos e incluso condenado a prisión. Liberado, puso un aviso en un periódico para conseguir trabajo, anuncio que leyó un representante de San Martín, que lo contrató junto a otros oficiales y marineros británicos.

Al año siguiente, fue recibido por el Director Supremo de Chile, Bernardo O'Higgins, quien organizaba junto con San Martín la campaña para la liberación del Perú, recibiendo el grado de vicealmirante de la naciente flota nacional y la ciudadanía chilena. Además de contribuir a la ocupación de la base naval española más poderosa del Pacífico en Valdivia, el 3 de febrero de 1820, la escuadra de Cochrane transportó unos meses después al ejército de San Martín al Perú. En El Callao encerró a la flota enemiga y en sorpresivo combate naval se apoderó de la fragata *Esmeralda*, buque insignia de la marina española.

Pero Cochrane no era un patriota desinteresado, sino un mercenario obsesionado por recuperar su fortuna, por lo que cada vez que se apoderaba de una embarcación exigía su botín como si fuera un simple corsario, lo que

San Martín no admitió. El tema fue enturbiando la relación entre los dos jefes militares, sobre todo desde agosto de 1821, cuando la situación hizo crisis al apoderarse sin autorización de recursos públicos del gobierno que estaban en una goleta anclada en Ancón.

Indignado por el robo, San Martín le ordenó el 15 de septiembre que «restituya, a bordo de los respectivos buques, las propiedades que han sido tomadas de ellos por pertenecer, las más, al gobierno y las otras a los particulares que se hallan bajo mi protección».¹³⁴ Distanciados por el grave incidente, el almirante inglés, declarado en rebeldía, zarpó con la escuadra bajo su mando integrada por dos fragatas, una de ellas la propia *Esmeralda*, una corbeta, un bergantín y una goleta, lo que mereció el lapidario comentario de San Martín: «Este Lord metálico, cuya conducta puede compararse al más famoso filibustero».¹³⁵

En 1828, enriquecido y de regreso en Londres, recibió cuatro años después el perdón de la reina Victoria por el fraude cometido y se le permitió heredar el título de conde de Dundonald y recibir el rango honorífico de contraalmirante de la marina real. Al morir con ochenta y cinco años de edad fue enterrado con honores en la Abadía de Westminster y sobre su tumba se puso la inscripción *Liberador de Chile y Perú*. Quizás, como sentenció el historiador argentino Norberto Galasso en su biografía de San Martín *Seamos Libres y lo demás no importa nada* (2009), en reconocimiento al mercenario inescrupuloso que contribuyó a la expansión del imperio británico.

¹³⁴ Ibid.

¹³⁵ Citado por Galasso, op.cit., p.488

Repatriación del emperador portugués

El 26 de abril de 1821 el emperador de Portugal, Joao VI, fue forzado a retornar a Lisboa, lo que puede considerarse el inicio de la independencia de Brasil. Había llegado a Río de Janeiro en 1808 con toda su corte, más de tres mil personas, cuando era solo regente, pues su madre la reina María estaba desquiciada. La precipitada salida de Portugal de la familia de los Bragança, a fines de noviembre del año anterior, protegida por la flota de Inglaterra, tenía por objetivo escapar de las tropas napoleónicas que avanzaban sobre toda la península ibérica.

La presencia de la monarquía portuguesa convirtió de facto a Brasil en un estado independiente, para satisfacción de las élites criollas. De repente, Río de Janeiro se convirtió en la sede de ministerios, secretarías, tribunales y diversas oficinas públicas. «Un verdadero aparato de estado y un cuerpo diplomático se instaló en Río».¹³⁶ El 16 de diciembre de 1815, muerta su madre, el regente fue coronado como emperador, con el nombre de Joao VI, del recién creado Reino Unido de Portugal, Brasil y Algarve.

Pero la rebelión militar de Oporto del 2 de agosto de 1820 cortó el idilio de la élite brasileña y los Bragança. El triunfo del movimiento liberal en Portugal estaba dirigido a forzar la retirada de las fuerzas militares británicas que todavía ocupaban el país y a reformar su anticuado sistema socioeconómico. Si por su contenido nacional, antifeudal y anti clerical, la sublevación lusitana tenía un signo positivo, lo contrario sucedía con su proyección hacia su valiosa

¹³⁶ En Giro Flamarion Santana Cardoso: «A Crise do colonialismo luso na América Portuguesa, 1750/1822», en María Yedda Linhares [Organizadora]: *História Geral do Brasil*, Río de Janeiro, Editora Campus, 1990, p. 118.

posesión americana, a la que pretendía volver a someter. La apertura de los puertos brasileños al comercio libre había sido un duro golpe a Portugal que desencadenó una profunda crisis económica en la antigua metrópoli. Incluso las autoridades de Lisboa habían escrito a Juan VI sobre la penosa situación existente: «Dignese Vuestra Majestad tomar en consideración que [...] a Brasil se va anualmente una porción muy considerable de las rentas de este reino [...] que aquí en la circulación interior hace falta y nos va empobreciendo continuamente».¹³⁷

La efervescencia política estimulada en la América portuguesa por la sublevación de Oporto provocó el derrumbe de los gobiernos locales en las provincias brasileñas, como en Pará y Bahía, sustituidos por juntas, encargadas de implantar el poder constitucional y enviar representantes a las Cortes. El 17 de febrero de 1821 el movimiento liberal repercutió en Río de Janeiro y obligó al monarca a aceptar el nuevo régimen, reorganizar su gabinete y jurar la constitución que entonces se elaboraba en la metrópoli.

Para el restablecimiento del poder metropolitano a plenitud, los Bragança debían regresar a Lisboa, pues como bien explica Monteiro, ese proceso recolonizador «sólo estaría consolidado con la permanencia del rey en Lisboa junto a las Cortes. Sin duda, eso volvería a significar la preeminencia portuguesa sobre el Imperio y detendría el proceso de *brasileñización* del Reino Unido».¹³⁸ Con el traslado se recuperaría la preeminencia portuguesa sobre el Imperio y se detendría la creciente influencia brasileña sobre la monarquía. La fuerte presión de los

¹³⁷ Tomado de José Hermano Saraiva: *Historia de Portugal*, Madrid, Alianza Editorial, 1989, p. 326.

¹³⁸ Hamilton de Mattos Monteiro: «Da Independencia a vitoria da Ordem», María Yedda Linhares [Organizadora]: *História Geral do Brasil*, op. cit., p. 127.

liberales lusitanos, que controlaban al ejército tanto en Portugal como en Brasil, obligó a Joao VI a retornar a su patria el 26 de abril de 1821, aunque el 9 de enero del año siguiente, Pedro, el hijo del monarca de veinte y tres años, desconocido como príncipe-regente por las Cortes, se negó a hacer lo mismo.

Ante las persistentes amenazas de los liberales lusitanos para obligarlo a repatriarse, el heredero al trono portugués estuvo dispuesto a resistir lo que llamó la tiranía de las Cortes de Lisboa, en la que los representantes brasileños apenas constituían un tercio de los diputados. En estas condiciones se forjó la alianza, tejida por el aristócrata paulista José Bonifacio Andrade y Silva, de los ricos plantadores, ganaderos, dueños de minas y comerciantes criollos de Río de Janeiro, Sao Paulo, Minas Geraes y Río Grande do Sul, con la burocracia, la nobleza y los comerciantes portugueses no monopolistas radicados en Brasil.

El temor a perder su autonomía, el libre comercio, la trata e incluso la integridad de Brasil, llevó a la aristocracia brasileña a romper con la metrópoli, para evitar el estallido de una rebelión de esclavos y una fragmentación similar a la que ocurría en la América Española. La propia élite sería la encargada de suministrar los recursos financieros y las fuerzas militares a Pedro de Bragança para que permaneciera en el país, resistiera a los liberales portugueses y declarara la independencia al año siguiente.

Congreso de Cúcuta

El 6 de mayo de 1821 se inauguró el congreso constituyente de la gran República de Colombia en la villa del Rosario de Cúcuta, entonces un pequeño poblado fronterizo entre la antigua Capitanía General de Venezuela y el

Virreinato de Nueva Granada. El cónclave debía elaborar la carta magna que ratificara su existencia como un estado unitario y elegir sus máximas autoridades.

La nueva nación había sido fundada en Angostura por Simón Bolívar, el 17 de diciembre de 1819, tras su victoria de Boyacá y la consiguiente liberación de Bogotá.

El nombre de Colombia se lo había puesto Francisco de Miranda a toda Hispanoamericana, pero el *Libertador* lo utilizó para llamar a los territorios norandinos emancipados por sus ejércitos e integrados en una sola república. Ya en diciembre de 1813 había escrito al general venezolano Santiago Mariño: «Apenas Venezuela unida con la Nueva Granada podría formar una nación [...]. La unión bajo un solo gobierno supremo, hará nuestra fuerza, y nos hará formidables a todos».¹³⁹

La asamblea constituyente de Cúcuta, tuvo lugar después de reanudarse la guerra contra España (28 de abril de 1821), tras el levantamiento de Maracaibo. En su primera sesión solo estaban presentes 57 de los 95 diputados electos por las 19 provincias neogranadinas y venezolanas. Fue abierta por el ilustre neogranadino Antonio Nariño, acabado de regresar de la prisión en Cádiz liberado por la revolución de Riego y encargado por Bolívar de sustituir a los vicepresidentes colombianos Juan Germán Roscio y Luis Eduardo de Azuola, fallecidos sucesivamente en el alto cargo en 1821.

Pero muy pronto el *Libertador* manifestó su desencanto con los debates y primeros acuerdos de la asamblea de Cúcuta, cada vez más alejados de sus recomendaciones al congreso de Angostura en 1819, que incluían la solicitud de ratificar la abolición de la esclavitud, promulgada por el propio Bolívar tres años antes, al desembarcar en Ocumare

¹³⁹ Bolívar, op. cit., t. I, p. 81.

procedente de Haití. La convención colombiana rechazó su pedido y a regañadientes adoptó, el 21 de julio de 1821, una ley de vientres libres, como concesión al *Libertador*, quien había respondido a los congresistas que deseaban premiarlo por la victoria de Carabobo, que su mejor recompensa sería «la libertad absoluta de todos los colombianos al acto de nacer en el territorio de la república».¹⁴⁰

En plena campaña militar para liberar Quito y consolidar a Colombia, Bolívar contemplaba impotente como su programa revolucionario eran arrinconado por los diputados en Cúcuta. Decepcionado, escribió al general neogranadino Francisco de Paula Santander:

Esos señores piensan que la voluntad del pueblo, es la opinión de ellos, sin saber que en Colombia el pueblo está en el ejército [...]. Esta política, que ciertamente no es la de Rousseau, al fin será necesario desenvolverla para que no nos vuelvan a perder esos señores. Piensan esos caballeros que Colombia está cubierta de lanudos, arropados en las chimeneas de Bogotá, Tunja y Pamplona», rematando sus duros calificativos con la afirmación de que esos legisladores «nos van a conducir a la anarquía, y después a la tiranía, y siempre a la ruina [pues pretenden...] edificar sobre una base gótica un edificio griego al borde de un cráter».¹⁴¹

El Congreso de Cúcuta, presidido por el neogranadino José María Castillo y Rada, aprobó finalmente, el 20 de octubre de 1821, la ley fundamental de la unión de los pueblos de Colombia. La misma establecía una república centralista, dividida en tres grandes departamentos (Venezuela, Cundinamarca y Quito, este último aun sin liberar),

¹⁴⁰ Ibid., p. 576.

¹⁴¹ Ibid., p. 565.

otorgaba amplios poderes a las dos cámaras del legislativo, superiores a los del ejecutivo, para el que fueron elegidos Bolívar (Presidente) y Santander (Vicepresidente).

Aunque suprimía la trata, el tributo indígena y los onerosos impuestos coloniales, la carta magna significó, en materia social, otro retroceso en el programa bolivariano de la independencia y lesionó la posibilidad de forjar una nación verdaderamente integrada. Cuando las campanas de Bogotá repiqueteaban por la promulgación de la constitución de Cúcuta, Bolívar, vislumbrando su destino, expresó a su edecán: «Doblan por la muerte de Colombia».¹⁴²

Dos héroes cubanos en Carabobo

El 24 de junio de 1821 tuvo lugar en la sabana de Carabobo la decisiva batalla entre el ejército realista del mariscal Miguel de la Torre y las fuerzas guiadas en persona por Simón Bolívar, en la que sobresalieron dos cubanos. La victoria del ejército colombiano permitió la inmediata liberación de Caracas y luego la de todo el extenso territorio de la República de Colombia, la grande.

Esa mañana el *Libertador*, desde el cerro Buenavista, efectuó un reconocimiento de las fuerzas enemigas, calculadas en unos siete mil hombres, concentradas en Carabobo tras su obligada retirada de los valles centrales venezolanos por la exitosa maniobra de distracción de José Francisco Bermúdez. Además de los dos mil efectivos que traía este general desde el oriente venezolano, Bolívar disponía de los cinco mil soldados que lo acompañaban desde Barinas y una fuerza casi similar de llaneros encabezados por José Antonio Páez.

¹⁴² Citado por Gerhard Masur: *Simón Bolívar*, México, Editorial Grijalbo, 1960, p. 370.

Al considerar que su punto más débil era el flanco derecho español, Bolívar ordenó a las divisiones del propio Páez y Manuel Cedeño que avanzaran en esa dirección, mientras que la del coronel Ambrosio Plaza lo hiciera por el centro. El general Cedeño fue uno de los dos cubanos en Carabobo, pues según su partida de bautizo fechada en 1780 era originario de Bayamo, desde donde salió a luchar por la independencia de Haití y Venezuela.

Atacados de frente por la infantería y por la derecha por la caballería, los batallones realistas en Carabobo optaron por la retirada. Como último recurso, La Torre ordenó al regimiento de *Lanceros del Rey* que arremetiera contra la caballería patriota, pero se tuvieron que replegar ante la arrolladora embestida Republicana. La sangrienta batalla dejó cientos de muertos y heridos en ambos bandos, entre ellos el cubano Cedeño, que fue uno de los artífices del triunfo, como destacó Bolívar en su parte de guerra fechado en Valencia el 25 de junio de 1821: «La República ha perdido en el general Cedeño un gran apoyo en paz o en guerra: ninguno más valiente que él, ninguno más obediente al gobierno».¹⁴³

La indiscutible victoria militar permitió al *Libertador* entrar en Caracas (29 de junio) tras siete años de ausencia y limitar la presencia española en Venezuela a la fortaleza de Puerto Cabello, donde en desbandada buscaron refugio los realistas perseguidos por el batallón de *Tiradores de La Guardia* del coronel cubano José Rafael de las Heras, otro de los héroes de Carabobo.

Nacido en La Habana en 1785, de las Heras había combatido a los franceses en España, aunque después tuvo que abandonar la península tras el restablecimiento del absolutismo (1814). Refugiado en Estados Unidos, contacto

¹⁴³ En *Diccionario de Historia de Venezuela*, Caracas, Fundación Polar, 1988, tomo I, p. 638.

con patriotas venezolanos, lo que facilitó su incorporación en 1818 al ejército del general Rafael Urdaneta en la Guayana. El *Libertador*, en el parte ya mencionado de Carabobo escribió: «De la segunda división no entró en acción más que una parte del batallón de *Tiradores de La Guardia* que manda el benemérito Heras». ¹⁴⁴

El cubano Rafael de las Heras, cayó en combate poco después, el 24 de abril de 1822, en el asalto al Hato de Juana de Ávila, donde se atrincheraban más de doscientos realistas, en el actual Zulia. El propio Bolívar le comentaría a su hermano Agustín de las Heras, en un encuentro en Lima en 1825, al reiterarle su apoyo a la independencia antillana, que «así lo había ofrecido y empeñado su palabra al Coronel Heras, cubano, que había hecho grandes servicios a Colombia y muerto gloriosamente en el campo de batalla defendiendo su causa». ¹⁴⁵

Negro Primero

Uno de los héroes de Carabobo fue un fornido afrodescendiente conocido como *Negro Primero*, oficial del ejército bolivariano. Nacido esclavo en fecha indeterminada, en una hacienda de los llanos del Apure en la Capitanía General de Venezuela, ya adulto escapó de la dotación y se hizo cimarrón. En octubre de 1813 se incorporó, con el

¹⁴⁴ Citado por Fracisco Pividal en «Batalla de Carabobo: presencia de Cuba», en Julio Ángel Carreras: *Antología Bolivariana*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1983, p. 63.

¹⁴⁵ Tomado de José Aniceto Iznaga: «Peregrinación patriótica a Colombia», en Emilio Roig de Leuchsenring: *Bolívar, el Congreso Interamericano de Panamá, en 1826, y la independencia de Cuba y Puerto Rico*, La Habana, Oficina del Historiador de la Ciudad, La Habana, 1956, p. 146

nombre de Pedro Camejo, a las tropas llaneras, formadas por negros, mulatos y mestizos pobres, expertos jinetes y hábiles en el manejo de las lanzas y el ensarte de reses, organizadas por el asturiano José Tomás Boves para luchar contra la república. Este jefe español, desconociendo el sistema de castas entonces prevaleciente, consiguió reclutar a miles de llaneros con promesas antiesclavistas, ofertas de tierra y permitiendo el saqueo de las propiedades de los ricos hacendados conocidos como *mantuanos*.

Integrado al improvisado ejército realista de Boves, participó en su vertiginosa ofensiva contra la II República de Venezuela (1813-1814), en la que el antiguo esclavo negro sobresalió por su impresionante porte y valentía. Bajo las órdenes del temible comandante asturiano, también combatió contra las tropas Republicanas en la batalla de La Puerta del 15 de junio de 1814 y en la de Urica el 5 diciembre de ese año, donde su jefe perdió la vida. Permaneció al servicio de España a las órdenes de Francisco Tomás Morales, hasta que las fuerzas llaneras realistas fueron desmovilizadas por el general Pablo Morillo, quien había llegado al litoral venezolano con su poderosa flota en abril de 1815.

Pedro Camejo fue uno de los muchos llaneros que entonces, menospreciados por las autoridades españolas reinstaladas en Caracas, cambiaron de bando, alistándose en 1816 en las fuerzas patriotas organizadas por José Antonio Páez. Bajo la dirección del *León del Apure*, participó en toda su exitosa campaña en los llanos de Venezuela, incluidas las batallas de Mata de la Miel, El Yagual (ambas en 1816), Mucuritas (1817) y la toma de las Flecheras en el Orinoco (1818). En esos duros enfrentamientos, Camejo, no solo llamaba la atención por su tamaño, extraordinaria fortaleza y el intenso color oscuro de su piel, sino también por figurar siempre a la vanguardia en los combates, por lo que fue apodado *Negro Primero*.

El 30 de enero de 1818, cuando Simón Bolívar llegó a San Juan de Payara, durante el desarrollo de la campaña del centro, pidió conocer al bravo militar afrodescendiente. En la conversación con el Libertador, *Negro Primero* relató su agitada vida y las motivaciones que lo llevaron al ejército Republicano, atraído por el programa antiesclavista e igualitarista dado por Bolívar a la lucha independentista desde su llegada procedente de Haití (1816).

Con posterioridad, *Negro Primero* se distinguió entre los cientos de lanceros que combatieron en la batalla de las Queseras del Medio el 2 de abril de 1819, donde Páez empleó la táctica de *vuelvan caras* contra las tropas realistas guiadas por Narciso López. Por su valentía, fue condecorado entonces con la Orden de los Libertadores de Venezuela. En la batalla de Carabobo, librada el 24 de junio de 1821, integraba uno de los regimientos de caballería de la primera división del *León de Apure*. Herido de gravedad, el teniente *Negro Primero* se acercó al caballo que montaba Páez y exclamó: «Mi general, vengo a decirle adiós porque estoy muerto».¹⁴⁶ Al parecer, su cadáver fue enterrado en el cercano cementerio de Tocuyito, donde sus restos desaparecieron.

Considerado un verdadero héroe popular, prototipo del combatiente humilde y venerado en la religiosidad afrovenezolana, su rostro apareció en billetes de la República Bolivariana de Venezuela. En 2015, en ocasión del aniversario 195 de la batalla de Carabobo, las cenizas simbólicas de *Negro Primero* fueron depositados en el Panteón Nacional en Caracas en medio de un sentido homenaje nacional encabezado por el presidente Nicolás Maduro.

¹⁴⁶ Tomado de *Diccionario de Historia de Venezuela*, op. cit., t. I, p. 504.

Soles y Rayos de Bolívar

Durante el trienio liberal (1820-1821) florecieron logias masónicas en Cuba, favorecidas por el clima creado con el restablecimiento de la constitución gaditana de 1812 tras la sublevación de Riego en enero de 1820. Influidas por los avances de la independencia en Hispanoamérica, varias de ellas formaron una extendida conspiración separatista conocida como Soles y Rayos de Bolívar, que pretendía una rebelión armada que proclamara la *República de Cubanacán* —nombre de un cacicazgo taíno—, con una bandera que tenía al centro un sol con siete rayos dorados.

La denominación del primer movimiento independentista en la historia de Cuba tenía que ver con una frase del propio Simón Bolívar: «Estoy como el sol, brotando rayos por todas partes».¹⁴⁷ El complot se inició en 1817 en Estados Unidos, donde el habanero José Francisco Lemus se reunió con los agentes venezolanos Pedro Gual y Lino Clemente, que le dieron el grado de coronel en el ejército bolivariano. En 1820 tuvo encuentros en España con José Rafael Revenga y José Tiburcio Echavarría, representantes de la recién creada Colombia, gestiones que compartió con sus amigos de La Habana.

En esos años Lemus también sobresalió entre los seguidores del rico criollo conde de O'Reilly, apodados yuquinos, durante los enfrentamientos callejeros en la capital cubana con los «godos», pequeños comerciantes y empleados españoles capitaneados por el clérigo peninsular Tomás Gutiérrez de Piñeres. En ese caldeado ambiente brotaron como hongos las logias del rito de York, entre ellas Caballeros Racionales, Cadena Eléctrica, Cadena Triangular de

¹⁴⁷ Carta a Santander del 5 de julio de 1823, Bolívar, op. cit., t. I, p. 782.

Bolívar y la mencionada Soles y Rayos, todas nutridas de jóvenes criollos, entre ellos el poeta José María Heredia, José Teurbe Tolón y Frasquito Agüero Velasco, así como varios emigrados hispanoamericanos: el expresidente neograndino José Fernández Madrid, el rioplatense José Antonio Miralla, el oidor peruano Manuel Lorenzo de Vidaurre y el guayaquileño Vicente Rocafuerte. Pero la extendida conspiración fue detectada por las fuerzas represivas del Capitán General Dionisio Vives, quien informó el 2 de agosto de 1823:

Están aprehendidas al presente especies que de un modo inequívocable comprueban el cuerpo del delito: tres banderas, más de trescientas escarapelas tricolores, muchas armas de fuego y un crecido número de proclamas, cuyas imposturas y falaces doctrinas dan muy bien a conocer las sanguinarias ideas de destrucción que abraja D. José Francisco Lemus que se titula jefe de las tropas y sus despreciables satélites.¹⁴⁸

Ese verano fueron arrestadas cerca de seiscientas personas, sobre todo en La Habana, Puerto Príncipe (hoy Camagüey) y Trinidad, territorios donde, a diferencia de la capital cubana, estaban también comprometidos varios plantadores y ricos propietarios criollos. A varios de los detenidos le fueron ocupados documentos, firmados por Lemus en el «Cuartel General de Guadalupe, sobre los muros de La Habana... 1823. Imprenta del Gobierno de Cubanacán».¹⁴⁹ Tras ser capturado en Guanabacoa por una partida de dragones, el líder de los Soles y Rayos fue

¹⁴⁸ Citado por M^a. Rosario Sevilla Soler: *Las Antillas y la independencia de la América española, 1808-1826*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1986, p. 155

¹⁴⁹ En René Méndez Capote: *4 conspiraciones*, La Habana, Gente Nueva, 1972, p. 64.

paseado por las principales calles habaneras para que fuera repudiado por los partidarios de España.

La poderosa élite esclavista cubana del occidente de la isla, aliada con las autoridades coloniales que apoyaban la expansión de la plantación azucarera, llegó a exigir castigos draconianos para los implicados. Símbolo de la confluencia de intereses entre la élite habanera y la restablecida monarquía absolutista española fue la erección, con el auspicio de prominentes criollos como Claudio Martínez de Pinillos y Francisco de Arango y Parreño, de una estatua de Fernando VII en la Plaza de Armas, frente al Palacio de los Capitanes Generales, que estuvo en este céntrico sitio hasta 1955.

Algunos miembros de las logias represaliadas en 1823, lograron escapar a Estados Unidos, para descubrir que no tenían el apoyo esperado del gobierno norteamericano a la independencia de su patria. Desde entonces, los emigrados cubanos buscaron el respaldo de Colombia y México, presididos entonces por Simón Bolívar y Guadalupe Victoria. Ese fue el caso del propio Lemus que, tras escapar de su prisión en España, se exilió en México, donde ingresó en la Junta Promotora de la Libertad Cubana, creada en la capital mexicana en 1825 por muchos de sus compañeros en la fracasada conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar.

El histórico encuentro de los libertadores

Aunque San Martín había esgrimido en Perú el diferendo de Guayaquil para justificar su viaje a Colombia, desde el primer momento de su reunión con Bolívar se pronunció por aceptar la soberanía colombiana sobre este puerto, lo que no fue objeto de discusión como temía el *Libertador*, quien se había apresurado a proclamarlo parte

de Colombia. Los detalles aparecen en la relación reservada dirigida a Sucre por el secretario José Gabriel Pérez el 29 de julio de 1822: «Espontáneamente dijo el Protector a S. E. que no se había mezclado en los enredos de Guayaquil. [...] Con esto varió de asunto el Protector y siguió tratando de negocios militares.¹⁵⁰ Algo parecido escribió San Martín varios años después desde Bruselas, el 19 de abril de 1827 al general Miller: «En cuanto a mi viaje a Guayaquil, él no tuvo otro objeto que el de reclamar al general Bolívar los auxilios que pudiera prestar para terminar la guerra del Perú [...]»,¹⁵¹ que en su opinión «no podía esperarse sin la activa y eficaz colaboración de todas las fuerzas de Colombia».¹⁵²

El histórico encuentro entre los jefes de estado de Colombia y Perú duró una hora y media el 26 de julio de 1822 y cuatro horas al día siguiente (27 de julio) y tuvo por objetivo central facilitar la consolidación de la independencia del Perú y lograr la de Charcas (Alto Perú), esta última adscripta al antiguo Virreinato del Río de la Plata. En las primeras horas de la madrugada del 28 de julio, San Martín se retiró de Guayaquil en la goleta *Macedonia*, tras permanecer unas cuarenta horas en el territorio de la República de Colombia, la grande.

Sin duda la confraternidad fue el ambiente que se respiró en la entrevista de Guayaquil y en sus resultados más trascendentes.¹⁵³ solo veinte días antes, el representan-

¹⁵⁰ Con ligeros cambios de menor importancia es la misma carta enviada por el propio Pérez a la Secretaria de Relaciones Exteriores de Colombia el mismo 29 de julio de 1822. *Ibid.*, pp. 655-659.

¹⁵¹ Carta de José San Martín al general William Miller del 19 de abril de 1827, en *San Martín, Su correspondencia, 1823-1850, segunda edición*, Madrid, Imprenta de Bailly e Hijos, 1910, pp. 72-73.

¹⁵² *Ibid.*

¹⁵³ Un amplio análisis en Sergio Rodríguez Gelfenstein: *La marcha majestuosa. El encuentro entre Bolívar y San Martín en Guayaquil*, Caracas, Monte Avila Editores, 2022.

te de Colombia Joaquín Mosquera había firmado en Lima con Bernardo Monteagudo, a nombre de Perú, el Tratado de Unión, Liga y Confederación, dirigido a formalizar «la asociación de los cinco grandes estados de América para formar *una nación de repúblicas*, objetivo tan sublime en sí mismo que no dudo vendrá a ser motivo de asombro para Europa». ¹⁵⁴ Pese a las diferentes concepciones que sobre la forma de gobierno y otras cuestiones tenían los dos libertadores, ambos coincidieron en propulsar la unión de las antiguas colonias hispanoamericanas. ¹⁵⁵

En lo único que discreparon los libertadores fue en la forma de gobierno de los nuevos estados. San Martín creía que la monarquía sería el régimen más adecuado y se proponía establecerla en los territorios liberados por su *Ejército Unido* y ponerla en manos de un príncipe europeo, lo que al parecer provocó una apasionada discusión. Más detalles de este debate entre los libertadores aparece en la relación del secretario José Gabriel Pérez a Sucre del 29 de julio de 1822:

[...] que luego que ganara la primer victoria se retiraría del mando militar sin esperar a ver el término de la guerra; pero añadió que antes de retirarse pensaba dejar bien puestas las bases del Gobierno; que este no debía ser Democrático porque en el Perú no conviene, y últimamente dijo que debería venir de Europa un Príncipe solo y aislado a

¹⁵⁴ Convocatoria al Tratado de Unión, Liga y Confederación. Citado por Galasso, op. cit., p. 520.

¹⁵⁵ «El Protector aplaudió altamente la Federación de los Estados Americanos como la base esencial de nuestra existencia política. Le parece que Guayaquil es muy conveniente para residencia de la Federación. Cree que Chile no tendrá inconveniente en entrar en ella; pero sí Buenos Aires por falta de unión y de sistema. Ha manifestado que nada desea tanto como el que la Federación de Colombia y el Perú subsista aunque no entren otros Estados». Bolívar, op. cit., pp. 660-661

mandar el Perú. S. E. contestó que en América no convenía ni a Colombia tampoco la introducción de Príncipes Europeos porque eran partes eterogéneas [sic.] a nuestra masa, y que por su parte S. E. se opondría a ello si pudiese, mas sin oponerse a la forma de Gobierno que cada uno quiera darse. S. E. repuso todo lo que él piensa sobre la naturaleza de los Gobiernos, refiriéndose en todo a su discurso al Congreso de Angostura. El Protector replicó que la venida del Príncipe sería para después. Es de presumirse que el designio que se tiene en el Perú es el de erigir una Monarquía sobre el principio de darle la Corona a un Príncipe Europeo con el fin, sin duda, de ocupar después el trono el que tenga más popularidad en el pays [sic.] o más fuerza de que disponer. Si los discursos del Protector son sinceros ninguno está más lejos de ocupar tal Trono. Parece muy convencido de los inconvenientes del mando.¹⁵⁶

En realidad, el verdadero motivo de San Martín para su encuentro con Bolívar era la obtención de ayuda militar, ilusionado por la carta del 17 de junio de 1822 en que el *Libertador* le había contado de que la guerra en Colombia estaba terminada y su disposición a marchar con sus fuerzas militares a donde lo pidieran sus hermanos. Ya hemos comentado la difícil situación que atravesaba el *Ejército Unido* en Perú, agravada desde la desertión de Cochrane con la flota el 6 de octubre de 1821, que lo dejó atrapado en una verdadera ratonera, bajo la amenaza de una ofensiva de las más numerosas tropas realistas desde la sierra andina.

Tan precaria era la posición de San Martín, que antes de partir a Guayaquil había dejado en sobre lacrado su dimisión al Protectorado, la que haría efectiva el 20 de septiembre ante el congreso peruano. En la misma rela-

¹⁵⁶ Ibid., pp 656-657.

ción antes citada de la entrevista hecha por el secretario José Gabriel Pérez y dirigida a la Secretaria de Relaciones Exteriores de Colombia este anotó:

El Protector se quejó mucho del mando y sobre todo de sus compañeros de armas que últimamente lo habían abandonado en Lima. Aseguró que iba a retirarse a Mendoza; que había dejado un pliego anexo para que lo presentasen al Congreso renunciando el Protectorado y que también renunciaría la reelección que contaba se haría en él. Que desde luego que obtuviera el primer triunfo se retiraría del mando militar, sin esperar a ver el término de la guerra.¹⁵⁷

En forma todavía más cruda se lo contó poco después a su amigo Tomas Guido, quien lo divulgó apelando a su memoria en 1864. Según su testimonio, poco antes de que San Martín abordara en el puerto de Ancón el bergantín *Belgrano* que lo alejaría para siempre del Perú, inicio de un largo peregrinar que solo terminó con su auto exilio en Francia, le confió que tomaba esta decisión para escapar «del precipicio a que se le empujaba»:

Tenga Ud. por cierto que por muchos motivos no puedo ya mantenerme en mi puesto, sino bajo condiciones decididamente contrarias a mis sentimientos y a mis convicciones más firmes. Voy a decirlo: una de ellas es la inexcusable necesidad a que me han estrechado, si he de sostener el honor del ejército y su disciplina, de fusilar algunos jefes y me falta valor para hacerlo con compañeros que me han seguido en los días prósperos y adversos.¹⁵⁸

¹⁵⁷ Ibid., p. 656

¹⁵⁸ Citado por Vicente Lecuna: *La entrevista de Guayaquil. Restablecimiento de la verdad histórica*, Caracas, Academia de la Historia de Venezuela, 1948, pp.133-134.

En esas condiciones, con un ejército de chilenos y rioplatenses cada vez más desmoralizado y capaz de amotinarse, la única salida era el apoyo colombiano, que ya era imposible obtener en un Chile pobre y exhausto o en el anarquizado Río de la Plata. Por eso, portando con orgullo el medallón con la efigie del *Libertador* que este le regalara al despedirse en Guayaquil y que conservaría toda su vida, escribió en proclama al pueblo peruano: «Tuve la satisfacción de abrazar al héroe del Sur de América. Fue uno de los días más felices de mi vida. El Libertador de Colombia auxilia al Perú con tres de sus bravos batallones. Tributemos todos un reconocimiento eterno al inmortal Bolívar».¹⁵⁹

Un año después, en agosto de 1823, consolidada la frágil unidad colombiana y expulsados los realistas de la fortaleza de Puerto Cabello, se despejaría el camino a Bolívar para ir personalmente al Perú y culminar la emancipación sudamericana. En la antigua tierra de los incas, la situación se había agravado mucho tras la renuncia y partida del *Protector*, no en balde el general Daniel O'Leary, edecán del *Libertador*, anotó:

Muy diferente era la situación del Perú [...] de la época en que desembarcó San Martín, cuatro años antes. Mucho habían cambiado las cosas. En aquel tiempo era general en todo el Perú la decisión por la independencia, y el entusiasmo de sus habitantes al ver a sus libertadores fue tan grande como eran abundantes los recursos de este rico país. San Martín no tenía más que venir, ver y vencer; vino, vio y pudo haber vencido; pero la empresa era quizá superior a sus fuerzas o al menos así lo creyó; vaciló y al fin la abandono. Cuando el Congreso cometió a Bolívar la salvación de la República le entregó un cadáver.¹⁶⁰

¹⁵⁹ Tomado de *Diccionario de Historia de Venezuela*, op. cit., t. II, p. 66.

¹⁶⁰ Tomado de John Lynch, op. cit., p. 302.

Liberación definitiva de Perú y el Alto Perú

La llegada de Bolívar a Perú coincidió con la proclamación de la república el 1 de septiembre de 1823. Su llegada fue precedida de importantes contingentes de tropas comandados por Sucre, quien con mucha habilidad se las ingenió para convencer a la aristocracia peruana de solicitar la ayuda personal del *Libertador*, como única solución para terminar la guerra con España.

Bolívar consideraba entonces peligrosa y comprometida la situación de los nuevos estados hispanoamericanos ante los acontecimientos europeos, después de restablecido el absolutismo en 1823. Estaba muy preocupado con la posibilidad de que España pudiera organizar una expedición de reconquista con el apoyo de la Santa Alianza, por lo que creía imperdonable «dejar una puerta abierta tan grande como la del Sur, cuando podemos cerrarla antes que lleguen los enemigos por el Norte».¹⁶¹

El *Libertador* encontró al Perú sumergido en un clima generalizado de desaliento, provocado por sucesivas derrotas militares de los generales rioplatenses abandonados por San Martín y los peruanos, junto al recrudecimiento de la lucha de facciones políticas entre los partidarios de José de la Riva Agüero y los de Torre Tagle. Por eso expresó, casi al entrar en Lima, que «este país requiere una reforma radical o más una regeneración absoluta».¹⁶²

Tras recibir amplios poderes, Bolívar puso en vigor una constitución democrática (13 de noviembre de 1823), elaborada por el congreso limeño presidido por el sacerdote criollo Francisco Javier Luna Pizarro, que sancionaba

¹⁶¹ Carta a Santander del 16 de marzo de 1824, en *Obras Completas*, op. cit., t. I, p. 932.

¹⁶² *Ibid.*, p. 804.

la ley de vientres libres dictada por San Martín. A continuación, salió en campaña militar y dejó encargado del gobierno en Lima a Torre Tagle quien, desmoralizado, no tardó en pasarse al enemigo.

Tal como había detectado Sucre en carta a Bolívar, del 11 de enero de 1824, entre muchos oficiales peruanos cundía el descontento y sin recato alguno expresaban que «más vale sufrir a los españoles que el yugo del Libertador y de los colombianos», comentarios derrotistas que han «hecho creer a este pueblo [...] que los colombianos son herejes y que vienen a dominar al Perú».¹⁶³ Una expresión del creciente malestar, fue el amotinamiento de la guarnición rioplatense-chilena de El Callao, el 5 de febrero de 1824, que exigía su repatriación inmediata.

Estos penosos acontecimientos, posibilitaron la fácil reconquista realista de Lima y El Callao el 29 de febrero de 1824. Ese fue el punto más crítico de toda la campaña militar del Perú, cuando incluso llegó a valorarse la posibilidad de retirar al ejército colombiano. Bolívar, enfermo de gravedad desde principios de ese año, y nombrado por el congreso limeño, en un gesto desesperado antes de disolverse, dictador de la República Peruana, parecía agonizar en Pativilca junto con la propia causa patriota. Por otra parte, cada vez le era más difícil al *Libertador* conseguir recursos de Colombia, ante la ruina de Venezuela y la resistencia de las élites neogranadinas, que contaban con la complicidad del vicepresidente Santander, situado en el poder ejecutivo en Bogotá.

Bolívar, aislado en la costa norte con las avanzadas del ejército colombiano y las pocas fuerzas peruanas y rioplatenses aún leales, una vez recuperado de su lacerante enfermedad, tomó una serie de audaces medidas de emergencia. Entre

¹⁶³ Tomado de Inés Quintero: *Antonio José de Sucre. Biografía política*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1998, p. 133.

marzo y abril de 1824 estableció su cuartel general en Trujillo —declarada capital provisional del Perú— y después en Huamachuco, decidido a convertir el Norte peruano en la base para la preparación de un nuevo ejército de liberación.

Para lograrlo, ordenó la total destrucción del territorio que se abandonaba al enemigo y la recaudación de una contribución obligatoria entre todos los grandes propietarios, junto a la expropiación del ganado, haciendas y objetos de valor de las iglesias. A continuación, el *Libertador* decretó la entrega en propiedad a los indios de las tierras comunales que trabajaban (8 de abril) y otras disposiciones favorables a los pueblos originarios.

Los realistas, por su parte, amenazaban con «proclamar el imperio de los Incas y ayudar a los indios a sostenerlo, antes de consentir que lo ocupasen los súbditos rebeldes que no tenían más derechos que los que habían adquirido de sus antepasados los españoles».¹⁶⁴ El general peninsular Jerónimo Valdés llegó a vanagloriarse de que tenían como ayudante de campo a un descendiente de los incas, a quien declararían Inca, «dando con esto principio a una nueva guerra y a un nuevo orden de cosas, cuyo resultado no sería fácil de prever».¹⁶⁵

En realidad, los realistas habían conseguido sumar miles de indígenas a su ejército no tanto por esta hábil campaña demagógica, sino mediante la leva, lo que les permitió nutrir sus fuerzas con numerosos contingentes aborígenes del Perú y el Alto Perú. Pero estas tropas peleaban con mucho desgano, tal como reconocería después el propio alto oficial español en su *Exposición que dirige al Rey Don Fernando VII el Mariscal de Campo don Jerónimo Valdés sobre las causas que motivaron la pérdida del Perú* (1827).

¹⁶⁴ Citado por Liévano Aguirre, op. cit., p. 225.

¹⁶⁵ Ibid.

Con la adopción de medidas revolucionarias, Bolívar rompió toda posibilidad de entendimiento con la aristocracia peruana y se lanzó a arrebatarle a los realistas el apoyo de la mayoritaria población indígena. El *Libertador* estaba convencido de que «en el Perú no nos quieren porque somos demasiado liberales, y ellos no quieren la igualdad», aunque «el pueblo y el ejército nos desean porque sin Colombia el Perú es perdido».¹⁶⁶

Más adelante, en ruta hacia el Alto Perú, el *Libertador* complementaría sus reformas en favor del indio con la abolición de la servidumbre, el tributo y de todo tipo de trabajo forzado (Cuzco, 4 de julio de 1825), que incluía la devolución a los indígenas de las tierras confiscadas por los españoles en represalia por la sublevación de Pumacahua. Además, eliminó el tributo (22 de diciembre), sustituido por una contribución igualitaria para todos los habitantes, y estableció el derecho de los aborígenes a sus tierras.

A aliviar la comprometida situación del ejército bolivariano, contribuyó la oportuna llegada de nuevos refuerzos militares colombianos. Además, en enero de 1824, se produjo la inesperada división realista promovida por los militares absolutistas que seguían a Pedro Antonio de Olañeta y que el *Libertador* contribuyó a ahondar sembrando cizaña entre sus adversarios. Este alto oficial realista, al conocer el colapso del régimen liberal en España, dejó de reconocer a La Serna como virrey al grito de ¡Viva *la religión!*

Para dar las batallas decisivas a los españoles, Bolívar reunió efectivos que representaban exprefeso a la mayoría de los pueblos de Texas a la Patagonia: «a fin de que no falte ningún americano en el ejército unido de la América Meridional».¹⁶⁷ Además, una parte apreciable de sus fuerzas

¹⁶⁶ *Obras Completas*, op. cit., t. I, p. 722 y 726.

¹⁶⁷ *Ibid*, t. I, p. 789.

estaban constituidas por antiguos esclavos, como pudo apreciar el comerciante inglés James Hamilton: «De los 2 mil soldados que vi en Cartagena marchar para Perú, al menos la mitad eran más o menos de color africano».¹⁶⁸

El 6 de agosto de 1824, en las pampas de Junín, el *Libertador* destrozó a las fuerzas interpuestas por los realistas encabezados por el general español José Canterac, obligado después a replegarse hacia el Cuzco y el Alto Perú. El 7 de diciembre, Bolívar entró otra vez en Lima, liberada en forma definitiva. A los dos días, Sucre obtuvo el memorable triunfo en el tablero formado por las cumbres y abismos de Ayacucho, en plena sierra de Los Andes, sobre los doce mil hombres de los ejércitos del virrey La Serna, que cerró con broche de oro la derrota final del colonialismo español en la América continente. A continuación, liberado el Alto Perú, Sucre escribió a Bolívar desde La Paz, el 4 de marzo de 1825: «En todo abril se habrá acabado esta fiesta y veremos de qué nos ocupamos por la Patria. Tal vez la Habana es un buen objetivo».¹⁶⁹

Expedición emancipadora a las Antillas

Para culminar la independencia hispanoamericana con la liberación de Cuba y Puerto Rico, convertidas por España en base para la reconquista de sus antiguas colonias, los gobiernos de Simón Bolívar y Guadalupe Victoria unieron esfuerzos en una expedición conjunta. Su misión incluiría la toma de la fortaleza de San Juan de Ulúa en Veracruz, todavía en poder de la Corona. Los primeros

¹⁶⁸ Citado por Lynch, op. cit., p. 296.

¹⁶⁹ Carta de Sucre citada por Jorge Alejandro Ovando Sanz: *La invasión brasileña a Bolivia en 1825*, La Paz, Librería Editorial Juventud, 1986, p. 27.

acuerdos de cooperación entre México y Colombia databan del 3 de octubre de 1823, fecha del Tratado de Unión, Liga y Confederación Perpetua.

Al año siguiente, el general mexicano Antonio López de Santa Anna, preparaba en Yucatán la expedición a Cuba, mientras la de Puerto Rico era organizada por Colombia. A principios de 1825 se entrenaban miles de hombres, entre ellos dos pelotones de cubanos y cientos de indígenas movilizados por la leva, que irían en varios buques anclados en Campeche, con cientos de escalas para asaltar las fortalezas de El Morro y La Cabaña.

La salida de la expedición libertadora solo dependía del arribo de embarcaciones adquiridas en el exterior, así como de la llegada a Cartagena del batallón colombiano Girardot, donde ya aguardaban las fragatas *Venezuela* y *Boyacá*, la corbeta *Ceres* y los cañoneros *Oreja* y *Bolívar*. El propio Santa Anna tenía listo un manifiesto, fechado en Campeche el 7 de marzo de 1825, que plocamaba:

Cubanacanos: A la República de Méjico, a esta nación poderosa, vuestra vecina, no puede serle indiferente la desgracia vuestra. Desea vuestra regeneración política, ora forméis un Estado distinto de su confederación, ora os agreguéis a ésta o a la República de Colombia. De cualquier modo, os lo aseguro a nombre de mi Gobierno, contad con sus recursos y cooperación.¹⁷⁰

La falta de autorización del legislativo mexicano dilató la partida. Por ello, un grupo de exiliados de la Mayor de Las Antillas fundó en la capital de México, el 4 de julio de 1825, la Junta Promotora de la Libertad Cubana. En su

¹⁷⁰ En José Luciano Franco: *Armonía y contradicciones cubano-mexicanas (1554-1830)*, La Habana, Casa de las Américas, 1975, p. 82.

sesión inaugural se acordó pedir «que el águila de los aztecas remonte su vuelo majestuoso sobre la antigua Cubanacán». A la reunión del 16 de agosto asistió el vicepresidente mexicano general Nicolás Bravo quien dijo a una veintena de sus miembros: «Prometo a los cubanos que si el Gobierno no me nombra jefe de la expedición libertadora de su patria, iré como simple soldado».¹⁷¹

El 26 de enero de 1826, el presidente Guadalupe Victoria consiguió la aprobación del Congreso «para que en unión de la República de Colombia emprenda una expedición militar con objeto de secundar los esfuerzos de los habitantes de Cuba en la consumación de su independencia».¹⁷² Obligados a revisar los objetivos militares, pues ya la fortaleza de San Juan de Ulúa había sido liberada por el ejército mexicano, ambos países firmaron el 17 de marzo de 1826 un nuevo *Plan de Operaciones para la Escuadra Combinada de México y Colombia*.

Pero esta expedición libertadora, el esfuerzo más importante para la independencia de Cuba y Puerto Rico en estos años, no pudo llevarse a cabo por la oposición de Estados Unidos, que consideraba a ambas islas de interés para su futura expansión. El 20 de diciembre de 1825, el Secretario de Estado del presidente James Monroe, Henry Clay, comunicó a los representantes de Colombia y México en Washington, José María Salazar y Pablo Obregón respectivamente, que debían suspender la «salida de la expedición contra Cuba y Puerto Rico que se sabe se está preparando en Cartagena, o de cualquiera otra que se medite contra estas islas»,¹⁷³ pues como había hecho saber a Ma-

¹⁷¹ Citas en Ornán Roldán Oquendo: *Las relaciones entre México y Colombia*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1974, p. 82

¹⁷² Tomado de Luis Chávez Orozco: *Un esfuerzo de México por la independencia de Cuba*, México, Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 1930, p. XLIV

¹⁷³ En Roig, op. cit., p. 41.

drid: «Este país prefiere que Cuba y Puerto Rico continúen dependiendo de España. Este gobierno no desea ningún cambio político de la actual situación».¹⁷⁴

La presión de Estados Unidos obligó en 1826 a paralizar la invasión libertadora a las dos últimas colonias españolas en América. El gobierno de Bogotá, como el de México, respondió que «no aceleraría, sin grave motivo, operación alguna de gran magnitud contra las Antillas españolas».¹⁷⁵ Como premio de consolación, el comodoro David Porter, al frente de la escuadra mexicana, zarpó de Veracruz el 2 de diciembre de ese año rumbo a las costas de Cuba, donde por varios meses hostilizó a los barcos españoles. La suspensión de la expedición conjunta causó cuantiosos gastos a México y Colombia.

El último sueño del *Libertador*

A pesar de la oposición de Estados Unidos a la independencia de Cuba, en 1827 Simón Bolívar volvió a planear otra expedición, aprovechando la coyuntura favorable que creía surgida con una presunta guerra entre España e Inglaterra. Como relata el general José Antonio Páez en sus *Memorias* (1867), después de la entrada triunfal de Bolívar en Caracas: «Uno de los principales asuntos de que me habló el Libertador en 1827, fue el de la libertad de Cuba y Puerto Rico».¹⁷⁶ Según el propio relato del *León del Apure*, Bolívar organizaba, «con gran sigilo y mayor pru-

¹⁷⁴ Citado por Piero Gleijeses: «The limits of sympathy: the United States and the independence of Spanish America», *Journal of Latin America Studies*, n. 24, University Press, Cambridge, p. 242.

¹⁷⁵ Tomado de Roig, op. cit., p. 155.

¹⁷⁶ José Antonio Páez: *Autobiografía del general José Antonio Páez*, Caracas, Ministerio de Educación/Dirección de Cultura, 1946, p. 499.

dencia», un contingente militar de varios miles de hombres de infantería y mil de caballería, que serían trasladados en la escuadra de Colombia, acciones para la que «contábamos también con los esfuerzos de México, que estaba de acuerdo en dárnoslos muy eficaces».¹⁷⁷

En esta oportunidad, al *Libertador* no le preocupaba la posibilidad de arriesgar el reconocimiento de España a la emancipación hispanoamericana, ni tampoco la oposición de Estados Unidos, como bien apuntara el historiador Francisco Pérez Guzmán en *Bolívar y la independencia de Cuba* (1988). Se sabe que llegó a gestionar el apoyo de Inglaterra, país que suponía en guerra con España, a través de su representante en Caracas, Sir Robert Ker Porter, e incluso pidió a México el ataque a La Habana, para facilitar las primeras acciones bélicas.

El propio secretario de Bolívar, en oficio al ministro de Guerra, fechado el 27 de enero de 1827, confirmó estos nuevos proyectos: «El Libertador cree que debemos aprovechar estos momentos para emancipar a Cuba y Puerto Rico. No solo alejaremos así de todo el hemisferio aun las últimas reliquias del poder español, sino que pondremos en acción nuestras tropas, conservaremos su disciplina y daremos mayor firmeza a nuestra existencia y gloria nacional».¹⁷⁸ Los preparativos avanzaban a tal velocidad que se elaboraron proclamas para distribuir en Cuba en las que se advertía: «¡Cubanacanos! Bajales de la República de Méjico y Colombia vuelan ya en vuestro auxilio cargados de huestes valientes y aguerridas; a su vista desaparecerán los tiranos».¹⁷⁹

¹⁷⁷ Ibid., p. 382-383.

¹⁷⁸ En José Luciano Franco: *Política continental de España en Cuba 1812-1830*, La Habana, [s.e.] 1947, p. 350-351.

¹⁷⁹ Carta de un informante al capitán general de Cuba citada por Olga Portuondo, loc.cit., t. I, p. 216.

Sin embargo, los planes de Bolívar, basados en el eventual apoyo de Inglaterra, enfrascada en una contienda que no existía con España, se desvanecieron al confirmarse la falsedad de esas noticias, por lo que a regañadientes dispuso que «la escuadra se desarmara en su mayor parte»,¹⁸⁰ aunque demoró todavía dos meses más para disponer la desmovilización militar. A la invariable correlación de fuerzas internacionales adversas a la independencia antillana, se sumó la inesperada sublevación de las tropas colombianas en Lima (26 de enero de 1827), que no se conoció en Caracas hasta mediados de abril de ese año, y la reiterada oposición de Estados Unidos a cualquier expedición sobre Cuba y Puerto Rico. Ello condujo al *Libertador* a abandonar para siempre su viejo sueño de completar la liberación hispanoamericana con la independencia de las Antillas españolas.

La presión norteamericana, fue decisiva para el fracaso definitivo de los proyectos independentistas de Simón Bolívar para Cuba y Puerto Rico, tal como escribió el cubano José Aniceto Iznaga sobre su reunión en 1827 con el *Libertador* en Caracas. Según su excepcional testimonio, Bolívar le comentó en privado: «No podemos chocar con el Gobierno de los Estados Unidos, quien, unido al de Inglaterra, está empeñado en mantener la autoridad de España en las islas de Cuba y Puerto Rico, no obstante que esa determinación nos ha de mantener en constante alarma y nos causará gastos crecidos, a fin de repeler cualquier tentativa desde esas islas por nuestro tenaz enemigo».¹⁸¹ No en balde José Martí escribió en una de sus crónicas sobre el Congreso Internacional de Washington de 1889 sobre esta política estadounidense:

¹⁸⁰ Citado por Apolinar Díaz Callejas: *Colombia-Estados Unidos, entre la autonomía y la subordinación, De la independencia a Panamá*, Bogotá, Planeta, 1977, p. 133.

¹⁸¹ Iznaga, op. cit., p. 157.

No se había secado la espuma al caballo francés de Yorktown cuando con excusas de neutralidad continental se negaba a ayudar contra sus opresores a los que acudieron a libertarlos a ellos [...] y cuando el Sud, libre por sí, lo convidó a la mesa de la amistad, no le puso los reparos que le hubiera podido poner, sino que con los labios que acababan de proclamar, que en América no debía tener siervos ningún monarca de Europa, exigió que los ejércitos del Sur abandonasen el proyecto de ir a redimir las islas americanas del golfo, de la servidumbre de una monarquía europea.¹⁸²

La Gran Legión del Águila Negra

El fracaso de la conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar y de los planes de una expedición conjunta colombo-mexicana, que ya tratamos no desalentaron nuevos esfuerzos para la independencia de Cuba. Las amenazas de reconquista tejidas en La Habana por las autoridades coloniales españolas revitalizaron en México, a fines de los años veinte, proyectos libertarios que involucraban a la sociedad secreta de la Gran Legión del Águila Negra.

Esta logia yorkina había surgido el 30 de mayo de 1823 en Puente de la República (Veracruz) por iniciativa de Guadalupe Victoria, entonces Comandante General de Xalapa, y el habanero Simón de Chávez, un exfraile betlemita que era coronel del ejército mexicano. La Gran Legión del Águila Negra estaba dirigida a «la libertad general de las Américas»¹⁸³ y a respaldar los planes para la emanci-

¹⁸² José Martí, op. cit., t. II, p. 131.

¹⁸³ En Lucila Flamand: «La emancipación de México y la lucha independentista en Cuba», en *México y Cuba. Dos pueblos unidos en*

pación cubana. En otra reunión de esta sociedad secreta en Xalapa, el 8 de junio de 1824, se adoptaron acuerdos para favorecer las actividades revolucionarias ante la partida a la capital del primer jefe o «Varón Fuerte»,¹⁸⁴ Guadalupe Victoria, para asumir la presidencia de México.

No fue hasta mucho tiempo después que viajó a La Habana el músico José Rubio, con la copia del acta fundacional de la Gran Legión del Águila Negra, que entregó a Manuel Rojo, con el propósito de que sirviera para vertebrar la sociedad en Cuba, cuando arreciaban los planes hispanos para la reconquista de México. Ante la persistente amenaza a su soberanía, el secretario mexicano de Guerra y Marina, Manuel Gómez Pedraza, consiguió autorización del legislativo, el 12 de mayo de 1828, para «disponer la salida de las tropas nacionales con el objetivo de llevar la guerra hasta el interior de la isla de Cuba».¹⁸⁵ Ni siquiera las complicaciones políticas internas de México, tras el ascenso a la presidencia de Vicente Guerrero, o la derrota de la expedición de reconquista española de Isidro Barradas en Tampico, el 11 de septiembre de 1829, impidieron continuar con los esfuerzos mexicanos para liberar a la isla vecina.

Como prueba de ello, el presidente Guerrero envió al coronel José Ignacio Basadre en busca de la colaboración del mandatario haitiano, Jean Pierre Boyer, quien aceptó participar en la invasión a Cuba. La propuesta era más radical que los anteriores, pues se proponía sublevar a la mayoritaria población cubana mulata y negra, incluyendo a los esclavos. El propio Guerrero acababa de abolir

la Historia, México, Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo, 1982, p. 14.

¹⁸⁴ Tomado de Adrián del Valle: *Historia documentada de la Gran Legión del Águila Negra*, La Habana, Imprenta del Siglo XX, 1930, p. 105.

¹⁸⁵ Citado por Rafael Rojas: *Cuba mexicana. Historia de una anexión imposible*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2001, p. 189.

la oprobiosa institución en México (16 de septiembre de 1829), lo que facilitaba la concertación de una alianza con Haití para liberar a Cuba.

Fue precisamente esa posibilidad lo que más alarmó al gobierno de Estados Unidos, presidido por Andrew Jackson, por lo que de nuevo el gobierno norteamericano se opuso a la independencia cubana. Así se lo comunicó a México, el 30 de noviembre de 1829, el secretario de Estado norteamericano Martin Van Buren, al considerar que

[...] semejante plan sería horroroso por las calamidades que de él podrían desprenderse. Incluso afectaría las colonizaciones de la costa sur de los Estados Unidos y por ello habría que impedir que se llevara a cabo un levantamiento de semejante naturaleza en la isla cubana. El presidente de los Estados Unidos ordenaba que se aprovecharan todas las ocasiones que se presentaran para hacer entender al gobierno mexicano que los Estados Unidos estaban contrapuestos a que se hiciesen semejantes intentos». ¹⁸⁶

Por si la presión diplomática no fuera suficiente, Estados Unidos informó al Capitán General de Cuba, Francisco Dionisio Vives, de la conspiración de la Gran Legión del Águila Negra. A pesar de la compartimentación de los complotados, las autoridades españolas detuvieron a decenas de personas —seis fueron condenadas a muerte— en La Habana, Remedios, Guanajay, Trinidad, Santiago y Puerto Príncipe (Camagüey). La deposición de Guerrero, el 18 de diciembre de 1829, y la repercusión en España de la revolución antiabsolutista de julio de 1830 en Francia, que llevaron a Fernando VII a abandonar sus sueños de

¹⁸⁶ Ibid., p.210.

reconquista, cerraron la última tentativa de emancipar a Cuba durante el ciclo independentista hispanoamericano.

Bolívar y Santander

Una de las más conocidas rupturas entre dos personalidades de la historia latinoamericana fue la que ocurrió, en las postrimerías de la lucha por la independencia, entre Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander. Se habían conocido en 1813, tras la caída de la I República de Venezuela, cuando el futuro *Libertador* tuvo que buscar refugio en Cartagena, el segundo territorio hispanoamericano en proclamar su emancipación.

Santander era entonces un oficial neogranadino, amonestado por Bolívar debido a su falta de arrojo, a quien dejó en la retaguardia durante la «campana admirable», que culminó con su entrada triunfal en Caracas. Los caminos de ambos hombres volvieron a encontrarse en 1817, cuando el *Libertador* planeaba invadir Nueva Granada. En esta ocasión, Santander lograría recuperar la confianza perdida en 1813, pues con las fuerzas disciplinadas que tenía en Casanare, facilitó el exitoso ascenso de los Andes y la victoria de Boyacá (1819). En reconocimiento por su decisiva colaboración, Bolívar lo ascendió a general de división y lo designó al frente de las provincias liberadas de Nueva Granada, con rango de vicepresidente, poco antes de fundar la República de Colombia. El congreso de Cúcuta en 1821 ratificó a ambos en los máximos cargos ejecutivos del nuevo Estado.

En los seis años que siguieron a su nombramiento, Santander fue la mano derecha de Bolívar y el principal destinatario de su correspondencia, a pesar de que el *Libertador* se indignó con el vicepresidente por ordenar el fusilamiento de casi cuarenta oficiales realistas capturados en

Boyacá (1819) y se molestó por su oposición a las disposiciones antiesclavistas. También Bolívar criticó la desmedida codicia y la estrecha visión provinciana, de *patria chica*, de Santander. que se manifestó con la invitación a Estados Unidos al congreso de Panamá.

En octubre de 1821, el *Libertador* dejó el gobierno en manos de Santander durante cinco años, para consagrarse a la liberación de Quitó, Perú y el Alto Perú. Desde entonces la relación entre ambas figuras, como explicó Francisco Pividal en larga entrevista por Radio Caracol, publicada con el gráfico título de *Bolívar, en vivo y en directo* (1986), comenzó a deteriorarse, sobre todo cuando el *Libertador* perdió sus prerrogativas ejecutivas al dejar el territorio nacional, según lo estipulado por la constitución de Cúcuta. En sus cartas cruzadas puede apreciarse el choque de intereses que terminó por abrir un abismo entre ellos, provocado por las constantes solicitudes de hombres, armas y fondos que Santander escatimaba. Cuando todavía la tirantez apenas se insinuaba, Bolívar le escribía con calculada ironía el 19 de junio de 1820:

Hay un buen comercio entre Ud. y yo; Ud. me manda especies y yo le mando esperanzas. En una balanza ordinaria se diría que Ud. era más liberal, pero esto es un error. Pensemos un poco lo que Ud. me da y lo que yo le envío. ¿Cree Ud. que la paz se puede comprar con sesenta mil pesos? ¿Cree Ud. que la gloria de la libertad se puede comprar con las minas de Cundinamarca? Pues esta es mi remisión de hoy. Vea Ud. si tengo buen humor». ¹⁸⁷ Pero el 30 de octubre de 1823 ya le decía: «No hablaré a Ud. más de auxilios de tropas porque [...] se enfada cuando le piden, y yo no sé si será mejor perder que no pedir. ¹⁸⁸

¹⁸⁷ Bolívar, op. cit. t. I, pp. 456-458

¹⁸⁸ Ibid., p. 826

Terminada la contienda, las desavenencias siguieron en ascenso, motivadas por las amenazas a la integridad colombiana derivadas de la desacertada política centralista de Santander, que obligó al *Libertador* a volver a Bogotá en 1826. La postura conciliatoria de Bolívar con el general José Antonio Páez, las críticas públicas a la mala administración gubernamental, junto a su plan de poner en vigor la constitución boliviana, para evitar la ruptura de Colombia, ahondaron la brecha con Santander e hizo fracasar la convención de Ocaña en junio de 1828.

El colofón fue la velada participación de Santander en el intento de asesinar al *Libertador* la noche del 25 de septiembre, por el que fue condenado a muerte. Bolívar conmutó la pena y lo desterró, a pesar de que solo unos meses antes había escrito al general Carlos Soublette: «Ya no pudiendo soportar más la pérfida ingratitud de Santander le he escrito hoy que no me escriba más porque no quiero responderle ni darle el título de amigo. Sepa usted esto para que lo diga a quien corresponda. Los impresos de Bogotá tiran contra mí, mientras yo mando callar los que tiran contra Santander. ¡Ingrato mil veces!».¹⁸⁹

Agonía del *Libertador*

El 17 de diciembre de 1830 falleció Simón Bolívar en la Quinta de San Pedro Alejandrino en Santa Marta (Colombia), donde había encontrado refugio ante el grave deterioro de su salud, después de renunciar a la presidencia de la gran república que había fundado precisamente ese mismo día en 1819. Al morir, con 47 años de edad, estaba

¹⁸⁹ Citado por Francisco Pividal: *Bolívar en vivo y en directo*, Caracas, Fondo Editorial Carlos Aponte, 1986, p. 21.

acompañado por su médico de cabecera, el francés Alejandro Próspero Révérend, y sus edecanes, los más fieles altos oficiales de su ejército, junto a amigos íntimos.

El 8 de mayo de 1830, el *Libertador* había dejado Bogotá, capital de la *gran* Colombia, en medio del silencio hostil de sus enemigos, para viajar por el río Magdalena hacia Cartagena, con la finalidad de abandonar el país, travesía que recreó Gabriel García Márquez en su conocida novela *El general en su laberinto* (1989). Al llegar a la costa atlántica colombiana, su maltrecha salud había empeorado, descansando en Cartagena, Soledad y Barranquilla, hasta que finalmente, el 1 de diciembre, se trasladó a Santa Marta. Aquí fue alojado primero en el edificio de la Aduana, hasta que una semana después se mudó a la finca San Pedro Alejandrino del gaditano Joaquín Mier, en las afueras de la propia villa, con mejores condiciones para su atención.

El doctor Révérend le había diagnosticado un antiguo padecimiento pulmonar para cuya curación, siguiendo los criterios de la época, indicó arsénico. Al parecer, este remedio agravó la tuberculosis, que era su verdadera enfermedad, según el análisis científico efectuado a sus restos en Caracas (2010). El acelerado debilitamiento físico del *Libertador*, cuyo peso se había reducido a treinta y ocho kilogramos, era también resultado de una profunda depresión al contemplar impotente la destrucción de la obra a la que había consagrado su vida, que lo hizo exclamar angustiado que había nadado en el mar y sembrado en el viento.

La independencia de la mayor parte de la América del Sur había sido el resultado de los éxitos obtenidos por Bolívar desde 1816, tras su regreso del exilio haitiano, gracias a la adopción de un programa revolucionario que incluía la libertad de los esclavos y la redención de los pueblos originarios. La cadena de victorias militares

conseguida desde entonces por el ejército bolivariano le permitieron la fundación de Colombia y la liberación de Perú y del Alto Perú.

Pero los ambiciosos planes de unión hispanoamericana de Bolívar se vinieron abajo poco después de celebrar sus triunfos en el cerró de Potosí. Aguijoneado por la reacción antibolivariana peruana, nutrida de antiguos oficiales realistas, y la posibilidad de la desintegración de Colombia, por los planes separatistas de José Antonio Páez, tuvo que regresar a su patria, seguido poco después de la forzada evacuación de sus ejércitos de Perú y Bolivia. La postura inescrupulosa de la élite peruana, que había tolerado a regañadientes al *Libertador* para conseguir la derrota de España, llegó al extremo de invadir el propio territorio colombiano, donde fueron derrotados por Sucre (1829).

La presencia de Bolívar en Colombia avivó las contradicciones con los partidarios del vicepresidente Santander, que le reprochaban su condescendencia con Páez, la adopción de amplios poderes y la eliminación del centralismo fiscal, que había generado el descontento en Quito y Venezuela. A continuación, vinieron los intentos de magnicidio, como el frustrado por Manuelita Sáenz, el 25 de septiembre de 1828, en el Palacio de San Carlos en Bogotá, y el levantamiento «liberal» en el suroccidente de Colombia, en connivencia con los invasores peruanos. A pesar de la victoria de las armas bolivarianas, el *Libertador* aceptó el compromiso de restaurar las «libertades civiles» que reclamaban sus adversarios y acatar las decisiones de una convención reunida en 1830, ante la que dimitió.

En su trayecto a la costa atlántica, tras dejar la presidencia, conoció del fin de Colombia y, en Cartagena, del asesinato del *Gran Mariscal de Ayacucho*, a quien consideraba su heredero político, «para privar a la patria de un sucesor

mío».¹⁹⁰ Abatido por estos fatales sucesos, que sin duda agravaron los males que padecía, escribió en una última proclama, en la propia Quinta de San Pedro Alejandrino, una semana antes de su muerte: «Colombianos: Habéis presenciado mis esfuerzos para plantear la libertad donde reinaba antes la tiranía. He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono. ¡Colombianos! Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro».¹⁹¹

¹⁹⁰ En carta de Simón Bolívar a Juan José Flóres del 1 de julio de 1830. En *Obras Completas*, loc. cit., t. III, p. 433.

¹⁹¹ *Ibid.*, pp. 823-824

CAPÍTULO IV
Nuestra América agredida por
matorrales y centauros

Fracaso de la unión hispanoamericana

A pesar de la aspiración integradora de la América Meridional, compartida por muchos de los libertadores, durante los años de la emancipación de España o en el periodo inmediato posterior, las antiguas colonias terminaron por descoyuntarse, lo que dio lugar a una verdadera constelación de países. En este proceso de fragmentación del antiguo imperio colonial español, los estados emergentes se conformaron en los límites de los viejos virreinos y capitanías, respetando las tradicionales jurisdicciones de las audiencias, devenidas en verdadera matriz de las nuevas repúblicas.

Las antiguas divisiones administrativas creadas por España habían contribuido a forjar en sus habitantes, a lo largo de los tres siglos coloniales, un cierto imaginario de patria chica y un estrecho sentido de pertenencia, aprovechado por las élites criollas de cada localidad para constituir pequeñas repúblicas estructuradas en función de sus propios intereses. De esta forma, la guerra de liberación contra España condujo a la formación de un rosario de repúblicas, dando al traste con las grandes unidades estatales.

Muestra de ello fueron el fracaso de la *gran* Colombia —convertida en 1830 en tres estados independientes: Venezuela, Nueva Granada y Ecuador—, la división de la Confederación Peruano-Boliviana (1839) y la disolución en cinco repúblicas (Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica) de las Provincias Unidas del Centro de América (1839-1848). También puede incluirse en esta relación, la desarticulación, entre 1813 y 1828, del antiguo Virreinato del Río de la Plata en otros cuatro países: Argentina, Bolivia, Uruguay y Paraguay, así como la división de la isla de La Española en dos pequeños estados:

Haití y República Dominicana, aun cuando en este caso se trataba de territorios con cultura, idioma e identidades bien diferentes.

Entre las causas de este fraccionamiento figuran los obstáculos creados por una inmensa geografía junto a factores objetivos derivados de las pronunciadas diferencias económico— sociales entre las distintas regiones hispanoamericanas, así como la ausencia de una burguesía y de un proyecto nacional integrador, lo que facilitó la atomización impuesta por los intereses encontrados de las élites locales. Sin duda, detrás del proceso que descoyuntó a Hispanoamérica actuaban heterogéneas fuerzas intestinas —los poderosos grupos de poder de cada localidad— y externas, o sea, las grandes potencias (Estados Unidos e Inglaterra). Prueba de ello fue la creación de Uruguay, bajo la presión inglesa, y la política desintegradora de Estados Unidos hacia Centroamérica y México, como hizo constar en su diario, el historiador mexicano Carlos María de Bustamante, combatiente de la independencia, al señalar, en referencia al representante norteamericano en la región, que «tenemos a Mister Poinsett que tiene interés en que se lleve el diablo la América española».¹⁹²

Otro obstáculo a la unidad hispanoamericana procedía del accidentado relieve y las malas comunicaciones, que separaban las diferentes regiones entre sí. Desaparecida la forzada vinculación de las colonias con la monarquía española, el proceso de dispersión terminó por imponerse, favorecido por las enormes distancias y las barreras geográficas que obstaculizaban la integración. Por eso, Mariano Moreno había sentenciado en la *Gazeta de Buenos Ayres* en

¹⁹² En *Diario Histórico de México (1822-1848) del Licenciado Carlos María de Bustamante*, Mexico, CIESAS/COLMEX, 2001, Lunes 11 de febrero de 1828.

1810: «Es una quimera pretender que todas las Américas españolas formen un solo Estado».¹⁹³

Un ejemplo ilustra el peso de este último factor. A Le Moyne, un diplomático francés que recorrió el río Magdalena en Colombia a fines de 1828, para acreditarse ante el gobierno de Bolívar, le tomó cincuenta y dos días ir desde Le Havre en Francia hasta Santa Marta, pero desde allí a Bogotá, el viaje por el río Magdalena duró setenta y tres. Por eso, el *Libertador* se quejaba con amargura desde Lima el 23 de marzo de 1825: «Ciertamente que nuestros correos no pertenecen a una república tan bien organizada como la nuestra; primero sabemos de Rusia que de Caracas; los partes de Junín nos han llegado primero de Inglaterra que de Caracas; y algunas veces recibimos con la misma fecha papeles de Londres y Bogotá».¹⁹⁴ Eso ayuda a entender las enormes dificultades existentes a los esfuerzos unificadores de Bolívar y otras figuras, que condujeron a que el antiguo imperio español de ultramar terminara dividido en varias repúblicas, desvinculadas entre sí, lo que facilitó un proceso recolonizador que no tardó en convertirlas en simples apéndices de los centros del capitalismo mundial.

Primeras historias de las patrias criollas

Las historias primigenias de nuestra América, dirigidas a crear una conciencia patriótica entre la población, fueron publicadas después de 1826, tras conseguirse la independencia. De algún modo sus antecedentes más lejanos estaban en los autores indígenas de México y Perú,

¹⁹³ Tomado de *El pensamiento de los hombres de Mayo*, Buenos Aires, El Ateneo, 2009, p. 143.

¹⁹⁴ Bolívar, op. cit., t. II, p. 109.

como Tezozómoc, Ixtlilxóchilt, Guamán Poma o el Inca Garcilaso, y en las obras de cronistas hispanoamericanos de los tiempos coloniales que plasmaron su admiración y pertenencia al entorno americano, contribuyendo a la conformación del imaginario de las patrias criollas.

Entre esos libros sobresale la *Recordación Florida* (1699) del guatemalteco Antonio de Fuentes y Guzmán, que muestra con claridad el amor de su autor por su tierra natal. A esos primeros textos de cronistas criollos siguieron a fines del siglo XVIII, bajo el influjo de la Ilustración, los que ya reflejaban el despunte de nítidos sentimientos protonacionales, como hizo el jesuita veracruzano desterrado Francisco Xavier Clavijero en su *Historia Antigua de México*, publicada en Bolonia entre 1780 y 1781. A todas esas obras hay que sumar los libros de memorias y relatos de historiadores actores de la independencia, al estilo del venezolano Manuel Palacio Fajardo y el mexicano Servando Teresa de Mier, imbuidos del pensamiento ilustrado.

En rigor, la primera generación de historiadores de los países de nuestra América, se configuró desde la segunda década del siglo XIX como una nueva corriente historiográfica bajo la impronta del romanticismo europeo, a la que debemos las historias pioneras de las patrias criollas. Algunos de los historiadores que escribieron bajo esa impronta, como por ejemplo los haitianos Thomas Madieu y Beaubrun Ardouin, el centroamericano Alejandro Marure o el colombiano José Manuel Restrepo, pueden ser considerados los fundadores de sus respectivas historiografías nacionales. Identificados con los valores y concepciones de las élites locales, a las que se confería estatura nacional, se proponían configurar el basamento histórico de las nuevas repúblicas o el imperio en el caso de Brasil, aunque, a diferencia de los historiadores criollos ilustrados, borraron la contribución de los pueblos originarios.

En sus libros, destinados a forjar una conciencia «nacional» de patria chica, tras la desmembración del imperio colonial español, se daba preferencia a relatos idealizados de la independencia presentados como gran epopeya, contada sin mucha explicación y con lujo de detalles. Se exaltaban los sentimientos extraordinarios de sus participantes, las luchas políticas, los hechos militares y las heroicas actuaciones personales, adjudicando la causalidad de los acontecimientos a la voluntad de las grandes personalidades, para reelaborar el imaginario.

Fundamentada en la estética del romanticismo y en muchos casos confundida con la literatura, e identificada con los valores ideológicos y las concepciones de las élites criollas blancas —o mulatas y negras en el singular caso de Haití—, el desmedido culto a las hazañas y leyendas de la independencia, llevaron a que la historia comenzara a orientarse a una especie de segunda religión, socavando los paradigmas ilustrados dominantes entre los historiadores de la generación anterior.

En su desarrollo, la historiografía romántico-nacionalista de nuestra América se desvertebró en dos vertientes: la liberal y la conservadora. Esta última, más aferrada a la tradición colonial, sostenía los valores de la herencia europea, pues sus prototipos eran las antiguas metrópolis. Por eso el historiador conservador mexicano Lucas Alamán consideraba que la historia de México no había comenzado en la época indígena ni en 1810, sino solo con la llegada de los españoles.¹⁹⁵

Para este autor, Iturbide era el héroe y no Hidalgo, a quien consideraba un peligroso demagogo que de triunfar habría acabado con la civilización y la prosperidad del país.

¹⁹⁵ Véase Lucas Alamán: *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, Méjico, Imprenta de J.M. Lara, 1849-1852, t. II, p. 226.

En cambio, la historiografía romántico-liberal propugnaba ciertos cambios en la sociedad y la imitación del modelo norteamericano, como es el caso de Lorenzo Zavala, aunque ambas tendencias coincidían en su menosprecio por las aportaciones populares, en especial del mundo indígena o afroamericano, proyectando una imagen de nación modelada en el espejo de la aristocracia blanca, de raíz europea y católica.

Provincia Cisplatina

El 18 de julio de 1821 Brasil creó la llamada provincia Cisplatina con los territorios ocupados en la Banda Oriental del río Uruguay. Desde los primeros tiempos coloniales, la región era eje de las disputas fronterizas entre España y Portugal, agudizadas desde 1680 por la creación de la colonia lusitana de Sacramento.

Este enclave portugués no tardó en convertirse en base del contrabando en el Río de la Plata, hasta que un destacamento militar español desalojó a sus ocupantes, que lo recuperaron dos años después. La fundación de Montevideo (1726) inició un pulso de fuerzas que estuvo a punto de llegar a un conflicto de mayor envergadura. Para zanjar sus diferencias, ambos reinos ibéricos firmaron en 1750 el Tratado de Madrid, que entregaba a Lisboa amplias áreas en las cuencas del Amazonas y el Paraná a cambio de la Colonia del Sacramento. Los posteriores tratados de San Idelfonso y de El Pardo confirmaron la soberanía hispana sobre la extensa Banda Oriental del río Uruguay.

Después de la ocupación napoleónica de la península ibérica y la llegada de los Bragança a Río de Janeiro, el interés portugués sobre ese territorio se renovó, tras la deposición del virrey en Buenos Aires en 1810. Tropas

lusitanas invadieron el este del Plata en apoyo a los realistas sitiados en Montevideo por los patriotas de José Artigas. En octubre de 1811 el gobierno bonaerense llegó a un acuerdo con los españoles, logrado con la mediación del representante inglés Percy C.S. Smythe, Vizconde de Strangford, que buscaba preservar el comercio británico. El pacto obligó al llamado éxodo del pueblo oriental de su propia tierra, siguiendo al *Jefe de los Orientales* (Artigas), junto a la retirada del ejército lusitano, dejando a los realistas toda la disputada región.

Reiniciada la lucha independentista en Uruguay, los portugueses, guiados por el general Carlos Federico Lecor, volvieron a invadir en 1816 para alcanzar los «límites naturales» del Río de la Plata. Tras cuatro años de tenaz resistencia, Artigas y sus hombres, derrotados en Tacuarembó, fueron forzados de nuevo a salir hacia el litoral del Paraná. A favor de los lusitanos actuó la defección de las élites de Montevideo, plasmadas en el Tratado de La Farola (1819), preocupadas por sus intereses económicos. A continuación, el 18 de julio de 1821, el territorio oriental fue anexado a Brasil con el nombre de provincia Cisplatina, pues para los portugueses las trasplatinas eran Entre Ríos y Corrientes, que también ambicionaban.

En 1825 la situación cambió con el desembarco de la expedición libertadora de Juan Antonio Lavalleja, conocida como de los treinta orientales, que tras el resonante triunfo militar de Sarandí pudo establecer un gobierno provisional en la Florida y convocar un congreso. El cónclave proclamó la reincorporación del territorio oriental a las Provincias Unidas del Río de la Plata, lo que condujo a la guerra con el recién creado Imperio del Brasil. En vísperas de la contienda bélica, el general rioplatense Carlos María de Alvear, como ya contamos, se entrevistó con Simón Bolívar en Potosí en busca de su apoyo militar, pro-

poniéndole crear una confederación con su nombre que detuviera a Brasil.

Pero el ejército imperial, comandado por el general Felisberto Caldeira, marqués de Barbacena, no pudo detener la poderosa ofensiva conducida por el propio Alvear, que obtuvo la indiscutida victoria en Ituzaingó, el 20 de febrero de 1827. Los reveses militares, el carácter impopular de la guerra y el desgaste económico, unido a la presión de Inglaterra, resentida por la paralización del comercio, obligaron al emperador Pedro I a negociar. La propia coacción británica impuso, el 28 de agosto de 1828, un tratado de paz definitivo.

Mediante este convenio se fabricaba una república independiente al Sur de la provincia oriental del Río de la Plata, como cuña entre los intereses del Imperio brasileño y el gobierno de Buenos Aires, impidiendo el control unilateral del estratégico estuario. Además, la porción Norte de la antigua Banda Oriental se entregaba a Brasil, que la convertiría en Río Grande y Santa Catarina. Pese al acuerdo, todavía a mediados del siglo XIX los insatisfechos apetitos imperiales brasileños volvieron a depredar a la República Oriental del Uruguay en cuarenta y tres mil kilómetros cuadrados, en lo que se llamó «las californias», por su parecido a la expansión territorial de Estados Unidos a costa de México.

Morazán y la unidad centroamericana

La Federación del Centro de América, surgida en 1824 después de la independencia de España (1821) y de su separación de México (1823), terminó por extinguirse en forma definitiva, a pesar de los esfuerzos unionistas

del hondureño Francisco Morazán por evitarlo. Ese fue el resultado de más de tres lustros de inestabilidad y guerras fratricidas encendidas por las luchas entre la vieja aristocracia señorial —asentada en Guatemala—, aliada a la Iglesia en defensa de los privilegios heredados de la colonia, y los sectores emergentes, menos comprometidos con el viejo régimen, ubicados en El Salvador y otros estados federados.

Las contradicciones elitistas no solo generaron conflictos en el Estado de Guatemala, sino también en toda la América Central. Ante las arbitrariedades del presidente de la Federación, Manuel José Arce, los liberales salvadoreños y hondureños se sublevaron e invadieron la tierra del quetzal. Tras la derrota de los rebeldes en Arrazola, la guerra se volcó sobre territorio salvadoreño, invadido el 12 de mayo de 1828 por los efectivos federales guiados por el general Manuel Arzú.

Después de algunos altibajos, la unidad centroamericana y un moderado programa de transformaciones liberales lograron imponerse, gracias al tesón de un general hondureño hasta entonces desconocido: Francisco Morazán. El 6 de julio de 1828, Morazán ganó la batalla de la hacienda de Gualcho y liberó la angustiada plaza de San Salvador. A continuación, reorganizó a sus partidarios en el Ejército Aliado Protector de la Ley y pasó a la ofensiva en enero de 1829 con un golpe demoledor a las fuerzas federales, comandadas por el general Antonio Aycinena, que le abrió las puertas de Guatemala.

Tras su victoria, Morazán se consolidó en el poder. Los principales jefes enemigos fueron encarcelados y el gobierno de Guatemala pasó a Juan Barrundia, mientras su hermano José Francisco ocupaba en forma provisional la presidencia de toda la América Central, en sustitución de Arce, el depuesto mandatario de la Federación. Promulgadas las primeras disposiciones anticlericales, entre ellas la

abolición del fuero eclesiástico y la supresión de órdenes religiosas, Morazán fue electo en 1829 presidente de toda Centroamérica, cargo que ocuparía por una década.

La manzana de la discordia fueron entonces las reformas liberales del nuevo mandatario del Estado de Guatemala: Mariano Gálvez. A partir de 1836, el flamante gobernante suprimió el diezmo, restableció el registro civil y dictó una ley agraria que afectaba las grandes haciendas de la añeja élite señorial y los derechos ancestrales de los pueblos originarios sobre sus tierras. La amenaza a las comunidades autóctonas despertó airadas protestas indígenas, estimuladas por la propia aristocracia terrateniente y el clero.

Al final estalló un gran levantamiento en el oriente de Guatemala, nutrido de indígenas, a cuyo frente figuraba un caudillo ladino: Rafael Carrera. La rebelión conservadora fue contrarrestada por los efectivos de Morazán, así como por los escasos seguidores del presidente Gálvez, quien finalmente huyó a México. En 1840, al grito de *¡Viva la religión y mueran los extranjeros!*, los seguidores de Carrera entraron a sangre y fuego en Quezaltenango, donde fusilaron a muchos de sus adversarios.

El triunfo conservador en Guatemala, el Estado más importante de América Central, acabó con la Federación, desvertebrada en las repúblicas de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. El lamentable desenlace se confirmó con la derrota de Morazán el 19 de marzo de 1840. Tras nuevos enfrentamientos armados en los meses siguientes y un frustrado intento de reunificación, que costó la vida al propio Morazán en 1842, la unión desapareció para siempre. José Martí, que conocería de cerca esta cruda realidad medio siglo después, escribió en sus *Notas sobre Centroamérica*:

Un genio poderoso, un estratega, un orador, un verdadero estadista, el único quizás que haya producido la Amé-

rica Central, el general Morazán, quiso fortificar a esos débiles países, unir lo que los españoles habían desunido, hacer de esos cinco estados pequeños y enfermizos una República imponente y dichosa. Morazán fue muerto y la unión se deshizo, demostrando una vez más que las ideas, aunque sean buenas, no se imponen ni por la fuerza de las armas, ni por la fuerza del ingenio. Hay que esperar que hayan penetrado en las muchedumbres.¹⁹⁶

La frágil Confederación Peruano-boliviana

La unión de las repúblicas de Perú y Bolivia en un solo estado se consiguió en 1836 gracias a los esfuerzos de uno de los generales que había servido a las órdenes de José de San Martín y Simón Bolívar: Andrés de Santa Cruz. La realización del ideario integracionista se posibilitó con su elección a la presidencia de Bolivia (1829), cuando tras la caída del presidente José de La Mar la anarquía sacudía al Perú y existían tres gobiernos paralelos con sedes en Lima, Trujillo y Cuzco. Al frente del ejército boliviano, Santa Cruz impuso por la fuerza la estabilidad en Perú y, el 20 de octubre de 1836, declaró constituida la Confederación Peruano-Boliviana.

La división política de la nueva república se fundamentaba en las íntimas vinculaciones históricas de los pueblos de Perú y Alto Perú, centros del antiguo Tahuantinsuyo, desvertebrados ahora en tres estados confederados. Los del Norte y Sur de Perú, separados por el desierto de Islay, quedaron gobernados respectivamente por Luis José de Orbegoso, rico propietario de Trujillo, y Pío Tristán, mientras el alto peruano, alejado de los otros dos por un

¹⁹⁶ José Martí: *Obras Completas*, loc. cit., t. II, p. 547.

brazo de la cordillera andina, era presidido por el general José Miguel de Velasco. La cohesión de la nueva república descansaba en dos pilares: la fortaleza del general Santa Cruz, declarado su *Protector* —el mismo título utilizado por el general San Martín en Perú— y una carta magna inspirada en la vitalicia de Bolívar.¹⁹⁷

Desde su nacimiento, la Confederación Peruano Boliviana encontró un adversario en Chile, bajo la influencia de Diego Portales. El antagonismo se ahondó por las medidas nacionalistas de Santa Cruz que perjudicaban los intereses comerciales chilenos, dominantes en el Pacífico. El *Protector* del estado peruano-boliviano derogó el tratado mercantil con Chile, que favorecía al puerto de Valparaíso en detrimento de El Callao, y aumentó los aranceles a las mercancías que no entrasen directamente en sus puertos. Estas disposiciones amenazaban el tácito monopolio mercantil chileno en el Pacífico, vinculado a casas comerciales inglesas establecidas en el territorio austral y condujo a Chile a declarar la guerra a los confederados el 26 de diciembre de 1836.

En su contienda contra Perú-Bolivia, los conservadores chilenos lograron aliarse al gobierno de Buenos Aires, encabezado por el dictador Juan Manuel de Rosas, aunque en la práctica los rioplatenses no tuvieron una participación importante en el conflicto y el ejército de la confederación los venció en las batallas de Yruya y Montenegro (1838). En realidad, el principal escenario del conflicto militar se encontraba en la vertiente del Pacífico. En la segunda mitad de 1837, el ejército chileno, dirigido por el almirante Manuel Blanco Encalada, desembarcó en el desierto de Islay. La resistencia de los confederados, y su

¹⁹⁷ Más información en Sergio Guerra, Alberto Prieto y Omar Díaz de Arce: *Crónicas Latinoamericanas. Chile, Perú y Bolivia*, La Habana, Casa de las Américas, 1977, pp.70-75.

parcial éxito en la batalla de los Balcones de Paucarpata, en diciembre de 1837, llevaron a los contendientes a concertar un tratado de paz que estipulaba la firma de un nuevo acuerdo comercial, única condición para la retirada del cuerpo militar invasor.

Descontentos los conservadores chilenos con estos resultados, Blanco Encalada fue llevado a consejo de guerra y comenzaron los preparativos para otra agresión. La segunda expedición chilena contó con la complicidad de los emigrados peruanos Agustín Gamarra y Manuel Ignacio Vivanco. En esta oportunidad, las fuerzas invasoras estaban al mando del general Manuel Bulnes y desembarcaron en el litoral peruano en julio de 1838. Para derrotar a Santa Cruz, los chilenos azuzaron las contradicciones dentro de la Confederación. Poco después del reinicio de la contienda, las élites norperuanas, en la región menos beneficiada por el nuevo proteccionismo comercial, auspiciaron la sublevación antigubernamental. La anarquía se extendió de nuevo por todas partes —a fines de 1838 coexistían siete gobiernos en el territorio confederado— y los ejércitos chilenos pudieron seguir avanzando tranquilamente hacia el Norte, hasta vencer a las tropas de Santa Cruz en la batalla de Yungay, el 18 de enero de 1839.

La reorganización de las fuerzas peruano-bolivianas se hizo imposible por el pronunciamiento del general Velasco contra el *Protector*. Tras su victoria, el gobierno chileno impuso como condición para la paz la separación de las repúblicas de Perú y Bolivia, que quedaron bajo el control de los conservadores Gamarra y Velasco, tras el derrocamiento de Santa Cruz. Sin mayores asideros y combatida a muerte por los intereses comerciales coaligados de ingleses y chilenos, desapareció la efímera Confederación Peruano-Boliviana (1836-1839).

República *farroupilha* en Brasil

Como todos los países de nuestra América después de la independencia, el Imperio de Brasil (1821-1889) también fue víctima de movimientos secesionistas como el que condujo a la formación de la República *Farroupilha* en Río Grande do Sul. Iniciada en 1835, la rebelión de los *farrapos* (harapientos) —término despectivo aplicado a los liberales por los conservadores—, fue consecuencia de las contradicciones entre la élite ganadera sureña y la Regencia imperial. A darle singularidad al movimiento de los *farrapos* contribuyó la peculiar estructura económica de Río Grande do Sul y el extraordinario poderío de los estancieros locales, que no estaba ligado, como otras regiones brasileñas, al comercio exterior. Su fuente de ingresos dependía de la venta de tasajo, ganado y cueros en el mercado nacional.

Pero los acaudalados esclavistas, que orientaban la política imperial desde Río de Janeiro, no estaban interesados en valorizar las producciones sureñas —en particular el tasajo, principal alimento de las dotaciones de trabajadores negros—, por lo que mantenían bajos los aranceles a las carnes saladas, para propiciar su importación de la cuenca del Plata. Otras reivindicaciones de Río Grande do Sul tenían que ver con sus aspiraciones Republicano-federalistas y las insostenibles extorsiones que padecían de los comerciantes portugueses. La conspiración de los estancieros de Río Grande do Sul se inició en 1832, cuando el ganadero Bento Gonçalves, en unión del farmacéutico Pedro José de Almeida, organizó una sociedad secreta. En marzo de 1835, bajo el impacto de la rebelión de los *cabanos* en Pará y la reciente creación de la República Oriental del Uruguay (1828), comenzó la gran sublevación *farroupilha*.

Ya el 19 de septiembre de 1835, las fuerzas de Bento Gonçalves ocuparon Porto Alegre, la principal ciudad de Río Grande do Sul. Los primeros enfrentamientos con las tropas imperiales duraron casi doce meses, mientras los estancieros cifraban sus esperanzas en que el Imperio cedería a sus peticiones. Convencidos, tras la batalla de Seival, el 10 de septiembre de 1836, de que la Regencia no estaba dispuesta a transigir, Antonio de Souza Neto dio a conocer la creación de la República de Río Grande do Sul, presidida por Bento Gonçalves.¹⁹⁸

Casi al mismo tiempo, el periódico insurrecto *O Povo* publicaba la convocatoria a una Convención Constituyente en la villa de Piratini. Sin embargo, Gonçalves no pudo ocupar la primera magistratura hasta un año después, ya que cayó prisionero del ejército imperial y estuvo encarcelado hasta su espectacular fuga meses después. En 1838, los *farroupihos* —a cuyas filas se sumó el combatiente Republicano italiano Guiseppe Garibaldi— pusieron bajo asedio las principales villas de Río Grande do Sul y en permanente jaque a las tropas imperiales.

Con vistas a establecer la comunicación con el exterior, para intentar vender tasajo en las plantaciones del Caribe, los riograndenses se expandieron a la provincia vecina de Santa Catarina con costas en el Océano Atlántico. Responsabilizado con esta campaña marchó el general *farroupiho* Davi Canabarro, quien el 22 de julio ocupó la villa de Laguna, declarada capital de la efímera República Juliana.

A pesar de estos éxitos militares, los estrechos intereses de los propios estancieros *farroupihos* hacían inalcanzable su victoria final, pues temían la separación definitiva de Brasil, que conllevaría la pérdida del principal mercado del tasajo. Al final, la combinación de hábiles concesiones

¹⁹⁸ Vease Francisco Alencar [et. al.], op. cit., pp. 120-125.

del Imperio con la escisión *farrroupilha* en civilistas y militares —más el aislamiento, la represión y el agotamiento— propició el ocaso de la rebelión. El 1 de marzo de 1845, tras diez años de tenaz resistencia gaucha al Imperio, se pactó la paz que liquidó la guerra de los *farrapos*. Para lograrlo, la Regencia fluminense debió conceder una amplia amnistía, permitir el fortalecimiento de la asamblea local en Río Grande do Sul y el aumento de las tarifas de importación a las carnes saladas. A diferencia de lo que ocurría entonces con conflictos similares en Hispanoamérica, la unidad de Brasil quedó resguardada.

Ruina de los artesanos

Uno de los episodios menos conocidos de la atribulada historia de nuestra América es el dramático desplazamiento de las artesanías nacionales por la industria europea y estadounidense a mediados del siglo XIX, favorecidas con el *laissez faire* de los gobiernos liberales. En realidad, este proceso había comenzado a fines del siglo XVIII, bajo los embates de la política comercial de las reformas borbónicas, aunque la guerra de independencia y las destrucciones dejadas por la contienda contra España permitieron cierta recuperación de las producciones autóctonas.

La capacidad de las artesanías para sobrevivir ante la creciente irrupción de las manufacturas extranjeras había dependido también del aislamiento natural de algunas regiones. Los residuos de mercantilismo en el sistema impositivo de los países latinoamericanos y sus aduanas interiores, junto a los obstáculos geográficos y las malas comunicaciones, actuaban como protecciones adicionales de lenceros, sederos, zapateros, carpinteros, herreros, talarbarteros y muchos otros oficios.

Pero alrededor de 1850, la irrupción de las mercancías extranjeras se intensificó, penetrando a profundidad el mercado de las nuevas repúblicas, favorecidas por sus bajos costos de producción, la modernización de los transportes —comenzaba la introducción del ferrocarril y la máquina de vapor en la navegación— y por la disminución de las tarifas aduaneras. De esta forma, el vertiginoso desarrollo de la revolución industrial en Estados Unidos y en determinados países de Europa occidental y sobre todo en Inglaterra, no solo tuvo por consecuencia la destrucción de los pequeños productores metropolitanos, sino también aniquiló a los artesanos de los territorios más atrasados al mismo ritmo con que estas áreas se integraban al mercado mundial en formación y se extendían a escala internacional las relaciones capitalistas.

La globalización permitió a la industria norteamericana y europea, y en primer lugar la británica, ir controlando todo el mercado de nuestra América. Lo mismo sucedía en otras partes del planeta al conjuro de la revolución industrial, mientras el capitalismo se imponía como sistema mundial. En consecuencia, miles de talleres artesanales que abastecían el consumo popular fueron aplastados por la desleal competencia de las mercancías importadas de Europa occidental y de Estados Unidos. No en balde el periódico neogranadino *El sentimiento democrático de Cali*, del 13 de septiembre de 1849, señalaba.

Las artes mecánicas están atrasadas y marchan a su completa ruina, por la libre introducción de productos extranjeros ya manufacturados. Una mujer que hilando podría proporcionarse la adquisición de pequeñas cantidades, nada sacará de este trabajo, hoy del extranjero vienen hilos superabundantes y baratos. El herrero no tiene ocupación, porque del extranjero vienen con dema-

sía herramientas, cerraduras y cuanto pueda producir este oficio entre nosotros con más trabajo y a mayores precios. En casi todas las artes y oficios la observación da los mismos resultados los cuales producen un malestar general, el perjuicio de muchos y la pobreza de la sociedad.¹⁹⁹

Ante la difícil situación que se fue conformando por todas partes, los artesanos se organizaron en clubes y sociedades para luchar por leyes proteccionistas y contra la indiscriminada importación de artículos industriales extranjeros. En México, los artesanos estructuraron en 1843 una Junta de Fomento, entre cuyos propósitos estaba la defensa de la producción autóctona; mientras en Perú los airados pequeños productores de Lima y El Callao destruyeron en 1858 las mercancías almacenadas en el puerto e impidieron su traslado a la capital. En Chile, los artesanos se incorporaron a la Sociedad de la Igualdad, fundada en marzo de 1850 por Francisco Bilbao y Santiago Arcos, en cuya directiva figuraban seis de ellos junto a otros tantos intelectuales. También en Venezuela, los pequeños productores fueron decisivos en el desplazamiento del poder de la oligarquía conservadora por el movimiento de los Monagas (1848), esperanzados en poner coto a la irrupción de las manufacturas foráneas.

Sin duda el punto más alto en estas luchas en defensa de las producciones autóctonas se registró en Bogotá cuando los artesanos de la república neogranadina, vertebrados en sociedades democráticas y aliados a un sector moderado del liberalismo —llamado *draconianos*— encabezados por el general José María Melo, ocuparon el poder en la capital durante nueve meses (1854).

¹⁹⁹ Citado por Sergio Guerra Vilaboy: *Los artesanos en la revolución latinoamericana, Colombia (1849-1854)*, Santafé de Bogotá, Universidad Central, 2000, pp. 174-175.

La república artesana de Bogotá

En la República de Nueva Granada, como se llamó la actual Colombia desde 1830 hasta 1863, siguieron en vigor después de la independencia: el viejo monopolio fiscal, los gravámenes a cada transacción comercial y el estanco del tabaco. Las rentas estancadas y los derechos de aduanas constituían, después del fin del tributo indígena, las fuentes principales del exiguo presupuesto estatal, dedicado en su mayor parte al mantenimiento de un ejército sobredimensionado y al pago de la deuda externa.

Ante el brusco descenso de las entradas fiscales, los continuos déficits en la balanza comercial y la creciente falta de circulante, el gobierno del general Tomás Cipriano de Mosquera, extendido de 1845 a 1849, buscó nuevos recursos financieros. Para impulsar el comercio exterior fomentó desde 1847 la libre navegación por el Magdalena, abolió el estanco y redujo las tarifas aduaneras. Estas disposiciones favorecieron una mayor afluencia de manufacturas extranjeras, lo que causó estragos en las tradicionales producciones autóctonas, en particular en la meseta central andina y la ciudad de Bogotá, centro de un tercio de las artesanías nacionales.

Ante la creciente competencia de los artículos importados, los trabajadores capitalinos, encabezados por el sastre Ambrosio López, el zapatero José María Vega y el herrero Miguel León, fundaron en noviembre de ese año la Sociedad Democrática de Bogotá. En poco tiempo la asociación se convirtió en la más nutrida del país, influida por algunos preceptos del socialismo utópico francés. En esas condiciones, se inició en 1849 la revolución liberal neogranadina con el ascenso a la presidencia de José Hilario López, elegido por un atemorizado congreso

que cedió ante las airadas presiones de los artesanos en la propia sede del legislativo. En el gobierno, los liberales decretaron la expulsión de los jesuitas, la libertad de prensa, la extinción de censos, la abolición del diezmo y de la esclavitud (1851). Además, prohibieron toda actividad de las órdenes religiosas, separaron la Iglesia del Estado e introdujeron otras reformas democráticas en la constitución de 1853, proceso conocido en la historia colombiana como la *revolución del medio siglo*.

Pero los liberales, representantes del sector agrario-comercial exportador, no cumplieron sus promesas de subir los aranceles de aduana y proteger las producciones autóctonas, por lo que los artesanos se sintieron traicionados. Convertidos en enemigos irreconciliables de los liberales extremistas o radicales, conocidos como *gólgotas*, partidarios del *laissez faire* y de disminuir al máximo al estado y el ejército, los artesanos, vestidos con la *ruana* tradicional, se enfrentaron en peleas callejeras con los *cachacos*, ricos jóvenes liberales que usaban casacas importadas de tartán escocés. Las contradicciones clasistas subieron de tono cuando los miembros de la Sociedad Democrática decidieron ocupar el poder en Bogotá. Para conseguirlo, se aliaron a los liberales moderados, llamados *draconianos*, y a un sector militar, afectado por la drástica disminución de los efectivos militares dispuesta por los *gólgotas* aliados a los conservadores.

El 17 de abril de 1854, los artesanos se armaron y junto al cuerpo de húsares, encabezado por el general José María Melo, antiguo oficial de Bolívar, depusieron al gobierno y derogaron la constitución liberal, aunque el movimiento no tuvo éxito en el resto del país.²⁰⁰ En cambio, los conservadores y liberales se unieron y organizaron un po-

²⁰⁰ Vease Gustavo Vargas Martínez: *Colombia 1854: Melo, los artesanos y el socialismo*, Bogotá, Editorial Oveja Negra, 1972, p. 105 y ss.

deroso cuerpo militar, puesto a las órdenes del expresidente Mosquera. Aislada en el altiplano de Bogotá, la república artesana estaba condenada al fracaso. La capital fue sitiada en diciembre y, tras arduos combates, ocupada. Melo, desterrado a México, se unió a los partidarios de Benito Juárez, hasta ser capturado por los conservadores y fusilado en Chiapas en junio de 1860. Más de doscientos artesanos, hechos prisioneros con las armas en la mano, terminaron condenados a trabajos forzados en las selvas de Chagres (Panamá), donde murieron víctimas de la fiebre amarilla y el paludismo.

El robo de la mitad de México

En medio del marasmo y los endémicos conflictos armados que caracterizaron esta convulsa etapa de la historia de nuestra América, se produjo la pérdida de la mitad del territorio de México, arrebatado por Estados Unidos. Esta acción fue facilitada por la inestabilidad política en el país, gobernado con mano dura desde 1833 por el dictador Antonio López de Santa Anna. Durante su mandato se produjeron masivas rebeliones —entre ellas la llamada de guerra de «castas», una poderosa sublevación indígena que estremeció Yucatán entre 1847 y 1853— y se registraron agresiones extranjeras como la llamada Guerra de «los pasteles» en 1838, aunque sin duda las más traumáticas y costosas fueron las norteamericanas.

Estas últimas fueron resultado de la expansión territorial de Estados Unidos, que se desarrollaba desde antes de la independencia de las trece colonias inglesas como un verdadero *destino manifiesto*. Entre sus móviles estaban las necesidades de la economía algodonera esclavista, de carácter extensivo, que necesitaba nuevas áreas al Oeste

para su explotación. Como parte de ese vertiginoso avance en dirección al río Mississippi, los Estados Unidos compraron en 1803 la Luisiana a Francia, duplicando su territorio. A continuación, entre 1810 y 1813 se apoderaron por la fuerza de la Florida occidental y en 1819 de la oriental, que pertenecían a España.²⁰¹

Las medidas centralistas adoptadas por Santa Anna, con la constitución de 1836 —que mantenía la prohibición de la esclavitud en México—, sirvieron de pretexto a los colonos norteamericanos establecidos en Texas para anunciar su secesión y crear una «república independiente» el 2 de marzo de ese año. La nueva carta magna mexicana convertía los estados en simples provincias, suprimía sus legislaturas y ponía todas las rentas a disposición del gobierno central.²⁰² La guerra contra los colonos de Texas, dirigidos por Sam Houston, apoyada abiertamente por Estados Unidos, en realidad se inició con el descarnado ataque norteamericano a San Antonio de Béjar el 5 de diciembre de 1835, respondido tres meses después con las victorias mexicanas de El Álamo (9 de marzo de 1836) y Llano del Perdido (19 de marzo).

Pero el 21 de abril las fuerzas de Santa Anna fueron derrotadas en San Jacinto. Prisionero de los norteamericanos, el dictador negoció su liberación a cambio de reconocer la separación de Texas —el límite con México se fijó en el río Nueces—, aunque con la condición de que este territorio no podría integrarse a Estados Unidos. De esta manera se constituyó la artificial «República de

²⁰¹ Véase de Ramiro Guerra y Sánchez: *La expansión territorial de los Estados Unidos. A expensas de España y de los países hispanoamericanos*, La Habana, Editora del Consejo Nacional de Universidades, 1964.

²⁰² Glenn W. Price: *Los orígenes de la guerra con México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974, pp. 31 y ss. y Medica Castro, op. cit., pp. 245-269.

Texas», que el 29 de diciembre de 1845 fue anexada oficialmente a la unión norteamericana, lo que provocó que el gobierno mexicano rompiera sus relaciones diplomáticas con Washington.

La ambición de territorios mexicanos por parte de Estados Unidos no terminó con esta presa, pues desde marzo y abril de 1846 sus tropas invadieron el territorio norteño de México argumentando que el río Grande (hoy río Bravo) y no el Nueces era la frontera entre los dos países, para quedarse con la extensa zona existente entre ambas arterias. La declaración formal de guerra solo fue formulada el 11 de mayo de ese año, aunque ya había tenido lugar el primer enfrentamiento armado entre los dos países en el sitio de La Rosita el 25 de abril.

La ofensiva norteamericana tuvo dos direcciones principales: una por la frontera común y la otra sobre la capital. Un ejército estadounidense se fue apoderando de inmensos territorios septentrionales, tras vencer en las batallas de Palo Alto (8 de mayo) y Resaca de la Palma (9 de mayo); mientras, otras fuerzas militares ocupaban California, Nuevo México y Chihuahua. Al mismo tiempo, otro ejército transportado por mar desembarcaba en Veracruz y tras rendir la fortaleza de San Juan de Ulúa (29 de marzo de 1847) y liquidar la heroica resistencia en ese puerto del general Juan Morales, seguía la ruta de Cortés con el propósito de ocupar la capital y rendir al gobierno mexicano.

El 18 de abril de ese mismo año, el general Santa Anna fue derrotado en la batalla de Cerro Gordo, que permitió a los norteamericanos ocupar Xalapa y Puebla. Abiertas conversaciones entre los dos bandos, Estados Unidos exigió la entrega de las dos Californias, Tehuantepec, Nuevo México,

Coahuila, Arizona, Tamaulipas, Chihuahua y Sonora.²⁰³ Ante el rechazo mexicano, la guerra se reanudó el 8 de septiembre de 1847 con la batalla de Molino del Rey, seguida el 13 por la del Castillo de Chapultepec, última defensa de la ciudad de México, donde se inmolaron heroicamente un grupo de jóvenes cadetes, entre ellos cinco niños. Al día siguiente, tropas norteamericanas comandadas por el general John A. Quitman izaban el pabellón de Estados Unidos en el Palacio Nacional y Santa Anna abandonaba el país.

El gobierno mexicano que le sustituyó se vio obligado a refugiarse en Querétaro, desde donde abrió nuevas negociaciones con los invasores. El 2 de febrero de 1848 se firmó el Tratado Guadalupe-Hidalgo, que obligó al país derrotado a aceptar la pérdida de California, Arizona, Texas y Nuevo México, unos dos y medio millones de kilómetros cuadrados, a cambio de una ridícula compensación de quince millones de dólares. El enorme territorio arrebatado a México no puso fin a la expansión norteamericana.

William Walker, Nicaragua's President

La expansión de Estados Unidos sobre América Central se inició justamente al término de la guerra contra México en 1848. Apenas acababan de ser arrebatados los territorios mexicanos cuando se produjo el descubrimiento de ricos yacimientos auríferos en California, desatándose la fiebre aventurera de los norteamericanos por llegar al Oeste, poniendo sobre el tapete la necesidad de

²⁰³ Consúltense de Gilberto López y Rivas: *La guerra del 47 y la resistencia popular a la ocupación*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1976, p. 30 y ss.

encontrar rutas apropiadas y seguras. Miles de personas querían ir de inmediato a California y Oregón, a la par que comerciantes e industriales estadounidenses de los puertos del Este buscaban expandir sus negocios y mercados en aquella dirección.

Ante la ausencia de vías de comunicación expeditas —el ferrocarril transcontinental solo sería terminado en 1869— que atravesaran los territorios robados a México, muchos de los cuales eran habitados por tribus indígenas insumisas, los istmos centroamericanos —fundamentalmente Tehuantepec, Nicaragua y Panamá— devenían una ruta más rápida y menos peligrosa. En el caso de Nicaragua, la ruta interoceánica fue explotada por una empresa del millonario Cornelius Vanderbilt, que competía con las líneas de Sloo y de Harris que operaba por Panamá.

Los pasajeros de Vanderbilt viajaban por mar desde la costa atlántica de Estados Unidos hasta la entrada del río San Juan (Greytown), lo surcaban en pequeñas embarcaciones hasta el lago de Nicaragua y la bahía de La Virgen y luego recorrían en diligencias, por un camino asfaltado, las doce millas hasta San Juan del Sur, sobre el Pacífico. El interés de Estados Unidos en la región se incrementaba por la presión de los plantadores sureños, que querían agregar nuevos estados esclavistas para obtener una balanza de poder más favorable en el congreso norteamericano.

En Nicaragua la presencia norteamericana fue facilitada por las contradicciones entre liberales y conservadores. Cuando las luchas entre ambos bandos eran de resultado incierto, los primeros aceptaron combatientes estadounidenses que serían compensados con dinero y tierras. Así llegó a Nicaragua, el 13 de junio de 1855, un nutrido grupo de mercenarios norteamericanos comandados por William Walker, a quien de inmediato se le dio el grado de coronel y la ciudadanía nicaragüense.

Walker era el prototipo de aventurero texano expansionista. Ya en 1853 había invadido la Baja California y proclamado su presidencia, intento repetido al año siguiente en Sonora. Victorioso sobre los conservadoras en octubre y ascendido a general, Walker impuso en la primera magistratura de Nicaragua al liberal Patricio Rivas, quien le traspasó la concesión de Vanderbilt — quien desde ese momento se puso en su contra— para la explotación de la ruta transoceánica por Nicaragua. Pero las depredaciones de Walker, que afectaban seriamente las soberanías de los vecinos países centroamericanos, levantaron una ola de indignación que condujo al presidente costarricense Juan Rafael Mora a declararle la guerra y emitir una proclama en la que advertía: «Una gavilla de advenedizos, escoria de todos los pueblos condenados por la justicia de la Unión Americana, no encontrando ya donde hoy están, con que saciar su voracidad, proyectan invadir a Costa Rica...»²⁰⁴.

Después de las batallas de Guanacaste (20 de marzo de 1856), en territorio de Costa Rica, y la de Rivas en Nicaragua (11 de abril), Walker se autonombró presidente de Nicaragua (12 de julio), sin ocultar su plan de imitar el ejemplo de Texas y anexar el país a Estados Unidos. Para ese proyecto contaba con el apoyo de los hacendados sureños y del propio mandatario norteamericano Franklin Pierce, que de inmediato le extendió su reconocimiento diplomático. Para llevar adelante esos objetivos, el «presidente» Walker restableció la esclavitud y proclamó el inglés como idioma oficial en Nicaragua, así como la igualdad de derechos entre nativos y naturalizados, a la vez que repartía propiedades entre sus hombres. Ante tantos agravios, el expresidente Rivas

²⁰⁴ Tomado de Francisco Gamboa: *Costa Rica. Monografía económico-social*, La Habana, Consejo Nacional de Cultura, 1963, p. 53.

se sublevó contra Walker, lo declaró enemigo de Nicaragua y pidió ayuda a los gobiernos vecinos.

A fines de septiembre de 1856, los ejércitos aliados centroamericanos liberaron León, Managua, Masaya y Rivas, mientras Walker, que había incendiado la ciudad de Granada antes de abandonarla, se refugiaba en Rivas, después de autoproclamarse también «presidente» de El Salvador. Acorralados, los invasores norteamericanos se vieron obligados a capitular el 13 de abril de 1857, aunque Walker pudo escapar en un buque de guerra de Estados Unidos. En noviembre de ese año volvió, pero fue obligado a reembarcarse y en agosto de 1860 repitió el intento en Honduras. Derrotado de nuevo se refugió en un barco de la armada inglesa, cuyo capitán lo entregó al gobierno hondureño, que lo fusiló el 12 de septiembre de ese año, poniendo fin a sus depredaciones por las tierras de nuestra América.

Cubanos anexionistas con Walker

En la invasión de William Walker a Nicaragua a mediados del siglo XIX que acabamos de reseñar, participaron varios cientos de aventureros estadounidenses y europeos, así como un nutrido grupo de cubanos. Muchos de ellos fueron enrolados por el empresario Domingo Goicuría, también de la mayor de las Antillas, quien había estado vinculado a los fracasados planes del venezolano Narciso López para anexionar Cuba a Estados Unidos —que le costaron la vida en 1851— y a un proyecto similar del general sureño John A. Quitman (1855). Después de esos reveses, Goicuría contactó con William Walker, quien ya había escrito en el *The Daily Crescent* de Nueva Orleans: «Ansiosamente aguardamos que Cuba sea parte de la Unión [...] El Golfo [de

México] será el centro del comercio más rico que el que podría jamás presumir el Mediterráneo; Nueva Orleans será la Alejandría y Habana la Constantinopla de nuestro imperio, mucho más poderoso y extenso que el romano».²⁰⁵

En enero de 1856, un cercano colaborador de Goicuría, su paisano Francisco A. Lainé, sobreviviente de la última expedición lopista (1851), firmó en su nombre con Walker un acuerdo para que, a cambio del apoyo de los cubanos en Nicaragua, el aventurero norteamericano se comprometía a preparar en el futuro una expedición anexionista a la Isla. El ambiente en el Sur de los Estados Unidos era muy favorable a estas acciones, pues como apareció en un editorial del *Daily Delta* de Nueva Orleans el 18 de abril de 1856: «El destino de Cuba depende del destino de Nicaragua y el destino del Sur depende del de Cuba».²⁰⁶

El primer contingente militar reunido por Goicuría en Estados Unidos arribó a Nicaragua el 9 de marzo de ese mismo año y de inmediato se unió a las tropas del filibustero sureño, donde jugó un papel relevante en su consolidación en el país centroamericano. El propio Goicuría, designado en un inicio gobernador y comandante militar de la ciudad de Granada, apoyó a Walker en la destitución del mandatario nicaragüense y en su proclamación como «presidente» de esa república centroamericana, por lo que fue retribuido con el grado de brigadier y nombrado intendente de Hacienda.

Goicuría también gestionó la compra de mil uniformes en Estados Unidos para el ejército del aventurero

²⁰⁵ En Jorge Eduardo Arellano: «Nicaragua y Cuba. Planes pilotos de Walker y Goicuría», *El Nuevo Diario*, Managua, Nicaragua, 20 de febrero de 2005, edición 10440.

²⁰⁶ Citado por Philip S. Foner: *Historia de Cuba y sus relaciones con Estados Unidos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1973, t. II, p. 121.

sureño, semejantes a los utilizados por López en su malograda expedición a Cuba. Además, promovió la ruptura de la Iglesia nicaragüense con el Vaticano y reprimió con extrema crudeza a las guerrillas opositoras en Chontales, donde fusiló a varios de los insurrectos. Otros cubanos también ocuparon puestos destacados en el Estado Mayor de Walker, a quien llamaban en público la esperanza de Cuba. Eso explica que en la toma de posesión del filibustero como «presidente» de Nicaragua, el 12 de julio de 1856, la ceremonia estuviera engalanada no solo con las banderas de Nicaragua y Estados Unidos —cuyo representante diplomático John H. Wheeler estaba presente—, sino también por el pabellón cubano, inspirado en el de Texas, y enarbolado por primera vez en Cárdenas por Narciso López cinco años antes. Incluso la Guardia de Honor del «presidente» Walker estaba formada por cubanos, pues como el mismo anotara en sus memorias, eran «unos cincuenta hombres, y por el conocimiento que estos tenían de los dos idiomas, el español y el inglés, sus servicios eran valiosos».²⁰⁷

La *guardia de corps* estaba dirigida por los coroneles cubanos Manuel Francisco Pineda y Francisco A. Lainé, quien fue el encargado de traducir al español el discurso del aventurero estadounidense en su toma de posesión. Aunque Goicurúa terminó por romper con Walker cuando volvió a Estados Unidos, debido a las contradicciones del filibustero con su antiguo patrocinador Cornelius Vanderbilt por el manejo de la ruta transoceánica, la mayoría de los cubanos lo acompañó durante toda la campaña en América Central. Uno de ellos fue el mencionado Lainé, hecho prisionero por tropas costarricenses en Diriomo, cerca de Granada, el 12 de octubre de 1856. El alto oficial

²⁰⁷ William Walker: *La Guerra de Nicaragua*, San José, EDUCA, 1975, pp. 241-242

cubano fue ejecutado por la espalda como traidor a la causa hispanoamericana. En esa ciudad los combatientes ticos se apoderaron como trofeo de guerra, en el cuartel general de Walker, de una bandera cubana que todavía hoy se exhibe en el museo histórico de Alajuela en Costa Rica y es considerada la segunda más antigua existente.

Paraguay, el país diferente

La lucha de Paraguay por su desarrollo independiente y contra las intervenciones extranjeras durante el siglo XIX, constituye uno de los acontecimientos más relevantes, y al mismo tiempo más asombrosos, de la historia de nuestra América. Después de la proclamación de su emancipación en 1813, tanto de España como de Buenos Aires, y hasta la devastación de su territorio por los ejércitos invasores de la Triple Alianza en 1870, Paraguay fue una excepción en el continente.

En la antigua tierra guaraní la élite criolla no pudo ascender al poder tras la independencia, como sucedió en el resto del hemisferio, donde quedaron inconclusas las transformaciones socioeconómicas, fue obstaculizado el desarrollo autóctono y facilitado la sustitución del viejo colonialismo por una dependencia de nuevo cuño. Bajo la conducción del doctor Gaspar de Francia, con el apoyo de los campesinos y peones mestizos e indígenas, que lo proclamaron *Dictador Supremo* en un congreso masivo en Asunción, se impulsaron los avanzados proyectos democráticos de la corriente radical rioplatense, abriendo el camino al desarrollo nacional.

Durante sus primeras décadas de vida Republicana se profundizó la revolución popular paraguaya, tras el fracaso de las conspiraciones de los ricos estancieros y comercian-

tes que pretendían plegarse a las exigencias de Buenos Aires (1821), cuyos bienes fueron confiscados. Las tierras expropiadas a traidores y realistas, así como a la iglesia, fueron repartidas entre los desposeídos o convertidas en las célebres *Estancias de la Patria*, destinadas al abastecimiento del ejército nacional, forjándose una sociedad muy igualitarista, sin paralelo en nuestra América. Además, la interrupción del comercio exterior, debido a la hostilidad bonaerense —que lo consideraba provincia suya—, unido a los aranceles proteccionistas implantados por el doctor Francia, facilitaron la consolidación de las artesanías, mientras los comerciantes importadores se arruinaban y era prohibida la entrada de mercaderes y negociantes foráneos.

Tras la muerte del doctor Francia en 1840 ocupó la presidencia Carlos Antonio López. El nuevo mandatario continuó la política de su antecesor, aunque tuvo a su favor, tras la caída de la dictadura de Rosas en Buenos Aires y la instauración de la Confederación Argentina (1852-1862), el reconocimiento internacional. Conseguida la libertad de navegación por el Paraná, el estado paraguayo pudo vertebrar su propia flota mercante, que llegó a ser la mayor de la región, buena parte de ella construida en astilleros propios.

Esta proeza fue posible con la ayuda de técnicos extranjeros, contratados por López, que permitió incluso echar al agua, por primera vez en nuestra América, barcos de acero movidos a vapor. Los insumos materiales provenían de la fundición de Ibicuy, que también abastecía al arsenal de Asunción, del que salían cañones, armas ligeras, proyectiles, implementos agrícolas y otros artículos. En 1854 comenzó el tendido del primer ferrocarril de trocha ancha del Río de la Plata, el segundo de toda la América del Sur.

Al ingresar a este insólito Paraguay, en plena eferescencia productiva, que controlaba celosamente la actividad económica privada y no permitía la libre entrada del

capital y las manufacturas extranjeras, el periodista español Idelfonso Antonio Bermejo escribió: «los pasajeros deben presentar a los guardias paraguayos las onzas de oro que lleven, y las apuntan para que al retirarse del país no puedan extraer mayor cantidad de la que han introducido». Compungido agregó: «Comprendí que en esta República no está muy acariciado el sistema de librecambio».²⁰⁸

Para acabar con la única nación que resistía la presión de las grandes potencias industriales, y que incluso en 1858 había llegado a sortear una intervención militar directa de Estados Unidos, se organizó por Inglaterra la Triple Alianza con los gobiernos de Argentina, Brasil y Uruguay. Su verdadero propósito, como escribiera el historiador inglés Pelham Horton Box en *The origins of the Paraguayan war* (1927), era «abrir de par en par las puertas a la civilización moderna, en forma de concesiones, financiación, inversiones extranjeras y otras emanaciones de la Bolsa de Berlín, Londres New York y Buenos Aires. Las bendiciones del *laissez faire* reemplazaron a los males del *paternalismo* y, como de costumbre, el campesino se convirtió en peón explotado y sin tierra».²⁰⁹

Estados Unidos contra Paraguay

Los apetitos expansionistas de Estados Unidos y sus rivalidades comerciales con Inglaterra fueron las causas de

²⁰⁸ Idelfonso Antonio Bermejo: *Repúblicas Americanas. Episodios de la vida política y social de la República del Paraguay*, Madrid, Imprenta R. Labajos, 1873, p. 32.

²⁰⁹ Citado por J. Natalicio González [compilador]: *Cartas polémicas sobre la guerra del Paraguay*. Buenos Aires, Editorial Guaranía, 1940, pp. 9-91.

este episodio poco conocido de la historia de nuestra América. Los británicos llevaban la delantera a los estadounidenses, pues habían conseguido endeudar a las nacientes repúblicas hispanoamericanas desde su independencia. Entre 1830 y 1850, Francia e Inglaterra mantuvieron bloqueado el puerto de Buenos Aires, para doblegar al dictador Rosas, que prohibía la libre navegación por los ríos.

La política del caudillo bonaerense obstaculizaba la entrada de manufacturas e impedía el comercio exterior de sus propias provincias y de la República del Paraguay, la que no reconocía. El bloqueo anglo-francés del Río de la Plata animó en Estados Unidos el plan de apoyar a Rosas, para desplazar el comercio europeo y conseguir un arreglo entre Asunción y Buenos Aires, que impidiera el acercamiento inglés al Paraguay presidido entonces por Carlos Antonio López. El proyecto, elaborado por el diplomático norteamericano en Buenos Aires William Brent Jr., fue auspiciado por el Secretario de Estado James Buchanan, quien declaró que Paraguay «no ha recibido del Gobierno de los Estados Unidos toda la atención que exige su importancia».²¹⁰

En 1845 llegó a Asunción el primer agente estadounidense, Edgard A. Hopkins, partidario del inmediato reconocimiento de Paraguay, pues si no Inglaterra logrará «abrir la navegación del Paraná, por la fuerza contra toda ley, para beneficio de sus súbditos» y se perderá este mercado en el que «pueden introducirse sin temor a competencias manufacturas norteamericanas de todas clases por valor de varios millones de dólares anualmente».²¹¹

²¹⁰ Citado por Pablo Max Ynsfram: *La expedición norteamericana contra el Paraguay, 1858-1859*, México, Editorial Guaranía, 1954, t. I, pp. 43-44.

²¹¹ *Ibid.*, p. 47 y 55.

La derrota militar de Rosas en Caseros (1852) favoreció los planes de Estados Unidos, pues la recién surgida Confederación Argentina dispuso la libre navegación por los ríos interiores del Plata y reconoció la independencia del Paraguay, cuyo gobierno se abrió al comercio internacional, autorizando la inversión extranjera. Uno de los primeros beneficiados fue Hopkins, que fundó la United States and Paraguay Navigation Company, de la que era socio el propio secretario de Estado norteamericano, James Buchanan, empresa que instaló en Asunción varias pequeñas fábricas y comercios.

Pero las desaforadas actividades estadounidenses rebasaron pronto la tolerancia del celoso estado paraguayo, que revocó las concesiones y restableció la prohibición del doctor Francia a los inversores foráneos. Airado, Hopkins pidió ayuda a un barco de guerra de Estados Unidos, el *Water Witch*, que «exploraba» en aguas fluviales cercanas. Anclado en Asunción en septiembre de 1854, exigió la evacuación de los norteamericanos y sus propiedades para no cañonear la ciudad. De regreso a Washington, Hopkins pidió represalias:

El gobierno de los Estados Unidos, apenas permitiría que una tribu de indios norteamericanos o de salvajes malayos, invoque los principios del derecho internacional en su defensa. Este presidente López es peor que ellos. Hablar con ellos es pérdida de tiempo, lo que les falta es una muestra de nuestros cañones.²¹²

Cinco meses después, el *Water Witch* intentó entrar sin permiso en aguas paraguayas, por lo que las baterías del fuerte Itapirú le obligaron a retroceder —dañado y con

²¹² Ibid., p 208.

varios heridos—, perseguido por la cañonera *Tacuarí*. El comandante de Itapirú informó al presidente López: «Tal ha sido la retirada del *Water Witch* llevando una lección que hace tiempo buscaba».²¹³

La respuesta del nuevo mandatario de Estados Unidos, nada menos que el propio James Buchanan, fue enviar una flota de guerra, la más poderosa salida hasta entonces del territorio norteamericano. A fines de 1858 la armada punitiva, integrada por once vapores y nueve veleros, con doscientos cañones y mil quinientos tripulantes, remontó el Paraná para escarmentar a la desafiante nación sudamericana.

Sin embargo, la inminente agresión estadounidense pudo evitarse gracias a la oportuna mediación de Justo José de Urquiza, presidente de la Confederación Argentina, empeñado en atraer al Paraguay a la alianza que vertebraba contra la disidencia de Buenos Aires. Sometido al arbitraje internacional, el conflicto se dirimió con la retirada de la reclamación norteamericana, el pago de una indemnización y la concertación de un tratado comercial. Para los paraguayos, el episodio dejaba una enseñanza: Estados Unidos eran una potencia hostil, dispuesta a conjurarse con sus enemigos, para apretar el asfixiante cerco que ya se tejía contra Paraguay y que conduciría seis años después a la mortífera Guerra de la Triple Alianza.

Agresión europea a México

El 31 de octubre de 1861 se organizó en Londres una alianza tripartita entre los gobiernos de la reina de Es-

²¹³ En Efraín Cardozo: «Paraguay independiente» en Antonio Ballesteros y Beretta: *Historia de América y de los pueblos americanos*, Barcelona, Salvat Editores, 1949, t. 21, p. 131.

paña, Isabel II, el emperador de Francia, Napoleón III y la reina Victoria, monarca del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, con la finalidad de reclamar por la fuerza a México el pago de su deuda externa. Tres meses antes, el presidente mexicano, Benito Juárez, había promulgado un decreto soberano que suspendía por dos años los pagos a los prestamistas internacionales. Para un biógrafo del mandatario mexicano: «La providencia suprema era una segunda y más peligrosa declaración de independencia nacional; y el gobierno declaró la huelga patriótica sin consultar a las potencias acreedoras».²¹⁴

Como era habitual desde la independencia de nuestra América, las potencias europeas se arrogaban el derecho de intervenir en las débiles repúblicas del continente para hacer reclamaciones de daños o perjuicios a sus intereses, exigir el pago de dudas o la apertura comercial. Diversas ocupaciones armadas de esta naturaleza se produjeron durante el siglo XIX y principios del XX, como había ocurrido en el propio México en la mencionada Guerra de los Pasteles (1836).

En 1861 había terminado la sangrienta Guerra de Reforma o de los Tres Años con la entrada del presidente Juárez en la capital. La contienda había terminado, pero el país estaba en ruinas. La situación de la economía era desastrosa. El gobierno no tenía recursos ni medios para emprender la reconstrucción. En tales circunstancias, el mandatario mexicano se vio obligado a dictar el 17 de julio una moratoria por dos años en el pago de setenta millones de pesos a Inglaterra, nueve a España y tres a Francia, así como los quince millones de pesos reclamados por el banquero suizo Jecker, asociado a capitalistas parisinos.

²¹⁴ Ralph Roeder: *Juárez y su México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972, p. 474

Fue en medio de ese clima hostil en el que se desarrollaron las conversaciones oficiales desde el 9 de enero entre el gobierno juarista y los invasores extranjeros, en el pueblecito de La Soledad, cerca de Veracruz. El ministro de Relaciones Exteriores de México, Manuel Doblado, informó al general español Juan Prim de la difícil situación del país y que la moratoria era transitoria. Con estas garantías se firmaron los convenios preliminares el 19 de febrero de 1862, verdadero triunfo de la diplomacia mexicana, que comprometió a las fuerzas europeas a retirarse.

A pesar de lo acordado, las tropas de Napoleón III no se marcharon junto a las escuadras de Inglaterra y España. Carlos Marx, que escribía entonces para el *New York Tribune*, había calificado a la expedición tripartita de «nueva Santa Alianza» y como «una de las más monstruosas empresas jamás registradas en los anales de la historia universal». Para el sagaz pensador alemán, tal como confirmarían los acontecimientos, detrás de la agresión se ocultaba el

envió «al partido eclesiástico que está exhalando suspiros, nuevos refuerzos desde Europa».²¹⁵

Prueba de ello fue la actuación de Francia. Napoleón III con la abierta complicidad de los derrotados conservadores mexicanos, inició la conquista de México, como parte de su política expansionista que ya lo había llevado a Argelia e Indochina, con la aspiración de crear una especie de protectorado y explotar en forma directa sus abundantes riquezas y recursos naturales. Unos días después de esos sucesos comenzó la guerra del pueblo mexicano para expulsar de su suelo al invasor extranjero.

Derrota del imperio títere

Para lograr apoderarse de México, Napoleón III, se valió de la abierta complicidad de los conservadores mexicanos y la propia Iglesia católica, que por intermedio de Juan Nepomuceno Almonte, se encargó de la formalidad de pedir la intervención para restablece el antiguo régimen, que en su criterio «será un negocio de un par de meses, porque como todos en México se levantarán como un solo hombre, cuando vean la bandera monárquica y que el país será fatigado de la tiranía de los rojos, no se necesita más de este tiempo».²¹⁶ Con esta jugarreta, el ambicioso emperador francés pretendió convertir a México en un protectorado suyo, para explotar sus abundantes riquezas y recursos naturales. Unos días después de esos sucesos, comenzó la justa guerra del pueblo mexicano para expulsar de su suelo al invasor foráneo. En palabras de Juárez, el 12 de abril de 1862:

²¹⁵ Citado por A. Belenki: *La intervención extranjera en México, 1861-1867*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1976, p. 56.

²¹⁶ En Ralph Roeder, op. cit., p. 611.

[...] el Gobierno de la República cumplirá el deber de defender la independencia, de rechazar la agresión extranjera y acepta la lucha a que es provocado, contando con el esfuerzo unánime de los mexicanos y con que tarde o temprano triunfará la causa del buen derecho y de la justicia. Tengamos fe en la justicia de nuestra causa; tengamos fe en nuestros propios esfuerzos y unido salvaremos la independencia de México, haciendo triunfar no solo a nuestra Patria, sino los principios de respeto y de inviolabilidad de la soberanía de las Naciones.²¹⁷

La ofensiva del ejército francés, dirigida por el general Lorencez, se estrelló contra la tenaz resistencia patriota en Puebla el 5 de mayo de 1862, encabezada por Ignacio Zaragoza. La inesperada derrota de las fuerzas de Napoleón III retardó durante todo un año el avance colonialista en México, pues Puebla no se rindió hasta el 17 de mayo de 1863, cuando ya los franceses habían desembarcado re-fuerzos calculados en treinta mil hombres, al mando del general Forey. Perdida esta plaza, el presidente Juárez se vio forzado a abandonar la capital.

Una vez ocupada esta ciudad, los invasores europeos organizaron un gobierno provisional, en el cual figuraban los principales políticos conservadores y el propio arzobispo mexicano Pelagio Antonio de Labastida. Ellos ofrecieron la base legal para restablecer la monarquía y entregar el trono de México a un hermano del emperador de Austria, el archiduque Maximiliano de Habsburgo, quien desembarcó en Veracruz el 28 de mayo de 1864. Con anterioridad, firmó el Tratado de Miramar, en el cual comprometía a México a pagar una deuda a Francia de 346 000 000 de

²¹⁷ Benito Juárez: *pensamiento y acción*, La Habana, Casa de las Américas, 1975, p. 116.

francos, además de sufragar todos los gastos en que incurriera este país en su aventura mexicana.

Ante el avance enemigo, el presidente Juárez se vio forzado, con todo su gobierno, a emprender un azaroso peregrinar, en unos humildes carruajes, que lo llevó sucesivamente a San Luís Potosí, Saltillo, Monterrey, Chihuahua y, por último, a El Paso, en la frontera con Estados Unidos. Durante el penoso trayecto diupuso la confiscación de los bienes de los traidores a la patria y prorrogó su mandato. Su objetivo era impedir la aniquilación o captura por los franceses del núcleo central de poder Republicano, cuya sobrevivencia simbolizaba el mantenimiento de la resistencia frente al ocupante foráneo. Por eso escribió a un amigo: «Dondequiera que yo esté, sobre la cima de una montaña, o en el fondo de una barranca, abandonado de todos, quizás, no dejaré de empuñar la bandera de la República hasta el día del triunfo».²¹⁸

Poco a poco, los patriotas, encabezados por el general Mariano Escobedo, fueron revirtiendo la situación, sobre todo desde el verano de 1866. Al incontenible avance de las fuerzas patriotas se sumó la favorable evolución de la política internacional. La posición de Napoleón III se debilitaba en virtud de los enormes gastos que provocaba la aventura mexicana y ante la creciente amenaza de la unificación alemana impulsada por Bismarck. Eran las vísperas de la guerra franco-prusiana y Napoleón III necesitaba concentrar todas sus fuerzas en Europa. Además, la costosa contienda de ultramar se había convertido en una guerra impopular y tanto la prensa como la intelectualidad francesa, encabezada por el famoso escritor Víctor Hugo, la condenaban públicamente. A esto debe añadirse, que desde 1865 la presión diplomática de Estados Unidos

²¹⁸ Tomado de Ralph Roeder: *op.cit.*, p. 881.

arreció, una vez terminada la Guerra de Secesión, pues el gobierno norteamericano veía con preocupación la presencia francesa en su tradicional zona de influencia. Por todas estas razones, Napoleón III se vio obligado, el 10 de enero de 1867, a ordenar la retirada inmediata de todas sus fuerzas destacadas en México.

Los pocos partidarios que le quedaban a Maximiliano en México, luego de la evacuación francesa, quedaron aislados en la capital, Querétaro y Veracruz. En la ciudad de México el general Porfirio Díaz encerró en el perímetro urbano a los jefes mexicanos al servicio del imperio, mientras Escobedo sitiaba Querétaro, donde se había refugiado el propio Maximiliano, capturado el 15 de mayo de 1867. Un mes después era fusilado en el cerro de las Campanas el titulado emperador de México junto a dos de sus más conspicuos generales, mientras el general Díaz liberaba la capital. La guerra de liberación nacional había concluido. El 15 de julio el presidente Juárez entraba triunfalmente en la capital, por segunda vez en su vida, acompañado de sus fieles ministros. La victoria definitiva del presidente mexicano contra los colonialistas franceses y sus aliados conservadores consolidó la existencia de México como nación independiente y confirmó la vigencia de las leyes anti clericales y anti feudales de la reforma liberal.

Embestida española a los países surandinos

La política colonialista desarrollada por España a inicios de la segunda mitad del siglo XIX se expresó en su intervención en Indochina (1857-1862), junto con Francia, en la guerra de Crimea y en África en 1859. Otras expresiones del expansionismo hispano fue el apoyo a las

fuerzas conservadoras mexicanas durante la Guerra de Reforma (1857-1861) y el envío de sus efectivos navales para bloquear el puerto de Veracruz (diciembre de 1861), en alianza con Francia e Inglaterra, antesala de la invasión francesa a México y del efímero imperio (1864-1867) de Maximiliano de Habsburgo.

La llamada Unión Liberal, recién llegada al gobierno en España, intentó aprovechar ese contexto internacional y la coyuntura favorable a las aventuras colonialistas en nuestra América creada por la guerra civil (1861-1865) de Estados Unidos, para recuperar un mayor espacio como potencia colonial mediante acciones agresivas. Por eso, en 1860 los buques de guerra españoles *Blasco de Garay* y *Habanero* se presentaron en el puerto venezolano de La Guaira exigiendo indemnizaciones a sus ciudadanos, proceso que condujo a la interrupción de las relaciones diplomáticas entre Venezuela y España desde marzo de 1863. En forma casi paralela, se había restablecido la dominación colonial española en Santo Domingo (1861-1865) y en Ecuador fue estimulado el proyecto antinacional del dictador conservador Gabriel García Moreno para convertir a este país en el llamado Reino Unido de los Andes, bajo protectorado francés.

A estas descarnadas agresiones contra la soberanía de estas repúblicas se sumó la ilegal ocupación por una expedición española, comandada por el general Luis Hernández de Pinzón, de las islas Chinchas del Perú el 14 de abril de 1864, codiciadas por sus valiosos yacimientos de guano. De manera arrogante, el sustituto del general Hernández Pinzón al frente de la propia escuadra española en el Pacífico sudamericano, general José Manuel Pareja, declaró entonces que los gobiernos de Francia, Inglaterra y Estados Unidos «habían manifestado al de España su aprobación a una política firme contra el Perú, no para atacar su

soberanía, sino para hacer a los países hispanoamericanos respetuosos de los intereses extranjeros». ²¹⁹

La descabellada aventura hispana en el Pacífico sudamericano conduciría a las repúblicas de Chile, Perú, Bolivia y Ecuador a un grave conflicto con su antigua metrópoli. El 5 de diciembre de 1865 se constituyó la alianza antiespañola entre Perú y Chile, que declaró la guerra a España, a la que se sumó desde principios de 1866 los gobiernos de Ecuador y Bolivia. El 7 de febrero de 1866, la flota aliada peruano-chilena derrotó en el archipiélago de Chiloé a la escuadra del general Pareja, que había bloqueado desde fines de 1865 los principales puertos chilenos. En una acción de represalia, barcos de guerra españoles bombardearon Valparaíso y El Callao, de donde fueron obligados a replegarse tras el combate del 2 de mayo de 1866.

Las intervenciones colonialistas europeas en nuestra América reanimaron los intentos de unidad hispanoamericana como no se había registrado desde el congreso de Panamá convocado por Simón Bolívar en 1826. Con esa finalidad, el 14 de noviembre de 1864, se inauguró en Lima una Conferencia Internacional Americana —a la que Estados Unidos no fue invitado— contra las intervenciones y ataques franceses y españoles, que contó con la participación de las repúblicas de Perú, Chile, Bolivia, Ecuador, Colombia, Venezuela y El Salvador, así como Argentina y Guatemala en calidad de observadores. Este cónclave, reunido en Lima hasta el 13 de marzo de 1865, aprobó cuatro tratados, entre ellos uno de unión y alianza defensiva, que fue el último intento de unidad siguiendo el legado bolivariano hasta los impulsados en el siglo XXI por los gobiernos progresistas de nuestra América.

²¹⁹ Citado por Manuel Medina Castro: *Estados Unidos y América Latina siglo XIX*, La Habana, Casa de las Américas, 1968, p. 202.

Fomento chileno de la liberación cubana

Uno de los países de nuestra América que más fuerte reaccionó a los atropellos de España en la década del sesenta del siglo XIX, que comentamos en el epígrafe anterior, fue Chile, que desde el 24 de septiembre de 1865 estaba en guerra con su antigua metrópoli por la agresión de que había sido víctima por una flota militar hispana. En represalia, el ministro chileno de Relaciones Exteriores Álvaro Covarrubias dio a conocer un documento donde prometía contribuir a la independencia de Cuba. Con esa finalidad, el presidente chileno Joaquín Pérez nombró el 30 de septiembre de 1865 a Benjamín Vicuña Mackenna como agente confidencial de Chile en Estados Unidos, encargado de conseguir apoyo para la guerra contra España y favorecer la emancipación de Cuba y Puerto Rico.

En cumplimiento de su misión, Vicuña Mackenna viajó a Estados Unidos dispuesto a apoyar a su patria en el conflicto con España favoreciendo la independencia antillana con buques corsarios, recursos, propaganda e incluso la organización de una expedición militar. Como parte de esos proyectos, fundó el periódico *Voz de América, Órgano político de las Repúblicas Hispanoamericanas y de las Antillas Españolas*, publicado desde fines de 1865 y que llegó a circular en Cuba. En su primer número dio a conocer un texto titulado «La señal está dada» y en su edición del primero de mayo de 1866 contenía un editorial que sentenciaba: «¡A las armas, cubanos! La hora de la redención ha llegado para vosotros»,²²⁰ lo que estimularía a los emigrados de la mayor de las Antillas a difundir un dibujo de un cóndor descendiendo sobre Cuba con la bandera chilena en sus garras.

²²⁰ Tomado de Enrique Orrego Vicuña: *Vicuña Mackenna y la independencia de Cuba*, La Habana, Academia de la Historia, 1951, p. 24.

Como parte de estos esfuerzos, el 21 de diciembre de 1865 quedó constituida en New York la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico, vinculada a Vicuña Mackenna y presidida por Juan Manuel Macías, un cubano que había promovido la anexión de Cuba a Estados Unidos. El propio enviado chileno consideraba a esta organización la única «que se prestaría a cooperar a nuestras miras y a nuestros intereses promoviendo un trastorno en las posesiones españolas». Incluso, el 10 de enero de 1866, Vicuña Mackenna escribió a Macías, en referencia a una posible incursión armada a Cuba, que «esa no solo sería una empresa militar que ofrecería perspectiva de buen éxito, sino que como una combinación política daría gloria y prestigio a las naciones que en ella tomaran parte, trayendo por consecuencia la independencia de un país que aspira a ella».²²¹

En esta misiva, el agente diplomático de Chile en Estados Unidos aludía a su objetivo de enviar una expedición libertadora a Cuba ese mismo año, con el respaldo de los gobiernos de Perú y Venezuela, liderados respectivamente por los liberales Mariano Ignacio Prado y Juan Crisóstomo Falcón, con quienes estaba en contacto. Vicuña Mackenna anotó de manera confidencial desde New York al primero de esos mandatarios: «La idea por consiguiente que me permito sugerir muy a la ligera a VS, es el de una expedición chileno-peruana de dos mil hombres, que desembarcase al Sur de la isla y la levantase».²²²

Uno de los factores que llevó al fracaso de estos planes estuvo relacionado con la abierta oposición del gobierno de Estados Unidos a que la expedición militar saliera de

²²¹ En Jorge Quintana: *Índice de extranjeros en el Ejército Libertador de Cuba (1895-1898)*, La Habana, Archivo Nacional de Cuba, 1953, p. 349.

²²² Benjamín Vicuña Mackenna: *Diez meses de Misión a los Estados Unidos de Norte América como agente confidencial de Chile*, [s.l.], Imprenta de La Libertad, 1867, pp. 75-76.

su territorio y que conllevó el arresto y enjuiciamiento de Vicuña Mackenna, acusado de violar las leyes norteamericanas de neutralidad. Además, el gobierno de Washington apresó el barco chileno *Meteoro*, cargado de pertrechos. El 9 de abril de 1866 el gobierno chileno puso fin de manera oficial a la encomienda dada a Vicuña Mackenna, quien regresó a su país, no sin antes entregar el armamento que había logrado preservar a la junta de cubanos encabezada por Macías. El singular papel jugado por Chile a favor de la independencia de Cuba, apenas dos años antes del estallido de la Guerra de los Diez Años, el 10 de octubre de 1868, puede explicar que la bandera enarbolada entonces por Carlos Manuel de Céspedes, al iniciar en *Demajagua* la guerra de independencia cubana, reprodujera la enseña nacional chilena con la sola modificación de sus colores.

Perú y la emancipación de Cuba

Como acabamos de explicar, la agresión de España a los países de la América del Sur en el litoral del Pacífico, condujo a los gobiernos de Chile y Perú a promover la independencia de Cuba. En cumplimiento de esa misión, el representante chileno en Estados Unidos, Vicuña Mackenna, propuso al presidente peruano, Mariano Ignacio Prado organizar una expedición conjunta, quien respondió: «La causa de Cuba es una causa santa, la causa de la redención americana. Cuba es América y América es mi patria, y ¿qué no haría yo por América, qué no haría yo por mi patria?». ²²³ Según el propio Prado reveló al patriota cubano Francisco Vicente Aguilera, para este propósito disponía de los mo-

²²³ Citado por Gustavo Sotolongo: *La participación de Perú en la Guerra de Cuba de los Diez Años*, Lima, La Opinión Nacional, 1926, p. 40.

nitores *Atahualpa* y *Manco Cápac*, así como veinte mil fusiles y artillería.

Fue el presidente José Balta, al frente del gobierno peruano desde enero de 1868, a quién se debe el reconocimiento de la beligerancia de los patriotas cubanos, tras el estallido el 10 de octubre de ese mismo año de la insurrección armada. Su decreto del 12 de junio de 1869 también autorizaba a los consulados de Perú a prestar protección y ayuda a los combatientes antillanos. Más lejos llegó el propio mandatario unos meses después, al firmar un nuevo decreto, el 13 de agosto de ese mismo año, que reconocía «la independencia de la Isla de Cuba de la dominación española, como igualmente al Gobierno Republicano establecido en ella»,²²⁴ que convirtió a Perú en el primer país de nuestra América Latina en dar ese paso, que solo seguiría Guatemala.

Fue el siguiente presidente peruano, Manuel Pardo, en el poder entre 1872 y 1876, quien se reunió con el enviado de la República de Cuba en Armas, Manuel Márquez Sterling, y nombró a varios patriotas de la isla como cónsules del Perú. A pesar de las graves dificultades financieras del país andino, el propio gobernante entregó recursos que servirían para la malograda expedición del *Uruguay*, en la que se enrolaron tres hijos del expresidente Prado: Leoncio, Grocio y Justo. Varados en New York, al fracasar el plan del *Uruguay*, los dos últimos hermanos Prado lograrían su propósito de luchar por la independencia cubana, uniéndose a su Ejército Libertador. Uno de ellos, Grocio, combatió junto a Máximo Gómez hasta el final de la contienda independentista (1878).

Por su parte, Leoncio Prado, tras infructuosos intentos de obtener un buque para artillarlo y dedicarlo a hosti-

²²⁴ Ibid., p. 17.

lizar a España, se apoderó por la fuerza del vapor hispano *Moctezuma*, cuando salía de Puerto Plata (República Dominicana), el 7 de noviembre de 1876. Leoncio, acompañado de solo diez cubanos, mantuvo en jaque a la marina española que lo perseguiría hasta enero del año siguiente. Ante la imposibilidad de poder mantener navegando el buque, sus tripulantes quemaron el *Céspedes*, nuevo nombre dado a la embarcación, frente a las costas centroamericanas y se refugiaron en Honduras. Leoncio volvió entonces a New York a hacer campaña a favor de Cuba y fue ascendido a coronel del Ejército Libertador, hasta que la proximidad de la guerra de su país con Chile lo obligó a regresar a su patria, en la que peleó heroicamente en la batalla de Huamachuco (1883). Herido y postrado en una cama, fue fusilado por los invasores.

Uno de las últimas acciones peruanas a favor de la causa cubana durante la Guerra de los Diez Años (1868-1878) provino precisamente del mencionado presidente Prado, quién en 1876, vísperas de ocupar por segunda vez la jefatura del estado, declaró: «Demostremos al mundo un hermoso ejemplo ayudando y auxiliando a nuestros hermanos de Cuba en sus sacrificios por la patria».²²⁵ El propio mandatario invitó a un representante de la República de Cuba en Armas al Congreso de Juriconsultos Americanos de Lima (1877), argumentado que:

Para el gobierno del Perú, que hace largo tiempo reconoció la independencia de Cuba, ha entrado ya, esta importante fracción de la América, en el rol de los Estados soberanos; y, no obstante, las circunstancias en que se halla colocada esa nueva nacionalidad, por efecto de la

²²⁵ Tomado de César García del Pino: *Leoncio Prado y la Revolución Cubana*, La Habana, Editorial Orbe, 1980, p. 88.

heroica lucha que aún sostiene, cree de su deber convocarla, como tiene el honor de hacerlo por mi conducto, a tomar parte en la formación de ese Congreso.²²⁶

Las tres independencias de República Dominicana

Santo Domingo tuvo que obtener tres veces su emancipación. La primera ocurrió, como ya dijimos, cuando el 30 de noviembre de 1821 el criollo José Núñez de Cáceres y el coronel negro Pablo Alí, al mando del Batallón de Pardos Libres, desarmaron a las tropas hispanas y proclamaron el *Estado Independiente de la Parte Española de Haití*. La ocupación de Santo Domingo por el nutrido ejército de Jean Pierre Boyer, el 8 de febrero de 1822, frustró la emergente nación, absorbida durante dos décadas por la república haitiana.

Para recobrar la efímera independencia, jóvenes criollos influidos por el liberalismo, como Juan Pablo Duarte, fundaron el 16 de julio de 1838 una organización secreta de matriz católica, que en honor a la Santísima Trinidad se llamó La Trinitaria. En 1843, la sublevación generalizada contra el régimen de Boyer, abrió un periodo de inestabilidad en Haití que facilitó proclamar por segunda vez la emancipación de Santo Domingo. Para lograr la separación, los trinitarios Francisco Rosario Sánchez y Matías Ramón Mella —Duarte estaba exiliado—, se aliaron al grupo aristocrático de Tomás Bobadilla, exfuncionario público de Boyer, y los prominentes hateros Pedro y Ramón Santana. Adelantándose a los planes de estos últimos para restablecer la soberanía española, y a los del rico propietario

²²⁶ En Manuel Márquez Sterling, *La diplomacia en Nuestra Historia*, La Habana, Instituto del Libro, 1967, p. 88

Buenaventura Báez, que buscaba la protección de Francia, el 27 de febrero de 1844 estalló la incruenta rebelión independentista que permitió ocupar la fortaleza Ozama, expulsar al ejército haitiano y fundar la República Dominicana.²²⁷

Al año siguiente —al igual que en 1849 y 1855—, nuevas invasiones haitianas fueron derrotadas por las fuerzas de Pedro Santana. Gracias a su control del ejército, formado con sus propios peones, este militar depuso en 1844 al efímero gobierno provisional de Bobadilla y expulsó del país a Duarte, Sánchez y Mella. Un congreso constituyente le otorgó plenas facultades, de las que se valió para reprimir a sus opositores, entre ellos al patriota José Joaquín Puello (1847), aunque tendría que disputar el poder durante los siguientes tres lustros a su principal rival Buenaventura Báez. Finalmente, el 18 de marzo de 1861, Santana consiguió su objetivo y proclamó la anexión a España.

La historia de la recolonización española no solo tenía que ver con el ruinoso estado de la economía y la permanente hostilidad haitiana, sino también con la amenaza expansionista de Estados Unidos, pues en octubre de 1860 unos norteamericanos se apoderaron de la isla dominicana de Alta Vela —rica en guano—, de donde fueron expulsados por Santana. Francisco del Rosario Sánchez, opuesto a la anexión a España, penetró desde Haití con algunos de sus partidarios, pero traicionado fue ejecutado el 4 de julio de 1861.

El nuevo periodo de dominación hispana en Santo Domingo fue breve. Las medidas restrictivas aplicadas por el poder colonial, entre ellas la sustitución de los funcionarios dominicanos por españoles —como el propio Santa-

²²⁷ Mas información en Roberto Cassá: *Historia social y económica de la República Dominicana*, Santo Domingo, Editora «Alfa y Omega», 1979, t. I, pp.219-235

na, relevado como Capitán General (julio de 1862)— y la desilusión ante la prolongación del estancamiento económico, auparon el movimiento de restauración Republicana, que comenzó con el levantamiento popular en Capotillo el 16 de agosto de 1863.²²⁸

Los dominicanos hicieron una exitosa guerra de emboscadas y guerrillas que duró hasta el 3 de marzo de 1865, en la que se destacó el general mulato Gregorio Luperón. Al triunfo patriota también contribuyeron las enfermedades tropicales, que hicieron estragos en el ejército enemigo. Cuatro meses después de concluida la Guerra de la Restauración, con el restablecimiento por tercera vez de la República Dominicana, los criollos que habían combatido junto al ejército español en Santo Domingo, a las órdenes de Santana —muerto en junio de 1864—, fueron retirados por la metrópoli al oriente de Cuba. Por esas paradojas de la historia, muchos de ellos, como los oficiales dominicanos Modesto Díaz, los hermanos Marcano y Máximo Gómez, tendrían un papel muy relevante en las guerras de liberación de la Mayor de las Antillas desde el grito de Demajagua el 10 de octubre de 1868.

Antillanismo

Terminada la guerra restauradora contra la metrópoli española, que como hemos visto, permitió el restablecimiento de la República Dominicana como estado independiente en 1864, cobraron fuerza los planes para reunificar la isla de La Española, que había tenido un solo gobierno entre 1822 y 1844. Según el historiador dominicano Emilio

²²⁸ Véase Frank Moya Pons: *Manual de Historia Dominicana*, Barcelona, Industrias Gráficas M. Pareja, 1978, pp. 337-370.

Cordero Michel, el ideario de la unidad antillana emergió «como fruto natural y lógico, del pensamiento y la acción revolucionaria de los prohombres de la Restauración».²²⁹

En esta empresa unionista, dirigida a disuadir nuevos intentos de dominación extranjera sobre Santo Domingo, los dominicanos, encabezados por Gregorio Luperón, contaban con el respaldo del presidente de Haití Fabre Geffrard y de otros prominentes políticos haitianos de la época como Nissage Saget y Louis Joseph Janvier. La Guerra de los Diez Años en Cuba, iniciada en 1868 contra el colonialismo español, condujo a la ampliación del proyecto de unidad, limitado originalmente solo a La Española, para que incluyera a la Mayor de las Antillas y Puerto Rico.

Desde esta época, políticos e intelectuales de la cuenca del Caribe, entre ellos los puertorriqueños Ramón Emeterio Betances, Eugenio María de Hostos, Segundo Ruiz Belvis y José Francisco Basora; los dominicanos Gregorio Luperón, Ulises Espaillat, José María Cabral y Pedro F. Bonó; los haitianos Nissage Saget, Fabre Geffrard, Louis Joseph Janvier y Antenor Firmin; los cubanos Juan Manuel Macías, Francisco Vicente Aguilera, Antonio Maceo, José Martí, y el cubano-dominicano Máximo Gómez, por mencionar los más relevantes, coincidían en la necesidad de alcanzar la unidad de Haití, República Dominicana, Cuba y Puerto Rico, estas dos últimas todavía colonias de España.

Eugenio María de Hostos, que ya luchaba por la emancipación de su natal Puerto Rico y de Cuba, creó en 1869

²²⁹ Emilio Cordero Michel: *El antillanismo de Luperón*, IV Congreso Dominicano de Historia, Santo Domingo, República Dominicana, 1989, p. 6. Más detalles en Ramón de Armas: «La vanguardia antillana de la segunda mitad del XIX y la estrategia revolucionaria continental de José Martí», en Liana Hilda de Armas Delamarter-Scott: *La mirada martiana de Ramón de Armas*, La Habana, Ruth Casa Editorial, 2010, p. 53 y ss.

en Nueva York, junto a Ramón Emeterio Betances, Juan Francisco Basora y Juan Manuel Macías, la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico, dirigida a apoyar la guerra de independencia cubana y núcleo original del proyecto de confederación antillana. A favor de este objetivo estratégico se fueron sumando otras figuras caribeñas, como Luperón y Ulises Espaillat. Incluso, este último llegó a considerar que una liga antillana, además de unir a los pueblos de las Antillas Mayores, debería incorporar a las demás islas del Caribe.

Se sabe que el vicepresidente de la República de Cuba en Armas, Francisco Vicente Aguilera, viajó a Estados Unidos con el propósito no solo de impulsar una alianza cubano-puertorriqueña para la independencia, sino también para contribuir a la creación futura de una gran federación antillana. En 1874, la Sociedad de Artesanos de Cayo Hueso, formada por trabajadores cubanos emigrados a Estados Unidos, buscó contactar con la Liga de las Antillas creada ese año en París por Betances y Luperón. La corriente antillanista entre los emigrados radicados en territorio norteamericano se desarrolló con tanta fuerza que dos años después numerosos líderes de esta comunidad se adhirieron a la idea de la confederación de las Antillas para hacer respetables y fuertes a las naciones insulares.

Desde 1876 Antonio Maceo también se pronunció por la unidad antillana y después de la Protesta de Baraguá, fundamentó su posición a favor de una república cubana que se integrara con las de Santo Domingo y Haití. Poco después de terminada la Guerra de los Diez Años en Cuba (1878), Maceo y Luperón impulsaron una conspiración en el oriente de Cuba, llamada Liga Antillana, que pretendía la independencia de Cuba y Puerto Rico y su integración posterior con la República Dominicana. Por su parte, Máximo Gómez llegó a considerar que el porvenir de las Antillas estaría asociado a un esfuerzo unitario de esta naturaleza. Fue

José Martí, tras crear el Partido Revolucionario para la independencia de Cuba y Puerto, quien le dio a este proyecto un sentido antimperialista como confesó en carta inconclusa a su amigo mexicano Manuel Mercado, poco horas antes de su caída en combate el 19 de mayo de 1895: «ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América».²³⁰

Apoyo mexicano a Cuba desde 1868

México fue el primer país que reconoció a los patriotas cubanos tras el estallido de la Guerra de los Diez (1868-1878) el 10 de octubre de 1868, después de la formación en Guáimaro, en los primeros días de abril del año siguiente, de una asamblea nacional y un gobierno Republicano presidido por Carlos Manuel de Céspedes. En reacción a estos acontecimientos, la cámara de diputados de México autorizó, por abrumadora mayoría, el reconocimiento de la beligerancia de los insurrectos cubanos, lo que fue sancionado por decreto del presidente Benito Juárez el 6 de abril de 1869, así como la admisión en los puertos mexicanos de los buques con la bandera de Cuba.

A favor de esta resolución, que en rigor cronológico fue la primera adoptada por un país de nuestra América, trabajaron los cubanos Pedro Santacilia, secretario y yerno del mandatario mexicano, y el poeta Juan Clemente Zenea, quien era representante en México del gobierno de Cuba en Armas. En agradecimiento por este gesto solidario, el presidente Céspedes escribió el 9 de junio de 1869 a Juárez:

²³⁰ José Martí: *Obras Completas*, op.cit., t. I, p. 271

Por una comunicación que el Ciudadano Pedro Santacilia [...] ha llegado a conocimiento de este gobierno, que el gobierno general de esa República de que es usted Excelentísimo muy digno Presidente, ha acordado se reciba la bandera de Cuba en los puertos de la Nación [...] Me es altamente satisfactorio que Méjico haya sido la primera Nación de América que hubiese manifestado así sus generosas simpatías a la causa de la independencia y libertad de Cuba.²³¹

Hay que recordar que el ambiente existente entonces en América Latina era muy hostil a España y en especial en México, que recién salía de la cruenta guerra de liberación contra los invasores franceses y sus aliados conservadores internos, que habían disfrutado del incondicional apoyo militar y económico del gobierno de Madrid gracias al tratado Mont-Almonte (1859). Todavía en 1867 el Capitán General español en Cuba permitía la organización de una expedición armada en La Habana del depuesto dictador conservador Antonio López de Santa Anna, quien pretendía recuperar el poder.

Eso explica que muchos mexicanos se ofrecieron de voluntarios para ir a combatir a Cuba. Algunos de ellos estaban vinculados a los hermanos cubanos Manuel y Rafael de Quesada, que se habían distinguido como altos oficiales Republicanos en la guerra contra el Imperio de Maximiliano. Por ejemplo, en la expedición del *Perrit*, que desembarcó en Cuba el 11 de mayo de 1869, procedente de New York, con cerca de dos centenares de expedicionarios —la mitad de ellos extranjeros—, se encontraban varios mexicanos, encabezados por el coronel del ejército de México José Lino Fernández Coca.

²³¹ Tomado de Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo: *Carlos Manuel de Céspedes. Escritos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1982, t. II, p. 54.

En enero de ese mismo año arribaron a La Habana los también oficiales mexicanos Gabriel González Galbán y José Inclán Risco, también luchadores en la contienda contra los ocupantes franceses. Incorporados a las fuerzas insurrectas, alcanzaron los grados de generales del Ejército Libertador. Inclán Risco, llegó a Jefe de la División Holguín, aunque fue capturado por los españoles que lo fusilaron en Puerto Príncipe (Camagüey) el 15 de junio de 1872.

El enrarecimiento del clima político mexicano, provocado por las contradicciones intestinas despertadas por la reelección de Juárez y los levantamientos armados del general Porfirio Díaz, así como el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con España (1871), impidieron un mayor apoyo de México a la causa de Cuba. No obstante, en enero de 1876, el presidente Sebastián Lerdo de Tejada, sucesor del Benemérito de las Américas en el gobierno de México, valoró con el coronel Rafael de Quesada la posibilidad de enviar a Cuba doscientos oficiales y mil soldados, además de armas y municiones, propósito frustrado con el ascenso al poder de Porfirio Díaz el 26 de noviembre de ese mismo año.

La morigerada reforma liberal guatemalteca

En la tierra del quetzal, la reforma liberal, enfilada contra el viejo orden socio económico heredado de la colonia, refrendado por la dictadura conservadora de Rafael Carrera, fue un pálido reflejo de la de México. Los liberales lucharon sin éxito durante mucho tiempo contra ese régimen, lo mismo que hicieron contra su sucesor, el mariscal Vicente Cerna, quien se reeligió en 1869, en medio de una grave crisis económica y financiera, cuando el café aún no

lograba ocupar el lugar de la grana en las exiguas recaudaciones fiscales.

En sus inicios, el nuevo levantamiento liberal de 1870 fue un fracaso y los involucrados solo pudieron ocupar unos pocos pueblos en Huehuetenango. Reorganizados en México, pasaron al contra ataque al año siguiente, ocupando San Marcos y Retalhuleu, guiados por Justo Rufino Barrios y Miguel García Granados. Las victorias militares de Laguna Seca (28 de mayo) y San Lucas Sacatepéquez (30 de junio) les permitió entrar en la capital. Establecido el gobierno provisional de García Granados, se dispuso el libre cultivo del tabaco y la expulsión de los jesuitas, que provocó una sublevación conservadora alentada por el clero.

Fue durante la presidencia de Barrios, iniciada en 1873, que se llevaron adelante las principales reformas, como la consolidación de los bienes procedentes de «manos muertas», la secularización de propiedades eclesiásticas, la abolición del censo enfiteutico, el fin del enclaustramiento de religiosos y el establecimiento del registro civil, disposiciones recogidas en la constitución de 1879, que estableció la separación de la Iglesia del Estado. De esa forma se puso fin a lo que el viajero John L. Stephens describiera como un territorio «plagado de sacerdotes, frailes y monjas de diferentes órdenes. Por todas partes los edificios más suntuosos, las tierras mejor cultivadas, y la mayor parte de la riqueza del país estaban en sus manos».²³²

Pero la reforma liberal de Barrios no transformó en profundidad la anquilosada tierra del quetzal, aunque se eliminaran los privilegios y fueros de la Iglesia. Prueba de ellos es que las tierras del clero y las comunidades indígenas, afec-

²³² Citado por Luis Cardoza y Aragón: *Guatemala, las líneas de su mano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1955, p. 233.

tadas por un decreto de 1877, sirvieron para engrosar en número y extensión las fincas cafetaleras, en particular en Quezaltenango, San Marcos y Alta Verapaz. Para garantizar la fuerza de trabajo, los indígenas que lograron conservar sus tierras —en particular en el frío altiplano, no apto para el cultivo del grano— tenían que trabajar por temporadas en las haciendas (*mandamientos*), bajo amenaza de represión militar, como si siguieran en la colonia. Muchos de ellos se endeudaban con los finqueros —a esto se llamaba la *habilitación*—, por lo general con métodos inescrupulosos, y se convertían en verdaderos siervos al estilo de la Europa medieval. Los abusos a los pueblos originarios provocaron airadas revueltas, entre ellas la de los quichés (1877), junto a la aparición de guerrillas indígenas como la de Momostenango.

La moderada reforma liberal guatemalteca propició un extraordinario crecimiento de la producción cafetalera, al disponer los finqueros de tierras baratas —baldías, eclesiásticas y las de comunidades—, mano de obra casi gratuita y buenos precios en el mercado internacional. Entre 1870 y 1880, el cultivo y la exportación del grano creció en un 150 %, favorecido con la construcción de puertos, almacenes, caminos, telégrafos y ferrocarriles, en gran parte con capital alemán y norteamericano.

Una de las aspiraciones de Justo Rufino Barrios era restablecer la integración centroamericana, meta incluida en la constitución de 1879. Imposibilitado de alcanzarla por la vía pacífica, el mandatario decidió imponerla a sus vecinos, pese a la oposición de México y los Estados Unidos, a la vez que se proponía evitar la construcción de un canal norteamericano por Nicaragua. El 28 de febrero de 1885, el presidente de Guatemala proclamó restablecida la unión centroamericana e invadió El Salvador, donde obtuvo las victorias de Coco y San Lorenzo.

Pero en el combate de Chalchuapa, el 2 de abril de ese año, perdió la vida y su desmoralizado ejército, al mando de Adolfo Hall, regresó a Guatemala. Pese a la inesperrada muerte de Barrios, el morigerado reformismo liberal terminó por imponerse en toda la región bajo la conducción de tres de sus discípulos: Marco Aurelio Soto en Honduras, Rafael Zaldívar en El Salvador y José Santos Zelaya en Nicaragua.

Inmolación paraguaya

El 1 de marzo de 1870 se produjo el trágico capítulo final de la Guerra de la Triple Alianza, vertebrada por Brasil, Argentina y Uruguay contra Paraguay. Ese día, cinco mil soldados brasileños atraparon en Cerro Corá a los maltrechos restos del ejército del mariscal Francisco Solano López, que defendían con fiereza la soberanía nacional. El combate final de la contienda fratricida fue una verdadera carnicería humana, pues los oficiales paraguayos, muchos de ellos heridos, mutilados o enfermos, negados a rendirse, eran masacrados por los invasores.

El propio presidente López, quien tampoco aceptaba capitular, con unos pocos de sus hombres, fue rodeado por numerosos lanceros brasileños, que le hirieron en el vientre y la cabeza. Herido de muerte, se internó rumbo al Aquidabán Nigui y en el camino cayó del caballo y pidió que lo llevaran hasta ese arroyo. Enseguida aparecieron los brasileños encabezados por el propio general Correa de Cámara, quien se aproximó a López y le intimó la rendición. El mariscal presidente, incorporándose penosamente, le lanzó a Correa de Cámara una estocada como respuesta y exclamó: «Muero con mi

patria».²³³ El jefe enemigo ordenó que fuera desarmado, trabándose López en lucha desigual con el soldado que intentó hacerlo, mientras otro le disparaba, matándolo de un balazo en el corazón.

La historia de este devastador conflicto, instigado por Inglaterra, tiene que ver con los inicios del reparto del mundo por las potencias industrializadas, a lo que se resistía casi en solitario, la República del Paraguay. Su política nacionalista era una herencia de la generación que había realizado la independencia bajo la dirección del doctor José Gaspar de Francia, proclamado por los paraguayos dictador desde 1814. El gobierno del doctor Francia —recreado en la literatura por Augusto Roa Bastos en su extraordinaria novela *Yo, el supremo* (1975)— expropió a terratenientes y ricos propietarios, estableció el monopolio estatal del comercio exterior e impidió la libre entrada de manufacturas y capitales foráneos. Las tierras fueron repartidas a los campesinos y con otras creó las *estancias de la patria*, para abastecer a su ejército, construyendo una sociedad igualitarista sin paralelo en el resto del continente.

A su muerte en 1840 le sucedió Carlos Antonio López, quien continuó la política de su antecesor. Conseguida la libertad de navegación por el Paraná (1852) y el reconocimiento internacional a la independencia, el gobierno paraguayo, a lo que ya nos referimos en epígrafe anterior, impulsó el desarrollo autóctono que permitió incluso la fabricación de barcos, algunos de acero y vapor, e instalar el primer ferrocarril del Río de la Plata, a pesar de la persistente presión de sus vecinos e incluso la amenaza de agresión de una escuadra de Estados Unidos, que remontó el Paraná en 1858.

²³³ Citado por José María Rosa: *La guerra del Paraguay y las montoneras argentinas*, Buenos Aires, Punto de Encuentro, 2008, p. 280.

En 1862 a Carlos Antonio López le sucedió en la presidencia su hijo Francisco Solano, quien debió enfrentar los apetitos del imperio esclavista del Brasil y del gobierno de Buenos Aires, ambos dependientes del capital británico. Tras la injustificada intervención militar brasileña en Uruguay (1864), que trajo la caída del presidente oriental Berro, aliado del mariscal López, la guerra se hizo inevitable ante la posibilidad real de un bloqueo total al Paraguay. La formación de una alianza secreta en 1865 de Brasil, Argentina y Uruguay, bajo la tutela de Inglaterra, fue el puntillazo final.

Al principio de la guerra, los paraguayos llevaban la iniciativa y se peleaba lejos de sus fronteras, pero después de la derrota de su flota en El Riachuelo (12 de junio de 1865) y el desastre de Uruguayana (septiembre), la contienda se volcó sobre su territorio. En las grandes batallas del Estero Bellaco y Tuyutí (mayo de 1866) —consideradas las más mortíferas y monumentales de toda la historia de nuestra América—, la larga resistencia de Curupaytí y la tenaz defensa de la fortaleza de Humaitá —rendida en 1868—, así como en un sinnúmero de otros encarnizados combates, los soldados paraguayos demostraron arrojo y valor asombrosos. Caída Humaitá y dominado el río por la moderna flota brasileña, la superioridad en efectivos y armamentos de los aliados se impuso. A pesar de ello, Solano López siguió peleando al frente de los soldados sobrevivientes —muchos de ellos niños con barbas postizas—, después de trasladar su capital cuatro veces a lugares cada vez más intrincados, hasta perecer en Cerro Corá junto a lo que quedaba de su antiguo ejército.²³⁴

²³⁴ Más detalles en Sergio Guerra Vilaboy: *Paraguay: de la independencia a la dominación imperialista, 1811-1870*, Asunción, Carlos Schauman Editor, 1991

Como resultado de la bárbara contienda, desapareció más de la mitad de la población de Paraguay, que también perdió partes apreciables de su territorio. El país vencido y ocupado tuvo que aceptar gravosas reparaciones de guerra y la apertura del mercado nacional a las manufacturas y el capital extranjero. Además, debió contraer el primer empréstito de su historia, dando en garantía las mejores tierras, bosques y hasta su más preciada joya, el ferrocarril nacional, que pasó a propiedad británica como The Paraguay Central Railway Company, verdadero símbolo del saqueo a que fue sometida toda una nación.

La mayor batalla americana

Durante la Guerra de la Triple Alianza (1864-1870) se produjo la batalla de Tuyutí, considerada la más descomunal y mortífera de toda nuestra historia. Se produjo, como relatamos, después de las derrotas militares sufridas por el ejército paraguayo fuera de sus fronteras, en la primera etapa de la contienda fratricida.

Obligado a adoptar una política de guerra defensiva, el presidente Francisco Solano López ordenó en octubre de 1865 la evacuación de las regiones ocupadas en Entre Ríos, Corrientes y Río Grande do Sul. Fueron retirados básicamente los efectivos del coronel Isidoro Resquín, que se hallaban inactivos desde agosto en Bella Vista. Para esperar al enemigo, el mariscal López estableció su cuartel general en la fortaleza de Paso de la Patria, pocos kilómetros al norte del fortín Itapirú, en la confluencia de los ríos Paraná y Paraguay. A su espalda tenía los nada desdeñables bastiones de Curuzú, Curupayty, y Humaitá, que vigilaban el acceso al río que da nombre a la acosada república sudamericana.

Durante varios meses los dos contendientes se conformaron con estudiarse, aguas fluviales de por medio. Reunidos en Corrales, en la orilla izquierda del Paraná, se habían concentrado no menos de cuarenta y cinco mil soldados aliados: treinta mil brasileños, doce mil argentinos y tres mil orientales. Solo se esperaba que los acorazados imperiales asegurasen el dominio del río, para iniciar el avance del ejército más poderoso reunido hasta entonces en nuestra América. Los paraguayos, a pesar de la superioridad aliada, realizaron audaces incursiones al mando del coronel José Eduvigis Díaz. Atacaban a las avanzadas enemigas y obligaban a huir tierra adentro a sus unidades de caballería.

Los aliados, comandados por el general argentino Bartolomé Mitre, desembarcaron en el litoral paraguayo el 16 de abril de 1866. cerca de Laguna Vera, casi en la confluencia de los ríos Paraná y Paraguay, tras observar la zona con sus globos aerostáticos. Hasta allí los condujo una enorme flota brasileña, compuesta por treinta vapores de transporte y más de veinte buques de guerra dotados de hélice. De ellos, cuatro eran acorazados y uno poseía incluso torretas artilladas giratorias. Los bombardeos de la escuadra no tardaron en demoler los fuertes de Itapirú y Paso de la Patria, para obligar a los defensores a replegarse al interior.

Dos semanas después, el 2 de mayo de 1866, Estero Bellaco servía de preámbulo a la batalla monumental que se avecinaba. En ese sitio, ambos bandos se enfrentaron con un saldo de dos mil bajas cada uno, aunque los paraguayos consiguieron arrebatarse a los invasores cuatro piezas de artillería y varios carros con armamento moderno. El día 24, los veinticinco mil hombres del ejército paraguayo atacaron, al grito de ¡Viva la República del *Paraguay!* ¡*Independencia o muerte!*, a los cuarenta mil aliados. protegidos por fosas y cento cincuenta cañones, asentados en la única parte seca de Tuyutí, rodeada de pantanos.

En esta terrible batalla las tropas de Mitre sufrieron trece mil bajas, incluido el general brasileño Antonio de Sampaio, muerto en combate. Por su parte, los paraguayos, guiados por los altos oficiales Vicente Barrios, Díaz y Resquín, perdieron cerca de catorce mil hombres, más de la mitad de ellos muertos. En cuestión de horas habían perecido más de quince mil personas en la batalla más sangrienta en la historia de América. Al caer la tarde, en los cañadones y esteros de Tuyutí quedaban los restos del mejor ejército del Paraguay y la élite de su oficialidad, lo que dio a los aliados desde entonces una superioridad numérica que sería decisiva en el curso ulterior de la contienda. En esa batalla los vencedores capturaron más de trescientos prisioneros, cuatro cañones, cinco mil rifles y cinco banderas.

Una de estas enseñas se la arrebataron a un soldado herido, que había dedicado los últimos instantes de su vida a desgarrarla, para evitar cayera en manos del enemigo. Los episodios heroicos se repetían a diario en las trincheras paraguayas. El propio mariscal brasileño Luis Alves de Lima e Silva, marqués de Caxias, se vio obligado a admitir en despacho privado al emperador Pedro II: «Todos los encuentros, todos los asaltos, todos los combates habidos desde Coímbra a Tuiutí, muestran y sostienen de una manera incontestable que los soldados paraguayos son caracterizados de una bravura, de un arrojo, de una intrepidez, y de una valentía que raya a ferocidad sin ejemplo en la historia del mundo».²³⁵

²³⁵ Citado por León Pomer: *La guerra del Paraguay ¡gran negocio!*. Buenos Aires, Ediciones Caldén, 1968, pp. 343-344.

Saqueo de Asunción

En los primeros días de 1869, en las postrimerías de la guerra contra Paraguay, Asunción fue desvalijada por los ejércitos de ocupación de Brasil, Argentina y Uruguay. El pillaje en la capital paraguaya se inició con la entrada de las tropas brasileñas del general Gastón de Orleans, conde d'Eu.

Diez meses antes la flota imperial blindada de Brasil había bombardeado Asunción, lo que obligó a evacuarla por decisión del mariscal presidente Francisco Solano López, dejándola casi desguarnecida. Pero los aliados, que temían la heroica resistencia paraguaya, postergaron su toma, mientras la capital era trasladada a Luque, que luego correría la misma suerte. Detrás de los miles de soldados brasileños ingresaron las fuerzas argentinas del general Emilio Mitre, acompañadas de ochocientos oficiales y soldados antilopiztas de la llamada Legión Paraguaya, al servicio de los agresores a su tierra natal, además de exiliados, comerciantes y aventureros extranjeros, junto con cientos de ciudadanos hambrientos, enfermos y heridos. De inmediato, los invasores se lanzaron al saqueo de edificios públicos y mansiones privadas abandonadas por sus moradores.

Los asaltantes se llevaban todo lo que podían: muebles finos del Club Nacional, recién adquiridos en Europa, y los de la enorme mansión del presidente López, hoy Palacio Presidencial, de la residencia de su mujer, Elisa Lynch, así como de otros familiares y allegados. También se robaron de las viviendas cuadros valiosos, alfombras, espejos venecianos, verjas de hierro forjado, estatuas de mármol, pianos de marcas famosas, junto a vajillas de oro y plata, incluyendo la lujosa carroza presidencial, mientras otros escarbaban los cementerios y jardines en busca de supuestos tesoros escondidos. De esta oleada de hurtos no escaparon la legación norteamericana, ni los consulados de Francia e Italia.

La rapiña de los nuevos conquistadores no se limitó a objetos valiosos, sino incluyó buena parte de sus archivos nacionales, de lo que se encargó el ministro de Brasil en Asunción, verdadero procónsul, José da Silva Paranhos, premiado con el título de vizconde de Ouro Preto. Fueron sustraídos más de cincuenta mil documentos paraguayos, entre ellos los arrebatados al propio presidente López en agosto de 1869, al abandonar la tercera capital en Piribebuy, y los que tenía en su último campamento de Cerro Corá, donde cayó en combate el 1 de marzo de 1870.

Al despojo incontrolado se sumó la orgía de violaciones de la soldadesca extranjera a las indefensas mujeres y niñas. El escándalo llevó al propio representante de Estados Unidos, general Martin T. McMahon, a informar el 19 de julio que el ejército brasileño era «una horda licenciosa y sin ley, para vergüenza de la humanidad y la reputación del soldado», agregando que el argentino compartía «las barbaridades perpetradas por sus aliados contra las indefensas mujeres y niñas del Paraguay».²³⁶

A la luz de las casas incendiadas y las fogatas, alimentadas con muebles, papeles, puertas y ventanas, desfilaban hacia el puerto asunceño los carros repletos con los bienes del saqueo. El propio general Enrique Castro, jefe del ejército uruguayo, cargó un vapor con cueros y tabaco sustraídos, que llevaba como lastre rieles robados. Muebles de los López llegaron a ser exhibidos, como trofeos de guerra, en la residencia oficial en Buenos Aires del presidente Domingo Faustino Sarmiento. Como escribió el historiador paraguayo Juan E. O'Leary:

²³⁶ Citado por Harris Gaylord Warren: *Paraguay y la Triple Alianza, La década de posguerra: 1869-1878*, Asunción, Intercontinental Editora, 2009, p. 32

Como se sabe, la Asunción fue saqueada. Los jefes y oficiales enemigos mandaron robar, metódicamente, todo cuanto tuviese algún valor en la abandonada capital. Nada se respetó, ni los cementerios. Hasta las tumbas fueron profanadas, husmeándose el botín hasta entre los huesos de los muertos. El famoso Barón del Pasaje llenó sus barcos con pianos y muebles finos, mientras otros más modestos se contentaban con cualquier cosa, llevándose los mármoles, las puertas, y hasta los marcos de los mejores edificios. Durante meses una escuadra de modernos piratas no descansó en la tarea de llevar al Plata el fruto de la rapiña.²³⁷

Último general paraguayo

El general Bernardino Caballero Melgarejo, fue un héroe de la guerra del Paraguay contra la Triple Alianza. *El Centauro de Ibicuy*, como se le conoció por su arrojo al frente de la caballería paraguaya, fue el último general en rendirse a los invasores, tras la muerte en combate en Cerro Corá del presidente mariscal Francisco Solano López, el 1 de marzo de 1870

Incorporado seis años antes al ejército, Caballero combatió en las principales batallas y combates de la Guerra *Guasú* (Grande) con los países vecinos, lo que le valió sucesivas promociones y reconocimientos. Como soldado, tuvo su bautismo de fuego, en diciembre de ese mismo año, en la campaña de Mato Grosso, que permitió la ocupación de este territorio brasileño, y ya alférez fue ayudante del propio mariscal López en la fortaleza de Humaitá. Por su activa participación en las descomunales batallas de

²³⁷ Juan E. O'Leary, Juan E.: *El libro de los héroes. Páginas históricas de la guerra del Paraguay*, Asunción, Librería La Madrid, 1922, p. 281.

Estero Bellaco y Tuyutí (mayo de 1866), fue ascendido y condecorado.

Capitán de caballería. sobresalió por su bravura en Boquerón y Sauce (julio de 1866), y en la victoriosa batalla de Curupayty (septiembre), que paralizó durante un año la ofensiva enemiga, por lo que recibió la estrella de oficial de la Orden del Mérito. Impresionantes fueron sus cargas contra la caballería brasileña en Tyí y Tatayibá (octubre de 1867), que le significaron el grado de teniente coronel y otra Orden al Mérito. Al frente de toda una división, estuvo en la sangrienta segunda batalla de Tuyutí, y fue elevado al grado de coronel con nueva condecoración. Un año después, ya era general de brigada, apenas con veintinueve años, cuando la resistencia paraguaya adquiriría rango de epopeya.

Tras luchar en Acayuazá (julio de 1868), se distinguió en la campaña de Piquisiry, en los combates de Ytororó, Abay y la batalla de Lomas Valentinas, en diciembre de ese año, por lo que le fue conferida la Medalla de Amambay, último galardón conmemorativo de la contienda. En febrero de 1869 se impuso en Picada Diarte, aunque en la batalla de Acosta Ñú (agosto), protegiendo la retirada del gobierno a lugares más intrincados, no pudo impedir la masacre de cientos de niños que, con barbas postizas para parecer mayores, peleaban a sus órdenes. Ascendido a general de división, fue enviado por el mariscal López, quizás para preservarlo, en busca de provisiones para los restos del ejército, acorralado en Cerro Corá.

Rodeado, junto con sus pocos hombres, por una división brasileña junto al río Apa, se rindió el 8 de abril al conocer de la muerte del presidente y sus principales allegados. Llevado como trofeo de guerra a Brasil, como el oficial sobreviviente de mayor jerarquía, estuvo prisionero hasta diciembre de 1870, donde mantuvo con dignidad la representación del país derrotado, pero no vencido. Su

regreso produjo una conmoción en su devastada patria, que tenía ahora menos de la mitad de sus habitantes y estaba ocupada por los invasores.

Levantado en armas en 1873 y 1874 contra el gobierno, formado por exiliados y los integrantes de la Legión paraguaya, que había combatido al lado de los extranjeros, el *Centauro de Ibicuy* logró despejar el camino a la primera magistratura de exlopidistas, incluyendo la suya propia entre 1880 y 1886. Pero su labor gubernamental no estuvo a la altura esperada, pues terminó plegado a los intereses de la recompuesta élite criolla y el capital foráneo, en una evolución parecida a la de otros héroes nacionales de su generación como el mexicano Porfirio Díaz o el cubano José Miguel Gómez. Con el argumento de modernizar y reconstruir el país, enajenó a precios irrisorios el patrimonio nacional, que distinguía al Paraguay desde la época del doctor Francia, y en cuya defensa se habían inmolado centenares de miles de paraguayos en la Guerra *Guasú*.

Hasta su muerte, ocurrida en 1912, el general Caballero dirigió la Asociación Nacional Republicana o Partido Colorado, fundado por él en 1887, que sigue siendo fuerza política principal en la antigua tierra guaraní. Una esclarecedora biografía de esta poco conocida figura histórica de nuestra América, qué recomiendo a los lectores, es de la autoría del fallecido embajador de Paraguay en Cuba, doctor Bernardino Cano Radil y se titula *Bernardino Caballero. Coraje y templanza al servicio de la nación* (2020).

El barón negro de Brasil

La esclavitud en nuestra América fue un fenómeno más complejo de lo que a veces se piensa. Al lado de los

millones de víctimas de la trata inhumana y del trabajo brutal en las plantaciones, muchos esclavos pudieron formar familias, toleradas por los propietarios para la reproducción de sus dotaciones. En esas difíciles condiciones algunos trabajadores negros consiguieron la libertad, o la de sus hijos, y en ocasiones excepcionales, incluso lograron cierta fortuna.

Ese fue la evolución de Juan Bautista Fajardo en Cuba, de origen carabalí, que, tras conseguir su liberación, poseía en 1820 una docena de casas y casi medio centenar de esclavos, según menciona María del Carmen Barcia en su enjundioso libro *Los ilustres apellidos. Negros en La Habana colonial* (2009). En Saint Domingue, en vísperas de la Revolución Haitiana, existía un nutrido sector de plantadores mulatos y negros libres, hijos de colonos blancos sin otra descendencia, dueños de dotaciones y de un cuarto de la riqueza de esa colonia. Pero de todos los casos conocidos, sin duda el más afortunado de todos los propietarios negros, devenidos capitalistas en medio de la injusta sociedad esclavista, fue el de Francisco Paulo de Almeida (1826-1901) en Brasil, conocido como el barón negro.

Nacido en Minas Geraes en 1826, era hijo de un modesto comerciante, Antonio José de Almeida, y de una esclava nombrada Palolina. Tuvo que trabajar desde muy joven confeccionando botones y collares, mientras en sus ratos libres tocaba el violín en entierros, donde obtenía las velas que le permitían estudiar en la noche. Dedicado a vender ganado, pudo adquirir en 1860 su primera hacienda en el Arraial de São Sebastião do Río Bonito y dedicarse al cultivo de café. A su despeque contribuyó su matrimonio con una joven de poco más de quince años, hija de un hacendado fluminense, cuyos bienes quedaron a su cargo tras el fallecimiento de su suegro.

El éxito obtenido en la producción del aromático grano, le permitió comprar siete haciendas en el valle del Paraíba (Rio de Janeiro), entre ellas las de Pocinho y la Veneza. Se calcula que en todas sus tierras llegó a tener mil esclavos, pues según justifica su biógrafo, el historiador brasileño Carlos Alberto Dias Ferreira, en su libro *Barão de Guaraciaba: Francisco Paulo de Almeida: um negro no Brasil Império-Escravagista*: «No se trata de una contradicción que fuera negro y dueño de esclavos, pues tenía conciencia del período en que vivía y necesitaba mano de obra para trabajar en sus haciendas. Y la mano de obra disponible era la esclava».²³⁸

Durante los años del imperio brasileño (1821-1889), de Almeida fue el más exitoso empresario negro, con una fortuna estimada en setecientos mil contos de réis. Además de sus numerosas *fazendas* cafetaleras, era banquero, socio fundador del Banco Territorial de Minas Geraes, del Banco de Crédito Real de Minas Geraes, y accionista de la Compañía Mineira de Electricidad. Estuvo en 1889 entre los inversores de la primera usina brasileña —ubicada en Juiz de Fora, Minas Geraes— y del ferrocarril de Santa Isabel do Río Preto. Esta línea, inaugurada por el propio emperador Pedro II en 1883, atravesaba sus propiedades en Valença y era vital para las exportaciones de café.

Los lazos con la monarquía de los Bragança le facilitaron adquirir en septiembre de 1887, por setecientos cincuenta mil réis, el título de barón de Guaraciaba. Para su residencia principal compró en Petrópolis el emblemático Palacio Amarelo, de dos inmensas plantas y rodeado de exhuberantes jardines. Adaptado al estilo de vida de la corte brasileña, aprovechó los privilegios de su título nobiliario para seguir desarrollando lucrativos negocios, con

²³⁸ En https://pt.wikipedia.org/wiki/Francisco_Paulo_de_Almeida.

frecuentes viajes a Europa, donde estudiaron varios de sus numerosos hijos.

A pesar del privilegiado estatus alcanzado, Francisco Paulo de Almeida no pudo escapar a los prejuicios raciales de su tiempo, pues la alta sociedad brasileña lo rechazaba, siendo con frecuencia víctima de discriminaciones y burlas por miembros de la nobleza y la burguesía, que a sus espaldas lo llamaban «barón de chocolate». Tras la caída del Imperio, la presión del nuevo gobierno Republicano lo obligó a vender el envidiado Palacio Amarelo, que hoy alberga a la cámara municipal de Petrópolis. Desde entonces fue alejándose de los negocios y deshaciéndose de muchos de sus bienes, aunque mantuvo su buen nivel de vida hasta que falleció en casa de una hija en Río de Janeiro (1901).

CAPÍTULO V
Llegó el dólar de dientes agresivos
a morder territorios

Ocupación de Lima por el ejército chileno

Lima, la llamada Ciudad de los Reyes, fue tomada el 17 de enero de 1881 por el ejército de Chile, que la ocupó por dos años y nueve meses. El episodio formaba parte de la Guerra del Pacífico (1879-1883), conflicto de Perú y Bolivia con Chile, compulsado por los intereses del capital británico, interesado en apoderarse de los valiosos yacimientos salitreros del desierto de Atacama.

El caliche o salitre, un mineral de gran demanda como fertilizante y para la fabricación de explosivos, era sacado desde mediados del siglo XIX de la provincia peruana de Tarapacá y la boliviana de Antofagasta. Esta última, que constituía la única salida al mar de Bolivia, la extracción del mineral la realizaban empresas de Chile con trabajadores de su propio país, dada la limitada población del territorio.

En 1873 la crisis financiera derivada del agotamiento del guano, hasta entonces principal producto de exportación del Perú, condujo al gobierno de Lima a decretar el estanco del salitre y dos años después a expropiar todos los yacimientos del mineral en Tarapacá, pertenecientes en su mayoría a peruanos y chilenos. Afectada también por problemas económicos, Bolivia impuso en febrero de 1878 un impuesto a las compañías salitreras chilenas que operaban en Antofagasta, que se negaron a pagarlo.

Ante el desacato, el 14 de febrero del año siguiente Bolivia expropió las salitreras, pero la respuesta de Chile fue ocupar manu militari Antofagasta, lo que desencadenó la guerra. La contienda arrastró a Perú, que atravesaba un conflicto similar con el país austral y tenía un tratado secreto de alianza con La Paz. De inmediato los chilenos bloquearon el puerto peruano de Iquique, asiento de una parte importante de los efectivos aliados.

Los primeros enfrentamientos bélicos fueron por el dominio del Pacífico, que Chile consiguió al vencer a la flota peruana en la batalla naval frente a Mejillones, el 8 de octubre de 1879, donde capturó al monitor *Huáscar*, que todavía hoy exhibe como trofeo de guerra en uno de sus puertos. A continuación, se desarrolló la guerra de posiciones, de la que pronto se retiró Bolivia, mientras tropas chilenas ocupaban las provincias peruanas de Tarapacá, Arica y Tacna.

Para poner fin al conflicto armado, el 15 de noviembre de 1880 zarpó de Arica un poderoso ejército chileno, guiado por el general Manuel Baquedano, con el propósito de ocupar la capital peruana y rendir a su gobierno. Un primer contingente desembarcó cerca de Pisco, seguido de otro que lo hizo por la caleta de Curuyaco, mientras El Callao quedaba bloqueado por mar. Para evitar la captura de la escuadra en ese puerto, Perú destruyó el resto de su armada, incluyendo la corbeta *Unión* y el monitor *Atabualpa*.

Después de sobrepasar, entre el 13 y el 15 de enero, las defensas peruanas en el balneario de Chorrillos y en Miraflores, organizadas por el presidente Nicolás de Piérola, los militares chilenos se apoderaron de esos poblados, entonces fuera del perímetro urbano de la capital, con la que se enlazaba por un ferrocarril instalado en 1858. La retirada del mandatario de Perú a los Andes, seguido por una parte de los residentes de la capital, favoreció las agresiones contra la numerosa población china de Lima, acusada de colaborar con los chilenos, que entraron sin mayor dificultad en esa ciudad en la tarde del 17 de enero. Todavía la guerra se prolongaría por dos años más en el resto del país, hasta que la resistencia nacional fue quebrada en Huamachuco con la derrota de las montoneras de Andrés Avelino Cáceres, cuando las prósperas plantaciones azucareras del litoral Norte habían sido destruidas por los invasores.

Tras la ocupación de Lima, las tropas chilenas se apoderaron de los principales edificios públicos, como la Biblioteca Nacional y la Universidad de San Marcos, llevándose a su país miles de documentos, obras de arte y libros —algunos no fueron devueltos hasta principios del siglo XXI—, junto con maquinarias y otros bienes que consideraron botín de guerra. Para tratar de justificar esta guerra de conquista, el historiador chileno Diego Barros Arana publicó en 1880 su *Historia de la Guerra del Pacífico*. Cuando José Martí la leyó, hizo esta preclara anotación:

El libro de Barros Arana ha sido escrito para demostrar que ha tenido razón Chile, pues ese es precisamente el libro que convence de que no ha tenido razón Chile. Pues que tal sinrazón se ampara para defender la ocupación —injusta fue esta y no racional— ni defendible. Cuando se va más allá de la razón para defender algo, es que no se halla dentro de la razón manera de defenderlo.²³⁹

Frustrada anexión de Perú a Estados Unidos

Con la ocupación de Lima por el ejército chileno en 1881 se agudizaron las contradicciones entre Estados Unidos e Inglaterra por el dominio de nuestra América. En este conflicto fratricida sudamericano, Londres apoyó al gobierno de Chile, para quedarse con los disputados yacimientos de guano y salitre, a lo que se opuso Washington.

La política injerencista norteamericana en la región fue impulsada por el nuevo secretario de Estado James G. Blaine, nombrado por el presidente James Garfield, tras

²³⁹ José Martí: *Obras Completas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, t. 21, pp.291-303.

su entrada a la Casa Blanca (1881). Blaine sería durante toda la década del ochenta el principal artífice de una nueva modalidad de la expansión de Estados Unidos, el panamericanismo, que comenzaría a impulsar, en ese mismo año, con la convocatoria a una reunión de todos los países del hemisferio que no podría concretar hasta octubre de 1889.

Blaine se inmiscuyó en la contienda del Pacífico, que consideraba «una guerra inglesa contra Perú con Chile como instrumento».²⁴⁰ Instigado por su representante diplomático en Lima, Isaac P. Christiancy, el canciller estadounidense reconoció al nuevo mandatario peruano Francisco García Calderón para frenar la cesión territorial exigida por los chilenos para hacer la paz. El presidente de Perú había sido nombrado, el 22 de febrero de 1881, por una «junta de notables» permitida por Chile para debilitar la resistencia nacional y conseguir un interlocutor que aceptara sus pretensiones. Como Lima estaba ocupada por el ejército invasor encabezado por el general Patricio Lynch, casualmente formado en la marina inglesa, García Calderón debió formar gobierno en el poblado de La Magdalena, en las afueras de la capital.

En un despacho confidencial al Departamento de Estado, Christiancy manifestó su preocupación por el destino del litoral peruano ocupado, que podía caer en la órbita inglesa, proponiendo una fuerte presión diplomática para obligar a los chilenos a retirarse, o incluso mediante la intervención directa, para impedir que en «la actual emergencia», la doctrina Monroe, no sea considerada «un mito en todos los Estados sudamericanos». Según Christiancy:

Cincuenta mil ciudadanos emprendedores de los Estados Unidos dominarían toda la población y haría al Perú to-

²⁴⁰ Tomado de Medina Castro, op. cit., p. 482.

talmente norteamericano. Con el Perú bajo el gobierno de nuestro país dominaríamos a todas las otras repúblicas de Sud América, y la doctrina Monroe llegaría a ser una realidad, se abrirían grandes mercados a nuestros productos y manufacturas [...].²⁴¹

El 26 de junio de 1881, Estados Unidos otorgó su reconocimiento al presidente García Calderón, que a partir de ese momento se negó a toda cesión a Chile e inició negociaciones secretas con Washington, ahora representado en Perú por Stephen Hurlbut, amigo personal de Blaine. El nuevo diplomático norteamericano llegó a elaborar un *Memorandum*, enviado el 14 de agosto de ese año al propio general Lynch, oponiéndose a que varias provincias peruanas fueran anexadas a Chile.

Cinco semanas después, García Calderón concedió a Estados Unidos el derecho a una estación naval y carbonífera en Chimbote y explotar minas, así como el ferrocarril en construcción desde ese estratégico puerto al interior. Entretanto, se constituía en New York la Peruvian Company, asociada con la entidad francesa de Crédito Industrial, para reclamar, en nombre de empresarios expropiados por Perú antes de la guerra, la posesión de yacimientos de guano y salitre en Tarapacá, departamento ocupado por el ejército chileno junto con Arica, Tacna y la provincia boliviana de Antofagasta.

El proyecto de Blaine, sin embargo, fracasó. La inesperada muerte del presidente Garfield, en septiembre de 1881, impidió la salida de una escuadra norteamericana hacia el Pacífico Sur, y la rápida reacción chilena, que el 6 de noviembre de ese mismo año detuvo y trasladó a Valparaíso a García Calderón, abortaron las maniobras nortea-

²⁴¹ Ibid., pp. 477-478.

americanas. José Martí, en un artículo publicado entonces en *La Opinión Nacional* de Caracas, supo calibrar las «concepciones monstruosas» de Estados Unidos, aún antes de su desenlace, «como una compañía peruana, que mantiene que los hombres del Norte de América tienen derecho a todo el oro y riquezas de la América del Sur, y a que en el Perú se haga lo que ha comenzado a hacerse en México, lo cual ha de empezar porque, en pago de un crédito de aventurero, abra el Perú todas sus minas a los reclamantes avarientos, sus lechos de oro, sus vetas de plata, sus criaderos de guano; y, en prenda del contrato, sus puertos y ferrocarriles».²⁴²

Postrera monarquía americana

De la lucha por la independencia surgieron tres monarquías en nuestra América. La primera, como contamos, fue la de Haití, implantada por Dessalines (1804) y continuada Henri Christophe hasta su muerte en 1820. Después vinieron la de Agustín de Iturbide en el antiguo Virreinato de Nueva España (1821-1823), que tuvo jurisdicción desde Texas a Costa Rica, y la de Maximiliano de Habsburgo en el llamado segundo Imperio Mexicano (1864-1867). A ellas hay que agregar la de Brasil, instalada por los Bragança en 1822 y que se derrumbó en 1889, la más longeva de todas las monarquías americanas.

El colapso del imperio bresileño comenzó la noche del 11 de noviembre de 1889, cuando los oficiales del club militar fueron incitados a la rebelión contra la Corona, por el exaltado Republicano Benjamín Constant Botelho de Magalhaes, en los momentos en que el monarca Pedro II

²⁴² José Martí: *Obras Completas*, loc.cit., [1975], t. 9, p. 205.

se divertía en una fastuosa fiesta en Río de Janeiro. Cuatro días después, las tropas del general Manuel Deodoro da Fonseca salían de los cuarteles, ocupaban posiciones en la capital, exigiendo la dimisión del gobierno, mientras en el ayuntamiento de la ciudad otros opositores a la monarquía proclamaban la república.

La casa de los Bragança se venía desgastando de manera acelerada desde el fin de la guerra contra Paraguay (1870), por su pasividad ante la prolongación de la esclavitud, que convirtió a Brasil en el último país americano en abolirla, y los conflictos con la Iglesia y el Vaticano, provocados por el ejercicio del patronato. A ellos se agregaron las crecientes contradicciones con el ejército, surgidas cuando los militares se negaron a perseguir cimarrones y luego rechazaron la ley de retiro (1883), lo que resquebrajó la disciplina de la institución armada y su tradicional fidelidad a la Corona. En 1887, el prestigioso general da Fonseca, comandante de Río Grande do Sul, apoyó a sus subordinados que exigían el fin de la esclavitud y defendían el derecho a opinar en la prensa. Al aumento del descontento militar también contribuyó la tradicional política monárquica de favorecer a los *coroneles* de la Guardia Nacional, todos grandes hacendados.

En ese caldeado ambiente se puso de moda la filosofía positivista, con su lema de *Orden y Progreso*, que era enseñada a los cadetes de la Escuela Militar por el teniente coronel Benjamín Constant, quien predicaba la necesidad de establecer en Brasil una dictadura militar Republicana. También el Partido Republicano, fundado en 1870, nutrido de las capas medias urbanas, la emergente burguesía industrial y los ricos cafetaleros de Sao Paulo, era partidario de derribar la monarquía, modernizar el país, separar la Iglesia del Estado y acabar con instituciones que consideraban antidemocráticas, como el Senado Vitalicio o el Consejo de Estado.

Para aplacar a la oposición, el emperador entregó el gobierno al vizconde de Ouro Preto, portador de un programa de reformas que incluía nuevas elecciones al congreso nacional, nombramiento de un militar en la cartera de guerra y marina, autonomía provincial y municipal, libertad de cultos y la reducción de las atribuciones del Consejo de Estado. Pero estas promesas, que debían ser presentadas al parlamento el 20 de noviembre de 1889, llegaban demasiado tarde. La impopularidad del gabinete de Ouro Preto, junto con el rumor de que el general da Fonseca sería arrestado, precipitaron el desenlace. En la mañana del 15 de noviembre de 1889 este alto oficial sublevaba las tropas bajo su mando, mientras el general Floriano Peixoto, jefe de la guarnición capitalina, se negaba a reprimir el levantamiento y encarcelaba a todo el gabinete, incluyendo al propio vizconde de Ouro Preto.

Todos los intentos del emperador para revertir el derrocamiento, que apresuradamente se presentó en Río de Janeiro desde su residencia en Petropolis, fueron inútiles. Esa misma noche del 16 de noviembre de 1889 fue obligado a abandonar el país con toda su familia. El exitoso golpe militar permitió el establecimiento de una república oligárquica —con el lema de *Orden y Progreso* en su bandera—,²⁴³ conocida como la del «café con leche», surgida para satisfacer los intereses exclusivos de las élites cafetaleras y ganaderas de Sao Paulo y Río Grande do Sul. La caída del imperio brasileño fue resultado de un movimiento «desde arriba», sin participación popular, que prolongó el viejo e injusto orden económico y social.

²⁴³ Alencar [et.al.], op. cit., p.172.

La inconclusa revolución de Alfaro

Una de las últimas revoluciones liberales del siglo XIX estalló el 5 de junio de 1895 en Ecuador, encabezada por Eloy Alfaro Delgado, encaminada a sacar al país de su secular atraso y acabar con los viejos privilegios del clero y los *gamonales*, esto es, la poderosa élite terrateniente señorial de las serranías. La rápida victoria alfarista, gracias al amplio apoyo de las *montoneras* —contingentes de mulatos, negros costeños e indios—, permitió imponer las avanzadas constituciones de 1897 y 1906, que incluían la separación Iglesia— Estado, la secularización de bienes eclesiásticos y un cuerpo de libertades públicas y garantías ciudadanas.

Durante la campaña militar, las acentuadas preocupaciones sociales de Alfaro lo condujeron a liberar a los pueblos originarios de antiguas extorsiones y a condenar el *concertaje*, una esclavitud encubierta aún existente. Pero la mayor singularidad de El *Viejo Luchador*, como se le conocía, fue su crítica al librecambio, al que los liberales de su generación veían como una varita mágica que resolvería el atraso económico de nuestra América. El líder liberal ecuatoriano defendía un desarrollo nacional sin injerencia foránea, superando las abstractas concepciones ortodoxas de sus correligionarios sobre el *laissez faire*, que conducían a la conformación de un capitalismo subdesarrollado y dependiente en nuestra América.

En 1908, como parte central de su proyecto modernizador, el estadista inauguró el ferrocarril de Guayaquil a Quito, que enlazó la costa y la sierra, concebido como punto de despegue de la unidad nacional de un nuevo Ecuador, más vinculado también al mundo exterior. Además, favoreció la integración hispanoamericana y abogó por una especie de internacionalismo liberal, encaminado a resta-

blecer la Colombia bolivariana para transformar el viejo orden socioeconómico y detener la insaciable penetración foránea en nuestra América.

Un lugar especial en su ideario ocupó la independencia de Cuba, proponiendo a Antonio Maceo en 1894 organizar una expedición, nutrida de combatientes hispanoamericanos, que desembarcara en la Mayor de las Antillas. No en balde su amigo José Martí, con quien celebró en New York el que sería su último cumpleaños, lo llamó «El bravo Eloy Alfaro, que es de los pocos americanos de creación».²⁴⁴ Ya iniciada la guerra en la isla caribeña, el *Viejo Luchador* se atrevió a enviar una carta oficial a la reina María Cristina, regente de España, donde la exhortaba a reconocer la independencia de Cuba. Su misiva fue la única manifestación pública de un jefe de estado en favor de los patriotas cubanos durante esa contienda.

Para enfrentar el poderío oligárquico y del emergente imperialismo norteamericano, Alfaro firmó en 1900 un pacto secreto con los presidentes liberales Cipriano Castro, de Venezuela y José Santos Zelaya de Nicaragua. Sin embargo, este esfuerzo unitario, en un contexto caracterizado por la política recolonizadora del capital monopolista, no alcanzó a erosionar las ancestrales bases de dominación de las viejas élites y la iglesia. En esas condiciones, la alianza defensiva de los tres gobiernos liberales nacionalistas, decididos a resguardar sus soberanías, fracasó, al no poder impedir el derrocamiento de Castro en Venezuela en 1908, ni tampoco el de Santos Zelaya en Nicaragua justo un año después. Este fue también el principio del fin del propio Alfaro, sacado del poder a su vez por una revuelta militar financiada por la banca el 11 de agosto de 1911.

²⁴⁴ José Martí: *Obras Completas* [1953], t. II, p. 84.

Estas mismas fuerzas oscuras, junto a la división del liberalismo promovida por los «notables» de este partido, alarmados por la popularidad y el radicalismo de Alfaro, enrarecieron el clima político para impedir su regreso al poder, que propició el brutal asesinato del anciano caudillo en el penal Panóptico de Quito, el 28 de enero de 1912, cuando contaba setenta años de edad. Como expresión del odio de la oligarquía hacia su persona, el cadáver del *Viejo Luchador* fue arrastrado por las calles de la capital y quemado en los terrenos de El Ejido.

Con la muerte de Alfaro y sus más cercanos colaboradores, en la horrenda masacre quiteña que Alfredo Pareja Diez-Canseco calificara de *Hoguera Bárbara*, se cierra el ciclo revolucionario del liberalismo ecuatoriano. Como expresara el expresidente Rafael Correa, hoy también perseguido con saña como ayer lo fuera el líder de la revolución liberal de 1895: «Seguir las huellas del general Alfaro significa defender la autodeterminación de los pueblos y propugnar la unidad e integración de nuestra América».²⁴⁵

Exterminio de los mapuches

Las campañas militares contra los mapuches en Argentina y Chile, encubiertas con los nombres de «conquista del desierto» y «pacificación» de la Araucanía, fueron dos caras de la misma moneda, dirigidas al exterminio de los pueblos originarios del extremo sur del continente. El *modus vivendi* alcanzado con los araucanos desde fines

²⁴⁵ Discurso del Presidente Rafael Correa ante el Mausoleo del General Eloy Alfaro en Ramón Torres Galarza (compilador): *Eloy Alfaro. Memoria Insurgente*, Caracas, Fondo Editorial Ipasme, 2011, p. 140.

de la colonia, respetados por los libertadores durante la independencia, comenzó a alterarse cuando Argentina y Chile consolidaron la organización estatal y lograron la indispensable estabilidad interna para imponer su soberanía sobre las regiones indígenas autónomas.

Detrás de la expansión territorial estaba el interés de ampliar el área de la producción agropecuaria de exportación para satisfacer la geofagia de sus élites —desde 1866 así lo exigía la Sociedad Rural Argentina— e impulsar el modelo de crecimiento capitalista fundamentado en el *laissez faire* y el régimen liberal. De paso se llevarían las fronteras a las delineadas por España en la colonia. Para conseguirlo, los primeros gobiernos Republicanos de los dos países sudamericanos lanzaron con regularidad expediciones punitivas contra los mapuches y facilitaron el asentamiento de colonos en sus tierras, en un proceso semejante al que en la actualidad desarrolla Israel contra Palestina.

Ya entre 1833 y 1834 el dictador argentino Rosas avanzó con sus fuerzas hasta el río Neuquén, en el centro de la Patagonia, donde esperó que el ejército chileno hiciera lo mismo del otro lado de los Andes. El naturalista inglés Charles Darwin, testigo de la despiadada ofensiva, escribió: «Aquí todos están convencidos de que es la más justa de las guerras, porque va dirigida a los salvajes. El plan del general Rosas consiste en matar a todos los indios rezagados, empujar luego todas las tribus hacia un punto central y atacarlas allí con auxilio de tropas chilenas».²⁴⁶

Desde la segunda mitad del siglo XIX los violentos planes expansionistas de Buenos Aires y Santiago de Chile se aceleraron bajo la impronta de dos ambiciosos generales, el argentino Julio A. Roca y el chileno Cornelio

²⁴⁶ En Pedro Cayuqueo : *Historia secreta mapuche*, Santiago de Chile, Catalonia, 2017, p. 69.

Saavedra. Ellos fueron los artífices de las campañas militares para exterminar a los mapuches, conocidas como la «conquista del desierto» en Argentina y la «pacificación de la Araucanía» en Chile, y que eran muy parecidas a la que entonces se desarrollaba en Estados Unidos, donde el único indio bueno era el que estaba muerto, en frase atribuida al general norteamericano Custer.

A la brutal ofensiva gubernamental se opusieron tenazmente los pueblos originarios, destacándose los indómitos caciques Mañilwenu, el Gengis Kan del Arauco, y Calfacura, el Napoléon de las Pampas, calificativos del historiador mapuche Pedro Cayuqueo. Estos indoblegables jefes indígenas llegaron incluso a coordinar sus acciones militares a ambos lados de la cordillera andina. En 1867, Kilapán, hijo de Mañilwenu, se sumó a los ataques de Calfacura contra los fortines argentinos sembrados en territorio mapuche que facilitaron su victoria en la batalla de Quechereguas.

Desde fines de los setenta la abrumadora superioridad militar de los ejércitos de Argentina y Chile terminó por imponerse y los mapuches no pudieron contener el alud que les cayó encima. El gobierno chileno, tras ocupar Lima en 1881 durante la guerra con Perú, pudo trasladar a la Araucanía una parte de sus tropas y cerrar su campaña militar con el fusilamiento del cacique Colipi ese mismo año y la refundación de Villarica (1883). Del lado argentino, el desenlace llegó en 1885 con la rendición ante el nuevo gobernador de la Patagonia del último jefe mapuche: Sayweque. Los prisioneros fueron sometidos a privaciones y vejámenes, como los miles de indígenas obligados a desfilar encadenados por las calles de Buenos Aires.

Las tierras arrebatadas a los mapuches, entregadas a criollos blancos e inmigrantes anglosajones, sirvieron para expandir la producción de trigo, lana y carnes, mientras los sobrevivientes a la limpieza étnica eran arrinconados en

reservas y convertidos en peones. Era el cumplimiento del ideal racista proclamado por el escritor y político argentino Domingo Faustino Sarmiento en 1844, de reemplazar a los indígenas por la «raza caucásica, la más perfecta, la más inteligente, la más bella y la más progresiva de las que pueblan la tierra»,²⁴⁷ pues como confesara impudicamente en 1876 en el periódico *El Nacional*:

Por los salvajes de América siento una invencible repugnancia. Esa calaña no son más que unos indios asquerosos a quienes mandaría colgar ahora si reapareciesen. Lautaro y Caupolicán son unos indios piojosos, porque así son todos. Su exterminio es providencial y útil, sublime y grande. Se los debe exterminar sin ni siquiera perdonar al pequeño, que ya tiene el odio instintivo al hombre civilizado.²⁴⁸

Fin del primer presidente nacionalista

La penetración del capital inglés en Chile se consolidó en los años posteriores a la invasión chilena al litoral de Bolivia y Perú, durante la llamada Guerra del Pacífico (1879-1883). Ya en 1886, el Reino Unido, que había alentado la contienda fratricida, controlaba el 70 % de la producción de la principal riqueza del país austral, el salitre o caliche, y en 1890 había triplicado sus inversiones, dominando toda su vida económica. José Manuel Balmaceda, quién ganó las elecciones de 1886 a su principal contrincante, el rico contratista ferrocarrilero —fundador de Viña del Mar— José Francisco Vergara, intentó poner coto a los ingleses con una política nacionalista.

²⁴⁷ Ibid., p. 127.

²⁴⁸ Ibid., p. 128.

Desde el inicio de su gestión, el 18 de septiembre de ese año, Balmaceda encaminó su gobierno a la recuperación de los recursos naturales. Para lograrlo, intentó aprovechar las ya visibles contradicciones inter imperialistas de la época para atraer capitalistas alemanes, norteamericanos y franceses, promoviendo sus inversiones y aflojar la asfixiante hegemonía inglesa. Además, aumentó los derechos de exportación del caliche, con lo que se incrementaron los ingresos fiscales, eliminando viejas contribuciones. También el mandatario contrató un empréstito para adquirir explotaciones salitreras británicas en Tarapacá, liberó de derechos la importación de maquinarias, a la vez que impulsaba la creación de un banco central, la estatización de los ferrocarriles y su extensión en el sur hasta Puerto Montt.

Sin embargo, los intereses de la élite criolla aliada al capital británico, nucleados en el congreso, perjudicados por la política nacionalista de Balmaceda, se le opusieron abiertamente. En realidad, detrás del enfrentamiento entre el legislativo y ejecutivo se ocultaba la lucha de los grandes latifundistas, ricos mineros y la burguesía comercial intermediaria asociada a Inglaterra, contra la naciente burguesía industrial, la pequeña burguesía urbana y el emergente proletariado. El rechazo de varios proyectos balmacedistas por el congreso fue el preludio del choque final entre los dos poderes del estado que se agudizó a principios de 1889, cuando Balmaceda se negó a que los diputados nombraran a sus ministros.

Para intentar paliar la crisis política, el mandatario hizo concesiones al parlamento, pero no aceptó la designación de su eventual sucesor en la presidencia. La proliferación de huelgas obreras, como las de Tarapacá y Antofagasta en julio de 1890, sirvió de pretexto para acelerar las actividades conspirativas de las fuerzas asociadas al congreso, que acusaron a Balmaceda de proteger al incipiente movimiento obrero. A fines de 1890, el propio parlamento,

opuesto a la reforma constitucional, aprobó un acta que en la práctica destituía al mandatario, acusándolo de violar la constitución, en un virtual golpe de Estado.

El 7 de enero de 1891, la flota de guerra chilena surta en Valparaíso, siguiendo órdenes de Jorge Montt, se rebeló contra el gobierno de Balmaceda y bloqueó los puertos salitreros para impedir la obtención de recursos por el gobierno. La propia mayoría parlamentaria que había firmado el acta de deposición del presidente iba en los buques de la escuadra. Balmaceda replicó asumiendo poderes dictatoriales, lo que condujo a la breve guerra civil de 1891.

Al principio, las tropas de la junta opositora, formada por el legislativo, fueron detenidas por las fuerzas militares leales al mandatario. Tras recibir refuerzos desde el mar, los sublevados pudieron avanzar hasta Caldera. El 19 de agosto entraron en Quintero, al Norte de Valparaíso. En las batallas de Concón —en la desembocadura del río Aconcagua— y de Placilla —26 de agosto— los balmacedistas fueron derrotados. Más de ocho mil bajas, entre muertos y heridos, fue el saldo de estos dos sangrientos enfrentamientos. El 31 de agosto de 1891 la capital fue ocupada por los sublevados, mientras el mandatario se asilaba en la Legación Argentina. El 19 de septiembre, un día después de terminado su mandato constitucional, Balmaceda se suicidó en esa sede diplomática. Su muerte puso fin al régimen presidencialista en Chile y al primer gobierno nacionalista en la historia contemporánea de nuestra América.

Despojo del mar a Bolivia

El 20 de octubre de 1904 se surcribió en la capital chilena el titulado Tratado de Paz y Amistad entre los gobiernos de Bolivia y Chile. Este acuerdo puso fin formal al con-

flicto armado iniciado el 14 de febrero de 1879, que arrancó a la hermana república del altiplano andino su salida al mar.

Con anterioridad, el 4 de abril de 1884, se había rubricado un Pacto de Tegua entre ambas naciones sudamericanas con la finalidad de suspender el estado de guerra. Este primer acuerdo reconocía el dominio manu militari de Chile sobre el litoral boliviano conquistado en la sangrienta contienda, aunque el país austral aceptaba conceder a Bolivia un acceso soberano al Pacífico una vez definida la situación de Tacna y Arica, provincias ocupadas junto con Tarapacá a Perú durante la contienda de 1879 a 1883. La misma pretensión chilena apareció después reflejada en el Tratado de Transferencia de Territorio firmado con Bolivia el 18 de mayo de 1895, que de nuevo postergó el reconocimiento de una salida al mar a la solución del destino definitivo de los antiguos territorios peruanos de Tacna y Arica, un proceso entonces todavía inconcluso.

Más tarde, el gobierno chileno desconoció estos acuerdos y promesas, con el propósito de apropiarse de manera permanente del antiguo litoral boliviano, sin cumplir el compromiso de garantizarle una salida soberana al mar. Para conseguir la cesión definitiva y perpetua de Antofagasta, Chile se valió de todo tipo de presiones diplomáticas y militares, pues su ejército todavía ocupaba Puno y amagaba con marchar sobre La Paz, aprovechando la extrema debilidad militar de Bolivia.

El clima amenazante para conseguir sus propósitos llegó al extremo del prepotente ultimátum del embajador chileno en la capital boliviana, Abraham Koning, del 13 de agosto de 1900, que en una de sus partes señala sin tapujos:

Chile ha ocupado el Litoral y se ha apoderado de él con el mismo título con que Alemania anexo al imperio Alsacia y la Lorena, con el mismo título con que Estados Unidos de la

América del Norte han tomado Puerto Rico. Nuestros derechos nacen de la victoria, la ley suprema de las naciones.²⁴⁹

Bajo estas tremendas coacciones fue firmado el Tratado del 20 de octubre de 1904 que arrebató legalmente a Bolivia toda la provincia de Antofagasta, territorio estratégico para su potencial desarrollo, con unos ciento veinte mil kilómetros cuadrados, un tercio de ellos de costa. El acuerdo fue ratificado en 1905 por los respectivos congresos. Tiempo después el gobierno boliviano comenzó a reclamar una salida al Pacífico, exigencia que ha continuado sin solución de continuidad. Desde entonces, el tema ha sido un obstáculo permanente en las relaciones entre los dos países y diferentes autoridades y diplomáticos de Chile se han visto obligados a reconocer la necesidad de encontrarle una solución. La injusticia histórica cometida contra Bolivia, fue seguida en aquellos días trágicos de la Guerra del Pacífico por José Martí, quien pensando en el drama de esta sangrienta contienda fratricida a la luz de las crecientes ambiciones de Estados Unidos escribió en su extraordinario ensayo *Nuestra América* (1891):

Los que, al amparo de una tradición criminal, cercenaron, con el sable tinto en la sangre de sus mismas venas, la tierra del hermano vencido, del hermano castigado más allá de sus culpas, si no quieren que les llame el pueblo ladrones, devuélvanle sus tierras al hermano. Las deudas del honor no las cobra el honrado en dinero, a tanto por la bofetada. Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que viven en el aire, con la copa cargada de flor, restellando o zumbando, según

²⁴⁹ Tomado de Javier Murillo de la Rocha: «Relaciones boliviano-chilenas. A 100 años del Tratado de Paz y Amistad», *Foreign Affairs en Español*, ITAM, México, octubre-diciembre de 2004, vol. 4, n 3, p. 47

la acaricie el capricho de la luz, o la tundan y talen las tempestades; ¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.²⁵⁰

Porfirio Díaz y la independencia cubana

La última guerra de independencia de Cuba, iniciada el 24 de febrero de 1895, encontró una situación bien distinta a la existente durante la contienda de 1868 a 1878. En solo un cuarto de siglo el panorama continental se había modificado en forma adversa para los patriotas cubanos, como reveló la indiferencia de la inmensa mayoría de los gobernantes del hemisferio hacia la causa de Cuba. En casi todas partes se habían consolidado en el poder los círculos acaudalados del liberalismo positivista, como el que sustentaba a Porfirio Díaz en México, después de desplazar al sector reformista democrático que había estado más comprometido con la independencia cubana.

Desde el mismo inicio de la guerra de 1895, los patriotas de la Mayor de las Antillas buscaron el respaldo y la solidaridad de los países de nuestra América, como había ocurrido en la guerra anterior. Sin embargo, esos llamamientos no obtuvieron éxito. A la frialdad de los gobiernos al sur del río Bravo en relación con la emancipación cubana en 1895 contribuía la buena relación existente ahora con España, que ya no constituía una amenaza para las jóvenes repúblicas del continente, tras extenderles su reconocimiento diplomático. De ahí que muchos presidentes tuvieron una posición ambivalente ante los revoluciona-

²⁵⁰ José Martí: *Obras Completas* [1953], op. cit., t. II, p. 106.

rios cubanos, como fue el caso del prolongado gobierno de Porfirio Díaz, iniciado en 1876.

Por eso Rodolfo Menéndez de la Peña, representante de los patriotas cubanos en Mérida, la ciudad mexicana donde más simpatías despertaba la causa de Cuba, escribió: «En mi concepto la República Mejicana, en lo general, simpatiza más con los españoles que con los cubanos».²⁵¹ Este duro criterio se fundamentaba en que desde 1896 el presidente Porfirio Díaz, que acababa de recibir de la regente española María Cristina de Austria el nombramiento de «Caballero Gran Cruz de la Orden de Mérito Militar», había proclamado una política de «neutralidad» claramente favorable a España, que llegó al extremo de permitir a la colonia hispana en México enviar a Cuba un contingente armado, equipado con más de doscientos mulos, para apoyar al ejército colonialista.

Detrás de la política favorable a España de Porfirio Díaz estaba también su profunda preocupación de que Cuba fuera presa de los apetitos expansionistas de Estados Unidos. Tal vez por esa inquietud, el gobernante mexicano había recibido en el propio Palacio Nacional a José Martí en agosto de 1894,²⁵² a quien proporcionó cierta ayuda financiera para sus planes de reiniciar de inmediato la necesaria guerra de liberación nacional, respaldando el objetivo al que aludiera el apóstol cubano en su carta del 23 de julio de ese año solicitándole audiencia:

²⁵¹ En León Primelles [edit.]: *La Revolución del 95 según la correspondencia de la Delegación Cubana en Nueva York*, La Habana, Editorial Habanera, 1932-1937, t. I, p. 23.

²⁵² Véase Alfonso Herrera Franyuti: «José Martí y Porfirio Díaz, 1894», *Cuadernos Americanos*, Nueva Época, México, UNAM, mayo-junio de 1991, # 27, p. 216 y ss.

Tratase para los cubanos independientes, de impedir que la Isla corrompida en manos de la nación de que México se tuvo también que separar, caiga, para desventura suya y peligro grande de los pueblos de origen español en América, bajo un dominio funesto a los pueblos americanos. El ingreso de Cuba en una república opuesta y hostil —fin fatal si se demora la independencia hoy posible y oportuna—, sería la amenaza si no la pérdida, de la independencia de las repúblicas hispanoamericanas de que parece guardián y parte por el peligro común, por los intereses, y por la misma naturaleza.²⁵³

Parece comprobado que después hubo también un encuentro secreto del presidente Porfirio Díaz con el cubano Gonzalo de Quesada a mediados de 1896, que tenía la finalidad de solicitar el reconocimiento de la independencia de Cuba e impedir su traspaso a Estados Unidos. Al parecer, como resultado de esta gestión, el presidente mexicano hizo saber a Madrid «que México consideraría un acto falso de amistad por parte de España que vendiese Cuba a los Estados Unidos, dada la situación geográfica de la Isla con relación a México».²⁵⁴ El temor al expansionismo norteamericano llevó incluso al gobierno de Díaz a acariciar entre 1896 y 1898 un proyecto de integración de Cuba a México.

También México dio su respaldo a la propuesta del presidente de Ecuador, Eloy Alfaro, de convocar un congreso hemisférico, que debía inaugurarse en México el 10 de agosto de 1896, con una agenda que conllevaba implícita el

²⁵³ En José Martí: *Epistolario*, La Habana, Centro de Estudios Martianos/Editorial de Ciencias Sociales, 1993, tomo 4, p. 229.

²⁵⁴ Gonzalo de Quesada y Miranda: *Discursos leídos en la recepción del Dr. Gonzalo de Quesada y Miranda la noche del 7 de septiembre de 1939. (Una misión cubana a México en 1896)*, La Habana, Academia de la Historia, 1939, p. 23.

reconocimiento de la soberanía cubana, mediante la argucia de validar la vieja doctrina Monroe y con ello rechazar la presencia extracontinental de España en la Isla. La iniciativa ecuatoriana se frustró, como explicara entonces el propio presidente Porfirio Díaz, «debido a circunstancias desfavorables, entre otras, algunas complicaciones de importantes Repúblicas americanas, especialmente de una, que no podía aceptar francamente la invitación circulada».²⁵⁵

Antimperialismo en Martí

Desde fines del siglo XIX se vertebró un nuevo contexto histórico internacional caracterizado por la lucha de las grandes potencias imperialistas por la posesión de las fuentes de materias primas y los mercados, así como por un nuevo reparto del mundo. Los países de nuestra América se convirtieron en el área natural de dominación del emergente imperialismo norteamericano, región sobre la que venía ejerciendo sus aspiraciones y aventuras expansionistas desde su emancipación en 1783.

Los políticos de Estados Unidos consideraban que, tras la Guerra de Secesión (1861-1865), una tercera etapa del *destino manifiesto* estaba en marcha: la primera había sido la extensión de la frontera al Mississipi y la segunda el arrebato territorial a México. La nueva manifestación de esa vocación avasalladora, para la que se consideraban predestinados, era la emergencia del imperialismo norteamericano, que delineaba una violenta ofensiva expansionista sobre sus vecinos del Sur, combinando los viejos métodos colonialistas con las más modernas formas de penetración del capital monopolista.

²⁵⁵ Citado por Manuel Medina Castro, op. cit., pp. 206-207.

La conversión de Estados Unidos en una potencia imperialista impactó a José Martí, quien devino desde muy temprano en sólido pensador y estratega revolucionario. La conciencia antimperialista martiana comenzó a dibujarse desde su juventud, cuando fue obligado a radicarse en España (1871-1874) por su apoyo a la independencia de Cuba, que junto con Puerto Rico eran las últimas colonias españolas en América.

En sus apuntes de aquellos años están sus primeras críticas al modo de vida norteamericano. Después, el conocimiento de la realidad y los problemas de nuestra América, que constató en México desde 1875, así como en Guatemala (1877) y Venezuela (1881), le permitieron diferenciar a Estados Unidos del resto del continente al Sur del río Bravo, a la que llamó «nuestra América». Este contraste contribuyó a su formación antimperialista.

Cuando en 1880 Martí llegó por primera vez al territorio estadounidense ya había aguzado su pensamiento político crítico. Ello se advierte en la serie de tres artículos publicados ese mismo año con el título de *Impresiones sobre Estados Unidos de América*, enfilados contra el exacerbado mercantilismo que descubre en la sociedad norteamericana, y continuados después en los editados por el periódico *La América*. Desde entonces, y durante casi diez años, Martí escribió más de trescientas crónicas para desmitificar la imagen de los Estados Unidos y resaltar los peligros que representaba para nuestra América. En muchos de estos textos, que propuso reunir como *Escenas norteamericanas*, Martí explica que los Estados Unidos no eran un paradigma de nación, que menospreciaba a los países hispanoamericanos a los que solo interesaba como zona para su expansión territorial, comercial y económica.

Particular atención dedicó Martí a la labor de James G. Blaine, quien desde el ascenso Republicano al poder

en 1888 era secretario de Estado. Como ya explicamos, Blaine diseñó una agresiva política, que más tarde se conocería como «panamericana», encaminada a facilitar la penetración del capital y las manufacturas norteamericanas en nuestra América y desplazar la entonces preponderante influencia inglesa.

Con ese fin, Blaine logró organizar en Washington, entre fines de 1899 y principios de 1900, la primera Conferencia de las Naciones Americanas, antecesora de la actual Organización de Estados Americanos (OEA). Martí, preocupado por sus posibles implicaciones negativas para nuestros pueblos, siguió de cerca esta reunión internacional y en sus crónicas para el diario *La Nación* de Buenos Aires desenmascaró las verdaderas motivaciones de Estados Unidos:

Jamás hubo en América, de la independencia a acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.²⁵⁶

²⁵⁶ Publicado en el diario *La Nación* de Buenos Aires, el 2 de noviembre de 1889, en *Obras Completas* [1953], loc. cit., t. II, pp. 129-130.

Resistencia campesina en Canudos

La caída del imperio y el establecimiento de la república en Brasil (1889) no trajo ninguna mejoría a la situación de opresión y miseria del campesinado, que representaba entonces más del setenta por ciento de la población. La extrema pobreza rural y los abusos de los *coroneles*, como se les llama a los terratenientes por su antiguo grado en la Guardia Nacional, era el caldo de cultivo de la explosión social en el *sertao*, esto es, la zona más árida y pobre del Nordeste brasileño.

En esta región la situación era mucho más grave que en el resto del Brasil debido a la profunda crisis que afectaba a la industria azucarera y por los efectos de la sequía, que asolaba sin tregua desde fines del siglo XIX. Para escapar a las hambrunas, miles de desesperados campesinos huían hacia otras partes del país, en donde nutrían la enorme masa de desempleados, o buscaban consuelo en los viejos mitos y supersticiones del *sertao*, lo que explica la proliferación de sectas religiosas a las que seguían millares de fanáticos sertanejos. Algunos de los que se quedaban en el devastado *sertao* se unían a las bandas de *cangaçeiros* —como las de Corisco, Volta Seca y Lampeao, el más famoso de todos— que asaltaban las *fazendas* y robaban en los caminos, cuando no actuaban de *guardia de corps* al servicio de los *coroneles*.²⁵⁷

Una de las luchas campesinas más significativa fue la que se dio en Canudos (1896-1897), en el estado de Bahía. El líder del movimiento era un antiguo seminarista católico nombrado Antonio Vicente Maciel o sencillamente Antonio Conselheiro. Las dificultades económicas lo habían

²⁵⁷ Rui Facó: *Cangaçeiros e Fanáticos*, Río de Janeiro, ed. Civilização Brasileira, 1966, p. 36 y ss.

obligado a dejar los estudios para sacerdote y a deambular por el *sertao*, divulgando sus propias concepciones religiosas, derivadas del sincretismo del catolicismo con creencias de origen africano e indígena. Decidido partidario de la derrocada monarquía, Conselheiro carecía de un programa concreto como no fuera la lucha contra las medidas anticlericales del gobierno y los abusos que se cometían con los campesinos. Por esa razón, se opuso a que los *sertanejos* pagaran impuestos a las autoridades de Massate, postura que lo hizo refugiarse al interior de Bahía.

La incesante persecución oficial propició que Conselheiro y cientos de sus seguidores se asentaran en Belo Monte (1893), en una vieja hacienda de Canudos arruinada desde la liberación de los esclavos. Allí pronto se congregaron varios miles de personas, procedentes de todos los rincones del *sertao*, atraídos por la prédica de Conselheiro. El sistema de vida comunitario igualitarista implantado en Canudos recordaba al establecido por los cimarrones en el Quilombo de Los Palmares. Como sus predecesores del siglo XVII, los seguidores de Conselheiro cultivaban la tierra y comerciaban con los poblados cercanos, protegidos por un cuerpo armado que dirigía Joao Abade, en defensa de sus derechos a la tierra y a una existencia independiente.

Para someter a Canudos, el gobierno envió una primera expedición militar de más de cien hombres, que partió de Juazeiro (Bahía) en noviembre de 1896, que fue obligada a retirarse, con más de veinte bajas, por los *sertanejos* armados al grito de ¡Viva *Nosso Bom Jesus!* La segunda columna que marchó sobre Canudos ya fue de seis centenares de soldados y policías. En enero de 1897 estos efectivos se presentaron ante el poblado rebelde, pero rodeados por más de cuatro mil enfurecidos campesinos tuvieron que replegarse con el doble de muertos y heridos que en la intentona anterior. Dos meses después apareció en el *sertao*

una tercera expedición punitiva de más de mil soldados y oficiales. Los éxitos militares obtenidos por los campesinos acrecentaban su confianza en los poderes sobrenaturales de Conselheiro, a quien creían inmortal. La aplastante derrota de los efectivos estaduais fue sellada con la muerte del propio comandante del contingente Moreira César.

La gravedad de la situación motivó la intervención del propio presidente de Brasil Prudente de Moraes. Un verdadero ejército, integrado por más de cinco mil efectivos con apoyo artillero, bajo las órdenes de tres generales, fue despachado contra los insumisos *sertanejos*. Según relata el periodista Euclides da Cunha en su vivida crónica sobre la campaña, titulada *Los sertones*, entre junio y octubre de 1897 se produjo el despiadado asalto gubernamental contra Canudos, en el que fueron masacrados todos sus habitantes, sin respetar sexo ni edad, entre ellos el propio Conselheiro y sus principales lugartenientes. Este cruel episodio de las luchas del campesinado brasileño por la tierra, es precisamente el tema que recrea la conocida novela de Mario Vargas Llosa *La guerra del fin del mundo* (1981).

Revolta de la marinería en Brasil

La airada sublevación de los marinos negros y mulattos brasileños tuvo lugar durante la *República Velha* (1889-1930), una época caracterizada por las pugnas entre la reacción monárquica, los jefes militares artífices del derrocamiento del emperador Pedro II y las distintas fuerzas Republicanas. Al margen de los agudos conflictos políticos estallaban por todas partes protestas campesinas y las primeras luchas obreras, que recogían las reivindicaciones del pueblo brasileño.

Pero el empobrecido *sertao* y los centros fabriles no fueron los únicos lugares donde se manifestó la efervescencia social durante aquella república de «café con leche», como también se le conoció, pues el descontento alcanzó hasta las propias fuerzas armadas. Ejemplo de ello fue la singular rebelión de los marinos en la bahía de Guanabara, todos negros y mulatos, obligados a servir en la armada en condiciones de verdaderos esclavos, mediante una especie de leva que databa de la época imperial, pese a que la abominable institución había sido abolida doce años atrás. El detonante de la *revolta da chivata*, o revuelta del latigazo en español, fue el brutal castigo recibido por el marinero negro Marcelino Menezes, a quien se le dieron más de doscientos azotes por una indisciplina. Estos brutales métodos punitivos, eliminados tras la proclamación de la república en 1889, habían sido restablecidos poco después.²⁵⁸

La noche del 22 de noviembre de 1910 los marinos se apoderaron por la fuerza de cuatro barcos de guerra surtos en la bahía de Guanabara, tras someter a la oficialidad blanca y eliminar todo conato de resistencia. Al frente del movimiento sobresalió un joven marino hijo de esclavos, nombrado Joao Candido Felisberto, al que la prensa calificó, por su habilidad al mando del moderno acorazado *Minas Geraes*, recién adquirido en Inglaterra, como «el almirante negro». La poderosa flotilla, enarbolando banderas rojas, se movió por toda la bahía y amenazó con bombardear el Palacio del Catete y otras instalaciones gubernamentales en Río de Janeiro si no eran aceptadas sus modestas demandas: eliminación de los castigos corporales, aumento de sueldo, mejor alimentación y creación de un sistema de instrucción adecuado para ellos en la armada.

²⁵⁸ Véase E. Morel: *A Revolta da Chibata*, Río de Janeiro, Ed Letras e Artes, 1963, p. 63.

En su ultimátum al presidente, mariscal Hermes da Fonseca, escribieron:

Los marineros, ciudadanos brasileños y Republicanos, no pudiendo soportar más la esclavitud en la Marina brasileña, la protección que la Patria no nos da, rompemos el negro velo que nos cubría ante los ojos del patriótico y engañado pueblo. Estando todos los barcos en nuestro poder, manteniendo a bordo prisioneros a todos los oficiales, que han sido los causantes de que la Marina brasileña no sea tan grandiosa, mandamos este mensaje a Su Excelencia [que ...] tiene plazo de doce horas para enviarnos una respuesta satisfactoria, so pena de ver a la patria aniquilada. Firmado: Los marineros.²⁵⁹

El gobierno y la alta oficialidad aristocrática de la armada se sintieron humillados, pero no tenían posibilidad de atacar a los barcos rebeldes, que eran vitoreados desde la costa por la población humilde de Río de Janeiro. Sin alternativa, el 26 de noviembre el congreso amnistió a los marinos sublevados y fueron suprimidos los castigos corporales. Aplacado el movimiento, las autoridades se valieron de diferentes subterfugios legales para incumplir sus promesas y arrestar después a dos decenas de marinos.

Los rumores sobre nuevas detenciones despertaron de nuevo la intranquilidad en la armada. El 9 de diciembre los marinos se volvieron a insurreccionar, pero en esta oportunidad el movimiento fracasó y los rebeldes se rindieron bajo el fuego del ejército y una parte de la propia escuadra. Muchos participantes murieron o fueron fusilados, mientras los prisioneros eran enviados a realizar trabajos

²⁵⁹ En <https://revistapesquisa.fapesp.br/es/el-almirante-negro-y-su-acorazado-plateado>

forzados en plantaciones insalubres de caucho en el Acre o en la construcción del ferrocarril Madeira-Mamoré. Por su parte, Joao Candido, fue expulsado de la marina y encerrado en abril de 1911 en una mazmorra de la Ilha das Cabras. Liberado en noviembre de 1912, pasó muchas necesidades y solo consiguió trabajo de estibador y luego vendió pescado en un mercado de Río de Janeiro.

La fecha del alzamiento naval de los marinos negros y mulatos se conmemora en Brasil, desde el 22 de noviembre de 2003, como *Día de la Ciudadanía y de la Lucha contra la Discriminación*. Cinco años después, el presidente Luis Inacio da Silva (Lula) inauguró en Río de Janeiro una estatua del marino João Cândido (1880-1969), líder de la llamada «Revolta da Chibata» y promulgó una ley de amnistía póstuma para el jefe de ese movimiento y sus participantes, a pesar de la resistencia del alto mando de la armada brasileña.

El rapto de Panamá

Fue en Panamá donde se aplicó por primera vez la tristemente célebre política estadounidense del *big stick* o del garrote. Este pequeño territorio centroamericano, conquistado por España y perteneciente desde 1821 a Colombia, había disfrutado en toda su historia de dos momentos de esplendor económico: el primero durante la existencia del sistema de flotas (1561-1748) y el segundo asociado a la comunicación interna de Estados Unidos a mediados del siglo XIX.

Después de la Guerra Hispano-Cubano—Norteamericana de 1898, el interés de Washington por una vía interoceánica se reactivó por razones de estrategia comercial y militar, al adquirir posesiones en el Pacífico y tener crecientes negocios con China y los países americanos con

con costas al Oeste del continente. Desde 1881 había comenzado la construcción de un canal en Panamá bajo la dirección de Ferdinand de Lesseps, el artífice del de Suez, aunque la compleja obra estaba detenida por problemas financieros, la enorme mortalidad causada por la fiebre amarilla y el desnivel de los océanos, no previsto en el proyecto original.

El 19 de junio de 1902, tras ser desechada la alternativa de Nicaragua, el presidente Theodore Roosevelt tramitó la compra de la obra francesa interrumpida y obtuvo del gobierno colombiano garantías exclusivas sobre la futura vía canalera. Estos derechos quedaron estampados en el Tratado Hay-Herrán, del 22 de enero de 1903, que entregaba a Estados Unidos, por el resto del siglo, una franja de tierras de diez kilómetros de ancho. Pero el documento no fue ratificado por el congreso de Bogotá, con el argumento de que lesionaba su soberanía y no se recibía una adecuada compensación.

Ante el inesperado obstáculo, Estados Unidos propició la separación de Panamá, aprovechando el interés existente por el canal. El congelamiento del tratado Hay-Herrán por Colombia era una desgracia para la empobrecida economía panameña, que podría resucitar la alternativa de Nicaragua. Eso explica que Estados Unidos pudiera aprovechar las legítimas aspiraciones emancipadoras del pueblo panameño. Los arraigados sentimientos nacionales de Panamá se habían afianzado a lo largo del siglo XIX y, sobre todo, a consecuencia de la mortífera Guerra de los Mil Días (1899-1903) en Colombia. Los istmeños, que habían perdido su autonomía en 1886, apoyaron la causa liberal colombiana para recuperar ese estatus, aunque en Panamá la contienda adquirió un marcado carácter social con las demandas agraristas enarboladas por los *cholos* del guerrillero Victoriano Lorenzo.

Tras la ejecución de este líder popular en Chiriquí, el 15 de mayo de 1903, Estados Unidos pudo seguir adelante con sus planes. El 3 de noviembre de ese año, con la protección de la escuadra norteamericana —que impidió el desembarco de tropas colombianas—, se proclamó la independencia de Panamá, reconocida al día siguiente por Washington. Dos semanas después se firmó el Tratado Hay-Bunau Varilla, que enajenaba la soberanía de la naciente república sobre la zona canalera, a la vez que se pagaba a la empresa francesa representada por Philippe Bunau Varilla, su principal accionista.²⁶⁰ A continuación, mediante el farisaico convenio Taft de diciembre de ese año, Panamá quedó convertido en un verdadero protectorado norteamericano, con una constitución (1904) que permitía la intervención militar de Estados Unidos en su territorio, siguiendo la pauta de la enmienda Platt aplicada a Cuba tres años antes. Se había consumado el *Rapto de Panamá*, título de un esclarecedor libro publicado en 1964 por el periodista argentino Gregorio Selser.

El canal fue inaugurado finalmente en 1914, tras resolverse los problemas financieros, de diseño y de salubridad —esto último gracias al descubrimiento del agente trasmisor de la fiebre amarilla por el cubano Carlos J. Finlay— que habían hecho fracasar el proyecto francés. La extraordinaria obra ingeniera reportó a Estados Unidos ganancias colosales y sus bases militares en la zona del canal se convertirían en un arma de control sobre todo el continente; hasta que el territorio secuestrado tuvo que ser finalmente devuelto a Panamá, gracias a la tesonera campaña del general Omar Torrijos, que la había convertido en una causa anticolonialista de toda nuestra América.

²⁶⁰ Más detalles en Scott Nearing y Joseph Freeman; *La diplomacia del dólar. Un estudio acerca del imperialismo norteamericano*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1973, pp. 107-124

Resistencia de Zelaya en Nicaragua

La reforma liberal encabezada por José Santos Zelaya en Nicaragua fue, junto a la de Eloy Alfaro en Ecuador en 1895, las dos últimas del siglo XIX. En 1893, los liberales nicaragüenses se levantaron en armas y tras la exitosa batalla de La Cuesta, pudieron entrar victoriosos en Managua, proclamada entonces nueva capital de la república.

Al conmemorarse el primer aniversario del triunfo de la revolución liberal, el 11 de julio de 1894, fue aprobada una nueva constitución, que estableció la separación de la Iglesia del Estado y derechos ciudadanos, entre ellos a una educación gratuita y obligatoria. Al amparo de esta carta magna, que sería reformada en 1897 y 1905, Zelaya pudo gobernar por algo más de quince años, mandato aprovechado para iniciar la modernización del país, construir escuelas e impulsar el desarrollo de la atrasada infraestructura.

Entre sus logros estuvo también la recuperación del territorio de la costa atlántica a la soberanía nacional (1894), hasta entonces bajo la «protección» de Inglaterra y que Estados Unidos ambicionaba desde la invasión de Walker en 1855. También el presidente nica promovió una especie de internacional liberal mediante el Pacto de Amapala, para sacar del poder a los conservadores en Centroamérica y el Caribe hispano y favorecer la independencia de Cuba. Este acuerdo fue firmado por los representantes de los gobiernos liberales de Honduras y Venezuela, así como los líderes revolucionarios Eloy Alfaro de Ecuador y el patriota cubano Antonio Maceo, radicado entonces en Costa Rica.

Imbuido del ideario unionista centroamericano, Zelaya trató de avanzar en esa dirección con los tratados de Corinto (1901), rubricados con Honduras —donde había nacido su padre— y El Salvador, mediante la creación de

una virtual zona de libre comercio y la construcción, con capital alemán, de un ferrocarril que interconectara la región, al que se opuso Estados Unidos. La aspiración de abrir un canal interoceánico por Nicaragua encontró también el rechazo de Washington, después que Zelaya se negara a conceder derecho de soberanía sobre esa posible vía y rechazara un leonino empréstito de Wall Street, lo que inclinó a Estados Unidos por la ruta de Panamá.

La postura independiente del mandatario de Nicaragua explica la ojeriza estadounidense y su apoyo a todos los planes en su contra, como la revuelta opositora que estalló en la costa atlántica, liderada por el general conservador Emiliano Chamorro, con el respaldo del dictador de Guatemala Estrada Cabrera. En diciembre de 1909 el presidente William Taft se valió del conflicto para culpar a Zelaya de la creciente «agitación» en Centroamérica. Para agravar más las cosas, los norteamericanos Cannon y Groce, que combatían en las filas conservadoras, fueron capturados, juzgados y ejecutados, lo que sirvió de argumento a Estados Unidos para dar un ultimátum al gobernante nica.

Unos días después, *marines* de Estados Unidos desembarcaron en Nicaragua, iniciando la intervención directa norteamericana que se extendería hasta la gesta de liberación nacional de Augusto C. Sandino. Bajo esta enorme presión, el 16 de diciembre de 1909 Zelaya presentó su renuncia a la presidencia, obligado, según escribió al congreso nacional, por «la hostilidad manifestada por el gobierno de Estados Unidos, al cual no quiero dar pretexto para que pueda continuar interviniendo en ningún sentido en los destinos de este país».²⁶¹

²⁶¹ Citado por Juan Bosch, op. cit., p. 317.

Tras abandonar Nicaragua en una embarcación facilitada por el presidente Porfirio Díaz, se refugió en Francia y España. Aquí publicó en 1910, para refutar las calumnias del cónsul guatemalteco en París, su libro de denuncia *La revolución en Nicaragua y los Estados Unidos*, elogiado por los famosos escritores Rubén Darío y José María Vargas Vila. José Santos Zelaya murió en tierra extraña el 17 de mayo de 1919. Casi un siglo después, la Asamblea Nacional de Nicaragua lo declaró héroe de la patria y valeroso precursor del antimperialismo en nuestra América

Primer acoso imperialista a Venezuela

El 9 de diciembre de 1902, una flota de guerra conjunta de Inglaterra, Italia y Alemania ocupó el puerto de La Guaira en Venezuela. Unos días después, la acción punitiva se repitió contra Puerto Cabello y el 17 de enero de 1903 fue agredido también el Castillo de San Carlos en el lago de Maracaibo por un buque de guerra alemán. Las escuadras europeas bloquearon durante dos meses las costas de Venezuela para exigir al gobierno de Caracas la satisfacción de sus reclamaciones financieras,²⁶² en un episodio muy parecido al que padeció México en 1861 durante el gobierno de Benito Juárez y que como vimos fue el preludio del imperio títere de Maximiliano.

El presidente venezolano Cipriano Castro, sin recursos para enfrentar la agresión, salió en defensa del país con un discurso nacionalista, dado a conocer en su proclama del 9 de diciembre de 1902, en la que declara-

²⁶² Véase Manuel Rodríguez Campos: *Venezuela 1902, la crisis fiscal y el bloqueo (Perfil de una soberanía vulnerada)*, Caracas, Universidad Central, 1983.

ba: «¡La planta insolente del Extranjero ha profanado el sagrado suelo de la Patria!».²⁶³ Ante la posibilidad de que el conflicto se complicara, y preocupado por la intromisión europea en el mar Caribe, Estados Unidos impuso el arbitraje internacional, a pesar de los llamados de la propia prensa norteamericana en contra de los desacreditados e insolventes países suramericanos. Los gobiernos de Inglaterra, Alemania e Italia aceptaron retirar sus flotas el 19 de febrero de 1903 y abrir negociaciones. El fallo internacional obligó al presidente Castro a aceptar las exigencias europeas y entregar el treinta por ciento de los ingresos aduaneros a los acreedores.

Castro había llegado al poder al frente de la denominada Revolución Liberal Restauradora, enfilada contra el decadente *liberalismo amarillo*. Después de derrotar a las tropas gubernamentales en los Andes y el centro del país, el ejército de Cipriano Castro se impuso en la cruenta batalla de Tocuyito (Carabobo), que le permitió entrar en Caracas el 22 de octubre de 1899 y ser nombrado por una Asamblea Constituyente presidente interino (1901) y luego mandatario constitucional (1902-1908).

La victoria militar no tranquilizó al país, pues la guerra civil se prolongó promovida por empresas extranjeras y varios caudillos locales. Pero Castro se las arregló para derrotar a cada uno de estos por separado, reconquistando casi todo el territorio nacional, salvo los últimos caudillos arrinconados en Ciudad Bolívar, donde fueron doblegados por las fuerzas de su compadre el general Juan Vicente Gómez el 21 de julio de 1903. Desde ese momento, Castro impuso la hegemonía andina y un régimen autoritario, en un país arruinado y endeudado, pues los precios del café, principal producto de exportación, se habían desplomado.

²⁶³ En *Diccionario de Historia de Venezuela*, op. cit., t. I, p. 622.

Terminada la confrontación, aparecieron nuevos problemas internacionales motivados por pleitos judiciales con las compañías que habían apoyado a los opositores a Castro, que aspiraban a controlar un nuevo recurso del suelo venezolano: el petróleo. En medio de juicios, reclamaciones, amenazas de invasión, campañas difamatorias y conspiraciones anticastristas, se produjo entre 1906 y 1908 la ruptura de relaciones con Francia, Holanda y Estados Unidos, que calificaban a Castro de arrogante dictador.

En esta compleja situación, Castro debió viajar a Europa para someterse a una impostergable operación quirúrgica, dejando a Gómez encargado de la presidencia el 23 de noviembre de 1908. Aprovechando la ausencia del mandatario, su compadre, con la complicidad de potencias europeas y Estados Unidos, así como de la propia oligarquía venezolana, dio un golpe de estado el 19 de diciembre de ese año. Apenas unas semanas después (13 de febrero de 1909), se firmaban acuerdos con Washington que satisfacían todas las reclamaciones de Estados Unidos.

Ello permitió a Gómez gobernar Venezuela a su antojo hasta su muerte, por causas naturales, en 1935, mientras su antiguo jefe, perseguido con saña por las compañías y gobiernos resentidos por su política nacionalista, sin recursos propios, debía peregrinar por diferentes países. Falleció el 5 de diciembre de 1924 en Santurce, Puerto Rico.²⁶⁴ Las cenizas de Cipriano Castro descansan desde el 2003 en el Panteón Nacional, en cumplimiento del acuerdo de la Asamblea Nacional de la República Bolivariana de Venezuela que lo consideró merecedor de esos honores porque, como escribiera el presidente Nicolás Maduro:

²⁶⁴ Más información en Mariano Picón Salas: *Los días de Cipriano Castro*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1986.

[...] se enfrentó con valor nacionalista a las pretensiones imperiales de mancillar el sagrado suelo patrio el 9 de diciembre de 1902. Su frase ‘¡La planta insolente del Extranjero ha profanado el sagrado suelo de la Patria!’ logró reunir bajo su mando, tanto a partidarios como a sus enemigos políticos para hacer frente al bloqueo de las costas venezolanas, que hicieran las potencias europeas que pretendían cobrar una excesiva y abusiva deuda externa.²⁶⁵

Repúblicas bananeras

El fracaso del golpe de estado intentado por Donald Trump en enero de 2021 llevó a algunos medios a calificar a Estados Unidos con el desempolvado término de «república bananera». La paradoja es que esta expresión peyorativa fue creada por el escritor y caricaturista norteamericano William Sydney Porter (1862-1910), más conocido como O. Henry, para burlarse de los países de América Central y el Caribe. El término apareció por primera vez en su libro de cuentos *Coles y reyes* (1904), elaborado en 1897 en Honduras, para referirse a aquellos países atrasados e inestables de la región, que dependían de compañías norteamericanas exportadoras de plátanos, gobernadas a su antojo por un solo hombre que servía los intereses de Estados Unidos.

Las llamadas «repúblicas bananeras» surgieron de la agresiva política recolonizadora norteamericana sobre América Central y el Caribe, a fines del siglo XIX y principios del XX, que permitió a la United Fruit Company y otras empresas de Estados Unidos controlar en forma monopó-

²⁶⁵ Citado en <http://www.industriasdiana.gob.ve/Diana/index.php/home/1104-presidente-maduro-elevar-restos-de-cipriano-castro-al-panteon-nacional-fue-un-hecho-de-justicia>.

lica la producción, el transporte y la comercialización de sus rubros agrícolas más rentables, principalmente el plátano o, por excepción, el azúcar en la Mayor de las Antillas. Un negociante estadounidense, Minor C. Keith, fue el prototipo de esta desenfrenada actividad por su papel en la construcción de ferrocarriles en América Central y el fomento de plantaciones bananeras en varios países, entre ellos Guatemala, Honduras Costa Rica, Panamá y Colombia.

Una de las características singulares de la inversión masiva estadounidense en esa región fue el sistema de enclave, que permitía el dominio por una sola empresa de una especie de feudo, donde disponía de plantaciones, ferrocarriles, puertos y otras diversas instalaciones, entre ellas hoteles, casas, almacenes, barracones, hospitales, tiendas y cuarteles de su propia policía. En la práctica, esa área operaba al margen del gobierno local y sus leyes, tal como demostraron Oscar Zanetti y Alejandro García en una documentada investigación: *United Fruit Company: un caso del dominio imperialista en Cuba*, publicada en 1976.

Pero Estados Unidos no solo aumentó, sin contrapeso alguno, su enorme influencia sobre las débiles y atrasadas repúblicas centroamericanas y caribeñas con la intensa actividad de sus monopolios. También estableció gobiernos títeres mediante la intervención militar directa (*big stick*), bajo el amparo del corolario Roosevelt a la doctrina Monroe, proclamado poco después de derrotar a España en la guerra de 1898 y apoderarse de los restos de su imperio colonial. La primera víctima del «gran garrote» fue la República Dominicana (1905), a las que seguirían muchas otras, entre ellas Cuba (1906-1909), Nicaragua (1912-1925), México (1914 y 1917), Haití (1915-1934) y la propia República Dominicana de nuevo entre 1916 y 1924.

Este período de brutal expansionismo norteamericano coincidió con los diez y seis años (1897-1913) con-

secutivos de gobiernos Repúblicanos de los presidentes William McKinley, Theodore Roosevelt y William H. Taft, quienes se convirtieron en campeones del imperialismo. Como parte de esa ofensiva demoleadora, Estados Unidos logró convertir al Caribe en un mare nostrum norteamericano y a las naciones de la región en un rosario de repúblicas semicoloniales o simples eslabones de una cadena de virtuales protectorados sometidos a su absoluto control.

De esta forma, los países «independientes» de Centroamérica y el Caribe, terminaron atrapados en las redes del capital norteamericano, que los convirtió en verdaderos prolongaciones o enclaves de su propia economía, liquidando cualquier posibilidad de desarrollo propio y restringiendo o anulando su soberanía nacional; esto es, las famosas «repúblicas bananeras» ridiculizadas por O. Henry hace ya más de un siglo.

Dictaduras en nuestra América

Las dictaduras ensombrecieron el devenir de nuestra América después de la independencia, aunque las de principios del siglo XIX fueron diferentes, en muchos aspectos, a las de fines de esa misma centuria y de la siguiente. Estas últimas, como la de Porfirio Díaz en México, se desarrollaron en un nuevo contexto histórico, marcado por la creciente dominación de Estados Unidos en el continente.

La propia palabra de dictadura terminó por adquirir un significado peyorativo del que carecía en sus inicios, cuando equivalía al sencillo otorgamiento de plenos poderes, en función del interés público, a una o varias personas, que la asumían en circunstancias excepcionales, sin limitaciones y en forma absoluta. Al parecer, el concepto se

empleó por primera vez en la antigua Roma para denominar a un magistrado al que le atribuían las prerrogativas de ambos cónsules, esto es, toda la autoridad administrativa del estado y el supremo mando militar. Además de asumir las funciones íntegras de la soberanía y de concentrar en su persona el ejercicio del poder público, los dictadores quedaban facultados para decidir sobre la vida o la muerte y sus disposiciones eran inapelables.

Por regla general, los dictadores eran nombrados en forma legal por cuerpos colegiados y sus poderes absolutos concedidos temporalmente, aunque Sila y César fueron designados dictadores de por vida. Para el politólogo francés Alain Rouquié, la dictadura puede ser definida como:

[...] un régimen de excepción que, por circunstancias particulares, se ejerce sin control. Ello implica que el poder de los gobernantes sobre los gobernados no conoce ninguna restricción, o sea, dicho ahora en términos constitucionales, que las garantías fundamentales se hallan abolidas. Permanecemos así muy cerca de una acepción clásica.²⁶⁶

Acorde a esta tradición, durante la independencia de España a varios patriotas latinoamericanos se les otorgó la condición de dictadores, como ocurrió por ejemplo con Francisco de Miranda en 1812, quien fue nombrado por el congreso venezolano, antes de disolverse, con total y plena autoridad, para que tratara de salvar a la primera república de la feroz ofensiva realista. Lo mismo vale para Simón Bolívar, José de San Martín y otras primeras figuras de la emancipación que también fueron designados dictadores, en circunstancias muy comprometidas de la lucha contra

²⁶⁶ Alain Rouquié: «Dictadores, militares y legitimidad en América Latina», en Julio Labastida Martín del Campo [Coordinador], *Dictaduras y Dictadores*, México, Siglo XXI, 1986, p. 11.

las tropas colonialistas. Incluso en la naciente república de Paraguay, acosada por sus vecinos, que le negaban el reconocimiento como estado independiente, el doctor José Gaspar de Francia, que era uno de los dos cónsules encargados del poder ejecutivo, fue investido en 1814, por un congreso popular reunido en Asunción, *Dictador Supremo*.

Después de la independencia, el término dictadura fue tomando un sentido negativo al ser empleado por los liberales en sus campañas contra los caudillos, el despotismo y los gobernantes conservadores, aliados a la iglesia, que dominaban la escena política de y que se caracterizaban por ejercer una autoridad omnímoda, arbitraria y criminal. Gobernantes como Juan Manuel de Rosas en el Río de la Plata, Mariano Melgarejo en Bolivia, Rafael Carrera en Guatemala, Gabriel García Moreno o Ignacio de Veintimilla en Ecuador, Antonio López de Santa Anna en México, José Antonio Páez en Venezuela, Ulises Heureaux en República Dominicana, y hasta el propio doctor Francia en Paraguay, fueron calificados con los peores epítetos por sus opositores liberales, acuñando la palabra dictadura con la carga peyorativa que tiene hoy, como sinónimo de tiranos o sátrapas.

Desde entonces, el término adquirió la connotación negativa que se usa en la actualidad y que alude a un sistema despótico implantado en un país determinado en el cual la arbitrariedad se convierte en norma jurídica, al margen de la voluntad ciudadana y su poder, basado en una fuerte represión, se ejerce sin contrapeso de ningún tipo. Estos regímenes han sido fuente de inspiración de novelas como *Tirano Banderas* (1926), del escritor gallego Ramón María del Valle Inclán, *El señor presidente* (1946) del guatemalteco Miguel Ángel Asturias, *El recurso del método* (1974) del cubano Alejo Carpentier, *Yo el Supremo* (1974) del paraguayo Augusto Roa Bastos, *El otoño del patriarca* (1975) del

colombiano Gabriel García Márquez y *La fiesta del Chivo* (2000) del peruano Mario Vargas Llosa.

El corolario Roosevelt

El origen del corolario Roosevelt a la doctrina Monroe esta relacionado con la deuda dominicana adquirida en 1869, cuando el gobierno de Buenaventura Báez aceptó un empréstito con la casa Hartmond de Londres, seguido por otros dos contraídos en 1888 y 1890 por el presidente Ulises Heureaux, con la compañía holandesa Westendorp. La onerosa deuda siguió creciendo al traspasarse a la Santo Domingo Improvement Company of New York (1893), convertida pronto en la manzana de la discordia con Estados Unidos. Las exigencias norteamericanas obligaron al mandatario Horacio Vázquez a firmar en 1903 un protocolo para amortizarla y obligaba, de incumplirse, a entregar la aduana de Puerto Plata a Estados Unidos, lo que ocurrió al año siguiente.

Dos potencias europeas acreedoras exigieron entonces el control de otras aduanas dominicanas. La reacción del presidente Teodoro Roosevelt fue añadir un corolario a la doctrina Monroe de 1823, arrogándose el derecho de intervención si una nación latinoamericana no pagaba sus deudas, en cuyo caso Estados Unidos ejercería «la facultad de policía internacional».²⁶⁷ Sobre la base del corolario Roosevelt, se impuso a Santo Domingo el lesivo tratado de 1907, que ponía en manos norteamericanas todas las aduanas de la República Dominicana, convertida en un virtual protectorado.

²⁶⁷ Discurso del presidente Theodore Roosevelt al Congreso de Estados Unidos. En Leslie Bethell (Editor): *Historia de América Latina*, Cambridge University Press/Editorial Crítica, 1991, t. 7, p. 89.

En 1916, el gobierno de Woodrow Wilson, para aumentar su control del país, exigió al presidente Juan Isidro Jiménez la modificación del convenio de 1907 y la disolución del ejército nacional. Para evitarlo, el general Desiderio Arias derrocó a Jiménez, golpe militar que Estados Unidos rechazó. Unos días después, los *marines* desembarcaron en Santo Domingo. Pero la invasión estuvo lejos de ser tranquila. Focos de resistencia aparecieron por todas partes y la ciudad de Puerto Plata, negada a capitular, fue bombardeada. Ante la abrumadora supremacía enemiga, el general Arias se rindió y aceptó la desmovilización de las fuerzas armadas.

En esas condiciones, el congreso dominicano, con el respaldo unánime de todos los partidos, eligió un nuevo presidente, Francisco Henríquez y Carvajal, un reconocido médico residente en Santiago de Cuba, que fuera amigo de José Martí. De regreso a su tierra natal, Henríquez y Carvajal intentó hacer respetar la soberanía dominicana, pues las fuerzas norteamericanas, en violación del convenio de 1907, habían asumido el control absoluto de las rentas del país, dejando al gobierno sin fondos. La postura digna y valiente del presidente Henríquez y Carvajal frente a los invasores, determinó que Estados Unidos no lo reconociera, obligándolo a renunciar el 8 de diciembre de 1916, cuatro días después de protestar por la proclama intervencionista del jefe de la flota norteamericana fondeada frente a Santo Domingo. La República Dominicana quedó sin gobierno propio, totalmente sometida a Estados Unidos.

El gobierno militar de ocupación propició que las compañías estadounidenses se apoderaran de la de las mejores tierras e impuso más concesiones favorables a sus monopolios y nuevos empréstitos. Además, se organizó una Guardia Nacional comandada por oficiales norteamericanos, en la que el futuro dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo sobresalió en la represión, junto a los *marines*, de los *ganilleros*, campesi-

nos alzados en armas contra Estados Unidos. Max Henríquez Ureña, hijo del presidente Henríquez y Carvajal, denunció entonces en su libro, *Los yanquis en Santo Domingo, La verdad de los hechos comprobada por datos y documentos oficiales*, editado en La Habana en 1919. la tragedia de la ocupación:

No hablaré ahora del dolor dominicano, que es profundo, porque con la soberanía nacional han desaparecido el bienestar y el sosiego de la familia dominicana, y han sido muertos muchos dominicanos, sin formación de causa y sin derecho de defensa, lo mismo en las calles de las ciudades que en los bosques y en los campamentos a donde fueron conducidos como prisioneros. Hablaré del dolor americano, ya que uno y otro pueblo han sufrido las consecuencias de esa política inexplicable; hablaré del dolor que desgarrar el pecho de tantas madres americanas, que habrán aceptado con estoica conformidad la muerte de sus hijos, si éstos hubieran caído en la ingente lucha que se libraba por la humanidad y por la civilización, pero que seguramente no han podido encontrar igual resignación al verlos caer, oscurecidos y sin gloria, en una pequeña y olvidada isla del Caribe, a la cual fueron enviados como instrumento de violencia y exterminio.²⁶⁸

Charlemage Péralte, olvidado héroe haitiano

La resistencia contra el ejército norteamericano en Haití, hace un siglo, es una de las gestas desconocidas de

²⁶⁸ Citado por Sergio Guerra Vilaboy en «Presentación de Los yanquis en Santo Domingo», en Max Henríquez Ureña: «Los yanquis en Santo Domingo», en *Obras y Apuntes de Max Henríquez Ureña*, Santo Domingo, Presidencia de la República, 2009, tomo VII, p. XVIII.

nuestra América y fue encabezada por Charlemagne Peralte. La intervención de Estados Unidos en la primera nación independiente en América Latina, en julio de 1915, sorprendió a Charlemagne Peralte como jefe militar de Leogane, puesto al que había accedido gracias a su origen social terrateniente y la tradición familiar. Cuando el 30 de agosto los *marines* pretendieron ocupar su guarnición, Peralte se negó a desarmar a sus hombres y entregar la bandera nacional, aunque al final debió abandonar el ejército y regresar a su natal Hinche.

La injerencia de Estados Unidos utilizó como pretexto la inestabilidad política y la crisis financiera existente en Haití para favorecer la libre entrada del capital y las manufacturas norteamericanas, hacerse del control del Banco Nacional, las aduanas y de la estratégica bahía de San Nicolás.²⁶⁹ Para conseguir la ocupación total, los invasores desarmaron a los *cavós*, bandas paramilitares de campesinos pobres que generalmente servían como *guardia de corps* de los grandes propietarios negros del Norte. Uno de los últimos jefes *cavós* en caer, Ismael Codio, murió en combate en Fonds Parisien (1916).

El 12 de agosto de 1915 la Asamblea Nacional, por presión de las fuerzas estadounidenses, escogió como nuevo mandatario haitiano a Sudre Dartiguenave, quien el 16 de septiembre firmó un tratado con Washington que legalizaba la ocupación y la entrega de las aduanas, aceptando en 1917 una nueva carta magna, elaborada por el entonces subsecretario de Marina de Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt. Esta constitución suprimía la disposición de 1805 que prohibía la posesión de tierras a los extranjeros, abriendo las puertas al capital norteamericano, y permitía el restablecimiento de la *corvée* que obligaba a los campesi-

²⁶⁹ Más información en Susy Castro: *La ocupación norteamericana de Haití y sus consecuencias*, México, Siglo XXI, 1971.

nos pobres a trabajar en la construcción de caminos.

En estas condiciones se revitalizó la lucha de los *ca-cós*, enardecidos por esta especie de «reforma agraria» al revés como la calificó Juan Bosch.²⁷⁰ Ahora el movimiento era encabezado por los hermanos Saúl y Chalemagne Péralte. La sublevación se inició el 11 de octubre de 1917 con el ataque al cuartel de Hinche y terminó con la captura de los dos hermanos rebeldes y la destrucción de su casa familiar. Condenados en juicio sumario por las fuerzas de ocupación, Saúl fue ejecutado y Charlemagne condenado a prisión con trabajo forzado.

Escapado al año siguiente de la cárcel en Cabo Haitiano, Charlemagne Péralte se dedicó a reorganizar a los *ca-cós*. A partir de octubre de 1918, la rebelión de los *ca-cós*, encabezados ahora por Péralte, se extendió por todo el Norte y el Artibonite. Miles de campesinos negros, armados de viejos fusiles, machetes e instrumentos de trabajo, se enfrentaron en guerra de guerrillas a los ocupantes extranjeros que se valían de modernos equipos militares, la aviación, así como la táctica del exterminio masivo y tierra arrasada. En el territorio liberado por su improvisado ejército, Charlemagne Péralte redactó en 1918 un dramático llamado al pueblo haitiano para luchar contra los ocupantes norteamericanos, en el cual juraban «arrojar los invasores al mar y liberar el país», así como «no deponer las armas hasta que los norteamericanos sean expulsados».²⁷¹

Ese propio año, Péralte redactó un dramático llamado a la lucha del pueblo haitiano contra los invasores. Además, circuló una carta, firmada por cien de sus oficiales, que era una virtual declaración de guerra a Estados Unidos. En la misiva, con la que contrarrestaba las campañas mediáti-

²⁷⁰ Juan Bosch, op. cit., p. 322.

²⁷¹ Citado por Patrick Bellegarde-Smith: *Haití, la ciudadela vulnerable*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2004, p. 117

cas norteamericanas que pretendían presentarlo como un vulgar bandido, acusaba al presidente Woodrow Wilson de hipócrita, pues mientras proclamaba en los foros internacionales su respeto a la soberanía de las pequeñas naciones en Europa, ocupaba sin ningún derecho a Haití.

Traicionado por uno de sus oficiales, un comando de los *marines*, guiado por el sargento Herman H. Hanneken, penetró en la noche del 31 de octubre de 1919 en su cuartel general y lo asesinó de dos disparos por la espalda. En medio de fieros combates, su cadáver fue sacado por sus asesinos del campamento rebelde y después fotografiado sin camisa atado a una puerta. La repugnante foto fue publicada para que sirviera de escarmiento a los rebeldes haitianos y desalentara la lucha por la liberación nacional.

El fin de la resistencia de los *cacós* permitió extender la ocupación norteamericana de Haití hasta el 21 de agosto de 1934. Tras la retirada de los *marines*, los restos de Charlemagne Péralte fueron exhumados y se realizó en Cabo Haitiano, el 26 de noviembre de ese año, un multitudinario funeral de Estado al que asistió su madre y el nuevo presidente Stenio Vicent. En 1994 el gobierno de Jean Bertrand Aristide emitió una moneda con el rostro de Péralte, venerado como héroe nacional y símbolo de la resistencia popular contra los ocupantes estadounidenses.

Defensa de la soberanía dominicana

Como parte de las actividades de la Cátedra Juan Bosch de la Universidad de La Habana, constituida por el centenario de su nacimiento en 2009, se emprendió la búsqueda y publicación, bajo la dirección del profesor cubano Luis Céspedes, de textos inéditos de otro domi-

nicano ilustre: Max Henríquez Ureña (1885-1968). Su pelería referida a la ocupación norteamericana de la República Dominicana, archivada en el Instituto de Literatura y Lingüística en La Habana, junto con los de su hermana Camila, fue publicada en Santo Domingo, en varios tomos, como *Obras y apuntes de Max Henríquez Ureña* (2009).

Uno de esos textos despolvados era su relato manuscrito sobre el recorrido por nuestra América en compañía de su tío, Federico Henríquez y Carvajal, iniciado el 1 de diciembre de 1920. Se trata de un pormenorizado diario de viaje referido a las gestiones de «la comisión dominicana designada por el Dr. Francisco Henríquez y Carvajal para llevar una misión confidencial a diversos gobiernos de Sur-América»,²⁷² en busca de solidaridad, para conseguir la evacuación de las tropas de ocupación de Estados Unidos y en defensa de la ultrajada soberanía nacional dominicana.

La idea del periplo fue concebida y financiada en Cuba por los Comités Pro Santo Domingo, organizados por toda la Isla con patriotas e intelectuales cubanos y exiliados dominicanos. El propio Max destaca en sus documentos el extraordinario respaldo conseguido en la Mayor de las Antillas, basado en la hermandad de lo que llama «las islas de oro que baña el mar Caribe; que desde la época de la conquista, desde Hatuey hasta Máximo Gómez, están intercambiándose poetas y libertadores».²⁷³

Para recabar apoyo latinoamericano se decidió enviar dos delegaciones a la América del Sur, cuya salida se precipitó debido a la partida hacia esa misma región del se-

²⁷² Max Henríquez Ureña: «Diario de viaje por América del Sur en gestiones contra la invasión norteamericana en República Dominicana», en sus *Obras y Apuntes. Historia y Política*, loc. cit., t. VI, p. 3.

²⁷³ Max Henríquez Ureña: *Los yanquis en Santo Domingo: la verdad de los hechos comprobados por datos y documentos oficiales*, Madrid, M. Aguilar, 1929, p. 219.

cretario de Estado norteamericano. A principios de 1921, por la vía del Pacífico, emprendió viaje Tulio M. Cestero, mientras por el Atlántico lo hacían poco antes, Max y su tío Federico, coincidiendo ambas representaciones en Chile, donde se volvieron después a separar. En todo el trayecto, Max estuvo en permanente comunicación por cable con su padre, a quien por precaución llama *Quezhenri*.

En el detallado relato de Henríquez Ureña de su viaje por América del Sur, sobresalen las múltiples muestras de solidaridad con la causa dominicana, no solo entre el pueblo y la intelectualidad —como fueron los casos de Gabriela Mistral, José Ingenieros, Zorrilla de San Martín y Cecilio Báez, entre otros muchos—, sino también de los gobiernos de Hipólito Irigoyen en Argentina, Baltasar Brum en Uruguay, Arturo Alessandri en Chile, Augusto B. Leguía en Perú y Manuel Gondra en Paraguay. Ello tenía que ver no solo con el prestigio y la admiración que despertaban los representantes del pueblo dominicano, sino también con la situación de estos países sudamericanos, todavía fuera del área de mayor influencia de Estados Unidos.

De todos los gobernantes visitados, el apoyo más decidido provino del presidente argentino, quien había enviado a Santo Domingo al barco *9 de julio* con el expreso mandato de «ir a saludar el pabellón dominicano» y no a las fuerzas norteamericanas de ocupación. En reunión privada en la Casa Rosada el 17 de diciembre de 1920, Irigoyen confesó a Max Henríquez y su tío:

Efectivamente a Uds. no se les oculta como piensa y como siente el gobierno argentino. Es verdad que del pensamiento a los hechos hay alguna distancia, pero nuestra posición está bien definida. Creo que debo hacer algo, que debo actuar en nombre de mi país para abogar por la libertad

del pueblo dominicano, y así lo haré. No me preocupa el fracaso: lo que me importa es cumplir ese deber moral.²⁷⁴

A diferencia de otros mandatarios, Irigoyen condenó en forma decidida las intervenciones estadounidenses en el Caribe y Centroamérica, llevó a la Argentina a asumir una digna postura durante la Primera Guerra Mundial y después rechazó el nuevo reparto del mundo propugnado por las grandes potencias en la Liga de las Naciones.

La «Suiza de América»

En los años veinte del pasado siglo, la prensa de Estados Unidos calificó de «Suiza de América» a la República Oriental del Uruguay, lo que pronto se popularizó. La generosa comparación le vino como anillo al dedo al expresidente uruguayo José Batlle y Ordóñez, quien la difundió en su periódico *El Día*, convencido que los elogios norteamericanos tenían que ver con las reformas implantadas durante sus dos mandatos, sobre todo el de 1911 a 1915, cuya impronta perduraría más allá de su muerte (1929).

A diferencia de la mayoría de los países de nuestra América de principios del siglo XX, Uruguay se había insertado con ciertas ventajas en la división internacional de trabajo y pudo desarrollar un sector urbano con los niveles de vida más altos del continente, comparables al de algunos países europeos. Factores diversos facilitaron la ampliación de las relaciones capitalistas y la estabilidad política, que lo distanciaron de las «repúblicas bananeras» de América La-

²⁷⁴ Max Henríquez Ureña: «Diario de viaje por América del Sur en gestiones contra la invasión norteamericana en República Dominicana», op. cit., p. p. 26.

tina, de las que se burlaba la propia prensa estadounidense por su miseria y dependencia extrema.

En gran medida, los éxitos de Uruguay se debían a las reformas políticas y socioeconómicas del batllismo. Sin paralelo hasta entonces, eran solo equiparables a las conquistas sociales conseguidas en México con la sangrienta revolución de 1910 y recogidas en la constitución de Querétaro (1917), aunque sin alcanzar la tranquilidad conseguida entonces por la república oriental. El artífice de esas transformaciones fue Batlle y Ordóñez, de la élite del tradicional Partido Colorado.

Durante su primer mandato (1903-1907), Batlle y Ordóñez derrotó la rebelión del caudillo del Partido Blanco Aparicio Sarabia, logró la estabilidad política de la nación e impulsó la modernización del puerto de Montevideo, entre otras obras de infraestructura.²⁷⁵ Pero no fue hasta su segundo gobierno que pudo dar un giro a la historia del país, que de algún modo promovía en sus artículos en *El Día*, y en su manifiesto de 1910, sobre la necesidad de crear un estado democrático y benefactor situado por encima de las clases, que le dieron el apoyo de la emergente burguesía nacional, las capas medias y los trabajadores. Aunque no se proponía afectar el gran latifundio exportador de lana y carnes, que proporcionaban más del sesenta por ciento de los ingresos del país, no obtuvo el respaldo de la cúpula colorada y la oligarquía.

Fue durante este periodo presidencial iniciado en 1911 que pudo impulsar una especie de capitalismo de Estado, fundamentado en nacionalizaciones de servicios públicos básicos (electricidad, teléfonos, gas, tranvías, ferrocarriles, agua y otros), establecimiento del proteccionis-

²⁷⁵ Véase Justino Zavala Muniz: *Batlle héroe civil*, México, Fondo de Cultura Económica, 1945, p. 152 y ss.

mo aduanero, el desarrollo de la industria y la creación de «entes autónomos», como las Usinas Eléctricas del Estado, mientras eran estatizados el Banco de la República y el Hipotecario, así como los seguros.

Batlle promovió un novedoso sistema de gobierno colegiado inspirado en el de Suiza, que solo se vertebró por completo después de su muerte, aunque logró instalar un Consejo Nacional de Administración para el manejo de la economía. A ello hay que sumar la adopción de una legislación social progresista, que incluía jubilaciones, pensiones, jornada de ocho horas, enseñanza gratuita, descanso semanal y salario mínimo. Gran parte de estas conquistas fueron plasmadas en la constitución de 1917, que incluyó el voto secreto y universal, así como la separación de la Iglesia del Estado.

En política exterior el batllismo se alineó totalmente a favor de Estados Unidos y respaldó sus intervenciones en América Central y el Caribe. Esta postura de Batlle estaba en consonancia con su apertura al gran capital norteamericano en detrimento del británico, que había predominado hasta entonces, al extremo que en 1920 el comercio con Inglaterra era solo el 17 % mientras el de Estados Unidos superaba el 35 % y las deudas de Uruguay con esta potencia pasaron de dos millones de dólares (1919) a cuarenta y cinco millones (1929).

Pero el estado de bienestar general conseguido con el batllismo comenzó a declinar desde los años treinta —en 1933 Gabriel Terra se declaró dictador y derogó la constitución—, proceso acelerado en los cincuenta y sesenta, cuando el ingreso de su población cayó en picada, poniendo al Uruguay con una situación socioeconómica cada vez más parecida al resto de los países de nuestra América. El resultado fue el ascenso de las luchas populares, las acciones armadas de los Tupamaros y el golpe de estado militar de

1973 que estableció la dictadura de José María Bordaberry, esfumando las últimas conquistas de la otrora llamada Suiza de América.

Último gringo en Cuba

En los años de la ocupación de Estados Unidos en la Mayor de las Antillas, iniciada el primero de enero de 1899 tras el fin de la breve Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana (1898), surgieron varias colonias de poblamiento estadounidenses que pretendieron apoderarse de extensas áreas de la Mayor de las Antillas. Detrás de los soldados norteamericanos arribaron a Cuba los grandes comerciantes y capitalistas en busca de oportunidades para hacer negocios.²⁷⁶ La mayoría de los grandes monopolios de Estados Unidos aprovecharon el clima favorable creado por el gobierno militar de ocupación para invertir en diferentes renglones de la economía cubana y, en primer lugar, en el azúcar; al estilo de la United Fruit Company que lo hizo en la zona oriental de Banes y Nipe, donde creó un verdadero feudo capitalista.

Al mismo tiempo, aparecieron algunas compañías inmobiliarias que, con un claro objetivo especulativo, fomentaron planes de colonización en los que presentaban a la antigua posesión española del Caribe como una nueva frontera a conquistar. Sin duda este tipo de proyectos, dirigidos a incitar el poblamiento norteamericano de la Isla, también tenía que ver con las aspiraciones de convertir a Cuba en colonia de Estados Unidos para lo cual se estimularon métodos de colonización similares a los aplicados

²⁷⁶ Véase Oscar Pino-Santos: *El asalto a Cuba por la oligarquía financiera yanqui*, La Habana, Csa de las Américas, 1973

varias décadas atrás en Texas y que fueron el preámbulo de la anexión de ese territorio mexicano.

Uno de las más importantes colonias de este tipo se desarrolló en Isla de Pinos (hoy Isla de la Juventud), al sur de la parte occidental de Cuba, y sus pobladores procedían fundamentalmente de las Dakotas, Minnesota y Canadá. Era promovido por varias compañías norteamericanas como la Isle of Pines Company, The Santa Fe Land Company y The Isle of Pines Land Development Company, entre otras. Estos colonos inclusive intentaron anexar la Isla de Pinos a Estados Unidos, aprovechando que su soberanía no le fue reconocida a Cuba hasta 1925, pese a lo que estipulaba el tratado Hay-Quesada, firmado en 1904. La campaña anexionista alcanzó su clímax en los años 1905 y 1906 cuando los colonos pidieron al gobierno de Washington que restableciera su bandera en lo que consideraban era el suelo norteamericano de Isla de Pinos.

La más populosa y estable de todas las colonias de poblamiento norteamericanas establecidas en Cuba a principios del siglo XX fue la *The Valley of Cubitas* —una amplia franja de tierras, que se extienden desde las cercanías de la sierra de Cubitas hacia el mar, limitada al oeste por el río Máximo—, donde la *Cuban Land* llegó a instalar a varios miles de estadounidenses decididos a convertir el monte virgen y los intrincados bosques de maderas preciosas en un vergel.

El primer contingente, poco más de doscientos hombres y una mujer encabezados por el general Paul der Voorts, partieron el 30 de diciembre de 1899. Al mediodía del 4 de enero de 1900 arribaron al puerto cubano de Nuevitás, desde donde los futuros colonos se trasladaron en tres pequeñas goletas al inhóspito Port Viaro. Muchos norteamericanos se negaron a desembarcar al comprobar

que se les había engañado, pues en este puerto no existía ninguna construcción, solo manglares y pantanos.

Pero la mayoría de los miembros de la expedición siguieron adelante y acamparon en el sitio donde supuestamente estaba La Gloria City, donde levantaron tiendas de campaña. En los días siguientes se les sumaron nuevos colonos hasta sumar unos trescientos, entre ellos cincuenta empleados de la Cuban Land y varias decenas de peones cubanos, que se enfrascaron en la construcción de las primeras casas. Miles de agricultores norteamericanos continuaron llegando a The Valley of Cubitas en los años sucesivos, estimulados por las promesas y el engaño, aunque solo los más audaces, o quienes no tenían otra alternativa, se quedaban.

En 1914 el conjunto *The Valley of Cubitas*, y en particular La Gloria City, alcanzaron su máximo esplendor. Residían en el valle más de tres mil norteamericanos, además de decenas de polacos, alemanes, ingleses, suecos, daneses, italianos y algunos de otras nacionalidades, junto a varios centenares de cubanos y braceros antillanos empleados como peones. No obstante, su apogeo, la crisis de esta colonia norteamericana no tardaría en llegar.

Pero después de la Primera Guerra Mundial comenzó la decadencia de La Gloria City. Entre las causas de su ruina estaba la ausencia de un flujo migratorio constante de estadounidenses y problemas con las exportaciones debido a las pocas embarcaciones y sus altos costos. Ya para los años veinte apenas quedaban poco más de setenta familias. Además, la voracidad de las compañías azucareras norteamericanas establecidas en las cercanías fue de tal envergadura que terminó por arruinar el esfuerzo de los pequeños colonos estadounidenses por levantar sus pequeñas granjas de frutos menores y naranjas. El golpe de gracia lo proporcionó la crisis económica mundial de 1929 rematada por el terrible

ciclón de 1932, que puso en muy mal estado o derribó la mayoría de las edificaciones del valle.

Un solo un norteamericano sobrevivió allí hasta la Revolución: William Stockes. Abandonado por toda su familia, que en los cuarenta se marchó a los Estados Unidos, permaneció al cuidado de sus vecinos cubanos, en su patria de adopción. Ya anciano y ciego, ofreció en 1970 una larga entrevista al escritor cubano Enrique Cirules, quien poco después las dio a conocer en un libro de testimonio titulado *Conversación con el último norteamericano*.

Aventuras y tribulaciones de un venezolano

La increíble vida de Rafael Nogales Méndez, parece salida de una novela de aventuras. Nacido en San Cristóbal (Táchira, Venezuela, 1879), en una familia acomodada de origen vasco, siendo todavía un niño fue enviado a estudiar en la Real Academia Militar de Berlín en Alemania y, después de graduado, pasó cursos en las universidades de Bruselas, Lovaina y Barcelona, donde aprendió varios idiomas. Llevado por su animadversión a los Estados Unidos, se unió a las fuerzas españolas en la Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana (1898), cuando adoptó el apellido de Nogales, en lugar del paterno: Intxauspe. Derrotada España y herido en combate, pasó a Haití y entre 1899 y 1900 recorrió el norte de África, la India, Afganistán, Indonesia, Angola, Argentina, Brasil, Inglaterra, Irlanda y Estados Unidos.²⁷⁷

A principios del 1901, de regreso a su tierra natal, tuvo un altercado verbal con el Presidente Cipriano Castro, por lo que tuvo que escapar a la carrera, sin cambiar

²⁷⁷ Véase *Diccionario de Historia de Venezuela*, op.cit., t. II, p. 1094.

su elegante vestuario, a la República Dominicana. Enfrentado al gobierno venezolano, recorrió Centroamérica en busca de apoyos y se enroló en la fallida expedición de la goleta *La Libertad*. Enfermo de malaria y herido en una pierna, se refugió de nuevo en la República Dominicana y después en Haití.

Exiliado en México, cruzó a Estados Unidos, donde fue vaquero en Arizona y cazador de osos en Nevada, hasta que se mudó a San Francisco. De aquí viajó a China, convirtiéndose en agente secreto del gobierno de Japón durante la guerra de este país con Rusia en 1904. Perseguido, atravesó Siberia y se refugió en Alaska, donde vivió por dos años con los esquimales y cazó ballenas. Atraído por la búsqueda de oro marchó a California, donde conoció al líder del Partido Liberal Mexicano (PLM). Ricardo Flores Magón, a quien respaldó en la lucha contra la dictadura de Porfirio Díaz, consiguiéndole armas para su invasión a Chihuahua en 1908.

Al año siguiente regresó a Venezuela, tras el derrocamiento de Cipriano Castro por el general Juan Vicente Gómez, a quien pronto se opuso, exigiendo la democratización del país y alentando la sublevación de los llaneros e indios de la Guajira. En 1913 organizó en Curazao una frustrada invasión armada que lo arrojó al exilio durante casi dos décadas. Al estallar la Primera Guerra Mundial, tras ser rechazado sus servicios por las fuerzas de la *Entente* en Bélgica y Francia, se incorporó como capitán al ejército de Alemania, aliado de Austria-Hungría y Turquía.

De enero de 1915 a octubre de 1918 sirvió en las fuerzas militares otomanas, en las que llegó a general de brigada. Luchó contra el ejército zarista en Anatolia, contra sus aliados armenios del Cáucaso y la caballería cosaca en las montañas del Kurdistán. En protesta por las masa-

cres de armenios cristianos cometida por los turcos solicitó su baja del ejército otomano y, trasladado de frente militar, combatió a británicos y árabes en Irak, Siria y Gaza. En 1917 fue nombrado gobernador de una parte del litoral de Palestina. Por los servicios prestados durante la Primera Guerra Mundial, Nogales alcanzó el título de *Bey* y fue condecorado con la media luna como insignia, dos cruces de hierro y la Estrella de Mechedieh, que en una de sus fotos más conocidas porta con orgullo. Muchas de estas experiencias las contó en varios libros que publicó desde 1922, con sus testimonios de los abusos cometidos contra pueblos y etnias, en particular el genocidio armenio.

Radicado en los Andes colombianos, en la frontera con Venezuela, la permanente hostilidad del régimen de Gómez lo obligó a peregrinar por varios países centroamericanos. Por un naufragio se adentró en las selvas del Darién (Panamá) y luego estuvo en los bosques de Nicaragua, país al que volvió entre 1927 y 1928 para apoyar la gesta de Sandino, a quien entrevistó. La epopeya sandinista es el tema de su libro *El saqueo de Nicaragua*, cuya publicación en Estados Unidos desató un gran escándalo y la prohibición de la obra (1930).

Tras la muerte del aborrecido dictador venezolano en diciembre de 1935, Nogales regresó a su tierra natal, donde se desempeñó como jefe de aduanas en Las Piedras (Estado Falcón). Arruinado y sin familia, pues nunca se casó ni tuvo hijos, aceptó marchar a Panamá para estudiar el funcionamiento de la Guardia Nacional, donde enfermó de gravedad y murió el 10 de julio de 1937, a los 59 años de edad.

El propio káiser de Alemania Guillermo II, exiliado en Holanda, envió a su funeral una corona de flores y una tarjeta con este texto: «A Rafael de Nogales Méndez, generalísimo en la gran guerra, uno de los caballeros más

valientes y nobles que haya conocido».²⁷⁸ Cuatro décadas después, en 1975, sus restos fueron trasladados al Panteón de las Fuerzas Armadas de Venezuela. El año anterior habían sido traducidas al castellano sus increíbles *Memorias*, publicas originalmente solo en inglés (1932).

²⁷⁸ Tomado de José Luis García Salvador: «Actuar o morir. La historia de Rafael Nogales Méndez», 26 de julio 2021, en <https://www.despertaferro-ediciones.com/2021/actuar-o-morir-rafael-nogales-mendez>

CAPÍTULO VI
Los fusiles de Zapata no están dormidos

Porfirio Díaz en La Habana

Dos veces pasó Porfirio Díaz por la capital cubana. La primera en 1875, en tránsito a Estados Unidos, cuando preparaba la insurrección para derrocar al presidente Sebastián Lerdo de Tejada, movimiento que lo llevó al poder al año siguiente. La otra, en escala hacia Europa, tras ser desalojado del gobierno por la Revolución Mexicana en 1911.

Ese año las cosas le salieron mal a Porfirio Díaz. Desde fines de 1910 había estallado un levantamiento armado generalizado en su contra, encabezado por el rico hacendado norteño Francisco I. Madero, quien se había marchado del país después de oponerse, en unos amañados comicios, a la reelección del octogenario mandatario. De regresó a México en febrero de 1911, Madero estableció un gobierno alternativo en Chihuahua. En poco tiempo, su Plan de San Luis Potosí atrajo no solo a los descontentos de la clase dominante mexicana, sino también a amplios sectores populares, cuyas demandas iban más allá del simple cambio político. El 10 de mayo, seguidores suyos, comandados por Pancho Villa y Pascual Orozco, ocuparon Ciudad Juárez, mientras las fuerzas de Emiliano Zapata daban cuenta de Cuautla y el 21 de Cuernavaca, muy cerca de la capital del país.

La insospechada magnitud de la insurrección precipitó la rápida crisis de la dictadura. Porfirio Díaz no pudo aguantar las primeras derrotas militares y todo el carcomido sistema se vino abajo, como árbol podrido. Temiendo que las acciones maderistas desencadenaran una incontrollada guerra campesina, cuyos primeros síntomas ya se advertían, emisarios porfiristas firmaron apresuradamente, el 21 de mayo, un acuerdo con Madero, tras el fracaso de las reformas de última hora dispuestas por el dictador. En

el pacto de Ciudad Juárez se contemplaba la renuncia de Díaz, la convocatoria a nuevas elecciones y la desmovilización de los grupos revolucionarios armados. Todo ello para evitar una intervención norteamericana —Estados Unidos había concentrado miles de hombres en la frontera— y controlar al campesinado, soliviantado por el levantamiento maderista en diversos estados de México.²⁷⁹

Firmados los acuerdos, Porfirio Díaz renunció a la presidencia y el 26 de mayo salió por tren hacia Veracruz. Ya había recibido respuesta de Christlieb Rübke, agente general en México de la Hamburg-Amerikanische Packetfahrt Aktien Gesellschaft (Hapag), de que podía viajar en el buque *Ypiranga* el 31 de mayo, en su primera travesía en la ruta Veracruz-La Habana-Hamburgo. Este era un flamante vapor alemán, de dos mástiles y una chimenea al centro, con capacidad para mil trescientos pasajeros, ciento treinta de primera clase, ciento veinte de segunda y el resto en tercera, que desde su botadura al agua en el astillero de Kiel (1908), realizaba frecuentes viajes entre Alemania y Brasil, lo que explica su nombre de origen guaraní, que significa agua roja.

Según las crónicas de la época, tras despedir a sus sirvientes con monedas de oro, la familia Díaz se marchó a la estación de ferrocarriles de Santa Clara, al sur de la capital mexicana. El expresidente iba acompañado de su esposa, Carmelita Romero Rubio, su cuñada María Luisa, uno de sus hijos, el teniente coronel Porfirio Díaz Ortega, una cocinera, un valet y el edecán. Además, le protegía una escolta militar, comandada por el general Victoriano Huerta —dos años más tarde derrocaría a Madero, y tras su asesinato, ocuparía la presidencia de México—, que repelió un

²⁷⁹ Véase Alejo Maldonado Gallardo y Sergio Guerra Vilaboy: *La Revolución Mexicana: una lucha que cambió la historia de un pueblo. 1910/1940*, México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2010, pp. 15-44.

intento de asalto cerca de Orizaba, durante el recorrido en tren a Veracruz. En el puerto desde el 27 de mayo, Porfirio Díaz y sus acompañantes fueron recibidos por el gobernador y alojados durante varios días en una de las varias casas de madera construidas en terrenos ganados al mar, donde, a diferencia de otras partes del país, fue homenajeadado con banquetes y fiestas.

Alojado en el camarote del capitán del *Ypiranga*, el dictador defenestrado llegó al puerto de La Habana al caer la tarde del 3 de junio de 1911. A la mañana siguiente, al conocerse que no desembarcaría, periodistas y representantes del Gremio Unido del Comercio y del Casino Español de La Habana, subieron a bordo para entrevistarle o saludarlo. A una pregunta respondió con dificultad, debido a una fuerte infección bucal que le dificultaba hablar: «Señores, no me hagan preguntas. En las condiciones en que me encuentro nada puedo decirles, debe estudiarse un poco el porvenir para poder opinar».²⁸⁰ Un reportero del *Diario de La Marina* lo describe «robusto», pues «permanece aún erguido a pesar de la avanzada edad»,²⁸¹ antes de continuar el largo viaje al destierro en Europa, donde murió en 1915 a los ochenta y cinco años de edad.

Cuba y el asesinato de Madero

Al prestigioso general del Ejército Libertador Enrique Loynaz del Castillo, llegado a tierras mexicanas en julio de 1910 en calidad de ministro de Cuba, le correspondió

²⁸⁰ Citado por Leonardo Depeste Catony: «Porfirio Díaz», 20 de noviembre de 2015, en <http://www.habana-radio.cu/articulos/porfirio-diaz/>.

²⁸¹ Ibid.

ser testigo del estallido de la revolución, la caída de la dictadura de Porfirio Díaz y el ascenso de Francisco I. Madero a la presidencia. A pesar de su condición diplomática, el principal representante de la Isla en la capital mexicana manifestó en público su regocijo por la deposición de Díaz y saludó en forma entusiasta a Madero en ocasión de su entrada triunfal a la ciudad de México.

Fue al sexto ministro de Cuba en México, Manuel Márquez Sterling, a quien le tocó presenciar la crisis final del gobierno de Madero y hacer loables esfuerzos por salvar su vida durante los días convulsos de la *Decena Trágica*, en febrero de 1913. Tras el derrocamiento de Madero por la componenda de los generales porfiristas Victoriano Huerta y Félix Díaz, fraguada en la legación de Estados Unidos por su máximo representante Henry Lane Wilson, Márquez Sterling pretendió sacar de México al presidente depuesto en el crucero *Cuba*, a la sazón anclado en Veracruz por instrucción del mandatario José Miguel Gómez. Según el testimonio del propio diplomático cubano, al conocer el presidente mexicano sus intenciones, le expresó el 19 de febrero de 1913:

Estoy muy agradecido a las gestiones de ustedes— y señalándome añadió: acepto el ofrecimiento del crucero *Cuba* para marcharme. Es un país, la Gran Antilla, por el que tengo profunda simpatía. Entre un buque yanqui y uno cubano, me decido por el cubano. De allí surgió el compromiso, para mí muy honroso, de llevar al señor Madero en automóvil a la estación del ferrocarril y de allí a Veracruz.²⁸²

El asesinato de Madero tuvo gran repercusión en Cuba. El periódico liberal *La Noche*, en su edición del 23

²⁸² Manuel Márquez Sterling: *Los últimos días del presidente Madero*, La Habana, Imprenta Nacional de Cuba, [1960], p. 229.

de febrero de 1913, puso en grandes titulares: «Madero ha sido muerto esta mañana. Fueron asesinados el presidente y el exvicepresidente de México.

¡Un atentado a la civilización humana!». Al día siguiente, *El Triunfo*, otro periódico habanero vinculado al presidente Gómez, señalaba: «Madero y Suárez asesinados. Último acto de la tragedia o primero de otra más horrible», mientras el renombrado diario *La Discusión* vaticinaba un «movimiento de protesta mundial ante hechos tan abominables [...]».²⁸³

A altas horas de la noche del 1 de marzo de 1913, arribaron a La Habana en el crucero *Cuba* la familia del expresidente Madero —su viuda, padres, hermanas y su tío Ernesto y su hermano Julio—, la que fue recibida por las autoridades cubanas y los diputados mexicanos Serapio Rendón, Adrián Aguirre Benavides —exasesor jurídico de Madero— y Víctor Moya, junto a una gran multitud de habaneros que los acompañó después desde el puerto hasta el hotel *Telégrafo*. El periódico cubano *La Discusión*, publicó un amplio reportaje de estos acontecimientos y también dio a conocer una nota, firmada por el padre y el tío del presidente mexicano asesinado, Francisco y Ernesto Madero respectivamente, agradeciendo el respaldo del pueblo, el gobierno y la prensa de Cuba.

Con anterioridad, se había organizado un extraordinario acto público en el céntrico Campo de Marte, donde hoy se encuentra el Parque de la Fraternidad, para esperar a los familiares de Madero, en el que hicieron uso de la palabra el diputado yucateco Serapio Rondón —quien poco

²⁸³ Citado por Luis Ángel Argüelles Espinosa: «Cuba y la revolución mexicana de 1910», en *México y Cuba. Dos pueblos unidos en la historia*, México, Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo, 1982, tomo I, pp. 425-426.

después regresó a México y fue asesinado por sus valientes denuncias contra Huerta en el congreso mexicano— y el general de la guerra de independencia Enrique Loynaz del Castillo. Luego los participantes salieron en manifestación por las calles de la capital cubana hasta el Palacio Presidencial —antiguo de los Capitanes Generales— para exigir al gobierno la inmediata ruptura de relaciones con el régimen golpista de Huerta. En este sitio, Loynaz arengó a los manifestantes con las siguientes palabras:

Hemos llegado aquí movidos por el sentimiento del deber, por un generoso sentimiento de fraternidad hacia el pueblo hispanoamericano que está más cerca de nosotros, hacia aquel que en horas de desgracia para Cuba, estuvo cerca de nuestros corazones. Hemos llegado ante el representante del gobierno cubano, y le hemos expuesto que el pueblo de Cuba siente hondamente lo sucedido en la vecina República, que desea que el gobierno cubano rompa sus relaciones con el gobierno impuesto en México por la traición, el asesinato y la cobardía.²⁸⁴

Un cubano con Zapata

El 15 de abril de 1916 el líder agrarista Emiliano Zapata asignó tareas en el exterior a dos jóvenes del *Ejército Libertador del Sur*, Jenaro Amezcua y Octavio Paz Solórzano, lo que explica la presencia en Cuba del primero entre 1916 y 1920. Como parte de su labor en la Mayor de las Antillas, el general Amezcua divulgó en los periódicos cubanos *El Mundo*, *La Discusión* y *Solidaridad* documentos zapatistas, entre ellos el *Plan de Ayala*, el *Acta de Ratificación del Plan de Ayala*

²⁸⁴ Ibid., p. 427.

y el *Programa de la Convención Revolucionaria*, así como entrevistas y artículos de su autoría o de Antonio Díaz Soto y Gama. Al mismo tiempo, contribuyó a contrarrestar las campañas contra Zapata, presentado por la prensa como el *Atila del Sur*, al extremo que ya el 14 de enero de 1918 *La Discusión* se refería al líder agrarista mexicano como «la fuerza moral en la cual confían todos los revolucionarios».²⁸⁵

En 1918, Amezcua dio a conocer en La Habana el libro *México revolucionario: a los pueblos de Europa y América 1910-1918*, con una selección de materiales sobre el movimiento zapatista, que incluía el *Plan de Ayala* y otros documentos de los combatientes de Morelos. También fue el responsable de divulgar en el periódico *El Mundo* de La Habana el saludo de Zapata a la Revolución Rusa, fechado el 14 de febrero de 1918. Esa misiva salió editada el 1 de mayo de ese año con una fotografía del líder agrarista en la que este escribió:

Por los recortes que se sirve adjuntarme, quedo impuesto de la benévola acogida que en la prensa de esa capital han tenido las declaraciones hechas por usted acerca de las finalidades que perseguimos; lo que es un indicio cierto de que la intelectualidad cubana se da cuenta de la importancia de este movimiento regenerador y simpatiza con él abiertamente, al reconocer su indudable justicia. De todas veras celebro qué en ese interesante país, hermano del nuestro, repercutan vigorosamente y dejen hondas huellas las reivindicaciones gallardamente sostenidas por el pueblo campesino de esta República de México.²⁸⁶

²⁸⁵ Tomado de Salvador Morales: *Relaciones interferidas. México y el Caribe, 1813-1982*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2002, p. 254.

²⁸⁶ En *El Mundo*, La Habana, Cuba, 1 de mayo de 1918. En Dulce María Rebolledo y Francisco Pineda: «Rebeldías sin fronteras: el zapatismo

Uno de los órganos de prensa de Cuba que mayor atención brindó a la causa agrarista mexicano y al zapatismo fue ¡Tierra! —clausurado por el gobierno cubano en 1915—, que tenía vínculos con el periódico *Regeneración* del líder anarquista mexicano Ricardo Flores Magón, cuya causa también difundió en la Isla. La publicación obrera habanera había denunciado los crímenes de la dictadura de Huerta y condenado la intervención de Estados Unidos en Veracruz (1914). En algunos de los editoriales de ¡Tierra!, se llamaba a la solidaridad del proletario internacional con los trabajadores mexicanos y a rechazar los intentos de la burguesía norteamericana de solicitar la intervención de Estados Unidos en México.

En las páginas de esta publicación se realizó una sostenida campaña por la liberación de los miembros de la Junta del Partido Liberal Mexicano —Ricardo y Enrique Flores Magón, Librado Rivera y Anselmo Figueroa—, presos en los Estados Unidos. El mismo periódico cubano, ¡Tierra!, dio a conocer, el 16 de mayo de 1913, el *Manifiesto a la Nación* de Zapata, mientras que en un número anterior, del 10 de agosto de 1912, se había dado a conocer el artículo «La revolución social en México».

El propio periódico ¡Tierra!, publicó poco antes, el 6 de enero de 1912, una carta fechada en México del cubano Prudencio Casals, quien se incorporaría al *Ejército Libertador del Sur* de Emiliano Zapata. Vinculado primero a los magonistas y a la Casa del Obrero, junto con Antonio Díaz Soto y Gama, a Casals lo apodaron «El Mister» en el ejército zapatista por su dominio del inglés. Además, llegó a ejercer como médico, lo que explica que estuviera a cargo del «Hospital de las Fuerzas Revolucionarias del Sur, 1ª zona».²⁸⁷

y Cuba. 1916-1920», en *Chacmool, Cuadernos de trabajo cubano-mexicanos*, México, Editorial Imagen Contemporánea, 2006, n. IV, p. 25.

²⁸⁷ Ibid., p. 17.

Casals fue también chofer de Villa y Zapata en la ciudad de México, en diciembre de 1914, y dos años después, ya con el grado de general, fue designado comandante de la Brigada Roja del *Ejército Libertador del Sur*. Por orden de Zapata quedó en el campamento el día trágico de la emboscada de Chinameca, el 10 de abril de 1919, lo que le salvó la vida. Su firma estuvo entre la de los generales zapatistas que comunicaron el vil asesinato del líder agrarista al pueblo mexicano. A este cubano, que murió en la ciudad de México en 1949, se refería el general Amezcua cuando escribió:

La bella patria de Maceo, de Martí y de tantos otros buenos, tiene despierta nuestra simpatía e interés. Máxime cuando en nuestras filas contamos con un buen cubano, que con nosotros ha luchado con lealtad y abnegación. Ha compartido como hermano, nuestras alegrías y penalidades. Por su esfuerzo y adhesión a la causa popular, ha conquistado el afecto del general en jefe y de cuantos le rodeamos.²⁸⁸

Pancho Villa contra Estados Unidos

El general Pancho Villa fue el protagonista de la única invasión militar procedente de nuestra América contra Estados Unidos, que ocurrió en medio de la Revolución Mexicana. Las contradicciones de Villa con el poderoso vecino del Norte se avivaron desde que el 19 de octubre de 1915 Washington reconociera *de facto* al

²⁸⁸ En «La Revolución del Sur se extiende por todo México», entrevista al general Jenaro Amezcua, en *La Discusión*, La Habana, Cuba, 15 de abril de 1918 y en el libro *México revolucionario: a los pueblos de Europa y América 1910-1918*, La Habana, Imprenta Espinosa, Ferré & Co., [1918], p. 169.

gobierno de Venustiano Carranza, al que combatían los villistas, después que el mandatario mexicano enviara un memorándum al Departamento de Estado garantizando la propiedad y la vida de los extranjeros en México.

Estas nuevas circunstancias, explican lo sucedido en Agua Prieta, junto a la frontera norteamericana, donde Villa libraba, al frente de la antigua División del Norte, un enfrentamiento decisivo contra las fuerzas de Carranza el 1 de noviembre de 1915. En medio del combate, Estados Unidos dejó pasar por su territorio a tres mil soldados carrancistas procedentes de Coahuila, los que pudieron sorprender a los villistas por la retaguardia y ganar la batalla.

Estos acontecimientos, unido al embargo de armas dispuesto antes por Estados Unidos, explican la violenta reacción de Villa y sus airadas declaraciones a los doctores Thigpen y Miller: «A partir de este momento dedicaré mi vida a matar a cada gringo en que pueda poner las manos y a destruir todas sus propiedades».²⁸⁹ En cumplimiento de estas fuertes amenazas, el 10 de enero de 1916 un destacamento villista detuvo un tren en la localidad de Santa Isabel (Chihuahua) y fusiló a dieciocho pasajeros norteamericanos. Dos meses después, el 8 de marzo, el propio Villa atacó con quinientos hombres el poblado de Columbus, Nuevo México, en pleno territorio de Estados Unidos, incursión en la que murieron una veintena de sus habitantes.

Las acciones no eran una simple venganza de Villa contra los norteamericanos, sino el fruto de una meditada estrategia dirigida a cambiar la desfavorable correlación de fuerzas. Para conseguirlo, pretendía formar un amplio frente nacional contra Estados Unidos que de paso le permitiera derrotar a los carrancistas. Por eso, el 5 de noviem-

²⁸⁹ En Friedich Katz: *Pancho Villa*, México, Ediciones Era, 1998, t. II, p. 110

bre de 1915, el jefe de la División del Norte había lanzado un manifiesto en Naco, publicado en el periódico *Vida Nueva*, donde anunciaba su postura hacia el gobierno de Woodrow Wilson

[...] que atropella la independencia de un pueblo amigo y que viola la soberanía de los estados de Arizona y Texas permitiendo que su suelo sea cruzado por tropas *constitucionalistas*. Esto no implica ningún sentimiento de animosidad ni de odio contra el pueblo, el verdadero pueblo de los Estados Unidos del Norte, a quien respeto y admiro por sus tradiciones gloriosas». ²⁹⁰

La represalia norteamericana ante las acciones villistas fue el envío, el 16 de marzo de 1916, de la llamada expedición punitiva del general John J. Pershing. Con total desprecio por la soberanía de México, seis mil soldados de Estados Unidos, con apoyo de aviación, penetraron más de quinientos kilómetros en persecución de Villa, que debió esconderse herido. Como resultado de la intervención militar estadounidense, se desató una ola de sentimientos antinorteamericanos en el país.

A mediados de ese año, Villa reapareció al frente de sus hombres. Ya en octubre, hizo otro llamado a la resistencia nacional contra los invasores norteamericanos. Convertido de nuevo el estado de Chihuahua en el centro de sus operaciones, y con un ejército estimado en más de cinco mil hombres, devino en un verdadero azote a la estabilidad del gobierno carrancista. Paradójicamente, la intervención norteamericana dio un segundo aire a Villa, pues su prestigio creció como líder nacional enfrentado a la intervención extranjera, lo que explica que sus fuerzas se recuperaran

²⁹⁰ Ibid., p. 112.

tan rápido en los últimos meses de 1916. En noviembre y diciembre de ese año, logró incluso tomar transitoriamente las ciudades de Torreón y Chihuahua.

Pero esta vez, el vertiginoso ascenso de Pancho Villa no duraría mucho tiempo, a lo que contribuyó el cierre de la frontera decretado por Estados Unidos a principios de 1917, que cortó su fuente tradicional de aprovisionamiento. Su decadencia comenzó al ser sorprendido por fuerzas carrancistas en la hacienda Babícora, en abril de ese año, aunque gracias a su experiencia guerrillera logró mantenerse en actividad hasta 1920, cuando finalmente depuso las armas. Tres años después, el 20 de julio, el legendario jefe de la División del Norte fue asesinado en Parral (Durango). En 1976 sus restos fueron trasladados al Monumento a la Revolución en la ciudad de México.

Resonancia de la Revolución Mexicana

La Revolución Mexicana, iniciada en 1910 y coronada con las radicales transformaciones del periodo cardenista (1934-1940), produjo un extraordinario impacto en nuestra América, dominada entonces por regímenes antidemocráticos, plegados al capital extranjero y las oligarquías locales. Las consignas agraristas y de reivindicación nacional, primero, y la reforma agraria y la nacionalización del petróleo, después, concitaron grandes expectativas en el hemisferio, acompañadas de una gran ola de solidaridad y el despertar de sentimientos revolucionarios en vastos sectores populares.

La huella del imaginario mexicano puede encontrarse en la gesta de Sandino en Nicaragua y en otros movimientos revolucionarios de la época y se expresó en la

fundación de nuevas organizaciones obreras, campesinas y estudiantiles, entre ellas las ligas antiimperialistas y federaciones anticlericales. Varios procesos latinoamericanos de la primera mitad del siglo XX fueron marcados de manera directa por la impronta revolucionaria de México y, muy en concreto, por la reforma agraria y la expropiación de empresas extranjeras, como pudo advertirse en Cuba, durante la revolución del treinta y en la constitución adoptada en la Isla en 1940, en cuyo articulado está la huella de la carta magna mexicana de 1917.

A ello contribuyó que, desde los años veinte, México se convirtiera en refugio de muchos perseguidos políticos, como el joven revolucionario cubano Julio Antonio Mella. Otro líder estudiantil exiliado en México fue el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, quien al calor de la Revolución Mexicana fundó en 1924 la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), de pretensión continental. Haya de la Torre llegó a considerar que «la Revolución Mexicana aparece y queda en la historia de las luchas sociales como el primer esfuerzo victorioso de un pueblo indoamericano contra la doble opresión feudal e imperialista».²⁹¹

También los socialistas argentinos Alfredo Palacios y José Ingenieros, así como el pensador marxista peruano José Carlos Mariátegui, externaron sus simpatías por la Revolución Mexicana. Este último, incluso, hizo una síntesis histórica de ese proceso en un artículo de enero de 1924 titulado «México y la Revolución». Otros trabajos suyos sobre el tema fueron «La reacción en México» (1926), «La guerra civil en México» (1927), «Obregón y la Revolución Mexicana» (1928), «La lucha eleccionaria en México» (1929), entre otros. Según la reseña periodística

²⁹¹ Víctor Raúl Haya de la Torre: *El antimperialismo y el APRA*, Lima, Editorial Monterrico S.A., 1986, p. 92.

de la conferencia dictada por Mariátegui en la Universidad Popular de Lima, publicada en el periódico peruano *La Crónica*, el martes 25 de diciembre de 1923:

Mariátegui expuso los orígenes de la Revolución Mexicana. Explicó la importancia sustantiva de la cuestión agraria en los últimos acontecimientos de la historia de México. Y se ocupó de los aspectos social y económico de la Revolución. Finalmente expuso los diversos aspectos del movimiento social y proletario de México y concluyó invitando a los trabajadores a saludar en la Revolución Mexicana el primer albor de la transformación del mundo hispano—americano.²⁹²

La influencia de la Revolución Mexicana trascendió más allá del ámbito político y social. El reconocimiento del elemento mestizo e indígena como componente esencial en la formación nacional de nuestra América impregnó diferentes manifestaciones de la cultura, expresión de lo cual fue, por ejemplo, el muralismo mexicano, e impulsó también novedosas investigaciones etnológicas, encaminadas al conocimiento de las preteridas poblaciones autóctonas del hemisferio.

Gracias al clima creado por el proceso revolucionario de México, a fines de los años veinte y principios de los treinta, se desarrolló al Sur del río Bravo una nueva novelística, que enfatizó en la crítica social. Una muestra de ello fue el creciente interés por reflejar en la literatura los problemas nacionales y, en particular, el tema de la explotación del campesinado. Las campañas educativas masivas, como las impulsadas por José Vasconcelos al frente de la Secre-

²⁹² José Carlos Mariátegui: *Obras Completas*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1973, t. 8, pp. 166-167.

taría de Educación Pública de México, quedaron como referentes luego imitados en varios lugares del hemisferio.

Cuba fue, por su cercanía y lazos históricos, uno de los países donde mayor repercusión causó la Revolución Mexicana. Además, su territorio fue una especie de caja de resonancia de los acontecimientos mexicanos y en la Mayor de las Antillas encontraron refugio varias oleadas de políticos y ciudadanos comunes de México, acorde a las distintas etapas por la que atravesó el proceso revolucionario de este país.

Marcus Garvey, adalid del nacionalismo negro

En medio de las airadas protestas contra el odio racial que sacuden a la sociedad estadounidense, de lo que fue exponente el brutal asesinato de George Floyd por la policía, ha resurgido el nombre de Marcus Garvey, llamado el Mesías negro por su reivindicación de los afrodescendientes. Nacido en Jamaica en 1887, entonces colonia inglesa, Garvey comenzó su activismo social en Costa Rica donde trabajó desde 1910 en las plantaciones de la United Fruit Company.

Tras recorrer otros países centroamericanos, Garvey viajó a Inglaterra en 1912, donde fue estibador y pudo estudiar derecho y filosofía en el Birbek College. En Londres entabló amistad con el egipcio Duse Mohammed Ali, editor de *African Times and Orient Review*, publicación emanada del Primer Congreso Universal de las Razas. En su número de octubre de 1913, Garvey publicó un artículo para exaltar a los exesclavos sublevados en la bahía de Morant en Jamaica (1865) y abogar por la liberación e integración de las Antillas inglesas.

De regreso a su tierra natal, fundó en 1914 la Universal Negro Improvement Association (UNIA) dirigida a

impulsar las luchas de los afrodescendientes, objetivo que lo llevó a Estados Unidos. Realizó una extensa gira proselitista por el territorio norteamericano que tuvo su mayor impacto en el barrio de Harlem en New York, donde editó desde 1918 el *Negro World*, primer periódico de gran tirada de la población negra. Gracias a su tesón y carisma, en menos de un lustro la UNIA devino en la más poderosa organización de afrodescendientes del mundo, con filiales en el Caribe y África.

En 1920, la primera convención de la UNIA, que reunió a miles de personas en el Madison Square Garden de New York, acordó crear un gobierno provisional de África en el exilio, presidido por Garvey, y lanzar la *Declaración de los Derechos de los Pueblos Negros del Mundo*. Este valeroso documento, condena la discriminación racial y la segregación, defiende los derechos de los afrodescendientes y critica al sistema educativo, diseñado para inculcar la idea de la superioridad blanca.²⁹³

El ideario de Garvey aspiraba a la emancipación de la comunidad negra y a la descolonización de África, que debía convertirse en una gran nación que acogiera a los naturales y sus hijos dispersos por la trata de esclavos. Para impulsar su ambicioso proyecto, organizó un cuerpo paramilitar (Legión Africana), otro de enfermeras (La Cruz Negra), una entidad empresarial (Corporación Negra de Industrias) y varias sociedades para proteger a la población negra desvalida en salud, educación y vivienda. Para facilitar el regreso a África, adquirió una pequeña flotilla, la Línea *Black Star*, cuyos dos primeros barcos denominó Frederick Douglas y Antonio Maceo. En ella, Garvey recorrió todo el Caribe y parte de

²⁹³ Véase María del Carmen Masada: «El Garveyismo y las relaciones entre el Caribe y África», en *Estudios y Compilaciones*, La Habana, Centro de Estudios de África y Medio Oriente, diciembre de 1983, Vol 1, N. 1, pp. 166-219.

América Central, aclamado por multitudes entusiasmadas por su oratoria y propuestas de redención.

La magnitud alcanzada entonces por el movimiento negro rebasó la tolerancia del gobierno estadounidense que desató persecuciones y campañas en su contra, instrumentadas por el Buró Federal de Investigaciones (FBI). Esa hostilidad precipitó la quiebra de la *Black Star Line* (1922), el encarcelamiento de Garvey en 1925, recluso en una prisión de Atlanta, e incluso la división de la UNIA con la salida de los afroamericanos.

Deportado a Jamaica en 1927, donde fue recibido en forma apoteósica, Garvey se involucró en la política local a través del People Political Party (PPP), que fundó con un programa de reformas sociales y propuestas nacionalistas, junto al periódico *The Blackman* y The Workingman and Labourers Association (JWLA). Estas intensas actividades no le alejaron de sus aspiraciones de revitalizar la UNIA —para ello promovió las convenciones de Kingston (1934) y Toronto (1938)—, pero el garveysmo había perdido fuerza y declinaba en la misma medida que se apagaba la vida de su fundador, que murió en Londres, el 10 de junio de 1940, donde vivía hacía cinco años.

Aunque no pudo alcanzar todos sus sueños, la prédica de Marcus Garvey germinó en el rastafarismo, la negritud, el *Black Power* y otros movimientos negros formados con posterioridad, inspirando la independencia de África —Ghana lleva en su bandera la estrella negra de la *Black Star Line*—, y al propio panafricanismo; mientras en Jamaica, donde reposan sus cenizas, se le venera como Héroe Nacional.

El controvertido padre Cícero

Brasil es un país con larga tradición de movimientos mesiánicos religiosos, como el que se desarrolló en Canudos, a fines del siglo XIX, encabezado por Antonio Conselheiro, quien recogió las reivindicaciones de los hambreados campesinos *sertanejos* del nordeste y que ya tratamos en este libro. Más complicado de evaluar es el dirigido por el sacerdote Cícero Romão Batista, pues para algunos desvió los anhelos de rendición social de sus desesperados seguidores en provecho de los intereses de los grandes hacendados y ricos propietarios de Ceará, mientras para otros fue un verdadero santo, un sacerdote poco convencional consagrado a una pastoral popular y enfrentado a los poderosos.

Casi al mismo tiempo que el movimiento religioso de Canudos era destruido sin compasión por la cólera gubernamental, florecía en Ceará el del padre Cícero, aunque sin la independencia y el contenido social de aquel. Era dirigido por el sacerdote católico, Cícero Romão Batista, conocido como el padre Cícero o Padim Ciço, nacido en la villa de Crato en 1844. Desde los doce años, influido por la lectura de la vida de San Francisco de Sales, decidió consagrarse a la religión. En 1860 ingresó en el colegio del padre Inácio de Sousa Rolim en Cajazeiras (Paraíba) y cinco años después en el Seminario de la Prinha en Fortaleza, donde se ordenó sacerdote en 1870.

La popularidad del carismático padre Cícero creció sin parar en Ceará y buena parte del nordeste, sobre todo desde que se radicó en Juazeiro do Norte (1871), donde prestaba a los *sertanejos*, servicios religiosos gratuitos y brindaba diversos favores y ayudas a la población más humilde. Aliado pronto de los *coroneles*, o sea los grandes terratenientes de la localidad, y venerado por miles de infelices campesinos pobres se fue haciendo imprescindible para dirimir las trifulcas políticas.

No tardó en propagarse la noticia de que el padre Cicero realizaba milagros, surgida cuando se esparció el rumor de que una hostia suya dada a una beata se había convertido en sangre, lo que atrajo a miles de feligreses.²⁹⁴ Los supuestos milagros enfrentaron al joven sacerdote con la jerarquía eclesiástica que lo suspendió. Por ese motivo viajó a Roma y se entrevistó con el Papa (1898), lo que no impidió que le fuera prohibido celebrar misa y ser denunciado como impostor. De regreso del Vaticano, su influencia sobre las masas campesinas siguió aumentando, al extremo que fue electo prefecto de Juazeiro do Norte y pudo actuar de mediador en octubre de 1911 en el tradicional conflicto de los *coroneles* de la región. Su labor comprometió a los acaudalados hacendados a ofrecerse mutua protección y a garantizar la permanencia en el poder estadual del jefe liberal Antonio Nogueira Accioly, familia que por décadas dominaba el territorio.

Por eso cuando en 1913 la llamada política de «salvación» del presidente brasileño Hermes Rodrigues da Fonseca provocó la caída del gobierno de Accioly, sustituido por Franco Rabelo, el padre Cicero reaccionó violentamente. Con su apoyo y el de los *coroneles* de Ceará, apareció un gobernador rebelde, Floro Bartolomeu da Costa, muy cercano a Cícero, que estableció su sede en Juazeiro do Norte. Cuando en diciembre de 1913 Rabelo intentó liquidar esa dualidad de poderes, miles de campesinos y *cangaceiros*, siguiendo la prédica del padre Cicero, ocuparon Crato el 24 de enero de 1914 y después pusieron sitio a Fortaleza, capital oficial del estado. La rebelión campesina alentada por el padre Cicero y los *fazendeiros* obligó a una transacción entre las partes que consolidó el dominio de los *coroneles* en Ceará. Se cuenta que al morir en Juazeiro del

²⁹⁴ Alencar [et.al], op. cit., p. 206.

Norte, el 20 de julio de 1934, a los noventa años de edad, el padre Cicero era considerado el hacendado más rico de Cariri, dueño de tierras, ganado y diversos inmuebles.

Escogido por votación popular como *El Cearense del siglo XX* y una de las cien figuras brasileñas de todos los tiempos, su tumba es un sitio de peregrinación al que acuden miles de peregrinos de todo Brasil. El Vaticano finalmente lo rehabilitó el 20 de diciembre de 2015, según dio a conocer en su homilía en la catedral de Cariri el obispo monseñor Fernando Panico: «quiero anunciar con alegría un gesto concreto de misericordia, de atención y de cariño del Papa Francisco para con nosotros: la Iglesia católica se reconcilia históricamente con el padre Cicero Romao Batista».²⁹⁵

República Mayor de Centroamérica

En vísperas del primer centenario de la independencia de la América Central Centroamérica resurgió con fuerza inusitada el movimiento unionista, como no se veía desde la época de Morazán. En realidad, la idea de la reunificación de los países de la región nunca había desaparecido del imaginario, como demostraron el fallido intento de imponerla manu militari por el presidente guatemalteco Justo Rufino Barrios en 1885, que le costó la vida, y los esfuerzos finiseculares del mandatario de Nicaragua José Santos Zelaya.

Compulsada por el desastre telúrico de 1917, el movimiento unionista brotó en Guatemala entre los opositores a la larga dictadura de Manuel Estrada Cabrera, iniciada en 1898. Este personaje, como Porfirio Díaz en México,

²⁹⁵ En <https://www.lastampa.it/vatican-insider/es/2016/01/15/news/rehabilitaciones-brasile-as-el-padre-cicero-de-impostor-santo-br-1.36550696>.

se había reelegido en forma ininterrumpida (1904, 1910 y 1916) con el apoyo irrestricto de la oligarquía cafetalera y Estados Unidos, cuyos intereses representaba, en especial los del monopolio frutero norteamericano United Fruit Company, al que concedió grandes extensiones de tierras y exenciones tributarias.

Al frente de la lucha antidictatorial estaba la debilitada élite conservadora, desplazada del poder por la revolución liberal de 1871, y la minúscula burguesía industrial, dueña de una fábrica de cervezas y otra de cemento en la capital, así como algunas pequeñas manufacturas en Quezaltenango. El movimiento contestatario, cuyos líderes eran todos de familias acaudaladas, no alcanzó verdadera fuerza hasta conquistar a las masas populares, en especial a los reducidos núcleos de obreros y artesanos, bajo influencia mutualista.

En 1919 los opositores a Estrada Cabrera fundaron el Partido Unionista, que se proponía el derrocamiento de la dictadura y el restablecimiento de la federación centroamericana al acercarse el centenario de su independencia de España (1821). El programa de esta agrupación incluía también la elevación del nivel de vida de la población, mejorar la instrucción pública y convocar a elecciones para formar un gobierno parlamentario. Con estas banderas, el movimiento unionista creció rápidamente, mientras se incrementaba el descontento por el incesante deterioro de la economía. Huelgas obreras, protestas públicas y motines, pusieron en crisis al régimen que, tras resistir durante toda una semana, cayó el 9 de abril de 1920. Estrada Cabrera fue declarado «enfermo mental» y encarcelado —murió en prisión tres años después— y en su lugar asumió la presidencia el magnate azucarero Carlos Herrera.²⁹⁶

²⁹⁶ Véase Sergio Guerra Vilaboy: *Luchas sociales y partidos políticos en Guatemala*, Guatemala, Universidad de San Carlos de Guatemala, 2016, p. 36 y ss.

Su gobierno constituyó un breve paréntesis democrático: fue disuelto el congreso cabrerista y se convocó a una Asamblea del Estado, llamada así pues Guatemala, siguiendo el ideario unionista, pasaba a integrarse a la denominada República Mayor de Centroamérica, a la que también se habían adherido El Salvador y Honduras. Otras medidas de Herrera, dictadas bajo la presión del nuevo parlamento, fueron la anulación de los contratos de 1908 con la UFCO, cancelándose además la bochornosa entrega de la antigua planta eléctrica alemana a la Electric Bond and Share. Las posturas soberanas del mandatario, quien tampoco aceptaba las recomendaciones de la Comisión Kemmerer para una reforma monetaria, le granjearon la hostilidad de Estados Unidos y sus aliados guatemaltecos.

Cuando el presidente Herrera se negó a contraer un nuevo empréstito con la banca norteamericana, mientras empeoraba la situación económica por la indetenible caída de los precios del café, el ejército, encabezado por el general José María Orellana, lo derrocó el 5 de diciembre de 1921. A renglón seguido se sucedieron tres gobiernos militares que sacaron a Guatemala del efímero Pacto Federal, derogaron todas las disposiciones nacionalistas, aplicaron la cuestionada reforma bancaria, pagaron una jugosa compensación a la empresa estadounidense que monopolizaba los ferrocarriles, exonerando a la UFCO del pago de impuestos, y legalizaron sus plantaciones en el litoral atlántico (1924). Las endémicas tiranías volvían a la tierra del quetzal, como pronto confirmó el ascenso al poder de un dictador todavía más sanguinario, Jorge Ubico, pero en el imaginario de los pueblos de la región persistiría el ideal de la antigua unidad centroamericana.

La invicta columna Prestes

El período de la llamada *República Velha* (1889-1930) en Brasil estuvo marcado por grandes turbulencias sociales y políticas. A fines del siglo XIX, la inestabilidad comenzó por las pugnas entre los partidarios del régimen monárquico, desaparecido en 1889 por un golpe militar, y las distintas tendencias Republicanas, ejemplo de lo cual fue la rebelión federalista que sacudió Río Grande do Sul entre 1892 y 1897.

Al margen de esos conflictos en la cúspide de la sociedad brasileña, estallaron brotes de violencia campesina de lo que fue expresión la proliferación de bandas de asaltantes conocidas como *cangaceiros* —el más famoso fue Lampião—, que lo mismo robaban en las haciendas que servían de *guardia de corps* de los terratenientes, conocidos como *coroneles*, o el estallido de revueltas de trabajadores rurales como las del Contestado (1912-1915) en Santa Catarina.

Al mismo tiempo estallaban las primeras huelgas de la naciente clase obrera, entre ellas las de Río de Janeiro y Sao Paulo en los años de 1917 a 1920 dirigidas por el anarco-sindicalismo, seguidas poco después por la fundación del Partido Comunista (marzo de 1922) por un grupo de intelectuales y dirigentes proletarios encabezados por Astrogildo Pereira. Casi al mismo tiempo se producía también la radicalización de sectores de las capas medias que pretendían superar el obsoleto régimen elitista con ciertas reformas nacionalistas y democráticas.

Eso fue precisamente el *tenentismo*, un movimiento militar que dejaría profunda huella en la historia contemporánea de Brasil. El 5 de julio de 1922 comenzó la sublevación de un grupo de jóvenes oficiales que deseaban impedir el acceso al poder de un nuevo representante oligárquico, Artur da Silva Bernardes, escogido como primer mandatario por el sistema del «café con leche», como se

llamaba con ironía a la hegemonía de los ricos ganaderos de Río Grande do Sul aliados a los poderosos cafetaleros de Sao Paulo.

Bajo el mando del capitán Hermes Rodrigues da Fonseca, los jóvenes oficiales, en su mayoría tenientes, se apoderaron del fuerte de Copacabana en Río de Janeiro y la Escuela Militar del Realengo. La rebelión castrense se extendió a otras unidades del ejército, aunque pronto fue aplastada por el gobierno. La última resistencia la escenificó un puñado de oficiales inmolados en la playa de Copacabana, acción en la que solo sobrevivieron dos tenientes: Antonio Siquiera Campos y Eduardo Gomes.

Al conmemorarse el segundo aniversario de estos sucesos, el 5 de julio de 1924, brotó de nuevo la sublevación *tenentista*, mucho mejor organizada que la anterior, pues logró el control de la populosa ciudad de Sao Paulo, bajo el comando de los generales Miguel Costa e Isidoro Diaz Lopes.²⁹⁷ Al no poder sostenerse en esta urbe, tras rechazar el apoyo de los obreros anarquistas, los militares rebeldes se retiraron por tren a las zonas boscosas del Paraná, donde resistieron atrincherados por siete meses, rodeados por tropas varias veces superiores. Aquí se destacó el joven capitán Luis Carlos Prestes, quien terminaría por imponer su tesis de la guerra móvil por el interior del país.²⁹⁸

La marcha de la invicta columna encabezada por Prestes, que sería llamado el *Caballero de la Esperanza*, título de su biografía escrita por el escritor comunista Jorge Amado, duró varios meses y terminó en marzo de 1927 tras recorrer, a caballo o a pie, trece estados brasileños —más de veinteseis mil kilómetros— y de celebrar decenas de combates victoriosos contra las fuerzas regulares y

²⁹⁷ Edgard Carone: *O Tenentismo*, Sao Paulo, Difel, 1975, p. 272.

²⁹⁸ Véase Anita Leocadia Prestes: *La columna Prestes*, La Habana, Casa de las Américas, 2010, p. 105 y ss.

bandas de *cangaçeiros* guiadas por dos decenas de generales. Incapacitados para incorporar al pueblo humilde a un movimiento que se mantenía en los estrechos límites castrenses, sin inscribir en su lucha las reivindicaciones de las clases oprimidas, la columna estaba condenada al fracaso, por lo que finalmente cruzaron la frontera y salieron del país. Pero el recorrido sirvió para que muchos *tenentistas*, conmovidos por la terrible miseria del campo, se concientizaran, dejando su impronta en la historia nacional.

Masacre en las bananeras

La violencia en Colombia hunde sus raíces en la atribulada historia de este hermano país. Uno de esos trágicos antecedentes fue el asesinato por el ejército colombiano de miles de niños, mujeres y hombres en Ciénaga (Magdalena), entre el 5 y 6 de diciembre de 1928, para proteger los intereses de la United Fruit Company, conocida como la masacre de las bananeras.²⁹⁹

Este monopolio frutero de Estados Unidos tenía desde inicios del siglo XX un imponente enclave agrícola en la costa atlántica de Colombia. Las más de cuarenta extensas plantaciones de la fruta seguían la línea de los ciento veinte kilómetros del ferrocarril de la propia United Fruit, desde el puerto de la Ciénega, pasando por Aracataca —el pueblo natal de Gabriel García Márquez, que inspiró su icónico Macondo—, hasta culminar en Fundación. A fines de la década de 1920, la región era el tercer abastecedor

²⁹⁹ Véase Jorge Enrique Elias Caro: «La masacre obrera de 1928 en la zona bananera del Magdalena, Colombia. Una historia inconclusa», en Sergio Grez Toso y Jorge Elias Caro [compiladores]: *Masacres obreras y populares en América Latina durante el siglo XX*, Buenos Aires, Ediciones Imago Mundi, 2021, p. 229 y ss.

mundial de bananos que cultivaban mestizos e indígenas de la propia región y de otros lugares de Colombia, reclutados por contratistas de la compañía norteamericana. Con ellos se conformó un expoliado proletariado rural sin tierra, que al igual que los estibadores del puerto, solo tenían trabajo eventual, pues la fruta no se cortaba todos los días.

El conflicto con el monopolio bananero se desencadenó a fines de 1928 cuando la recién creada Unión Sindical de Trabajadores del Magdalena reclamó el cumplimiento de las leyes laborales colombianas. En su petitorio, exigían a la United Fruit, entre otras reivindicaciones, un contrato colectivo de trabajo, jornada de ocho horas, descanso dominical, aumento de los salarios y erradicación del pago en vales. Ante el tajante rechazo de la empresa extranjera estalló la huelga de sus más de veinte mil trabajadores, respondida por el gobierno conservador de Miguel Abadía Méndez con el estado de sitio.

La intransigencia de la compañía norteamericana y la incapacidad gubernamental para quebrar la resistencia de los huelguistas, provocó que el general Carlos Cortés Vargas, al frente de tropas enviadas a Santa Marta, se decidiera por la violencia para resolver el conflicto. En la noche del 5 de diciembre, el despiadado oficial concentró un numeroso contingente militar en la estación del ferrocarril en Ciénaga y dio un ultimátum a los cientos de obreros acampados con sus familias para que desalojaran el lugar. Al tercer toque de corneta, el grito unánime de «¡Viva la huelga!» fue ahogado en sangre por el tableteo de las ametralladoras y los fusiles del ejército.³⁰⁰

No se conoce el número de muertos de esa fatídica noche, ni tampoco en los días siguientes, cuando los

³⁰⁰ Antonio García: «Colombia: medio siglo de historia contemporánea», en Pablo González Casanova, [compilador]: *América Latina: historia de medio siglo*, México, Siglo XXI, 1977, t 1, p. 186.

huelguistas eran cazados como conejos en las plantaciones y pueblos de la localidad. Según el propio general Cortés Vargas solo hubo nueve muertos, el embajador norteamericano en Bogotá admitió que pasaban de mil personas, aunque muchos estiman que superó cinco veces esa cifra. Según la leyenda popular, recreada en *Cien Años de Soledad* (1967), cientos de personas muertas o heridas fueron trasladadas en vagones del tren frutero y arrojadas al mar para alimento de los tiburones.

La brutalidad de la represión militar desencadenó espontáneas protestas que alcanzaron grandes proporciones en Líbano, Santander, Tolima, San Vicente, Valle y otras partes de Colombia, en las que se destacaron los trabajadores ferroviarios. Alarmado, el gobierno llegó incluso a contratar en la Italia fascista una misión para asesorar a la policía y el ejército.

El líder liberal Jorge Eliecer Gaitán, quien veinte años después fuera asesinado en las calles de Bogotá en una nueva ola de violencia iniciada con el *bogotazo*, denunció en el parlamento los crímenes del ejército colombiano. El principal autor material de la horrenda matanza, el general Cortés Vargas, que fue exonerado de estas graves acusaciones, alegó en su defensa que había sido necesaria para impedir que los barcos de guerra norteamericanos, que merodeaban por la costa de Colombia, desembarcaran sus *marines* en el territorio nacional para salvaguardar a la United Fruit Company.

Sandino, General de Hombres Libres

El 18 de mayo de 1895, un día antes de la caída en combate de José Martí en Cuba, nació en Niquinohomo (Masaya), Augusto C. Sandino, quien pasaría a la posteri-

dad al encabezar la heroica resistencia de Nicaragua contra la intervención militar de Estados Unidos. La conciencia patriótica de Sandino comenzó a forjarse en 1912, cuando presencié el entierro del general Benjamín Zeledón, Héroe de Coyotepe, muerto por las tropas norteamericanas que ocupaban entonces el país.

En 1920 Sandino viajó a Honduras, Guatemala y México, donde trabajó en varios oficios. En Tampico y Veracruz, influido por masones, anarquistas, antimperialistas y marxistas, participó en el movimiento sindical fortalecido por la Revolución Mexicana. Luego de la retirada de las tropas estadounidenses de Nicaragua (1925), Sandino regresó a su patria y obtuvo empleo en la administración de una mina. Al año siguiente, al desconocer los conservadores el triunfo del liberal Juan Bautista Sacasa y desatarse la denominada Guerra Constitucionalista, Sandino se alzó en armas. Sus sucesivas victorias militares le valieron en 1927 ser reconocido por el ejército liberal como jefe de Las Segovias, su base de operaciones.

Ante la posibilidad de un triunfo de los insurrectos, los *marines*, llamados en su ayuda por los conservadores, volvieron a intervenir en Nicaragua e impusieron el Tratado de Tipitapa (1927), componenda aceptada por los liberales que desilusionó a la mayoría de la población. Sandino, negado a aceptar el vergonzoso acuerdo, mantuvo la resistencia armada en Las Segovias, llamando a la lucha contra los invasores extranjeros «porque es preferible hacernos morir como rebeldes y no vivir como esclavos».³⁰¹

A partir de ese momento los sandinistas enarbolaron la tradicional bandera roja del liberalismo, a la que añadieron una franja negra para indicar la alternativa de patria

³⁰¹ Documento del 12 de mayo de 1927 desde Yalí, en Gregorio Selsler: *Sandino, General de Hombres Libres*, La Habana, Imprenta Nacional de Cuba, 1960, t. I, p. 208

libre o morir. A continuación, Sandino dio a conocer un Manifiesto Político y libró la batalla de Ocotal, que ocasionó el primer bombardeo de la aviación norteamericana a la población civil. Como colofón, vertebró el *Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua*, que muy pronto devendría en todo un símbolo para los pueblos amenazados por Estados Unidos.

En 1929, como parte de una maniobra de distracción de factura norteamericana, ocupó la presidencia el antiguo jefe liberal José María Moncada, por lo que Sandino decidió viajar a México, radicándose en Mérida (Yucatán). A esta época corresponden sus cartas a varios mandatarios del continente, entre ellos el presidente argentino Hipólito Irigoyen, y su exhortación a la unidad latinoamericana contra las imposiciones estadounidenses. Tras una entrevista con el presidente mexicano Emilio Portes Gil en 1930, el *General de Hombres Libres*, como le había llamado dos años antes Henri Barbusse, regresó en forma clandestina a su tierra natal para ponerse de nuevo al frente del *Ejército Defensor de la Soberanía Nacional*, que abrió una segunda etapa de mayor envergadura en sus operaciones militares (1931-1932).

El empantanamiento de la guerra en Nicaragua, la propia política de Estados Unidos que evolucionaba a la llamada «buena vecindad», sumado a las crecientes protestas internacionales, obligaron al gobierno norteamericano a buscar fórmulas más sofisticadas para acabar con los sandinistas. Con ese propósito, fue creada la Guardia Nacional, anunciada la retirada de los *marines* y realizadas nuevas elecciones, en noviembre de 1932, que llevaron al poder al liberal Juan Bautista Sacasa. El 8 de enero de 1933, seis días después de la retirada del último soldado estadounidense, se iniciaron las negociaciones entre los sandinistas y los representantes de los partidos tradicionales. Como resultado de ellas, Sandino aceptó desarmar el *Ejército Defensor de la*

Soberanía Nacional y retirarse con sus hombres a las tierras que se le ofrecían junto al río Coco.

Traicionado por sus interlocutores, Sandino fue emboscado y asesinado en la noche del 21 de febrero de 1934, por órdenes expresas del flamante jefe de la Guardia Nacional, Anastasio Somoza García, y del embajador estadounidense en Nicaragua Arthur Bliss Lane. Al fusilamiento del *General de Hombres Libres* siguió pocas horas después la masacre de sus compañeros, acampados sin armas junto al río Coco. Este trágico desenlace, confirmó el nombre de Augusto C. Sandino, en bandera del movimiento de liberación nacional de Nicaragua y símbolo de la resistencia antimperialista en toda América Latina.

La detestada dictadura de «Bisonte» Gómez

Fue el escritor Rufino Blanco Fombona quien puso al dictador venezolano el mote de Juan *Bisonte* Gómez, como hizo el poeta comunista Rubén Martínez Villena con su homólogo cubano Gerardo Machado, al que calificó de asno con garras. La tiranía del general Juan Vicente Gómez Chacón se extendió en Venezuela por casi tres décadas, favorecida por el *boom* petrolero. Se encaramó en el poder en 1908, como relatamos en otro epígrafe, tras traicionar a su viejo compañero de armas y compadre, general Cipriano Castro, líder de la llamada revolución liberal restauradora, quien como presidente resistió las intervenciones europeas y las presiones de Estados Unidos.

El papel de Gómez había sido clave para consolidar el triunfo del movimiento de Castro con su oportuna victoria militar en Ciudad Bolívar en 1903. Nombrado vicepresidente, aprovechó un viaje del mandatario a Europa

para desalojarlo del poder con la complicidad de las élites criollas aliadas y de las potencias europeas y Estados Unidos, interesadas en el petróleo venezolano. Para satisfacer a Washington, en 1909 se firmaron los protocolos Buchanan-Gómez, que aceptaban todas las exigencias norteamericanas, rechazadas por el gobierno anterior.

Durante su primer mandato, Gómez, favorecido por la recuperación de los tradicionales productos de exportación (café, cacao y carnes), pudo liquidar a los díscolos caudillos regionales, que desafiaban la autoridad central. A su fortaleza también contribuyó la creación de un selecto grupo armado, denominado *La Sagrada*, formado con sus hombres del Táchira, y la modernización del ejército, que controlaba desde su campamento en Maracay, convertido en una verdadera ciudad militar.³⁰²

Al aproximarse el fin de su primer periodo, Gómez prorrogó su mandato, lo que desencadenó las primeras protestas estudiantiles, neutralizadas con la clausura de la Universidad Central de Caracas en 1919, mientras florecían levantamientos armados y conspiraciones en su contra. Dos años después, los artesanos, obreros y trabajadores tranviarios de la capital, respaldados por los universitarios, se lanzaron a las calles, lo que condujo al cierre de la principal casa de estudios hasta 1925. Algunos de los líderes estudiantiles, como Eduardo y Gustavo Machado, Salvador de la Plaza y Francisco de Paula Laguado Jaimes, encontraron refugio en Cuba —donde fundaron con Julio Antonio Mella la revista *Venezuela Libre*— y en México.

En la isla antillana sufrieron la persecución de la dictadura de Machado —cuyos esbirros echaron a Laguado Jaimes a los tiburones—, a diferencia de México donde obtuvieron la ayuda del presidente Álvaro Obregón, por

³⁰² D. F. Maza Zavala: «Historia de medio siglo en Venezuela: 1926-1975», en *América Latina: historia de medio siglo*, op. cit., t. 1, pp. 479-480.

lo que Gómez rompió sus relaciones diplomáticas con este país. Fue precisamente en tierra mexicana donde se fundó en 1926 el Partido Revolucionario Venezolano (PRV), embrión del Partido Comunista Venezolano.

Reabierto la Universidad Central de Caracas, la recién fundada Federación de Estudiantes de Venezuela (FEV), presidida por Raúl León, organizó nuevas protestas contra la dictadura gomecista que llevaron a la cárcel a sus principales figuras, entre ellas Jovito Villalba, Pío Tamayo, Antonio Arráiz, Rómulo Betancourt, Guillermo Prince Lara, Andrés Eloy Blanco y Juan Oropeza, integrantes de la llamada «generación de 1928». El respaldo de la población al movimiento universitario y a las manifestaciones contestatarias significaron el desafío más serio a la dictadura gomecista, sumado al desembarco al año siguiente, por las costas de Cumaná, de la expedición del crucero *Falke*, en la que murió el general Román Delgado Chalbaud, uno de los más tenaces opositores del régimen. El 17 de diciembre de 1930, en el centenario de la desaparición física de Simón Bolívar, se efectuó en Caracas una gran protesta popular contra la dictadura que fue disuelta a tiros, con el saldo de varios muertos y heridos.

Pero ninguno de estos movimientos revolucionarios logró derribar a la dictadura, beneficiada con la conversión de Venezuela en el segundo productor mundial de petróleo —sólo superado por los Estados Unidos— y el primer exportador. El 17 de diciembre de 1935 Juan Vicente Gómez falleció de una enfermedad de la próstata.³⁰³ Se estima que su fortuna superaba los cuarenta millones de dólares, aunque todos sus bienes serían confiscados al año siguiente por decisión del congreso de la República, que las traspasó al patrimonio nacional.

³⁰³ Más detalles en Sergio Guerra Vilaboy y Roberto González Arana: *Dictaduras del Caribe*, Barranquilla, Colombia, Universidad del Norte, 2017, p. 12 y ss.

Polémico nombre de la segunda mayor isla caribeña

Fue Cristóbal Colón quien bautizó a la primera colonia fundada en América, por mandato de los Reyes Católicos, como La Española, aunque en algunos mapas antiguos aparece escrita en latín. La temprana difusión de Hispaniola se debió a que el cronista Pedro Mártir de Anglería la escribió así en sus *Décadas del Orbe Novo*, publicada en Sevilla en 1511, quien también anotó que Quizqueia y Haití eran las denominaciones más utilizadas por los aborígenes.

A diferencia de lo que ocurrió con la Mayor de las Antillas, donde no prosperó el nombre de Fernandina puesto por los españoles y se mantuvo la toponimia taina de Cuba, el de La Española tuvo otra suerte. No obstante, la temprana despoblación de la isla desde la segunda mitad del siglo XVI, que prácticamente dejó a la villa de Santo Domingo como casi el único territorio habitado, hizo del apelativo de la capital sinónimo de toda la colonia. Prueba de ello fue el surgimiento en el siglo XVII, en la parte occidental, de una rica posesión francesa conocida como Saint Domingue.

Esa situación duró hasta el estallido de la gran revolución de los esclavos en 1791. La lucha por la independencia, iniciada en 1802 contra las tropas napoleónicas que pretendían restablecer el viejo sistema de dominación, vino acompañado de la búsqueda por los patriotas negros y mulatos de nombres autóctonos, para marcar distancia de sus opresores, por lo que llamaron a su ejército «indígena» y a la nueva república Haití. El enorme impacto de esta nueva nación impuso el uso de su nombre, lo que ocurrió incluso cuando en noviembre de 1821 los criollos de Santo Domingo decidieron romper con España y crear el denominado *Estado Independiente de la Parte Española de Haití*. La efímera existencia de esta república hispanoamericana,

pues de inmediato fue ocupada por el ejército del presidente haitiano Boyer, unificó la isla en un solo Estado. Como ya contamos, hasta 1844 todo el territorio insular estuvo bajo la soberanía de la República de Haití, lo que reforzó la denominación taina.

La separación de la parte oriental en febrero de 1844, diferenciada de la occidental por sus propias tradiciones, idioma y costumbres, vino acompañada de la reaparición del antiguo apelativo colonial de la isla. Así lo recogió su primera constitución en su segundo artículo: «La parte española de la Isla de Santo Domingo y sus Islas adyacentes forman el territorio de la República Dominicana».³⁰⁴ Después de la anexión a España (1862-1865) y de la guerra de Restauración, se popularizó también el uso de Quisqueya para designar al este de la isla, al extremo de figurar en estrofas de su Himno Nacional y proponerse para denominar a la república.

Durante la ocupación militar de Estados Unidos de estas dos pequeñas naciones caribeñas, iniciada en 1915 y 1916, se reabrió el debate sobre el nombre de la isla. Fue motivado por una petición a la Sociedad Geográfica de Estados Unidos, formulada en 1918 por el gobierno militar interventor norteamericano en Santo Domingo, para que sustituyera oficialmente la denominación de Haití por la Hispaniola. Pero no fue hasta junio de 1933 en que la recién creada Junta de los Estados Unidos sobre Nombres Geográficos consideró que debía llamarse Isla Hispaniola, decisión ratificada por la propia institución al término de la Segunda Guerra Mundial.³⁰⁵ La intelectualidad de Santo Domingo reaccionó en contra. Por un dictamen emitido

³⁰⁴ Véase la carta magna de 1844 en <https://fc-abogados.com/es/primera-constitucion-dominicana-la-constitucion-de-1844/>

³⁰⁵ Juan Daniel Balcárcel: «Isla Hispaniola», en <https://listindiario.com/puntos-de-vista/2017/10/25/487804/isla-hispaniola>.

en 1933 por el Consejo Nacional de Educación de la República Dominicana, firmado por su presidente, el ilustre escritor Pedro Henríquez Ureña, se advertía que:

La gran mayoría de los dominicanos opina en contra del nombre de Hispaniola, que no ha sido nunca nombre oficial de la isla, y prefirieron el de Santo Domingo, abogando por consultar la opinión de los haitianos. Desde entonces el nombre de esta isla caribeña, a la que muchos llamamos La Española, sigue sin ser aceptado por todos sus habitantes.³⁰⁶

³⁰⁶ Juan Daniel Balcárcel: «Algo más sobre Hispaniola», en <https://listindiario.com/puntos-de-vista/2017/11/08/489668/algo-mas-sobre-hispaniola>.

CAPÍTULO VII

Para borrar la mancha del estiércol sobre el mapa

Consecuencias de la crisis de 1929

Dicen los especialistas que la Covid 19 superó el número de desempleados causados por la gran crisis económica mundial de 1929. Vale la pena recordar que la depresión de los años treinta fue por su extensión y profundidad, la más grave conocida hasta ahora por el capitalismo. Bancos, fábricas y negocios quebraron, mientras los obreros eran despedidos en masa. En tres o cuatro años la producción industrial cayó entre un treinta y un cuarenta por ciento, retrocediendo a los niveles de 1908-1909.

Los acontecimientos de 1929 marcaron también un completo viraje para la economía y la sociedad de los países al Sur del río Bravo. Lo más notable fue la prolongada pérdida de dinamismo en la demanda de materias primas que acompañó a la pronunciada disminución de la producción industrial en Estados Unidos (46 %), Alemania (40 %), Francia (33 %), Inglaterra (24 %) y otras metrópolis. Sus efectos se hicieron sentir en forma directamente proporcional a las deformaciones sufridas por los países de nuestra América en el proceso de su integración a la división internacional del trabajo.

Por todas partes, el desempleo, la ruina y el hambre afectaron a las masas populares, mientras los golpes de estado y la proliferación de situaciones revolucionarias pusieron de manifiesto la crisis de las estructuras dominantes. El descalabro reveló en toda su crudeza los límites del *laissez faire* y las consecuencias de minimizar el papel del estado, políticas adoptadas por las repúblicas latinoamericanas como parte de las reformas liberales instauradas desde la segunda mitad del siglo XIX.

La gran hecatombe financiera, industrial y comercial afectó sobre todo a los países más estrechamente vinculados al mercado internacional. Los orientados a la exporta-

ción de materias primas y alimentos, en su mayoría mono productores, fueron los más golpeados por la brutal contracción del mercado. La caída del precio y del volumen de las exportaciones tradicionales, la aguda disminución en la capacidad de importar y la consiguiente bancarrota fiscal, conmovieron los cimientos de un orden socioeconómico basado en los privilegios de las élites agroexportadoras.

Por añadidura, el flujo de capital extranjero se detuvo casi por completo. En consecuencia, las ventas latinoamericanas se redujeron en un sesenta y cinco por ciento y su capacidad de importar en un treinta y siete por ciento durante los años más duros de la crisis, lo que obligó no solo a reducir los presupuestos estatales sino a suspender el pago de la deuda externa en 1934, con solo dos o tres excepciones.

Las élites trataron de retener el poder estatal recrudesciendo la represión y patrocinando una serie de maniobras golpistas, destinadas a liquidar experiencias reformistas y detener la democratización emprendida en algunos países (Argentina, Uruguay) o recomponer, con la ayuda del ejército, la alianza entre las oligarquías criollas y el capital extranjero (Perú, Cuba, Colombia y parte de Centroamérica). La crisis fue también el caldo de cultivo de movimientos nacionalistas, sublevaciones populares, revueltas obreras y campesinas, que en los años treinta estremecieron al continente de un extremo al otro y abrieron nuevas alternativas de las que hablaremos en los próximos epígrafes.

Diferentes respuestas a la depresión

La crisis económica de los años treinta, la más grave —hasta ahora— en la historia de nuestra América, además de originar espontáneas protestas obreras, levantamientos

campesinos y revueltas populares, obligó a los gobiernos, de diferente signo político, a buscar soluciones urgentes para salir del atolladero. Los países del continente que tenían una situación más favorable eran los que contaban con cierta industria, que les permitió mejorar el desabastecido mercado interno al aplicar una política económica proteccionista, proclive al capitalismo de estado.

En estos casos, aumentó la participación gubernamental en la economía y la sociedad, con un mayor control sobre sus recursos naturales y revirtiendo al patrimonio nacional ramas productivas y de servicios básicas, hasta entonces dominadas por el capital extranjero, con las que se organizaron monopolios estatales. Con anterioridad, los únicos precedentes de esta política estaban en los gobiernos de Balmaceda en Chile, Irigoyen en Argentina, Batlle y Ordóñez en Uruguay, así como los emanados de la Revolución Mexicana (Carranza, Obregón y Calles).

Para las repúblicas al Sur del río Bravo que contaban con índices relativamente altos de urbanización y crecimiento industrial, el capitalismo de estado fue visto como solución a la profunda crisis económica de 1929-1933 y sus secuelas, hasta la Segunda Guerra Mundial. Nos referimos a Brasil, Argentina, México y, en menor medida, Chile, Colombia y mucho más atrás Uruguay. En el resto de los países, dependientes casi por completo de la producción agropecuaria o la minera, la política gubernamental fue muy diferente, pues se encaminó a recuperar los mercados externos perdidos, acentuando el libre comercio y otorgando mayores concesiones al capital foráneo. Se trataba de lo que el malgrado economista mexicano Juan Noyola llamara el «crecimiento hacia afuera».³⁰⁷

³⁰⁷ Juan Noyola: «La crisis de 1929-32 y sus efectos sobre las inversiones», en *El capital extranjero en la América Latina*. Ciclo

En cambio, las naciones de nuestra América con mayor desarrollo industrial relativo combatieron los duros efectos del *crack* bancario de 1929 de otra manera: apostaron por una mayor participación estatal en la economía, lo que el propio Noyola definió como «crecimiento hacia adentro». Entre las medidas adoptadas por estos países estaban mecanismos inflacionarios, tarifas proteccionistas, estímulos a la inversión nacional, controles cambiarios y devaluación de la moneda, que permitieran equilibrar la balanza comercial y de pagos. También impulsaron una mayor intervención estatal en la infraestructura, la esfera productiva y los gastos sociales. El movimiento obrero fue reorganizado a través de nuevas estructuras sindicales y se promovió una legislación laboral paternalista que incluía beneficios sociales.

La política de «crecimiento hacia adentro» y de sustitución de importaciones, puesta en práctica por algunos gobiernos, benefició a la emergente burguesía industrial y contribuyó a variar la tradicional división internacional del trabajo impuesta a finales del siglo XIX por las grandes potencias. En estas repúblicas se ensayaron nuevas formas de participación popular, incorporando a la actividad política sectores tradicionalmente excluidos, a través de mecanismos de movilización controlados por el estado.

Uno de sus principales peculiaridades fue la movilización popular institucionalizada, con variedad de símbolos, estilos e incluso ideologías, que los sociólogos de la teoría de la dependencia bautizaron de «populistas». En muchos casos, las reformas se detuvieron en ciertos límites, pues los sectores industriales beneficiados tenían compromisos con la tradicional oligarquía agro-exportadora, de la que en algún modo dependían y/o estaban asociados. Su paradigma fue

de conferencias, La Habana, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, 1962, p. 79.

el régimen de Getulio Vargas en Brasil, que en la segunda mitad de los años treinta implantó un gobierno nacionalista que coqueteó con el fascismo (el *Estado Novo*), apoyado tanto por la burguesía industrial como por las élites tradicionales. México fue el ejemplo opuesto entre 1934 y 1940, durante la presidencia del general Lázaro Cárdenas, al cumplir los objetivos de la Revolución Mexicana, hasta entonces letra muerta en la constitución de Querétaro de 1917. La política cardenista adoptó una línea abiertamente revolucionaria y popular, al extremo de nacionalizar el petróleo e impulsar una reforma agraria radical.

Insurrección salvadoreña de 1932

Esta revolución en el pequeño país de América Central surgió de los terribles efectos de la crisis económica de 1929, que llegó a esta república amplificada por las conexiones del comercio internacional. Estados Unidos dominaba su economía y la mayor parte de la producción cafetalera de El Salvador. La caída del mercado norteamericano afectó en profundidad la endeble economía del país, dependiente, en lo fundamental, del aromático grano.

La depresión provocó en El Salvador un desplome de más del sesenta por ciento en los precios del café y del setenta por ciento del valor de las exportaciones, así como disminuyó en un sesenta y seis por ciento las importaciones, sobre todo de materias primas y alimentos. La crisis provocó la quiebra de la mitad de los bancos y redujo en esa misma cuantía los ingresos estatales. Miles de trabajadores, en especial los más empobrecidos, vinculados a la producción cafetalera en las zonas rurales, quedaron desempleados, sin alternativa para sostener a sus familias.

Desde finales de 1931 los hambreados trabajadores del occidente del país, en su mayoría indígenas de la etnia náhuatl, desesperados ante los efectos de la depresión económica y el violento desalojo de sus tierras, comenzaron a protestar y a manifestarse, en lo que se perfilaba como una espontánea insurrección. La oligarquía salvadoreña, alarmada ante el crecimiento del movimiento popular e insatisfecha con la política vacilante del gobierno de Arturo Araujo, propició el 2 de diciembre de ese año un golpe militar.

Como resultado de la asonada castrense se instaló una férrea dictadura encabezada por el general Maximiliano Hernández Martínez. *El Brujo* Martínez, como fue apodado, desató una brutal represión para acallar las crecientes protestas y demandas populares. Por su parte, el Partido Comunista Salvadoreño (PCS), fundado en marzo de 1930, trataba de encauzar el descontento de campesinos y pueblos originarios, entre cuyos líderes figuraba el indígena José Feliciano Ama. El secretario general del PCS era entonces Agustín Farabundo Martí, quien acababa de regresar de Nicaragua, luego de combatir a los norteamericanos a las órdenes directas de Sandino.

Martí y otro dirigente comunista salvadoreño, Miguel Mármol, se reunieron en secreto el 7 de enero de 1932 con líderes populares para preparar la inevitable sublevación, que fue fijada para el día 16 de ese mes, aunque finalmente estalló cuatro días después. Al parecer, la postergación de la fecha permitió al gobierno adelantar la persecución contra sus dirigentes. El propio Farabundo Martí fue detenido, en compañía de los estudiantes Alfonso Luna y Mario Zapata, editores del periódico *Estrella Roja*, y fusilados (1 de febrero); mientras Mármol era ametrallado, junto a varias personas, y dado por muerto, aunque milagrosamente sobrevivió, según testimonió que dio a Roque Dalton y que aparece en su libro *Miguel Mármol, los sucesos de 1932 en El Salvador* (1972).

La criminal ofensiva gubernamental no impidió el levantamiento campesino-indígena y la ocupación durante varios días de los poblados de Juayúa, Izalco, Nahuizalco, Salcoatitán y Tacuba, mientras las guarniciones de Sonsonate, Ahuachapán y Santa Tecla eran rodeadas por los encolerizados rebeldes, armados con machetes, que quemaban alcaldías, correos y puestos militares. Al parecer, en determinados sitios se intentó vertebrar *soviet*s, siguiendo las consignas entonces en boga de la Internacional Comunista. Durante semanas, el ejército y la aviación del régimen se dedicaron a aplastar a sangre y fuego a los insurgentes.³⁰⁸

Alarmados por la magnitud de la sublevación, barcos de guerra ingleses y norteamericanos se presentaron en el puerto de Acajutla para ayudar al dictador a controlar la situación, quien les agradeció, informándoles por intermedio del jefe de operaciones del ejército que «la paz en El Salvador está restablecida, que la ofensiva comunista ha sido totalmente abatida y dispersa y que se llegará a la completa exterminación. Que están liquidados cuatro mil ochocientos Bolcheviques».³⁰⁹ La derrota de la revolución de 1932 dejó como trágico saldo más de treinta mil muertos, sobre todo entre los pueblos originarios, contra la que se cometió un verdadero etnocidio, que aceleró el proceso de ladinización de la población indígena de El Salvador, hoy prácticamente desaparecida, pues todo el que tuviera esa apariencia podía ser golpeado, encarcelado o incluso asesinado.

³⁰⁸ Véase Mario Salazar Valiente: El Salvador: crisis, dictadura, lucha... (1920-1980)», en *América Latina: Historia de Medio Siglo*, op. cit., pp 90-96

³⁰⁹ Tomado de Universidad de El Salvador (1995): «Causas y efectos de la insurrección campesina de enero de 1932», en https://es.wikipedia.org/wiki/Levantamiento_campesino_en_El_Salvador_de_1932#:~:text=El%20levantamiento%20campesino%20de%201932%20en%20El%20Salvador%20fue%20una.

Chile: los doce días de *República Socialista*

El país austral fue uno de los países del continente más golpeados por la gran depresión económica de 1929, al caer en forma brusca sus exportaciones en un más de un ochenta por ciento. Las ventas del salitre, principal renglón productivo desde la Guerra del Pacífico (1879-1883), que en 1929 todavía sobrepasaban los tres millones de toneladas, tres años después eran solo de cuatrocientas mil. Los artículos esenciales desaparecieron y fue necesario utilizar las reservas nacionales para poder importar.

La terrible situación despertó un extendido movimiento opositor contra el régimen del general Carlos Ibáñez, establecido en 1927 con el apoyo de la banca norteamericana, que había endeudado el país, quien debió dimitir el 26 de julio de 1931. A pesar de la distracción electoral urdida por el gobierno que le sucedió, un mes después estalló una huelga general convocada por la Federación Obrera de Chile (FOCH), a lo que se sumó la imprevista insurrección de la marina de guerra.

El 1 de septiembre de 1931 la escuadra chilena se sublevó en Coquimbo, Talcahuano y Valparaíso. Reprimida con crudeza por efectivos gubernamentales, los marinos tuvieron que capitular. No obstante, durante los primeros meses de 1932 siguieron las huelgas obreras, los motines y conspiraciones militares, así como las tomas de tierras por los hambreados campesinos y mapuches.

A mediados de ese año cobró fuerza un singular complot militar, apoyado por las emergentes agrupaciones socialistas, encabezado por el nuevo jefe de la aviación coronel Marmaduke Grove, encaminado a recuperar la economía y mejorar la dramática situación de los trabajadores. Enterado del movimiento en su contra, el gobierno de Juan Esteban

Montero destituyó a Grove el 3 de junio de 1932, lo que precipitó la toma del poder por los conspiradores. Al día siguiente se constituyó una junta que estableció la denominada *República Socialista* con el objetivo declarado de «organizar técnicamente la fuerza productora bajo el control del Estado, establecer ampliamente la justicia social y asegurar a todos los chilenos el derecho a la vida y al trabajo».³¹⁰

De inmediato, se prohibieron los desahucios y fueron devueltos a sus dueños los objetos empeñados en la Caja de Crédito Popular, así como requisados alimentos para ser repartidos por el ejército entre los más desamparados. Se implantó un impuesto a las grandes fortunas, fueron expropiados los depósitos en moneda extranjera y oro, creados dos nuevos ministerios (Trabajo y Salubridad Pública), repuestos los maestros cesanteados por causas políticas, disuelto el congreso nacional y promulgada una amplia amnistía.

Para acabar con la *República Socialista*, que ya perfilaba un área estatal en la economía y el control del comercio, la reacción interna, encabezada por el vetusto Partido Conservador, abogó abiertamente por la intervención de Estados Unidos. Al ataque de la derecha, se sumó el del influyente Partido Comunista, marcado por la política secretaria de la Internacional Comunista, desconoció al gobierno *socialista*, llamando a la formación de *soviets*, tal como ocurrió en Cuba durante el *Gobierno Revolucionario* de 1933.

En la noche del 16 de junio de 1932, tras una gran concentración obrera en Santiago en apoyo a la *República Socialista*, se produjo el contragolpe encabezado por Carlos Dávila. Grove y otros líderes fueron apresados en La Moneda, cuando dirigían una alocución radial al pueblo, y enviados como prisioneros a la isla de Pascua. Santiago

³¹⁰ Luis Cruz Salas: «La República Socialista Chilena de 1932», en <http://www.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/13-Salas.pdf>.

quedó bajo la ley marcial y el toque de queda, mientras se establecía una rígida censura de prensa y eran derogadas las libertades sindicales y políticas. Pero el primer gobierno socialista de Chile, que solo duró doce días, dejó como secuela la fundación del Partido Socialista,³¹¹ el mismo que integrado a la Unidad Popular llevaría a Salvador Allende a la presidencia en 1970, hace ya más de medio siglo.

Rebelión aprista en Perú

Otro país estremecido por los efectos de la pavorosa crisis económica mundial de 1929 fue Perú, donde brotó una de las más dramáticas y menos conocidas rebelión popular popular del 7 de julio de 1932, que tuvo por escenario principal la ciudad de Trujillo y el valle del Chicama.

En 1930 un levantamiento militar, encabezado por el comandante Luis Miguel Sánchez Cerro, puso fin a una década de mandato del presidente Augusto B. Leguía, que moriría en prisión. Como en el resto del hemisferio, la crisis económica llegaba acompañada del desplome del gobierno y el incremento de la intranquilidad social. En el caso peruano, venía precedida de una enorme agitación de campesinos e indígenas, así como del naciente movimiento estudiantil encabezado por Víctor Raúl Haya de la Torre, fundador en 1919 de la Federación de Estudiantes y uno de los creadores dos años después de la Universidad Popular González Prada, para dar acceso a los trabajadores. El propio Haya había organizado en México en 1924, bajo el impacto de la Revolución Mexicana, la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), una

³¹¹ Más información en Julio César Jobet: *El Partido Socialista de Chile*, Santiago, Editorial Prensa Latinoamericana S. A., 1971.

organización de pretensión continental, de corte antimperialista e indigenista.

Avivadas por el golpe de Sánchez Cerro, las protestas y motines se esparcieron por toda la geografía peruana, como en las minas de La Oroya, donde cientos de hambreados indígenas asaltaron las instalaciones de la Cerro de Pasco Corporation. Para intentar calmar la situación, el gobierno militar permitió el regreso de los exiliados y convocó a elecciones, en las que por primera vez participó el APRA, devenido un partido nacional con el nombre de aprista peruano (PAP), con su principal base en las ciudades y entre los expoliados trabajadores agrícolas de las haciendas azucareras del norte.

En los amañados comicios de septiembre de 1931 se impuso el propio Sánchez Cerro, lo que agravó el descontento y la crispación social, respondida con mayor represión. El 23 de diciembre de 1931 la sede central del APRA fue clausurada y el 20 de febrero desterrados sus casi tres decenas de diputados recién electos, seguida de la persecución de la dirigencia. A continuación, un joven aprista hirió al propio mandatario en escenario público y dos meses después Haya de la Torre era apresado en los suburbios de Lima.

Desde ese momento, las sublevaciones, sabotajes y conspiraciones contra el régimen se pusieron a la orden del día, pero la acción revolucionaria más resonante se desarrolló en Trujillo, verdadero bastión del APRA, una región devastada por las drásticas reducciones de salarios y el desempleo por el desplome de los precios del azúcar. El 7 de julio de 1932, peones rurales, obreros y estudiantes se apoderaron de la alcaldía, edificios públicos e instalaciones militares de esa ciudad norteña y formaron su propio gobierno local, al que se unió la mayoría de los soldados y policías; aunque una decena de oficiales capturados en el cuartel de artillería O'Donovan, donde cayó combatiendo

el fornido líder aprista Manuel *Búfalo* Barreto, fueron víctimas de la descontrolada ira popular.

Para poder aplastar la extendida revuelta en Trujillo, Sánchez Cerro tuvo que lanzar un despiadado bombardeo naval y terrestre sobre la población civil, seguido de la brutal ofensiva del ejército. Debido a la enconada resistencia de los sublevados, parapetados tras barricadas en las calles, fue necesario tomar casa por casa. En la defensa de la céntrica plazoleta de El Recreo se destacó una mujer, María Luisa Obregón, *La Laredina*, armada con una ametralladora. Los caídos en la contienda, o a consecuencia de las posteriores represalias, se calculan en varios miles, muchos de ellos fusilados sin juicio el 27 de julio en las ruinas de la ciudad preincaica de Chan Chan, en las afueras de Trujillo.³¹²

Sánchez Cerro obtuvo una victoria pírrica, pues a fines de abril de 1933 fue abatido a balazos en Lima a la salida del hipódromo. A pesar de que el heroico levantamiento revolucionario de Trujillo contó con una amplia participación aprista, Haya de la Torre, cada vez más inclinado a la derecha y a la negociación con los partidos oligárquicos, no tardó en desmarcarse de esta histórica rebelión popular, como hizo también con el programa originario del APRA, claudicación que ya habían denunciado los desaparecidos líderes revolucionarios de Perú y Cuba: José Carlos Mariátegui y Julio Antonio Mella.

Sublevación antifascista brasileña

El ascenso del fascismo tuvo enorme eco en Brasil desde los años treinta del siglo pasado, cuando aparecieron organizaciones como la Legión *Mineira* y la más extendida

³¹² Eugenio Chang-Rodríguez: *Opciones políticas peruanas*, Trujillo, Perú, Editorial Normas Legales, 1987, p. 59

Acción Integralista Brasileña, cuyos miembros usaban camisas verdes y un brazal con la letra sigma, saludaban al modo nazi y esgrimían el lema *Dios, Patria y Familia*. El auge del fascismo también se advertía por el incremento de la actividad de la Alemania de Hitler y sus agentes en el país.³¹³

Los nazis incrementaban sus relaciones con sus partidarios y agrupaban a los numerosos alemanes y sus descendientes en el Partido Nacional Socialista (SDAP) y otras organizaciones fascistas. Al mismo tiempo, crecían los vínculos comerciales entre Alemania y el gobierno de Brasil encabezado entonces por el rico ganadero Getulio Vargas, quien firmó un acuerdo de intercambio con el *Reich*. En 1937, un cuarto de las mercancías importadas por Brasil provenía de Alemania, que era el segundo comprador de los productos brasileños, mientras operaba en el país el Banco Alemán Transatlántico y la empresa de aviación Condor, que llegó a monopolizar el transporte aéreo.

Con el fin de detener el avance del fascismo nació, en marzo de 1935, la Alianza Nacional Libertadora (ANL), impulsada por el Partido Comunista, con un programa democrático y antiimperialista que atrajo a intelectuales progresistas, militares patriotas y otras muchas personas. Esta organización tenía al frente al antiguo *tenentista* Luis Carlos Prestes quien, como ya contamos, había encabezado la invicta columna militar que recorrió Brasil hasta 1927. *El caballero de la esperanza*, había regresado a su patria en 1934 desde Moscú convertido en militante comunista y directivo del Komintern como *héroe popular nacional*.

El 11 de julio de 1935, el gobierno de Vargas clausuró la ANL y disolvió otras organizaciones democráticas. Las facciones de izquierda de la ANL, dominadas por los comu-

³¹³ Véase Sergio Guerra Vilaboy y Alberto Prieto Rozos: *Breve Historia de Brasil*, La Habana, Universidad de La Habana, 1987, pp. 239-258.

nistas, optaron por un alzamiento militar para establecer un gobierno revolucionario de obreros, campesinos y soldados. El 23 de noviembre se inició la revuelta militar en Natal (Río Grande do Norte), donde se formó un *soviet* que solo se sostuvo tres días. El segundo alzamiento ocurrió en Pernambuco, pero ya el 26 la lucha terminaba en Recife, y era también dominado el levantamiento en Olinda y Natal.³¹⁴

El tercer y más importante pronunciamiento fue el de Río de Janeiro, que tenía por eje el III Regimiento de Infantería, acantonado en la Praia Vermelha, y la academia de aviación del ejército. Pero los soldados y oficiales que enarbolaron la bandera roja fueron cañoneados sin compasión hasta obligarlos a rendirse, mientras la sublevación en la escuela de aviación terminaba en una verdadera masacre de los rebeldes.

Heredera de las soluciones militaristas del *tenentismo*, la sublevación del ALN en 1935 fue derrotada por su insuficiente preparación y la mala coordinación con las organizaciones populares, allanando el camino a la dictadura de Vargas. Miles de ciudadanos y decenas de oficiales fueron detenidos, torturados o asesinados. El propio Prestes fue encarcelado durante casi diez años. Más trágico fue el final de su esposa, Olga Benario, de origen alemán, la cual, pese a estar embarazada, fue entregada a la Gestapo nazi, que la condenó a morir en un campo de concentración.

Nazis en América Latina

El ascenso al poder de Adolf Hitler en Alemania en 1933, seguido del golpe militar del general Francisco Franco tres años después en España, impulsaron el avance

³¹⁴ Más detalles en Manuel Correia de Andrade: «Los años treinta en Brasil», en *América Latina en los años treinta*, México, UNAM, 1977.

del fascismo en América Latina, que había comenzado en los veinte estimulado por el régimen de Benito Mussolini en Italia. En particular, el falangismo español tuvo amplia repercusión en el continente y generó organizaciones homólogas como la Falange Nacional de Chile (1937) y la Falange Socialista Boliviana (1938), aunque también la penetración del Tercer *Reich* fue muy significativa.

Uno de los elementos que explica el creciente ascenso fascista en América Latina fue la revalorización ultranacionalista. La defensa y exaltación de los valores nacionales levantó simpatías en países sometidos y humillados por las grandes potencias, como fue el caso de Bolivia en la reciente Guerra del Chaco (1931-1935), cuyo ejército había recibido asesoramiento de oficiales alemanes, entre ellos el propio Ernst J. Rohm, líder de las temidas camisas pardas nazis.

En los gobiernos bolivianos de los coroneles Toro y Busch se advierten ideas de ese origen, en particular en el programa del llamado Partido Socialista de Gobierno. También la influencia fascista puede advertirse en el Plan Trienal del coronel Fulgencio Batista en Cuba (octubre de 1937), el *Estado Novo* de Vargas en Brasil (noviembre de 1937) y las propuestas de los regímenes militares de derecha en Paraguay y Argentina, encaramados en el poder a principios de los años cuarenta.

Fue en los países del Cono Sur donde mayor influencia tuvieron los nazis, apoyados por las numerosas colonias de emigrados alemanes y la ascendente presencia económica y comercial del Tercer *Reich*, que le permitió a la compañía germana *Cóndor* controlar el transporte aéreo en la América del Sur.³¹⁵ En 1938 la Alemania hitleriana llegó a ocupar el segundo lugar en el mercado latinoamericano,

³¹⁵ Véase Friedrich Katz. «Algunos rasgos esenciales de la política del imperialismo alemán de 1898 a 1941», en *Hitler sobre América Latina*, México, Fondo de Cultura Popular, 1968.

solo detrás de Estados Unidos, gracias al comercio de trueque (marcos *aské*). Incluso con Brasil, Guatemala y Chile el intercambio fue del 37 %, 32 % y 26 % respectivamente.

En la tierra del quetzal se derivaba de una activa pero pequeña comunidad alemana dedicada al negocio del café desde fines del siglo XIX. En Paraguay vivían más de treinta mil germanos —entre ellos una hermana del filósofo Friedrich Nietzsche—, sin contar a sus descendientes, que fundaron a fines de los años veinte la primera célula del partido nazi (NSDAP) en el mundo, fuera de Alemania y Austria. También en 1938, una concentración de quince mil simpatizantes de Hitler en Buenos Aires festejó la anexión de Austria.

Para su actividad conspirativa y propagandística los alemanes se apoyaron en núcleos fascistas autóctonos como la Unión Nacional Sinarquista de México, el Movimiento Nacional Socialista de Chile o el Partido Integralista de Brasil, que intentaron alcanzar el poder por la fuerza. Los integralistas, que usaban camisas verdes y brazaletes con la letra sigma, fracasaron en su ataque al Palacio Presidencial del Catete en 1938, por lo que el embajador del *Reich* en Río de Janeiro fue declarado *persona non grata* y expulsado del país. Un intento parecido abortó en Chile ese mismo año cuando un comando del Partido Nacional Socialista local, dirigido por un descendiente de alemanes, Jorge González von Marees, fue masacrado en el edificio de la Caja del Seguro Obrero.

El amplio apoyo conseguido por el movimiento popular antifascista, la entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial y los éxitos militares de la Unión Soviética contra los ejércitos del Tercer *Reich*, pusieron en crisis al nazismo. Pero las bases de apoyo conseguidas en América Latina, especialmente en el Cono Sur, servirían de guarida a decenas de jerarcas y criminales de guerra nazis,

como los casos de Otto Adolf Eichmann, Joseph Mengele y Paul Schafer, este último fundador en 1961 de la mal llamada Colonia Dignidad en Chile, un lugar convertido en tenebroso centro de detención y tortura durante la dictadura de Augusto Pinochet.

El *Estado Novo*

La cruel represión desatada en 1935 contra la sublevación de la Alianza Nacional Libertadora en Brasil, a la que ya nos referimos, desarticuló a las organizaciones democráticas y posibilitó un repunte de los partidos tradicionales con vistas a las próximas elecciones, que podrían permitir un regreso al esquema oligárquico de la *República Velha*. Esta posibilidad, unido a los obstáculos para la reelección presidencial, llevaron al gobierno de Getulio Vargas, en el poder desde 1930, a organizar una conspiración con el partido fascista Acción Integralista.

La atmósfera favorable al golpe militar fue preparada en septiembre de 1937 con la divulgación de un falso complot comunista: el Plan Cohen. El supuesto levantamiento marxista, proporcionó a Vargas el pretexto que necesitaba para declarar el estado de guerra interno. El 10 de noviembre, con la activa colaboración de los integralistas, convertidos en verdaderas tropas de choque al estilo nazi, Vargas clausuró el congreso, disolvió los partidos y destituyó a los gobernadores opositores. Esa noche, el flamante dictador anunció por la radio el contenido de la nueva constitución del *Estado Novo*.

El llamado Nuevo Estado, basado en una carta magna al estilo fascista, permitió someter al movimiento obrero a una estructura burocrática, calcada de la carta del trabajo de Mussolini (1927), amoldando a la colaboración

de clases a los combativos sindicatos. A las organizaciones proletarias, encabezadas ahora por líderes designados por el gobierno, apodados *pelegos*, se les prohibieron las huelgas, protestas, así como los contratos colectivos, reduciéndose su labor a actividades recreativas y de asistencia social.

La implantación del autoritario *Estado Novo* vino también acompañada de una férrea censura, la creación de un aparato oficial de propaganda, que presentaba a Vargas como «el padre de los pobres».³¹⁶ Pero la luna de miel con los integralistas, que veían al mandatario como una especie de Hindenburg, al que debían desplazar, duró poco tiempo. El 11 de mayo de 1938 los envalentonados nazis criollos atacaron el Ministerio de Marina, la Radio Mayrink Veiga y el Palacio del Catete en Guanabara, en donde estuvieron a punto de apresar al propio mandatario y su familia. Tras cinco horas de intenso tiroteo, los atacantes fueron derrotados y Vargas se consolidó en el poder.

La coyuntura económica internacional contribuyó a cimentar la dictadura varguista, pues con la Segunda Guerra Mundial los precios del café y las materias primas subieron, mientras la creciente orientación bélica de la industria europea y norteamericana creaba posibilidades inesperadas para el aumento y diversificación de la producción autóctona. Además, como parte del *Estado Novo* se fundaron empresas estatales en sectores claves —acero, energía, transporte, etc.—, que no eran atractivos para los capitalistas privados o tenían una importancia estratégica.

Pero la conflagración mundial tuvo también otro efecto: puso fin a los coqueteos de Vargas con los regímenes fascistas. Desde 1942, ante el curso adverso a los nazis que tomaba el conflicto y los indiscriminados ataques alemanes a los mercantes brasileños, Vargas se inclinó por

³¹⁶ Alecar [et.al.], op. cit., p. 258.

los aliados. El 21 de agosto de ese año, Brasil declaró la guerra al Eje fascista, confiscó las propiedades del Reich y organizó a fines de 1944 la Fuerza Expedicionaria Brasileña (FEB), cuyos veinte mil hombres desembarcaron en el frente italiano.³¹⁷

Nada de esto pudo impedir el fin del *Estado Novo*, desacreditado por la creciente ola democratizadora internacional al acercarse el fin de la Segunda Guerra Mundial. Presionado por todas las fuerzas políticas, entre ellas la recién creada Unión Democrática Nacional, Vargas tuvo que permitir el regreso de los exiliados y la excarcelación de más de seiscientos presos políticos, entre ellos el legendario Prestes, ahora secretario general del Partido Comunista. La posibilidad de una convocatoria a una constituyente, que le podía permitir al mandatario continuar en el poder, caldearon los ánimos de la oposición y precipitaron el golpe de estado que lo derrocó el 29 de octubre de 1945.

Guerra del Chaco

La Guerra del Chaco entre Paraguay y Bolivia envolvió a dos de las naciones más pobres del continente, atizadas por monopolios petroleros ingleses y norteamericanos. Empeñadas en consolidar sus zonas de influencia, esas empresas imperialistas propiciaron la contienda bélica por los hidrocarburos del Chaco, considerados entonces fabulosos. Bolivia ya estaba entonces atrapada por la dependencia de Estados Unidos, tras contraer varios onerosos empréstitos con la banca norteamericana, y cedido a la Standard Oil de New Jersey sus recursos petrolíferos.

³¹⁷ Más detalles en Helio Silva: *O ciclo Vargas*, Río de Janeiro, [s.e.], 1964-1965, t. I y II.

Paraguay, por su parte, postrado desde 1870 ante Inglaterra y sus socios argentinos, había tenido que entregarles millones de hectáreas en el Chaco Boreal para su explotación, mientras la compañía europea Royal Dutch Shell, afincada aquí, se oponía a la expansión de la Standard Oil.

Después de la pérdida a fines del siglo XIX de su salida al Pacífico, que pasó a manos de Chile, Bolivia comenzó a reclamar parte del Chaco, donde avanzaba la colonización paraguaya. Los crecientes litigios fronterizos explican la negativa de Paraguay a permitir el paso por su territorio del petróleo de la Standard Oil hacia el Atlántico, y la agresividad del gobierno de La Paz, confiado en su mayor poderío militar. El ejército boliviano contaba con más hombres, mejor armamento y tenía de mentor al experimentado general alemán Hans Kundt, quien inculcó a la oficialidad blanca del altiplano la arrogancia racista y el espíritu de superioridad aria. Uno de los colaboradores del militar prusiano era el coronel nazi Ernst J. Rohm, asociado a Hitler desde el putsch de Munich y líder de las temidas camisas pardas hasta su asesinato en Alemania (1934).

En febrero de 1927 comenzaron las primeras escaramuzas entre los dos países, seguida de la ruptura de relaciones (1931), aunque el detonante fue el ataque boliviano al fortín Carlos Antonio López el 15 de junio de 1932. El escenario del conflicto fratricida, que se extendería hasta 1935, era el casi desértico Chaco Boreal, con una vegetación espinosa, suelos arenosos y temperaturas elevadas, favorecía más a los combatientes paraguayos, arraigados en la inhóspita región y más acostumbrados a su ambiente hostil, que a los soldados bolivianos, cholos e indígenas de las gélidas cumbres andinas.

La primera gran batalla se libró en Boquerón, en septiembre de 1932, con un saldo de miles de muertos y quinientos prisioneros bolivianos. El ejército paraguayo, integrado por campesinos pobres y guiado por el general

José Félix Estigarribia, vertebró una sólida línea defensiva Nanawa-Gondra-Arce-Herrera-Toledo, contra las que se estrellaron los sucesivos ataques de Kundt. Nueve meses resistieron los paraguayos las persistentes embestidas bolivianas, hasta que el 11 de diciembre de 1933 pasaron a la contraofensiva, destrozando al enemigo en Campo Vía y capturando más de diez mil hombres.

La sustitución de Kundt por el general boliviano Enrique Peñaranda y las nuevas ofensivas de Bolivia desde 1934 pocos daños hicieron a los paraguayos, aunque en el Camino Lobrego consiguieron su mayor triunfo de toda la guerra. No obstante, el 15 de agosto de 1934 el ejército de Estigarribia se impuso en Picuiba y avanzó más al Norte, preludio de otras victorias a fines de ese año que compusieron a los bolivianos a replegarse hacia el Pilcomayo y Villa Montes. En el primer semestre de 1935, las tropas paraguayas, que ya tenían a la vista las instalaciones de la Standard Oil en Tarija y Santa Cruz, amenazaban con apoderarse de esas poblaciones junto con Camiri.³¹⁸

Fue entonces que prosperó la mediación internacional y el 12 de junio de 1935 se firmó el armisticio. Los poderosos «padrinos» propiciaron el tratado de paz (1938), que reconocía a Paraguay, virtual vencedor, las dos terceras partes del Chaco; mientras Bolivia mantenía los territorios explotados por la Standard Oil y obtenía, además, una salida al río Paraguay: Puerto Suárez. La guerra del petróleo, como debió llamarse, dejó unas cien mil víctimas, setenta mil bolivianos y treinta mil paraguayos,³¹⁹ y un clima de efervescencia nacionalista, del que fueron exponentes los

³¹⁸ Víctor-Jacinto Flecha: *Breve Historia del Paraguay 1811-2011*, Asunción, Fondo Nacional de la Cultura y las Artes, 2012, pp. 198-204.

³¹⁹ Bernardo Coronel: *Breve interpretación marxista de la historia paraguaya (1537-2011)*, Asunción, Arandurá Editorial, 2011, p. 151.

héroes del conflicto del Chaco, coroneles Rafael Franco (Paraguay) y Germán Busch (Bolivia), llegados al poder en sus respectivos países poco después.

El presidente boliviano suicidado

En la singular historia de nuestra América son mas conocidos los casos de dos presidentes nacionalistas que se inmolaron, acosados por la oligarquía aliada al capital extranjero. Nos referimos a José Manuel Balmaceda y Getulio Vargas, que se quitaron la vida en Chile (1891) y Brasil (1954). Un caso menos mencionado es el del mandatario boliviano coronel Germán Busch Becerra.

El trágico desenlace de este mandatario de Bolivia está relacionado con las consecuencias de la Guerra del Chaco (1931-1936), que había enfrentado a su país con Paraguay por los yacimientos petrolíferos en la zona fronteriza. Terminada la sangrienta contienda fratricida, la prensa internacional reveló el siniestro papel jugado por el monopolio estadounidense Standard Oil Company para empujar a la guerra al gobierno de La Paz, así como sus violaciones de los contratos y fraudes al fisco boliviano. Las revelaciones estremecieron al país, que había perdido miles de hombres en el conflicto y una parte de su territorio.

En medio de la frustración nacional, agravada por la crisis económica de posguerra, que despertaron protestas, huelgas y manifestaciones, se agudizaron las contradicciones intestinas de la *rosca*, la reducida élite de los grandes propietarios de minas, enfrentada por las cuotas de exportación asignadas a Bolivia por un Comité Internacional del Estaño (CIE). El grupo liderado por Carlos V. Aramayo, rival de la Patiño Mines, alentó a los militares a derrocar al gobierno, sin comprender que entre la joven oficialidad

había calado el rechazo a la vieja oligarquía, sentimiento forjado en las sociedades secretas surgidas en los propios campamentos de prisioneros bolivianos en Paraguay. El 17 de mayo de 1936 miembros de la logia Mariscal Santa Cruz, encabezados por el coronel Germán Busch, derrocaron al presidente José Luis Tejada Sorzano y lo sustituyeron por el coronel David Toro, sepultando la llamada República Liberal.

Bajo presión de los militares nacionalistas, Toro decretó las primeras disposiciones contra la Standard Oil Company, así como varias medidas sociales y políticas insólitas en la historia del país. Fueron disueltos los partidos de la oligarquía y se autorizó el funcionamiento del Partido Socialista de Gobierno, dirigido por militares y civiles de la nueva «generación del Chaco». Además, se permitió desde agosto de 1936 la formación de sindicatos y surgió la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia (CSTB).

El 21 de diciembre de 1936, Toro aprobó la creación de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB), decreto firmado en la casa del millonario Aramayo. Presionado por la oficialidad joven, Toro fue aún más lejos: dictó el 13 de marzo de 1937, la *Resolución Suprema* que cancelaba las concesiones de la Standard Oil en Bolivia y disponía la nacionalización de todas sus propiedades: treinta pozos de petróleo, dos destilerías y siete millones de hectáreas, medida entonces sin precedente en la historia latinoamericana, pues solo al año siguiente el presidente Cárdenas adoptaría una disposición similar en México. Cuatro meses después de la expropiación petrolera boliviana, el coronel Busch desplazó a Toro en el gobierno, desgastado por sus vínculos con la *rosca* y en medio de un extendido movimiento huelguístico.³²⁰

³²⁰ René Zavaleta Mercado: «Consideraciones generales sobre la historia de Bolivia (1932-1971)», en *América Latina Historia de Medio Siglo*, op. cit, pp. 85-87.

Busch, que al parecer se inclinaba más por el consorcio Patiño, convocó a una convención que lo proclamó presidente y emitió una constitución de inspiración nacionalista (1938). La nueva carta magna establecía el derecho del estado sobre las riquezas naturales del país, aludía a la función social de la propiedad, y reconocía a los campesinos sus tierras comunales. Además, Busch promulgó el primer código de Trabajo, creó el Banco Minero, encargado de proteger y fomentar la pequeña minería, y favoreció la entrada al país de inmigrantes judíos perseguidos por los nazis.

Enfrentado al congreso, dominado por grupos oligárquicos que promovían medidas liberales sobre impuestos y transferencias de divisas, el coronel Busch disolvió el legislativo, asumió poderes dictatoriales en abril de 1939 y dispuso la entrega al estado todas de las divisas provenientes del estaño. Era más de lo que podía soportar la *rosca*. El ejército lo abandonó y el 23 de agosto de ese año fue hallado muerto de un balazo en su residencia particular en La Paz, después de celebrar ua fiesta por el cumpleaños de su cuñado, al que unos minutos antes había dicho: «antes de que estos vende patrias y reaccionarios de mierda me destruyan, prefiero meterme un tiro».³²¹

Revolución paraguaya de 1936

También las duras consecuencias de la Guerra del Chaco provocaron en Paraguay un proceso de inesperados cambios que condujeron en febrero de 1936 la única revolución con perspectivas sociales en toda su atribulada historia contemporánea. Aunque este país había vencido a Bolivia en

³²¹ Citado en «76 años después de su suicidio al cambia Busch le dolió Bolivia, en <http://www.oxigeno.bo/gente/10842>

la sangrienta contienda fronteriza, estaba en una profunda depresión, agravada por los enormes gastos de guerra. A los reclamos de los más de cien mil combatientes desmovilizados de extracción campesina, que exigían soluciones a la pavorosa miseria de sus familias, se sumaban las inquietudes sociales de la oficialidad nacionalista, preocupada también por el destino de los territorios conquistados.

Una ola de manifestaciones, huelgas y protestas públicas sacudían al gobierno de Eusebio Ayala, quien en diciembre de 1935 expulsó del país al coronel Rafael Franco, héroe de la guerra del Chaco. Pero el 17 de febrero de 1936 el mandatario liberal fue derrocado por un extendido movimiento militar de sus partidarios dentro del ejército. En cuanto Franco regresó de su breve exilio, se hizo cargo de la presidencia y lanzó la *Proclama del Ejército Libertador*. A continuación, ilegalizó al Partido Liberal, considerado responsable de todos los problemas existentes, disolvió el parlamento y derogó la aborrecida constitución de 1870, impuesta por los vencedores en la Guerra de la Triple Alianza.

El renacimiento del patriotismo dominó al país. El mariscal López fue declarado héroe nacional ejemplar y derogadas todas las disposiciones en su contra, reivindicación extendida a su padre y al doctor Francia, proclamados beneméritos de la patria. El 12 de octubre de 1936, sus restos fueron depositados en el nuevo Panteón Nacional de los Héroes y cambiados nombres de calles y plazas para rememorar a las figuras principales de aquella epopeya.

Al mismo tiempo, los febreristas, como se llamaba a los seguidores de Franco, promulgaron una reforma agraria democrática, para devolver a los campesinos las tierras enajenadas entre 1883 y 1885 y entregar parcelas a los veteranos del Chaco. Las medidas sociales también incluyeron la jornada de ocho horas, el establecimiento de la asistencia

médica en los centros fabriles, la congelación de alquileres y arriendos, aumentos salariales, la prohibición del pago en vales y la creación de más de cuatrocientas escuelas.

También se fundaron nuevas instituciones estatales, entre ellas el Patronato Nacional de los Indígenas y el Departamento de Trabajo, que propició un congreso obrero unitario. Como resultado del cónclave surgió la Confederación Nacional del Trabajadores, integrada por casi setenta sindicatos con más de cincuenta mil miembros, orientada por el legalizado Partido Comunista, que llamaba a fortalecer el gobierno con un frente popular.

La demostración de fuerza del movimiento obrero realizada el 1 de mayo de 1936, alarmó a las clases dominantes y a la derecha, que presionaron a Franco para detener las transformaciones populares. Después de tres meses de ásperas contradicciones dentro del gobierno entre dos vertientes del nacionalismo, la socialista-antimperialista y la conservadora-profascista, esta última terminó por imponerse, abriéndose la persecución de partidos, sindicatos y otras asociaciones no promovidas por el propio estado y la recién fundada Unión Nacional Revolucionaria (Febrerista).³²²

Para la vieja oligarquía y los grandes intereses económicos este retroceso no era suficiente, pues querían liquidar de un plumazo todas las conquistas sociales y detener la agitación popular, para lo que el presidente Franco era un obstáculo. Confabulados con la alta oficialidad derechista, el 13 de agosto de 1937 el mandatario fue derrocado y expulsado del país, iniciando un largo exilio, que salvo el paréntesis de 1946-1947, se prolongaría por más de veinte años. Tras su regreso definitivo a su tierra natal en 1963, el prestigioso febrerista, que había sido aclamado

³²² Véase Flecha, *op. cit.*, p. 207 y ss

por el pueblo de Asunción en el desfile por la victoria del Chaco, vivió los diez últimos años solitario y olvidado en un garaje, adaptado como habitación.

Albizu Campos y la independencia de Puerto Rico

Puerto Rico no solo enfrenta ciclones y terremotos, sino también otra calamidad de larga data: la dominación colonial de Estados Unidos, iniciada desde que esta potencia se apoderó de la isla del encanto como botín de guerra en 1898. Para luchar contra la despiadada ocupación estadounidense surgió desde principios del siglo XX el movimiento independentista, que tuvo su mejor expresión en el Partido Nacionalista (1922), pronto liderado por uno de sus propios fundadores: don Pedro Albizu Campos. Desde su misma aparición pública, el Partido Nacionalista fue víctima de las represalias del gobierno colonial norteamericano.

Después de peregrinar durante cinco años por distintos países de nuestra América, abogando por la liberación de su patria, Albizu Campos pasó a presidir en 1930 el Partido Nacionalista, al que imprimió una línea revolucionaria, de resistencia al colonialismo estadounidense y de rechazo al régimen político impuesto a su tierra natal. El 16 de abril de 1932, más de veinte mil personas enarbolaron en las calles de San Juan la bandera de Puerto Rico, en protesta por la ofensa de quererla convertir en enseña colonial. Ante la imposibilidad de alcanzar la independencia en forma pacífica, Albizu Campos proclamó la alternativa de la lucha armada para alcanzar la emancipación y organizó, desde el 1 de enero de 1936, al Ejército Libertador de la República de Puerto Rico.

Unas semanas después, el 24 de febrero, una manifestación cívica que conmemoraba el aniversario del inicio de la guerra de independencia de Cuba y Puerto Rico por José Martí, fue bárbaramente atacada por la policía en las inmediaciones de la ciudad universitaria. Ese día, las fuerzas represivas del régimen colonial, encabezadas por el coronel norteamericano Elisha Francis Riggs, perpetraron una sangrienta matanza en la localidad de Río Piedras que dejó un saldo de cuatro nacionalistas muertos y más de cuarenta heridos.

Al año siguiente, en el primer aniversario de estos hechos luctuosos, dos jóvenes del Partido Nacionalista ejecutaron en las calles de San Juan al asesino coronel Riggs, en represalia por la masacre de Río Piedras. Capturados, estos militantes fueron fusilados, sin juicio previo, en un cuartel policiaco de la capital, y unas semanas después arrestados varios dirigentes nacionalistas, entre ellos el propio Albizu Campos, acusado de conspirar para derrocar por la fuerza al gobierno colonial de Estados Unidos en Puerto Rico. El líder independentista fue finalmente condenado a catorce años de cárcel y destierro, con trabajos forzados, en la prisión federal de Atlanta (Georgia).

La ola represiva de las autoridades estadounidenses en la isla no se detuvo y el 21 de marzo de 1937, por orden del gobernador colonial Blanton D. Winship, fue brutalmente reprimida en Ponce otra manifestación pacífica de los independentistas, que reportó más de veinte muertos y dos centenares de heridos. La respuesta de los patriotas a estas bárbaras agresiones no se hizo esperar: en 1938 los nacionalistas realizaron un fracasado atentado contra el odiado gobernador colonial, preludio de nuevas acciones armadas por la independencia.

En medio de los cambios cosméticos en el status colonial de Puerto Rico, que llevaría entre 1950 y 1952 a

la adopción del llamado Estado Libre Asociado, estalló un verdadero levantamiento popular, favorecido por la presencia de Albizu Campos en el país, liberado después de más diez años de encierro y destierro (1936-1947). Organizado por el propio Partido Nacionalista, la independencia fue proclamada en Jayuya, mientras la bandera nacional era enarbolada por Blanca Canales al grito de ¡Viva la República de Puerto Rico! Como parte de la brutal represión, trece nacionalistas fueron masacrados y más de cinco mil encarcelados.

La insurrección independentista de 1950 terminó con el violento asalto, el 2 de noviembre de ese año, de la casa de Cruz y Sol —sede del Partido Nacionalista— donde Pedro Albizu Campos resistió a tiros durante dos días y como escribió Manuel Galich: «Allí hubiera caído heroicamente en combate si no lo sacan, casi exánime, con gases lacrimógenos».³²³ El colofón de esta etapa de la lucha armada independentista, el 1 de marzo de 1954, fue el ataque a la Casa Blair, y al propio congreso norteamericano en Washington, por tres patriotas puertorriqueños encabezados por Lolita Lebrón y Oscar Collazo. Encerrado otra vez en una prisión de Estados Unidos, el apóstol puertorriqueño fue sometido a vejámenes, torturas e incluso a experimentos de radiación —lo que se reveló en 1994— que acabaron con su vida el 21 de abril de 1965. El entierro del líder legendario de la independencia de Puerto Rico estremeció al país, cuyo ideario sigue vivo en las nuevas generaciones de boricuas.

³²³ Manuel Galich: *Mapa hablado de la América Latina en el Año del Moncada*, Sobretiro de la revista Casa de las Américas, La Habana, julio-octubre 1973, A. XIII, n° 79 y 80. p. 24.

La Segunda Guerra Mundial y América Latina.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial, produjo el rápido alineamiento de la mayoría de los gobiernos de América Latina y el Caribe con los Estados Unidos, en particular desde el momento en que este país se involucró en la conflagración, tras el ataque japonés a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941. Hasta entonces las naciones del sistema panamericano se consideraban neutrales y habían acordado en la reunión de Panamá, efectuada en septiembre-octubre de 1939, la creación de una hipotética zona de seguridad de trescientas millas, dentro de la cual reclamaba que los países beligerantes se abstuvieran de actos de guerra.

En realidad, el continente americano no fue escenario de los grandes enfrentamientos bélicos que caracterizaron la contienda mundial. La única excepción fue el aparatoso combate naval entre ingleses y alemanes, el 13 de diciembre de 1939, que arrojó el hundimiento del pequeño acorazado alemán *Graff Spee* en la desembocadura del Río de la Plata por los cruceros británicos *Ajax*, *Achilles* y *Exeter*.

El país que desafió por más tiempo la política norteamericana en relación a la Segunda Guerra Mundial fue Argentina, donde un grupo de militares de derecha, simpatizantes de la Alemania nazi, se hizo del poder en junio de 1943, adoptó una serie de medidas autoritarias y ratificó su neutralidad en el conflicto. En represalia, Estados Unidos accionó los mecanismos de presión diplomática e incluso bloqueó el puerto de Buenos Aires en enero de 1944, hasta obligar a la junta militar a romper con el Eje Roma-Berlín-Tokio y convocar a elecciones.

Hacia 1945 todos los países de América Latina y el Caribe habían declarado la guerra a las potencias fascistas, aunque solo México y, sobre todo, Brasil, participaron

de manera significativa en la conflagración internacional. El gigante sudamericano declaró la guerra al Eje el 21 de agosto de 1942, después de que submarinos nazis —en solo cinco días— hundieron varios indefensos mercantes brasileños con más de seiscientas personas a bordo. Las propiedades alemanas —tal como había sucedido durante la Primera Guerra Mundial— fueron confiscadas y se constituyó en 1943 la Fuerza Expedicionaria Brasileña (FEB). A fines del año, Brasil, como explicamos, desembarcó más de veinte mil soldados en el frente italiano, donde brindaron una destacada contribución a la lucha antifascista.

La Segunda Guerra Mundial dio gran impulso a la economía latinoamericana y caribeña, valorizando sus exportaciones y permitiendo la creación de cuantiosas reservas en oro y divisas, a pesar de que la mayoría de los gobiernos de la región aceptaron su papel de simple retaguardia, proporcionando, como cooperación a sus aliados, materias primas y alimentos a bajos precios con la promesa de un trato preferente en el futuro. Además, entregaron a Estados Unidos territorios propios para el establecimiento de numerosas bases militares mientras siguiera el conflicto militar, en consonancia con lo acordado en la conferencia panamericana celebrada en Río de Janeiro del 15 al 29 de enero de 1942.

Como sucedió durante la Gran Guerra de 1914 a 1918, la disminución de los vínculos comerciales con los países directamente involucrados en el conflicto, junto a la reconversión bélica de la industria norteamericana, permitieron a algunas naciones, como México, Brasil y Argentina, acelerar los ritmos de su desarrollo fabril. Otra consecuencia económica del conflicto fue el incremento del comercio, gracias al trueque entre los propios países latinoamericanos y caribeños, que antes de la guerra era casi inexistente. Desde el punto de vista político, el clima

antifascista a nivel mundial estimuló las luchas y reivindicaciones populares, que dieron lugar a una oleada democratizadora por todo el hemisferio.

Al término de la Segunda Guerra Mundial, la bancarrota del fascismo a escala internacional estimuló la rebeldía de sectores oprimidos en América Latina y el Caribe. Con intensas jornadas revolucionarias y populares se puso de manifiesto el significativo crecimiento de las organizaciones de izquierda, de las fuerzas obreras y del movimiento democrático. En particular, desde 1944 las masas populares, de un extremo al otro del continente, se levantaron esgrimiendo consignas antioligárquicas y antifascistas, en reclamo de una mayor democratización de la sociedad, de elecciones libres, a favor de la plena actividad de los partidos y sindicatos, así como por reivindicaciones sociales y nacionales de envergadura y contra la asfixiante dominación de las grandes potencias. Ello explica que la cercana derrota del fascismo provocara en América Latina y el Caribe la caída sucesiva de dictaduras y gobiernos autoritarios, algunos avalados con largos años de represión y terror.

Dictadura de Morínigo

El régimen profascista del general Higinio Morínigo en Paraguay, en los años cuarenta del siglo pasado, poco recordado en la actualidad, fue el precedente inmediato de la larga tiranía de Alfredo Stroessner. Llegado al poder en 1940, tras la muerte en un accidente de aviación del presidente José Félix Estigarribia, Morínigo entronizó un gobierno militar autoritario y represivo que se extendería por toda la década del cuarenta del siglo pasado.

Con el apoyo del falangismo local del denominado Movimiento Nacionalista, la tendencia profascista Guión Rojo del Partido Colorado, más el de las activas asociaciones nazis en Paraguay, nutridas de los miles de inmigrantes alemanes y sus descendientes, el dictador Morínigo desató una desembozada represión contra las organizaciones obreras y los sectores democráticos. Bajo el lema de *Orden, disciplina y jerarquía*,³²⁴ la ofensiva gubernamental incluyó la disolución del Partido Liberal, la pena de muerte por delitos políticos, la persecución de reuniones y una estricta censura de prensa. Los disidentes fueron confinados al recién creado campo de prisioneros en la isla Peña Hermosa, a la vez que se intensificaban las relaciones con las potencias del Eje fascista y los oficiales derechistas de la Argentina, país con el que firmó acuerdos, económicos y comerciales.

Al inclinarse la Segunda Guerra Mundial a favor de los aliados, y presionado por Estados Unidos, el dictador paraguayo rompió sus vínculos con esos países y en 1943, investido como presidente constitucional en comicios sin oposición, visitó Washington, donde fue recibido con todos los honores. A pesar de sus cambios camaleónicos, la bancarrota del fascismo en Europa puso a la dictadura de Morínigo contra la pared, agujijoneado por protestas obreras y manifestaciones populares que terminaron por desplomar en 1946 su aparato represivo.

Para ganar tiempo, Morínigo aceptó convocar una asamblea constituyente democrática y formar un gabinete de «unidad nacional» con militares, colorados y miembros del partido febrerista, autorizando el regreso de los exiliados. Pero la llamada primavera democrática duró poco tiempo, pues aprovechó el viraje internacional de la guerra

³²⁴ Flecha, op. cit., p. 218

fría para quitarse en 1947 la máscara y desatar la represión, teniendo de su lado un sector del ejército y bandas armadas de campesinos pobres o *pynandís* (descalzos), atraídos por las promesas demagógicas del Guión Rojo.³²⁵

El 7 de marzo de ese año, oficiales, soldados y marinos «institucionalistas» se sublevaron, apoyados por estudiantes y miembros de los partidos comunista, febrerista y liberal, que establecieron su propio gobierno en Concepción. Atrinchado en Asunción, el dictador resistió el levantamiento opositor y empujó al país a una guerra civil de cinco meses de duración. La falta de unidad e indecisión de la dirección militar rebelde, negada a entregar armas al pueblo, permitieron a Morínigo, respaldado por Estados Unidos, aplastar la insurrección popular a fines de agosto de 1947, tras masacrar a cientos de combatientes opositores. Los derrotados líderes liberales, comunistas y febreristas tuvieron que exiliarse en la Argentina, junto con personalidades intelectuales de la talla de Augusto Roa Bastos, Hérib Campos Cervera, José Asunción Flores y Elvio Romero.

Desde ese momento, el ejército fue depurado de opositores y reingresaron antiguos combatientes, muchos de ellos atraídos por las falaces promesas del Guión Rojo del Partido Colorado. La dictadura logró estabilizarse en los meses siguientes y convocar a elecciones presidenciales para cubrir las formas, aunque el general Morínigo fue derrocado por sus propios partidarios el 3 de junio de 1948 ante el temor de que no entregara el mando al candidato electo del ala derecha de los colorados y principal líder del Guión Rojo: Juan Natalicio González.

La alianza forjada por la dictadura de Morínigo entre el ala más derechista del Partido Colorado y la depurada institución militar, marcaría en lo adelante el destino del país,

³²⁵ Coronel, op. cit, p. 167 y ss

proporcionando la base de sustentación, seis años después, del largo reinado de más de tres décadas del nieto de un inmigrante bávaro: el general Alfredo Stroessner Matiauda. En 1984, un año después de la muerte de Higinio Morínigo, el periodista, historiador y diplomático paraguayo Augusto Ocampos Caballero, publicó en Asunción los recuerdos del dictador en su libro *Testimonios de un Presidente*.

Villarroel, el presidente colgado

Las transformaciones derivadas del fin de la Segunda Guerra Mundial fueron en Bolivia tan complejas como en Argentina con el ascenso de Juan Domingo Perón. En el país andino el proceso de apertura democrática comenzó en diciembre de 1943, cuando jóvenes oficiales asociados en logias, apoyados por el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), liderado por Víctor Paz Estenssoro, derrocaron al gobierno oligárquico pronorteamericano y nombraron presidente al mayor Gualberto Villarroel. Pero los Estados Unidos acusaron al MNR de inclinaciones «pronazis», sobre todo porque el nuevo gobierno se oponía a los bajos precios del estaño que consideraban la contribución de Bolivia a la causa aliada. En enero de 1944 Washington logró que todos los países del hemisferio —con la excepción de Argentina— aprobaran una declaración que catalogaba a los miembros del régimen boliviano de «francamente hostiles a los propósitos de la defensa interamericana».³²⁶

Acorralado, Villarroel sacó de su gabinete al MNR, a la vez que persiguió a los residentes japoneses y alemanes, invitó a colaborar a los llamados «políticos independientes»

³²⁶ En Alberto Ostría Gutiérrez: *Un pueblo en la cruz. El drama de Bolivia*, Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, 1956, p. 25.

y recibió a una misión norteamericana. Los reconocimientos diplomáticos comenzaron entonces a llegar. Dispuesto a encontrar un lugar entre los presidentes «democráticos» americanos, el presidente boliviano llamó a elecciones el 2 de julio de 1944. El triunfo del MNR —aplastante en Oruro y Potosí— sobre la derechista Unión Democrática resultó arrollador. Integrado mayoritariamente por diputados del MNR, el nuevo congreso eligió a Villarroel como presidente de la república. A continuación, se dictaron leyes progresistas y se reconoció a la Unión Soviética (URSS). Además, se expropiaron los yacimientos auríferos de una acaudalada familia de la élite minera, conocida como *la rosca*, y se fundó la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB), que pronto sería la más fuerte y combativa organización obrera.

Además, el ministro de Hacienda, Paz Estenssoro, aumentó el porcentaje de divisas que debía entregar los grandes exportadores de minerales y preparó el primer Plan de Desarrollo Económico. Al concluir el primer congreso indígena en abril de 1945, Villarroel decretó la supresión oficial de los servicios personales que todavía debían realizar los pueblos originarios. También ofreció a los campesinos una reforma agraria, pues dijo: «No somos enemigos de los ricos, pero somos más amigos de los pobres».³²⁷ Todas estas conquistas sociales fueron recogidas en el texto de la constitución aprobada en 1945. No en balde, casi una década después, los mineros que desfilaron armados frente al Palacio Quemado en el primer aniversario de la revolución de 1952, todavía gritaban «¡Gloria a Villarroel!».³²⁸

Entonces vino la segunda andanada de Estados Uni-

³²⁷ Frase repetida por Evo Morales en enero de 2010 en ritual indígena vísperas de un nuevo periodo presidencial. En <https://cdn.eltterritorio.com.ar/nota2.aspx?c=6551769232471895>.

³²⁸ Citado por Manuel Galich, op cit, p. 56.

dos, que suspendió el intercambio comercial y canceló las negociaciones sobre las ventas de estaño. A la vez, la oposición arreciaba su compañía contra el gobierno y la Unión Democrática se convertía en el Frente Democrático Antifascista, aglutinando partidos de derecha e incluso uno de izquierda, todos plegados a la política estadounidense. Carentes de divisas, desacreditado a nivel internacional por las campañas norteamericanas, impotente para resolver la escasez de alimentos, el gobierno de Villarroel se fue quedando sin apoyo, sobre todo en las zonas urbanas. El 13 de junio de 1946, un comando, financiado por los *barones del estaño*, atacó el cuartel de Calama y la base aérea de El Alto. Frustrados los asaltos, el gobierno expropió los diarios *La Razón* y *Última Hora*. Después, el 8 de julio, los maestros fueron a la huelga. Cuando los estudiantes se sumaron al paro, la Universidad fue ocupada por el ejército.

Una manifestación salida del barrio aristocrático de Sopocachi, el 19 de julio, fue dispersada a balazos y las calles aledañas a la Plaza Murillo quedaron salpicadas de cadáveres. Finalmente, el domingo 21 se produjo el desenlace. El presidente fue obligado a expulsar a los ministros del MNR, primero, y después a renunciar. Cuando Villarroel preparada su dimisión, llegó frente al Palacio Quemado una manifestación opositora a la cual se habían sumado militares. A las dos de la tarde, cuando el edificio era asaltado por la multitud, individuos armados ametrallaron al presidente y a varios de sus ayudantes. El cadáver de Villarroel fue arrastrado hasta los balcones, lanzado a la vía pública y colgado en una de las farolas de la Plaza Murillo, imitando las imágenes finales de Mussolini que habían dado la vuelta al mundo. Esta tragedia, contada por Augusto Céspedes en *El presidente colgado, una historia boliviana* (1966), cuanto se nos parece al violento derrocamiento de Evo Morales y a los peligros que estuvo expuesto ante la

furia desatada por la extrema derecha en el país que Raúl Ruíz González llamara *El Prometeo de los Andes*.

La primavera guatemalteca

El 17 de junio de 1954, haciendo caso omiso a las denuncias del gobierno de Jacobo Arbenz en los foros internacionales, se inició la agresión de Estados Unidos a Guatemala que puso fin al proceso democrático iniciado hacia una década. Un llamado Ejército de Liberación, concentrado en Nicaragua y Honduras, invadió Guatemala bajo la dirección del excoronel Carlos Castillo Armas, mientras barcos norteamericanos bloqueaban sus costas.

En su ofensiva, los invasores ocuparon las poblaciones de Bananera y Morales, aprovechando las instrucciones del presidente Arbenz a sus fuerzas de evitar choques en los límites con Honduras, para no dar pretexto a una guerra con el vecino país. Mientras esto ocurría en los territorios fronterizos ocupados por los «liberacionistas», sus aviones, suministrados por Estados Unidos, bombardeaban la capital y otras ciudades guatemaltecas. Ese era el diseño de la operación secreta de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) contra el gobierno democrático de Guatemala, denominada PBSUCCESS, cuyo eje era la invasión del contingente militar contrarrevolucionario encabezado por Castillo Armas, entrenado y armado por el gobierno estadounidense.

Cuando la agresión parecía flaquear, y la Confederación de Trabajadores de Guatemala (CTG) llamaba al pueblo a formar comités de defensa, se produjo la traición de los desmoralizados mandos militares. Ya unas semanas antes de la intervención, la jefatura del ejército había cuestionado a Arbenz por los alcances de su programa y sus vínculos con el comunista Partido Guatemalteco del

Trabajo (PGT), aprovechando la llegada a un puerto guatemalteco del barco sueco *Alfhem*, con armas compradas a Checoslovaquia.

Puesto entre la espada y la pared, el presidente Arbenz se opuso a las exigencias de los altos mandos de las fuerzas armadas y prefirió renunciar el 27 de junio, considerando erróneamente que su permanencia al frente del gobierno era el obstáculo para liquidar a los invasores y preservar los logros de la revolución. Para hacerlo solo puso dos condiciones: «que no se pactara con Castillo Armas, y que se preservaran los logros de la revolución de octubre»,³²⁹ ingenuidad que saldría muy cara al pueblo guatemalteco. Prueba de ello, la junta militar que sucedió a Arbenz pronto fue sustituida por otra más a la derecha, que ilegalizó al PGT y comenzó a negociar con los invasores (30 de junio), mientras el mandatario depuesto se asilaba en la embajada de México. Como colofón, las huestes a sueldo de Castillo Armas entraban victoriosas en ciudad Guatemala el 3 de julio.

Era el fin de un proceso de cambios sin precedentes iniciado el 24 de junio de 1944 cuando el pueblo guatemalteco, volcado a las calles, provocó la caída de la dictadura de Jorge Ubico; seguida después, el 20 de octubre, por el derrocamiento de su efímero sucesor, el general ubiquista Federico Ponce, por un movimiento cívico-militar encabezado por Jorge Toriello y el capitán Jacobo Arbenz. Tras la adopción de la primera constitución democrática en la historia del país, fue elegido a la presidencia el prestigioso profesor Juan José Arevalo (1945).

³²⁹ Citado por Piero Gleijeses: *La Esperanza Destrozada. La revolución guatemalteca y los Estados Unidos, 1944-1954*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2004, p. 360.

Durante su mandato, se elevó el nivel de vida de la población y entró en vigor una avanzada legislación laboral y social, adoptándose una política exterior independiente. La Revolución Guatemalteca se radicalizó desde 1951, bajo la presidencia de Jacobo Arbenz, quien acometió una reforma agraria, promulgada el 17 de junio de 1952, dirigida a expropiar las tierras ociosas de los latifundios y que afectaba en primer lugar al monopolio norteamericano United Fruit Company.

La derrota de la Revolución Guatemalteca y la instauración de un gobierno hechura de la oligarquía y Estados Unidos, cerró el único capítulo verdaderamente democrático en toda la atribulada historia de la tierra del quetzal, que el poeta Luis Cardoza y Aragón retratará, parafraseando al barón de Humboldt: diez «años de primavera en el país de la eterna tiranía».³³⁰

Dictaduras camaleónicas

Las consignas antifascistas de la Segunda Guerra Mundial, obligaron a varios dictadores latinoamericanos a reinventarse ante la oleada democratizadora que estremecía al continente y la nueva política de Estados Unidos de la «Buena Vecindad». Eso explica las sorpresivas aperturas políticas de Anastasio Somoza en Nicaragua, Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana, Fulgencio Batista en Cuba y Getulio Vargas en Brasil, para remodelar la imagen represiva de estos regímenes, así como borrar sus devaneos fascistas, los coqueteos con los nazis y el falangismo español.

³³⁰ Luis Cardoza y Aragón: *La Revolución Guatemalteca*, México, Cuadernos Americanos, 1955, p. 47.

Para ponerse a tono con la situación internacional, los dictadores camaleónicos se apresuraron a legalizar a los partidos de oposición y fuerzas de izquierda —incluyendo al Partido Comunista—, estableciendo relaciones con la Unión Soviética. El primero que dio este giro teatral de ciento ochenta grados, y el que más lejos llegó, fue Batista, verdadero hombre fuerte de Cuba desde 1934. Tras su visita a Estados Unidos (1938), ordenó a su presidente títere Federico Laredo Brú, la excarcelación de más de tres mil presos políticos, el regreso de los exiliados, el reconocimiento de la autonomía universitaria y la libre actividad de los partidos políticos. Para ganar las elecciones de 1940, Batista tejió una alianza electoral con el Partido Comunista, que bajo la influencia del *browderismo*, —corriente dominante en su homólogo norteamericano—, adoptaría el nombre de Partido Socialista Popular (PSP), al que favoreció con la incorporación de dos de sus dirigentes a su gabinete, permitiéndoles tener su propia prensa, una emisora de radio y el control de la recién creada Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC).

El sanguinario dictador de la República Dominicana fue otro que hizo cambios cosméticos a su régimen, inaugurado en 1930. Trujillo aparentó dejar el gobierno entre 1938 y 1940, para recuperarlo en amañados comicios. En mayo de 1945 ofreció garantías a sus acorralados opositores, favoreciendo la creación de partidos, entre ellos uno marxista, denominado, como en la isla vecina Partido Socialista Popular (PSP). Con el consentimiento del tirano, los comunistas dominicanos fueron asesorados por los experimentados camaradas cubanos. Incluso, afirma un reconocido historiador: «Delegados soviéticos estuvieron presentes en las fiestas del centenario dominicano en fe-

brero de 1944».³³¹ la distensión trujillista, que incluyó el reconocimiento de la Unión Soviética, sería efímera.

Somoza, aleccionado por la caída en 1944 de las aborrecidas dictaduras de Maximiliano Hernández Martínez en El Salvador y Jorge Ubico en Guatemala, decidió hacer algunos cambios en Nicaragua, que dominaba desde el asesinato de Sandino en 1934. A pesar de que había llegado al extremo de reconocer a Franco, cuando todavía se hallaba en las afueras de Madrid, en 1944 permitió la actividad legal del recién creado Partido Socialista Nicaragüense (Comunista) y promulgó un Código de Trabajo que despertó la ojeriza de las élites, permitiendo a Somoza asumir pose de demócrata progresista.

También Getulio Vargas, encaramado en el poder en 1930, artífice del *Estado Novo*, inspirado en el de Mussolini, y que tenía estrechas relaciones con la Alemania nazi y los grupos fascistas autóctonos, les dio un portazo en 1942. Declaró la guerra al Eje y al año siguiente purgó sus pecados enviando un ejército de veinte y cinco mil hombres a combatirlos en el frente italiano. En 1945, convocó una constituyente, estableció relaciones con la Unión Soviética, permitió el regreso de los exiliados y liberó a centenares de presos políticos. Entre ellos el líder comunista Prestes, cuya esposa embarazada, Olga Benario, había muerto en un campo de concentración después que Vargas la entregara a los nazis (1935). Desconfiados de las verdaderas intenciones del dictador brasileño, los principales partidos, el ejército y la embajada de Estados Unidos, lo derrocaron en octubre de 1945, aunque seis años después retornaría al poder gracias a otra de sus inesperadas piruetas. Tam-

³³¹ Bernardo Vega: «La Era de Tujillo, 1930-1961», en Frank Moya Pons (Coordinador): *Historia de la República Dominicana*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Academia Dominicana de la Historia, 2010, p. 461.

poco la careta democrática permitió a Batista, atrapado en sus maquiavelismos, volver a ser el hombre fuerte en Cuba después de los comicios de 1944, lo que no impidió su regreso mediante un golpe militar (1952).

Verdaderos expertos en el arte de la metamorfosis, Somoza y Trujillo nunca perdieron el control gracias a una nueva mutación a la hora de la Guerra Fría y el macartismo. Con el mismo entusiasmo con el que habían maquiillado sus regímenes, aplastaron a las organizaciones obreras y partidos de izquierda que habían fomentado, convertidos ahora en campeones del anticomunismo, aunque ambos serían ejecutados en 1956 y 1961.³³²

Lealtad peronista

El 17 de octubre de 1945 una extraordinaria movilización popular en la capital de Argentina, exigió y obtuvo la excarcelación de su líder, Juan Domingo Perón, detenido por el gobierno militar de turno, fecha que se conmemora como *Día de la Lealtad*. Desde el derrocamiento del presidente Hipólito Irigoyen en 1930 por el general José F. Uriburu, que inauguró la llamada década infame, una serie de mandatarios derechistas se sucedieron en el poder mediante el llamado fraude patriótico.

El último de ellos fue Ramón S. Castillo, desplazado en 1943 por los generales Arturo Rawson y Pedro P. Ramírez, que tenían cediera a la presión de Estados Unidos y variara la neutralidad del país en la Segunda Guerra Mundial. Con el apoyo de ultranacionalistas y católicos, se clausuró el congreso, se cerraron periódicos, intervinieron universidades, fueron disueltos partidos, implantada la enseñanza

³³² Guerra Vilaboy y González Arana, op. cit., pp. 64-105.

religiosa y perseguidos comunistas y dirigentes sindicales. También durante el gobierno de Ramírez un desconocido coronel casi cincuentón, Juan Domingo Perón, comenzó a escalar posiciones desde un anodino Departamento de Trabajo, que no tardaría en convertir en Secretaría de Estado, promoviendo medidas sociales que, junto a su habilidad como mediador en conflictos laborales y su política en favor de los más pobres, le dieron gran popularidad.

En enero de 1944 Estados Unidos aumentó su presión diplomática sobre Argentina y una escuadra norteamericana bloqueó el puerto de Buenos Aires hasta obligar al gobierno del general Ramírez a romper con el Eje y comprometerse a convocar a elecciones. Al mes siguiente, una junta militar, encabezada por el general Edelmiro J. Farrell, se hizo del poder y en marzo de 1945 declaró la guerra a las potencias del Eje e incautó las propiedades alemanas y japonesas, por lo que Inglaterra y Estados Unidos restablecieron sus relaciones diplomáticas.

En ese gobierno militar, el coronel Perón ocupó la vicepresidencia, junto con las carteras de Guerra y Trabajo, lo que le permitió continuar su labor asistencial con aumentos salariales, seguro social y el Estatuto del Peón, ampliando su influencia sobre el movimiento obrero al desplazar a dirigentes comunistas y socialistas. Los recursos procedentes de las ventas de cereales y carnes a los aliados, permitieron a Perón seguir esa política redistributiva que afianzaron su imagen popular y permitieron a varios sindicatos proclamarlo, a mediados de 1945, su candidato a la presidencia de la república.

A esa posibilidad se opuso la élite conservadora, la ultraderecha y también fuerzas democráticas, antifascistas y de izquierda, todas alentadas por el nuevo embajador de Estados Unidos Spruille Braden, nombrado por el gobier-

no de Harry S. Truman para aplicar una línea dura contra el gobierno militar argentino. En ese cargado ambiente, el general Eduardo Avalos, jefe de la guarnición capitalina, y un grupo de altos oficiales enemigos de Perón, lo arrestaron el 12 de octubre. Sus más fieles colaboradores, encabezados por la artista Eva Duarte, con quien poco después se casaría, movilizaron en pocos días a decenas de miles de obreros, que prácticamente se adueñaron de Buenos Aires. La enorme multitud de *descamisados* o *cabecitas negras*, en alusión a su procedencia del empobrecido interior mestizo, inundó el 17 de octubre la plaza de Mayo. Acorralada, la junta militar puso en libertad a Perón y le pidió que calmara a los manifestantes, lo que hizo desde el balcón de la propia Casa Rosada.

La liberación fortaleció su candidatura a la presidencia por el recién creado Partido Laborista. Su opositor era el acaudalado empresario José P. Tamborini, postulado por la Unión Democrática, una heterogénea coalición que incluía desde la derecha oligárquica hasta el Partido Comunista. El abierto respaldo de Spruille Braden a este aspirante, cuyos partidarios lanzaron la consigna *Tamborini o Hitler*, condujo a sus contrincantes a replicar con la de *Braden o Perón*. Los comicios de 1946 dieron la victoria a este último con más del cincuenta por ciento de los votos, abortando los planes de sus opositores y Estados Unidos. La política de beneficio popular y de independencia política desarrollada por Perón en sus dos mandatos consecutivos, interrumpidos por un golpe militar derechista en septiembre de 1955, consolidaron al peronismo como la primera fuerza política nacional hasta hoy, de la que emergieron los Kirchner y Alberto Fernández.

Inmolación del presidente Vargas

El 31 de enero de 1951 el exdictador brasileño Getulio Vargas, quien en los años treinta había llegado a imponer un régimen autoritario en Brasil, y que fuera derrocado al término de la Segunda Guerra Mundial, volvió al poder. Ahora reapareció con un programa que pretendía dar continuidad al desarrollo industrial del país y propiciar una serie de demandas populares, entre ellas la reforma agraria.

Durante este nuevo gobierno, Vargas amplió la siderurgia de Volta Redonda, creó una nueva hidroeléctrica, culminó varios proyectos desarrollistas y fundó, en octubre de 1953, una empresa estatal monopolista para los hidrocarburos: la hoy famosa Petrobrás. En 1952 también dictó las primeras disposiciones para contener la hemorragia de capitales provocada por las empresas extranjeras. La coyuntura favorable a las exportaciones, permitieron a la industria llegar a representar casi un cuarto de toda la producción nacional.

Pero hacia 1953 la situación se complicó, al caer en crisis la producción fabril, agotadas las posibilidades de la «sustitución de importaciones». Al mismo tiempo, se producía el desplome de los precios de los tradicionales artículos de exportación —terminaba el efímero *boom* de la Guerra de Corea—, lo que repercutía en una aguda disminución del ingreso en divisas. Por añadidura, las empresas extranjeras continuaban la descapitalización del país con las constantes remesas a sus casas matrices, provocando endémicos déficits en la balanza de pagos. En estas condiciones, la oligarquía agrario— exportadora y la burguesía aliada al capital extranjero incrementó su hostilidad a Vargas, lo que se expresó en protestas en el parlamento, la prensa y las asociaciones profesionales.

Acosado por la derecha y la izquierda, Vargas realizó entonces una reestructuración ministerial. Sacó de su gabinete a los elementos más conservadores e incorporó a personalidades progresistas como Joao Goulart. En ese contexto, se adoptaron medidas de austeridad sin devaluar el *cruzeiro*, se sustituyó el sistema de las licencias de importación por uno de cambios múltiples, mientras se sostenía el crédito a la industria con nuevas emisiones y se fijaba un tope a la remisión de utilidades. El endurecimiento de la política nacionalista de Vargas también se manifestó en su acercamiento a la Argentina de Perón, la elaboración de un plan de reforma agraria y de una empresa estatal, semejante a la del petróleo, para el control de la electricidad (Electrobras).

La desestabilización económica propiciada por Estados Unidos, unido a la ineficacia de las medidas gubernamentales, produjeron una apreciable disminución del crecimiento industrial. La incontenible alza de los precios continuó, mientras el costo de la vida se elevó en un cuarenta por ciento, el doble de dos años antes. Los más afectados eran los trabajadores. En marzo de 1953 cerca de trescientos mil obreros de Sao Paulo pararon durante un mes, y exigieron aumento de salarios y el control de la inflación. El ascenso de la lucha popular fue facilitado por el ministro de Trabajo Joao Goulart, quien no impedía las huelgas y promulgó un aumento del cien por ciento en el salario mínimo.

Desde ese instante, la casi totalidad de la burguesía se volvió contra Vargas. La gran prensa acusó al mandatario de implantar una república sindicalista al estilo peronista, con Goulart a la cabeza, y sacaron a la luz pública los negocios sucios de algunas figuras gubernamentales. La oposición también se hizo eco en las fuerzas armadas: el 8 de febrero de 1954 un grupo de altos oficiales envió un documento al Ministerio de Guerra preocupados por lo que

llamaban la pérdida de autoridad del ejército y reclamaban la suspensión de la ley del salario mínimo. La presión obligó a Vargas a dejar sin efecto esta medida y a sacar a Goulart de su gabinete.

La tormenta finalmente se precipitó el 5 de agosto, cuando un pistolero, al servicio de la guardia personal de Vargas, Gregorio Fortunato, el Ángel *negro del Catete*, como le puso la prensa —envuelto en la corrupción denunciada por la prensa opositora—, asesinó a un mayor de la aeronáutica al intentar eliminar al periodista Carlos Lacerda. El escándalo dio a la oposición los argumentos para acusar a Vargas y exigir su dimisión. Tras la última reunión del gabinete, en la madrugada del 25 de agosto, el anciano mandatario se suicidó en su dormitorio del Palacio del Catete, dejando un patético testamento político en el cual responsabilizaba por su muerte a la reacción interna y a los «grupos internacionales económicos y financieros»,³³³ vaticinando la inexorable liberación nacional y social del pueblo brasileño.

Tiranía somocista

Una de las peores dictaduras de la historia de nuestra América, junto con la de Trujillo en República Dominicana, fue la de Anastasio Somoza García (1896-1956) en Nicaragua, nacida también de la intervención de Estados Unidos. Tras la obligada retirada de los marines, *Tacho* Somoza quedó convertido desde 1933 en jefe de la recién creada Guardia Nacional, ascenso facilitado por su formación en escuelas norteamericanas y las relaciones políticas de su esposa.

³³³ Getulio Vargas: «Carta-Testamento», en Nelson Werneck Sodre: *Formação Histórica do Brasil*, Sao Paulo, Editorial Brasiliense, 1973, pp. 412-413.

Al frente de este cuerpo militar, Somoza, en complicidad con el embajador de Estados Unidos Arthur Bliss Lane, fue el autor intelectual del asesinato de Sandino en 1934 y de la masacre de sus combatientes ya desmovilizados, crímenes que lo convirtieron en el hombre fuerte del país. Dos años después, mediante un golpe de estado, Somoza desalojó del Palacio de Tiscapa al presidente Juan Bautista Sacasa y, tras unos amañados comicios, ocupó la primera magistratura (1937). A consolidar a *Tacho* Somoza en el poder contribuyó su viaje oficial a Estados Unidos, invitado por el propio presidente Franklyn D. Roosevelt, a quien se atribuye la frase formulada en esa ocasión: «Somoza es un hijo de puta, pero es nuestro hijo de puta».³³⁴

Desde los primeros momentos, el régimen de Somoza se caracterizó por su carácter represivo y sanguinario. Las duras persecuciones comenzaron en 1937 contra estudiantes opositores de la Universidad de León, detenidos, torturados y confinados a la isla del Maíz, convertida en virtual reclusorio. En los años de la Segunda Guerra Mundial, para ponerse a tono con el clima internacional antifascista, hizo algunos cambios cosméticos que ya se comentaron e incluso entregó la presidencia al anciano Leonardo Argüello (1947), quien solo pudo gobernar pocos días, pues al intentar limitar el poderío somocista fue derrocado por la Guardia Nacional, dirigida por su hijo *Tachito*. La desorganizada resistencia fue aplastada por este cuerpo militar y las brigadas somocistas paramilitares llamadas *Cascos de Acero*, aunque varias naciones se negaron a reconocer el nuevo gobierno.

También la conflagración mundial sirvió a Somoza para incrementar su riqueza, apoderándose de bienes ale-

³³⁴ Citado por Carlos Fonseca Terán: *La perpendicular histórica. El sandinismo como corriente política alternativa y el derrumbe de las paralelas históricas en Nicaragua*, Managua, Editorial Hispamer, 2011, p. 206.

manes, como los de la familia Bahkle, dueña de las mejores haciendas cafetaleras y otras propiedades. Además, se nutrió con comisiones recibidas de empresas norteamericanas al facilitarles la explotación de yacimientos auríferos o la exportación de maderas y caucho, así de tolerar los juegos de azar, la venta de alcohol y el contrabando.

La llegada de la Guerra Fría le permitió a *Tacho* Somoza legitimar la situación creada con el golpe militar contra Argüello y echar abajo el Código del Trabajo, que él mismo había promovido, desarticulando las organizaciones obreras recién surgidas y al Partido Socialista nicaragüense (Comunista), surgido en 1944 con su apoyo, que lo había respaldado en una huelga organizada por los conservadores. Al mismo tiempo, aplastó el levantamiento guerrillero del veterano general sandinista Ramón Raudales, quien una década después repetiría su intento y caería combatiendo a la dictadura somocista.

En 1950 Somoza firmó un acuerdo, conocido como *Pacto de los generales*, con el viejo caudillo conservador Emiliano Chamorro, con el pretexto de enfrentar el «peligro comunista», que le permitió reformar de nuevo la constitución y regresar a la presidencia en ese mismo año, en sustitución del amaestrado títere suyo Víctor Román y Reyes, puesto en el cargo para guardar las apariencias. En 1948 intervino abiertamente en la guerra civil de Costa Rica y siete años después intentó derrocar al gobierno de José Figueres con una invasión militar. También respaldó la agresión norteamericana contra el gobierno de Jacobo Arbenz en Guatemala en junio de 1954.

En ese mismo año fracasó un complot de exoficiales de la propia Guardia Nacional para eliminar al dictador en la Carretera Panamericana y la mayoría de los participantes fueron asesinados. Pero el 21 de septiembre de 1956 el patriarca de la familia gobernante, Anastasio (*Tacho*) Somoza

García, fue tiroteado en una fiesta en León por el joven poeta Rigoberto López Pérez, ejecutado en el propio lugar del magnicidio por la escolta presidencial. El dictador, trasladado de urgencia a un hospital militar de Estados Unidos en la zona del canal, murió una semana después. Además de su cuantioso patrimonio, calculado al momento de su muerte en más de doscientos millones de dólares, que lo hacía uno de los hombres más ricos del continente, dejaba el poder en Nicaragua a sus hijos Luis y Anastasio Somoza Debayle, herederos de una dictadura sangrienta, prolongada durante otras dos décadas, hasta el triunfo de la revolución sandinista en 1979.

La traición de González Videla

A partir de 1947 se esparció por América Latina una furiosa oleada represiva anticomunista, promovida desde Estados Unidos, en el marco de su naciente Guerra Fría con la Unión Soviética. El principal objetivo era frenar las ostensibles conquistas populares, conseguidas al calor de la victoria sobre el fascismo, y alinear a los países latinoamericanos contra Moscú y los emergentes países socialistas. Esa política llegó a Chile con mucha virulencia durante el mandato de Gabriel González Videla, iniciado en noviembre de 1946, calificado por Galich de «abominable hombre de las nieves»,³³⁵ quien perseguiría con saña a los comunistas, represión en la que hicieron sus pinitos criminales los futuros altos oficiales pinochetistas, en una especie de prelude del golpe militar que ocurriría un cuarto de siglo después.

La extensión a la tierra austral de esta rabiosa política anticomunista, promovida por Washington, dio lugar

³³⁵ Manuel Galich, op. cit., p. 65.

a un sorpresivo viraje del gobierno de González Videla, del Partido Radical, quien había ganado los comicios presidenciales en septiembre de 1946 gracias a su alianza con el Partido Comunista de Chile (PC). En plena campaña electoral, había declarado en la plaza de la Constitución de Santiago de Chile: «Yo les aseguro que no habrá poder humano ni divino capaz de romper los lazos que me unen con el Partido Comunista y con el pueblo».³³⁶

Pero esa promesa solo duró los cinco primeros meses de su mandato, cuando por primera vez en la historia de Chile tres dirigentes del Partido Comunista, entre ellos su propio secretario general, fueron ministros. Además, otros miembros de esta organización desempeñaron importantes cargos, incluidas cinco intendencias y quince gobernaciones, en una situación análoga a la del Partido Socialista Popular (Comunista) en Cuba a inicios de esa misma década. Al igual que en la Mayor de las Antillas, el PC chileno, aliado a los gobiernos del Partido Radical desde 1939, llegó a contar con una activa representación parlamentaria, tuvo también un vertiginoso crecimiento de su fuerza electoral, así como gran presencia en los sindicatos y medios de difusión, en particular con el periódico *El Siglo*, que amplió su circulación.

El aumento de las huelgas obreras ante el deterioro de la economía nacional tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, unido a la fuerte presión de Estados Unidos, alarmó a la burguesía chilena y a muchos líderes del Partido Radical, lo que llevó al mandatario a variar bruscamente su política desde abril de 1947, cuando sacó a los ministros comunistas de su gabinete. Cuatro meses después, tras designar al jefe

³³⁶ Tomado de Miguel Alvarado Natalí: «González Videla un traidor o un previsor», *Crónica Digital*, 26 de febrero de 2014, en <https://www.cronicadigital.cl/2014/02/26/gonzalez-videla-un-traidor-o-un-previsor/>

de la armada en el Ministerio del Interior, expulsó a todos los miembros del PC de la administración pública y solicitó poderes especiales al congreso para extender la represión.

El 3 de septiembre de 1948, para ponerse a tono con las orientaciones norteamericanas, el mandatario firmó la Ley 8087 «de defensa permanente de la democracia», o *ley maldita* como también se le conoció, que le permitió ilegalizar al Partido Comunista, someter las organizaciones sindicales al control policial, anular libertades constitucionales, como el derecho de huelga, y romper las relaciones con la URSS y los países socialistas. A continuación, aprovechando el paro de los mineros del carbón, ordenó el arresto de líderes sindicales y militantes comunistas en todo el país, sacando a estos últimos de los registros electorales. Algunos de los más destacados miembros del Partido Comunista fueron confinados al remoto campo de prisioneros en Pisagua, en pleno desierto de Atacama. El senador socialista Salvador Allende, que había calificado la *ley maldita* de «bomba atómica»,³³⁷ tuvo la entereza de visitar a los detenidos en Pisagua, donde un oscuro teniente nombrado Augusto Pinochet trató inútilmente de impedirsele.

La víctima más connotada de la histeria anticomunista en Chile fue el afamado poeta y senador comunista Pablo Neruda, que en 1945 había recibido el Premio Nacional de Literatura. Convertido en el principal antagonista de González Videla, tuvo que pasar a la clandestinidad. En 1949, poniendo en riesgo su vida en un accidentado cruce de los Andes, salió del país y, al año siguiente, dedicó algunas duras estrofas de su poemario *Canto General* al mandatario traidor, mientras este era recibido con máximos honores en Estados Unidos por el presidente Harry S. Truman. Dos

³³⁷ Citado en file:///C:/Users/Sergio%20PC/Downloads/Dialnet-LaGuerraFriaChilena-7008212%20(2).pdf

décadas después, González Videla renunció al Partido Radical, en rechazo al ingreso de esta agrupación a la Unidad Popular, conspiró contra el gobierno de Allende y fue un complaciente colaborador de la dictadura de Pinochet como vicepresidente de su Consejo de Estado.

El *bogotazo*

Las causas de la espontánea sublevación popular ocurrida el 9 de abril de 1948, conocida como el *bogotazo*, tienen que ver con la derechización que vivía Colombia bajo el gobierno conservador de Mariano Ospina. Presionado por los sectores más intolerantes de la oligarquía y Estados Unidos, este mandatario enrareció desde fines de los años cuarenta el ya tenso ambiente político con persecuciones *macartistas*, una mayor represión en las zonas rurales y la liquidación de las organizaciones obreras, catalogadas de comunistas y anticristianas.

La mayoría liberal en el parlamento, guiada por Jorge Eliécer Gaitán, un líder carismático comprometido con la defensa de las causas populares, rompió desde junio de 1947 con el gobierno y convocó a la movilización nacional contra la espiral de violencia. Gaitán se venía radicalizando después de las elecciones de mayo de 1946, de lo que era prueba su lenguaje antimperialista y los llamados a la lucha de los trabajadores. En la multitudinaria *marcha del silencio*, el 7 de febrero de 1948, llegó a desafiar al régimen conservador cuando advirtió que «un partido que logra esto, muy fácilmente podría reaccionar bajo el estímulo de la legítima defensa».³³⁸

El auge de la lucha popular, y las consignas revolucionarias agitadas por Gaitán, alarmaban a las elites, que

³³⁸ Tomado de Medófilo Medina: *Historia del Partido Comunista*, Bogotá, Centro de Estudios de Investigaciones Sociales, 1980, tomo I, p. 558.

solo buscaban un incidente para aumentar la represión. Este pretexto fue el *bogotazo*. El 9 de abril de 1948, cuando en Bogotá sesionaba la IX Conferencia Panamericana, partera de la Organización de Estados Americanos (OEA), Gaitán fue asesinado en las calles de la capital colombiana por un oscuro fanático conservador nombrado Juan Roa Sierra. El airado pueblo de la ciudad, volcado automáticamente a las calles, ajustició de inmediato al criminal y se lanzó al asalto del Palacio Presidencial, pues por instinto responsabilizó al gobierno con lo ocurrido. Ante la frustración de las ansias renovadoras de la población, que se canalizaban en torno a Gaitán, se desató entonces una anárquica insurrección urbana (el *bogotazo*), con apoyo de la principal central sindical e incluso de la policía, que puso al gobierno al borde del colapso.³³⁹ Entre los que se unieron al levantamiento popular estaba un joven universitario cubano, Fidel Castro, de visita en Bogotá para una reunión estudiantil continental en contra de la creación de la OEA.

En algunos sitios, como en Barrancabermeja, se formaron juntas revolucionarias que por varias semanas desafiaron a las autoridades, mientras por todas partes brotaban bandas armadas para vengar a las víctimas y defenderse de la represión. Para intentar acallar al pueblo, el presidente Ospina, luego de reunirse con la directiva liberal en el virtualmente sitiado Palacio Presidencial, nombró algunos ministros del partido opositor en su gabinete, que hicieron llamados a la calma.

El *bogotazo*, que dejó un saldo de miles de muertos, abre el periodo de la historia de Colombia conocido como «la violencia». También el *bogotazo* facilitó los planes de la ultraderecha, pues el presidente Ospina, rompió relaciones

³³⁹ Véase Manuel Galich, op. cit., p. 37.

con la Unión Soviética y tras la retirada de los ministros liberales del gabinete (mayo de 1949), clausuró el congreso (noviembre), suspendió las garantías constitucionales y traspasó el poder (7 de agosto de 1950), en unos comicios sin oposición, a un correligionario de ideología fascista: Laureano Gómez, quien regresó de la España de Franco, donde vivía.

Bajo un estado de sitio perpetuo se implantó una verdadera dictadura, que sirvió para aplastar, mediante la intimidación y otros métodos brutales —hubo secuestros y asesinatos masivos—, al liberalismo radical y las organizaciones de izquierda, mientras el gobierno establecía un estado corporativo de partido único, calcado del falangismo español, mediante una impuesta reforma constitucional.

El gobierno fascista de Gómez subordinó totalmente los intereses nacionales a la política de Estados Unidos, una de cuyas peores expresiones fue el envío de tropas a la Guerra de Corea, convirtiendo a Colombia en el único país latinoamericano que lo hizo. Los perseguidos por la reacción, liberales, socialistas, comunistas y otros sectores, respondieron con huelgas y paros, mientras las zonas rurales se inundaban de guerrillas que combatían la represión gubernamental, sin solución de continuidad.

Caída de Perón

El derrocamiento en 1955 del gobierno de Juan Domingo Perón en Argentina se inscribe en la ofensiva de Estados Unidos, a inicios de la Guerra Fría, contra los últimos gobiernos nacionalistas de nuestra América, de la que ya habían sido víctimas un año antes Jacobo Arbenz en Guatemala y Getulio Vargas en Brasil. Esa agresiva e intolerante política era aplicada por la nueva administración Republicana de Dwight D. Eisenhower y Richard M. Nixon, instalada

en la Casa Blanca desde enero de 1953, que puso fin a veinte años consecutivos de presidencias demócratas.

Como se explicó, la hostilidad de Estados Unidos a Perón había comenzado una década atrás, desde la propia campaña electoral de 1946, cuando intentó impedir su triunfo apoyando al candidato opositor de una heterogénea coalición de partidos, que reunía desde los oligárquicos hasta los comunistas, que lo acusaban de fascista. Aunque el coronel Perón había formado parte de un gobierno militar que no ocultaba sus simpatías por el nazismo, marcó distancia de sus compañeros de armas y construyó, desde su puesto de ministro, una base social propia entre los trabajadores, gracias a un programa social sin precedentes, que lo llevó a la Casa Rosada por la vía electoral

El gobierno peronista comenzó por proclamar en Tucumán, el 9 de julio de 1946, en el mismo lugar donde se había declarado la independencia sudamericana 130 años antes, un manifiesto de emancipación económica. Para ello, adoptó un ambicioso plan quinquenal que incluía la compra de los ferrocarriles ingleses y franceses, además de la Unión Telefónica de una empresa norteamericana, entre otras propiedades foráneas, reforzando la intervención gubernamental en las ramas básicas de la economía e impulsando el desarrollo de una flota mercante nacional. Además, puso el acento en la expansión industrial, incentivado a los propietarios con subsidios, créditos y protección arancelaria.

En 1949 se aprobó la carta magna que recogía los principios fundamentales del justicialismo: derecho al trabajo, a la salud, el bienestar, la protección de la familia y seguridad social, el mejoramiento económico y la defensa de los intereses profesionales. La nueva constitución incluía la función social de la propiedad, el capital y la actividad económica, reservando al estado la explotación de las fuentes de energía, los minerales y los servicios públicos.

Los indiscutibles logros del primer sexenio peronista, que elevaron en forma significativa el nivel de vida de la población, fortalecieron al movimiento sindical y permitieron al Partido Justicialista ganar en forma arrolladora las elecciones de 1952. Todas las maniobras de Estados Unidos y las élites conservadoras y militares para impedirlo fracasaron, desde los intentos golpistas hasta las desembozadas campañas mediáticas del diario opositor *La Prensa*, que fue expropiado.

Pero el segundo mandato de Perón, que comenzó con la muerte de su popular esposa Evita, enfrentaba un escenario muy desfavorable, ante el agotamiento del modelo económico basado en las divisas acumuladas durante el conflicto mundial. A ello se sumó la redoblada hostilidad estadounidense, puesta al descubierto con la visita a Buenos Aires, en julio de 1953, de Milton Eisenhower, hermano del mandatario norteamericano, para obligarlo a dejar su *tercera posición* y alinearse contra la Unión Soviética (URSS). Muestra de independencia política dio Perón al negarse a participar en la Guerra de Corea, oponerse a la condena de Guatemala en la reunión panamericana de Caracas en 1954 y la apertura en Argentina de la primera exposición industrial soviética en América.

En esa compleja coyuntura estalló el conflicto con la iglesia católica, opuesta a la abolición de las exenciones impositivas a las propiedades eclesiásticas, la implantación del divorcio y la prohibición de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas. El ambiente de confrontación creado fue aprovechado por la oposición reaccionaria y Estados Unidos para promover un golpe de estado en connivencia con la alta oficialidad derechista. El preludeo fue la sublevación de la marina el 16 de junio de 1955, que llegó a bombardear la Plaza de Mayo, con saldo de cientos de muertos y heridos, seguido el 16 de septiembre por un golpe militar. La

asonada puso fin al régimen justicialista y obligó a Perón a un prolongado exilio de casi dos décadas. Pero la brutal represión desatada por la *revolución libertadora*, el asalto a los sindicatos, el cierre del parlamento y la proscripción del Partido Justicialista, no pudieron sacar al peronismo de la memoria del pueblo argentino.

Poker de espanto en el Caribe

Así tituló en 1955 el escritor dominicano Juan Bosch al libro que dedicó a un estudio comparado de las peores tiranías de la región. Al margen de ciertas diferencias de estilos, las dictaduras de Juan Vicente Gómez y Marcos Pérez Jiménez en Venezuela, Gerardo Machado y Fulgencio Batista en Cuba, Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana, así como las dinastías de los Somoza en Nicaragua y los Duvalier en Haití, tuvieron en común la absoluta subordinación a Estados Unidos.

Todas ellas surgieron en sociedades capitalistas atrasadas, dependientes e inestables, donde era muy extendida la miseria de la mayoría de la población, sobre todo en el medio rural. Salvo en Cuba, y en la Venezuela de los cincuenta, la burguesía y las capas medias no tenían gran desarrollo y estaban constreñidas por el retraso secular y la presencia avasallante del capital norteamericano. El atraso y la ignorancia fue un factor que facilitó a los dictadores eruirse sobre las diferencias sociales y raciales para buscar cierta base entre los sectores marginados, más pobres y despolitizados.

Casi todas estas tiranías propiciaron el apoyo de figuras destacadas de la intelectualidad, a las que entregaron prebendas y privilegios. A su vez, algunos escritores, historiadores y científicos sociales creyeron ver en los regímenes

fuertes —«cesarismo democrático» le llamó el venezolano Laureano Vallenilla Lanz— una solución a los endémicos males de sus países, marcados por lo que consideraban, imbuidos por la filosofía positivista, una fatalidad étnica, que los había hundido en la pobreza, el atraso, la inestabilidad y la anarquía política.

Los sátrapas caribeños fueron, sin excepción, depredadores de las arcas públicas y no tuvieron escrúpulos de ningún tipo para enriquecerse a costa del estado y del sector privado que le hiciera sombra, aunque siempre tuvieron el tino de no tocar a las compañías de Estados Unidos, con las que trataron de asociarse cuando existió esa posibilidad. Estos regímenes autocráticos terminaron por crear poderosos patrimonios familiares —quizás solo a Machado en Cuba le faltó tiempo para lograrlo— que lesionaban los intereses y áreas de influencia de otros sectores nacionales.

Este poder económico, fuera de toda regulación, fue un factor adicional que propició las largas permanencias en el poder de estos regímenes autoritarios, a veces más allá de la desaparición del dictador fundador de la dinastía, como ocurrió con Somoza en Nicaragua, asesinado en 1956, y Duvalier en Haití, muerto por causas naturales en 1971. Somoza y Trujillo fueron probablemente los que más lejos llegaron en su control monopólico de áreas y ramas completas de la economía nacional, extendido, en ambos casos, a más de la mitad de las empresas y esferas productivas de sus países.

Una regularidad de todas las tiranías caribeñas fue su capacidad para adaptarse a los vaivenes de la política norteamericana. Eso explica las falsas *aperturas democráticas* impulsadas por Somoza, Trujillo y Batista en la coyuntura de la Segunda Guerra Mundial, así como su conversión en campeones del anticomunismo a la hora de la Guerra Fría. Tanto Batista, como Machado, Somoza hijo y Trujillo,

resistieron e incluso desafiaron las exigencias norteamericanas para abandonar el poder cuando dejaron de ser útiles a los intereses de Estados Unidos. En los cuatro casos, fueron presionados por Washington para que dejaran el gobierno y permitieran soluciones políticas mediatizadas que evitaran el triunfo de revoluciones populares desencadenadas por su desenfreno e intolerancia, pues solo dos de ellos (*Bisonte* Gómez y *Papa Doc*) dejaron el poder por causas naturales.

La negativa a apartarse del poder en el momento en que Estados Unidos lo consideraba oportuno, junto al fracaso de maniobras de último minuto para dejar en su sitio a títeres suyos, facilitaron el triunfo de revoluciones populares que precisamente era lo que se quería evitar con sus precipitadas salidas. Así ocurrió en Cuba (1933 y 1959), Venezuela (1958) y Nicaragua (1979), mientras en República Dominicana obligó a la intervención militar de Estados Unidos para aplastar la revolución de abril de 1965. Quizás ese inesperado desenlace tenía en mente Juan Bosch cuando advirtió: «Decir tiranía, en el poker de espanto del Caribe, vale tanto como decir hampa. Pero esta la otra faz, en la cual la revolución significa ejercicio de la dignidad».³⁴⁰

Revolución Boliviana de 1952

Una inesprada revolución popular irrumpió en 1952 como rayo luminoso en el oscuro panorama continental dominado por el macartismo, la Guerra Fría, y el repliegue de las fuerzas progresistas. La enclaustrada república

³⁴⁰ Juan Bosch: *Póker de espanto en el Caribe*. Trujillo, Somoza, Pérez Jiménez, Batista, México, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 2009, p. 215.

andina era uno de los países más atrasados y empobrecidos de nuestra América, dependiente de la exportación minera, controlada por los *barones del estaño*, esto es, la gran oligarquía criolla atada al capital foráneo que inspiró a Augusto Céspedes su novela *Metal del diablo* (1946).

El desconocimiento del triunfo del candidato presidencial del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), Víctor Paz Estenssoro, en las elecciones de 1951 fue la chispa que prendió la sublevación popular del 9 de abril del año siguiente, encabezada por los mineros. Después de tres días de sangrientos combates en La Paz, el ejército tuvo que capitular, algo que solo había ocurrido una vez en la historia latinoamericana (México, 1910-1914), remplazado por milicias obreras y campesinas devenidas en el efímero *Ejército de la Revolución*.

Después que cayó la junta militar, el gobierno de Paz Estenssoro firmó varias leyes sociales, entre ellas un aumento salarial del cuarenta por ciento, y otorgó la plena ciudadanía a los indígenas al implantar el sufragio universal. Por otro lado, se vertebró la combativa Confederación Obrera de Bolivia (COB), que exigía la recuperación del estaño, y se organizaban los primeros sindicatos rurales — del que saldría en 1954 la Confederación Nacional de los Trabajadores Campesinos (CNTCB)— con la consigna de la tierra a quien la trabaja, incitando a los pueblos originarios marginados a ocupar las grandes haciendas.

Desbordado por los acontecimientos, el MNR tuvo que llevar a la práctica medidas más radicales, comenzando por la expropiación de la gran minería el 31 de octubre de 1952. Pese a que Paz Estenssoro proclamó con demagogia la llamada *Acta de Independencia Económica*, en realidad el país siguió dependiendo de las fundiciones de Inglaterra y Estados Unidos, que imponían a Bolivia las cuotas y precios de exportación. El 2 de agosto de 1953 se promulgó la

reforma agraria, que solo afectó una porción de las tierras de los grandes hacendados enfeudados para fomentar la pequeña propiedad campesina. En una década se repartieron casi tres millones de hectáreas a una quinta parte de la población rural. Al no transformar las arcaicas estructuras del agro boliviano, los beneficiados quedaron atados a una economía de subsistencia, mientras que a los trabajadores agrícolas sin tierras solo les quedaba la opción de colonizar el despoblado oriente.³⁴¹

La visita a Bolivia en 1953 de Milton Eisenhower, hermano del presidente norteamericano, inició la neutralización de la revolución boliviana por Estados Unidos con la firma de un «convenio de asistencia económica», que otorgó jugosas concesiones a empresas estadounidenses. La política entreguista fue continuada por el gobierno de Hernán Siles, quien en 1956 aceptó un plan neoliberal del Fondo Monetario Internacional (FMI), que conllevó la devaluación de la moneda, el fin de los controles y subsidios estatales, junto a la congelación de los sueldos de los trabajadores. Paralelamente, el país fue invadido por un enjambre de asesores norteamericanos y se restablecía el ejército profesional.

En 1960 Paz Estenssoro regresó a la presidencia y después consiguió reelegirse cuatro años más, con una política moderada. El 6 de noviembre de 1964 fue desalojado del poder, mediante un incruento golpe de estado, dirigido por el general derechista René Barrientos, que dio vuelta atrás a la historia de Bolivia, poniendo punto final a una revolución que ya estaba muerta. Che Guevara, quien solo tres años después daría su vida por la verdadera liberación de este agobiado país, comentó al conocer el derrocamiento de Paz Estenssoro: «En todo caso, para gente como ésta,

³⁴¹ Amado Canelas: *Bolivia: un caso de reforma agraria*, La Habana, Casa de las Américas, 1967, p. 37 y ss.

que no sabe caer con dignidad, vale la pena recordar lo que le dijo, creo que la madre del último califa de Granada a su hijo que lloraba al perder la ciudad: *Haces bien en llorar lo que no supiste defender como hombre*.³⁴²

³⁴² Ernesto Che Guevara: «En la XIX Asamblea General de las Naciones Unidas: discurso y contrarréplica», *Obras (1957-1967)*, La Habana, Casa de las Américas, 1970, t. II, p. 571.

CAPÍTULO VIII
Escucha como nace la aurora

Las revoluciones de México y Cuba

Estas dos revoluciones fueron sin duda las más trascendentes del siglo XX en nuestra América. Ambas vencieron a los respectivos ejércitos nacionales, lo que solo se repitió en Bolivia (1952) y Nicaragua (1979). Originadas por las difíciles condiciones creadas por las dictaduras de Porfirio Díaz (1876-1911) y Fulgencio Batista (1952-1958), desencadenaron profundas transformaciones de larga repercusión. Al margen de sus muchas diferencias, México y Cuba tenían similitudes en la extrema polarización social y la crisis política, que hicieron inevitable el cruento estallido popular.

A inicios del siglo XX, México concentraba la mayor presencia del capital extranjero al Sur del río Bravo, mientras Cuba, en los años cincuenta, era el más vinculado a Estados Unidos en todo el hemisferio. Aunque la agricultura cubana tenía una estructura más *moderna*, homogénea y capitalizada que la mexicana cuarenta años antes, las dos repúblicas dependían mucho de Estados Unidos. En ambos casos, el capital norteamericano dominaba recursos naturales básicos, pero en México ese proceso se había desarrollado en intensa rivalidad con ingleses y alemanes, a diferencia de la Mayor de las Antillas, controlada de manera preponderante por los monopolios estadounidenses. Además, en la historia de las dos naciones se habían registrado intervenciones militares y despojos territoriales por parte de la gran potencia vecina, que generó una extendida conciencia nacionalista, más arraigada que en el resto del continente.

Entre las causas del levantamiento armado estaba en primer lugar la democratización del régimen político. Las luchas antidictatoriales, junto a las difíciles condiciones de una gran parte de la población, despertaron amplios movimientos opositores, nutridos del empobrecido cam-

pesinado, así como de obreros, empleados, intelectuales, pequeños propietarios y diferentes capas de la burguesía nacional. A pesar de su heterogeneidad, fueron concitados por programas y consignas democráticas y nacionalistas, que incluían reivindicaciones agrarias y socioeconómicas, dirigidas al establecimiento de un nuevo orden.

La intervención directa de Estados Unidos en México propició el derrocamiento y asesinato de un presidente y dos invasiones armadas (1914 y 1917), así como la presión diplomática a todos los gobiernos desde Venustiano Carranza a Lázaro Cárdenas. En el caso cubano, aunque Estados Unidos no llegó a invadir militarmente de manera directa la isla, como ocurrió en México, su injerencia (Bahía de Cochinos, Crisis de los Misiles, Operación Mangosta, etc.) llegó mucho más lejos y sus consecuencias fueron más profundas, lacerantes y constantes, al grado que aún no han terminado.

Las dos revoluciones triunfantes debieron enfrentar la oposición de la iglesia católica, aunque en México el conflicto fue más agudo y generó incluso un masivo levantamiento fanático: la guerra cristera. Las nacionalizaciones de propiedades extranjeras (1938 en México y 1960 en Cuba), provocaron sanciones y bloqueos de las grandes potencias afectadas, que despertaron campañas populares de resistencia. Por otra parte, el proceso de institucionalización cubano, sin la anarquía del mexicano, fue mucho más dilatado, pues la nueva constitución solo fue adoptada en 1976 y, a diferencia de la mexicana de 1917, no recogía un programa de objetivos sino las principales conquistas de la revolución que se había inclinado al socialismo.

La Revolución Mexicana produjo un gran impacto en América Latina con sus consignas agraristas y antimperialistas, primero, y la reforma agraria y la nacionalización del petróleo, después, despertando amplias expectativas en

el hemisferio y una ola de solidaridad en vastos sectores populares. A su vez, la Revolución Cubana abrió una nueva fase de la historia continental que desencadenó una oleada de luchas sociales y políticas del río Bravo a la Patagonia. Ambas, tras destruir el antiguo régimen y a su ejército opresor, renovaron todo el orden nacional, consiguieron conquistas de largo aliento para sus pueblos e impulsaron un ideario de justicia, libertad e igualdad que desde entonces nutre el imaginario de varias generaciones de latinoamericanos.³⁴³

El 23 de enero de 1958

Ese día fue derrocada en Venezuela la tiranía de Marcos Pérez Jiménez, una de las aborrecidas dictaduras latinoamericanas aupadas en los años cincuenta por Estados Unidos, en el contexto de la Guerra Fría, y que el escritor dominicano Juan Bosch incluyera en su libro ya mencionado *Poker de espanto en el Caribe*, junto a las de Trujillo, Somoza y Batista.

El ascenso de este militar venezolano comenzó cuando se involucró en 1944 en la conspiración cívico-militar contra el gobierno de Isaías Medina Angarita, quien había realizado una apertura política y dictado leyes progresistas sobre hidrocarburos y tierras, que le provocaron la hostilidad estadounidense y de la élite criolla. Derrocado Medina Angarita en 1945, el mayor Pérez Jiménez estuvo en la Junta Militar que le sucedió en el poder y de 1948 a

³⁴³ Véase Sergio Guerra Vilaboy, Alejo Maldonado Gallardo y Roberto González Arana: *Tres revoluciones que estremecieron el continente en el siglo XX, México, Cuba y Nicaragua*, Barranquilla, Colombia, Universidad del Norte/UniMagdalena, 2020, pp. 394-411.

1952 se encargó del Ministerio de Defensa. En el ínterin, fue uno de los protagonistas del golpe de estado de noviembre de 1948 contra el presidente Rómulo Gallegos e integró otra vez una Junta Militar, ahora presidida por el coronel Carlos Delgado Chalbaud, que abrió una década de regímenes castrenses caracterizados por la represión, el fraude y la corrupción.

El extraño asesinato, el 13 de noviembre de 1950, de Delgado Chalbaud, eliminó el último obstáculo que separaba a Pérez Jiménez del control total del país. Dos años después, se declaró triunfador en unos amañados comicios presidenciales que obligaron a los opositores a exiliarse. El 19 abril de 1953 una asamblea constituyente lo juramentó como primer mandatario de la República de Venezuela, pues la nueva carta magna centralista había eliminado el nombre de Estados Unidos de Venezuela, que llevaba desde 1864, al abolir el régimen federal.

La dictadura de Pérez Jiménez se benefició del extraordinario aumento de los ingresos como resultado del *boom* petrolero, duplicados entre 1953 y 1957, cuando llegó a representar más del setenta por ciento de todo el ingreso nacional. Estos enormes recursos fueron destinadas a fortalecer el aparato militar, así como al desarrollo de la infraestructura y obras sociales, como parte del proclamado *Nuevo Ideal Nacional*, dirigido a modernizar el país con edificaciones monumentales y modernas autopistas.

A pesar del espectacular auge económico y constructivo, se agudizaron las diferencias sociales y la pobreza de la mayoría de la población —incrementada por la entrada masiva de inmigrantes y la proletarización del campesinado—, lo que unido a la despiadada persecución a la oposición alentó el descontento, sobre todo después que Pérez Jiménez, ascendido sucesivamente a general de Brigada (1955) y de División (1957), intentara extender su

mandato hasta 1963 mediante el manipulado plebiscito del 15 diciembre de 1957.

A los pocos días, los estudiantes universitarios se lanzaron a las calles en airadas protestas, duramente castigados por los cuerpos policiales, mientras las organizaciones clandestinas vertebraban una Junta Patriótica en contra de la dictadura, que incluía al Partido Comunista. Aunque el inesperado alzamiento liderado por el coronel Hugo Trejo en Maracay fracasó el 1 de enero de 1958, el apoyo militar al régimen se debilitó. Finalmente, el 21 y 22 de ese mismo mes se produjeron impresionantes manifestaciones populares, procedentes sobre todo de los barrios humildes de los cerros de Caracas, y se declaró una huelga general. En la madrugada del día 23, mientras los militares rebeldes tomaban el Palacio de Miraflores, así como las emisoras de radio y televisión, Pérez Jiménez huía del país en avión con toda su familia.

Un papel especial en estos acontecimientos le cupo al contraalmirante Wolfgang Larrazábal, a la sazón jefe de la Marina, quien quedó al frente del gobierno provisional, lo que le dio una gran popularidad. A ello contribuyó su papel en el derrocamiento de Pérez Jiménez y qué, durante su breve mandato, consiguió reducir el desempleo, aumentar sustancialmente los ingresos estatales, legalizar los partidos disueltos por la dictadura, promover el regreso de los exiliados, intervenir las propiedades malversadas y democratizar el sistema electoral. También Larrazábal sobresalió por su respaldo a los revolucionarios cubanos encabezados por Fidel Castro, facilitando sus campañas públicas en Venezuela e incluso el envío de recursos y armas, como el avión bimotor C-46 que llegó el 8 de diciembre de 1958 a la propia Sierra Maestra. Ello explica que el 23 de enero de 1959, en el primer aniversario de la caída de Pérez Jiménez, Fidel Castro visitara Caracas para agradecer el respaldo

venezolano a la Revolución Cubana, ocasión en que recibió un apoteósico recibimiento popular, solo comparable al que se había producido quince días antes en su entrada triunfal en La Habana.³⁴⁴

Expediciones de 1959

La Revolución Cubana trató de ser imitada desde muy temprano. Bajo ese impacto, se organizaron desde principios de 1959 varias expediciones armadas contra las aborrecidas dictaduras de Nicaragua y la República Dominicana. La primera de ellas, sin embargo, fue contra el gobierno de Ernesto de la Guardia en Panamá, la que salió, el 24 de abril de 1959, del puerto de Batabanó, al sur de Cuba, sin participación de las nuevas autoridades de La Habana.

La expedición de casi noventa personas, dirigida por el líder estudiantil panameño Enrique Morales, del Movimiento 22 de Mayo, aludía con ese nombre la fecha de las protestas del año anterior, reprimidas por la Guardia Nacional con saldo de varios jóvenes muertos. Su arribo fue precedido, a inicios de abril, por un alzamiento en la Serranía de Tute, aplastado por tropas panameñas del entonces capitán Omar Torrijos, quien resultó herido. Ambas acciones eran financiadas por Roberto (Tito) Arias, sobrino del expresidente Arnulfo Arias, derrocado en 1951 por el coronel José Antonio Remón, fallecido cuatro años después en un atentado.

En el accidentado desembarco en la costa de San Blas, el propio Morales y tres cubanos perecieron. Al frente

³⁴⁴ Más detalles en Francisco Pividal: «Los tres días de Fidel en Caracas», en su libro *El Movimiento 26 de Julio en Venezuela y quienes lo apoyaron*, Morelia, México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1996, pp. 363-408

del grupo que ocupó Nombre de Dios, quedó César Vega, un habanero, dueño del cabaret Las Vegas, sin actividad revolucionaria ni experiencia militar. Enterado el primer ministro Fidel Castro de la presencia de cubanos, mientras se encontraba de visita en Estados Unidos, declaró que su gobierno no conocía de esta operación, que calificó de «inoportuna», «injustificada» y que «nos pone en una mala situación».³⁴⁵ Los invasores se rindieron el 1 de mayo, con la mediación de dos oficiales del Ejército Rebelde de Cuba.

Tampoco la Revolución Cubana tuvo que ver con la expedición militar contra los Somoza encabezada por Pedro Joaquín Chamorro, Luis G. Cardenal y Reynaldo Téfel, quienes habían visitado la Isla tras la huida del dictador Batista y pretendían repetir la epopeya cubana. Los casi un centenar de jóvenes, vinculados al Partido Conservador, apoyados por el expresidente de Costa Rica José Figueres, aterrizaron en los llanos de Mollejones y Olama el 31 de mayo, aunque tras algunos pocos combates se rindieron a las fuerzas somocistas (13 de junio) y luego fueron condenados a prisión.

En cambio, un grupo más radical, liderado por Rafael Somarriba, exoficial de la Guardia Nacional, fundó en Cuba un Comité para la Liberación de Nicaragua, que consiguió respaldo oficial para su entrenamiento. Pero los casi setenta expedicionarios de la Brigada 21 de septiembre Rigoberto López Pérez fueron sorprendidos el 24 de junio, al intentar entrar en Nicaragua desde su campamento en El Chaparral (Honduras). Atacados por el ejército hondureño, a pesar de la simpatía del propio presidente Ramón Villeda Morales, nueve combatientes murieron, mientras el

³⁴⁵ Véase Lucinda Garza C.: «Causas y desarrollo del conflicto cubano-norteamericano de enero de 1959 a julio de 1960», en <https://forointernacional.colmex.mx/index.php/fi/article/download/441/431>.

resto resultaban heridos y capturados. Uno de los caídos era el teniente cubano del Ejército Rebelde Ramón Onelio Hernández Taño, segundo jefe de la expedición, y entre los sobrevivientes estaba el estudiante Carlos Fonseca Amador, futuro fundador del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN).

Casi al mismo tiempo, el 14 de junio de 1959, se producía el aterrizaje en Constanza de un avión C-46 y el desembarco de dos yates por Maimón y Estero Hondo, con miembros del Movimiento de Liberación Dominicana (MLD), apoyados por Cuba y Venezuela. El numeroso contingente, adiestrado en Mil Cumbres (Pinar del Río) —el mismo lugar donde después se entrenarían los guerrilleros del Che Guevara y Francisco Caamaño—, había partido de Nipe guiado por el dominicano Enrique Jiménez Moya, combatiente contra la dictadura batistiana incorporado al Ejército Rebelde Cubano tras llegar a la Sierra Maestra a principios de 1958 en el avión con armamentos enviado desde Venezuela.

Los casi doscientos expedicionarios fueron masacrados por el ejército trujillista, entre ellos diecisiete voluntarios cubanos, trece venezolanos y catorce de otros países. Solo seis lograron sobrevivir a la brutal represión, entre ellos Delio Gómez Ochoa, exjefe del IV Frente Simón Bolívar en la Sierra Maestra. Sometido a crueles torturas, el comandante cubano solo fue liberado tras el ajusticiamiento del dictador Trujillo, como relata en su sentido libro *Constanza, Maimón y Estero Hondo: La Victoria de los Caídos*, (1998). Por su relevante papel en esta heroica gesta, la primera acción internacionalista de la Revolución Cubana, el comandante del Ejército Rebelde Delio Gómez Ochoa fue declarado en este hermano país, Héroe Nacional, le fue concedida la «ciudadanía dominicana privilegiada» y la orden «Duarte, Sánchez y Mella», su máxima condecoración

Victoria de Playa Girón

Al atardecer del 19 de abril de 1961, los integrantes de la Brigada 2506, formada por contrarrevolucionarios cubanos, entrenados y financiados por la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de Estados Unidos, se rendían en las arenas de Playa Girón, en la bahía de Cochinos, donde habían desembarcado tres días antes. La memorable victoria de la Revolución Cubana tuvo un doble significado histórico. Por un lado, precipitó la proclamación del socialismo por Fidel Castro, el 16 de abril, en acto frente al cementerio de Cristóbal Colón de La Habana, para despedir a las víctimas mortales del bombardeo, ocurrido el día anterior, preludio de la invasión. Por el otro, constituyó la primera derrota militar de Estados Unidos en América después de la gesta de Sandino.

En 1961 la agresividad norteamericana contra la Revolución Cubana había alcanzado su punto máximo con la ruptura de las relaciones diplomáticas (3 de enero) y la aprobación por el nuevo presidente John F. Kennedy del plan diseñado por la CIA al gobierno anterior de Dwight Eisenhower, para invadir la Isla con una fuerza militar de exiliados. El contingente se entrenaba desde fines de 1960 en Retalhuleu, Guatemala, con la complicidad de los gobiernos de Nicaragua y Panamá.

En la madrugada del 15 de abril se puso en práctica el plan con el ataque sorpresivo a los aeropuertos de Santiago de Cuba, San Antonio de los Baños y Ciudad Libertad, por aviones con falsas insignias cubanas salidos de Nicaragua, piloteados por mercenarios, que provocaron siete muertos y casi cincuenta heridos. El inesperado bombardeo no logró destruir las pocas aeronaves cubanas, heredadas de la dictadura de Batista. Uno de los aviones enemigos, en lo que hoy sería considerada una *fake news*, aterrizó en Miami procedente

de Nicaragua, para presentarse como un desertor cubano, pues el plan de la CIA incluía una campaña propagandística internacional para que el ataque pareciera un problema interno, lo que fue denunciado en vibrante discurso por el canciller de Cuba Raúl Roa en las Naciones Unidas (ONU).

Dos días después, la fuerza mercenaria, integrada por unos mil cuatrocientos hombres, desembarcó en la Ciénaga de Zapata por Playa Larga y Playa Girón, en la bahía de Cochinos, en la costa Sur de la Isla, un lugar distante de la capital cubana y cercano a la Sierra del Escambray, donde operaban todavía algunas pocas bandas contrarrevolucionarias. La expedición militar llegó a Cuba en varios barcos desde Puerto Cabezas (Nicaragua), con abundante armamento y explosivos, e incluía tanques, lanchas de desembarco, jeeps, cañones, morteros y camiones, así como respaldo aéreo.

Los invasores fueron enfrentados de inmediato por las milicias locales de campesinos y carboneros, que les impidieron avanzar en profundidad, sin poder consolidar una cabeza de playa, prevista para instalar al titulado gobierno que tenían organizado en Miami, ni completar el desembarco de su equipamiento. A este resultado también contribuyó el dominio aéreo de la reducida aviación cubana, que el mismo 17 de abril hundió dos barcos de transporte y derribó seis aparatos enemigos, obligando al resto de la flotilla a alejarse de la costa, para sorpresa de los invasores, que esperaban un paseo militar y el respaldo de la población.

Al segundo día comenzó la contraofensiva de las milicias, la policía y el Ejército Rebelde, que obligó a los invasores a replegarse hacia Playa Girón, tras abandonar Playa Larga y demás áreas ocupadas. Al conocer estos primeros fracasos, el presidente Kennedy se vio obligado a no involucrarse, alegando la necesidad de mantener una «mínima visibilidad», para ocultar su responsabilidad con la injustificada invasión a un país soberano. El 19 de abril,

los mercenarios que aún no se habían rendido o perecido en los combates, trataron de reembarcarse en su último reducto de Playa Girón, que fue tomado en horas de la tarde por las fuerzas encabezadas por el propio Fidel Castro.

En los duros combates murieron más de doscientos hombres —ciento sesenta defensores y más de cien invasores—, y ambos lados tuvieron centenares de heridos, mientras más de mil mercenarios fueron capturados. En diciembre de 1962, estos últimos fueron canjeados por alimentos, valorados en más de cincuenta millones de dólares. Esta etapa heroica de la historia contemporánea de Cuba puede considerarse sellada con la proclamación por Fidel Castro, en vísperas del ataque a Playa Girón, del carácter socialista de la Revolución. Al despedir el duelo a las víctimas del bombardeo aéreo, el 16 de abril de 1961, el líder cubano había declarado emocionado:

Lo que no pueden perdonarnos los imperialistas es que estemos aquí, lo que no pueden perdonarnos los imperialistas es la dignidad, la entereza, el valor, la firmeza ideológica, el espíritu de sacrificio y el espíritu revolucionario del pueblo cubano.

¡Eso es lo que no pueden perdonarnos, que estemos ahí en sus narices! ¡Y que hayamos hecho una Revolución Socialista en las propias narices de los Estados Unidos!³⁴⁶

Lucha armada en Guatemala

El éxito de la operación PBSUCCESS, orquestada en 1954 por la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de Estados Unidos contra la Revolución Guatemalteca (1944-

³⁴⁶ En *Cronología de la Revolución Cubana II, 1959-1965*, La Habana, Escuelas de Instrucción Revolucionaria del PCC, (1966), p. 72.

1954), permitió entronizar la dictadura del coronel Carlos Castillo Armas, quien había dirigido el ejército *liberacionista*. A este personaje correspondió desmontar las avanzadas transformaciones democráticas y socioeconómicas, entre ellas la reforma agraria.

El reacomodo de las clases dominantes generó nuevas luchas por el poder, que llevaron en 1957 al asesinato de Castillo Armas por un miembro de su propia escolta, episodio que involucró al dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo, según asevera Tony Rafal en *La rapsodia del crimen. Trujillo vs Castillo Armas* (2017). Su inesperada muerte despejó el camino a la presidencia del viejo general oligárquico Miguel Ydígoras Fuentes, tras un amañado proceso electoral.

El nuevo mandatario no tuvo un lecho de rosas, pues le tocó el convulso escenario signado por el triunfo de la Revolución Cubana, que estimuló la rebeldía popular. A ello también contribuyó la manifiesta hostilidad de Ydígoras hacia Cuba: fue uno de los primeros gobernantes latinoamericanos que, siguiendo instrucciones de Washington, rompió relaciones diplomáticas con la isla (1960) y prestó su territorio para la preparación de una invasión contrarrevolucionaria que pretendía replicar la de Castillo Armas seis años atrás.

En medio de un profundo deterioro económico, Guatemala fue sacudida por una serie de atentados y protestas callejeras. En ese ambiente, el 16 de julio de 1960, oficiales de baja graduación, trataron de ocupar la base militar de Cobán (Alta Verapaz). A este frustrado intento siguió, el 13 de noviembre, un gran levantamiento militar liderado por el coronel Rodolfo Sessan Pereira, que involucró a un centenar de oficiales y más de tres mil soldados, descontentos con el alto mando y la presencia de contrarrevolucionarios cubanos armados en el país.

Los sublevados ocuparon el cuartel general de la capital y la base militar de Zacapa, pero la revuelta fue sofocada en dos días, gracias a Estados Unidos, que puso a disposición del gobierno la fuerza mercenaria cubana que se entrenaba en Retalhuleu, y a la terca negativa de los oficiales rebeldes de entregar armas al pueblo. Una veintena de ellos, encabezados por Luis Augusto Turcios Lima, Marco Antonio Yon Sosa, Luis Trejo Esquivel y Alejandro de León, rechazó la oferta de amnistía y decidió continuar la lucha. En el exilio o la clandestinidad, estos jóvenes militares radicalizados terminaron vertebrando su propia organización, el Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR-13), que llegaría a colaborar con el Partido Guatemalteco del Trabajo (Comunista).³⁴⁷

Estos hechos fueron el preámbulo de una nueva oleada de protestas públicas y manifestaciones populares antibernamentales que pusieron al régimen de Ydígoras al borde del colapso. En esa caldeada atmósfera, a principios de 1962, comenzaron a operar en El Progreso, Zacapa e Izabal las primeras guerrillas del MR-13, aunque no lograron todavía consolidarse y debieron volver a las acciones urbanas.

Casi al mismo tiempo, los comunistas guatemaltecos abrieron su propio destacamento guerrillero en Concuá, a las órdenes del coronel Carlos Paz Tejada, antiguo jefe de las fuerzas armadas en el gobierno de Juan José Arévalo (1945-1950). A pesar de contar con un jefe experimentado, los guerrilleros del PGT fueron sorprendidos por el ejército a solo tres días de iniciada la campaña en Baja Verapaz, que dejó un saldo de catorce combatientes muertos, entre ellos Julio Roberto Cáceres, el Patojo, amigo cercano del Che Guevara desde su estancia en Guatemala. Entre los sobrevivientes figuraban el propio Paz Tejada y Rodrigo

³⁴⁷ op. cit.

Asturias, hijo del afamado novelista Miguel Ángel Asturias y futuro máximo comandante de la Organización Revolucionaria del Pueblo en Armas (ORPA). Era el bautismo de fuego del movimiento guerrillero en la tierra del quetzal.

Dossier de la Muerte

En mayo de 1999 la revista *Harpers Magazine* publicó un documento secreto del ejército guatemalteco, denominado *Diario Militar*, con los nombres de más de ciento ochenta personas desaparecidas —de ellas veinte y cuatro mujeres— entre agosto de 1983 y marzo de 1985, que muestra la brutal represión realizada en este país centroamericano. El *Dossier de la Muerte*, como también se le conoce, ha conmovido al mundo entero, obligando a la apertura de proceso judicial contra once exaltos oficiales —entre ellos dos generales—, implicados en esos salvajes crímenes y con el clima de terror implantado en la tierra del quetzal.

Ese periodo sanguinario se inició tras la invasión armada organizada por Estados Unidos en 1954 contra la Revolución Guatemalteca, y llegó a sus mayores extremos durante los tenebrosos mandatos de los generales Efraín Ríos Montt (1982-1983) y Oscar Humberto Mejía Víctores (1983-1986). Los esporádicos intentos por establecer determinadas formalidades legales o de tolerar cierta apertura política derivaron en un aumento del poderío militar, la violencia, el terrorismo y los asesinatos en masa por las fuerzas gubernamentales. La naturaleza genocida del Estado guatemalteco se expresó en los masivos crímenes de Panzós (1978) y la Embajada de España (1980) y las masacres de los pueblos originarios por las despiadadas dictaduras de Ríos Montt y Mejía Víctores.

En rigor, la llamada *primera ola de terror* contra la población guatemalteca se desencadenó tras el ascenso al poder del coronel Carlos Manuel Arana Osorio en 1970, quien dio rienda suelta a un gran operativo contrainsurgente de los cuerpos armados y las impunes bandas paramilitares. Desde entonces el ejército guatemalteco pudo expandir su esfera de actividad al área económica, convirtiendo a muchos altos oficiales en un nuevo sector de las clases dominantes en virtud de fabulosos negociados y la especulación con los fondos públicos.

La atroz represión se multiplicó después del golpe militar del 23 de marzo de 1983 que llevó a Ríos Montt al Palacio Nacional, con el apoyo del gobierno de Estados Unidos, acción dirigida a sustituir a la anterior camarilla ligada al gobierno del general Fernando Romeo Lucas García que pretendía prolongarse en el poder. Ríos Montt acentuó el autoritarismo militar con la disolución del parlamento y el receso obligatorio de los partidos, en medio de una profunda crisis económica y política agudizada por los avances de la lucha armada de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG).

A continuación, lanzó una aparatosa movilización militar contra los frentes guerrilleros, respaldadas con las llamadas patrullas civiles formadas por campesinos reclutados a la fuerza. Además, estableció una férrea censura de prensa, el estado de sitio y organizó tribunales especiales facultados para dictar penas de fusilamiento, sentencias que llegaron a aplicarse hasta en los muros del cementerio capitalino para atemorizar a la población. En ese contexto, ocurrieron varias masacres contra las indefensas poblaciones indígenas del altiplano, forzando a muchas de ellas a buscar refugio en México.

Al finalizar 1982, la situación del gobierno genocida de Ríos Montt era muy frágil, a pesar del apoyo público

del presidente norteamericano Ronald Reagan en su visita a la América Central, en diciembre de ese año. Pero ni su discurso demagógico, ni tampoco el proselitismo fundamentalista, pudieron evitar que el ejército lo sustituyera el 8 de agosto de 1983 por otro general de su misma calaña: Mejía Víctores. El relevó dejó al descubierto las permanentes divergencias existentes en la cúpula militar, cada vez más arrinconada por las continuas matanzas y asesinatos.

Fue precisamente en esa coyuntura que tuvieron lugar los crímenes que hoy son juzgados en Guatemala como delitos de lesa humanidad, por graves violaciones de los derechos humanos, al encerrar a casi dos centenares de personas en centros clandestinos, donde fueron torturados y asesinados. En un comunicado dado a conocer por familiares de las víctimas en su demanda de esclarecimiento de los hechos, «para que estas violaciones a los derechos humanos no se repitan y se garantice el derecho a la justicia».³⁴⁸

La teoría de la dependencia

El triunfo de la Revolución Cubana, seguido de la proclamación del socialismo en la Mayor de las Antillas y del auge de un movimiento revolucionario en todo el continente, abrió las ciencias sociales a la crítica de las tesis tradicionales sobre la existencia en nuestra América de rezagos feudales, que debían liquidarse para impulsar el capitalismo, mediante una fase imprescindible de transformaciones democrático burguesas, como proclamaban entonces los partidos comunistas.

³⁴⁸ En <https://acoguate.org/caso-del-diario-militar-busqueda-de-justicia-para-la-esperanza/>

Una concepción diferente, que sirviera de sustento a la lucha por el socialismo en este continente, fue el caldo de cultivo para el surgimiento de la llamada teoría de la dependencia. Desde los primeros momentos, sus seguidores se interesaron en los orígenes del subdesarrollo y las características de los regímenes socioeconómicos americanos desde las grandes culturas originarias hasta la contemporaneidad. Con esa finalidad, se pusieron de moda textos relegados de Carlos Marx, Antonio Gramsci y José Carlos Mariátegui.

Los antecedentes inmediatos de la teoría de la dependencia estaban en la producción de dos autores de la primera generación de historiadores marxistas, surgida en los años cuarenta del siglo XX: el brasileño Caio Prado Junior y el argentino Sergio Bagú. Nos referimos a sus obras *Formación del Brasil contemporáneo* (1942) e *Historia económica del Brasil* (1945), del primero, así como en *Economía de la sociedad colonial* (1949) y *Estructura social de la colonia* (1952), del segundo, ambos subtítulados: *Ensayo de historia comparada en América Latina*.

Lo más relevante de las obras de estos dos autores era su tesis sobre la implantación del capitalismo desde los albores de la conquista europea, opuesta a la visión de un régimen colonial marcado por el feudalismo hispano-portugués y a la consagrada interpretación evolucionista del positivismo, que reducía la historia a una sucesión progresiva de etapas, compartida a pie juntillas por la historiografía marxista. Al cuestionar la armónica articulación de las tesis liberal-positivista con el dogma stalinista del escalonamiento de modos de producción, Caio Prado y Bagú no solo enriquecieron la historiografía marxista latinoamericana, sino que aportaron los nutrientes a la sociología dependiente que haría eclosión en los años sesenta.

Para agitar el debate académico aparecieron ensayos como *América Latina, ¿feudal o capitalista?* (1966) del historiador chileno Luis Vitale o el conocido libro del canadiense André Gunder Frank: *Capitalismo y Subdesarrollo en América Latina* (1967), vinculado al marxismo circulacionista de Leo Huberman y Paul Sweezy, divulgado por *Monthly Review* de Estados Unidos. Después de dos décadas de predominio de la concepción que entendía al subdesarrollo como una rémora pre capitalista, se presentaba una novedosa interpretación que lo consideraba consecuencia del sistema capitalista mundial.

De la acalorada polémica de los años sesenta y setenta del siglo XX salieron una serie de textos que rechazaban ciertas conclusiones sociológicas —dualismo estructural, todas las variantes del funcionalismo y el desarrollismo— sobre el proceso histórico latinoamericano, así como las que procedían del marxismo de impronta stalinista. Entre los más conocidos exponentes de la llamada teoría de la dependencia estuvieron los brasileños Fernando Henrique Cardoso, Theotonio dos Santos, Rui Mauro Marini y el afamado periodista uruguayo Eduardo Galeano, quien en *Las venas abiertas de América Latina* (1971), devenido un verdadero *best seller* de las ciencias sociales, llevó estas ideas al extremo. Una de las más fundamentadas críticas a sus presupuestos, que partían de diagnosticar capitalismo solo por la existencia de moneda y comercio, exaltando el nacionalismo y menospreciando las luchas clasistas autóctonas, provino del sociólogo ecuatoriano Agustín Cueva en su libro *El desarrollo del capitalismo en América Latina* (1978).

El debate abierto a escala internacional puso de relieve la necesidad de estudios de caso e investigaciones de campo que permitieran la comprobación en la pasada realidad de estas tesis abstractas y permitieran una más fundamentada comprensión de las relaciones de producción, el carácter de

la economía, la acumulación del capital, la estructura de clases y otros temas de la historia social y económica de América Latina. De este modo, se abrieron nuevas indagaciones, basadas en los aportes de la moderna historiografía marxista inglesa y francesa, la escuela de los *Annales* y la *New Economic History* norteamericana, sobre haciendas, plantaciones, esclavitud, entre otros muchos tópicos, que conllevaron la diversificación de las fuentes utilizadas y abrieron la transición de la historia tradicional a una nueva historia.

Dramático cierre de la «Era de Trujillo»

La larga dictadura de Trujillo surgió, como ya contamos, de la ocupación militar de Estados Unidos en la República Dominicana (1916-1924). Al retirarse, los norteamericanos dejaron establecida la Guardia Nacional, en la que descolló Trujillo entre los nóveles oficiales, convertido en 1928 en su general en jefe. Dos años después participó en el derrocamiento del presidente Horacio Vázquez, quien pretendía reelegirse, allanándole el camino a la primera magistratura, en comicios de un solo candidato. En 1931 fundó su propio partido, el único legal durante toda su larga dictadura, salvo excepciones coyunturales.

Desde entonces, Trujillo fue el protector de las inversiones norteamericanas, eliminando cualquier obstáculo a sus intereses y expansión. Al mismo tiempo, utilizando recursos estatales, se fue haciendo de una impresionante fortuna, con negocios en todas las ramas de la economía, llegando a tener en su patrimonio diez de los catorce ingenios existentes y más de la mitad de toda la riqueza de la nación. Valiéndose de un plan de austeridad, el dictador consiguió en 1935 reanudar el pago de los préstamos foráneos y cinco años después recuperar el control de las aduanas.

El incremento de los ingresos fiscales, junto con la subida de los precios del azúcar durante la Segunda Guerra Mundial, le permitieron liquidar la deuda externa y restablecer el peso como moneda nacional en 1947, el mismo año en que inauguró un fastuoso Palacio Presidencial. Ese fue el aval para ser declarado *Benefactor, Generalísimo, Libertador, Restaurador de la Independencia Financiera y Padre de la Patria Nueva* y poner su apellido a la capital (Ciudad Trujillo), al pico más alto, así como a numerosas calles y poblados. Además, desde 1940 todos los documentos oficiales debían llevar la frase: *Era de Trujillo*.

Para perpetuarse en el poder, sobre dimensionó sus fuerzas armadas, devenidas en una de las más poderosas del Caribe, que incluyó la erección de su propia industria militar, de donde saldría el armamento enviado a Cuba en 1958 para apoyar a la acorralada dictadura de Batista. La brutal represión a los opositores se hizo cotidiana y los asesinatos de los sicarios trujillistas, conocidos como *caliëses*, presentados como simples accidentes, mientras cualquier disidente podía ser encarcelado, desaparecido o torturado por ellos sin explicación alguna. Ese fue el trato que recibieron los expedicionarios que desembarcaron en Luperón en 1947 o en Constanza, Maimón y Estero Hondo en junio de 1959. Incluso ordenó ejecuciones en el exterior, entre ellas al líder obrero Mauricio Báez, asesinado en Cuba (1950), al mandatario guatemalteco Castillo Armas, ejecutado en 1957, y a Rómulo Betancourt, que sobrevivió herido (1960).

Para frenar la entrada incontrolada de braceros haitianos, Trujillo desató en 1937 la «reconquista de la frontera», en la que el ejército masacró a machetazos varios miles de indefensos trabajadores negros del país vecino. En cambio, para blanquear la nación, favoreció la inmigración de cientos de judíos y varios miles de Republicanos españoles, entre los cuales figuraban el vasco Jesús de Galíndez

y el gallego José Almoina, ambos eliminados en 1956 y 1960 por sus denuncias contra la tiranía trujillista. Uno de sus crímenes más escandalosos fue el brutal asesinato de las tres hermanas Mirabal, el 25 de noviembre de 1960, que terminó alejando del gobierno a muchos sectores de la burguesía y las capas medias. La propia iglesia católica, hasta entonces aliada al dictador, se pronunció en *Carta Pastoral* contra la represión y por cambios democráticos.

Fue solo entonces que Estados Unidos varió su postura hacia el desprestigiado sátrapa dominicano, ante el temor de una revolución popular similar a la que acababa de triunfar en Cuba. Por ello suspendió la venta de armas y consiguió que la Organización de Estados Americanos (OEA) adoptara sanciones contra la República Dominicana en agosto de 1960, que incluían el aislamiento diplomático. Ante la negativa del dictador a dejar el poder, el propio gobierno norteamericano, encabezado por John F. Kennedy, organizó el magnicidio con un grupo de altos oficiales y políticos trujillistas. En la noche del 30 de mayo de 1961, mientras viajaba en un automóvil hacia el interior del país, Trujillo cayó en una emboscada preparada por los conspiradores y ultimado a balazos. La mayoría de los involucrados fueron salvajemente torturados y asesinados por su hijo Ramfis, quien regresó de inmediato desde París, tal como cuenta en *La fiesta del chivo* (2000) el novelista Mario Vargas Llosa, aunque esos eran los últimos estertores de la terrible *Era de Trujillo*.

El magnicidio de la CIA

Unos minutos antes de las diez de la noche, del 30 de mayo de 1961, fue ejecutado el dictador Trujillo por un comando de siete personas, organizado por la Agencia

Central de Inteligencia (CIA) de Estados Unidos. Ese día, que luego sería declarado *gesta nacional*, el aborrecido tirano viajaba hacia una de sus fincas en su Chevrolet azul celeste de 1957, solo acompañado por el chofer, cuando cayó en la emboscada preparada por los conspiradores, que lo aguardaban agazapados en tres autos.

Según la versión del conductor, el capitán Zacarías de la Cruz, tras los primeros disparos Trujillo le dijo que estaba sangrando y que detuviera el automóvil, lo que hizo de inmediato, cegado por los faros de los vehículos agresores. En plena carretera y parapetados tras la carrocería del encerado Chevrolet, ambos respondieron el intenso fuego de los atacantes hasta que cayeron heridos. El tirano, que agonizaba en el pavimento con seis tiros en su cuerpo, recibió un disparo de gracia de Antonio de la Maza, cuyo hermano había sido asesinado por órdenes directas suyas, quien al hacerlo exclamó «¡Este hijo de perra ya no matará a nadie más!». ³⁴⁹ Se calcula que el tiroteo duró unos diez minutos, durante los cuales el auto del sátrapa recibió sesenta impactos de bala de diferentes calibres.

Existen numerosas pruebas del papel jugado por Estados Unidos en estos sucesos, desde las propias memorias del presidente Dwight D. Eisenhower, las declaraciones del director de la CIA William Colby ante el congreso de su país en 1975, hasta el propio informe oficial presentado al Senado norteamericano, el 20 de noviembre de ese mismo año, sobre actividades de inteligencia para eliminar líderes extranjeros. En este último documento se reconoce que:

Funcionarios americanos claramente deseaban el derrocamiento de Trujillo y ofrecieron tanto estímulo como armas

³⁴⁹ En Franklin Franco Pichardo: *Historia del pueblo dominicano*, Santo Domingo, Editora Mediabyte, S.A., 2009, pp. 590-591

a los disidentes locales que buscaban su caída y cuyos planes incluían asesinato. Los funcionarios americanos también les entregaron a esos disidentes pistolas y rifles.³⁵⁰

El gobierno de Estados Unidos, que durante tres décadas había apoyado la tiranía trujillista, descubrió de repente, como declaró poco antes de la ejecución el subsecretario de Estado Douglas Dillon, que: «Trujillo es un tirano, un torturador y asesino».³⁵¹ La causa de este giro de ciento ochenta grados no eran los últimos crímenes del viejo dictador, como el brutal asesinato de las hermanas Mirabal o el de los exiliados españoles Galíndez y Almoína, de amplia repercusión internacional, sino porque se había convertido en un obstáculo para alinear a todos los países latinoamericanos en la política norteamericana contra Cuba.

Por eso Washington pasó de intimidar a Trujillo para que hiciera concesiones democráticas a tomar medidas drásticas contra su persona. Como parte de esa nueva postura, Estados Unidos suspendió la venta de armas y consiguió que la propia OEA, el 21 de agosto de 1960, adoptara sanciones colectivas contra la República Dominicana. Las mismas incluían el rompimiento de las relaciones diplomáticas después del atentado trujillista en Caracas contra el presidente venezolano Rómulo Betancourt, el 25 de junio de ese año, uno de los enemigos jurados del gobernante dominicano, como bien describe Eliades Acosta en su libro *La telaraña cubana de Trujillo* (2012).

³⁵⁰ Citado por Víctor Grimaldi: *Sangre en el barrio del Jefe*, Santo Domingo, Editora Corripio, 2007, p. 287.

³⁵¹ En Bernardo Vega: «La Era de Trujillo, 1930-1961», en Frank Moya Pons [Coordinador]: *Historia de la República Dominicana*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Academia Dominicana de la historia/Ediciones Doce Calles, 2010, pp. 498

Ante la negativa del dictador dominicano a dejar el poder, Estados Unidos envió a Santo Domingo a William D. Pawley, el mismo emisario que dos años atrás realizara similares gestiones con Batista, quien fracasó de nuevo en obtener una salida negociada, dejando solo la alternativa del magnicidio. La acción fue ejecutada con éxito por un grupo de militares y políticos de los propios círculos trujillistas, contando con la complicidad de los generales Juan Tomás Díaz y José René Román Hernández (*Pupo*), a la sazón secretario de las Fuerzas Armadas.

El plan preveía formar después una junta cívico-militar, pero la rápida reacción de los órganos represivos, encabezados por el propio hijo del dictador Ramfis Trujillo, quien rápidamente regresó de Francia, impidió el golpe de estado y todos los conjurados, excepto dos, fueron torturados salvajemente y asesinados. Todavía durante siete meses la dictadura logró prolongarse sin «el jefe», pero imponentes protestas y manifestaciones populares, junto a la presión norteamericana, terminaron por hacer huir del país a sus familiares y los representantes más connotados de la vieja dictadura, que se llevaron hasta el cadáver de Trujillo.

Despeñadero del presidente Quadros

Pocos recuerdan hoy el gobierno sietemesino de Janio da Silva Quadros (1917-1992) en Brasil. Había ganado de manera espectacular las elecciones presidenciales brasileñas del 3 de octubre de 1960 con un gran apoyo popular, gracias a su peculiar estilo y carisma. La estrella de Quadros había comenzado a rutilar al obtener el puesto de prefecto de Sao Paulo (1952), un año después la gobernación del estado y en 1958 una banca en el Congreso Federal.

La clave de su arrollador éxito estaba en el descontento de los trabajadores y las capas medias poco politizadas, a las que Quadros prometía la revolución del *tostao* (centavo) contra el millón. A conformar esa imagen renovadora contribuyó su visita a Cuba en marzo de 1960, donde el año anterior había triunfado la revolución dirigida por Fidel Castro y por la que mostró simpatías. Pero el programa de Quadros no era de transformaciones radicales, sino de ambiguos preceptos moralistas, la lucha contra la corrupción —su símbolo era una escoba— y la especulación, males que se proponía erradicar con un plan de austeridad económica y buenos consejos. Lanzado a la contienda electoral por el pequeño Partido Trabalhista Nacional (PTN) y apoyado por otras agrupaciones de centro y derecha, Quadros logró una victoria aplastante con casi el cincuenta por ciento de los sufragios sobre su más cercano rival, el mariscal Texeira Lott, que se quedó con menos del treinta por ciento de los votos.

Desde que ocupó la presidencia el 31 de enero de 1961, la política de Quadros se caracterizó por sus contradicciones, sobre todo entre sus posiciones internacionales progresistas y su negativa política interna. Esta última iba encaminada a saldar con políticas neoliberales la agobiante deuda externa con medidas como la libertad cambiaria y el fin de los subsidios a la importación de combustible, papel y trigo. También se eliminaron los créditos gubernamentales a las empresas privadas y los controles salariales, que provocaron una drástica reducción del poder de compra del *cruceiro*. Si bien estas disposiciones lograron satisfacer ciertas exigencias del sector agroexportador y de los acreedores internacionales, fueron nefastas para los trabajadores y pequeños empresarios, afectados por los controles salariales implantados por Quadros y la elevación desmedida de los precios de los alimentos básicos y el transporte público.

La otra cara de su gobierno era su política internacional, enfilada a fortalecer el papel mundial de Brasil y la apertura de nuevos mercados. El objetivo era formar un bloque de países de nuestra América fuera de la tradicional dependencia de los Estados Unidos, lo que explica su interés en restablecer los vínculos con la Unión Soviética, las misiones comerciales enviadas a los países socialistas y a las recién independizadas naciones de África. Inscrita en esa política soberana, Quadros condenó resueltamente la intervención de Estados Unidos contra Cuba en los días de la invasión de bahía de Cochinos y condecoró en Brasi-lia, el 19 de agosto de 1961, con la orden *Cruzeiro do Sul*, al comandante Ernesto Che Guevara.

Alarmado por lo que consideraba la inclinación izquierdista del gobierno de Quadros, cinco días después, el reaccionario gobernador de Guanabara, Carlos Lacerda, al servicio de la ultraderecha, el alto mando militar y los propios Estados Unidos, acusó al presidente de tramar un autogolpe de estado. Para sorpresa de todos, a la mañana siguiente Quadros renunció, argumentando que cedía «vencido por la reacción» y debido a la presión de «fuerzas terribles» para impedir mi esfuerzos «para conducir esta nación por el camino de su verdadera liberación política y económica». ³⁵² La inexplicable decisión presidencial solo suscitó aisladas huelgas y esporádicas protestas públicas, así como un ataque a la embajada norteamericana, siendo sustituido por su vicepresidente Joao Goulart, que se encontraba de visita oficial en la República Popular China, en medio de intensas presiones del ejército y otras fuerzas políticas anticomunistas para impedirlo. Pero esa es ya otra historia.

³⁵² Tomado de «Jânio Quadros: como foi a renúncia do presidente do Brasil há 60 anos», en <https://www.bbc.com/portuguese/brasil-58307239>

Revolución de Abril

El 24 de abril de 1965 estalló en República Dominicana un levantamiento cívico militar, liderado por un grupo de oficiales jóvenes, que exigía el retorno al poder de Juan Bosch, derrocado hacia año y medio por partidarios del dictador Trujillo, asesinado cuatro años atrás. Durante su mandato setemesino, Bosch nacionalizó las extensas propiedades trujillistas, inició repartos agrarios, hizo una administración honesta y puso en vigor la nueva constitución de 1963.

El restablecimiento de la democracia y el regreso de Bosch, eran objetivos de la oficialidad constitucionalista, aleccionada por el coronel Rafael Fernández Domínguez. En la mañana del 25 de abril de 1965 los militares rebeldes, encabezados por los coroneles Miguel Ángel Hernando Ramírez y Francisco Caamaño Deñó, ocuparon el Palacio Presidencial y depusieron a Donald Reid Cabral. Enterado de estos sucesos, el líder del Partido Revolucionario Dominicano (PRD), José Francisco Peña Gómez, llamó por radio a respaldar el movimiento constitucionalista. Miles de personas enardecidas se volcaron a las calles al grito de *¡Viva la Revolución!*

De inmediato se estableció un gobierno provisional dirigido por Rafael Molina Ureña, presidente de la Cámara de Diputados hasta el golpe de estado de 1963, en espera de Bosch. Pero el exmandatario no pudo retornar al país, pues fue retenido por las autoridades norteamericanas en Puerto Rico. Por su parte, el sector derechista del ejército, atrincherado en la base de San Isidro, a las órdenes del general Elías Wessin y Wessin, verdadero poder detrás del gobierno depuesto, se opuso a los constitucionalistas y pidió ayuda a Estados Unidos. El 26 abril la fuerza aérea

bajo su mando, con apoyo de la marina, bombardeó el Palacio Presidencial, dando inicio a los enfrentamientos. El impetuoso avance hacia la capital de las fuerzas blindadas de Wessin, unido a la postura injerencista norteamericana, sembró el desaliento entre los partidarios de Bosch. El propio presidente Molina Ureña renunció y pidió asilo en la embajada de Colombia, mientras varios de sus allegados se refugiaban en otras misiones diplomáticas.

Sin embargo, en la tarde del 27 de abril, la ofensiva de las tropas de Wessin se estrelló en el puente Duarte ante la resistencia de civiles armados, dirigidos por el coronel Caamaño, ministro del Interior del gobierno constitucionalista, y el capitán de Navío Manuel Ramón Montes Arache. Esta victoria defensiva, que obligó al repliegue de los tanques enemigos, dio nuevo impulso al movimiento revolucionario. A continuación, los seguidores de Caamaño, devenido en verdadero héroe nacional, consolidaron su control de Santo Domingo, incluyendo cuarteles de la policía y el fuerte Ozama. Wessin, arrinconado en San Isidro, organizó a toda carrera una Junta Militar que solicitó la intervención de Estados Unidos (28 de abril). Casi de inmediato comenzó el desembarco de los *marines* norteamericanos, que en dos semanas superaron los veinte mil efectivos, con la finalidad de impedir otra Cuba, como declaró sin tapujos el propio presidente Lyndon B. Johnson. Para intentar legitimar la violación de la soberanía dominicana, Estados Unidos consiguió formar una simbólica fuerza intervencionista de la Organización de Estados Americanos (OEA).

Dispuesto a resistir a los invasores, el coronel Caamaño fue elegido el 4 de mayo presidente constitucional por el congreso nacional dominicano, formado con los restos del disuelto en 1963. Bajo su dirección, durante quince días hubo sangrientos combates con las tropas de Wessin y el propio ejército estadounidense, hasta que

los *marines* lograron dividir la capital en dos sectores. En uno de esos violentos choques cayó combatiendo (19 de mayo) el coronel Fernández Domínguez, destacado militar constitucionalista. Finalmente, la abrumadora superioridad estadounidense impuso una solución negociada en la llamada *Acta de Reconciliación* (31 de agosto), que conllevó el desarme de los patriotas y su salida del país, proceso acelerado por la emboscada tendida a fines de 1965 contra Caamaño y sus hombres en el Hotel Matum, devenido en costoso revés para sus agresores, que despertó airadas protestas populares.

Como resultado de la frustrada Revolución de Abril, Juan Bosch se radicalizó, abandonó el PRD y vertebró un nuevo partido, marxista y antimperialista, mientras el coronel Caamaño, se inclinaba por la lucha armada. Después de abandonar en secreto su cargo diplomático en Londres y viajar a Cuba, el máximo líder del movimiento constitucionalista, junto a ocho fieles seguidores, desembarcó en su patria, el 2 de febrero de 1973, por playa Caracoles, donde libró combates con el ejército hasta ser capturado y asesinado. El ejemplo del coronel Francisco Caamaño Deñó, un militar que tomaba partido por su pueblo, no sería algo insólito en la atribulada historia de nuestra América.

Triunfo socialista en Chile

El 4 de septiembre de 1970, en el cuarto intento (1952, 1958 y 1964), el socialista Salvador Allende ganó, con más de un tercio de los votos, las elecciones presidenciales de Chile con su propuesta de profundas transformaciones económicas-sociales y una política exterior independiente. Tenía el respaldo de la Unidad Popular,

coalición organizada en 1969 por los partidos Comunista, Socialista, Radical y dos agrupaciones desprendidas de la Democracia Cristiana (DC): la Izquierda Cristiana (IC) y el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU).

Para impedir su acceso a la primera magistratura, Estados Unidos hizo todo lo posible tras bambalinas, llegando al extremo, con el apoyo de la ultraderecha, de dar rienda suelta a alternativas más violentas, como el asesinato del general René Schneider, jefe del ejército, negado a plegarse a las maniobras golpistas. Por su parte, la Democracia Cristiana, cuyo programa electoral era parecido al de Allende y corría el peligro de nuevas divisiones si impedía la investidura, validó en el congreso la victoria electoral de Allende, por el que se expresaron más de ciento cincuenta diputados y solo treinta y cinco por su principal oponente Jorge Alessandri.

Instalado en La Moneda desde el 4 de noviembre, Allende comenzó a cumplir su programa para disminuir el desempleo, redistribuir el ingreso y reanimar la actividad industrial. También inició la expropiación de latifundios, compra de bancos, adquisición de empresas monopólicas industriales (textiles, acero, cemento) y minerales (carbón, salitre), aprovechando los precedentes legales creados por la pálida reforma agraria del gobierno anterior y las disposiciones de la *República Socialista* de 1932. El entusiasmo despertado entre la población más humilde, cuando la economía crecía a un ocho por ciento, se tradujo en el éxito de la Unidad Popular en los comicios municipales de abril de 1971, en las que obtuvo la mitad de los votos.

Con la anuencia unánime del congreso, Allende nacionalizó el cobre, reconociendo a los monopolios estadounidenses Anaconda y Kennecott una justa indemnización, que no se efectuó por los impuestos adeudados al fisco chileno. Ello provocó la airada reacción del gobierno de Richard Nixon, que impuso un descarnado boicot a

Chile. A la ofensiva de Estados Unidos contra el gobierno popular, cuyos detalles han revelado documentos norteamericanos desclasificados, se sumó la campaña de la derecha, que utilizó todos los medios de comunicación a su disposición: setenta por cientos de la prensa escrita y más de cien de las ciento quince emisoras de radio.

Esa redoblada hostilidad se expresó en cruzadas contra el «desabastecimiento» y la llamada «degradación de la democracia»; acompañadas de ruidosas manifestaciones de la oposición y las primeras acciones criminales de bandas terroristas al estilo de «Patria y Libertad», aprovechando las dificultades económicas surgidas con la abrupta caída del precio del cobre, principal producto de exportación del país. Fue en medio de los ataques de la derecha y las incomprensiones de un sector de la izquierda radical, que se produjo la visita del comandante Fidel Castro por tres semanas, para dar su apoyo al gobierno popular —las relaciones diplomáticas se habían reanudado en 1970—, convencido, como escribiera el Che Guevara, que Allende «por otros medios trata de hacer lo mismo».³⁵³

Ante el aumento de los planes sediciosos, tras las masivas concentraciones del 4 de septiembre de 1972 en respaldo a la Unidad Popular, se formó un gabinete con representación sindical y militar, del que formó parte el general Carlos Prats, que logró revertir el paro de los transportistas. Entre noviembre de 1972 y marzo de 1973 lo más significativo fue el viaje del presidente Allende a México, la Unión Soviética y Cuba, así como su inolvidable discurso en las Naciones Unidas para denunciar las agresiones externas y reafirmar el derecho de los pueblos a recuperar y explotar sus recursos naturales.

³⁵³ En <https://www.bcn.cl/laborparlamentaria/wsgi/consulta/ver-DiarioDeSesion.py?id=595976>

Las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, en que la Unidad Popular salió fortalecida con el cuarenta y cuatro por ciento de la votación, precipitaron los planes golpistas, camino abonado por las sucias maniobras que sacaron al general Carlos Prats del gobierno —sustituido en la jefatura del ejército por el traidor Augusto Pinochet— y el abortado tancazo del 29 de junio, preludio del trágico desenlace. Finalmente, el 11 de septiembre, ocurrió el golpe militar, en el que Allende, tras resistir el bombardeo de La Moneda junto a un puñado de leales compañeros, se suicidó. El criminal régimen fascista se prolongó hasta 1990, cuando fue derrotado en las urnas, pero su malignidad perdura en la constitución aún vigente, contra la que se levanta hoy el pueblo chileno, en clara reivindicación del legado del presidente mártir.

La reforma agraria peruana

Hoy pocos recuerdan la trascendental reforma agraria de Perú, promulgada el 24 de junio de 1969 por el general Juan Velasco Alvarado, con el lema *Campesino, el patrón no vivirá de tu pobreza*, un verdadero parteaguas en la historia del empobrecido país andino. La llegada al poder de los militares peruanos, el 3 de octubre de 1968, ocurrió en reacción a la terrible situación económica y social —la devaluación de la moneda era de un cuarenta por ciento—, agravada por la manifiesta incapacidad del presidente Fernando Belaunde Terry.

La profunda crisis había conducido al recrudecimiento de las luchas estudiantiles, las huelgas obreras, al aumento de protestas rurales y la eclosión de guerrillas. La sed de tierras y justicia social agitaban al campesinado in-

dígena, que en pleno siglo XX todavía soportaba una barbarie medieval: para los *gamonales* eran como animales de su propiedad, que debían arrodillarse ante ellos, cargarlos para cruzar los ríos y sufrir inhumanos castigos corporales, entre ellos ser marcados como reses.

La primera medida revolucionaria de Velasco Alvarado sorprendió a todo el mundo, acostumbrado a los tradicionales golpes militares en nuestra América al servicio de la oligarquía y Estados Unidos. El 19 de noviembre de 1968 tropas del ejército ocuparon los yacimientos de hidrocarburos de la Brea y Pariñas, junto a las instalaciones de la refinería de Talara, ambas en manos de la empresa norteamericana International Petroleum Company, envuelta en un escándalo de ilegalidades y corrupción.

Aunque el ejército peruano era considerado una institución de casta, algunos oficiales de origen humilde, formados en el Centro de Altos Estudios Militares (CAEM), de concepciones desarrollistas de seguridad nacional, impactados por los problemas sociales palpados en la represión a las guerrillas, habían escalado posiciones silenciosamente en la cadena de mando. Su programa, denominado *Plan Inca*, tenía por eje una ambiciosa reforma agraria que desde 1969 expropió varios millones de hectáreas, casi la mitad del área agrícola del país, en provecho de la cuarta parte de la población rural. Los grandes complejos agroindustriales de los llamados barones del azúcar y el algodón de la costa fueron entregados a cooperativas de trabajadores, mientras que los latifundios y haciendas ganaderas de los Andes se repartían a las comunidades campesinas tradicionales o a las llamadas sociedades agrícolas de interés social.

También fueron promulgadas avanzadas leyes sociales que regularon la actividad laboral, los salarios, las jubilaciones, que beneficiaron en especial al campesinado indígena, como con la prohibición de los servicios per-

sonales (*pongueaje*) y el voto a los analfabetos, condición de la mayoría de la numerosa población quechua. No en balde, el general Velasco Alvarado cerró su discurso del 3 de octubre de 1970 con estas comprometidas palabras:

Ante la imagen heroica y gloriosa de Túpac Amaru prometemos ser dignos de la renacida esperanza del Perú y del sentido histórico de esta Revolución. De esta Revolución que tiene la responsabilidad de lograr la justicia social y de conquistar nuestra segunda independencia. ¡Viva la Revolución!³⁵⁴

El Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada, como se autodenominó, también nacionalizó la mayor parte de la banca, los recursos naturales estratégicos y los servicios públicos básicos, entre ellos electricidad, ferrocarriles, telecomunicaciones, televisión, radio, teléfonos y prensa escrita. A ello debe añadirse la firme defensa de la soberanía nacional sobre las doscientas millas de mar territorial y la creación de una serie de organismos e instituciones estatales de nuevo tipo, como Petroperú. Por último, la política exterior peruana se proyectó soberana e independiente, hizo causa común con la del Tercer Mundo y restableció relaciones con Cuba (1972).

Pero los militares nacionalistas peruanos no pudieron sostener esta política durante mucho tiempo, sobre todo después de la grave enfermedad que aquejó al presidente Velasco Alvarado, quien falleció el 24 de diciembre de 1977. Dos años antes había sido sustituido por el general Francisco Morales Bermúdez, principal responsable del retroceso de la singular revolución peruana al firmar acuer-

³⁵⁴ Juan Velasco Alvarado: *La Revolución Peruana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979, p. 25.

dos neoliberales con el Fondo Monetario Internacional (FMI), permitir la reaparición de la prensa tradicional y pasar a retiro a los oficiales de izquierda. Este giro no solo era un repliegue frente a la hostilidad oligárquico-imperialista, sino también fruto de la propia hechura socio-clasista del movimiento militar que limitaba la participación popular.

Cada vez más aisladas, las fuerzas armadas de Perú fueron creando condiciones para dejar el gobierno, cediendo paulatinamente en sus programas originales de transformaciones socioeconómicas. En 1980 se cerró el ciclo revolucionario con la devolución del poder a Belaunde Terry, el mismo presidente derrocado por los militares doce años atrás. Pero la reforma agraria peruana, una de las más radicales de la historia de nuestra América, ya no pudo ser revertida.

Papa Doc y su régimen criminal

La dictadura de François Duvalier hunde sus raíces en la prolongada ocupación norteamericana de Haití, que duró casi veinte años (1915-1934), de trágicas consecuencias para la primera nación independiente en nuestra América. Detrás de las endémicas luchas por el poder y la persistente crisis económica de este país caribeño, se encontraban las contradicciones entre los ricos propietarios negros y los acaudalados comerciantes y agroexportadores mestizos. La fortaleza de los primeros estaba en el ejército y en su mayor capacidad para manipular a la población más humilde, para oponerla a la pretendida superioridad de la élite mulata.

Para su ascenso político, François Duvalier (1907-1971) contó con el respaldo de distintos sectores, incluida la oficialidad del ejército, así como de Estados Unidos, pues

había colaborado con su misión sanitaria en Haití y realizado estudios en la Universidad de Michigan. *Papa Doc*, como era conocido, había sido un prestigioso médico negro, exministro a fines de los años cuarenta del gobierno democrático de Dumarais Estimé, del que se consideraba heredero. Gozaba de cierto arrastre popular por su defensa de las creencias tradicionales —basadas en sus investigaciones etnográficas sobre el vudú— y valores del campesinado, así como por su labor contra las enfermedades tropicales.

Al producirse el golpe de estado del coronel Paul Magloire en 1950, Duvalier se enfrentó al nuevo régimen militar y tuvo que pasar a la clandestinidad. Convertido en uno de los principales opositores, se benefició por la amnistía y la caída de la dictadura en 1956. Aupado por el sector negro de la oligarquía, las capas medias y el propio ejército, encabezado por el general Antoine Kébreau, para impedir el regreso al poder de la élite mulata, ocupó la presidencia el 22 de septiembre de 1957. En sus discursos electorales apeló a los valores de la negritud y el vudú, prometiendo «luchar contra el desempleo, la miseria y el hambre por medio de un aumento nacional de la producción y de las libertades civiles».³⁵⁵

El establecimiento por *Papa Doc* de una cruel dictadura fue muy rápido, tras la brutal represión de las revueltas de 1958 y 1959, que pretendían impedir su primera reelección (1961). Para conseguirlo, resultó decisivo el papel de los *Tontons Macoutes*, fuerzas paramilitares denominadas oficialmente Voluntarios de la Seguridad Nacional (VSN), al servicio personal de Duvalier, responsable de crímenes abominables y todo tipo de extorsiones. Los políticos, pe-

³⁵⁵ En Emir Sader, Ivana Jinkings, Rodrigo Nobile y Carlos Eduardo Martins [Coordinadores]: *Latinoamericana. Enciclopedia Contemporânea da América Latina e do Caribe*, Río de Janeiro, Boitempo Editorial/Universidade do Estado do Río de Janeiro/ALPAC, 2006, pp. 614-615.

riódicos y partidos de oposición fueron perseguidos, incluyendo el clero católico, que una parte debió exiliarse encabezado por el arzobispo capitalino y los dos únicos obispos del país. En 1960 las protestas estudiantiles fueron acalladas con violencia extrema, mientras la principal central obrera, la Unión Intersindical, quedó disuelta tras la huelga general de fines de 1963. La barbarie duvalierista también alcanzó a los sectores medios y la intelectualidad, por lo que a principios de los sesenta el ochenta por ciento de los profesionales habían huido al extranjero.

El temor de Estados Unidos a la repetición de otra Cuba también favoreció a Duvalier. En los primeros seis años de su satrapía, Haití recibió del gobierno estadounidense cien millones de dólares y una generosa ayuda militar, salvo en unos pocos meses de 1963 cuando fue castigado por Kennedy por sus violaciones de los derechos humanos. Al año siguiente, Washington no objeto que *Papa Doc* se convirtiera en presidente vitalicio, mientras la propia Agencia Central de Inteligencia (CIA) le informaba de las acciones opositoras de Joven Haití, cuyos integrantes fueron masacrados al desembarcar en agosto de ese año, el mismo resultado de otras incursiones armadas organizadas por las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FARH), el Partido Unificado de los Comunistas Haitianos y la Coalición Haitiana de Fuerzas Democráticas.

A principios de 1971, François Duvalier sufrió un inesperado infarto y el 21 de abril de ese año falleció. Durante los últimos días de su existencia, el dictador había distribuido propaganda donde aparecía retratado al lado de su hijo de apenas veinte años, Jean Claude Duvalier (*Baby Doc*), con esta frase: «Es el joven líder que les prometí».³⁵⁶ Al morir, *Papa Doc* dejaba a Haití convertido en el país más

³⁵⁶ Ibid., p. 615.

pobre del continente americano, con las peores cifras del hemisferio en analfabetismo y desnutrición.

Dictaduras militares y *Operación Cóndor*

La década del setenta del siglo pasado se inició en Nuestra América con el establecimiento de un rosario de dictaduras militares sanguinarias, promovidas por Estados Unidos. Una de las primeras de esa oleada represiva continental fue la del general Pinochet en Chile, encaramado en el poder con el violento derrocamiento del gobierno popular de Salvador Allende en septiembre de 1973.

El régimen fascista de Brasil, instalado hacia una década tras la expulsión de la presidencia de Joao Goulart, fue el modelo que inspiró el de Chile y también el del general Hugo Banzer (1971), que puso fin al gobierno nacionalista de Juan José Torres en Bolivia. Lo mismo vale para el cuartelazo de junio de 1973 en Uruguay, desatado cuando el mandatario Juan María Bordaberry, en contubernio con los militares fascistas, dio un autogolpe, disolvió el congreso y suspendió toda actividad política. en un país sacudido por la posibilidad de un triunfo electoral del Frente Amplio y las acciones revolucionarias de los Tupamaros.

El derrocamiento en 1976 del desprestigiado gobierno peronista de María Estela Martínez, por los militares derechistas argentinos, aceleró el retroceso democrático que se vivía en este país sudamericano desde la muerte de su esposo el general Perón (1974). El golpe en la Argentina marcó el principio de una de las más tenebrosas dictaduras de América Latina. El régimen militar de Buenos Aires, encabezado hasta 1981 por el siniestro general Jorge Rafael Videla, se propuso ajustar cuentas al movimiento obrero y popular, así como al ala izquierda del peronismo, con la excusa de extirpar la subversión.

Esto completó el dramático proceso de fascistización que tenía su centro neurálgico en el Cono Sur del continente. Con ello se creaban las condiciones indispensables a los monopolios transnacionales para un reordenamiento despiadado de las economías latinoamericanas en función de los requerimientos del sistema capitalista mundial. Como ya había ocurrido en Brasil, el camino recorrido por las dictaduras fascistas para la reorganización estructural de la economía pasaba por imponer un vertiginoso descenso del nivel de vida de los trabajadores y una mayor entrega al capital foráneo.

En forma paralela, se vertebró una vasta organización criminal continental, articulada por los órganos represivos de los regímenes fascistas y derechistas de la América del Sur con la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de Estados Unidos: la *Operación Cóndor*. Según documentos desclasificados de la propia CIA, el plan se gestó desde 1975 en su sede en Langley y condujo a la eliminación física de cerca de cuatrocientos destacados políticos junto con personas menos conocidas. Entre las víctimas mortales de esta terrorífica conspiración internacional estuvieron Orlando Letelier, ex-canciller chileno de la Unidad Popular, el expresidente boliviano Juan José Torres, el político uruguayo Zelmar Michelini y el general chileno Carlos Prats, fiel aliado del derrocado gobierno de Allende. A esta lista habría que agregar el asesinato del arzobispo de San Salvador Oscar Arnulfo Romero en 1980, por orden de un individuo estrechamente vinculado a la *Operación Cóndor*, el mayor Roberto D'Aubisson.

En medio de este operativo criminal sin precedentes se produjo también la voladura, en 1976, de un avión civil cubano, con decenas de personas a bordo, por un grupo contrarrevolucionario de Miami, vinculado a esta macabra red de terrorismo de estado de carácter internacional. Según los Archivos del Terror, descubiertos en 1992 por Martín Almada en Paraguay, el *Plan Cóndor* dejó un saldo de

cincuenta mil muertos, treinta mil desaparecidos y cuatrocientos mil encarcelados.

Al mismo tiempo se había estado produciendo la «modernización» represiva de antiguas tiranías, como la de Alfredo Stroessner en Paraguay, los Duvalier en Haití, los Somoza en Nicaragua y la de los altos oficiales genocidas guatemaltecos —Arana Osorio, Laujerud, Lucas Romero y Ríos Montt— que emulaban en salvajismo con sus homólogos salvadoreños. Con la abierta complicidad de Estados Unidos, estos regímenes desataron una desembozada represión antipopular, fundamentada en el absoluto respaldo de sus fuerzas armadas y grupos paramilitares anticomunistas. De esta forma, el panorama continental se ensombreció con la multiplicación de dictaduras fascistas y gobiernos reaccionarios, prueba de que el *diktat* norteamericano se había vuelto a imponer plenamente. El triunfo momentáneo de la contrarrevolución fue un hecho consumado en casi todo el hemisferio, aunque no duraría mucho tiempo.

El incómodo general Torres

Uno de las víctimas más connotadas de la tenebrosa *Operación Cóndor*, fue el expresidente de Bolivia general Juan José Torres (1920-1976), cuyo gobierno resultara un obstáculo para la dominación de Estados Unidos. A principios de los años setenta, bajo el tremendo impacto de la malograda guerrilla del Che Guevara, se fue vertebrando en la república andino-amazónica un grupo militar partidario de transformar la atrasada estructura socioeconómica y la dependencia del país. Encabezado por el jefe del estado mayor general J.J. Torres, esos altos oficiales estaban influidos por las acciones revolucionarias de los militares peruanos vecinos, llegados al poder en 1968 con el general Juan Velasco Alvarado.

Torres era un militar de carrera, que en 1946 había estudiado artillería en la Argentina, presidida entonces por el coronel Perón. Opuesto cinco años después al golpe del alto mando para impedir la victoria electoral del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), el joven oficial fue dado de baja del ejército y volvió a la Argentina peronista exiliado, hasta que pudo regresar a Bolivia, al triunfar la revolución de 1952, y reincorporarse a la vida militar.

Tras el ascenso al poder del general Alfredo Ovando, en septiembre de 1969, Torres y otros oficiales impusieron al nuevo presidente boliviano el titulado *Mandato Revolucionario de las Fuerzas Armadas de la Nación*, que mezclaba postulados nacionalistas con viejos clichés anticomunistas. Sometido a esa presión, Ovando tuvo que derogar el entreguista Código Davenport y nacionalizar, el 16 de octubre de 1969, la empresa norteamericana Gulf Oil Corporation. El propio general Torres se encargó de ocupar manu militari las instalaciones de la empresa estadounidense y de organizar una concentración popular en la Plaza Murillo para respaldar la medida.

La oposición de Estados Unidos no se hizo esperar, en forma de presiones diplomáticas y sanciones económicas. A partir de marzo de 1970, luego de la visita a La Paz de Charles A. Meyer, secretario auxiliar del Departamento de Estado norteamericano, Torres fue apartado de la jefatura del ejército en medio de una ofensiva de la derecha contra las fuerzas progresistas. El colofón fue un golpe fascista, el 4 de octubre de ese mismo año, paralizado tres días después por la enérgica reacción del general Torres desde la base aérea de El Alto, apoyado por los sindicatos obreros, que se declararon en huelga y ocuparon las principales instituciones del país.

Nombrado presidente de Bolivia, Torres no se atrevió a aprobar el programa revolucionario de una veintena de puntos que le presentaron los trabajadores, aunque firmó una serie de medidas progresistas en los nueve meses de

su mandato. Entre ellas estuvo la reversión al estado de las concesiones de tres empresas mineras norteamericanas y la liberación del periodista francés Régis Debray y cinco guerrilleros presos desde 1967. Además, expulsó a los llamados «Cuerpos de Paz», que encubría a agentes de espionaje estadounidenses, incorporó a Bolivia al Movimiento de los No Alineados y estableció contactos con los gobiernos de Salvador Allende y Fidel Castro. A la vez que permitía sesionar desde el 22 de junio de 1971, en el antiguo parlamento de La Paz, un congreso obrero antimperialista devenido verdadero «poder dual», al decir del sociólogo René Zavaleta.

La conspiración que dio al traste con el breve gobierno de J.J. Torres, el 21 de agosto de ese año, fue preparada por el propio embajador de Estados Unidos Ernest Siracusa, con el respaldo de los círculos oligárquicos de Santa Cruz encabezados por el coronel Hugo Banzer, quien estableció un gobierno fascista, para impedir que el mandatario consiguiera su declarado objetivo de forjar la alianza de las fuerzas armadas con el pueblo boliviano, para construir la nacionalidad sobre cuatro pilares: trabajadores, universitarios, campesinos y militares.³⁵⁷

Expulsado del país, debió buscar refugio en el Perú de Velasco Alvarado, en el Chile de Allende y finalmente en la Argentina, tras el regreso de Perón (1973). Tres años después, al salir de su casa en Buenos Aires, fue secuestrado (1 de junio) y al día siguiente su cadáver apareció baleado debajo de un puente. El alevoso crimen fue una acción de la *Operación Cóndor*, organizada por los gobiernos fascistas de Bolivia y Chile, y con la descarnada complicidad de los militares derechistas argentinos y la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de Estados Unidos.

³⁵⁷ Véase José Luis Alcázar y José Baldivia. *Bolivia: otra lección para América*. México, Ediciones Era, 1975.

Derrocamiento de Baby Doc

Como ya mencionamos, al morir el dictador haitiano François Duvalier en 1971, le sucedió su hijo Jean Claude (1951-2014), conocido como *Baby Doc*, en alusión al apodo de su padre: *Papa Doc*. Para ello fue necesario modificar la constitución y realizar un amañado plebiscito, pues era menor de edad, proceso apoyado por Estados Unidos al impedir el retorno de los exiliados opositores.

El rechazó a la sucesión se expresó de muchas maneras, entre ellas con el secuestro del embajador norteamericano Clinto Knox, cuyo papel había sido decisivo en el relevo dictatorial y el expedito reconocimiento estadounidense. El compromiso de Washington con la nueva tiranía también se manifestó mediante una cuantiosa ayuda militar y la modernización de su ejército, incluyendo al cuerpo de esbirros de los *Tontons Macoutes*, ahora reciclados como *Leopardos*.

En lo fundamental, el gobierno del segundo Duvalier no difería de la criminal satrapía de su progenitor, aunque en sus inicios trató de hacer cambios cosméticos, bajando el tono al autoritarismo y la corrupción. La engañosa liberalización vino acompañada de ciertas reformas presupuestarias y judiciales, del rejuvenecimiento del gabinete, la liberación de presos políticos, el alivio de la censura de prensa y la promesa de democratizar las instituciones. Como colofón, anunció pomposamente: «mi padre hizo la revolución política, yo haré la revolución económica».³⁵⁸

La anunciada transformación no era otra cosa que una mayor entrega de los recursos nacionales al capital extranjero

³⁵⁸ Citado por Gerard Pierre-Charles: «La crisis ininterrumpida (1930-1975)», en Pablo González Casanova, Pablo [compilador]: *América Latina: historia de medio siglo*, México, Siglo XXI, 1977, tomo 2, p. 219.

a cambio de préstamos, donaciones y créditos. Lo más singular fue el fomento de la manufactura ligera, con la apertura de unas trescientas pequeñas fábricas o maquiladoras de textiles, juguetes y piezas electrónicas, destinadas al mercado norteamericano. En su momento de mayor expansión, a principios de los setenta, representó el cuarenta por ciento de las exportaciones haitianas y el capital foráneo invertido fue de ciento veinte y cinco millones de dólares (1975), cuarenta y cinco millones más de los existentes en 1968.

La descomunal corrupción y la impericia gubernamentales frustraron cualquier mejoría. En 1977 la crisis económica recrudeció, solo paliada por el incremento de las remesas de los de miles de haitianos que habían huido a Estados Unidos en endeble embarcaciones, para escapar del terror duvalierista y la pavorosa miseria del país. A comienzos de los ochenta, ante la fuerte presión internacional y el crecimiento de los atentados y sublevaciones, *Baby Doc* ensayó nuevos cambios de imagen con otra constitución, el reconocimiento de partidos de oposición y la convocatoria a elecciones legislativas. En los comicios de 1984, sus partidarios del Comité de Acción Jeanclaudista (CONAJEC) arrasaron, pues la mayoría de los contrincantes estaban encarcelados, perseguidos o asesinados.

A potenciar el descontento contribuyó el enorme desprestigio de Duvalier II, que era amante de los placeres mundanos y descarnado depredador de la hacienda pública, con la ayuda de su joven esposa, Michele Bennet, de la élite mulata, con la que se había casado en una boda fastuosa en 1980. Su creciente importancia atemorizó a la burguesía negra, preocupada con la posible recuperación del poder del ala rival mestiza. Para colmo, *Baby Doc* no tuvo escrúpulo en aprobar la presidencia vitalicia en un referéndum con casi el cien por ciento de la votación.

Ese mismo año estallaron violentas protestas y motines, que dejaron decenas de personas muertas por la represión, repetidas en 1985 al grito de ¡Preferimos *morir de pie que vivir de rodillas!* El punto culminante de las manifestaciones opositoras se alcanzó un año después, al incorporarse los campesinos y sumarse la iglesia católica, cuya influencia había crecido gracias a sus extendidas comunidades de base. El 7 de febrero de 1986, *Baby Doc* no pudo resistir más y huyó con toda su familia a Francia, en un avión militar proporcionado por Estados Unidos, tras conocer la retirada del apoyo de Washington y del golpe militar que se orquestaba en su contra.

Tras su estampida a la costa azul francesa, el dictador se dedicó a dilapidar, en gastos suntuarios, juergas y caprichos, las riquezas obtenidas a costa de la miseria del pueblo haitiano. Retenido por las autoridades de Francia, a solicitud del gobierno de Haití, acusado del robo de ciento veinte millones de dólares de los fondos estatales, se abrió un largo proceso judicial que logró la devolución de poco más de cinco millones de sus cuentas en Suiza. Arruinado, el 16 de enero de 2011 *Baby Doc* se apareció por sorpresa en Haití, después del devastador terremoto ocurrido en Port-au-Prince, con la trasnochada idea de recuperar el poder. Enfrentado a varias causas judiciales por crímenes y latrocinio, pasó los últimos años de su vida encerrado en una lujosa mansión, hasta que murió de un infarto el 4 de octubre de 2014.

Desplome de Stroessner

Otra dictadura defenestrada entonces fue la del general Alfredo Stroessner en Paraguay, una de las más largas y criminales de la historia contemporánea de nuestra América. Este

militar, nieto de un inmigrante alemán, llegó al poder mediante un golpe de estado el 4 mayo de 1954 y se mantuvo durante casi treinta y cinco años con el apoyo del Partido Colorado, el ejército y el gobierno de los Estados Unidos.

La instalación del régimen stronista en Paraguay estaba en consonancia con la agresiva e intolerante política *maccarthista* norteamericana de la Guerra Fría y se dedicó a sustituir la histórica dependencia paraguaya de Inglaterra y Argentina por la de Estados Unidos y Brasil. Desde sus primeros momentos, el gobierno de Stroessner se caracterizó por el hostigamiento y la intolerancia con sus opositores, facilitada por el estado de sitio, que mantendría imperturbable durante más de tres décadas. Bajo su amparo, la dictadura suspendió las libertades constitucionales, detuvo a cualquier persona sin juicio, prohibió las reuniones públicas, así como pudo reelegirse ininterrumpidamente gracias a la nueva constitución de 1967.

Pero este proceso no fue tranquilo, pues debió enfrentar airadas manifestaciones populares en su contra, la resistencia de los partidos tradicionales —entre ellos el liberal, el febrerista e incluso un sector de los propios colorados— y la lucha armada de organizaciones político militares surgidas en 1959 como el Movimiento Revolucionario Paraguayo 14 de Mayo (MRP 14 de Mayo) y del Frente Unido de Liberación Nacional (FULNA), este último orientado por el Partido Comunista.

La violenta operación contrainsurgente, apoyada por asesores y recursos militares estadounidenses, permitió implantar un clima de terror que terminó por acallar toda forma de resistencia. La abundante ayuda para combatir la insurgencia, junto con los créditos y préstamos de la Alianza para el Progreso, posibilitó la consolidación stronista. Los repartos agrarios, realizados con gran despliegue de propaganda, sirvieron para descongestionar de campesinos

pobres las áreas más pobladas y erosionar la base social de las guerrillas, mientras que terratenientes brasileños se iban apoderando de extensas zonas agrícolas en la frontera.

Pese a todo, los movimientos campesinos no pudieron ser acallados y desde fines de los sesenta ocurrieron salvajes represiones contra las ligas agrarias cristianas, lo que enturbió la relación entre la iglesia y la dictadura. La situación motivó la suspensión de algunas tradicionales actividades eclesíásticas, que dieron lugar a nuevas protestas religiosas, con la toma de templos, huelgas de hambre y silenciosas procesiones, a la vez que la iglesia llamaba a abolir el estado de sitio permanente, exigiendo una amplia amnistía y reformas democráticas. Muchos sacerdotes fueron perseguidos por la dictadura, torturados o expulsados del país, mientras la propia institución religiosa excomulgaba por sus atrocidades a altos funcionarios stronistas, policías y otros represores. La tenebrosa ofensiva contra-insurgente de mediados de los setenta en Paraguay, que era uno de los ejes de la Operación Cóndor en el continente, condujo también a la eliminación física de cientos de personas, entre ellos el adolescente Joel Filártiga y el dirigente comunista Antonio Maidana, cuyo cuerpo nunca apareció.

Desde esa época arreció la condena internacional al gobierno de Paraguay por sus graves violaciones de los derechos humanos, acompañados de denuncias sobre torturas, asesinatos y desapariciones. Cuando era mayor el desprestigio y aislamiento del régimen paraguayo, el 2 de febrero de 1989 se produjo un cruento levantamiento militar que derrocó la longeva tiranía, encabezado por la segunda figura del país y consuegro del propio Stroessner, el general Andrés Rodríguez, auxiliado por el coronel Lino César Oviedo, quien tenía mando directo de tropas y se encargó de arrestar personalmente al sátrapa. Tras algunos combates, que dejaron decenas de muertos y heridos en

la propia capital, el dictador defenestrado tuvo que rendirse y enseguida exiliarse en Brasil, lo que permitió abrir una apertura democrático gatopardista, como la definió el prestigioso líder opositor Domingo Laino en su libro *La lucha continúa* (2020).

¿Una historia sin fin?

La situación de Colombia se complicó mucho durante el gobierno de Iván Duque entre 2018 y 2022, que suspendió las negociaciones con el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y comenzó a incumplir los acuerdos de paz con la Fuerzas Armadas Revolucionarias-Ejército del Pueblo (FARC-EP), conseguidos en La Habana por su predecesor Juan Manuel Santos.

Nos referimos al Acuerdo General para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera en Colombia, firmados en septiembre de 2016 por el propio presidente Santos y el comandante Rodrigo Londoño (Timochenko), quien desde hacía un lustro ocupaba la jefatura de las FARC-EP tras la muerte en un bombardeo de Alfonso Cano. Este tratado permitió la desmovilización de la FARC-EP y la entrega de todo su armamento a la Organización de Naciones Unidas (ONU), convirtiéndose en un partido político denominado Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común (FARC), para conservar sus siglas.

Las FARC surgieron del semillero del bogotazo, la espontánea sublevación popular del 9 de abril de 1948 desatada por el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán. Este carismático líder liberal era un obstáculo a la creciente rechazación del país y la violación de los derechos de la población. Desde entonces se abrió el periodo de la histo-

ria colombiana conocido como *la violencia*, qué mediante la intimidación, secuestros y asesinatos masivos, se propuso aplastar al liberalismo radical y las organizaciones democráticas. mientras el gobierno se subordinaba totalmente a Estados Unidos. Los perseguidos por la reacción, liberales, socialistas, comunistas y otros sectores, respondieron con huelgas, paros y la organización de guerrillas, así como las llamadas zonas de auto— defensas campesinas.

Una de las más conocidas surgió a fines de los cincuenta en las montañas de Tolima, donde miles de familias encontraron refugio protegidos por grupos armados liberales y comunistas. En las zonas de autodefensa orientadas por estos últimos, se adoptaron fórmulas administrativas propias de un Estado en guerra y reglamentaciones socialistas, como ocurrió en Marquetalia y El Pato. Más tarde, bajo el impacto de la Revolución Cubana, guerrillas de autodefensa campesina se trasformaron en movimientos armados de liberación nacional. Ese fue el caso de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), fundadas en 1964 y ligadas inicialmente al Partido Comunista.

Por otro lado, en enero de 1965, nutrida por jóvenes estudiantes e intelectuales, surgió el Ejército de Liberación Nacional (ELN), encabezado por Fabio Vázquez Castaño —sustituido en 1973 por Nicolás Rodríguez (Gabino)—, que se estableció entonces en el valle medio del Magdalena. Al ELN se incorporó el sacerdote Camilo Torres, caído en combate ese mismo año. En 1967, surgió el Ejército Popular de Liberación (EPL), de inspiración maoísta y hoy todavía activo, y tres años después el Movimiento 19 de Abril (M-19), con miembros de las FARC y del partido Alianza Nacional Popular (ANAPO), que pactó su desmovilización (1990) y de donde procede el actual presidente colombiano Gustavo Petro.

Desde los años ochenta, las FARC varió su estrategia, añadió Ejército del Pueblo a su nombre y devino en la más poderosa de todas las organizaciones político-militares, con más de sesenta frentes diferentes y más de quince mil guerrilleros, el triple de todas las demás, La hostilidad desembozada del gobierno de Iván Duque contra las FARC, que llegó al extremo de eliminar a cientos de sus antiguos combatientes —como ocurrió en los noventa con los desmovilizados del M-19-, pusieron en solfa los acuerdos de La Habana junto con el arribo de tropas élites del ejército de los Estados Unidos con el argumento de la lucha contra el narcotráfico.

Eso explica la reaparición de las guerrillas llamadas FARC-EP Segunda Marquetalia, encabezadas por Iván Márquez, quien dejó su curul en el congreso colombiano y se sublevó otra vez con muchos de sus excompañeros de guerrilla, reivindicando el programa del fundador de las FARC Manuel Marulanda Vélez (Tiro Fijo), fallecido en 2008. Al retomar el camino de la paz y las negociaciones con las guerrillas, junto con un plan renovador de transformaciones democráticas y de política exterior, el nuevo gobierno de Petro abre la posibilidad de poner punto final a la endémica violencia en este agobiado país de nuestra América.

12 de octubre

La celebración del llamado descubrimiento de América por Cristóbal Colón, el 12 de octubre de 1492, comenzó a realizarse oficialmente en las primeras décadas del siglo XX, aunque desde antes ya se festejaba en España y algunos países hispanoamericanos. La postura de muchos gobiernos del hemisferio hacia su antigua metrópoli fue cambiando desde fines del XIX, cuando no

existía amenaza de reconquista y se habían establecido relaciones diplomáticas con Madrid.

En vísperas del IV centenario del primer viaje de Colón, la reina María Cristina firmó, el 23 de septiembre de 1892, un decreto proclamando festivo nacional ese 12 de octubre. Varios países latinoamericanos se sumaron a la conmemoración, siendo uno de los primeros el gobierno conservador de Miguel Antonio Caro en Colombia. Además de organizar festejos por la fecha, obsequió a España el Tesoro de Quimbaya, integrado por más de ciento veinte piezas de oro. Para un contemporáneo, el poeta José Joaquín Palma, representante en Guatemala de la República de Cuba en Armas, esta actitud hispanófila de muchos gobernantes obedecía a que la monarquía borbónica les entregaba «la placa del mérito militar o la gran cruz de Isabel la Católica, con cuales bagatelas se los atraen, los deslumbran y los convierten en instrumentos de viles injusticias».³⁵⁹

En 1912, la recién creada Unión Iberoamericana, surgida del congreso Hispano—Americano (1900)—inaugurado en Madrid por el polígrafo mexicano Justo Sierra— para contraponerla al panamericanismo promovido por Estados Unidos, propuso que el 12 de octubre se denominara *Día de la Raza*, convertida seis años después en fiesta nacional de España por decreto real de Alfonso XIII. El panhispanismo se sustentaba en la supuesta existencia de una «raza hispana» y encubría las intenciones tutelares de la maltrecha potencia colonial sobre Hispanoamérica. El falangismo hizo suyas las banderas del hispanismo, impulsado desde 1931 por pensadores conservadores españoles como Ramiro de Maeztu, lo que fue oficializado por el régimen de Franco en 1958. Estas concepciones reaccionarias, defensoras de un «orden

³⁵⁹ Tomado de *Correspondencia Diplomática de la Delegación Cubana en New York, durante la Guerra de Independencia de 1895-1898*, La Habana, Archivo Nacional, 1943, t. V, p. 7

cristiano», comulgaba muy bien con el nacionalismo elitista latinoamericano de corte hispanizante, nutrido con exponentes de la oligarquía agro-exportadora y de intelectuales de derecha, que exaltaba el pasado colonial y los valores más tradicionales. Con el nombre de «Día de la Raza», la festividad fue adoptada como celebración nacional por varios países, entre ellos Argentina (1918), Venezuela (1921), Chile (1922) y México (1928), aunque en este caso y por iniciativa de José Vasconcelos, se aludía a lo que el filósofo mexicano denominaba *raza iberoamericana*, con un significado de mestizaje y sincretismo cultural.

Las conmociones políticas y sociales que estremecieron al continente desde el triunfo de la Revolución Cubana, junto al ascenso de nuevos actores y movimientos sociales, como los indígenas, llevaron a cuestionar la denominación acuñada para el 12 de octubre, avivada por el debate suscitado por el significado de las conmemoraciones del V centenario. La reivindicación de las culturas originarios, sometidas a sangre y fuego por los conquistadores europeos a partir de 1492, puso en crisis la añeja terminología, incluyendo el famoso «descubrimiento» y la exaltación de la «raza hispana», sustituidos en forma oficial en varios países por otros términos para denominar la fecha —Día de la Resistencia Indígena, Negra y Popular, del Respeto a la Diversidad Cultural, del Encuentro de Dos Mundos o de la Interculturalidad y la Plurinacionalidad—, más en consonancia con la verdadera significación de aquel acontecimiento para la historia de los pueblos de nuestra América. Adelantándose a su tiempo, el sabio cubano Fernando Ortiz ya había desmontado las falsas tesis del hispanismo:

No hay tal comunidad de pasado, ni de raza, ni de idioma como tampoco de geografía. Grandes confluencias culturales y confraternidad lingüística sí las

hay, entre las clases rectoras de España y de las repúblicas que salieron de su imperio indiano, y también profundas simpatías entre sus gentes, pero no una comunidad racial de sus pueblos entre sí, ni en cada uno de ellos. Porque no existe una raza en España, que es abigarrada de naciones, lenguajes y amestizamientos múltiples: ni tampoco en América Latina, que es formada de muy diversos idiomas, culturas y cruzamientos, indígenas y alienígenas, en paso lento de comunión.³⁶⁰

Política pendular en nuestra América

Los recientes triunfos electorales de fuerzas progresistas y de izquierda en nuestra América, indican el retroceso de muchos gobiernos de derecha en el hemisferio, emponzoñados por el trumpismo. Ello podría confirmar el movimiento pendular de la historia continental, que desde las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial ha oscilado entre etapas de avances revolucionarios y democráticos con los de dictadura y represión.³⁶¹

Desde mediados de los cuarenta del siglo pasado, la bancarrota del fascismo estimuló la rebeldía popular al Sur del río Bravo y provocó la caída de tiranías y regímenes autoritarios. Esta oleada progresista sacó del poder dictaduras en El Salvador Brasil, Guatemala —donde desenca-

³⁶⁰ Fernando Ortiz: «La Sinrazón de los Racismos» en *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, Sociedad Económica de Amigos del País, 1955, vol. LXX, p. 180.

³⁶¹ Véase Sergio Guerra Vilaboy: «Revolución y contrarrevolución en América Latina después de la Segunda Guerra Mundial», en *Historia y Revolución en América Latina*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1989, pp. 135-186.

denó una verdadera revolución— y obligó a otras a atemperarse para sobrevivir, como las de Somoza y Trujillo. Esa coyuntura también condujo al poder a movimientos políticos de largo aliento, entre ellos el peronismo en Argentina.

Muchas de las conquistas conseguidas fueron revertidas por una brutal ofensiva macartista, originada en Estados Unidos, que inició con el bogotazo (1948) la persecución a la izquierda y continuó con el establecimiento de dictaduras en Perú, Venezuela, Ecuador, Haití, Paraguay, Bolivia, Colombia, Nicaragua y Cuba, sumadas a las existentes en Nicaragua y República Dominicana. En algunos lugares, como en Chile, Costa Rica o México, un resultado parecido se consiguió con gobiernos civiles. Por añadidura, a mediados de los cincuenta fueron derrocados, bajo el acoso norteamericano, los gobiernos populares y/o nacionalistas de Guatemala, Brasil y Argentina, aunque la excepción fue la Revolución Boliviana en 1952, que triunfó a contracorriente y terminó neutralizada desde adentro.

Siete años después, la victoria de la Revolución Cubana abrió un periodo de transformaciones progresistas, precedido por el derrocamiento de regímenes militares en Haití, Perú, Colombia y Venezuela. El ejemplo de Cuba estimuló la lucha antidictatorial en Nicaragua y Paraguay, acelerando el fin de la tiranía dominicana (1961), mientras se registraban aperturas políticas en Argentina, Brasil, Chile y El Salvador. Esta ola democratizadora fue detenida en seco por la agresiva ofensiva contrainsurgente lanzada por Estados Unidos para aislar el emergente socialismo cubano y frenar el avance de movimientos armados de liberación, estrategia acelerada tras el asesinato del presidente norteamericano en 1963. A esa fase represiva corresponde la intervención militar estadounidense en Santo Domingo (1965), la masacre de Tlatelolco en México (1968) y la sucesión de golpes de estado en El Salvador, Ecuador,

Argentina, Guatemala, Perú, República Dominicana, así como en Bolivia y Brasil.

Otra etapa de ascenso revolucionario se vertebró al inicio de la siguiente década con el triunfo de la Unidad Popular en Chile (1970) y el inesperado giro al nacionalismo y las reformas sociales de gobiernos militares en Perú, Panamá, Bolivia, Ecuador y Honduras.

Ello coincidió con la independencia de varias naciones caribeñas y la eclosión de instituciones integracionistas regionales y de defensa de las materias primas o los recursos naturales. Una cadena de sangrientos golpes militares puso fin a estos cambios positivos, cuyo modelo fue el régimen fascista chileno (1973), replicado en Bolivia, Argentina, Haití, Nicaragua y Guatemala y que fue precedido por la consolidación de dictaduras castrenses de más larga data en Paraguay, Brasil y Bolivia. Acciones criminales y terroristas se desataron por todas partes, coordinadas por una especie de internacional del terror (*Operación Cóndor*), creada por la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de Estados Unidos.

El triunfo sandinista en 1979 no solo dio un segundo impulso al movimiento revolucionario armado en Guatemala, El Salvador, Colombia y Perú, sino también provocó virajes democráticos en varios países de la región (Uruguay, Brasil, Bolivia) y en aquellos donde el reformismo militar había perdido el rumbo (Perú, Ecuador). En Argentina, esa evolución fue acelerada por el descalabro de la Guerra de las Malvinas con Inglaterra (1982), a lo que siguió, a fines de los ochenta, la defenestración de las odiadas dictaduras de Haití, Paraguay y Chile, mientras pequeñas islas del Caribe lograban su emancipación.

El colapso del socialismo europeo, junto con el establecimiento de la hegemonía mundial de Estados Unidos, vino acompañado de la derechización latinoamericana con el retroceso de las desconcertadas izquierdas, proceso mar-

cado por la impune intervención militar norteamericana en Panamá (1989) y la derrota electoral del sandinismo al año siguiente. El predominio del capitalismo salvaje despertó la inesperada insurgencia zapatista en México (1994) y airados estallidos sociales en Argentina, Bolivia y Ecuador, iniciados con el caracazo en 1989. Una década después, en cambio, la Revolución Bolivariana en Venezuela, tras el triunfo electoral de Hugo Chávez (1998), puso coto al neoliberalismo e impulsó el llamado socialismo del siglo XXI, seguido de espectaculares reformas progresistas y antimperialistas en todo el continente y avances sin precedentes en la integración latinoamericana.

Integración latinoamericana en reversa

Los extraordinarios avances registrados a principios del siglo XXI en la integración latinoamericana, los más relevantes desde los tiempos de Simón Bolívar, en gran medida se revirtieron, en un proceso asociado al giro conservador de muchos gobiernos del hemisferio, en sintonía con el ascenso en 2017 de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos.

Las expectativas de la mayoría de los proyectos de integración autonómicos de nuestra América fueron pulverizadas, como parte de una nueva ofensiva imperialista que comenzó a vislumbrarse desde la salida en 2011 de Lula da Silva de la presidencia en Brasil y la muerte de Hugo Chávez en Venezuela dos años después. El caso más ilustrativo es la ya prácticamente inexistente Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR), nacida en 2008 y abandonada de golpe, una década más tarde, por Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Perú y Paraguay; seguidas inmediatamente por casi todos los demás miembros, incluido

Ecuador, cuyo presidente Lenín Moreno desalojó el flamante edificio levantado en el simbólico centro del mundo para sede de la institución.

La joya de la Corona, la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELALC), fundada en 2011, quedó arrinconada como un mueble inútil, mientras refloataba la Organización de Estados Americanos (OEA). El papel histórico de la desprestigiada institución panamericana como Ministerio de Colonias de Estados Unidos fue recuperado por Washington con la descarnada complicidad de varios gobiernos —Venezuela y Nicaragua se retiraron—, a pesar de la digna resistencia de varias naciones, sobre todo algunas del Caribe anglófono. Esta adversa correlación de fuerzas se vertebraba desde la aparición del llamado Grupo de Lima (2017), punta de lanza del asedio imperialista a Venezuela, que fue a incluir a cuatro de los gobiernos más importantes de América Latina: Brasil, México, Argentina y Colombia.

Por su parte, el Mercado Común del Sur (MERCOSUR), que llegó a constituir el primer bloque comercial regional de América Latina y el Caribe, se fue resquebrajando por la imposición del *laissez faire* y otras políticas desreguladoras. Ello pudo advertirse en las reuniones de Singapur y Corea del Sur, en marzo de 2020, sacudidas por las insalvables contradicciones entre los gobiernos del argentino Alberto Fernández y el del brasileño Jair Bolsonaro, este último apoyado en forma incondicional por Paraguay y ahora también de Uruguay, tras la derrota electoral del Frente Amplio en 2020.

Finalmente, *at last, but not the least*, la Alternativa Bolivariana para los pueblos de nuestra América (ALBA) también se debilitó por el terrible acoso impuesto a Venezuela —también a Cuba y Nicaragua— por parte de Estados Unidos, a lo que se sumó la salida de algunos países miembros

caídos en manos de la derecha como Ecuador y momentáneamente Bolivia, tras el golpe de estado contra Evo Morales en 2019, revertido al año siguiente con la espectacular victoria electoral de Luis Arce (2020). En contraposición a las múltiples dificultades que atraviesan los mencionados órganos de integración regional, la llamada Alianza del Pacífico (AP), creada en 2012 por los gobiernos neoliberales existentes entonces en México, Colombia, Perú y Chile, proclives al libre comercio, aprovechó para fortalecerse y ganar adeptos.

Este desolador panorama de la integración latinoamericana, acorde al asfixiante ambiente político creado en el continente, que recuerda al de los peores momentos de la Guerra Fría, por suerte ha comenzado a cambiar gracias a los cambios positivos ocurridos en los últimos años en varios países de nuestra América, comenzando por Argentina y México hasta llegar al más reciente de Colombia. No obstante, la realidad de la integración de nuestra América sigue siendo hoy, como ayer, una hermosa quimera, tal como hace más de un siglo sentenció José Enrique Rodó: «La unidad política que consagre y encarne esa unidad moral —el sueño de Bolívar—, es aún un sueño, cuya realidad no verán quizá las generaciones hoy vivas».³⁶²

Crisis del monroísmo en su bicentenario

Las acusaciones del canciller boliviano Rogelio Mayta, durante una reciente reunión del Consejo Permanente de la Organización de Estados Americanos (OEA), contra su actual secretario general Luis Almagro, por su descarada injerencia durante los comicios de 2019 en Bolivia,

³⁶² José Enrique Rodó: *La América Nuestra*, La Habana, Casa de las Américas, 1977, p. 122

ha recordado el verdadero papel de este Ministerio de Colonias de Estados Unidos, como lo calificara en los años sesenta el ministro cubano de exteriores Raúl Roa.

Los orígenes de la OEA están asociados a la política expansionista de Estados Unidos que en 1889 logró reunir en su capital la primera Conferencia de las Naciones Americanas, dirigida a desplazar al capital y el comercio de Inglaterra y lograr su absoluta supremacía hemisférica. Las conferencias panamericanas fueron el eje de la política exterior de la Casa Blanca, que revitalizó la vieja doctrina Monroe, próxima a cumplir su bicentenario. En 1910 Washington logró crear en Buenos Aires la Unión Panamericana presidida por su propio secretario de Estado, aunque la todavía fuerte influencia inglesa restringió mayores alcances.

Fue después de la Segunda Guerra Mundial cuando Estados Unidos favoreció la sustitución de la anquilosada Unión Panamericana por la OEA, en medio de la Guerra Fría, con el propósito de enfrentar a la Unión Soviética y frenar los avances del movimiento revolucionario. Antes de su sepultura definitiva, la vieja institución prestó un último servicio al gobierno estadounidense con la firma en Río de Janeiro, en agosto de 1947, del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), varios de cuyos postulados se incorporaron a la carta fundacional de la OEA.

Su nacimiento en Colombia, el 20 de abril de 1948, no pudo salir peor, pues el parto ocurrió en medio del estallido social del bogotazo, tras el asesinato del líder popular Jorge Eliecer Gaitán, por lo que hubo que evacuar a la carrera a los veinte representantes de los países latinoamericanos. Desde entonces, la OEA, que estableció su sede permanente en Washington, de cuyo gobierno recibe la mayor parte de su presupuesto, ha sido un fiel instrumento de la agresiva política injerencista de Estados Unidos en nuestra América.

Así se confirmó en 1954 cuando la OEA aprobó en Caracas una resolución que convalidaría la intervención armada mercenaria de Estados Unidos en Guatemala para

derrocar al presidente Jacobo Arbenz. Lo mismo ocurrió tras el triunfo de la Revolución Cubana, cuando la organización se prestó para su aislamiento, ignoró las agresiones y el bloqueo norteamericano y llegó al extremo, en la reunión de Punta del Este (Uruguay) en enero de 1962, de decretar su expulsión y la ruptura de las relaciones diplomáticas por todos los países integrantes, con la honrosa oposición de México.

Tres años después, la OEA también apoyó la ocupación militar estadounidense en Santo Domingo al encubrir la con la mal llamada Fuerza Interamericana de Paz y luego hizo silencio ante los crímenes y violaciones de los derechos humanos cometidos por las dictaduras latinoamericanas, así como las actividades terroristas de la tenebrosa Operación *Cóndor*. En tiempos más recientes, después de readaptar sus objetivos en 1991 en una neoliberal Carta Democrática, tras la caída del muro de Berlín, la OEA ha servido para aislar y condenar a la República Bolivariana de Venezuela o la Nicaragua sandinista, que en protesta debieron abandonar la nefasta institución. Cuba, por su parte, se había negado a reingresar en 2009 luego que se lo pidiera la XIX Asamblea General reunida en San Pedro Sula (Honduras), foro dominado por los gobiernos progresistas existentes entonces en varios países de América Latina.

La historia del servilismo de la OEA a Estados Unidos explica que los actuales mandatarios de México, Bolivia y Argentina, coincidan en advertir que la entidad no sirve y llamen a buscar un nuevo espacio que represente la voluntad de los pueblos de nuestra América. El propio presidente del Estado Plurinacional de Bolivia, Luis Arce, señaló en Twitter: «Hacemos eco de las palabras del hermano, López Obrador, en la idea de sustituir a la OEA por otro organismo verdaderamente autónomo, que exprese los equilibrios

regionales, respete la autodeterminación de los pueblos y no dé cabida a la hegemonía de un solo Estado».³⁶³

Renacimiento del bolivarianismo

Después de varios años de inmovilidad, ante la ofensiva de gobiernos de derecha, la reunión en Ciudad México de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), surgida en 2011 para unir a los países de la región sin la nociva presencia de Estados Unidos, es un síntoma esperanzador del renacer del bolivarianismo. La CELALC se reanima con el impulso dado por el presidente Andrés Manuel López Obrador y el nuevo panorama político de nuestra América creado con el ascenso al poder de Alberto Fernández (2019) en Argentina, Luis Arce en Bolivia (2020), Pedro Castillo en Perú (2021), Gabriel Boric en Chile, Violeta Castro en Honduras y Gustavo Petro en Colombia, todos estos últimos en 2022.

Los orígenes del bolivarianismo hay que buscarlos en la crisis definitiva del colonialismo europeo a fines del siglo XVIII y principios del XIX. Fue el venezolano Francisco de Miranda el primer criollo que concibió un proyecto de integración hispanoamericana, compartido por otros patriotas como Bernardo O'Higgins, Gaspar de Francia, Miguel Hidalgo, Mariano Moreno y José de San Martín. Sobre esa necesaria unidad escribió Simón Bolívar en su *Carta de Jamaica* (1815):

³⁶³ En <https://www.europapress.es/internacional/noticia-arce-suma-idea-lopez-obrador-aboga-reemplazar-oea-grupo-verdaderamente-autonomo-20210726175237.html>

Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse. ¡Que bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el Corinto para los griegos!³⁶⁴

A esa aspiración se sumó en 1820 el mexicano fray Servando Teresa de Mier cuando propuso la convocatoria de un cónclave unionista en Panamá que contuviera «las pretensiones que pudiesen formar los Estados Unidos».³⁶⁵ En realidad, ese fue el principal objetivo del Congreso Anfictiónico de 1826 convocado por el *Libertador*, al que asistieron delegados de estados que actualmente son doce repúblicas latinoamericanas, pero que no consiguió fundar la soñada confederación.

El intento de revivir ese proyecto, tras la muerte del *Libertador*, correspondió al gobierno peruano que, en reacción a la guerra de rapiña de Estados Unidos contra México, reunió en Lima (1846) al primer congreso hispanoamericano después del de Panamá. Las continuas agresiones de Washington, entre ellas el robo a México de más de la mitad de su territorio (1848) y las depredaciones por Centroamérica de Walker desde 1854, revivieron los esfuerzos unitarios. En ese ambiente, el pensador chileno Francisco Bilbao proclamó que la América Latina —comenzaba a utilizarse este término— tenía que integrarse, pues en el Norte desaparecía la civilización y emergía la barbarie.

En 1856 se firmaron dos pactos por varias repúblicas al Sur del río Bravo, el Tratado Continental, concretado

³⁶⁴ *Obras Completas*, loc. cit., t. I., pp. 169-172.

³⁶⁵ En Ricaurte Soler: *Idea y cuestión nacional latinoamericana. De la independencia a la emergencia del imperialismo*, México, Siglo XXI, 1980, p. 55.

en Santiago de Chile, y el Tratado de Alianza y Confederación, acordado en Washington. En este último se preveía crear la Confederación de Estados Hispanoamericanos, propuesta por el diplomático guatemalteco Antonio José de Irisarri. La oleada colonialista de los sesenta, entre ellas la intervención francesa en México, compulsó otra vez la anhelada unión continental. En 1864 el gobierno peruano reunió otro congreso en Lima, que fue el último intento para vertebrar una confederación en la región.

En la década del ochenta, con el advenimiento del panamericanismo promovido por Estados Unidos, terminaron los esfuerzos de los gobiernos de nuestra América para unirse acorde a la tradición bolivariana, aunque muchos políticos y pensadores continuaron defendiendo esa estrategia fundamentada en la identidad histórica de nuestros pueblos. Uno de sus máximos exponentes fue José Martí, quién en *La América* de New York, en enero de 1884, escribió sobre «aquellos que son en espíritu y serán algún día en forma, los Estados Unidos de la América del Sur».³⁶⁶

No fue hasta principios del siglo XXI cuando el panamericanismo comenzó a revertirse con los cambios positivos registrados con el ascenso al poder de gobiernos populares y progresistas, proceso abierto en 1999 con el triunfo de Hugo Chávez en Venezuela. La fundación de la CELALC significó el nacimiento de una nueva modalidad de integración latinoamericana y caribeña, con la mira puesta en una confederación política moderna, que preserve y consolide la independencia de la región basada en el legado bolivariano y el respaldo popular, como nos

³⁶⁶ Citado por Ramón de Armas: «Acerca de la estrategia continental de José Martí. El papel de Cuba y Puerto Rico», Liana Hilda de Armas Delamarter-Scott: *La mirada martiana de Ramón de Armas*, La Habana, Ruth Casa Editorial, 2010, p.40.

los recuerdan estos hermosos versos de Pablo Neruda de su *Canto General*:

Yo conocí a Bolívar una mañana larga, en Madrid, en la boca del Quinto Regimiento, Padre le dije, ¿eres o no eres o quién eres?

Y mirando el Cuartel de la Montaña, dijo
«Despierto cada cien años cuando despierta el pueblo.

ÍNDICE

Nota de presentación	7
Para construir la trinchera de ideas	9

CAPÍTULO I

Se llevaron el oro y nos dejaron las palabras

Los primeros habitantes	15
Poblamiento antillano	17
El único imperio indígena	20
Memoria de los vencidos	22
Los más antiguos Santiagos de América	25
Fundación de La Habana	28
Viraje de la conquista	30
El español que luchó junto a los mayas	32
Cauhtémoc y la resistencia de Tenochtitlan	35
Malinche y Pocahontas	38
Alemanes en la conquista de América	40
La desconocida provincia gigante de las Indias	43
Leyenda negra de la conquista española	45
Rebelión de los encomenderos	48
Últimos gobernantes incas	50
Primer historiador indígena de Perú	53
Los indoblegables mapuches	56
Piet Hein y la captura de la Flota de La Plata	58
Ocupación holandesa de Pernambuco	61
Bandeirantes y misiones jesuitas	63
Vínculos primigenios de Nueva Granada y Cuba	66
La plantación esclavista	69

CAPÍTULO II

La sorda voz de los tambores

Rebelión de los comuneros en Paraguay	75
Levantamiento del Socorro	77
Revoluciones indígenas en los Andes	80
Ruptura de Miranda con España	83
La olvidada sublevación de Ogé	85
Revolución de los esclavos en Saint Domingue	88
Dispersión de las <i>Tropas Auxiliares Negras</i> de España	90
La desconocida historia de los caribes negros	94
Revolución esclava en la isla de Granada	97
Sublevación esclava en Venezuela	99
Dessalines, Libertador de Haití	102
Tribulaciones del general Rigaud	104
Miranda, iniciador de la independencia hispanoamericana	107
Los primeros gobiernos autónomos de Hispanoamérica	109
Desafío quiteño y altopereano en 1809	112
Las juntas de 1810	114
Revolución popular de Hidalgo en México	117
Primera reforma agraria en nuestra América	120
Un pueblo que oprime a otro no puede ser libre	123
La constitución gaditana en Cuba	125
¿Un cubano en la independencia de Cartagena?	128
Fernández de Madrid, patriota de Colombia y Cuba	131
La olvidada expedición a Panamá de 1814	133
Inesperada aparición de Mina en Nueva España.	136
La asombrosa vida del cubano Joaquín Infante	138
Servando Teresa de Mier, el sacerdote iconoclasta	141

CAPÍTULO III

La insurrección de las espigas

La gran Colombia	147
Exilio y muerte de Artigas	150
Carrera, controvertido prócer chileno	152
Guerra gaucha de Güemes	155
Muerte de Christophe	158
La espuria deuda haitiana	160
Repercusión de la revolución de Riego	163
El año en que todo cambió	165
Pablo Ali y la efímera independencia dominicana	168
Abrazo de Acatempan	171
Acta de independencia de México	174
Emancipación centroamericana	176
Bolívar y Morillo	179
Protesta de Rancagua	182
Expedición de San Martín al Perú	184
Independencia de Guayaquil	187
Encuentro de San Martín y el virrey de Perú	190
Proclamación de la independencia en Lima	192
Repatriación del emperador portugués	198
Congreso de Cúcuta	200
Dos héroes cubanos en Carabobo	203
Negro Primero	205
Soles y Rayos de Bolívar	208
El histórico encuentro de los libertadores	210
Liberación definitiva de Perú y el Alto Perú	216
Expedición emancipadora a las Antillas	220
El último sueño del <i>Libertador</i>	223
La Gran Legión del Águila Negra	226
Bolívar y Santander	229
Agonía del <i>Libertador</i>	231

CAPÍTULO IV

Nuestra América agredida por matorrales y centauros

Fracaso de la unión hispanoamericana	237
Primeras historias de las patrias criollas	239
Provincia Cisplatina	242
Morazán y la unidad centroamericana	244
La frágil Confederación Peruano-boliviana	247
República <i>farrroupilha</i> en Brasil	250
Ruina de los artesanos	252
La república artesana de Bogotá	255
El robo de la mitad de México	257
William Walker, Nicaragua's President	260
Cubanos anexionistas con Walker	263
Paraguay, el país diferente	266
Estados Unidos contra Paraguay	268
Agresión europea a México	271
Derrota del imperio títere	274
Embestida española a los países surandinos	277
Fomento chileno de la liberación cubana	280
Perú y la emancipación de Cuba	282
Las tres independencias de República Dominicana	285
Antillanismo	287
Apoyo mexicano a Cuba desde 1868	290
La morigerada reforma liberal guatemalteca	292
Inmolación paraguaya	295
La mayor batalla americana	298
Saqueo de Asunción	301
Último general paraguayo	303
El barón negro de Brasil	305

CAPÍTULO V

Llegó el dólar de dientes agresivos a morder territorios

Ocupación de Lima por el ejército chileno	311
Frustrada anexión de Perú a Estados Unidos	313
Postrera monarquía americana	316
La inconclusa revolución de Alfaro	319
Exterminio de los mapuches	321
Fin del primer presidente nacionalista	324
Despojo del mar a Bolivia	326
Porfirio Díaz y la independencia cubana	329
Antimperialismo en Martí	332
Resistencia campesina en Canudos	335
Revolta de la marinería en Brasil	337
El rapto de Panamá	340
Resistencia de Zelaya en Nicaragua	343
Primer acoso imperialista a Venezuela	345
Repúblicas bananeras	348
Dictaduras en nuestra América	350
El corolario Roosevelt	353
Charlemagne Peralte, olvidado héroe haitiano	355
Defensa de la soberanía dominicana	358
La «Suiza de América»	361
Último gringo en Cuba	364
Aventuras y tribulaciones de un venezolano	367

CAPÍTULO VI

Los fusiles de Zapata no están dormidos

Porfirio Díaz en La Habana	373
Cuba y el asesinato de Madero	375
Un cubano con Zapata	378
Pancho Villa contra Estados Unidos	381
Resonancia de la Revolución Mexicana	384
Marcus Garvey, adalid del nacionalismo negro	387

El controvertido padre Cícero	390
República Mayor de Centroamérica	392
La invicta columna Prestes	395
Masacre en las bananeras	397
Sandino, General de Hombres Libres	399
La detestada dictadura de «Bisonte» Gómez	402
Polémico nombre de la segunda mayor isla caribeña	405

CAPÍTULO VII

Para borrar la mancha del estiércol sobre el mapa

Consecuencias de la crisis de 1929	411
Diferentes respuestas a la depresión	412
Insurrección salvadoreña de 1932	415
Chile: los doce días de <i>República Socialista</i>	418
Rebelión aprista en Perú	420
Sublevación antifascista brasileña	422
Nazis en América Latina	424
El Estado Novo	427
Guerra del Chaco	429
El presidente boliviano suicidado	432
Revolución paraguaya de 1936	434
Albizu Campos y la independencia de Puerto Rico	437
La Segunda Guerra Mundial y América Latina.	440
Dictadura de Morínigo	442
Villarroel, el presidente colgado	445
La primavera guatemalteca	448
Dictaduras camaleónicas	450
Lealtad peronista	453
Inmolación del presidente Vargas	456
Tiranía somocista	458
La traición de González Videla	461
El <i>bogotázo</i>	464
Caída de Perón	466

Poker de espanto en el Caribe	469
Revolución Boliviana de 1952	471

CAPÍTULO VIII

Escucha como nace la aurora

Las revoluciones de México y Cuba	477
El 23 de enero de 1958	479
Expediciones de 1959	482
Victoria de Playa Girón	485
Lucha armada en Guatemala	487
Dossier de la Muerte	490
La teoría de la dependencia	492
Dramático cierre de la «Era de Trujillo»	495
El magnicidio de la CIA	497
Despeñadero del presidente Quadros	500
Revolución de Abril	503
Triunfo socialista en Chile	505
La reforma agraria peruana	508
Papa Doc y su régimen criminal	511
Dictaduras militares y <i>Operación Cóndor</i>	514
El incómodo general Torres	516
Derrocamiento de Baby Doc	519
Desplome de Stroessner	521
¿Una historia sin fin?	524
12 de octubre	526
Política pendular en nuestra América	529
Integración latinoamericana en reversa	532
Crisis del monroísmo en su bicentenario	534
Renacimiento del bolivarianismo	537

Historias asombrosas de nuestra América
Se imprimió en el mes de noviembre de 2022
en los talleres Editorial Metrópolis
Caracas, Venezuela
Son 2.000 ejemplares

Este es otro de los aportes de Sergio con estas miradas rápidas, pero profundas de la historia de nuestra América que aquí nos ofrece: el posicionamiento ideológico político del que parte, en el que se sitúa y nos ofrece, sin aspavientos y con naturalidad, pero con firmeza, una visión situada, ubicada en el lugar desde el que miramos los que nos identificamos con las tareas de la liberación de nuestros pueblos, tareas que vienen de lejos, que han conocido hitos, personajes y procesos que no empezaron ayer, que tienen un largo andar en nuestras tierras, pero que muchas veces nos son escamoteados por las omisiones, los silencios, las deformaciones y, por qué no decirlo, las falsedades y las mentiras de quienes saben que la historia y la memoria pueden fortalecer las convicciones de quienes, a veces a trompicones, con armas rudimentarias, avanzan y retroceden, celebran y se lamentan, triunfan y son derrotados en estos tiempos de cambio que vivimos en América Latina.

RAFAEL CUEVAS MOLINA

Sergio Guerra Vilaboy (1949). Es un prestigioso historiador cubano, doctor en historia por la Universidad de Leipzig (Alemania). Actualmente, se desempeña como catedrático en Historia de América Latina y director del Departamento de Historia de la Universidad de La Habana; académico de número de la Academia de la Historia de Cuba y presidente de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe. Entre sus obras más recientes están *América Latina después de la independencia. De la Capitulación de Ayacucho a la Revolución Mexicana* (2019) y *La Revolución Cubana. Un nuevo panorama de su historia* (2021). En 2022, la *Nueva Historia Universal* en cinco tomos, de la que es coordinador y uno de sus autores, obtuvo el Premio Anual de la Academia de Ciencias de Cuba.

